

Salvador López Arnal

100 (+1) reseñas

Para Jordi Mir Garcia, por su generosa amistad. En agradecimiento de sus permanentes lecciones de ternura.

Confucio en Die Fackel [La Antorcha]: "Si los conceptos no son correctos, las palabras no son correctas; si las palabras no son correctas, los asuntos no se realizan; si los asuntos no se realizan, no prosperan ni la moral ni el arte, la justicia no acierta; si la justicia no acierta, la nación no sabe cómo obrar. En consecuencia, en las palabras no debe haber nada incorrecto. Esto es lo que importa".

Karl Kraus

Si volviera a ser joven ahora [...] no trataría de convertirme en científico o profesor, preferiría ser fontanero o vendedor ambulante, con la esperanza de disponer así de ese modesto grado de independencia todavía asequible en las actuales circunstancias.

Albert Einstein, *The Reporter* (18/11/1954)

Entonces se descubrió una forma de evitar la enfermedad. Ésta consiste en poner en duda que lo que se está transmitiendo desde el pasado es realmente verdadero, y tratar de encontrar ab initio, de nuevo a partir de la experiencia, cuál es la situación, antes que confiar en la experiencia del pasado tal como se ha transmitido. Y eso es la ciencia: el resultado del descubrimiento de que vale la pena volver a comprobar por nueva experiencia directa y no confiar necesariamente en la experiencia del pasado. Así lo veo. Ésta es mi mejor definición.

Richard P. Feynman, *El placer de descubrir*

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres

Miguel de Cervantes, *El Quijote*, II, 58.

ÍNDICE.

Presentación.

I. Ecología, ecologismo

1. Crónica de un desastre anunciado. Franz J. Broswimmer, *Ecocidio. Breve historia de la extinción en masa de las especies*.
2. El debate sobre la gestión económica de los recursos naturales y el medio ambiente. Óscar Carpintero Redondo, Entre la economía y la naturaleza. La controversia sobre la valoración monetaria del medio ambiente y la sustentabilidad del sistema económico.
3. Libro modélico. Óscar Carpintero, *La bioeconomía de Nicholas Georgescu-Roegen*.
4. ¿"Crecer", objetivamente, es crecer? Clive Hamilton, *El fetiche del crecimiento*. Colectivo revista *Silence*, *Objetivo decrecimiento. ¿Podemos seguir creciendo hasta el infinito en un planeta finito?*.
5. El guardián entre la finitud. Jorge Riechmann, *Gente que no quiere ir a Marte. Ensayos sobre ecología, ética y autolimitación*.
6. Por senderos de armonía. Estefanía Blount, Luis Clarimón, Ana Cortés, Jorge Riechmann, Dolores Romano (coords.) *Industria como naturaleza. Hacia la producción limpia*
7. La naturaleza como fuente de inspiración. Jorge Riechmann, *Biomímesis. Ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*.
8. Como abejas de lo invisible. Joaquín Nieto y Jorge Riechmann (coords). *Sustentabilidad y globalización. Flujos monetarios, de energía y de materiales*.
9. Para percibir el auténtico poder de la armonía. Jorge Riechmann (coord), *Ética ecológica. Propuestas para una reorientación*.
10. Cuadro verde con tonalidades rojizas. Ángel Valencia Sáiz (ed), *La izquierda verde*.
11. Historia de un trascendental descubrimiento científico. Spencer Weart, *El calentamiento global*.

II. Filosofía

1. Las sólidas razones del sistemismo. Mario Bunge: *La relación entre la sociología y la filosofía*.
2. Modesta aproximación a un libro de referencia. Miguel Candel, *El nacimiento de la eternidad. Apuntes de filosofía antigua*.
3. Dos en uno. François Cusset, *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cia, y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*.
4. La alargada sombra del teorema de Gödel. Régis Debray y Jean Bricmont, *A la sombra de la Ilustración. Debate entre un filósofo y un científico*.
5. Popper, Wittgenstein, el atizador y su traducción. David J. Edmonds y John A. Eidonow, *El atizador de Wittgenstein*
6. Memorias de un profesor que fue maestro de muchos. Juan Carlos García-Borrón, *España siglo XX. Recuerdos de observador atento*.
7. Para un proyecto de ética mundial. Hans Küng y Karl-Josef Kuschel (eds), *Ciencia y ética mundial*.
8. A favor de la verdad. Michael P. Lynch, *La importancia de la verdad. Para una cultura pública decente*.
9. Filosofía analítica en estado puro. Manuel Pérez Otero, *Esbozo de la filosofía de Kripke..*
10. Una biografía excelente. Terry Pinkard, *Hegel*
11. Rompiendo olas y abismos injustificados. Hilary Putnam, *El desplome de la dicotomía hecho-valor y otros ensayos*.
12. Un clásico de un clásico. Williard Van Orman Quine, *Desde un punto de vista lógico*.
13. Bondad y brevedad. John R. Searle, *Libertad y neurobiología. Reflexiones sobre el libre albedrío, el lenguaje y el poder político*.
14. Del otro lado del Atlántico. Gabriel Vargas Lozano *Esbozo histórico de la filosofía en México (siglo XX) y otros ensayos*.

III. Filosofía de la ciencia.

1. Destacable aproximación a la mecánica cuántica. Georges Charpak y Roland Omnès, *Sed sabios, convertíos en profetas*
2. Ciencia con ética. Xavier Domènech, *Química verde*.
3. A la altura de los cuartetos de Beethoven. Antonio Fernández-Rañada, *Ciencia, incertidumbre y conciencia. Heisenberg*.
4. No era de una época, sino para todos los tiempos. Richard P. Feynman, *El placer de descubrir*.
5. El legado de un científico humanista. Stephen Jay Gould, *La estructura de la teoría de la evolución*.
6. En una de las fronteras. Jesús Mosterín y Roberto Torretti, *Diccionario de lógica y filosofía de la ciencia*.
7. A favor de la fertilidad cruzada y de la libertad como no dominación. Félix Ovejero Lucas. *El compromiso del método. En el origen de la teoría social postmoderna*, y Félix Ovejero Lucas, José Luis Marí, Roberto Gargarella (compiladores). *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y libertad*.
8. Contra las franjas lunáticas. Robert L. Park, *Ciencia o vudú. De la ingenuidad al fraude científico*.
9. Ideas y opiniones de un Nóbel de física. Steven Weinberg, *Plantar cara. La ciencia y sus adversarios culturales*.

IV. Filosofía política.

1. El sentido de la democracia. Cornelius Castoriadis, *Democracia y relativismo. Debate con el MAUSS*.
2. El compromiso del filósofo: fronteras abiertas. Michael Dummett, *Sobre inmigración y refugiados*.
3. Con la boca bien abierta. Francisco Fernández Buey, *Ética y filosofía política*.
4. Recuperación del todo perdido. Francisco Fernández Buey, *Poliética*.

5. Bondad y brevedad. Philippe van Parijs y Yannick Vanderborght, *La renta básica. Una medida eficaz para luchar contra la pobreza.*
6. Conversaciones con un ironista liberal, tenaz defensor del sueño americano. Richard Rorty, *Cuidar la libertad. Entrevistas sobre política y filosofía*
7. Del inodoro. Rafael Sánchez Ferlosio, *Non olet*
8. Práctica política y reflexión teórica: ciudadanía y nuevas formas democráticas en construcción. Hilary Wainwright, *Cómo ocupar el Estado. Experiencias de democracia participativa.*
9. Aviso urgente: las desigualdades sociales perjudican gravemente a la salud. Richard Wilkinson, *Las desigualdades perjudican. Jerarquías, salud y evolución humana.*

V. Derechos de los animales.

1. Ensanchando el ámbito ético. Jorge Riechmann, *Todos los animales somos hermanos. Ensayos sobre el lugar de los animales en las sociedades industrializadas.*
2. Cultura en la naturaleza y naturaleza en la cultura. Frans de Waal, *El simio y el aprendiz de sushi. Reflexiones de un primatólogo sobre la cultura.*

VI. Franquismo.

1. Una llamada que sonó como sirena. Niall Binns, *La llamada de España. Escritores extranjeros en la Guerra civil.* Montesinos, Barcelona 2004, 362 páginas.
2. *Una aproximación a los intentos de legitimación política del franquismo.* Carme Molinero, *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista.*
3. Unas memorias, una presentación y un curioso prólogo. Miguel Núñez, *La revolución y el deseo. Memorias*
4. Singular escritura y no menos curiosa reflexión. Arnau Puig, *Dau al set, una filosofía de la existencia..*
5. España como inmensa prisión. J. Sobrequés, C. Molinero, M. Sala (eds), *Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo.* C. Molinero, M. Sala y J. Sobrequés (eds), *Una*

inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo. Margarita Sala (coordinación), *Catálogo de la exposición "Las prisiones de Franco".* David Ginard i Féron, *Matilde Landa. De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas.*

VII. Globalización.

1. En el corazón de las tinieblas. El lado oscuro de la globalización. David Dusster, *Esclavos modernos. Las víctimas de la globalización.*
2. Razonables propuestas para un turismo responsable. Jordi Gascón y Ernest Cañada, *Viajar a todo tren. Turismo, desarrollo y sostenibilidad.*
3. Del comercio justo y del minicrédito: Quo vadis? Xavier Montagut y Esther Vivas (coords). *¿Adónde va el comercio justo? Modelos y experiencias.* Àngel Font, *Microcréditos. La rebelión de los bonsáis. Reflexiones sobre el impacto de los microcréditos en la reducción de la pobreza.* Icaria, Barcelona, 110 páginas.
4. Un libro militante. Xavier Montagut y Fabrizio Dogliotti, *Alimentos globalizados. Soberanía alimentaria y comercio justo.*
5. La resolución del misterio de la trinidad neoliberal. Richard Peet (y colaboradores), *La maldita trinidad. El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio.*
6. Con letra de Eugène Pottier y al compás de la Internacional. Francisco Fernández Buey, *Guía para una globalización alternativa. Otro mundo es*
7. Lo pequeño es hermoso e interesante. José Luis Sampedro, *El mercado y la globalización.*
8. Piratas en acción. Vandana Shiva. *¿Proteger o explotar? Los derechos de propiedad intelectual.*
Vandana Shiva. *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos.* Paidós, Barcelona 2003. Traducción de Albino Santos Mosquera
9. La impudicia publicitaria del capitalismo. Juliet B. Schor, *Nacidos para comprar. Los nuevos consumidores infantiles.*

VIII. Historia.

1. Ascenso y caída de una abyección. Ferran Gallego, *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945.*

2. Seis personajes en marco atómico. John Hersey, *Hiroshima*

3. Las razones de una disidencia. Edward W. Said, *Crónicas palestinas. Árabes e israelíes ante el nuevo milenio.*

IX. Historia de la ciencia.

1. Religión e instituciones religiosas *versus* ciencia. Antonio Beltrán, *Galileo, ciencia y religión.*

2. Mujeres de ciencia. María José Casado Ruiz de Lóizaga, *Las damas del laboratorio. Mujeres científicas en la historia.* Dava Sobel, *Los planetas.*

3. Anatomía de un asesinato. Maria Dzielska, *Hipatia de Alejandría.*

4. Del alma y sus números. Pedro Miguel González Urbaneja, *Pitágoras: el filósofo del número.*

5. Seis ensayos de un gran historiador. Gerald Holton, *Ciencia y anticiencia.*

6. En honor del espíritu humano y al servicio de otros asuntos. Antonio Martinón (editor-coordinador), *Las matemáticas del siglo XX. Una mirada en 101 artículos (M XX).*

7. Divertimento matemático. Mario Livio, *La proporción áurea. La historia de phi, el número más enigmático del mundo.* Lamberto García del Cid, *La sonrisa de Pitágoras. Matemáticas para diletantes.* Adrián Paenza, *Matemática, ¿estás ahí? Sobre números, personajes, problemas y curiosidades.* Bernardo Recamán, *Las nueves cifras y el cambiante cero. Divertimentos matemáticos.* David Berlinski, *Ascenso infinito. Breve historia de las matemáticas.* Charles Seife, *Cero. La biografía de una idea peligrosa.* Antonio Córdoba Barba, *La saga de los números. Número, conjuntos y demostraciones.*

X. De la instrucción pública

1. La filosofía en primaria. Joanna Haynes, *Los niños como filósofos. El aprendizaje mediante la indagación y el diálogo en la escuela primaria.*

2. Ciencia para la ciudadanía. Jean-Marc Lévy-Leblond, *La piedra de toque. La ciencia a prueba.*

3. ¿Revulsivo antipedagógico? Ricardo Moreno Castillo, *Panfleto antipedagógico.*

4. En aras de la instrucción pública. Fundación Ecología y Desarrollo (coords), *Por una nueva educación ambiental. Para lectores de 12 a 20 años*. Jorge Riechmann, *Qué son los alimentos transgénicos*.
5. Para contar interesantes historias (científicas). Bettina Stielke (ed), *Los niños preguntan, los premios Nobel contestan*.
6. Diálogos (no insustanciales) sobre ética. Ernst Tugendhat, Celso López y Ana María Vicuña, *El libro de Manuel y Camila*.

XI. Intervenciones políticas.

1. Contra el (hispánico) revisionismo histórico. Vicente Navarro, *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no se habla en nuestro país*.
2. Sólidas razones socialdemócratas. Vicenç Navarro, *El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias*.
3. Una breve aproximación al estado del mundo. Ignacio Ramonet, *Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas*.
4. ¿Para todos con el asenso de (casi) todos? Daniel Raventós (Coord). *La Renta Básica. Por una ciudadanía más libre, más igualitaria y más fraterna*.
5. Desde un punto de vista estrictamente ético. Peter Singer, *El presidente del bien y del Mal. Las contradicciones éticas de George W. Bush*.
6. Miradas complementarias con matices disidentes. Stephen Smith, *Negrología. Por qué África muere*. Bru Rovira, *Áfricas. Cosas que pasan no tan lejos*. RBA, Barcelona, 2006, 266 páginas.

XII. Marxismos

1. El sentido de la democracia. Cornelius Castoriadis, *Democracia y relativismo. Debate con el MAUSS*.
2. Encomiable sensatez analítico-marxista. Terry Eagleton, *Ideología. Una introducción*
3. Movimiento de apertura hacia nuevas indagaciones. Terry Eagleton, *Después de la teoría*.
4. Intervención en la vida. Erich Fried: *Amor, duelo, contradicciones*.

Antología

5. Autobiografía de un historiador que nunca se ha puesto unos vaqueros. Eric Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*.
6. Repensando (con mirada socialista) la tradición socialista. Félix Ovejero Lucas, *Proceso abierto. El socialismo después del socialismo*.
7. Un Marx sin marx(ismo): crítica de una idea peligrosa. Maximilien Rubel, *Marx sin mito*.
8. Biografía de un hombre que admiraba a Espartaco y a Johannes Kepler. Francis Wheen, *Karl Marx*.

XIII. Nacionalismos

1. Crítica de la crítica acrítica. Francesc-Marc Álvaro, *Els assassins de Franco* (en colaboración de Jordi Mir Garcia).
2. Del nacionalismo realmente existente. Jesús Royo Arpón, *Argumentos para el bilingüismo*.
3. Los nacionalismos en la historia. Antonio R. Santamaría, *Los nacionalismos. De los orígenes a la globalización*.
4. Un sofisticado ontoepistemólogo en el país de las maravillas nacionalistas. Carlos Ulises Moulines, *Manifiesto nacionalista (o hasta separatista, si me apuran)*.

XIV. Política de la ciencia

1. La ciencia bajo el nazismo: compromiso y responsabilidad de los científicos. John Cornwell, *Los científicos de Hitler. Ciencia, guerra y el pacto con el diablo*.
2. Con la gente. Silivo O. Funtowicz-Jerome R. Ravetz, *La ciencia posnormal. Ciencia con la gente*.
3. El Hoover-macartismo contra Einstein. Fred Jerome, *El expediente Einstein*.
4. Contra una nueva fase del expolio. Martin Khor, *El saqueo del conocimiento. Propiedad intelectual, biodiversidad, tecnología y desarrollo sostenible*.

5. Ciencia y beneficios. Jorge Riechmann, *Cultivos y alimentos transgénicos. Una guía crítica*. Carlos Amorín, *Las semillas de la muerte. Basura tóxica y subdesarrollo: el caso de Delta&Pine..*

6. Con razones excelentes. Jorge Riechmann y Joel Tickner (coords), *El principio de precaución. En medio ambiente y salud pública: de las definiciones a la práctica.*

15. Software libre.

1. Contra la apropiación privatista del software. Pekka Himanen, *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información.*
2. Cooperación voluntaria. Richard M. Stallman, *Software libre para una sociedad libre.*

Presentación

Había escrito alguna reseña en los años noventa pero fue en el número 141 de *El Viejo Topo* de junio-julio de 2000 cuando publiqué “Controvertidos asuntos”. Se trataba de un breve comentario sobre *Ética y política política*, un ensayo que Francisco Fernández Buey había publicado recientemente en las Ediciones Bellaterra de Barcelona. Al cabo de los años, pensando con calma, no se me ocurre mejor inicio.

Con apoyo y complicidad de Miguel Riera, el tenaz y admirable director de *El Viejo topo*, he ido escribiendo reseñas mensuales que se han publicado en la revista a lo largo de estos siete años. Hasta el mes de abril de 2007, ciento una, si no he perdido la cuenta o no he extraviado alguna. Creo que todas ellas están aquí recogidas. He añadido tres o cuatro comentarios que habían sido publicados en *Daphnia*, la excelente revista del Instituto ISTAS de Comisiones Obreras.

El volumen está organizado a partir de una distribución temática de las reseñas. De forma laxa, muy laxa. Quince secciones en total. Desde ecología y ecologismo hasta software libre pasando por marxismo, filosofía de la ciencia, filosofía política o derechos de los animales. Como no podría ser de otra forma, no todos los apartados están igualmente poblados. Dentro de cada apartado, las reseñas aparecen por orden alfabético del autor del libro comentado, no por orden cronológico. He pensado que éste era un dato poco significativo para el lector.

No he fechado los textos pero, en su gran mayoría, fueron escritos pocos meses después de la edición castellana del libro comentado cuya fecha de edición sí que viene indicada.

Tampoco he efectuado revisiones. Me ha parecido que era mejor dejar las cosas tal como estaban. Desde luego, no estoy totalmente seguro de suscribir ahora, en todos los casos, lo que en su momento pude comentar o pensar (Mejor dicho: estoy casi seguro que no escribiría sin modificaciones lo que en su momento pude apuntar. Dejémoslo, pues, de esta forma).

No es fácil el género de las reseñas. Leídas las que aquí se incluyen es fácil observar que no todas ellas están escritas con el mismo entusiasmo, con la misma documentación y con el mismo espíritu crítico. Me da la sensación, que el lector o lectora no dejará de observar, que en algunos momentos el desacuerdo intelectual o, por el contrario, la entrega entusiasta fueron sentimientos subterráneos y algo incontrolados, en ningún caso pertinentes. Disculpas por ello. Sea lo que haya sido, siempre he intentado –intentado, no logrado- ser temperado y ecuánime en mis comentarios.

He aspirado en estos textos a lo que me parece esencial en cualquier reseña: incitar a la lectura de la obra comentada si es el caso; señalar el asunto central del ensayo y sus mejores prendas, así como sus puntos menos conseguidos; resaltar algún asunto no central pero cuya presentación merece

ser destacada; apuntar algunos de los senderos indicados. Etc. Espero haber rozado estos desiderata en alguna ocasión.

Se admitirá el torpe juego matemático-telefónico del título de la recopilación. Hubiera sido un disparate usar, como era pertinente, "101 reseñas". Su asociación con "101 dálmatas" -uno de los peores ataques a la sensibilidad infantil o adulta que conozco en estos últimos 50 años, por no hablar de sus prolongaciones posteriores- hubiera sido inevitable.

Por lo demás, los presupuestos teórico-políticos desde los que están elaboradas estas textos son casi transparentes: interés por el conocimiento científico, no por el científicismo, sin entreguismo acrítico; neto reconocimiento por la filosofía amiga de otros saberes, modesta en su hacer y clara en su decir; apertura al estudio de temas no transitados en las diversas tradiciones emancipatorias; consideración de que el marxismo no es una tradición finiquitada, y, finalmente, una apuesta política actual, no mero recuerdo histórico, por el socialismo en serio (y con humor) y por el republicanismo también en serio (y con no menos humor).

En buena compañía por lo demás. Don Antonio Machado, uno de los grandes poetas españoles del siglo XX, y de todos los siglos, lo expresó así un primero de mayo de 1937, ante un congreso de las juventudes socialistas unificadas:

Desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás. Mi pensamiento no ha seguido la ruta que desciende de Hegel a Carlos Marx. Tal vez porque soy demasiado romántico, por el influjo, acaso de una educación demasiado idealista, me falta simpatía por la ideal central del marxismo, me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia. Veo, sin embargo, con entera caridad, que el Socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia; veo claramente que es ésa la gran experiencia humana de nuestros días, a la que todos de algún modo debemos contribuir.

No estoy seguro que al final de sus días Antonio Machado no fuera marxista, con toda la heterodoxia con la que se quiera matizar el término. Conjeturo igualmente que, esta vez, el gran poeta erró en su consideración de la idea central del marxismo. Pero creo, como y con él, que el socialismo, a pesar de la lluvia y del inmenso granizo que ha caído, sigue siendo una etapa inexcusable en el largo camino de la justicia que, más allá de las diferencias conceptuales y políticas que puedan tenerse sobre esta sin duda borrosa noción, hay que recorrer con urgencia y sin descanso. "Son gritos en

el cielo y en la tierra son actos”, dijo gritando y haciendo otro poeta también republicano y socialista.

(E.T.) El mundo se nos va volviendo tan ajeno y tan inhóspito, que pronto seremos los hombres, los terrestres mismos, los que mirando y señalando al planeta más remoto digamos. "¡Mi casa! ¡Mi casa!".

Rafael Sánchez Ferlosio, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*

Como biólogo, he llegado a esta conclusión: hemos alcanzado un punto crítico en la ocupación humana de este planeta. El medio ambiente es un sistema complejo, delicadamente equilibrado, y este conjunto íntegro recibe el impacto de todas las agresiones infligidas separadamente por los agentes contaminadores. Jamás, en la historia de la Tierra, se ha sometido su tenue superficie sustentadora de vida a unos agentes tan activos, variados y asombrosos. Creo que los efectos acumulativos de esos contaminadores, sus acciones interdependientes y su amplificación, pueden ser fatales para la compleja trama de la biosfera. Y como el hombre es, en definitiva, una parte dependiente de ese sistema, pienso que la contaminación persistente del orbe -si no se impone una supervisión rigurosa- destruirá la adaptabilidad de este planeta para la vida humana.

Barry Commoner (1966), *Ciencia y supervivencia*

El mercantilismo ha osado usar como tablones de anuncio hasta los umbrales de nuestra conciencia.

Karl Kraus

1. Ecología, ecologismo

1. Crónica de un desastre anunciado

Franz J. Broswimmer, *Ecocidio. Breve historia de la extinción en masa de las especies*. Editorial Laetoli, Pamplona, 2005, 318 páginas.

Antes de la aparición de los seres humanos, la extinción anual de especies giraba en torno a una por millón (0,0001%); en la actualidad es de una por cada mil especies: 0,1%, 1.000 veces más que los niveles prehumanos. El *homo sapiens* lleva existiendo poco más de 130.000 años, pero harían falta entre 10 y 25 millones de años para que el proceso natural rectificara la devastación de la biodiversidad terrestre desencadena por las sociedades humanas, especialmente por las generaciones más recientes. Recordemos que hace apenas dos siglos miles de millones de palomas migratorias poblaban el paisaje de Estados Unidos, que 60 millones de bisontes vivían en las llanuras norteamericanas, que entre 30 y 50 millones de tortugas marinas gigantes vivían en el mar del Caribe, que hace sólo 100 años el oso blanco -nuestro oso "polar"- poblaba los bosques de Nueva Inglaterra, etc.

Se entenderá entonces la forma en que Franz J. Broswimmer define la categoría que da título a su ensayo. *Ecocidio* es el conjunto de acciones realizadas con la finalidad de perturbar o destruir, total o parcialmente, un ecosistema humano. Comprende, entre otros ejemplos, el uso de armas de destrucción masiva (nucleares, químicas o bacteriológicas); el intento de provocar desastres naturales (terremotos, erupciones volcánicas, inundaciones); la utilización militar de defoliantes (Vietnam); el uso de bombas para alterar la calidad de los suelos o aumentar el riesgo de enfermedades, o la expulsión a gran escala, por la fuerza y de forma permanente, de seres humanos o animales de su lugar natural.

La noción describe los destructores modelos productivos contemporáneos que llevan la degradación medioambiental global hasta límites impensables hace pocas décadas ("sólo en los últimos 50 años, las acciones humanas han introducido en la diversidad de vida del planeta cambios mayores que los ocurridos en cualquier otra época de la historia"), y la extinción antropogénica en masa de las especies. No sabemos el número exacto de especies que pueblan la Tierra (se han catalogado 1.700.000 de un total que varía, según autores, entre 5 y 30 millones) pero sí sabemos que diariamente desaparecen más de 100: entre 2000 y 2002 la lista de especies animales amenazadas pasó de 10.000 a 16.000; contando las plantas, existen actualmente 76.000 especies amenazadas, tantas como las especies vivas que podemos considerar bien conocidas. La situación, sin alarmismo alguno, no parece que vaya a corregirse fácilmente: recordemos el reciente

fracaso en la cumbre de Curitiba (Brasil), de la 8^a conferencia sobre la Convención de la ONU para la Diversidad ecológica y su intento de conseguir un acuerdo mundial que frene esta pérdida masiva de biodiversidad y los intereses contrapuestos en juego: los países del sur, tiene la mayoría de las especies, y los países industrializados, después de disminuir netamente su riqueza ambiental por un desarrollismo alocado, efecto necesario se dice de una supuesta modernidad, buscan ahora formas de explotar la diversidad aún no alterada de los demás territorios (Con anexos incluidos no despreciables: por ejemplo, y tal como ha denunciado Vandana Shiva, con la intención de imponer "las semillas asesinas" de las industrias de las biotecnologías, la llamada tecnología Terminator).

El asunto no es baladí. Como argumenta cuidadosamente Broswimmer, los seres humanos dependemos de la biodiversidad; su degradación nos acabará por dañar irremediablemente. A escala planetaria, el 40% de las recetas médicas que se prescriben proceden de diversas especies o se sintetizan a partir de ellas: "hay más de 3 millones de norteamericanos con cardiopatías cuyas vidas durarían menos de 72 horas de no ser por la digitalina, una sustancia derivada de la dedalera" (p. 33). Además, no es poco lo que nos queda por saber: el Instituto Americano de Investigación del Cáncer ha identificado más de 3.000 plantas que contienen ingredientes activos contra la enfermedad, el 70% de las cuales tienen su origen en los trópicos terrestres.

En sus conclusiones, Broswimmer señala el tipo de mundo que estamos construyendo: un mundo global caracterizado no por un progreso real sino por el real retroceso en las normas de civilidad y en los principios que rigen las interacciones entre la naturaleza y la sociedad. Un mundo en que la libertad real de los ciudadanos para elegir qué tipo de vida quieren seguir, qué tipo de alimento quieren cultivar, qué tipo de alimentación desean seguir, no cuenta nada, absolutamente nada, frente al poder de las grandes corporaciones. El autor recuerda el sufrimiento causado en las últimas décadas "por los desastres naturales", claro indicio que lo que va a significar vivir en un mundo en colapso ecológico. Los humanos acaparamos ya un 40% de la producción primaria terrestre para nuestro propio uso egoísta (p. 173). Sus efectos: coste en pérdida de hábitats naturales, reducción de la viabilidad ecológica, extinción de más especies. De ahí las palabras de Canetti que el autor hace suyas: la supervivencia del planeta se ha hecho tan incierta que cualquier teoría, cualquier cosmovisión que dé el futuro por seguro es una apuesta inaceptable. ¿Dónde estamos pues? En un punto entre un pasado industrial destructivo sin parangón y un futuro incierto que ofrece, a nuestro alcance y a nuestras nuevas formas de actividad, tanto "el espectro de la aniquilación como la promesa de la democracia ecológica" (p. 177). O, si se prefiere, por seguir con la disyuntiva luxemburguista:

democracia ecosocialista o barbarie. El monstruo está llamando a nuestras puertas y no con toques suaves.

A destacar, sin duda, el magnífico glosario que el autor ha incluido en su ensayo (pp. 179-198), el enfoque didáctico y formativo presente en todas sus páginas y las excelentes, útiles y documentadas tablas que Broswimmer ha situado al final de *Ecocidio* (199-239). Repárese, por ejemplo, para construir un rápido mapa de nuestro mundo en las tabla 30 -"Efectos sociales de la globalización"- y 31 -"¿Quién domina el mundo?".

No sé si, como señala Charles Secrett, director de los Amigos de la Tierra, este es un libro de lectura obligada para los políticos y "grandes empresarios de todo el mundo", algunos de cuales conocen perfectamente las coordenadas básicas de la situación, pero sí es cierto que *Ecocidio* cuenta magistralmente la historia nada armoniosa de la humanidad y la naturaleza, y ofrece una visión nada complaciente de los devastadores efectos de las actividades humanas sobre nuestro planeta: al comenzar el siglo XXI es ya evidente, tiene, tendría que ser evidente para todos, que por primera vez desde la extinción de los dinosaurios hace 65 millones de años, se están produciendo cambios de enorme trascendencia ecológica; que desde 1970 los bosques del mundo se han reducido a la mitad; que ha desaparecido una cuarta parte de los recursos pesqueros del mundo. No es un dato propagandístico que el 70% de los biólogos consideren que la Tierra se encuentra sumida en la extinción en masa de especies más rápida de los 4.500 millones de años de la historia del planeta.

En la portada de *Ecocidio* se recoge una consideración de Vandana Shiva: "Un libro esencial para todo el que se preocupa por el futuro de la humanidad". Puede sonar a eslogan publicitario pero, sin duda, es una afirmación veraz.

2. El debate sobre la gestión económica de los recursos naturales y el medio ambiente.

Óscar Carpintero Redondo, *Entre la economía y la naturaleza. La controversia sobre la valoración monetaria del medio ambiente y la sustentabilidad del sistema económico*. Los libros de la catarata, Madrid, 1999. Presentación de José Manuel Naredo.

Rafael Sánchez Ferlosio daba cuenta de esta fábula china en el epílogo de *La homilia del ratón*¹. Un emperador quería inmensamente a su única hija. Temeroso de darla en matrimonio a un hombre que la hiciera sufrir, ordenó a sus cortesanos que recorriesen el imperio buscando a un joven que tuviera el rostro de la perfecta santidad. Entre los aspirantes, traídos de remotos confines de la inmensa China, se eligió el que acabó siendo compañero aceptado de la hija del Emperador. Su comportamiento no defraudó la elección. La supo hacer siempre feliz, viviendo amorosamente con ella hasta el final de sus días. Pero ocurrió que cuando estaba siendo amortajado para su sepultura, un cortesano notó junto a su sien el borde de la hasta entonces inobservable máscara de oro que cubría su rostro. El joven había cometido perjurio, gritó el cortesano, al tiempo que arrancaba de golpe la máscara que cubría el auténtico rostro. Cuál no sería el asombro de todos los presentes al ver que el semblante que entonces se mostraba ante sus ojos tenía las facciones idénticas, absolutamente idénticas, a las de la máscara que hasta entonces le cubría. Rostro y máscara tenían la misma faz.

Pero no siempre, como es sabido, las máscaras ocultan rostros idénticos. Ni siquiera similares. Óscar Carpintero, joven profesor de la Facultad de Económicas de la Universidad de Valladolid, colaborador del Área de Medio Ambiente de la Fundación 1º de Mayo y, para nuestro bien, asiduo colaborador del *topo*, ha extraído las máscaras con las que suele cubrirse, con ciertos aires de soberbia y aparatoso científico, la ciencia económica en su tratamiento de la gestión de los recursos naturales y del medio ambiente y se ha encontrado, y nos muestra, un rey desnudo o con escaso ropaje.

Entre la economía y la naturaleza (EEN) se abre con una breve e interesante presentación de José Manuel Naredo y se compone de una valiosa introducción y de cuatro extensas y documentadas secciones. El mismo autor señala del modo siguiente los objetivos de su investigación: mostrar las principales aristas de la controversia sobre la valoración económica del medio ambiente y la sustentabilidad del sistema económico desde una triple perspectiva histórica, teórica y metodológica, argumentando con buenas y poderosas razones las limitaciones en que el estudio de las relaciones entre economía y naturaleza puede embarcarse si nos seguimos empeñando en colocar en el puesto de mando de nuestras aproximaciones la

¹ Rafael Sánchez Ferlosio, *Ensayos y artículos*. Volumen I. Barcelona, Ediciones Destino 1992, pp. 449-450.

valoración monetaria de los ecosistemas. Carpintero señala la aparente paradoja de la situación dado que el proceso de monetarización del medio ambiente, y su integración en el paradigma analítico ordinario, estuvieron precedidos por la expulsión de las preocupaciones de economistas como Quesnay, Malthus, Ricardo u otros, por anclar el edificio de la economía en el sustento biofísico que ciertamente le da cobijo.

Más detalladamente. La primera sección, la más breve de *EEN* ("Riquezas, recursos naturales y medio ambiente en la ciencia económica") traza un excelente panorama histórico de las varias reflexiones que han concedido importancia a la naturaleza en el desarrollo de la ciencia económica, con especial referencia a la distinción aristotélica entre economía y crematística y al papel de los fisiócratas, presentados como "el último eslabón de unión entre lo físico y lo económico". Un nítido cuadro de Naredo sobre las restricciones sucesivas de la noción de riqueza (desde la inclusión en ella de todos los objetos que componen la biosfera y los recursos naturales hasta su definición como conjunto de objetos valorados, apropiados y que resulten productibles) es comentado por Carpintero con no menos claridad y corrección (pp. 55-59).

La segunda sección ("La dimensión microeconómica en la monetarización del medio ambiente") da cuenta en sus seis primeros apartados de las valoraciones monetaristas del medio ambiente, para desembocar en una presentación de la economía ecológica, disciplina que, a diferencia de la economía ambiental, se ha mostrado desde siempre dispuesta a aceptar "que es el sistema económico el que está inserto en la biosfera y no el medio ambiente el que forma parte, como una variable más o menos relevante, del propio sistema económico" (p. 109). Al ser las relaciones entre economía y medio ambiente relaciones entre sistemas con reglas propia de funcionamiento y, consiguientemente, con cierto margen de compatibilidad, "no parece razonable acometer el estudio de estas relaciones desde los pilares teóricos y conceptuales de una disciplina en concreto, sea ésta la economía o la ecología" (p. 110). La tarea de la economía ecológica será, pues, trazar puentes entre ambas, lo cual significa abrirse a otros argumentos, sean estos económicos, biológicos o físicos. Se trata de "aprender de una fertilización cruzada entre todos ellos" (p. 110), sin que ello conlleve la negación de la autonomía relativa de la ciencia económica o, más general, de las ciencias sociales. Carpintero señala que la envergadura de los problemas sugeridos por la actual crisis ecológica ha puesto de manifiesto las enormes limitaciones de los análisis parciales. Es en esta zona de "frontera e intersección entre la ecología, algunas partes de la física como la termodinámica, y, por último, la economía, donde desempeña su labor la Economía ecológica" (p. 111).

Esta segunda sección finaliza con una equilibrada comparación de la economía ambiental y de la economía ecológica, y con una recapitulación de

lo expuesto con una ilustrativa aplicación a gran escala: el cálculo del valor monetario de los servicios proporcionados por la biosfera terrestre.

La siguiente sección ("La dimensión macroeconómica de la valoración monetaria. Hacia la reforma ecológica") se centra en las voces y argumentos que desde finales de los años sesenta y amparándose en las anteriores críticas de economistas como Kapp o Wantrup y en informes globales como *Los límites del crecimiento*, sostuvieron la necesidad de una modificación "de las herramientas que los economistas empleaban para medir el éxito y el bienestar económico de una nación" (p. 158), consideraciones que señalan con toda claridad la imposibilidad de que indicadores como el PNB sirvan para dar cuenta tanto de la degradación como del agotamiento de los recursos naturales. Carpintero expone a continuación las carencias ambientales de los sistemas de cuentas nacionales, da cuenta de la corrección ecológica de las macromagnitudes, señala algunas objeciones a la mera corrección "ambiental" del PNB, informa del sistema de cuentas de los recursos naturales (SCRN) noruego y francés y finaliza con una aproximación crítica al sistema de cuentas satélites presentada como solución intermedia que "sigue manteniendo la idea de producción como la de generación de un valor añadido monetario" de forma tal que el medio ambiente y su dimensión física han sido arrinconados en lo que Naredo ha denominado el "limbo de las cuentas satélites".

La cuarta sección, la más extensa de *EEN* ("Del debate sobre la valoración macroeconómica a la controversia sobre la sustentabilidad") se inicia con una reflexión de las tempranas posiciones de J. S. Mill, T. R. Malthus y sobre la tesis del estado estacionario. Esta noción tuvo en la década de los sesenta de este siglo un apoyo en la metáfora de Kenneth Boulding sobre el sistema Tierra como "nave espacial". Esta nave espacial que puede ser representada, desde un punto de vista termodinámico, como un sistema que intercambia energía con el exterior (radiación solar, por ejemplo) pero no materiales (salvo la excepción, por ahora despreciable, de los meteoritos), "es incompatible con la extensión de esa otra economía que Boulding bautizó como la del "Cow-Boy", simbolizando el modo de producción y consumo depredador de las modernas sociedades industriales..." Es, por tanto, este ámbito de lo económico el que se encuentra constreñido en su expansión en "los límites de una nave espacial que avanza con recursos limitados" (p. 225).

Sin poder dar cuenta de la riqueza de los análisis de estos apartados, el autor prosigue dando explicación detallada de la relevancia que para la economía tienen los resultados de las ciencias naturales, especialmente de la termodinámica y de la ecología. Son a tal efecto absolutamente recomendables los apartados 3.1, 3.2 y 3.3 (pp. 241-258). La sección finaliza con una extensa y no menos interesante aproximación al concepto de sustentabilidad.

Se cierra *EEN* con un apretado pero sustancial epílogo y con una documentada bibliografía, cierre en que el autor recoge unas palabras de Frank Hahn sobre la necesidad futura de un abrazo entre la economía y disciplinas como la historia, la sociología o la biología. "Un abrazo, en fin, que nos recuerde nuestro verdadero lugar, este territorio que participando de lo natural y lo social se encuentra, como es sabido, entre *la economía y la naturaleza*" (p. 357).

En definitiva, *EEN* tiene un innegable interés no sólo para economistas o científicos sociales sino para filósofos con aficiones epistemológicas, para sociólogos de la ciencia o para historiadores de las ideas y más, en general, para todo ciudadano o ciudadana interesado por asuntos de tanta importancia y urgencia como pueda ser el de nuestra vida equilibrada en esta nave espacial con rumbo desconocido y mando, en ocasiones, netamente irresponsable. No creo que sea traicionar la aspiración de Carpintero con su trabajo si señalo que ha tenido muy en cuenta en su exposición este público no especialista cuidando con mimo el uso no excesivo de formulación matemática, reducida a dos sencillas apariciones (p. 279 y p. 314) que pueden ser comprendidas sin dificultad.

Un trabajo así, un esfuerzo tan encomiable, merecía una historia tan hermosa como la que Sánchez Ferlosio escogía para finalizar su homilía. Bien mirado no es de extrañar. A Óscar Carpintero se le nota feliz cuando sostiene, recordando una idea similar de Jorge Riechmann, que a él no le importaría en absoluto formar parte de alguna agrupación comunista-epicúrea, con la austерidad que la situación, la naturaleza y la ética exigieran, que tuviese en Manuel Sacristán su orientador o dirigente. Con gustos así, las cosas suelen hacerse de forma excelente.

3. Modélico

Óscar Carpintero, *La bioeconomía de Nicholas Georgescu-Roegen*, Montesinos, Barcelona, 2006. Presentación de Joan Martínez Alier.

Óscar Carpintero, profesor de economía en la Universidad de Valladolid, ha escrito un libro modélico, un ensayo sobre uno de los grandes economistas del siglo XX, útil no sólo para lectores avezados en cuestiones económicas.

Editado este mismo 2006, el año del centenario del nacimiento, *La bioeconomía...* es una magnífica e imprescindible biografía intelectual de

Nicholas Georgescu-Roegen (1906-1994), autor de un obra decisiva para el desarrollo de la economía ecológica: *La ley de la entropía y el proceso económico*.

La bioeconomía de Nicholas Georgescu-Roegen es la primera biografía intelectual publicada en castellano sobre el economista rumano, autor que con su obra revolucionó la evolución de la ciencia económica en la 2^a mitad del siglo XX tendiendo puentes entre ésta, la biología y la física (la termodinámica concretamente) con el objetivo de explicar las bases reales de los procesos económicos. Fue un auténtico disidente de la ciencia económica ortodoxa.

Es muy recomendable el capítulo sexto del estudio de Carpintero donde se sistematizan las reflexiones dispersas en varios textos del economista rumano y donde se muestran las potencialidades político-ecológicas de sus planteamientos. Lo que Georgescu-Roegen llamó "bioeconomía" hoy encuentra acomodo en disciplinas como la economía ecológica o la ecología industrial.

En síntesis, como señala Joan Martínez Alier en el breve pero magnífico prólogo del libro: "Óscar Carpintero ha escrito un excelente libro (...) un libro que va al fondo en el estudio de la vida y la obra de Georgescu-Roegen". Se trata, pues, de un estudio, escrito en prosa viva, absolutamente recomendable no sólo para economistas o estudiosos de las ciencias sociales sino para todo ciudadano que quiera aproximarse con rigor a la obra de alguien de quien Jacques Grinevald señaló que "nuestros descendientes, que sufrirán las consecuencias de nuestra arrogancia y de nuestra negligencia, nos reprocharán el olvido de un genio (...) que derrochó energía en vivificar (en la plena acepción del término) nuestro modo de pensar de economía".

No se lo pierdan.

4. ¿"Crecer", objetivamente, es crecer?

Clive Hamilton, *El fetiche del crecimiento*. Editorial Laetoli, Pamplona, 2006, 254 páginas. Traducción de José Luis Gil Aristu; revisión técnica de Henrike Galarza.

Colectivo revista *Silence*, *Objetivo decrecimiento. ¿Podemos seguir creciendo hasta el infinito en un planeta finito?* Leqtor, Barcelona, 2006. Traducción de Javier Fernández de Castro.

¿Se imaginan ustedes quien es el autor de este texto escrito en la primera mitad del siglo XIX? "Confieso que no me fascina el ideal de vida mantenido por quienes piensan que el estado normal de los seres humanos

es luchar para medrar; que atropellar, machacar, darse codazos y pisarse unos a otros, comportamientos que constituyen el tipo de vida social hoy existente, son el destino más deseable para el género humano o meros síntomas desagradables de una de las fases del progreso industrial". Han imaginado bien: es un texto de John Stuart Mill, un pasaje de *Principios de economía política* que seguramente ha inspirado muchos desarrollos de *El fetiche del crecimiento* de Clive Hamilton.

Noam Chomsky, a quien el propio autor agradece su estímulo y sugerencias, lo ha señalado: éste es "un libro que se echaba en falta y que da de lleno en el clavo". Tiene razón: *El fetiche del crecimiento* da en el clavo porque refuerza una idea que poco a poco va calando entre diversos sectores de las izquierdas, o incluso en otras zonas del mapa político: no podemos seguir viviendo como vivimos, no nos conviene seguir creciendo como estamos (de)creciendo. El volumen construye una crítica razonable al capitalismo consumista y esboza las estructuras básicas de una sociedad del post-crecimiento. ¿Cuál sería el propósito fundamental de esta sociedad? No aumentar las rentas sino dar a los seres humanos posibilidades de satisfacción y realización personal. "La búsqueda del bienestar [...] permitirá la aparición de una individualidad auténtica (y no fabricada) y el florecimiento de las potencialidades humanas" (p. 240) (Por cierto, ¿por qué me recuerda esta reflexión algunos pasajes de algo tan obsoleto y caduco como el *Manifiesto Comunista*?).

Las principales tesis que el autor defiende en este ensayo pueden ser concretadas del modo siguiente: 1. No es razonable dejar la búsqueda del bienestar en manos del individuo que actúa de forma solitaria, dado que, generalmente, el mercado lo absorbe. 2. Necesitamos una nueva política del bienestar, que Hamilton denomina eudemonismo, una política que vaya más allá del crecimiento productivista y que aspire a "una sociedad en la que la gente pueda dedicarse a actividades capaces de mejorar realmente su bienestar individual y colectivo" (p. 19). El "Manifiesto por el Bienestar", elaborado por la New Economics Foundation de Londres y el Australia Institute de Camberra ofrece una perspectiva que, precisamente, va más allá del fetichismo del crecimiento y de la obsesión por el mercado. 3. Es necesario centrar, focalizar si se prefiere, la nueva política en la creación de una sociedad en la que todos los seres humanos puedan llevar una vida que valga realmente la pena.

Gráficamente, una magnífica forma de captar una de las ideas centrales de Hamilton se concreta en la figura 1 de la página 75 donde se compara la evolución del PIB y del IPG, el Indicador del Progreso Genuino, de Reino Unido, Estados Unidos y Australia entre 1950 y 2000. En Estados Unidos, por ejemplo, situado el PIB de 1950 en 100, se llegaría en 1997 al valor 270 aproximadamente, casi el triple del valor inicial, mientras que el IPG, situado

en 100 también en 1950, alcanzaría apenas, en 1997, el valor 120. La situación sería similar en el caso de Inglaterra y algo mejor en Australia.

Hamilton ha tenido además la gentileza de escribir un prólogo para la edición castellana (pp. 11-14), fechado en julio de 2005, donde expone preguntas -cuyas respuestas parecen empezar todas ellas por una clara negación- tan básicas como las siguientes: "De continuar el ritmo actual de crecimiento, el PIB español, situado actualmente en 800.000 millones de euros, se doblará en los próximos 25 años. Pero, ¿se resolverán los problemas sociales y medioambientales del país? ¿Serán los españoles más felices?" (p. 11). Además, y de forma sorprendente en un autor que no es de tradición marxista, Hamilton no tiene problema alguno en citar a Karl Marx, al trasnochado filósofo de Tréveris, reconociendo que algunas de sus propuestas beben de esa fuente, de las críticas marxianas del fetichismo de la mercancía, a la alienación de la ciudadanía, al impacto psicológico del trabajo asalariado bajo el capitalismo.

Acaso el principal problema que puede señalarse a algunos desarrollos de este admirable ensayo es que contempla las sociedades occidentales de forma excesivamente homogénea, desde una perspectiva, digamos, muy de clase media, olvidando, aunque no siempre, los importantes problemas de marginación, precariedad, falta de medios, que también se dan en sectores importantes de estas, las nuestras, sociedades supuestamente desarrolladas. No es cierto que todos los ciudadanos de estas sociedades tengan amplias posibilidades de consumo, aunque sin duda tiene razón Hamilton cuando apunta que nadie va a ser más feliz ni va a llevar una vida más interesante si centra su interés vital en el cambio de un motor de explosión marca XV por otro de marca YW, con siete puertas y dirección hiperasistida.

Puede discutirse además el uso de algunas generalidades –"Nuestros políticos llevan años vendiéndonos..."; algunas críticas poco matizadas a la ciencia y al desarrollo científico; algunas afiliaciones históricas de los partidarios de la reducción económica -los que el autor llama reductores- con el paradigma liberal en alguno de sus estadios anteriores (no todos los liberales fueron personas como Stuart Mill); algunas críticas, en mi opinión injustas, a las posiciones de las izquierdas no aposentadas que llevan años apuntando la necesidad de romper con esta alienación existencial por errores que pudieran cometer en su momento; el olvido sin casi contraejemplos de franjas de esa "izquierda tradicional" que parece reducirse a los laboristas y a la socialdemocracia, o incluso algunos usos terminológicos discutibles como "ciencia de la felicidad", pero... es igual, es totalmente secundario, pelillos a la mar. Nada de ello quita un ápice de valor e interés a este trabajo. Si la historia ha terminado, señala Hamilton, "hay que reiniciarla, pues la sociedad posterior al crecimiento es la fase de la historia situada más allá del capitalismo consumista" (p. 21). Vale la pena, pues, leer *El fetiche*, vale la pena reflexionar de nuevo sobre los numerosos temas que *El fetiche* sugiere,

propone y desarrolla y, sobre todo, vale la pena empezar a vivir, y ayudar a vivir, en la línea que *El fetiche* defiende muy razonablemente y con pasión no ocultada.

Línea, además, coincidente en parte, sólo en parte, con lo que exponen los diversos autores de la revista *Silence* en *Objetivo decrecimiento*. *Silence*, “ecología, alternativas y no violencia”, es una revista publicada en Lyon desde 1982, con más de 280 números publicados, que puede consultarse en www.revuesilence.net y que se ha convertido en punto de referencia del pensamiento radical, humanista y solidario no sólo en Francia sino incluso en Italia. *Objetivo decrecimiento* es una versión abreviada de un libro más extenso, *Objectif décroissance*, publicado en Francia, Lyon, en 2003. En la contraportada se señala la idea central defendida: frente a la idea compartida, se dice, por todos los políticos, sean de derechas o de izquierdas, de que hay que seguir creciendo a toda costa, se apuesta aquí por la reducción planificada del crecimiento económico de los países ricos, ese 20% de la población mundial que consume el 80% de los recursos. Crecer, desarrollarse si se prefiere, pasa por decrecer, como mínimo en los países enriquecidos. Parece imposible, inconsistente, acaso irracional pero “Racionalmente, sin embargo, a los países ricos... no les queda más remedio que reducir su producción y su consumo a fin de “decrecer””(p. 11).

Vincent Cheynet, uno de los coordinadores de la revista *Casseurs de pub* y miembro de la Asociación Écolo, señala en la presentación y en el primer artículo del volumen, algunas de las ideas centrales del movimiento:

1. La crisis ecológica ha revelado el callejón sin salida, político, cultural, filosófico, en el que ha caído nuestra civilización.
2. La guerra que libran nuestras sociedades contra la Tierra es el reflejo de la guerra que libran los países ricos contra su conciencia.
3. Nuestro mundo está condicionado por la ideología consumista y, según Cheynet, está “prisionero de una fe ciega en la ciencia”, buscando una respuesta que no contradiga su ansia de crecimiento exponencial de objetos y servicios.
4. El concepto de desarrollo sostenible respondió inicialmente a esa finalidad pero el término, señala Cheynet, ha de volver a su lugar natural: al de los tópicos trillados.
5. Las soluciones técnicas son importantes pero deben ser acomodadas a nuestras opciones democráticas. Su propuesta pasa por el decrecimiento sostenible y convivencial que nos permite engañarnos: “Nos impone mirar de frente la realidad y existir en todas nuestras dimensiones para tener la capacidad de afrontar lo real y tratar los problemas” (p. 9).

6. Se defiende aquí una economía *saludable*, es decir, un modelo económico que, como poco, no recorra al *capital* natural, que “viva de rentas”, una humanidad que “viva sólo de las rentas de la naturaleza”, el

único objetivo que podemos plantearnos, tanto desde un punto de vista moral como científico.

El volumen incorpora artículos diversos que van desde una biografía de Georgescu-Roegen de Jacques Grinevald hasta una llamada al decrecimiento convivencial de Serge Latouche, pasando por un trabajo de Willem Hoogendijk, miembro de la "Plataforma europea de campesinos críticos" y por un, en mi opinión, magnífico ensayo de Denys Cheynet sobre el papel del automóvil en nuestras sociedades industrializadas. El último texto incorporado en el Manifiesto de *The Ecologist* contra la desestabilización climática de la Tierra.

Acaso el comentario crítico que podría apuntarse tiene que ver con el tipo de encuesta que Denys y Vincent Cheynet (pp. 179-183) incorporan al volumen. Hay en ella, creo, algunas aristas sectarias que podían evitarse. No está claro, en contra de lo que apuntan (y puntúan) sus autores, que las respuestas triviales antes sus sesgadas preguntas sean A y B y que la única vía transitable sea la C. Como suele ocurrir con la vida y con el sentido de la vida (nada más humano, señala Cheynet, precisamente que la búsqueda de ese sentido), las matizaciones, como también lo exigen algunas generalizaciones que descalifican, por ejemplo, a todos los políticos. Por otra parte, algunos desarrollos "espiritualistas" no siempre son muy convincentes.

Sea como sea, no hay ninguna pérdida de valor, no hay ninguna duda que el crecimiento, supuestamente sostenible o sin serlo, en muchas de sus variantes, no sólo es injusto, no sólo es antisocialista, no sólo es antiecológico, sino que, como señalan los miembros de *Silence*, es simple y llanamente un disparate antropológico (aunque no sólo). Los matices son necesarios y algunas de sus preguntas y muchas de sus respuestas permiten esas

5. El guardián entre la finitud.

Jorge Riechmann, *Gente que no quiere ir a Marte. Ensayos sobre ecología, ética y autolimitación* Madrid: Los libros de la Catarata 2004, 247 páginas. Prólogo de José Manuel Naredo.

Los confiados optimistas en el desarrollo imparable, progresivo, ilimitado y benefactor de los saberes y hakeres tecnocientíficos, conjunto cuya intersección no es vacía con el de los aguerridos (y agresores) partidarios del sistema maximin -máximo beneficio para un reducido sector oligopólico y mínimo bienestar, cuando no condena a la inexistencia, para una mayoría abrumadora de la Humanidad- suelen argüir, si generosamente queremos ensanchar el campo semántico del apreciado término, que las preocupaciones y llamadas urgentes de atención de documentados ecologistas, en acción ininterrumpida, están no sólo absolutamente desenfocadas y desorientadas sino que son, simple y básicamente, un regreso (reaccionario e irracionalista) al pasado: no hay peligro sustantivo al acecho, o bien éstos son nimios y fácilmente evitables, o acaso, se señala, los datos de partida de la perspectiva ecologista están mal construidos, son (im)puros e interesados inventos alocados, y, por tanto y finalmente, se concluye que los alarmados, antirracionalistas y alterados insurgentes olvidan conscientemente que existe una mejoría notable, incluso sobresaliente, entre la situación actual y la que se vivía algunos años atrás, cuando, por ejemplo, el uso irresponsable de derivados fluorados y clorados adelgazó y agujereó la capa de ozono. Después de ello, los confiados partidarios del maximin entonan alegremente en algún spot radiofónico financiado por alguna

transnacional amante del “medio ambiente”: el futuro está abierto y la energía, *nuestra* energía, es limpia como nuestro corazón y nuestras finalidades.

Cuando las cosas y los acontecimientos se tuercen un tanto, cuando los datos, argumentos y situaciones apuntadas desde varios frentes son abrumadoramente contrarios a sus -estas sí- demenciadas posiciones, los productivistas y tecnicistas sin freno abren una de las últimas puertas de su diseñada cosmovisión y echan mano de la épica cósmica del cowboy postmoderno: si las cosas no llegasen a funcionar satisfactoriamente en nuestro planeta azul, hasta el punto de que la especie humana se convirtiera definitivamente en un tejido canceroso de la biosfera, la salida está a nuestro alcance: démonos cuenta de que no estamos limitados a nuestra morada en el aire, de que somos parte activa y conquistadora de un sistema mucho más amplio. Marte está cerca y quien dice Marte -por si nos atacan sus pobladores- dice Saturno o Plutón. Vayamos allá donde podamos y deseemos. Nada nos está vetado. Todo es posible incluso lo supuestamente imposible. Hagamos, sin excesiva y paralizante reflexión y conscientemente alejados de toda norma de precaución, todo aquello que podamos hacer. Invirtamos sin pestañear y sin control en una nueva odisea en el espacio para 2101 y siglos venideros. Alcancemos Júpiter, más pronto que tarde y, si es necesario, y es claro y distinto que empieza a ser necesario, rompamos en diez, cien o mil partes lo que haya que explotar y la vida humana, con nuestros omnipotentes saberes y hakeres tecnológicos, estará garantizada cuanto menos para los próximos 10.000 años, como postulaba el “progresista” astrónomo británico Adrian Berry en la década de los setenta. Luego, los dioses tecnológicos seguirán ordenado nuestro existir cósmico. Atrás dejaremos las huellas aniquiladoras de nuestro ser. No hay nada que cambiar en el plano de nuestras finalidades básicas, no hay que alterar en lo más mínimo nuestras costumbres ni nuestra forma de respirar, pisar, producir y consumir. Ninguna otra vida es posible ni concebible. El futuro no sólo está abierto y es infinito sino que está al lado de nuestra voz de mando. El arma de nuestra ansia de conquista y poder es invencible. Somos ya más que humanos. Ha llegado la hora del superhombre: la del Ser que está más allá de lo humano.

Estamos, como apunta el autor, ante el arte de la fuga capitalista hacia la bestia, hacia la máquina. Jorge Riechmann, con *Gente que no quiere ir a Marte*, la tercera parte de su trilogía de la autocontención -cuyas dos primeras partes fueron *Un mundo vulnerable* (2000) y *Todos los animales somos hermanos* (2003)- arguye de forma admirablemente documentada contra el ilimitado mar de falacias que inunda una perspectiva unilateralmente desarrollista. Somos hijos de Prometeo, hemos robado fuego y saberes prohibidos a los dioses, pero es deber de todos comportarnos como descendientes inteligentes de ese legado insumiso. Y no porque

renunciamos al desarrollo sino porque creemos, con Pasolini, que el crecimiento (neo) capitalista es antagónico a un verdadero progreso humano que no consista en la acumulación irrestricta de objetos chabacanos y faltos de sentido, acompañada de una constante e irreversible destrucción de valores existenciales básicos.

La finalidad básica de los diez capítulos que componen esta tercera parte de la trilogía, así como su imprescindible nota previa -"La utopía negativa del capital"- y la reflexión final, sin olvidar la hermosa dedicatoria del ensayo, es enunciada por Riechmann en los siguientes términos: "El volumen que tienes entre manos, amable lector, discreta lectora, está escrito para explorar por qué la idea de viaje a Marte -comprendida no sólo en sus términos literales, sino también en toda su dimensión simbólica- no nos parece de entrada demasiado atractiva, ni a mí ni a mucha otra gente (por valioso que juzguemos el conocimiento científico sobre el devenir del cosmos y las características de nuestro sistema solar)".

El autor de *Canciones allende lo humano* nos presenta sus posiciones con información sustantiva y diversa, esto es, con información contrastada y pertinente para el caso; con fina y completa argumentación que no olvida las múltiples caras de las cuestiones tratadas, con modélica pasión razonada e inspirándose, en la discusión normativa, en un enorme y variado conjunto de pensadores y poetas. Entre otros, Hanna Arendt, Juan Ramón Jiménez, Hans Jonas, Albert Camus, el citado Pier Paolo Pasolini, Lewis Mumford, Paul Forman y Manuel Sacristán, recogiendo también enseñanzas del tsimtsum de la cábala o del jasidismo o budismo zen. A destacar, por su infrecuencia, el interés y buen hacer con el que Riechmann presenta las tesis de Nicholas Rescher -un filósofo de la ciencia que sin duda merece una mayor atención en tierras ibéricas- sobre el ámbito de la tecnología.

La apuesta por la autolimitación, la construcción de una ética del límite y de la imperfección -dado que, como el propio Riechmann señala, la destrucción ecológica, la desigualdad socioeconómica y el descontrol de la tecnociencia son los tres temas mayores que deberían abordar hoy las ciencias sociales y la crítica filosófica- no implican en ningún caso la idealización de pasados más o menos remotos. Contrariamente a lo que en alguna ocasión se ha defendido desde algunos sectores del ecologismo y desde otras tribunas, no se parte aquí del presupuesto de un bello, idealizado y armónico equilibrio de las culturas primitivas, alterado o liquidado sin más matices por la modernidad. No se trata de ningún combate entre antiguos y modernos, entre la armonía clásica y la desarmonía de la Modernidad. Y, desde luego, aún menos se defiende una nostalgia por lo pre-humano en la línea de lo apuntado por John Zerzan (pp. 39-40). Riechmann es cartesianamente claro en este punto, con una interesante arista crítica contra el irrealismo conformista y consolador: "Situar la Edad de Oro en un pasado inalcanzable por definición me parece reaccionario -señala-. Se trata de un

ejemplo más -me temo- de la loca idealización de lo que nos queda lejos, lo más lejos posible, de manera que nuestro pensamiento desiderativo no tiene porque arriesgarse en el contraste con la realidad -que suele ser doloroso” (p. 40).

Por otra parte, acaso podría apuntarse críticamente que esta llamada a la audacia contenida, al cultivo del límite, resulta contraria a la propia naturaleza humana. ¿No somos los humanos la especie de la soberbia, del descontrol, de la ilimitación? ¿No está en nuestra propia esencia de seres biológicos dominantes el transgredir toda frontera que se nos quiera imponer artificial, innaturalmente? ¿No nos condena este cultivo del jardín de la finitud a un mortal aburrimiento que con el transcurso del tiempo conllevará una explosión descontrolada de energías amantes del riesgo y de la aventura existencial? Hablar de la naturaleza humana fija, de esencias biológicas inamovibles siempre es discurso de alta tensión, más allá de trivialidades del tipo “somos seres que necesitamos respirar o consumir diariamente determinada cantidad de calorías”, pero Riechmann se ha esforzado en dejar claro que no hay en su propuesta normativa y vital ningún brindis al sol del lunes y de la inactividad. Más allá del prudente elogio a la pereza del que fuera yerno de Marx, el autor de *Un zumbido cercano* nos propone una multitud de tareas que alejan mil años-luz la posibilidad de todo aburrimiento existencial. Cuidar los límites de nuestra vida, convertirnos en guardianes de la finitud, construir un mundo donde las desigualdades abyectas sean un recuerdo de la pre-historia, aceptar la épica de la autolimitación y de la igualdad, no es condenarnos a una somnolencia insopportable. Acaso no haya mayor aventura para las generaciones futuras -para los por nacer, de los que hablaba Brecht- que evitar la aniquilación de nuestro vulnerable habitáculo. Como una cebolla inagotable, cada capa de su ser esconde a su vez otras muchas e inesperadas capas. El mismo Borges recordaba aquella aspiración del compañero de Madame de Chatêlet -“Un hombre que cultiva su jardín como quería Voltaire”- y concluía: “Esas personas, gente que se ignora, están salvando el mundo”.

En las páginas finales del ensayo, hay, además, un punto de enorme interés psicológico, con netas implicaciones poliéticas, que no debería pasar desapercibido por el cúmulo de información, de razones y reflexiones que nos brinda el autor del ensayo. Riechmann, retomando ideas de Hans Jonas y Günther Anders, apunta a un problema básico en su consideración del ser humano y de su práctica social: el olvido, la marginación del miedo, el no asustarse suficiente ante los peligros crecientes en los que nos encontramos inmersos, por desidia, por defensa psicológica ante lo insopportable, por pensar que eso no nos va a ocurrir ni a nuestros próximos, por creer que el futuro está lejos o acaso, arguyendo, que la ley de la entropía nos condena a todos a la larga y que, por tanto, dentro de dos billones de años todos estaremos calvos. ¿Qué es pensar?, preguntaba Heidegger. Pensar, responde

Riechmann, es pensar a partir de Auschwitz, de Hiroshima y de Chernóbil. Con Zygmunt Bauman, Hiroshima y Chernóbil no son daños colaterales de la modernidad, sino parte integrante, hasta la fecha, del proyecto, de un proyecto que debemos heredar y cuidar con cuidado. Esa es la gran tarea que nos ha legado el terrible siglo XX. Debemos reflexionar asustándonos suficientemente (y sin parálisis) ante la destrucción. En nuestra época, señala Riechmann, “*la época moral del largo alcance*, la respuesta ética política que precisan los graves problemas a los que hacemos frente debe formularse -a mi entender- en términos de responsabilidad (hacerse cargo de las consecuencias) y autocontención (tratar conscientemente de moderar nuestra *hybris*)” (p.246).

De lo anterior no se infiere desconocimiento de los datos básicos de la situación. La Tierra pierde fuerza poco a poco al tener que contrarrestar la acción constante del flujo y reflujo de las mareas. Gira por ello cada vez más despacio. Habrá una época en que la Tierra tarde 25 horas en girar sobre sí misma, luego 26, y así sucesivamente. Llegará pues el momento, muy lejano, en que ese giro casi se detendrá. También la Luna se alejará cada vez más, y es plausible pensar que al salirse de su órbita vuelva a caer sobre la Tierra. Sin duda, este probable suceso es un fenómeno de peligro no desdeñable: nuestro satélite se verá sometido a fuerzas enormes que acabarán por romperlo; sus trozos lloverán sobre la Tierra y la arrasarán. Algo habrá que hacer, sin duda, pero, también sin duda, esta no es tarea urgente de nuestra hora. Obsérvese, por otra parte, que el peligro señalado no está en nuestro mal hacer sino en las propias leyes cosmológicas.

Además de lo señalado, *Gente que no quiere ir a Marte* es una decidida apuesta por una racionalidad completa, ya que, tal como señala José Manuel Naredo en su magnífico prólogo, cuando la posibilidad de encontrar un planeta habitable se sitúa como poco a una distancia de cientos de años luz, la idea de la colonización espacial se convierte en un distopía no sólo física sino económica ya que el empeño de enviar pobladores a otros, supuestamente habitables, o a comerciar con ellos enterraría muchos más recursos de los que podría aportar a nuestro planeta. De hecho, la carrera espacial “en su vano empeño de escapar de la Tierra, ha ayudado a apreciarla mucho más como el planeta tan singular y adaptado a nuestras necesidades que es como morada idónea e irreproductible que debemos cuidar...” (p. 16).

Riechmann, con este nuevo ensayo, nos enseña a cuidar con mimo nuestra singular estancia, nuestra áerea morada: “Habrá que aprender a cuidar la Tierra, tratándola a veces con amor de jardinero, a ratos con reverencia de ermitaño budista, por trechos con sentimiento de hermandad franciscana, en otras ocasiones con admiración de indio de las Grandes Praderas” (p. 246). Y nos recuerda, además, la necesidad de refutar aquel aforismo, por él citado, del gran Max Born en 1968, precisamente en 1968:

"Tengo la impresión de que la Naturaleza ha fracasado en su intento de producir en esta Tierra un ser inteligente". ¿A que esperamos para intentar desmentir, con el debido respeto, la afirmación del gran físico atómico?

6. Por senderos de armonía

Estefanía Blount, Luis Clarimón, Ana Cortés, Jorge Riechmann, Dolores Romano (coords.) *Industria como naturaleza. Hacia la producción limpia* (IcN) Los libros de la Catarata, Madrid, 2003, 283 páginas.

[...] la habilidad para apreciar el valor cultural de la naturaleza virgen se reduce a una cuestión de humildad intelectual. El hombre moderno de mente superficial, que ha perdido sus raíces en la tierra, cree haber descubierto ya lo que importa de verdad: es ése que pregonan imperios políticos o económicos que durarán mil años. Sólo el estudiioso se da cuenta de que toda la historia consiste en sucesivas salidas desde un mismo punto de partida, al que el hombre vuelve una y otra vez para organizar, de nuevo, otra búsqueda de valores duraderos. Sólo el estudiioso entiende por qué la naturaleza, cruda y salvaje, define y da sentido a la empresa humana.

Aldo Leopold, "La naturaleza virgen" (IcN, pp. 265-266).

A. Ian Herskowitz¹, profesor de la Universidad de California en San Francisco, centró su investigación en la *Saccharomyces cerevisiae*, la levadura del pan. Es el organismo unicelular más sencillo que funciona de forma similar a una célula humana. Las células de la levadura son de dos tipos (comparables a los genes masculino y femenino) y son capaces de pasar de un tipo de otro. Herskowitz, el humán metáfora, averiguó la forma en que la levadura consigue hacer ese cambio y lo describió de una forma conocida como el modelo casete: cada célula posee una colección de cintas -de genes masculinos y femeninos- y puede pasar de un tipo a otro metiendo una cinta diferente. G. Fink, profesor de Genética en el MIT, ha señalado que el gran don de Herskowitz, y no era un atributo cualquiera, residía en la capacidad de "poder mirar un gran conjunto de datos completamente confusos y contradictorios y sacar una metáfora que daba sentido a todos de una forma magnífica".

Sin duda, la tarea de Herskowitz merece ser cultivada, especialmente en los ámbitos de trabajo interdisciplinar y con gran cantidad de información cuya consistencia no siempre aparece de manera inmediata. Trabajar con la naturaleza, y no contra ella; producir sin contaminación empleando la energía del sol; diseñar los bienes y servicios no ya "desde la cuna hasta la tumba"

sino "desde la cuna hasta la cuna", cerrando los ciclos totalmente; estas son algunas de las excelentes metáforas formuladas por los coordinadores del volumen *Industria como naturaleza. Hacia la producción limpia* para transmitir "una idea general de lo que puede ser la producción limpia -uno de los elementos centrales de cualquier estrategia de sustentabilidad ecológica" (p.9). Más difícil, admiten los mismos autores del volumen, es trazar con detalle sus requisitos e implicaciones, y esbozar caminos para avanzar hacia ella. Pues bien, éste difícil propósito es el reto asumido en la concepción y publicación de IcN.

Los estímulos para su elaboración surgieron en las segundas jornadas para la prevención de la contaminación y producción limpia en Aragón (Zaragoza, 28 y 29/11/2001). IcN incorpora algunas de las ponencias y materiales de estas segundas jornadas, pero también otros importantes trabajos traducidos sobre producción limpia, entre los que cabe destacar "Hacia una química sostenible" de Terry Collins, ensayo previamente publicado en la prestigiosa revista científica *Science* 291, 48 (2001).

Los artículos recogidos se distribuyen en cuatro secciones: en la primera se "trata de proporcionar las herramientas teóricas e históricas básicas para construir transiciones hacia la producción limpia" (p. 11), destacando aquí dos excelentes ensayos de Jorge Riechmann: "Biomímesis: el camino hacia la sustentabilidad" y "Cerrar los ciclos: la producción limpia"; en la segunda sección se elabora con mayor detalle la idea de una química limpia o sostenible; en la tercera se muestran ejemplos concretos de cambios en empresas que mejoran su rendimiento medioambiental; en la cuarta parte se introducen trabajos que nos ofrecen perspectivas más amplias sobre trabajo, ecología y sociedad, destacando en este último apartado "el ensayo de Aldo Leopold *La naturaleza virgen*, que incluimos como homenaje a uno de los grandes filósofos de la naturaleza de todos los tiempos" (p. 11) y el artículo de Albert Recio.

No es posible transmitir aquí, ni tan siquiera muy sucintamente, la totalidad de ideas contenidas en IcN pero sí señalar brevemente algunas de sus consideraciones básicas. Terry Collins señala en su contribución -"Hacia una química sostenible", pp. 87-92- que esta vieja y admirada disciplina científica ha de desempeñar un papel importante que permita hacer posible una civilización sostenible en la Tierra (p. 87). La química verde puede posibilitar esa sustentabilidad en tres áreas clave: en primer lugar, los químicos pueden contribuir al desarrollo de la conversión viable de la energía solar en energía química y a la mejora de su conversión en energía eléctrica; en segundo lugar los reactivos usados para la industria química deben obtenerse cada vez en mayor medida "de fuentes renovables para reducir nuestra dependencia del carbono fosilizado" (p.88), y, en tercer lugar, las tecnologías contaminantes deben ser sustituidas por alternativas benignas.

Collins señala una razón científica general qué explica por qué la tecnología química contamina: los químicos que desarrollan nuevos procesos se esfuerzan básicamente en alcanzar reacciones que produzcan solamente el producto deseado. Para ello usan diseños de reactivos relativamente simples, empleando casi en su totalidad la tabla periódica de los elementos; empero "la naturaleza logra una gama enorme de procesos bioquímicos selectivos con apenas un puñado de elementos comunes medioambientales. La selectividad se logra a través de un diseño del reactivo que es mucho más elaborado que el sintético" (p. 88). Collins apuesta por la necesidad de una normativa rigurosa basada en el principio de precaución y el principio de la inversión de la carga de la prueba "para evitar el lanzamiento de nuevos compuestos persistentes móviles en el medio ambiente; también resulta necesario desarrollar una definición exacta de la persistencia" (p.89). Los principios de la química verde o sostenible deben convertirse, en su opinión, en una parte integral de la formación y de la práctica química de Universidades e instituciones afines, y, dado que la química ejerce una influencia casi ilimitada sobre la actividad humana, se entrelaza inextricablemente con la ética, con lo que "una comprensión de la ética de la sustentabilidad (Jonas: 1984) constituye por tanto un componente esencial de una formación sensata en química" (p. 91).

En uno de sus trabajos, Riechmann nos aproxima a la noción de biomímesis ("Biomímesis: el camino hacia la sustentabilidad", pp. 25-48), que él mismo define en los términos siguientes: "imitar la naturaleza a la hora de reconstruir los sistemas productivos humanos, con el fin de hacerlos compatibles con la biosfera" (p. 25). La noción, sostiene el autor, juega un papel clave a la hora de dotar de contenido la categoría más formal de sustentabilidad, que es presentada del siguiente modo: los sistemas económico-sociales han de *ser reproducibles* -más allá del corto plazo- *sin deterioro de los ecosistemas sobre los que se apoyan* (p.26). Por consiguiente, sustentabilidad es equivalente a viabilidad ecológica y los sistemas socioeconómicos que funcionan destruyendo su base biofísica son sistemas insostenibles que deben ser orillados. De ahí que, en contra de todo productivismo teñido de modernidad, de ciencia y de racionalidad pero que, en el fondo y en su superficie, muestra con nitidez saber trasnochado, escasa documentación científica y locura irracionalista, el desarrollo sostenible deba tener una importante dimensión de autolimitación (p. 28) ya que de lo que se trata es de satisfacer nuestras necesidades actuales sin poner en peligro la capacidad de las futuras generaciones de satisfacer las suyas. Sembrar para hoy, para todos (y todas) y para el mañana.

A partir de la idea de biomímesis, Riechmann sugiere cinco principios básicos para la reconstrucción ecológica -que supone destrucción previa- de la economía (p. 35): 1. Vivir del sol como fuente energética. 2. Cerrar los ciclos de materiales 3. No transportar demasiado lejos los materiales. 4.

Evitar los xenobióticos como COP o OMG. 5. Respetar la diversidad. Un eslogan que resume sucintamente el segundo principio es "basura es comida". Todos los productos de la economía serían clasificables como nutrientes biológicos o como nutrientes técnicos. "El planteamiento en cualquier caso ha de ser residuo cero, en el sentido de que los residuos de los procesos productivos serían aprovechables íntegramente como materia prima -igual que sucede en los ciclos de materiales que se dan en la biosfera" (p. 36).

Obsérvese, por otra parte, que el único criterio distributivo justo para el espacio ambiental tiene fuertes resonancias igualitaristas: iguales porciones de espacio ambiental para todos y cada uno de los seres humanos, esto es, "que cada habitante de la tierra tenga igualdad de derechos al patrimonio natural de ésta" (p. 39). De este modo a la justicia intergeneracional que subyace a la idea de sustentabilidad debe sumarse la justicia entre las diferentes naciones, sociedades, clases sociales y seres humanos, sin olvidar que ese mismo espacio lo compartimos con incontables seres vivos no humanos, lo cual abona la necesidad de una ética no especieísta, que trace lazos amigables más allá de los componentes, de todos los componentes de la humanidad estricta.

Cabe destacar finalmente las útiles y documentadas páginas sobre "Recursos en Internet para promover la producción limpia" que Dolores Romano ha incorporado en las página finales (pp. 271-283) de IcN.y el excelente ensayo de Albert Recio sobre "Trabajo, ecología y sociedad" (pp. 213-238). En éste, Recio contrapone tres modelos laborales -1. La propuesta neoliberal; 2. La respuesta socialdemócrata reformada y sus limitaciones 3. Una apuesta ecológico-socialista de corte post-capitalista-, que le permiten focalizar mejor las cuestiones que considera básicas en este ámbito, aun admitiendo que la realidad "nunca se produce en forma de modelos cerrados, de comportamientos estancos" (p. 235). Los dos primeros modelos "al descansar el centro de la vida social en el desarrollo capitalista, difícilmente apuntan hacia mundos sostenibles" (p. 235), dado que presuponen alegre y confiadamente en la capacidad creativa ilimitada de la empresa privada y del desarrollo tecnológico como respuestas a todos los interrogantes.

Después de estos iniciales compases críticos, Recio apunta, "de forma esquemática" pero constructiva, algunas ideas sobre un modelo utópico alternativo por dos razones básicas: en primer lugar, porque, siguiendo la tradición de Paul Baran, es necesario empezar a generar ideas y experiencias que indiquen senderos que nos permitan avanzar hacia una forma superior de vida social, admitiendo que "apuntar ideas no es tener las cosas resueltas, es contribuir a que otros con más ingenio y dedicación puedan elaborarlas más eficazmente" (p. 235) y, en segundo lugar, porque los modelos alternativos pueden ayudar a rehuir la peligrosa deriva neoliberal a fuerzas políticas (y movimientos sociales) con efectiva vocación -no sólo nominal- de

transformar o revolucionar anquilosas e injustas estructuras sociales. El firmante de esta reseña no puede dejar de manifestar su más sentido convencimiento -sin duda revisable pero fácilmente compatible- con esta línea de investigación y de intervención político-cultural.

IcN ha sido editado con la colaboración de CC.OO. de Aragón y de ISTAS (Instituto social de trabajo, ambiente y salud). Ambas organizaciones son ejemplo destacado de sensibilidad y combate cultural sin desánimo por una forma radicalmente distinta (es decir, con nuevas raíces) de entender la relación entre la especie y su entorno. Cabe aquí destacar agradecida y admirativamente por tanto su contribución a que todos aprendamos, como señala Riechmann en su poema final para el volumen ("Ahí, sobre esta tierra"), a: "Cuidar estas humildes charcas y humedades/ como la herencia que de tus padres recibiste / Cuidar los campos de cultivo/ como tu propio cuerpo (...) / Cuidar el mundo/ porque es maravilla sobre maravilla / y no hay otro".

(1) Mary Duenwald, "Ira Herskowitz, genetista", *El País*, 9/5/2003.

B. Desde la cuna a la cuna (cerrando los ciclos)

Trabajar con la naturaleza, y no contra ella; producir sin contaminación empleando la energía del sol; diseñar los bienes y servicios no ya "desde la cuna hasta la tumba" sino "desde la cuna hasta la cuna", cerrando los ciclos totalmente. Estas son algunas de las excelentes metáforas formuladas por los coordinadores del volumen *Industria como naturaleza. Hacia la producción limpia* para transmitir "una idea general de lo que puede ser la producción limpia -uno de los elementos centrales de cualquier estrategia de sustentabilidad ecológica" (p.9). Más difícil, admiten los propios coordinadores, es trazar con detalle sus requisitos e implicaciones, y esbozar caminos para avanzar hacia ella, pero éste es precisamente el reto asumido en la concepción y publicación de IcN.

Los estímulos para su elaboración surgieron en las segundas jornadas para la prevención de la contaminación y producción limpia en Aragón (Zaragoza, 28 y 29/11/2001). IcN incorpora algunas de las ponencias y materiales de estas jornadas, pero también otros importantes trabajos -traducidos en su mayor parte por Toni Oller Castelló y revisados por Jorge Riechmann- sobre producción limpia, entre los que cabe destacar "Hacia una química sostenible"(pp.87-92), de Terry Collins, previamente publicado en *Science* 291, 48 (2001). Los artículos recogidos en el volumen se distribuyen en cuatro secciones: en la 1^a se "trata de proporcionar las herramientas teóricas e históricas básicas para construir transiciones hacia la producción limpia" (p.11); en la 2^a se elabora con mayor detalle la idea de una química limpia o sostenible; en la 3^a se muestran ejemplos concretos de cambios en

empresas que han mejorado su rendimiento medioambiental; y, finalmente, en la 4^a se incorporan ensayos que nos ofrecen perspectivas más amplias sobre trabajo, ecología y sociedad, destacando en este último apartado “el ensayo de Aldo Leopold *La naturaleza virgen*, que incluimos como homenaje a uno de los grandes filósofos de la naturaleza de todos los tiempos” (p.11).

No es posible transmitir aquí la totalidad o incluso una parte sustancial de las ideas contenidas en IcN pero sí señalar brevemente algunas de sus reflexiones básicas. Terry Collins señala en su contribución que la química ha de desempeñar un papel importante para hacer posible una civilización sostenible en la Tierra (p. 87). La química verde puede hacer posible esa sustentabilidad en tres áreas clave: en primer lugar, los químicos pueden contribuir al desarrollo de la conversión viable de la energía solar en energía química, y a la mejora de su conversión en energía eléctrica; en segundo lugar los reactivos usados para la industria química deben obtenerse cada vez más “de fuentes renovables para reducir nuestra dependencia del carbono fosilizado” (p. 88); y en tercer lugar, las tecnologías contaminantes deben ser sustituidas por alternativas benignas. Collins señala una razón científica general qué explica por qué la tecnología química contamina: los químicos que desarrollan nuevos procesos se esfuerzan básicamente en alcanzar reacciones que produzcan solamente el producto deseado; para ello usan diseños de reactivos relativamente simples, empleando casi en su totalidad la tabla periódica de los elementos; empero “la naturaleza logra una gama enorme de procesos bioquímicos selectivos con apenas un puñado de elementos comunes medioambientales. La selectividad se logra a través de un diseño del reactivo que es mucho más elaborado que el sintético” (p. 88). Collins apuesta por un giro copernicano en nuestra consideración económica de la química y, con él, por la necesidad de una normativa rigurosa basada en el principio de precaución y el principio de la inversión de la carga de la prueba “para evitar el lanzamiento de nuevos compuestos persistentes móviles en el medio ambiente; también resulta necesario desarrollar una definición exacta de la persistencia” (p. 89).

En uno de sus trabajos, Riechmann nos aproxima precisamente a la noción de biomímesis (“Biomímesis: el camino hacia la sustentabilidad”, pp. 25-48), que define en los términos siguientes: “imitar la naturaleza a la hora de reconstruir los sistemas productivos humanos, con el fin de hacerlos compatibles con la biosfera” (p. 25). La noción, sostiene, juega un papel clave a la hora de dotar de contenido la categoría más formal de sustentabilidad, que es presentada así: los sistemas económico-sociales han de *ser reproducibles* -más allá del corto plazo- *sin deterioro de los ecosistemas sobre los que se apoyan* (p. 26). Por consiguiente, sustentabilidad es equivalente a viabilidad ecológica y los sistemas socioeconómicos que funcionan destruyendo su base biofísica son sistemas insostenibles que deben ser orillados. De ahí que, en contra de todo

productivismo teñido de modernidad, de ciencia y de racionalidad pero que en el fondo, y en su superficie, muestra con nitidez saber trasnochado, poca documentación científica y locura irracionalista, el desarrollo sostenible deba tener una importante dimensión de autolimitación (p. 28) ya que de lo que se trata es de satisfacer nuestras necesidades actuales sin poner en peligro la capacidad de las futuras generaciones de satisfacer las suyas. Sembrar para hoy, para todos y para las siguientes mañanas.

A partir de la idea de biomímesis, Riechmann sugiere cinco principios básicos para la reconstrucción ecológica -que supone la actual destrucción previa- de la economía (p. 35): 1. Vivir del sol como fuente energética. 2. Cerrar los ciclos de materiales 3. No transportar demasiado lejos los materiales. 4. Evitar los xenobióticos como COP o OMG. 5. Respetar la diversidad. Un eslogan que resume el segundo principio es basura es comida. Todos los productos de la economía serían clasificables como nutrientes biológicos o como nutrientes técnicos. "El planteamiento en cualquier caso ha de ser residuo cero, en el sentido de que los residuos de los procesos productivos serían aprovechables íntegramente como materia prima -igual que sucede en los ciclos de materiales que se dan en la biosfera" (p. 36).

Obsérvese, por otra parte, que el único criterio distributivo justo para el espacio ambiental tiene fuertes resonancias igualitaristas: iguales porciones de espacio ambiental para todos y cada uno de los seres humanos, esto es, "que cada habitante de la tierra tenga igualdad de derechos al patrimonio natural de ésta" (p. 39). De este modo a la justicia intergeneracional que subyace a la idea de sustentabilidad debe sumarse la justicia entre las diferentes naciones, sociedades, clases sociales y seres humanos, sin olvidar que ese mismo espacio lo compartimos con incontables seres vivos no humanos, lo cual abona la necesidad de una ética no especieísta que trace lazos amigables que incorporen no sólo a los componentes de la humanidad estricta.

Cabe destacar finalmente el excelente e imprescindible ensayo de Albert Recio sobre "Trabajo, ecología y sociedad" (pp. 213-238), destacadamente en su construcción de un modelo laboral alternativo, y las útiles y documentadas páginas sobre "Recursos en Internet para promover la producción limpia" que Dolores Romano ha incorporado en las páginas finales (pp.271-283) de IcN.

7. La naturaleza como fuente de inspiración

Jorge Riechmann, *Biomímesis. Ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2006, 362 páginas.

Jorge Riechmann inicia su reflexión en este último ensayo (que, como él mismo señala, se mueve a caballo entre las ciencias ambientales y la filosofía ecológica) recordando la sugerencia de Javier Echevarría: los filósofos españoles deberían abordar los temas de nuestro tiempo sin caer en las tentaciones del absentismo filosófico y de la irresponsabilidad. El autor de trilogía de la autocontención recoge el reto, una vez más, y aborda con detalle y singularidad estos grandes y urgentes temas que concreta en los tres siguientes: la crisis ecológica global, la creciente desigualdad social planetaria y los desafíos planteados por la tecnociencia que emergió a largo del siglo XX.

Uno de los hilos conductores que guían su reflexión puede formularse así: en lo que respecta al desarrollo o al progreso opera una suerte de ley de rendimientos decrecientes de tal modo que, superados ciertos umbrales, seguir avanzando por caminos trillados se torna cada vez más contraproducente. Las “fórmulas antiproductivistas” no expresan ninguna tendencia romántica trasnochada, mística o desinformada; no constituyen ninguna perspectiva antiilustrada. Todo lo contrario: son muestra de una racionalidad completa, de un punto de vista no sesgado ni centrado únicamente en aspectos parciales de un sistema necesariamente global. Debemos ser conscientes que estamos en el final de la era del derroche energético que, como Riechmann señala, no sólo representa una manera imposible de vivir sino que, además, es una forma moralmente injusta de estar en el mundo, una manera vital y estéticamente abyecta de transmitir nuestra herencia a las futuras generaciones (Un dato, un sólo dato que corrobora su descripción: un día es el tiempo que tarda la economía mundial en consumir el equivalente a 22 millones de toneladas de petróleo; nuestro planeta necesitó más de 10.000 días en generar esa energía).

Riechmann sintetiza en cinco rasgos problemáticos los puntos nodales de la situación: 1. El problema de la escala: hemos llenado el mundo, saturándolo en términos ecológicos. 2. El problema del diseño: nuestra tecnoesfera está mal pensada, y está por ello en conflicto con la biosfera. 3. El problema de la eficiencia: somos terriblemente ineficaces en el uso de materia y energía. 4. El problema fáustico: nuestra tecnociencia anda descontrolada y soberbia y está irresponsablemente orgullosa de su inmenso poder. 5. El problema de las desigualdades: barreras sociales, crecientes, históricamente inauditas, son el marco en el que se desarrolla nuestra civilización: si en 1913 la proporción entre el 20% más rico y el 20% más pobre era de 11 a 1, en 1998 la proporción era de 66 a 1. Frente a estos problemas, para conseguir sociedades ecológicamente sostenibles y para lograr una ciudad humana global que sea habitable, Riechmann señala cinco principios básicos: el principio de gestión generalizada de la demanda, el principio de biomimética, el principio de ecoeficiencia (el único, señala el autor, que de forma más o menos natural encaja con la dinámica del

capitalismo), el principio de precaución y el principio de igualdad social ("o mejor, la vieja buena tríada de la Gran Revolución de 1789: libertad + igualdad + fraternidad o solidaridad, todos ellos adecuadamente corregidos por la mirada feminista sobre la realidad" (p. 43)). Al desarrollo y explicación de estas problemáticas y de algunos de esos principios, está dedicado el grueso de *Biomímesis*.

La categoría que da título al libro desempeña, según Riechmann, un papel central a la hora de dotar de contenido la idea más formal de sustentabilidad (recordando que el principio, por sí solo, no basta para alcanzar la reconciliación entre sistemas humanos y naturales). El concepto surge de una tradición que tiene en Lewis Mumford, Ramon Margalef, H. T. Odum o Barry Commoner algunos de sus eslabones esenciales y puede definirse así: debemos imitar la naturaleza a la hora de reconstruir los sistemas productivos humanos con el fin de hacerlos compatibles con la biosfera, y, más que imitar organismos, o algunas de sus partes, como de hecho ya se ha realizado ocasionalmente en ámbitos de la robótica o de la ciencia de los materiales, se trata de imitar ecosistemas. Éste es el objetivo, señala Riechmann, que hemos de plantearnos primordialmente (p. 189).

No estamos, desde luego, ante una forma reactualizada de la vieja tradición del derecho natural o ante una ética de cuño naturalista que pretenda deducir valores morales a partir del mundo natural o de ciertos rasgos del mismo, incurriendo con ello, advierte el autor, en errores próximos a la falacia naturalista. No se trata de eso, no se trata de imitar la naturaleza porque sea una maestra moral o porque lo natural *per se* supere moral o metafísicamente a lo artificial, sino, básica, esencialmente, porque funciona, porque "lleva más tiempo de rodaje", porque en los sistemas naturales las partes y el todo son recíprocamente coherentes después de casi 4.000 millones de años de coevolución. La biosfera funciona aunque, sin duda, sea de forma no siempre acogedora; incluso en ocasiones poco amigable para el ser humano.

No se trata, sin embargo, de que no podamos hacer reformas en esta, nuestra casa, sino que debemos pensar muy bien qué tipo de reformas queremos ensayar y cuáles no en nuestro vulnerable hábitat. Debemos reconstruir los sistemas humanos de manera que encajen armoniosamente, sin inconsistencias, con los sistemas naturales. La biomímesis es, por tanto, una estrategia de reinserción: debemos reintegrar la tecnoesfera en la biosfera. Estudiar esta última nos indicará como reformar el mal diseño de la primera, enlazando con ello con algunas propuestas y principios de la tecnología alternativa de los años sesenta-setenta del siglo XX.

A la crítica del capitalismo y a las propuestas ecosocialistas dedica el autor los capítulos 11-14 del volumen. Su crítica central: la expansión mundial del capitalismo, buscando la máxima rentabilidad monetaria por varias vías, incluyendo la generación irresponsable de supuestas

"externalidades" (que jamás, claro está, quiere "internalizar"), choca frontalmente contra el equilibrio ecológico y la estabilidad de los ecosistemas. Por ello, sin poner trabas a este tipo de acumulación, no puede atajarse este dinámica suicida, pero, por otra parte, poner trabas a la acumulación quiere decir ni más ni menos cuestionar los mismos fundamentos del sistema (p. 263). Es decir, negarse a aceptar, con razones e informaciones, la viabilidad del sistema capitalista y de su modelo civilizatorio que mirado fríamente parte de un supuesto suicida: producir y producir, sea como sea, incluso haciéndolo de forma obsoleta y errónea, a riesgo de transitar por el borde del abismo material, para que la giratoria rueda de la acumulación monetaria no detenga su marcha.

Riechmann delimita la perspectiva ecosocialista de la forma siguiente: el socialismo, como sistema social y como modo de producción, se caracteriza por dejar de considerar el trabajo como una simple mercancía, el ecosocialismo añade a esta consideración, sin ningún olvido de "lo social", el de la sostenibilidad: también la naturaleza debe dejar de ser una mercancía; modo de producción, organización social, deben cambiar para llegar a ser ecológicamente sostenibles y, además, justos. Por ello, señala, el ecosocialismo es una perspectiva socialista que toma nota del fracaso real del socialismo irreal, del fracaso y abandono de finalidades alternativas de las socialdemocracias europeas, sin disminuir por ello su voluntad de transformación social, manteniendo el núcleo moral fuerte de la tradición (igualdad, comunidad, libertad, autorrealización), asumiendo que el presupuesto de la abundancia es un postulado falso e imposible que debe ser abandonado en todo intento de cambio revolucionario (es decir, real, no sólo declarativo) y en toda concepción sobre los fines últimos de la tradición que piense por sí misma y que no se limite a repetir talmúdicamente, como tantas veces hemos hecho, tesis, ideas, datos y argumentos fechados.

La doble faceta de ensayista-filósofo y de poeta del autor queda plasmada en el hermoso capítulo 15 que cierra el volumen: "Todo el sitio para la belleza". Por si faltara algún aliciente, un magnífico prólogo de Francisco Fernández Buey sobre "Filosofía de la sustentabilidad" abre el ensayo.

8. Como abejas de lo invisible.

Joaquín Nieto y Jorge Riechmann (coords). *Sustentabilidad y globalización. Flujos monetarios, de energía y de materiales*. Germanía, Valencia 2003. 342 páginas.

Dos excelentes ejemplos expuestos por los coordinadores de *Sustentabilidad y globalización. Flujos monetarios, de energía y de materiales*(SyG) sobre “mundialización” y “modernidad” dan cuentan de las preocupaciones esenciales que subyacen a este magnífico volumen. El primero, de Joaquín Nieto (“Recorridos moleculares de impacto global”, p.13), está extraído de *Nuestro futuro robado*, de Coborn, Mayers y Dumanoski e ilustra nítidamente los potenciales efectos devastadores de las

acciones humanas incontroladas: las moléculas de PCB fabricadas en una planta sureña de Estados Unidos recorren de este a oeste el país americano, remontan los Grandes Lagos, descienden al mar de los Sargazos, alcanzan el interior del Círculo Polar Ártico y ascienden a lo largo de la cadena alimentaria: de la grasa de una pulga de agua a una gamba, un eperlano (un pariente del salmón de 20 cm. de largo), una trucha de lago, una gaviota argéntea, un cangrejo, una anguila, un copépodo (un pequeño crustáceo que forman parte del plancton), un bacalao ártico, una foca con ocelos y, finalmente, un oso polar, de la isla Kingsoya, a 79 grados de latitud norte, que se alimenta de focas, morsas y peces, ve alterada fuertemente su reproducción dado que, en su ascensión por la cadena trófica, la concentración de PCB se ha multiplicado por... 3.10^9 ! (tres mil millones).

El segundo ejemplo es de Jorge Riechmann ("Sobre la importancia de lo invisible", p.16), segundo coordinador del volumen. El concepto de mochila ecológica, ideado por Friedrich Schmidt-Bleek en 1994, considera la suma de todos los materiales que no están incluidos en una determinada producción económica, pero que son necesarios para su producción, uso, reciclaje y eliminación. Se abarcaría, digamos, desde la cuna del producto hasta su tumba. Veamos la siguiente aplicación de esa noción: los movimientos de materiales necesarios para fabricar una bandeja de madera de kilo y medio superan los dos kilos; éste es el valor de su mochila ecológica; en cambio, una bandeja de cobre, que presta prácticamente los mismos servicios, si se contabiliza el mineral explotado, el agua consumida y contaminada, los movimientos de materiales en la cadena de transporte, puede alcanzar una mochila ecológica de imedia tonelada!. Es decir, unas 200 veces más que la de madera. La mochila ecológica media de un automóvil pesa más de 15 toneladas, más de 10 veces su propio peso. La modernidad del capital (y partidarios) consiste, entre otras cosas, en apostar por el coche, como medio masivo de transporte básico, y por la bandeja de cobre, como utensilio casero. Como señala Riechmann, es "fácil apreciar que, en casos como éste, lo que no se ve cuenta mucho más que lo que se ve" (p. 16).

A estos temas y asuntos relacionados apuntan las cuestiones tratadas en SyG. Lo esencial sobre este imprescindible e instructivo ensayo puede formularse con brevedad: cojamos papel y lápiz (o abramos archivos, como se prefiera) y tomemos cuantas notas nos sean necesarias. Obtendremos netos beneficios no mercantiles. No sólo por el despliegue de excelentes argumentos e información sustantiva que encontraremos, sin demasiado esfuerzo, sino también por las magníficas reflexiones filosóficas, metafísicas o polémicas, como se prefiera, que nos son regaladas aquí y allá. Un ejemplo (de Riechmann): "El capitalismo tiene que impedir, a toda costa, la pregunta por los fines humanos, y muy especialmente por los fines últimos o "fines en sí mismos". Pues su propio *para qué* último, su finalidad de finalidades, su razón no instrumental sino sustantiva, es extrahumana y no debe enunciarse

en voz alta: *para que siga girando la rueda de la acumulación de capital*. Para ese proceso ciego, para ese caníbal dinamismo, los seres humanos provistos de fines propios son un estorbo que hay que orillar” (p. 327).

Sería por ello una verdadera pena y, además, un inmenso error que por razones de acumulación de información, por extravío de sendero en el ya inabordable bosque de publicaciones sobre temas de ecología y ecologismo, acaso por problemas de distribución o de simple pero a veces crucial ubicación en librerías, un trabajo como éste pasara desapercibido al lector vivamente interesado en los cada vez más cruciales asuntos anexos al llamado “desarrollo económico” y al creciente deterioro ecológico, o al lector/a que esté en vías de incorporarse a este ilustrado y crítico movimiento ciudadano cuya importancia no puede ni debe escapársele a ningún observador atento, movimiento que, como todas las tareas políticas de interés, se mueve por tres normas básicas: pensar, decir y, sobre todo, hacer (que es, como es sabido, una excelente manera de pensar y decir). Además, y por si fuera poco, nos ayuda a superar la ensoñación irresponsable. En este caso, el mito de la desmaterialización económica.

El objetivo básico del *Sustentabilidad y globalización* (SyG) se explicita en la Introducción del volumen (J. Riechmann, “Sobre sustentabilidad, globalización y el movimiento *alterglobalización*”, pp. 9-12): desde 1972, desde aquella cumbre de Estocolmo que tuvo como lema “Una sola Tierra” ha pasado mucha agua contaminada bajo todos los puentes. En los años ochenta, las voces acríticas del sistema nos sermoneaban hasta cansarnos (y vencernos, por agotamiento): nuestro objetivo, decían, es conciliar el crecimiento económico y la protección del medio ambiente. En los noventa, el registro cambió. El lema publicitario fue reemplazado, y repetido con no menor tenacidad. De lo que trata, de lo que verdaderamente se trata, se nos dice ahora, es de conciliar desarrollo sostenible y globalización. Pues bien, “a escrutar la sustancia o insustancialidad de esa frase se destina el presente volumen, nacido de un esfuerzo de reflexión que el Instituto Sindical de Trabajo, Ambiente y Salud (ISTAS), junto con el Departamento Confederal de Medio Ambiente de CCOO y gracias a la colaboración de la Universidad Complutense de Madrid, organizó a lo largo del año 2002”, colaboración que se tradujo en la celebración de dos cursos: “Ecología y globalización. Flujos monetarios, de energía y de materiales” (6,7 de marzo de 2002) y “Río + 10: las claves de la Cumbre de la Tierra” (29 al 31 de julio de 2002).

Componen SyG, además de la citada introducción de Riechmann, dos trabajos de Joaquín Nieto, secretario de Medio Ambiente y de Salud laboral de CC.OO. (“Recorridos moleculares de impacto global” y “Balance de la cumbre mundial de desarrollo sostenible: después de Johannesburgo, ¿qué?”), dos imprescindibles ensayos de José Manuel Naredo, un modélico artículo de Óscar Carpintero, tres aportaciones más de Jorge Riechmann, además de las contribuciones de Peter Bartelmus, Iván Murray, Dolores

Romano y Emilio Menéndez, y de una cuidada declaración de la secretaria de política internacional de CC.OO. sobre globalización y sindicalismo trasnacional. Me permito recomendar al lector, especialmente interesado en las relaciones entre el movimiento obrero y el ecologismo político, el capítulo de Riechmann sobre "Los efectos del cambio climático sobre el empleo y la necesidad de una transición justa" (pp.217-258). Además de éste y sin ningún desmerecimiento del resto de aportaciones, cabe destacar también "El metabolismo de la sociedad industrial y su incidencia planetaria", de José Manuel Naredo crisis"; el penetrante artículo de Óscar Carpintero sobre "El papel del comercio internacional y el mito de la desmaterialización económica" y ecopoético "Tiempo para la vida: la crisis ecológica en su dimensión temporal", de Jorge Riechmann. Una de las tesis centrales del volumen es expuesta por Carpintero con una didáctica metáfora médica: "Las modernas economías industriales sufren una adicción enfermiza por los recursos energéticos y minerales que, aunque les proporciona bienestar, conlleva la degradación de su salud futura. Al igual que en los individuos, resulta contraproducente tanto la continuidad de la dosis como la suspensión repentina de la misma. Por lo tanto, la terapia de desintoxicación debe incorporar *la reducción paulatina y consciente de la droga*. No cabe, sin embargo, dejarlo todo a la voluntad del paciente. Aquí los medios para hacerlo mas llevadero están, desde hace años disponibles para su uso" (p.146).

Señala Riechmann que a los icebergs hay que mirarles los bajos, que a los cardos hay que medirles las raíces y que a los automóviles hay que rastrearles su pesada (e inadmisible) mochila ecológica. Rainer Maria Rilke lo formuló así: "Somos abejas de lo invisible". Para sobrevivir en el XXI y venideros, el autor de *Una morada en el aire* nos recomienda y urge para "que esa propiedad se extienda mucho más allá del círculo de los poetas". A todos los que (iay!) no pertenecemos a ningún círculo poético, *Sustentabilidad y globalización. Flujos monetarios, de energía y de materiales* nos enseña, nada más y nada menos, a mirar más allá de lo visible.

9. Para percibir el auténtico poder de la armonía

Jorge Riechmann (coord), *Ética ecológica. Propuestas para una reorientación*. Editorial Nordan-Comunidad, Montevideo 2004, 247 páginas.

El origen de este ensayo coordinado por Jorge Riechmann se encuentra en el Primer Congreso Iberoamericano de Ética y Filosofía Política celebrado en Alcalá de Henares entre el 16 y 20 de septiembre de 2002. El volumen se ha confeccionado con una estricta selección de los trabajos allí presentados, complementados con algún texto adicional. *Ética ecológica* "aspira a dar una idea de la riqueza y fecundidad que exhibe, a ambos lados del Atlántico, una filosofía que quiere hacerse cargo de los gravísimos problemas ecosociales a los que hacemos frente". Por ello, en él se incluyen diversos textos, unidos por el citado hilo conductor ecosocial, que versan sobre justicia ambiental (Henri Acselrad), sobre el debate en torno a la representación de las generaciones futuras (M. Teresa La Valle), sobre la aplicación de la teoría de juegos al análisis del conflicto de la central térmica de Andorra-Teruel (Ricardo Parellada), sobre los derechos de animales no humanos (Carmen Velayos Castelo, Oscar Horta, Ana Cristina Ramírez Barreto), sobre agroética (Jorge Riechmann), sobre ética-estética desde una perspectiva ambiental (Ana Patricia Noguera), sobre ecofeminismo (María José Guerra Palmero),

además de un magnífico análisis del problema de la extensión de la comunidad de justicia en el liberalismo verde rawlsiano (Joaquín Valdivielso Navarro). Cierra el volumen un sentido epílogo del coordinador: "Una comunidad que incluya a los muertos, las encinas y las abejas".

Las páginas iniciales de *Ética ecológica* se abren con la declaración final de este Primer Congreso de Filosofía moral y política, encuentro que se inscribe en el proyecto de creación de una comunidad filosófica iberoamericana que aspira a tener una voz propia en el concierto mundial del pensamiento, sin olvidar que, como señala Luis Villoro, "la marca de originalidad que una comunidad filosófica determinada imprime en una producción filosófica no consiste, desde luego, en el tratamiento de temas que le fueran exclusivos o en la formulación de problemas peculiares *sino en la importancia que concede a unos y otros siguiendo deseos colectivos; se traduce entonces en un estilo, un enfoque, un modo específico de tratar problemas universales, que expresa necesidades y supuestos culturales propios*" (p. 11) [el énfasis es mío]. Esta voz propia de la comunidad iberoamericana se caracteriza en la declaración como una voz crítica y abierta, que cree que Iberoamérica es impensable sin Europa y Europa sin Iberoamérica, afirmación que adquiere especial relevancia en el caso de dos países europeos: de Portugal y de España.

Las siguientes páginas de *Ética ecológica* incluyen un manifiesto de 54 puntos -"Una ética para la sustentabilidad. Manifiesto por la vida", pp. 15-28, que demanda adhesiones que pueden remitirse a www.rolac.unep.mx/educamb/esp/matexto.htm-, aprobado, en Bogotá, en el simposio sobre ética ambiental y desarrollo sustentable, reunido a instancias de la XIII reunión del Foro de Ministros de Medio Ambiente de América Latina y el Caribe. Lo mínimo que debería decirse -y acaso lo esencial- de ese manifiesto es que está tan lleno de sugerencias, de nuevas líneas de reflexión y de argumentación que debería figurar como texto de lectura obligatoria para su comentario, crítica y posible ampliación, y para guía no olvidada de actuaciones, en toda instancia cultural y política que se preciera por su sensibilidad ante los acuciantes, y nada especulativos, problemas medioambientales a los que se enfrenta, a los que nos enfrentamos, la Humanidad presente y futura. Acaso no sea exagerado afirmar que se trata de una propuesta para una futura declaración de los deberes y derechos humanos medioambientales. No logro concebir que ninguna fuerza, organización o colectivo de izquierdas tenga reparos en suscribir cada uno de sus puntos.

Todo en él es sustantivo. Baste citar, a título de ejemplo, dos de sus tesis. La primera: la crisis ambiental es una crisis de civilización, es decir, la crisis de un modelo económico, tecnológico y cultural que ha depredado a la naturaleza, ha subyugado las culturas alternas, ha menospreciado la diversidad cultural, discrimina al Otro -al indígena, al pobre, a la mujer, al

negro, al Sur- mientras privilegia un modo de producción explotador, generador de un estilo de vida desmesuradamente consumista, que han devenido netamente hegemónicos en el actual proceso globalizador.

La penúltima tesis: la ética de la sustentabilidad es una ética del bien común. El Manifiesto ha sido realizado en común para convertirse él mismo en bien comunitario; por ello, busca inspirar principios y valores, promover razones y sentimientos y orientar procedimientos, acciones y conductas hacia la construcción de sociedades sustentables.

El coordinador del volumen finaliza sus consideraciones sobre ética ecológica y actividad agropecuaria, recordando que, entre 1923 y 1946, Diego Rivera pintó en ciudad de México, en la sede de la Escuela Nacional de Agricultura, una serie de murales que nacieron bajo el lema "Aquí se enseña a explotar la tierra, no al hombre", y apunta Riechmann que a comienzos del siglo XXI, lo que está a la orden del día, es aprender a labrar, pastorear, plantar, pescar sin explotar ni la tierra ni al ser humano. Esta es, sin duda, una de las cruciales tareas de nuestra hora. *Ética ecológica* nos ilustra y ayuda describiendo un razonado y documentado panorama de la urgencia de nuestros haceres y de la decisiva importancia de los mismos. Aquí, como en tantas otras ocasiones, de lo que se trata no es sólo de interpretar el mundo -que también- sino de transformarlo y, por ello, también aquí la mejor forma de decir es hacer y vivir (ya) de otro modo.

10. Cuadro verde con tonalidades rojizas.

Ángel Valencia Sáiz (ed), *La izquierda verde*. Prólogo de Andrew Dobson. Icaria, Barcelona, 2006, 383 páginas.

Hay como mínimo una razón para quedarse sorprendido, netamente sorprendido, y agradecido a un tiempo, al leer el magnífico prólogo de Andrew Dobson que abre este volumen. Dobson, catedrático de Ciencia Política en la Open University de Londres, miembro del consejo editorial de *Environmental Politics* y reconocido autor o editor de numerosos trabajos sobre pensamiento y política ecologista, y también de un ensayo de 1989 sobre Ortega -*Una Introducción a la política y filosofía de José Ortega y Gasset*- Dobson, por motivos geográficos y profesionales, es persona que, en principio, no sigue, que no puede seguir con detalle, las vicisitudes concretas de la política y la cultura españolas. Pues bien, a pesar de ello, en el prólogo que comentamos, al señalar que el ecosocialismo se desarrolla, como no podía ser de otra forma, de acuerdo con la naturaleza singular de los sistemas políticos en los que se inserta, afirma que el caso español está netamente influido por nuestra experiencia de transición a la democracia y por la forma en que el marxismo influyó en el movimiento antifranquista, añadiendo Dobson: "Eso permitió que el marxismo sobreviviría de un modo que distingue a España del resto de Europa, dando lugar a *algunas de las más sofisticadas ideas acerca de la relación entre el marxismo y los nuevos movimientos sociales (es el caso de Manuel Sacristán y mientras tanto) que surgían en esa época en el continente*. De ahí que el ecosocialismo español sea el resultado de la izquierda que se ha unido al ecologismo político, mientras que en otros lugares normalmente es el ecologismo político el que se une al socialismo" (pp. 8-9) [La cursiva es mía]. He de confesar que no acabo de seguirle en la conclusión que extrae, pero si debo remarcar su

sensibilidad para reconocer el trabajo pionero de un autor y de una publicación cuya labor e importancia no siempre son reconocidos equilibradamente y sin sectarismos.

La izquierda verde traza un brillante y documentado panorama del paradigma ecologista, tanto en su vertiente más teórica como en sus consideraciones políticas o de intervención. El volumen está estructurado en cuatro apartados: "Pensando en la izquierda verde", con artículos de Valdivielso, Riechmann y Arias Maldonado; "El espacio político de la izquierda verde", con trabajos de Pedro Ibarra y Alberto de la Peña, y Ángel Valencia, al mismo tiempo editor del volumen; "La izquierda verde en el caso español", con trabajos de M. A. Llauger, sobre el ecologismo en las Baleares, de Ricard Gomà y Marc Rius sobre el ecologismo en Catalunya y de José Larios Martón sobre el ecologismo andaluz. Dos artículos, uno de Juan Carlos Monedero y Joaquim Sempere, forman el cuarto apartado –"La izquierda verde: perspectivas y desafíos de futuro"- y una documentada y muy útil guía de lectura de Joaquín Valdivielso y Manuel Arias cierra el volumen. En la introducción de Ángel Valencia –"Izquierda sí, pero sostenible"- se puede encontrar un resumen de todas las aportaciones incluidas (pp. 17-24).

Como suele ocurrir en este tipo de publicaciones, y no es ningún demérito desde luego, la diversidad de trabajos permite diversas aproximaciones a gusto del lector o lectora. El estudioso del movimiento político ecologista, por ejemplo, tiene en la tercera parte un buen material de estudio; el analista de los movimientos sociales y la concepción ecologista tiene también excelente material en los trabajos de Pedro Ibarra y Alberto de la Peña y Ángel Valencia. El interesado por todo tiene ante él todo el volumen, sin resto. Me permito recomendar por su vuelo teórico la atenta lectura de los trabajos de Valdivielso –"El ser natural humano. Ecologismo, marxismo y socialismo"-, "La crítica ecosocialista al capitalismo", de Jorge Riechmann; "La izquierda verde ante los desafíos del nuevo milenio", de Joaquim Sempere, y "Verde izquierda desbordante: apuntes para un socialismo posmoderno", de Juan Carlos Monedero. Riechmann, por ejemplo, construye una excelente argumentación para negar la compatibilidad del sistema de producción y vida capitalistas con la preservación a medio y largo plazo de la biosfera, tanto para la humanidad actual como para las generaciones futuras, defiende, pues, la tesis de la irresolubilidad de la actual crisis ecológica en términos de civilización capitalista, al mismo tiempo que señala líneas de actuación políticas para el avance de la alternativa ecosocialista.

Más allá de las preferencias e intereses de cada cual, más allá de la coincidencia total con la formulación de los tres ejes políticos que señala el editor del volumen en su introducción, este ensayo es sin ninguna duda una excelente aproximación a los planteamientos, análisis, propuestas y actuaciones ecologistas, en el que quizá falte un mayor balance crítico de las

experiencias políticas -no sólo de oposición o de crítica sino gubernamentales, de poder- en las que recientemente han estado (y siguen estando) inmersas formaciones políticas enmarcadas en ese paradigma político-filosófico o en grupos políticos de orientación ecologista de ámbito internacional.

Quizá interese señalar con prudencia algunos puntos de discrepancia o de duda, marginales en todo caso y que en absoluto pretenden negar valor ni interés al conjunto del volumen.

Por ejemplo, el documentado trabajo de Ricard Gomà y Marc Rius, sobre Iniciativa per Catalunya Vers (ICV) presenta, en mi opinión, algunas dificultades. La primera, acaso inevitable, es que los autores están demasiado próximos a la formación política que analizan, tienen su piel muy próxima al cuerpo que presentan para lograr un distanciamiento teórico, sin que ello quiera significar que hayan construido una apología desmedida y en al aire de la organización. La segunda dificultad está relacionada con algunos cuadros- resúmenes que presentan y que en mi opinión responden a un intento excesivo por establecer diferencias con formaciones próximas en puntos o lugares donde acaso no haya tales demarcaciones. En el primer caso (p. 259) presentan un resumen de doble entrada –eje económico tradicional: Izquierda, derecha; propuestas económicas: sostenibilidad: eje ecológico emergente, productivismo- y sitúan en la casilla “izquierda sostenible” a la izquierda verde, al ecosocialismo, y en la casilla “izquierda-productivismo” a la izquierda clásica, a los socialdemócratas y a los, en palabras de los autores, neocomunistas. En el segundo resumen (p. 260), el cuadro se construye en base a la apuesta por la redistribución y la cohesión social (fuerte-débil) y a la autodeterminación personal (fuerte o débil expresión de las diferencias). En la casilla “redistribución fuerte-autodeterminación fuerte” sitúan a la izquierda verde, y en la casilla “redistribución fuerte-débil expresión de las diferencias” a la izquierda clásica. Y, claro está, las preguntas se amontonan: ¿la izquierda clásica mantiene o sigue manteniendo una expresión débil de las diferencias y vacila, por tanto, en el tema de la autodeterminación personal? ¿Hay que recordar de nuevo aquel pasaje del *Manifiesto* donde se define la libertad de cada cual como condición necesaria para el libre desarrollo de todos? ¿La izquierda clásica sigue siendo una izquierda productivista? ¿No hay autores y planteamientos nominal y efectivamente ecologistas en el seno de la tradición que ellos caracterizan como neocomunista? En tercer lugar, resulta algo extraño trazar una historia de Iniciativa per Catalunya (qué nombre tan raro, qué denominación tan poco ecologista), y del ecologismo en Catalunya, sin citar a un autor que mirado como se quiera mirar, incluso, como comentábamos, desde la perspectiva de Andrew Dobson, ha sido central en la irrupción del pensamiento ecologista, en la renovación de la tradición marxista catalana y en el mismo activismo antinuclear. Me refiero, claro está, a Manuel Sacristán.

De hecho el libro azul, el Manifiesto Programa de Iniciativa de 1996 creo recordar, al que los autores hacen referencia (p. 252), fue escrito por dos discípulos, y no cualesquiera, del propio Sacristán, por Francisco Fernández Buey y Víctor Ríos.

La aportación de Juan Carlos Monedero es un excelente trabajo, empezando por el título: "Verde izquierda desbordante" -el subtítulo acaso algo menos: "Apuntes para un socialismo posmoderno"- , siguiendo por sus fuentes: De Sousa Santos y Riechmann, y continuando por su desarrollo y su magnífico estilo literario. Empero, me permito tres puntuaciones. La primera: no acabo de ver que la apuesta por una ontología dinamista de lo social y lo natural ponga en crisis la lógica aristotélica de la identidad y no creo que sea posible ni concebible que la tierra sea A y no A, y A y su contrario (p. 304). La segunda: no estoy convencido que sea una buena formulación afirmar que la razón moderna fracasó a la hora de frenar el nazismo, y que "vuelve ahora a naufragar ante un mundo indolente pese al mundo dolor" (p. 305). ¿Es así de hecho? ¿No es la razón instrumento imprescindible para superar nuestra crisis? ¿No abrimos con ello la puerta de atrás –incuso la entrada principal- a algún irracionalismo poco cuidadoso y poco aconsejable teórica y políticamente? Por lo demás, la ausencia de certeza en ciencia es muy anterior –"Ignoramos e ignoraremos"- a la irrupción de la mecánica cuántica y, en principio, el principio de incertidumbre, es independiente de ella (p. 312), y, en principio, la preocupación de algunos científicos por las aplicaciones tecnológicas de la ciencia es igualmente anterior o paralela al mal que han ocasionado o están ocasionando sus aplicaciones más recientes. Empezando por Neurath y siguiendo por Einstein, Szilárd o por Commoner. Por lo demás, el paralelismo o anticipación que establece Monedero entre Rousseau y Clausius a propósito del segundo principio de la termodinámica (p. 311, nota 3) acaso sea una conjetaura de alto riesgo.

Dobson recuerda en su prólogo una afirmación de José Antonio Viera-Gallo, secretario de Justicia en el gobierno de Salvador Allende: "El socialismo puede llegar sólo en bicicleta". Aunque no quede bien en la hora de hoy, la frase recuerda aquello que, según parece, dijo el mismísimo Chu En-Lai a Nixon en su visita a China ante el asombro de éste por la cantidad de bicicletas que circulaban entonces por Pekín: "No aspiramos, dijo Chu En-Lai, a que Pekín sea el caos urbanístico de Nueva York ni que cada familia china tenga en casa dos, tres o cuatro motores de explosión". García Lorca, el gran poeta asesinado, lo había dicho y cantado ya en su "Romance sonámbulo": "Guardias civiles borrachos/ en la puerta golpeaban./ Verde que te quiero verde,/ verde viento, verdes ramas./ El barco sobre la mar/ Y el caballo en la montaña."

11. Historia de un trascendental descubrimiento científico

Spencer Weart, *El calentamiento global*. Editorial Laetoli, Pamplona, 2006. Traducción de José Luis Gil Aristu; revisión técnica de Alfredo Rueda y Bosco Imbert, 262 páginas.

Uno de los datos científicos más significativos es el reconocimiento creciente de que el cambio climático no se debe exclusivamente al CO₂. (aunque, por supuesto, se deba también al CO₂). La actividad humana está aportando -además de otros gases de efecto invernadero como el metano- una cuarta parte, al menos, de polvo, niebla química y otras partículas en aerosol presentes en la atmósfera terrestre. "Todos estos agentes tienen múltiples efectos sobre la radiación de entrada y salida, directamente o mediante su influencia en las nubes" (p. 202). La principal fuerte de incertidumbre actual no se halla en la ciencia. "Para predecir el cambio climático habrá que prever antes los cambios en el nivel de CO₂ metano y otros gases de efecto invernadero, además de las emisiones de humo y otros aerosoles, por no mencionar los cambios en cultivos y bosques. Estos cambios dependen menos de geoquímica y la biología de las acciones humanas. La cuestión de si el mundo experimentará un calentamiento suave o drástico depende, sobre todo, de las futuras tendencias sociales y económicas (p. 226). Hay más probabilidades de que suframos un calentamiento global que lo contrario: "Debemos esperar que el comportamiento del clima siga cambiando y que los mares continúen subiendo de nivel ateniéndose a unas pautas cada vez peores que conoceremos a lo largo de nuestras vidas y que se prolongará hasta las de nuestros nietos" (p. 235).

Spencer Weart, director desde 1974 del Centro de Historia de la Física del American Institut of Physics en College Park, Maryland, advierte en el prólogo de su ensayo (págs 7-10), con algún que otro presupuesto eurocéntrico, que tenemos que tomar decisiones difíciles, que nuestra respuesta a la amenaza del calentamiento global afectará a nuestro bienestar, a la evolución de las sociedades humanas y, de hecho, "a todas las formas de vida de nuestro planeta". Uno de los objetivos de su ensayo es ayudar a los lectores a entender el atolladero en el que nos encontramos, explicando cómo se ha llegado a él. No es, pues, tema central de *El calentamiento global* las acciones que podamos y debamos acometer en el futuro y en nuestro inmediato presente. Se narra en él, "cómo hemos llegado

a la situación actual y cómo hemos llegado a comprenderla. La larga lucha para concebir cómo la humanidad podía estar alterando las condiciones atmosféricas fue un esfuerzo poco visible" (p. 7). Algunos eslabones de este descubrimiento, mayoritariamente aceptado por las comunidades científicas, serían los siguientes: 1. En 1896, un solitario científico sueco –Svante Arrhenius- descubrió el calentamiento global como concepto teórico, tesis que en aquel entonces la mayoría de los especialistas declararon como muy improbable, y aún más: la mayoría de los científicos pensaban en 1910 que los cálculos de Arrhenius eran completamente erróneos. El argumento de Arrhenius fue el siguiente: si una racha de erupciones volcánicas expulsara gran cantidad de CO₂, elevaría con ello la temperatura y este pequeño incremento tendría como consecuencia que el aire caliente retendría más humedad; como el valor de agua es el gas de efecto invernadero más importante, la humedad adicional aumentaría el calentamiento de forma considerable al bloquear más la radiación infrarroja; a la inversa si se interrumpieran todas las erupciones volcánicas: el CO₂ acabaría siendo absorbido por el suelo y el agua de los océanos, y el aire, al enfriarse, retendría menos vapor de agua y por consiguiente, se bloquearía en mucha menor medida la radiación infrarroja: este proceso conduciría a una glaciación. 2. En la década de los cincuenta del siglo XX, unos científicos californianos descubrieron el calentamiento global como mera posibilidad, como un riesgo que podía tener lugar en un futuro muy remoto. 3. En 2001, apenas 50 años más tarde, una organización que movilizó a miles de científicos de todo el mundo descubrió el calentamiento global como fenómeno que había comenzado ya a influir de manera cuantificable en las condiciones atmosféricas y que podía agravarse mucho más.

El lector no encontrará en este estudio denuncias políticas globales contra el demaciado sistema de producción regido por el beneficio maximizado como norma esencial; sin embargo, hay apuntes, reflexiones, notas puntuales que no parecen transitar por sendero opuesto (quizás pueda afirmarse, eso sí, que el estudio de Weart esté demasiado centrado en aportaciones de los científicos norteamericanos y que acaso no tenga suficientemente en cuenta contribuciones de científicos de otras áreas geográficas). Por ejemplo, el autor no tiene ningún reparo en recordar que Reagan asumió la presidencia de USA con una administración que despreciaba "abiertamente las preocupaciones por el medio ambiente, incluido el calentamiento global. Muchos conservadores metían en un mismo saco todos esos asuntos considerándolos peroratas de progresistas hostiles al mundo empresarial, un caballo de Troya para favorecer el desarrollo de la regulación gubernamental y los valores profanos" (p. 172). Igualmente señala que, después de la confirmación del descubrimiento, los estudiosos que criticaban de manera mas categórica las previsiones del calentamiento global, generalmente, no editaban sus trabajos en publicaciones científicas

clásicas sino en "escenarios financiados por grupos industriales y fundaciones conservadoras, o en medios de orientación empresarial, como *The Wall Street Journal*" (p. 198), o también que "El problema desaparecería de la atención pública en medio de los distintos episodios de la polémica. Los políticos no creían poder ganar mucho agitándolo. El propio Gore se limitó a mencionar brevemente el calentamiento global durante su campaña para la presidencia de EEUU el año 2000" (p. 215) (Ello no es obstáculo, claro está, para discrepar de algunas afirmaciones políticas –laterales- del autor. Por ejemplo, su optimista balance sobre el avance de los gobiernos democráticos en el mundo a lo largo del siglo XX (p. 189), su consideración de la influencia creciente de las instituciones con fundamentos democráticos en los asuntos mundiales, o sobre su misma acepción de la categoría democracia).

Como un buen libro no estrictamente académico de historia de la ciencia, que es lo que en definitiva es *El calentamiento global*, podemos encontrar en él excelentes apuntes sobre cuestiones epistemológicas anexas. Así, entre otros asuntos, sobre la complejidad: "Miles de personas realizan estudios afanosos que sólo casualmente nos dirán algo sobre el cambio del clima. Muchos científicos son apenas conscientes de la existencia de otros como ellos (...) *Este tipo de ciencia cuyas especialidades sólo establecen contactos parciales se ha extendido conforme los científicos se esforzaban por entender asuntos cada vez más complejos*" (p. 9); sobre los inevitables límites del conocimiento humano: "El carácter enmarañado de los estudios climáticos es un reflejo de la propia naturaleza. *El sistema climático de la Tierra es de una complicación tan poco simplificable que nunca lo entenderemos por completo como podemos entender una ley física.* Esas incertidumbres contaminan la relación entre climatología y política" (p. 9); sobre las presuposiciones metacientíficas: "Según esta concepción, el aumento o la reducción de la nubosidad para estabilizar la temperatura o a manera como los océanos mantendrían un nivel fijo de gases en la atmósfera eran ejemplos de un principio universal: el equilibrio de la naturaleza. *Casi nadie imaginaba que las acciones humanas, tan insignificantes en medio de la vastedad de las fuerzas naturales, pudieran trastocar el equilibrio que gobernaba el conjunto del planeta.* Esa visión de la Naturaleza –como algo sobrehumano, benevolente e intrínsecamente estable- se hallaba profundamente asentada en la mayoría de las culturas humanas" (p. 19); sobre la politización de la ciencia: "En 1945, conforme remitía el esfuerzo bélico, los científicos se preguntaban qué sería de aquellas empresas. La Armada de Estados Unidos decidió tomar cartas en el asunto y financiar estudios de base a través de un nuevo Departamento de Investigación Naval...La disponibilidad sin trabaja de unos cerebros preparados podía ser esencial en futuras situaciones de emergencia. Entre tanto, los científicos que hicieran descubrimientos célebres darían prestigio a la nación en la competición mundial con la Unión Soviética en marcha ya para entonces: la

Guerra Fría. *Había, pues, motivos para apoyar a los buenos científicos, sin que importara qué problemas decidieran resolver*" (p. 35) o "En 1981, por ejemplo, Hansen envió a Sullivan un informe científico que estaba a punto de publicar y en el que anunciaba que el planeta se estaba calentando perceptiblemente. El efecto invernadero fue por primera vez noticia de primera página en *The New York Times*. Sullivan amenazó al mundo con un calentamiento sin precedentes que podía provocar una subida desastrosa del nivel del mar...*El Departamento de Energía respondió incumpliendo la promesa de financiación dada a Hansen, quien tuvo que despedir a cinco personas de su Instituto*" (p. 173); o sobre las normas científicas y el contexto social: "El mantenimiento de la confianza es más difícil cuando la estructura social no tiene cohesión. *Un grupo especializado no puede comprobar a fondo el trabajo de investigadores de otra rama científica, sino que debe aceptar su palabra en el terreno en que es válida*. El estudio del cambio climático es un ejemplo extremo. Los investigadores no pueden aislar la meteorología de la física solar; los estudios sobre contaminación de la informática; la oceanografía de la química glacial; etcétera. La gama de revistas que citan en sus notas a pie de página es muy amplia. Esta amplitud resulta inevitable, al ser tantos los factores diferentes que influyen realmente en el cima" (p. 229).

El cambio climático, advierte Weart, no es una historia sino muchas historias paralelas conectadas de forma esporádica; su libro las entrelaza artificialmente en una única perspectiva. Para mayor profundización, para conseguir más información, el autor remite a una página que, con sus propias palabras, contiene dos docenas de ensayos paralelos y tres veces más información que el libro: www.aip.org/history/climate.

Apuntaba el climatólogo Stephen H. Schneider en su reseña del ensayo de Weart en *Nature*: "Éste es un libro excepcional. Quizás el mayor elogio que pueda hacerle es afirmar que trataré de utilizarlo en lugar de mi propio libro en las clases sobre el clima. *El calentamiento global* está más puesto al día, es más sólido históricamente, está muy bien escrito y, lo que es más importante, es corto y va derecho al grano". Suena a mensaje publicitario –y de hecho la cita de Schneider figura en la contraportada del libro– pero, además, es una afirmación verdadera, verdadera sin sombra razonable de duda. De hecho, como recordaba José A. Tapia, James Hansen, el científico de la NASA al que hacía referencia Weart, sostiene que las estimaciones de las consecuencias del cambio climático que se han hecho hasta ahora son muy optimistas en cuanto a la subida del nivel del mar. Según el IPCC -el Panel Intergubernamental de las Naciones Unidas- y la EPA -la Agencia de Protección Ambiental de EEUU-, lo esperable es una subida de un metro como mucho en los próximos cien años, pero Hansen sostiene que, teniendo en cuenta la velocidad a la que se está deshelando Groenlandia y la Antártida, pueden ser más bien 25 metros. Imaginemos las consecuencias de

esta subida para ciudades costeras como Buenos Aires, Nueva York, Lisboa o Barcelona.

-iEres estúpido, terriblemente estúpido!- dijo contumaz Iván-. Miente con más ingenio; si no, dejaré de escucharte. Tú quieres vencerme con el realismo, convencerme de que existes, ipero yo no quiero creer que existes! iNo lo creeré!

-No miento, todo es verdad; por desgracia, la verdad suele ser siempre poco ingeniosa. Ya veo que esperas de mí algo grande, quizá espléndido. Es una gran pena, porque yo doy sólo lo que puedo...

-iNo filosofes, asno!

-Bueno estoy yo para filosofar, cuando tengo todo el costado derecho paralizado, gimo y bramo...

Fedor Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*

Tengo que estudiar de una vez en profundidad el aspecto cultural y de conciencia, no semiótico, de la filosofía. El "decir" y calmarse.

Manuel Sacristán Luzón, 2.IV.1965.

II. Filosofía

1. Las sólidas razones del sistemismo.

Mario Bunge: *La relación entre la sociología y la filosofía*, EDAF Madrid 2000, 359 páginas. Traducción de María Dolores González Rodríguez. Revisión de Miguel Ángel Quintanilla.

Sería estúpido y suicida, apunta Mario Bunge, perder la esperanza en nuestra capacidad para diseñar o rediseñar el futuro y asegurar prudentemente la supervivencia de nuestra especie con la ayuda del conocimiento positivo, de la tecnología y de una moralidad humanista y altruista a un tiempo, sin que, desde luego, ello implique despreciar otro tipo de saberes, aproximaciones y ayudas fundamentadas. Sin embargo, en nuestra postmoderna era, en el nuevo "romanticismo" en el que nos encontramos inmersos, apunta el inolvidable autor de *La investigación científica*, "se ha puesto de moda abandonarse a esa desesperación y encima culpar de nuestros actuales problemas a la razón, la ciencia y la tecnología, *en vez de a los valores erróneos y a nuestros líderes políticos y empresariales*".(la cursiva es mía).

¿De dónde la pujanza de este neorromanticismo? En opinión de Bunge son varias las razones: 1^a. El incumplimiento de las ilusiones y promesas de la gente de la generación del autor; 2^o. porque lo fácil es creer sin excesivo fundamento; 3^o. porque la inacción es más cómoda que la acción y 4^o "porque el irracionalismo esta apoyado por las fuerzas más reaccionarias, que prosperan gracias a nuestra ignorancia y desgana para abordar los problemas sociales de un modo racional y realista". El autor recuerda en este punto al mismísimo Isaac Asimov: es más fácil y, desde luego, menos peligroso rechazar la ciencia y al tecnología sin más y sin matices, que rebelarse con tenacidad contra el orden social realmente existente para muchos millones de seres humanos: "lo primero solo necesita ignorancia y no pone en peligro nuestra vida y nuestra libertad".

Ésta es una de las provocativas tesis que Mario Bunge defiende (con la tenacidad, rigor y convicción a las que nos tiene acostumbrados) en su reciente volumen *La relación entre la sociología y la filosofía* (RESF). El autor, bonaerense de nacimiento, aunque no de devoción, octogenario pero activísimo, es, sin duda, una de las principales figuras actuales de la filosofía de la ciencia escrita en algunas de las lenguas hispánicas o no hispánicas.

Sus publicaciones trazan un amplio círculo filosófico y científico. Cualquier resumen es traicionarle. A pesar de ello, cabe citar *Filosofía de la física*, *Materialismo y ciencia*, *Las teorías de la causalidad*, *Economía y filosofía*, llegando, finalmente, a este RESF, sin olvidar los ocho volúmenes no traducidos de su *Treatise on basic philosophy*.

RESF consta de diez capítulos. El 1º y el 5º han sido escritos por Bunge especialmente para el volumen. Los demás “son versiones completamente revisadas de publicaciones anteriores” y corresponden a un grupo de trabajos escritos entre 1991 y 1997 en la revista *Philosophy of the Social Science*, además de ponencias y conferencias como la leída en la New York Academy of Science en 1995 con el título *Flight from Science and Reason*.

El mismo Bunge apunta en su Prefacio (pp. 21-24) algunas de las principales tesis defendidas a lo largo del volumen. Sostiene, en primer lugar, que la sociología y la filosofía no son territorios disjuntos sino que están netamente conectadas.

Son muchos los científicos sociales y filósofos que proclaman que sociología y filosofía son ámbitos de investigación separados cuando no disjuntos. La sociología es una disciplina positiva, con alguna contaminación filosófica; la filosofía, sin embargo, es otra cosa. Algunos se preguntan dónde y cómo trazar los límites exactos entre uno y otro saber. Bunge sostiene, por el contrario, que los dos campos están entrelazados y que no sólo no es posible sino que, además, no es deseable trazar ninguna línea de demarcación entre ellos. Más aún: “sostengo que todas las ciencias -naturales, biosociales y sociales-, interseccionan con la filosofía”. Es, por tanto, falsa la tesis positivista según la cual hay una neta línea de demarcación entre el ámbito científico y el espacio filosófico. Así, apunta Bunge, la noción de sociedad es tanto un concepto científico, dado que aparece en todas las ciencias sociales, como una categoría filosófica. Si para el individualismo metodológico este concepto es problemático y prescindible y para los holistas es una noción no analizable, Bunge, desde su sistemátismo, señalará la corrección y los beneficios de esta noción.

Otro ejemplo, para ilustrar su tesis conectiva, estaría situado en la idea de que la sociedad posee propiedades emergentes o supraindividuales. Como, por ejemplo, poseer una estructura. Ahí tenemos el caso, señala Bunge, de una categoría netamente filosófica (emergencia) que aunque causa recelos en parte de la comunidad de los científicos sociales. Esta tesis relacionista, nos recuerda Bunge, no habrá sorprendido a clásicos del pensamiento como Stuart Mill, Marx, Durkheim o Weber, ni tampoco a Keynes, Braudel, Gellner, Merton, Marvin Harris o Amartya Sen. Eso no quita que “la tesis tiene que ser refinada y ejemplificada repetidas veces, porque es ajena tanto a la corriente principal de la sociología como a las filosofías dominantes”.

Así pues, el autor reitera la relevancia de la filosofía o de algunas filosofías para la sociología, aquellas corrientes que “afrontan las problemáticas filosóficas que surgen en la investigación social”. Otras, en opinión del autor, como la filosofía lingüística o el deconstrucciónismo impiden la investigación “e incluso el debate racional”. ¿Qué hará, que debería hacer pues una filosofía de la ciencia fecunda y crítica como la

defendida por el autor? Mostrar presuposiciones tácitas, analizar conceptos esenciales, refinar estrategias huerísticas, elaborar síntesis coherentes, realistas y sugerentes e incluso "identificará y ayudará a debatir nuevos problemas importantes".

El autor no oculta su militancia en el llamado realismo filosófico que él mismo caracteriza del modo siguiente: 1. El realismo, los realistas, creen que los hechos sociales son objetivos, incluso cuando sean invenciones sociales, pero "también reconocen que los hechos pueden percibirse de modos diferentes por individuos diferentes". 2. Las ideas se construyen por los individuos en lugar de encontrarlas ya elaboradas. Son pues constructivistas psicológicos y epistemológicos pero no en cambio constructivas ontológicas. Los científicos creen e imaginan conceptos pero no crean la realidad o el suelo que los sugiere. 3. Desde una posición realista, Bunge se opone al holismo tipo Durkheim que sostendría que los hechos sociales acontecen por encima de los actores sociales. Si se quiere, "que somos simples peones en algún tablero Supremo de Ajedrez". Desde su posición, las personas construyen no sólo la sociedad en la que viven sino las herramientas conceptuales que usan para actuar y comprender esa misma sociedad.

Bunge se pone manos a la obra y actúa en consecuencia. No sólo reflexiona filosóficamente en torno a la sociología y las ciencias sociales, en general, sino que, aceptando como buena la intersección filosofía-sociología, interviene nítidamente con aportaciones sustanciales en la arena sociológica.

Como entrante, nada carnívoro pero sí apetitoso, señalo algunas de los temas y tesis principales apuntadas por el autor. En el primero de los capítulos de RESF Bunge argumenta ampliamente sobre la relevancia de la filosofía para la sociología y caracteriza detalladamente la ontología social que él defiende: el sistemismo. "Esta es la concepción según la cual toda cosa es un sistema o un componente de algún sistema, donde un sistema es desde luego un objeto complejo cuyas partes se mantienen unidas por vínculos de una o más clases" (p. 30). Así pues, desde esta concepción, todos los rasgos sociales, tanto los económicos, como los culturales o políticos, forman una única pieza. Podemos distinguirlos analíticamente, pero son inseparables ópticamente. Por lo que "el sistemismo claramente engloba tanto al individualismo, puesto que tiene en cuenta la composición, como al holismo, dado que enfatiza la estructura u organización", pero supera a éste dado que no acepta que las totalidades no sean descomponibles y discrepa del individualismo metodológico que piensa los todos sociales como simples agregados de individuos autónomos.

Apunta el autor (pp. 36-38) que hay quienes consideran que el estudio atento de los sistemas sociales niega la existencia de leyes generales. Defienden aquellos que los estudios sociales son necesariamente idiográficos o particularizados, no nomotéticos o generalizadores. Bunge argumenta, en este caso, fácticamente y pone el ejemplo de algunas leyes sociales

conocidas que falsan la tesis anterior. Así, 1. "Las tasas de nacimientos están directamente relacionadas con la mortalidad infantil e inversamente relacionadas con el nivel de vida", 2. "La concentración de poder económico va acompañada de una concentración de poder político y cultural", 3."La pobreza impide el desarrollo fisiológico" o 4. "La profunda desigualdad social retrasa el crecimiento económico". Por ello, aún admitiendo que el conjunto de las leyes sociales conocidas es netamente menor que el de las de la física, la química o la biología, Bunge sostiene que las ciencias sociales son tanto ciencias nomotéticas como idiográficas.

El segundo capítulo de RESF ("Mecanismo"), tal vez la sección de mayor complejidad del volumen, se centra en el tema de la importancia del mecanismo en la explicación de las cuestiones sociales. Así, ¿cómo se explica la fuerte correlación positiva entre la pobreza y el desempleo? ¿Las personas son pobres al estar desempleadas o más bien ocurre a la inversa? Una posible explicación toma como eje un mecanismo: el del ciclo causal o bucle de realimentación positiva: "pobreza desnutrición y falta de habilidades marginalidad desempleo pobreza" (p. 50).

El concepto original de mecanismo ha sido ampliado netamente desde el siglo XVII, cuando, apunta Bunge, los mecanicistas dominaban la ciencia natural. Un mecanismo, define, es un proceso en un sistema concreto, capaz de producir o impedir algún cambio en el sistema en su conjunto o en alguno de sus subsistemas. En resumen, un mecanismo es cualquier proceso que hace funcionar a una cosa compleja" (p. 55). Así pues, si bien todo mecanismo es un proceso, la inversa es falsa. El crecimiento económico, por ejemplo, "es un proceso resultante de la operación de determinados mecanismos de producción, comerciales y políticos, como investigación y desarrollo, mercadotecnia e intervención en asuntos extranjeros, junto con circunstancias favorables no predecibles, conocidas como buena suerte" (p. 59).

La importancia de los mecanismos en la explicación científica es el tema central del capítulo siguiente ("Explicación") de RESF. Si etimológicamente explicar significa desentrañar o hacer explícito lo que era tácito, hablando, estrictamente, sólo los hechos pueden explicarse dado que "los teoremas se deducen y, por tanto, se demuestran, pero no se explican, excepto en un sentido pedagógico" (p. 89). Explicar la emergencia de una cosa concreta o de sus cambios no es sino desvelar el mecanismo o los mecanismos por los que llegó a ser lo que es o el modo en que cambia. Algunas de las primeras explicaciones humanas fueron míticas (invocaban agentes sobrenaturales) pero otras, en cambio, eran causales, esto es, explicaban determinados hechos, reales o imaginarios, en términos de mecanismos causales más o menos plausibles, entendiendo por tal "aquel que es activado por acontecimientos (causas) de un determinado tipo" (p. 90), siendo éstas externas o internas.

Algunas de las causas internas de la conducta humana observable con acontecimientos mentales. Tales son las decisiones motivadas por las intenciones que el materialista-realista Bunge caracteriza como "procesos que se producen en los lóbulos frontales de los primates y quizá también en algunos otros vertebrados superiores". En este caso, las causas pueden llamarse razones, pero desde el punto de vista de Bunge una explicación por razones es tan solo un caso particular de la explicación causal. El único caso en que se justifica el rescate de las peculiaridades de la explicación por razones es cuando sepáramos las razones de los procesos de razonamiento que ocurren en nuestros cerebros. Esto es lo que "debemos hacer cuando lo que queremos es sopesar los méritos epistémicos, morales o prácticos de las razones que damos para emprender una acción" (p. 90).

A lo largo de este capítulo Bunge desarrolla las condiciones de lo que llama *explicación mecanísmica*. Discrepa el autor de las explicaciones funcionales. No es que el funcionalismo sea falso sino que, simplemente, es superficial y además estéril en la práctica porque sólo podemos alterar el curso de las cosas alterando sus mecanismos. El macroeconomista que pretende recuperar una colectividad de una recesión tiene que empezar por encontrar qué la causó, "para de este modo descubrir su causa o las causas". Así, sabiendo que la política de inflación cero perseguida por EEUU, Canadá y Argentina ha provocado una grave y prolongada depresión -debida a la eliminación de puestos de trabajo y recorte de gastos sociales- un macroeconomista socialmente responsable sugerirá modificar esa política, "proponiendo un lugar de ella que se reduzca la velocidad de reducción de la inflación y que se haga compatible con el bienestar social" (pp. 91-92).

Finaliza Bunge el capítulo con un listado de siete reglas metodológicas para el estudio de los mecanismos. Entre ellas: M1. Estúdiese todo hecho social en su contexto (o sistema) más amplio; M2. "Descompóngase todo sistema en su composición, entorno y estructura"; M3. "Distínganse los diferentes niveles del sistema y muéstrese sus relaciones"; M7. "En caso de un mal funcionamiento del sistema,. examínense las cuatro posibles fuentes -composición, entorno, estructura y mecanismo- e inténtese reparar el sistema modificando alguna o todas ellas" (pp. 121-122).

El capítulo IV tiene como asunto central la medición y la cuantificación. Ambas, apunta Bunge, se han considerado el suelo de la ciencia moderna desde que "Galileo nos impuso medir todo lo que sea medible" (p. 123). El consejo galileano se ha seguido de modo entusiasta y, en opinión bungiana, "ha producido una cosecha inmensa". Sin embargo, el prestigio de ambas operaciones ha hecho que conceptos matemáticamente mal definidos se confundan con auténticas variables cuantitativas y que, en ocasiones, "se prefieran mediciones triviales a observaciones cualitativas profundas" (p. 123).

¿Puede cuantificarse toda característica, es decir, todo atributo puede convertirse en una magnitud? Bunge sostiene que “sólo una propiedad es, con toda certeza, intrínsecamente cualitativa, a saber, la existencia” (p. 131). En cualquier otro caso, dependemos de nuestra habilidad e interés, de modo tal que ante un fracaso lo honesto sería suspender el juicio “y animar a otros a que lo intenten” (p. 132). No hay en todo caso ninguna razón para que otra propiedad, distinta de la existencia, no pueda cuantificarse. De hecho, la historia de la ciencia, señala Bunge, no demuestra pero sí muestra una marcha triunfal de la cuantificación en todas las ciencias, sean éstas naturales, sociales o biosociales.

Advierte el autor a continuación sobre la diferencia entre cuantificación y medición. La primera, o construcción de medidas, es un procedimiento puramente conceptual, “aun cuando esté sugerida por problemas empíricos”. Sin embargo, la medición “es una operación empírica, aunque presuponga ideas razonablemente claras acerca de qué es ser medido y cómo” (p. 143). En opinión de Bunge la mayoría de los científicos sociales “apenas han medido algo, al menos personalmente” (p. 145). Cuando usan números, confían ciegamente en los que les aportan individuos no científicos, ya sean estos agentes del censo, contables o inspectores de la Administración. De hecho, muchas de estas cifras (costes, precios, beneficios) más que medirse se leen o calculan. “Otras, como los costes de transacción y de oportunidad, así como los precios de garantía, en el mejor de los casos son conjeturas” (p. 145).

Concluye Bunge de todo ello que “debemos neutralizar el prejuicio romántico contra la exactitud y, sobre todo, contra la cantidad, porque entumece el cerebro y obstaculiza la exploración y el control de la realidad. Empero debemos tener cuidado con la seudocuantificación, pues es parte de la seudociencia” (p. 146). Conviene recordar en este punto -el materialista Bunge se nos pone aquí algo bíblico- las palabras del señor. “Tú has ordenado todas las cosas por su medida, cantidad y peso”.

Los capítulos 5 y 6 están dedicados a la teoría de la elección racional y a la filosofía social de Sir Karl Popper. La primera teoría, sostiene Bunge, trata de la valoración, intención, decisión, elección y acción y está basada en dos ideas simples y atractivas. La primera es el llamado postulado de la racionalidad, según el cual las personas saben lo que es mejor para ellas y actúan en conformidad con ello; la segunda es el postulado del individualismo metodológico (“todo lo que necesitamos para dar cuenta de cualquier hecho social en cualquier lugar y tiempo son las creencias, decisiones y acciones de los individuos implicados en é”, p.147).

Bunge sostiene que esta teoría ha sido un fracaso tanto teórico como práctico, por las siguientes razones: 1. No era, no es, suficientemente racional dado que gira “en torno a conceptos tan borrosos como los de probabilidad y utilidad subjetiva, mientras que ignora los conceptos claros y

esenciales de recurso natural y trabajo" (p. 165); 2. Adopta el individualismo ontológico y metodológico o atomismo, por lo que no considera la estructura social; 3. Es demasiado ambiciosa, "al intentar explicarlo todo, no da cuenta de nada en particular" (p. 166); 4. Es triplemente ahistórico: no contiene el concepto de tiempo, se supone que vale para todas las personas y todas las épocas, "con independencia de órdenes sociales" (p. 166) e ignoran el conocido comentario de Marx sobre los hombres, la historia y sus circunstancias ("Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen como quisieran; no la hacen bajo circunstancias elegidas por ellos, sino bajo las circunstancias directamente encontradas, dadas y transmitidas desde el pasado"); 5. Sus hipótesis son empíricamente incontrastables, dado que es posible que ni agentes ni observadores puedan conocer ni las probabilidades ni las utilidades en cuestión.

El capítulo siguiente está dedicado a la filosofía social de Popper cuyos pilares principales, señala Bunge, son "racionalidad, individualismo, libertarismo, antinomismo, utilitarismo negativo, ingeniería social progresiva y un pilar sumergido, el del orden social deseable" (pp. 169-170). En su opinión, la filosofía social popperiana carece de una teoría del orden social porque no tiene ni una teoría adecuada de la sociedad ni una filosofía moral positiva. "Todo lo que hace la filosofía social de Popper es aconsejarnos sustituir la pregunta tradicional esencial "¿Quiénes deberían ser los gobernantes?" por la pregunta procedural "¿Cómo podemos domesticarlos" (p. 200). El resultado, concluye Bunge, es una filosofía social negativa, superficial, formalista e inconsistente que no resiste la comparación con las filosofías sociales de Ibn Jaldún, Spinoza o Marx, entre otros.

Los últimos capítulos del volumen se centran en *La ilustración y sus enemigos* (cap. 7), la sociología de la ciencia (de Marx a Merton, capítulo 8; la constructivista-relativista, capítulo 9) y, finalmente, en una proclama en favor de la intolerancia respecto al charlatanismo académico (capítulo X). Un ejemplo como muestra de esta seudociencia académica. El supuesto racismo científico es un invento del siglo XIX que culminó en la Rassenkunde nazi. El profesor Arthur Jensen, partiendo de algunas mediciones del cociente intelectual, sostuvo en 1969 la inferioridad innata de los afroamericanos. Esta posición fue unánimemente rechazada por la comunidad científica. Sin ninguna prueba, empero, Yaron Ezrahi's declaró que este rechazo se debió a razones ideológicas. Herrnstein y Murray, en su best-seller *The Bell Curve*, de 1994, sostuvieron la misma posición racista sin añadir prueba alguna. El Instituto de Empresa Norteamericano apoyó esta publicación y el libro recibió una extensa publicidad otorgada por periodistas de derecha que veían en él la base para eliminar los programas sociales dirigidos a dar una oportunidad a los niños afroamericanos. "Por supuesto, la idea es que no hay dinero, especialmente si es público, que pueda corregir una deficiencia genética" (p. 322).

El volumen finaliza con un cuadro de derechos y deberes intelectuales y académicos (p. 330). Entre ellos: "Nadie tiene derecho a comprometerse a sabiendas en una industria académica" y "Todo académico tiene el deber de expresarse de la forma más clara posible".

En síntesis, uno puede no acabar de aceptar algunas metáforas conservadores, por lo bajo, del autor ("Por lo cual, permítaseme una metáfora: el problema es transformar una desordenada y estéril unión de hecho en un matrimonio legal y fértil", p. 27), puede discrepar de algunas de sus posiciones ("Por ejemplo, la principal filósofa feminista ha denunciado la precisión. En particular, la cuantificación, la objetividad y el interés por la contrastación empírica, como una "metodología de corriente masculina" (Harding, 1986). Estos enemigos de la ciencia..." (p. 125)), puede incluso quedar muy sorprendido por ciertos atisbos de inmodestia no controlada ("Además, es posible, y en realidad altamente deseable, definir un predicado de existencia exacto; de hecho, se ha realizado (Bunge, 1977)", p. 132), puede polemizar, en fin, con la noción de revolución científica defendida por el autor que le empuja a señalar que "sólo conocemos dos revoluciones científicas totales en la historia: el nacimiento de la ciencia en el siglo V a.d C y su renacimiento en el siglo XVII" (p. 187), pero ello no es obstáculo para considerar esta nueva aportación del autor de *Filosofía de la física* como un excelente trabajo, escrito con un sobrio, ascético y, en ocasiones, contundente estilo analítico, lleno de sugerentes ideas, a izquierda y derecha, y de interesantes desarrollos conceptuales útiles para cualquier lector interesado en los ámbitos de la filosofía, de la sociología o de su intersección no vacía, como es de predecir ocurra, incluso sin medición alguna, entre la mayoría de los lectores de *El viejo Topo*. Incluso, para sorpresa de Bunge, entre sus lectoras.

2. Modesta aproximación a un libro de referencia.

Miguel Candel, *El nacimiento de la eternidad. Apuntes de filosofía antigua*, Barcelona, Idea Books, 2002, 222 páginas.

Alteri vivas oportet si vis tibi vivere (Has de vivir para otro si quieres vivir para ti)

Aforismo debido a Waldo Hutchins, uno de los primeros presidentes de la junta administrativa del Parque Central de Nueva York.

En la célebre paradoja zenoniana, Aquiles parece alcanzar rápidamente a la tortuga pero, sopesado y pensado con más calma, la cosa no es tan inmediata: no se trata de mostrar sino de demostrar. En el testimonio que poseemos de Aristóteles, el discípulo de Parménides arguye así: cuando el

corredor de pies ligeros haya alcanzado la posición inicial del sosegado animal, éste ya no estará allí esperándole tranquilamente sino que habrá avanzado una pequeña distancia en el camino emprendido; cuando Aquiles alcance esta nueva posición, la tortuga tampoco estará allí para saludarle sino que habrá seguido su trayectoria avanzando otro pequeño trecho del camino; cuando, en un tercer momento, el veloz corredor alcance esta segunda posición de la tortuga, tampoco el paciente quelonio habrá detenido su tenaz marcha sino que habrá avanzado una nueva distancia y así, sin fin: Aquiles, el atleta admirado podrá acercarse indefinidamente al reptil hasta el punto de separarle de él despreciables infinitésimos pero nunca podrá alcanzarle y aún menos superarlo.

Uno de los grandes, por no decir el mayor lógico del siglo XX, Quine, en un delicioso trabajo sobre las senderos de las paradojas, situó la aporía zenoniana en el ámbito de las paradojas falsídicas: la argumentación alteraba nuestras creencias más firmes sobre distancias, velocidades y tiempos porque presuponía una noción absolutamente falsa: que toda suma infinita de términos debía ser infinita; es evidente que tal creencia no es siempre aceptable: la suma de una serie infinita de miembros compuesta por la unidad, su mitad, la mitad de esta mitad, y así siguiendo, es tan finita como el primer par. No todos los autores han aceptado convencidos la solución (o disolución) quineana. Salmon o Gardner, por ejemplo, han comparado el razonamiento de Zenon a una cebolla de capas infinitas: abrimos una capa, la analizamos, pensamos que hemos disuelto el problema y nos enfrentamos a otra capa que a su vez parece superarse en algún momento pero que deja tras de sí capas y capas cada vez más profundas e interesantes. No hay núcleo ni espacio vacío para el descanso.

Algunos libros, pocos, muy pocos, son como las aporías de Zenon: cebollas (o lechugas, si se prefiere) potencialmente infinitas. *El nacimiento de la eternidad* (ENE) es uno de ellos. El hermoso aforismo, traducido por el propio autor, probablemente sea el fondo ético-filosófico que subyace a muchas de las páginas de este ensayo de Miguel Candel y, desde luego, no merece pasar desapercibido en una lectura precipitada. Todo en ENE, como no podía ser menos dada la importancia de la efemérides, merece ser mirado con atenta y delicada mirada: desde las citas iniciales (Parménides, Platón, Borges, p.5) o la sugestiva "Nota previa", fechada un significativo 14 de abril de 2002, pasando por los hermosos y casi cinematográficos títulos de sus apartados hasta la misma dedicatoria que el autor ha escogido, con cariño y emoción no contenidas, para el ministro (o ministra) de Educación de turno

Que esto último es un alarde de generosidad, casi incomprendible, no debería ser puesto entre paréntesis dubitativos bajo ningún punto de vista. Candel Sanmartín fue expulsado de la Universidad de Barcelona, junto con Francisco Fernández Buey, durante la larga huelga de los profesores no numerarios (PNN) del curso 1974-1975, tuvo que opositar a las cátedras de

enseñanza media, siendo enseñante de un instituto colomense (IES Puig Castellar) durante largos años, combinando su admirable y recordada tarea de profesor de griego con su trabajo de traductor en la ONU y, posteriormente, en el parlamento europeo en exclusiva, para finalizar esta curiosa espiral hegeliana como profesor titular de la Universidad de Barcelona, habiendo traducido en el camino autores tan diversos y fundamentales como Aristóteles, Davidson, Gramsci o Teofrasto. Si el alunizaje, con imágenes falseadas de laboratorio incluidas bajo supervisión del autor de *Senderos de gloria*, se hizo esperar sin inquietud alguna, el aterrizaje de Candel en la Facultad de Filosofía ha tardado más de lo conveniente para la salud pública filosófica del país.

ENE está dividido en diez capítulos, resultado de "doce años de trabajo en el campo de la filosofía antigua en distintas vertientes: conferencias, docencia, traducción e investigación..." (p.10), que abarcan desde aproximaciones al atomismo clásico (II. "Lo lleno y lo vacío: la realidad como límite entre dos infinitos") hasta bellas secciones sobre la amistad (IX. "La amistad: el yo en el tú") y eros (X. "El combate entre eros y fobos"), con inclusión de una excelente y curiosa aplicación de la teoría de juegos. El firmante de esta reseña no debería ocultar su preferencia por los capítulos III ("Realidad de las formas o formas de la realidad") y VI ("La aporía del movimiento") y señalar la originalidad y atrevimiento de la sección VII: "La saludable levedad del ser (luces y sombras de la lógica aristotélica)", probablemente una de las más sabiamente heterodoxas secciones del volumen.

No puede ser aspiración de esta injusta, por breve, aproximación a ENE dar cuenta detallada de ninguno de sus capítulos, pero sí, en cambio, argüir por qué es altamente razonable la creencia de que estamos ante uno de los libros filosóficos más interesantes publicados en los últimos años en hispánicos territorios, por autores y autoras de cualquier origen y condición:

1. ENE es (esta vez sí) un libro de filosofía. No es un ensayo reflexivo ni una historia de opiniones y creencias ni una simple aproximación histórica a tal punto o a tal tema más o menos próximo al ámbito filosófico. Desde la primera hasta su última página, un filosofar crítico ocupa el puesto de mando democrático. El lector no podrá ser presa de ninguna decepción cuando al leer un libro que lleva como modestísimo subtítulo "Apuntes de filosofía antigua" se encuentre siempre con auténticos textos filosóficos.

2. La combinación de historia, reflexión, presentación analítica, competencia filológica es tan inusual como sorprendente. Ejemplos de esto último puede verse en la nota 53 de cap. VIII o en la 22 del capítulo siguiente.

3. De hecho, hay en ENE dos libros en uno porque el conjunto de notas que acompañan al texto principal, y que casi obligan a leerlo

bidimensionalmente, tienen tanto interés que el lector obtiene doble premio al razonable precio de uno sólo.

4. Las traducciones de los textos son en muchos casos del propio autor. No es innecesario señalar que no sólo corrige erratas notables sino que su versión muestra un dominio del griego y un castellano tan hermoso que sólo cabe solicitar aquí más de lo mismo y sugerir una historia textual de la filosofía con presentaciones, traducciones y comentarios candelianos. La selección de textos de las páginas 46-52 son un botón de muestra para degustación iniciática.

5. Es muy usual en aproximaciones a la filosofía antigua una introducción estricta y, en ocasiones, nominalmente histórica, que evita o salta alegremente la discusión crítica de los argumentos esgrimidos. Es frecuente que podamos leer ensayos sobre la teoría de las formas de Platón donde se hable y hable sobre Ideas y más Ideas y apenas se discuta alguna de las justificaciones esbozadas para defender la existencia de un "mundo" tan singular, su carácter óntico o algunas de las razones platónicas para escoger el Bien y no el Ser como eidos presidencial. El lector no se decepcionará en este punto. No sólo encontrará sofisticadas discusiones y penetrantes argumentos filosóficos sino que el autor se lanza con excelentes redes, cuando así lo estima, a dar su propia e interesante versión.

6. No debería pasar desapercibido el concepto de historia de la filosofía que Candel defiende. Escribe el autor: "La historia de la filosofía es la historia de esa interminable cadena de actos de comprensión. Hay dos maneras de hacerla: una, como *notarios*, que dan fe de la existencia de una herencia de la que, como tales, no pueden participar; otra, como herederos, a quienes incumbe emplear útilmente los bienes que les han sido legados" (p.9). Para hacerlo sin traición, advierte el autor, el estudioso necesita conocer el contexto material en el que surgen aquellos esquemas y el lenguaje en el que se formularon. Es decir, debe ser a un tiempo, historiador y filólogo. El autor de ENE reúne armoniosamente ambos requisitos.

7. Si como Borges apuntó, "el concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión o al cansancio" ("Las versiones homéricas", *Discusión*), la noción de libro trabajado es, en cambio, netamente humana. ENE es un ejemplo de ello: un ensayo laboriosamente tejido en el que cada sección ha sido pulida, analizada, revisada y estudiada con atención. Las ganancias, sin pérdida alguna, son netas para cualquier lector.

8. Admitiendo que no existen fórmulas perennes, el autor sostiene, en cambio, que es significativo hablar de "filosofía perenne", apuntando, sabia y confiadamente tal vez, que de hecho, tomada como proposición, la oración es analítica: perenne es ya una de las notas sustantivas de "filosofía". Candel, en cambio, no se hace ilusión alguna respecto a la perennidad del filosofar: la filosofía es un accidente en la historia humana y, desde luego, puede concebirse un discurso humano (demasiado humano) sin preguntas

últimas. En su opinión, está ya "instaurado e instalado en la comunicación social...Donde la información recuerda a marchas forzadas su sentido etimológico de "imposición de formas" y donde un alud continuo de *qués* sepulta irremediablemente cualquier tímido *porqué*" (p.11).

9. La ironía que Candel usa, sin abuso, a lo largo de estas páginas produce tal divertimento que impide al lector tentaciones de nuevas revisiones de *Con faldas y a lo loco* o de *To be or not to be*. Un ejemplo: discutiendo la boutade postmoderna que sostiene, reiterada, pesada y apasionadamente, que la realidad es una simple construcción social y señalando que, obviamente, todo concepto de realidad es una construcción, como, por otra parte cualquier categoría, Candel señala: "(...) Por otro lado, preguntar al posmoderno, como algunos críticos hacen "Y ¿quién construye la sociedad?", es excederse en la aplicación del principio de caridad: resulta altamente dudoso que el interpelado pueda entender la pregunta" (p.15).

10. Popper ha argüido decisivamente contra la vindicación de la profecía en el ámbito de las ciencias sociales, pero no, en cambio, sobre pronósticos o predicciones, más o menos acotadas. Ahí va una de éxito casi asegurado: dentro de cuarenta o cincuenta años, tal vez más, los estudiosos de la filosofía clásica citarán complacidos, como estudio clásico, este hermoso libro de muy hermoso título. ENE será, es, sin duda, un libro de referencia. Sería una lástima que problemas de distribución o marco nacional dificultaran su conocimiento más allá de nuestras fronteras lingüísticas.

Obligadas son tres notas finales. La primera: agradecer a Idea Books y al director de la colección, Gerard Vilar, el atrevimiento infrecuente de atreverse con textos tan esenciales. La segunda: el lector habrá observado que el subtítulo del ensayo candeliano es un modesto "Apuntes de filosofía antigua". Cabe preguntarse: si estos estudios son simplemente unos apuntes, entonces ¿qué entenderá el autor por ensayo o estudio riguroso? La tercera nota: Candel finaliza su nota previa" (p. 10) recordando "de forma necesariamente anónima a todos mis alumnos, a cuya curiosidad e interés debo el estímulo para tratar de hacer comprensibles por el hombre de hoy las palabras de los clásicos". El firmante de esta reseña tiene como casi única nota destacada de su curriculum el haber sido, y seguir siendo, uno de esos alumnos y se atreve a sugerir al ministerio de turno, o a la conselleria autonómica correspondiente, que declare textos modélicos oficiales de saber filosófico la "Nota previa" y el capítulo I ("A modo de presentación: filosofía solar, filosofía lunar") que el autor ha escrito para el volumen. ¡Nunca se había dicho tanto en tan pocas líneas!

ENE merece ser leído con lápiz, regla y papel o con el archivo de los resúmenes y apuntes abierto. Es muy probable que el lector tenga dificultades para seleccionar los pasajes más interesantes o anotar y comentar lo que le parezca más esencial porque todo en él, en limpia correspondencia biunívoca con el título que lo designa, tiene aspiración de

permanencia, que, al igual que la eternidad, también es hija de los hombres. Si de toda aproximación a la filosofía clásica cabe decir lo que Borges señaló en "Tlön, Uqbar, Orbius Tertius": "Ese plan es tan vasto que la contribución de cada escritor es infinitesimal", digamos que no todos los infinitesimales tienen el mismo rango. El de ENE no es ínfimo.

3. Dos en uno

François Cusset, *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cia, y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*, Melusina, Barcelona, 2006 (original francés 2003), traducción de Mónica Silvia Nasi, 379 páginas.

La filosofía, dicen, suele ser muy aburrida y los filósofos, dicen también, son una de las especies existentes más soporíferas. Pero no siempre: toda norma, incluso esta misma regla, tiene su excepción. Circula un chiste en "el ambiente" -filosófico, of course- que cuenta Bouveresse en una entrevista con Lucien Degoy y Jérôme-Alexandre Nielsberg (*sin permiso*, nº 1, 2006, pp. 199-200): "[...] A menudo se dice que, en lo que en los Estados Unidos ha sido llamado "la teoría francesa", el término "teoría" se utiliza de forma intransitiva: *conviene evitar preguntar, de un modo que sería calificado de "positivista", de qué tipo de hechos, exactamente, la "teoría" constituye la teoría*". Espléndido... aunque algo cruel y en el fondo equivocado: la "teoría francesa" pretende ser teoría de algo, aunque ese "algo" no siempre esté suficientemente delimitado (Cabe preguntarse, eso sí, si no es simple inconsistencia o mera publicidad adjetivar una teoría con un término geográfico-nacional). Barthes señalaba, por ejemplo, recuerda el propio Cusset, que *teoría francesa* designa cierta discontinuidad, una naturaleza fragmentaria de la exposición, análoga a enunciaciones de tipo aforístico o poético, un combate para agrietar la simbología occidental, ya que la teoría disuelve el significado constantemente y lo excluye como representante de la

monología, de la determinación, de todo lo que no da cuenta de la multiplicidad (p. 114).

Otra cosa es que la teoría "francesa" sea una teoría en alguna acepción usual del término o más bien sea un término usado con nuevo significado. Así, la misma definición de Deleuze que abre el volumen: "La teoría es en sí misma una práctica, tanto como su objeto. *No es más abstracta que su objeto. Es una práctica de los conceptos*, y hay que juzgarla en función de las otras prácticas con las que interfiere" (p. 13), o la que construye el propio Cusset: "la nueva *theory*, francesa o simplemente "literaria", de profunda implantación en los departamentos de literatura desde hace treinta años, es misteriosamente intransitiva y no tiene más objeto que su enigma: es, ante todo, discurso sobre sí y sobre las condiciones de su producción –y, por consiguiente, sobre la universidad-. De algún modo constituye el efecto institucional de la desaparición de la literatura como categoría delimitada, de una extensión de su territorio pareja a la de su indefinición" (p. 109). Debo confesarlo: tengo problema con varias pasos de la última definición, aunque debe recordarse que el mismo Cusset habla a veces de la indefinición de la teoría: "No sorprende, pues, que la teoría, a pesar (o quizás *a través*) de su indefinición, se transforme en objeto de debates universitarios tan impensables en Francia como el que hizo furor en 1982-83 en las columnas de la revista *Critical Inquiry* bajo el título "Against Theory" (p. 112). El autor llega incluso a establecer, por encima, dice, de la teoría racional de la ciencia occidental (sin aclarar el sentido de este enunciado), una vinculación entre esta *theory* estadounidense, de base francesa, concebida como práctica de lo indefinido, confusión de fronteras, y la *theoria* presocrática celebrada por el mismísimo Martin Heidegger:

Sea como fuere, hay dos relatos filosóficos-sociológicos -o dos narraciones, como se prefiera- en este celebrado ensayo de François Cusset, antiguo director de la Oficina del libro francés en Nueva York, y actual profesor en la Columbia University en París. El primero, el más propiamente sociológico, describe con todo lujo (informado) de detalles, incluso con interesantes y curiosas fotografías (p. 192; no hay que perderse la de Baudrillard en escena, al cierre del simposio "Chance", en el *casino Whisky Pete's* en Nevada en 1996), el desembarco de un conjunto de pensadores franceses -agrupados con la etiqueta de postestructuralistas: Foucault, Derrida, Deleuze, Baudrillard, Lyotard, Barthes, Virilio, Latour, Lacan, Kristeva, Althusser, etc. especialmente los cuatro primeros- en Estados Unidos a partir de la década de los años setenta, así como la difusión y la transformación de algunas de sus nociones y tesis básicas en la cultura norteamericana: la diseminación de las huellas, el espacio hiperreal de la simulación, la deconstrucción, la microfísica del poder, los planos y conexiones en los planos de inmanencia deleuzianos,... La incidencia de esta corriente filosófica, precisamente cuando como recuerda repetidamente

Cusset su influencia iba decayendo en Francia, es clave para entender los debates teóricos que han surgido, y siguen surgiendo, en estas últimas décadas, especialmente, en las facultades de literatura de Universidades americanas de prestigio y en el ámbito de una izquierda adjetivada como “nueva” y “post-marxista”. Sin duda, admitámoslo, algunas de estas discusiones se han trasladado, o se están trasladando, al continente europeo (o a una parte de él)

El método usado en su exposición es anunciado por el propio Cusset: consiste en dar “prioridad a la circulación social de los signos, el uso político de las citas, la producción cultural de los conceptos” (p. 23), aun admitiendo que tal categoría, “teoría francesa”, para existir, “supone una cierta violencia taxonómica a expensas tanto de la singularidad de las obras como de sus divergencias explícitas”. En definitiva, una cosa es la obra de Foucault y otra las tesis o el lenguaje de Deleuze, sin olvidar que uno de los agrupados, Baudrillard, argumentaba ya hace más de un cuarto de siglo la necesidad de *Olvidar Foucault*.

Poco hay que decir críticamente sobre esta primera narración. Aparte del discutible -y no muy logrado para mi gusto- paralelismo cinematográfico con el que el autor inicia su relato, *French theory* se lee muy bien, está magníficamente documentado, ilustra siempre (incluso en exceso, en ocasiones), llena un vacío informativo no muy transitado en España, explica con corrección influencias y debates, narra magníficamente el *humus* universitario y político que permitió el arraigo de estas concepciones filosóficas, son excelentes sus apuntes sobre la historia de la literatura Norteamérica, los retratos de algunos de los grandes nombres de estas corrientes son iluminadores (los de Rorty, Fish o Said, por ejemplo), las notas sobre la literaturización de los autores importados son muy pertinentes, etcétera, largo etcétera.

Ello no es obstáculo para señalar que en ocasiones sus afirmaciones permitan o exijan matices. Por ejemplo, no se entiende muy bien que Cusset escriba sobre “(...) la misma rabia que hace que *un tel* Jean-Jacques Salomon” (p. 17) para referirse, efectivamente, a Jean-Jacques Salomon, profesor honorario, titular de la cátedra de Tecnología y Sociedad en el “Conservatoire National des Arts et Métiers”, y del que hace más de 30 años Siglo XXI tradujo su excelente *Ciencia y política*; puede apuntarse que la relación que establece Cusset entre la “revolución epistemológica” de Kuhn y la sociología de las ciencias de Latour (p. 104) no sería seguramente bien recibida por este último (y acaso tampoco, por el primero, si pudiera opinar); es discutible su afirmación sobre el “profundo anticomunismo” del Círculo de Viena (p. 106) y las consecuencias teóricas antihegelianas que extrae de esta precipitada consideración, o sobre el marxismo ortodoxo que según él practican Terry Eagleton o incluso Perry Anderson (p. 136), o el mismo uso del término “materialismo dialéctico” para referirse a la tradición marxista (p.

163); no parece tampoco adecuado presentar la crítica de Sokal y Bricmont tal sólo en sus primeros compases, sin seguir sus derivadas posteriores y el diálogo entre Debray y Bricmont, y dar cuenta de ella como si fuera una crítica global a *la totalidad* de la obra los “filósofos importados”, ni, desde luego, parece pertinente pasar por alto lo que pudo (y puede) significar la publicación del artículo-trampa de Sokal en *Social Text*, una revista codirigida por Andrew Ross, de enorme prestigio en los “Cultural Studies”, ni en la negativa posterior del consejo editorial a editar en la misma publicación otro artículo de Sokal en el que revelaba su inteligente broma (El texto de Sokal, eso sí, fue publicado en *Lingua Franca*).

Pero *French Theory* no es solo el relato detallado e informado de la difusión de una muy importante influencia teórica. Es también, en ocasiones, una defensa de las posiciones o del lenguaje –que el mismo Cusset adjetiva a veces como “jerga”– que ese conjunto (heterogéneo) de pensadores representa, o del papel político y cultural del posmodernismo, y es aquí, en este punto, donde las críticas o el debate filosófico pueden hacerse más presente y las matizaciones y desencuentros más manifiestos. Aparte de diversas y esperadas consideraciones sobre la verdad y la objetividad, y por poner un sólo ejemplo, cuando Cusset afirma que “desde entonces, [Francia] sólo ha podido oponer a los nuevos temores inspirados por la globalización y los desarraigos culturales, la misma escala media, formalizada hace más de dos siglos, del universalismo humanista: *el sujeto, el debate, la sociedad*, o, incluso, esa abstracción progresista de “otro mundo posible” (sic). El universalismo abstracto, protocolar o neokantiano, y su violencia simbólica –acarreada por las figuras normativas de la República o del *progreso*– suenan a veces como los nombres en código de cierto provincianismo cultural” (p. 327), el lector puede notar un cierto abuso del lenguaje, una valoración excesivamente general y un arista política poco transitable.

Por lo demás, algunas de las afirmaciones del documentado autor de *French Theory* parecen algo precipitadas. Al señalar, por ejemplo, que las tesis constructivistas, popularizadas en Estados Unidos por los trabajos de Latour y Hacking y las cuestiones de la minoría o de la diferencia cultural nunca han conseguido penetrar en la epistemología y en la sociología de la ciencia francesa, concluye “de ahí el aislamiento institucional de Latour confinado en el laboratorio de sociología de la Escuela de Minas de París. La confianza en la razón, y hasta la unidad de la República no sobrevivirían, según parece” (p. 324). Más allá de la adecuación de la agrupación Hacking-Latour, acaso haya que recordar que Ian Hacking es profesor del Collège de France y que Bruno Latour, aparte de haber sido profesor visitante en la London School y en la Universidad de Harvard, ha sido investido doctor honoris causa por varias universidades europeas. No parece que confinamiento sea el término más ajustado para describir su situación

profesional. Tampoco la adscripción de Jacques Bouveresse (p. 278) al liberalismo francés parece un acierto interpretativo ni incluso la expresión “muy racionalista” (p. 198) para referirse a Noam Chomsky parece un hallazgo lingüístico.

4. La alargada sombra del teorema de Gödel

Régis Debray y Jean Bricmont, *A la sombra de la Ilustración. Debate entre un filósofo y un científico*. Barcelona, Paidós 2004, 168 páginas. Traducción de Pablo Hermida Lazcano.

Discutían críticamente Sokal y Bricmont en *Imposturas intelectuales* el empleo abusivo, por parte de algunos filósofos y científicos sociales, de categorías y resultados muy particulares tomados de las ciencias formales y físico-matemáticas. Uno de los intelectuales criticados, si bien muy puntualmente, fue Régis Debray quien en *Crítica de la razón política* había hecho alusiones al teorema de incompletud de Kurt Gödel. El mismo Debray llegó a entrevistarse con Sokal y Bricmont a propósito de la aparición de *Imposturas*. El compañero del Che en Bolivia y el compañero de Sokal en *Imposturas* prosiguieron y profundizaron este encuentro, ampliando el marco de la discusión, primero en forma de correspondencia y luego mediante nuevos encuentros que dieron lugar *A la sombra de la Ilustración*, una interesante conversación entre un científico natural (Bricmont es catedrático de Física teórica en la Universidad de Lovaina) y un humanista, politólogo o científico social (Debray es catedrático de Filosofía y presidente del Instituto europeo de Historia y Ciencia de las Religiones) donde discuten sobre temas políticos, epistemológicos y filosóficos generales.

Hay, además, un punto de coincidencia política que no debería olvidarse. Ambos vieron, cuando pocos veían, que la supuesta injerencia humanitaria en Kosovo, sin mandato de la O.N.U., disponía para una próxima guerra preventiva imperial. En el epílogo del volumen, hay un neto reconocimiento de Bricmont al coraje de Debray en este punto y una denuncia del linchamiento mediático al que estuvo sometido.

Los temas discutidos aparecen estructurados en cuatro secciones: 1. El debate y la lógica. 2. La racionalidad y la ciencia. 3. El conocimiento y la historia. 4. Lo religioso y lo político. Un breve epílogo cierra la conversación. A destacar la bibliografía seleccionada y comentada por el propio Bricmont,

así como las notas que supongo también de su autoría. Por ejemplo, este comentario sobre Althusser y *Para leer el Capital*: "Gracias a una retórica seductora combinada con un cierto número de observaciones correctas sobre el idealismo, Althusser llega a defender una aproximación "científica" al marxismo en la cual, de hecho, se elude por completo la cuestión de las pruebas empíricas que permitirían ver con claridad que estamos ante una ciencia... El hecho de que se hubiera podido sostener en esa época (1965) un discurso semejante, y que éste ejerciera una influencia en la formación de los profesores normalistas ilustra el "corte" entre filósofos y científicos en Francia. Esta singladura aboca rápidamente a una actitud escolástica hacia "textos" dotados de un carácter implícitamente sagrado" (pp. 151-152).

La conversación se desarrolla por derroteros no siempre previsibles, con giros de interés y con polémicas abiertas. Me permito señalar alguno de estos momentos: 1) sobre Latour y la nueva sociología de la ciencia (pp. 19-20), donde Debray, no sin razones, señala que "no nos pondremos de acuerdo con respecto a Latour y, desde luego, tendremos que volver a hablar de sus trabajos, de los que usted se burla con demasiada ligereza"; 2) sobre las creencias y motivaciones plurales del individuo (pp. 30-31); 3) en torno al marxismo y al naturalismo (pp. 65-66); 4) sobre el debate en torno a la guerra entre Einstein y Freud (pp. 81-84), o, finalmente, sobre valores y presencia universal de lo trascendente (pp. 112-116).

No deja de ser sorprendente que, de entrada, ya en el primer capítulo del ensayo el propio Debray no tenga reparos en reconocer que sobre la intención misma de *Imposturas* estaba plenamente de acuerdo, y que "había festejado la chanza de *Social Text*... Estuvieron acertados sobre todo al quitarme la razón a propósito de una frase poco afortunada sobre la incompletud" (p. 18). El mismo Debray apunta que en una comunicación a la Sociedad francesa de Filosofía, en 1996, ya distinguió entre lo que era un fuente de inspiración interesante y la imposibilidad de asimilar un sistema político-social a un sistema lógico-deductivo (p. 24). Y acaso quepa señalar críticamente que no siempre el crítico y amante del rigor Bricmont está a la altura de las circunstancias por él sensatamente señaladas. Así, en su presentación del mismo teorema de incompletud en las págs. 22-23, o en su crítica al marxismo (véase lo dicho sobre Gramsci y la naturaleza humana en la página 65). Pero no menos puede decirse de Debray. Así, cuando negro sobre blanco sostiene que si la mundialización liberal significa el mercado sin Estado, entonces "la crítica de extrema izquierda del estado habría sido su valedora (sic)" (p. 71). O, cuando al hablar de De Gaulle, señala que no pueden compararse 35 años de ejercicio de análisis histórico, que es lo que hizo el general resistente, "con una intuición de Lenin de 1917 o una constatación de Russell en 1920. Los análisis de De Gaulle se referían al devenir del siglo, no a coyunturas concretas (pp. 90-91). O acaso esta perla final: "Conecto de forma deliberada un fenómeno ideológico con un sustrato

técnico: el plomo. Fin del plomo, fin de los tipógrafos, fin de las columnas vertebrales de los partidos. El día en que *L'Humanité* entró en videocomposición, ise acabó!" (p. 97). Es una metáfora, sin duda, pero hay metáforas inútiles. Esta es una de ellas.

Pueda señalarse que tal vez *A la sombra de la Ilustración* sea un libro excesivamente parisino. Si se percibe así, para completar el ámbito geográfico y observar que la sombra de Gödel y sus teoremas suele ser muy alargada, permítaseme dos observaciones finales. La primera: si se desea una magnífica aproximación a la recepción de los teoremas de Gödel en ese territorio que llamamos España, y comentarios subsiguientes y no siempre menos desacertados que el de Debray, véase: Paula Olmos y Luis Vega "La recepción de Gödel en España", *Endoxa* nº 17, 2003, pp. 379-415. Y la segunda anotación, para cerrar el círculo: hace nos 20 años, en las clases de metodología de las ciencias sociales de 1983-1984, Manuel Sacristán daba cuenta de la crisis de fundamentos de la matemática como arranque de la filosofía de la ciencia del siglo XX, señalado que la irrupción del teorema de incompletud de Gödel y su consecuencia más directa -que no se podían buscar fundamentos absolutos ni siquiera en las ciencias formales- había dado lugar a especulaciones infundadas que todavía se podían leer. Recordaba entonces que en un suplemento dominical de la época, un periodista comentaba un libro en el que se afirmaba que los sistemas políticos no podían ser completos, "supongo que quería decir que no podían ser perfectos o algo así"- y que eso era, en definitiva una aplicación del teorema de Gödel. Sacristán comentaba que se trataba de la reseña periodística de un libro de Debray, *Critica de la razón política*. Curiosamente, el mismo libro que fue criticado puntualmente por Sokal y Bricmont y que está en el arranque de esta interesante conversación filosófica.

5. Popper, Wittgenstein, el atizador y su traducción.

La exquisitez y prudencia de Víctor Méndez Baiges son, probablemente, causa de que en su excelente reseña del libro de David J. Edmonds y John A. Eidonow, *El atizador de Wittgenstein* (El viejo Topo núm. 160-161, pp. 109-110) no hiciera referencia a una cuestión, sin duda lateral, que ha surgido a partir del comentario de Isidoro Reguera (*El País*, 13.10.2001) sobre la citada obra. Comentaba Reguera que la "traducción podría haber sido mejor en general, pues hay cosas repartidas por todo el texto que suenan o que se entienden mal en castellano". Citaba Reguera, entre otros ejemplos, la versión de la primera proposición del *Tractatus*, el uso de expresiones como "tablas de veracidad", "falseabilidad" o "principio de falsificación".

En carta posterior a *El País*, la autora de la traducción -Maria Morrás Ruiz-Falcó- defendía su trabajo haciendo referencia a la jerga especializada instaurada en el gremio filosófico y al hecho de que, en varias ocasiones, efectivamente, había traducido correctamente por falsabilidad lo que en otros pasajes había vertido por falsificación.

Sea como sea, sea cuestión del texto original inglés o de su versión castellana, creo que, sucintamente, vale la pena avisar al posible lector de la dificultad de comprensión que presentan algunos pasajes como los siguientes:

1) "De la cosecha de los jóvenes académicos, el más innovador en el terreno intelectual era Kurt Gödel, un hombre delgado con gafas y socialmente torpe, cuyos teoremas inconclusos..." (p. 161). No hay tales teoremas inconclusos sino teoremas de incompletud.

2) La fórmula lógica de la p.236 que simboliza la proposición "El rey de Francia es calvo" presenta un mal uso de paréntesis y corchetes.

3) La proposición 1 del *Tractatus* es citada en la p. 237 como "El mundo es todo de lo que hay que tratar". En la antigua y discutida traducción de Tierno Galván se vierte como "El mundo es todo lo que acaece" y en la excelente versión catalana de Josep Maria Terricabras se traduce como "El món és tot el que s'escat".

4) "El *Tractatus* goza todavía de una amplia difusión y algunas de las innovaciones lógicas que contiene, tales como la utilización de "tablas de veracidad"..." (p.242). Debería decir, como es sabido, "tablas de verdad" (sin comillas en el texto traducido).

5) "Aunque no el propio Marx, a quien Popper tenía el máximo respeto y quien realmente hizo predicciones, si bien Popper las consideraba falsificadas..." (p. 248). Debería decir "las consideraba falsadas". De la misma forma, en la pág. 254, "...de hecho, que algunas grandes teorías han sobrevivido a una falsificación temprana", cuando debería decir a "una falsación temprana" o, tal vez, "a una falsación ingenua".

No se trata de cansar al lector y señalo, explícitamente, que no debería verse esta breve nota como crítica o descalificación de trabajo alguno. Nadie ignora las condiciones laborales y las urgencias a las que están sometidos (o sometidas) muchos traductores hispánicos. Nadie sabe todo ni, incluso, nadie está obligado a conocer detalles alejados de su ámbito normal de trabajo, peor sí que, tal vez, las empresas editoriales -o mejor, algunas empresas editoriales- deberían reducir en un infinitesimal (pongamos, el 0,01%) su cuenta de resultados y completar los trabajos de traducción con revisiones técnicas realizadas por personas del ámbito del tema traducido y conocedoras del idioma original.

6. Memorias de un profesor que fue maestro de muchos.

Juan Carlos García-Borrón, *España siglo XX. Recuerdos de observador atento*. Ediciones del Serbal, Barcelona, 2004; prólogo de Horacio Capel, epílogo de Laureano Bonet, 222 páginas.

Francisco Fernández Buey lo destacó en su necrológica. Juan Carlos García-Borrón fue un pensador serio, riguroso, contenido, amigo de sus amigos, discreto en el mejor sentido -el de Gracián- de la palabra, añadiendo "quienes le conocimos le recordaremos como un maestro que supo serlo en tiempos en que los maestros eran pocos, y que siguió siéndolo cuando ya no era docente". Uno de sus alumnos, Albert Domingo Curto, se manifestaba en términos similares en una carta publicada pocos días después del fallecimiento, en verano de 2003, del autor de *Séneca y los estoicos* y de *La filosofía occidental en su historia*.

Lo primero que resulta necesario destacar de *España siglo XX* es que sin ser estrictamente un libro de historia ni de memorias personales -"Este no es un libro de historia. Tampoco son *mis* memorias o "confesiones" (p. 13)- pretende y consigue cultivar la memoria colectiva. Ni la desmemoria interesada, ni la reconstrucción *ad hoc* y desde triunfantes atalayas de lo vivido y realizado, están en la intención, en el guión y en la realización de *España siglo XX*. Horacio Capel, antiguo alumno de García-Borrón, lo señala en su presentación: "Este libro es una crónica construida desde el recuerdo y apoyada en el testimonio de una correspondencia mantenida con algunos profesores e intelectuales de gran relieve. Expone las vivencias de una persona que ha vivido lúcidamente siete décadas del siglo XX y que se ha visto afectado por las transformaciones que el país ha experimentado durante las mismas" (p. 9). García Borrón expone en términos similares la metodología de su ensayo: "escribiré, pues, lo que sigue valiéndome exclusivamente de cartas, fotografías y documentos que encuentro a mi alcance a la vera de mi ordenador. Pretendo a partir de ellos ordenar recuerdos, aclararlos en lo posible, ampliarlos y apuntalarlos en referencias objetivas. Eso proporcionará una perspectiva limitada pero viva, concreta y genuina de la historia grande" (p. 13).

Por ello, este ensayo no es sólo, siéndolo, un magnífico instrumento para adentrarse en la vida, quehaceres y pensamiento del que fuera profesor y maestro de muchos -entre ellos, de filósofos y autores tan destacados como J.-J. Acero, J. M. Bermudo o Narcís Comadira- sino para aprender de una mirada crítica -estudiosoa, documentada, nada trillada ni servil- de la historia reciente de nuestro país, así como de vidas paralelas y amigas. Entre

ellas, las de E. Pinilla de las Heras, Josep M^a Castellet o Manuel Sacristán. Si se observa el índice nominal se constatará que estos dos últimos, junto con la que fue su mujer y compañera (y el omnipresente dictador), son los nombres más citados en el volumen, por lo que *España siglo XX* es también un magnífico instrumento para comprender las posiciones, relaciones, trabajos y reflexiones de miembros destacados del grupo *Laye*, de la llamada generación de los 50. En mi opinión, está a la altura del imprescindible estudio del que fuera su compañero E. Pinilla de las Heras, *En menos de la libertad*. Incluye, además, textos de difícil consulta hoy, publicados en *Qvadrante*, por ejemplo, o significativos pasos de cartas a él dirigidas (Así, una de 1959 en la que Sacristán le explica sus motivaciones de fondo para presentarse, sin posibilidades reales de éxito para alguien que viva "tan en off-side como vivo yo", a la cátedra de lógica de Valencia en las escandalosas oposiciones de 1962).

Como no podía ser menos en un filósofo tan atento al contexto como García Borrón, el eje principal de estas memorias reside, pues, en conciliar su existir, su propio estar, su quehacer intelectual y ciudadano con el trasfondo social e histórico que le tocó vivir y, como apunta Bonet en su epílogo, de padecer en ocasiones. En los cuatro capítulos en los que está estructurada *España siglo XX* -1. Infancia y orígenes. 2. Guerra y posguerra, universidad y milicia. 3. Segunda juventud y madurez. 4. En la monarquía de Juan Carlos I- se observa siempre, incluso en su capítulo inicial, esta mirada atenta al entorno. De ahí la excelente combinación de aspectos biográficos y de presentación y análisis del contexto socio-político. Me permito destacar las secciones tituladas "Los años de universidad y *Qvadrante*" y, en general, la totalidad del capítulo III.

En el capítulo final del volumen -"Penúltimas reflexiones (aunque no nuevas)"- García-Borrón recuerda aquellas palabras del canciller y filósofo F. Bacon -"El hombre, ministro e intérprete de la naturaleza, solo hace y entiende en la medida en que ha observado, por la experiencia o por la reflexión, el orden de la naturaleza; y no sabe ni puede hacer más. A la naturaleza no se la vence sino obedeciéndola"- sobre las que nunca dejó de llamar la atención en sus últimos años. Los peligros subsisten, la amenaza no ha sido superada. De ahí su mensaje final: "Sin pretensiones vaticinadoras o oraculares, al repasar esas inquietudes e ilusiones como recuerdos de mi vida me limito a encarecer la reflexión que a tan ingentes amenazas les es debida; a insistir en exigirnos prudencia, con renuncia a seguridades salvíficas y conservación de la serenidad" (p. 205).

García-Borrón trabajó y colaboró en las universidades de Valencia y Barcelona pero no consiguió la cátedra de ninguna institución universitaria. El grueso de su actividad docente la realizó en institutos de bachillerato, impartiendo seminarios y dando cursos en los ICE de la UB y la UAB. Acaso esto señale, con el dedo gordo o incluso con las dos manos, qué fue la

Universidad española bajo el franquismo y parte de la transición, pero también señala con un dedo no menor y no oculto la importancia decisiva que tuvieron algunos profesores de enseñanza pre-universitaria en la formación y vocación de generaciones de alumnos. En el cultivo de eso que se llamaba, y debería seguir llamándose, la instrucción pública. En esto último, para nuestra fortuna, García Borrón fue un maestro querido y reconocido al que muchos debemos agradecer mucho. No sólo fue un historiador del senequismo sino que fue él mismo un senequista: alguien que aspira a forjar los espíritus, alguien que se constituye en espejo de las acciones y para quien la filosofía nunca fue sólo una actividad académica, más o menos remunerada, sino un instrumento básico para un buen, solidario y admirable vivir.

7. Para un proyecto de ética mundial

Hans Küng y Karl-Josef Kuschel (eds), *Ciencia y ética mundial*. Editorial Trotta, Madrid, 2006, 470 páginas.

El proyecto de un nuevo principio de pensamiento regido por la idea de una ética mundial surgió en 1990, obedeciendo al desafío que suponían y suponen para la Humanidad temas tan acuciantes como la paz mundial, las relaciones entre religiones, las desigualdades económicas, la relación entre la especie y el medio (Era, precisamente, en ese momento cuando se estaba preparando la conferencia de la ONU para el Medio Ambiente y desarrollo que se celebraría en Río de Janeiro en 1992). La borrosa idea original fue madurando hasta convertirse en un programa presentado a la opinión pública en 1990 como proyecto de una ética mundial. Tres años más tarde, en 1993, el parlamento de las Religiones del Mundo reunido en Chicago aprobó la declaración de una ética que buscaba o intentaba buscar consenso universal, más allá de diferencias culturales, religiosas o territoriales. Pues bien, desde 1995, la Fundación para la Ética mundial se ha venido dedicando a proseguir y a ampliar "este proceso de comunicación intercultural e interreligioso", mediante actividades, encuentros e investigaciones. El volumen que comentamos es un ejemplo de sus trabajos.

El proyecto de ética mundial se articula en torno a tres grandes afirmaciones: 1. "No hay supervivencia sin ética mundial" 2. "No hay paz mundial sin paz religiosa". 3. "No hay paz religiosa sin diálogo entre las religiones". El tono musical, admítase, es netamente religioso si bien el programa está abierto a otras perspectivas como algunos textos de este volumen parecen confirmar. Lo que se viene a señalar insistentemente es que no es posible eludir la búsqueda de valores, finalidades y actitudes comunes a toda la humanidad, sin que ello comporte ningún menoscabo de las diferencias culturales o religiosas realmente existentes, que obviamente en ningún momento se aspira a anular o superar..

Para que el lector no olvide el marco político -digamos, altamente moderado- de la declaración y de la Fundación para la Ética mundial no está de más reproducir unas palabras de Hans Küng, alma, cuerpo y espíritu del proyecto: "Uno de los resultados más importantes lo trajo consigo, en 1997, la iniciativa de InterAction Council, que reúne a antiguos jefes de Estado y de gobierno. Bajo la dirección determinante del ex canciller federal alemán Helmut Schmidt pudo presentarse la propuesta, en especial a las Naciones Unidas, de una Declaración general de las obligaciones humanas". Kung señala la consecución de este acto como uno de los resultados más importantes. El carácter institucional del proyecto, la presencia de "personalidades" reconocidas, la orientación socialdemócrata-de-derechas parecen bastante obvios.

Ciencia y ética mundial está dividido en cinco grandes secciones -1. Ética económica y ciencia del derecho. 2. Ciencia política. 3. Ciencias de la educación. 4. Ciencias naturales. 5. Ética- que agrupan 119 aportaciones . Son especialmente recomendables, en mi opinión, los escritos de Günther Mack, "La búsqueda de un paradigma científico útil para el futuro", y Ernst Ulrich von Weizsäcker, "Ética mundial ecológica". Este último por ejemplo, con acierto y razones, señala: "En esta situación del mundo, también la ética mundial corre el peligro de ser acaparada por la doctrina económica, que piensa globalmente y está a la vez dominada por arrogancia. Para los débiles de la Tierra, todo lo que huele a globalidad se ha convertido de la noche a la mañana en algo profundamente sospechoso" (p. 305).

Las líneas centrales del proyecto queda explicitadas en la intervención inicial de Hans Küng, "El mercado global exige una ética global" (pp. 15-32). En algunos casos, según creo, con formulaciones mejorables. Por ejemplo: Küng afirma que las cuestiones relativas al mercado global "son cuestiones que atañen al conjunto de la sociedad, de carácter político en sumo grado y también, en última instancia, ético. Se trata por ejemplo de preguntarse si el beneficio, esto es, el afán de lucro, básicamente justificado, debe ser el único fin y exclusivo de la economía, de un banco, de una empresa". ¿El afán de lucro básicamente justificado? ¿Y dónde está la prueba a de esa justificación? ¿No hay nada que objetar a los resultados de ese afán "básicamente justificado" más allá de su aceptación como fin exclusivo? Igualmente, "tampoco estas grandes transformaciones globales son procesos que obedecen a una necesidad natural (como opinaba Marx) sino que son transformaciones gobernables, en principio y dentro de ciertos límites, naturalmente". ¿Transformaciones globales que obedecen a una necesidad natural? ¿Este es el Marx que Küng ha extraído de todas sus lecturas?

. Es posible, por ello, señalar que algunas otras secciones y perspectivas hubieran ampliado la aproximación a este importante asunto, que la mayoría de las intervenciones no tienen carácter rupturista ni incluso reformista sustantivo, que la mayoría de los colaboradores pertenecen a un ámbito cultural e ideológico similar (a pesar de la declaración de diversidad del proyecto apuntada por Küng), que es posible que estemos ante una nueva declaración intelectual que dé vida a determinados colectivos pero que cuente con muy pocos desarrollos y con escasa incidencia en las poblaciones, pero también habría que recordar, como señala el propio Küng en la introducción del volumen, que "una piedra que se arroja no ocasiona inicialmente un gran remolino, es cierto. Pero propaga involuntariamente sus círculos. Con la ética mundial se arrojó al agua, hace algún tiempo, una piedra así, y efectivamente ha propagado círculos en un tiempo relativamente corto y por todo el mundo".

8. A favor de la verdad.

Michael P. Lynch, *La importancia de la verdad. Para una cultura pública decente*. Piadós, Barcelona, 2005, 255 páginas. Traductor: Pablo Hermida Lazcano.

Las siguientes palabras abren este ensayo de Michael Lynch donde se discute la importancia normativa y gnoseológica de la verdad: "A comienzos de 2003, el presidente Bush afirmaba que Irak estaba intentando adquirir los materiales necesarios para fabricar armamento nuclear" (p. 15). Afirmación falsa como es sabido y él sabía. Sin embargo, esa falsedad sirvió, junto con otras falsas tapaderas conocidas (Husein era un dictador, Irak eran nido de terroristas, nos deben preocupar los derechos de todos los seres humanos), para justificar una decisión ya tomada sobre la reorganización del mapa de la zona. ¿Qué sentido tiene entonces preocuparse por una idea abstracta como la verdad, por un principio normativo tan inútil como la veracidad, si la mentira, ya no falsedad, consigue los resultados deseados? ¿No es acaso cierto, aunque acaso no sea relevante, que incluso algunos intelectuales de renombre consideran la verdad irrelevante? Entonces, ¿por qué preocuparse por esa finalidad, por ese valor? Por lo siguiente.

En una entrevista de 1979 con Jordi Guiu y Antoni Munné para *El Viejo Topo*, Manuel Sacristán señaló en clave autobiográfica: "A mí el criterio de verdad de la tradición del sentido común y de la filosofía me importa. Yo no estoy dispuesto a sustituir las palabras "verdadero" y "falso" por las palabras "válido"/"no válido", "coherente" / "incoherente", "consistente" / "inconsistente". No, para mí las palabras buenas son "verdadero" y "falso", como en la lengua popular, como en la tradición de la ciencia". La afirmación, incluso su rotundidad, era consistente con un autor que había hablado de "La veracidad de Goethe", que había apostado para que la revista clandestina de los intelectuales del PSUC se llamara *Veritat* y que, además, solía decir y recordar aquel lema muy del gusto también de su admirado Gramsci: "La verdad es siempre revolucionaria".

Pero ha pasado el tiempo, no mucho tiempo esta vez, y, como decía el poeta, "la verdad" inexorable ha asomado. No son buenos tiempos para la lirica ni para la verdad. Los frentes abiertos son diversos. Desde instancias postmodernistas, como recuerda Lynch (p. 16), se afirma no sólo que la verdad objetiva es una ilusión sino que el preocuparse por ella, por su esencia, si así queremos decirlo, supone una pérdida de tiempo. Probablemente sea un asunto entretenido pero, en todo caso, en el mejor de los supuestos, absolutamente irrelevante. Stanley Fish, recuerda Lynch, decano de la Universidad de Illinois de Chicago y prominente crítico literario, no sólo piensa que la verdad carece de valor sino que, además, eso es lo que *ya creemos* realmente porque aunque afirmemos que nosotros queremos creer la verdad lo que realmente queremos creer, según Fish, es lo útil, no lo verdadero; lo que efectivamente nos importa son las consecuencias de nuestras creencias: las buenas creencias son las creencias útiles, las que nos ofrecen lo que realmente queremos. Ningún papel relevante juega la verdad en todo esto.

Desde posiciones muy distantes políticamente, desde atalayas de la derecha política extrema (Lynch cita los casos de los escritores norteamericanos Allam Bloom o Robert Bork pero encontraríamos casos muy similares en otros lugares), la defensa de la verdad se identifica con la defensa de verdades *absolutamente ciertas* (de ahí, en parte, las reacciones de los partidarios de las posiciones anteriormente descritas): el relativismo, de inspiración izquierdista, se dice, socava los grandes principios, los grandes valores que sustentan la nación, la clase, la raza, el grupo, la comunidad (subráyese lo que se crea más pertinente para el caso). Se han de redescubrir las grandes teorías, las grandes afirmaciones que "Dios" (u otro sujeto o ente con papel afín) nos ha otorgado.

La confusión central que enmarca estas argumentaciones es tan inmediata que da cosa señalarla: es obvio que la lealtad *inquebrantable, indiscutible*, a lo que uno cree, a lo que el grupo al que pertenece (o quiere pertenecer) sostiene, a lo que se cree mayoritariamente (o no) en la comunidad propia, no es indicio alguno de interés real ni limpio por la verdad sino muy probablemente, en la mayoría de los casos, neta señal de dogmatismo (disfrazado o no) teórico y/o político que esconde, o suele esconder, posiciones de fuerza, poder y privilegios.

En esas estamos y entre esas posiciones se sitúa el ensayo de Lynch. *La importancia de la verdad* está dividido en tres partes: I. Mitos cínicos. II. Teorías falsas. III. Por qué importa la verdad. Las tesis básicas que el autor defiende son: 1. La verdad es objetiva. 2. La verdad es buena. 3. Vale la pena investigar la verdad. 4. Merece la pena preocuparse por la verdad en sí misma, que, desde luego y el punto es esencial, no hay que confundir con afirmaciones supuestamente similares del tipo: 1. Sólo existe *una* Verdad. 2. Sólo la razón "*pura*" puede acceder a la verdad. 3. La verdad es *misteriosa*. 4. Sólo *algunos seres privilegiados* pueden conocer la verdad. 5. Deberíamos buscar la verdad *a toda costa*.

Por ejemplo, en el caso de esta última afirmación, Lynch argumenta con tacto que el conocimiento puede resultar con frecuencia peligroso. Ciertas proposiciones pueden ser buenas sin que sea bueno creerlas. Rara vez es bueno buscar la verdad y sólo la verdad a toda costa, al margen de las consecuencias. "Perseguir siempre algo sin que importen las consecuencias suele ser una receta para el desastre-. Tal es la condición humana; y esto no es menos aplicable a la verdad que a cualquier otro valor (p. 72). La verdad acaso sea revolucionaria prima facie pero no lo es siempre y en toda circunstancia.

La importancia de la verdad es un ensayo de indudable marchamo analítico (con la elegancia de estilo que eso suele conllevar y con las consabidas cuidadas argumentaciones) pero esa característica no le impide, por ejemplo, discutir y recibir adecuadamente legados muy alegados de esa

tendencia filosófica como algunas “sospechas” y consideraciones de Foucault sobre verdad y poder (pp. 55-56).

Además de otros temas de interés, Lynch sostiene en el último capítulo de su ensayo que la verdad tiene una dimensión política, que la preocupación de la verdad es una dimensión constitutiva de la *democracia liberal*, y construye una interesante discusión sobre si el liberalismo político (con críticas a posiciones “liberales” como las defendidas de Rorty), en su acepción más usual, presupone o defiende una determinada concepción de la vida buena. En su opinión sí: “la visión que ofrece el defensor de la democracia liberal es que la vida mejora si uno vive en una sociedad donde el gobierno se abstiene en lo posible de defender una concepción de lo que hace que una vida sea mejor que otra” (p. 200). Según Lynch, en un interesante giro popperiano, el liberal (político) no debe identificar la verdad con lo que admite como verdad en el debate libre y abierto sino más bien lo contrario: “el liberal debe creer que lo que admite como verdad puede, sin embargo, no ser cierto” (p. 203). El liberalismo requiere derechos, el concepto de derecho presupone el concepto de verdad objetiva; por consiguiente, el liberalismo presupone un concepto de verdad.

El lector, sin embargo, acaso pueda encontrar en los pasos finales de este capítulo, en la discusión de Lynch con B. Williams, una excesiva confianza en las posibilidades políticas de intervención en las “democracias liberales” realmente existentes. La razón es simple, como Lynch señala, “para que las democracias liberales funcionen necesitan que sus ciudadanos tomen decisiones informadas” y esto significa, en su opinión, que los ciudadanos, especialmente los elegidos para actuar como representantes políticos del resto, “han de ser tan veraces como sea posible, en lo que atañe a los porqués, los qués, los dónde y los cósitos del gobierno”. Sin esa sinceridad pública el ciudadano no puede tomar decisiones acertadas y en la medida en que no pueda tomarlas, “el proceso democrático resultará ilusorio y el “poder del pueblo” quedará reducido a un mero eslogan” (p. 216). Pues bien, según parece, ése es el caso en la mayoría de democracias liberales realmente existentes.

La pregunta por la verdad, como Lynch sostiene, no equivale a preguntarse qué es el oro sino a preguntarse qué es la justicia o qué es la igualdad. Preguntarnos por qué nos preocupa la verdad nos ayuda a entender lo que la verdad es. Al hacerlo, señala, aprendemos que la verdad se parece más al amor o a la fraternidad que al dinero: es objetiva en su existencia, subjetiva en su apreciación, capaz de existir en formas distintas, puede ser peligrosa y de difícil descubrimiento y, sin duda, en ocasiones, no resulta fácil vivir con ella. Pero, sea como sea, el interés por la verdad forma parte o debe formar parte de cualquier idea de vida buena.

Martha Nussbaum ha señalado que *La importancia de la verdad* “desempeña un servicio público de primera magnitud. Michael Lynch explica

con vigor y claridad por qué es importante el concepto de verdad para una cultura pública decente". No es elogio menor viviendo de quien viene. Añado: si se tuviese que escoger un volumen para introducir y discutir con un público, especialista o no, sobre temas gnoseológicos y normativos afines, el ensayo de Lynch estaría entre los primeros libros de la estantería. Recuérdese, en todo caso, el aforismo con el que Machado iniciaba su *Juan de Mairena*: la verdad es la verdad la diga Agamenón o la diga el porquero. Agamenón asiente; el porquero disiente. Se entiende la actitud del porquero dada las infinitas falsedades de la "Verdad" establecida, pero también hoy la apuesta por la Verdad sigue siendo una buena y necesaria apuesta del porquero, de todos sus compañeros y de todos sus partidarios.

9. Filosofía analítica en estado puro.

Manuel Pérez Otero, *Esbozo de la filosofía de Kripke*. Montesinos, Barcelona, 2006, 276 páginas.

Existen como mínimo dos razones para recomendar vivamente la lectura de este ensayo del profesor titular del departamento de Lógica, Historia y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Barcelona, Manuel Pérez Otero. La primera: este esbozo es una de las primeras introducciones (acaso la primera), escritas en castellano, en torno a la filosofía de Saul Kripke, que no es, como es sabido, un filósofo cualquiera sino de uno los grandes filósofos analíticos vivos (equiparable a W. O. Quine o a H. Putnam, por ejemplo). Tal vez por ello, Pérez Otero inicia su ensayo con las siguientes

palabras: "Muchos consideran –muchos *consideramos*- que Saul Kripke es el filósofo vivo más importante... Desde luego, Kripke es uno de los filósofos contemporáneos más citados e influyentes del mundo" (p. 9). La segunda razón, y acaso tan importante como la anterior, es que *Esbozo de la filosofía de Kripke* (EFK) es un libro modélico, porque es un magnífico ejemplo de cómo hacer un libro didácticamente impecable, verdadero modelo para otros intentos: bien argumentado, bien escrito, legible a la perfección desde su primera línea, con documentadas, claras e interesantes referencias a autores clásicos y a temas básicos de la historia de la filosofía, permanente respeto al lector (o lectora) sin presuponer en él conocimientos previos ni dominio de ningún terminología especial o especializada, preocupación constante para que el estudiioso pueda aprender realmente y conozca bien las cuestiones que se exponen, notas a pie de página que distan mucho de abrumar al lector no especialista, todas ellas aclaratorias, algunas de ellas excelentes, como por ejemplo, la 8 del capítulo 3 (p. 111). En definitiva, un libro que instruye, que enseña a argumentar filosóficamente, filosofando en acto, y que hace pensar con rigor. No es poco. Todo lo contrario.

Es posible, sin embargo, que el lector que no esté acostumbrado a este tipo de narración filosófica, a este estilo teórico -cuya tradición, por cierto, es antiquísima, tan antigua como el mismo Aristóteles- puede objetar la aparente lentitud de la exposición, las vueltas supuestamente retóricas que se dan sobre muchos de los temas tratados, la escasa sustantividad o trascendencia de los asuntos discutidos, la morosidad con la que se exponen argumentos y críticas, el rigorismo excesivo con el que se discuten contraejemplos y rebuscados experimentos mentales, los detallados y frecuentes resúmenes o balances que presenta el autor, los recordatorios – incluso algunas repeticiones- que se ofrecen con frecuencia, la supuesta escasa ganancia teórica obtenida tras su lectura.

Errará, errará de pleno, totalmente, si piensa así. Si como Lope señalaba: "Esto es amor. /Quien lo probó, lo sabe", esto, EFK, es filosofía exquisita: quien la degustó, lo ha entendido. Hay ganancia teórica, y mucha, al seguir paso a paso –como no podía ser de otra forma- las cuidadas exposiciones de Pérez Otero. No creo que puedan citarse muchos otros ejemplos para introducirse en los grandes temas tratados por la filosofía del lenguaje -del XX, y en los años iniciales del XXI-, que es, como se sabe, parte sustantiva, central, para nada marginal, de la gran filosofía actual.

El autor, por otra parte, ha tenido cuidado en distinguir con claridad aspectos epistemológicos, de filosofía de lenguaje y ontológicos en las cuestiones tratadas, y no ha dejado estos últimos en el archivo de los temas inaccesibles. Los lectores con mayores apetencias ontológicas o trascendentales no se verán defraudados. De hecho, en opinión de Pérez Otero, "el particularismo semántico modal, el externalismo y la reivindicación

del esencialismo aristotélico son elementos filosóficamente importantes que nos ha legado *El nombrar y la necesidad*" (p. 264).

Acaso pudiera señalarse que un ensayo de estas características necesita un glosario, y no uno cualquiera sino uno que esté densamente poblado. El lector no tiene por qué conocer la diferencia entre enunciados descriptivos y normativos, ni a qué llama Frege sentido de una proposición ni en qué consiste la concepción descriptiva-cualitativa del significado. La crítica no sería pertinente: Pérez Otero ha tenido la delicadeza –otro acierto más– de presentar, explicar, definir, todas, absolutamente todas las nociones teóricas que usa en su exposición, desde nociones básicas –epistemología, por ejemplo– hasta conceptos más especializados. No hay ninguna categoría filosófica que introduzca en su exposición, por usual que sea, que no esté definitiva y aclarada por él.

Manuel Pérez Otero, que es un lógico competente –autor, entre otras publicaciones, de *Lógica y metodología de la ciencia* y de artículos de investigación editados en reconocidas revistas de filosofía analítica como *Teorema*, *Teoría* o *History and Philosophy of Logic*– ha tenido además de nuevo el cuidado de no abrumar al lector con una simbología que desconoce y unos cálculos deductivos que no podría seguir: no hay apenas signos lógicos que puedan ahuyentar al lector en toda su exposición, aunque el autor sabe muy bien que hubiera sido posible tratar tal o cual asunto con determinados formalismos lógicos, acaso con mayor penetración pero con pérdida de comprensión por el lector medio.

EFK se centra fundamentalmente en el estudio detallado de *El nombrar y la necesidad* (homenaje nada oculto a *Meaning and Necessity* del gran Rudolf Carnap). El libro de Kripke, señala Pérez Otero, "es una obra fundamental, pero no resulta especialmente densa ni ambigua. La única dificultad relevante que puede conllevar leer su texto es que requiere cierta familiarización con algunas tesis (básicamente de filosofía del lenguaje) pertenecientes a la tradición filosófica analítica. Parte de nuestra tarea será presentar previamente al lector esa tesis" (p. 15). Esta finalidad expositiva no implica en absoluto entrega o acriticismo: "En alguna ocasión menciono en el texto puntos concretos de la concepción kripkeana que -a mi juicio- son problemáticos. También cito algún otro trabajo en el que discuto algunos de esos puntos, con un enfoque menos expositivo, más crítico" (p. 17).

¿Está expuesta en EFK toda la filosofía de Kripke? ¿De qué otras aportaciones de Kripke no trata EFK? Pérez Otero, de nuevo, informando al lector de la finalidad de su ensayo, señala que EFK no trata de las aportaciones de Saul Kripke en el ámbito de la semántica formal de los mundos posibles, de su teoría sobre el concepto de verdad, de su discusión sobre el argumento de Wittgenstein en torno a la imposibilidad de la existencia de lenguajes privados, ni tampoco se incluyen detalladamente las críticas y objeciones a las ideas defendidas en *El nombrar y la necesidad*. La

motivación pedagógica central del autor es, en todos los casos, la causa esencial de estas restricciones.

EFK está estructurado en tres partes. Los dos primeros capítulos –la primera parte- desarrollan los preliminares adecuados para describir el contexto filosófico en que situar las aportaciones de Kripke. La parte central de EFK corresponde al capítulo 3 (pp. 87-196). Se exponen en él, con todo lujo de detalle, las críticas de Kripke a la concepción de Frege-Russell sobre la referencia, y a las tesis metafísicas y epistemológicas vinculadas a esa concepción, al mismo tiempo que se presentan las tesis de Kripke acerca de diversos temas filosóficos como el concepto metafísico de necesidad, la noción de mundo posible, la naturaleza de los objetos particulares y de los géneros naturales. La tercera y última sección está compuesta por los capítulos 4, 5 y 6: en el capítulo 4 se presenta un argumento de Kripke a favor de ciertas posiciones dualistas en torno a las relaciones entre lo mental y lo corporal; el capítulo 5 presenta sus reflexiones en torno a las oraciones sobre creencias, y en el sexto –“menos informativo y más interpretativo que los anteriores” (p. 19)- Pérez Otero nos presenta reflexiones y conclusiones generales, anticipadas a lo largo del libro, “en un marco filosófico más amplio, en el que trato de situar y realzar las aportaciones filosóficas fundamentales de Kripke” (p. 19).

Para finalizar y para no dar sensación de entrega acrítica por parte de este reseñador, cabe acaso hacer algún comentario lateral que no pretende ni desea ser leído como crítica:

1. Un individuo de la talla moral-política de Richard Nixon –uno de los grandes sanguinarios del siglo XX y uno de los políticos más inmorales con los que uno puede toparse - no merece figurar en un libro como éste, aunque sea tan sólo en ejemplos que pretenden ilustrar tal o cual reflexión. Pérez Otero ha usado aquí referencias del libro del propio Kripke, por lo que no cabe hacer ninguna objeción real. Simple manifestación de malestar ante la referencia (y la esencia) de tal nombre propio.
2. Estrictamente hablando, si no ando errado, hay una única información innecesaria dada por Pérez Otero a lo largo de su ensayo: al referirse al Círculo de Viena lo presenta como un movimiento filosófico y *político*. Tiene razón, toda la razón, pero no parece que el segundo aspecto destacado juegue papel alguno en su exposición.
3. Si Pérez Otero hubiera sido totalmente coherente en el tema de las traducciones, cosa nada central, y hubiera citado en toda circunstancia el traductor del texto original referenciado al castellano (pp. 265-270), se hubiera podido comprobar de nuevo que el traductor de excelentes obras del gran filósofo analítico W. O. Quine no fue otro que el mejor filósofo marxista hispánico del siglo XX.

(Este hecho, dicho sea entre modestos paréntesis, hubiera podido plantear algún problema a viejas afirmaciones de algunos filósofos analíticos españoles – en absoluto, Pérez Otero- sobre el papel jugado por los pensadores marxistas -así, en general- en la introducción de la lógica y la filosofía analítica en nuestro país).

4. El lector acaso hubiera deseado que las palabras finales de EFK – “(...) Es deseable que puedan encajar bien (SLA: las aportaciones más relevantes de *El nombrar y la necesidad*) con el resto de teorías y principios que conjuntamente integran nuestra mejor concepción científica y filosófica global sobre el mundo, nuestra mejor concepción del lenguaje y de la realidad extralingüística” (p. 264)- hubieran tenido un mayor desarrollo explicativo. Queda abierto el enigma en torno a nuestra mejor concepción global del mundo. Pero tal vez eso sea un sabio truco de escritor: Pérez Otero abre camino para un futuro ensayo en el que desarrolle el marco y los elementos de ese deseo.

En definitiva, en rigor, con el mismo rigor con el que Pérez Otero expone sus argumentos y sus comentarios a lo largo de todas las páginas de este magnífico ensayo, el adjetivo “analítica” está de más en el título de esta reseña: EFK es, esencialmente -por usar un término muy del gusto de Kripke, de Pérez Otero y del mismísimo S. Jay Gould- filosofía, sin adjetivo innecesario, en estado puro.

10. Una biografía excelente

Hegel. Terry Pinkard. Acento editorial, Madrid, 2001, 927 páginas. Traducción de Carmen García-Trevijano.

Sostiene el autor de esta excelente biografía que “un filósofo francés contemporáneo observó una vez que la gran ansiedad que sufre todo filósofo moderno está en que, sea cual sea el camino que tome, cada uno de esos caminos acaba en un callejón sin salida, y en cada uno de ellos está Hegel aguardando con una sonrisa” (p. 11). Puede pensarse tal vez que esta conjetura de un Hegel omnipresente y sonriente sea algo exagerada, pero hay varios motivos sustanciales para recomendar sin vacilación la lectura sosegada de esta muy competente biografía intelectual del autor de la *Fenomenología del Espíritu*. Veamos algunos, pocos, de estos numerosos motivos:

1. Su autor, Terry Pinkard, no es solo un reconocido especialista en la obra de Hegel (*La dialéctica de Hegel*, 1987; *La Fenomenología de Hegel*, 1994) sino que es también un espléndido escritor que consigue que leamos

esta larga y documentada aproximación a la vida y obra de Hegel con la pasión que merecen las obras clásicas.

2. Pinkard inicia su estudio con las siguientes palabras: "Hegel es uno de esos pensadores de los que toda persona culta cree saber algo. Su filosofía fue la precursora de la teoría de la historia de Karl Marx, pero, a diferencia de Marx, que era materialista, Hegel fue un idealista en el sentido de que pensaba que la realidad era espiritual en última instancia, y que esta realidad se desarrollaba según un proceso de tesis /antítesis/ síntesis. Hegel glorificó también el estado prusiano, sosteniendo que era obra de Dios, la perfección y la culminación de toda la historia humana...Hegel desempeñó un gran papel en la formación del nacionalismo, el autoritarismo y el militarismo alemanes con sus celebraciones quasi-místicas de lo que él llamaba pretenciosamente "lo Absoluto" (p.9). Sostiene Pinkard que todo lo que se afirma en este párrafo, salvo la primera frase, es falso, pero que a pesar de ello "este cliché de Hegel continúa repitiéndose en casi todas las historias breves del pensamiento o en las cortas entradas de un diccionario "(p.9). Puede discutirse sin duda el uso del valor semántico de verdad para adjetivar la primera frase normativa del párrafo anterior o se puede estar tan sólo parcialmente convencido de la falsedad del resto de los enunciados, pero es enormemente sugerente que uno de los objetivos declarados de esta biografía sea mostrar la corrección de esta sospecha.

3. Pinkard se mueve constantemente en el deseable espacio de la ira contenida. Señala, por ejemplo, que Hegel ha sido casi desterrado del ámbito de la filosofía analítica y que parte de la explicación de esa marginación es histórica y que en esa parte ocupa lugar destacado la influencia de *La sociedad abierta y sus enemigos* de Sir Karl, señalando la parcial "responsabilidad de la catástrofe alemana en la funesta influencia del pensamiento de Hegel" (p. 13). Pinkard se limita a apuntar, con escandalizado y envidiable sosiego, que aunque el tratamiento popperiano de Hegel haya sido un escándalo en sí mismo eso no ha servido para acallar los masivos temores de que el estudio de las obras hegelianas sea en sí mismo una arriesgada empresa.

4. La admiración de Pinkard por el biografiado apenas le empuja a las heladas aguas de la hagiografía exaltada. Probablemente el tratamiento, justificativo en ocasiones, que el autor da de la relación entre Hegel y su primer hijo, fruto de relación no institucionalizada, sea el aspecto más discutible. Cuando Pinkard escribe "Esta situación [la dificultad para que los nuevos aprendices pudieran convertirse en maestros] fue algo que Hegel, pese a sus agudas observaciones sobre la economía moderna, no alcanzó a ver con respecto a su propio hijo"], uno tiende malévolamente a traducir "no alcanzó a ver", por no importarle en demasía.

5. La aproximación biográfica a Hegel no evita sino que consigue reflexiones y aproximaciones filosóficas didácticas y de interés. El lector

encontrará, entre otros, un ejemplo destacado de ello el el capítulo V de esta obra ("Hegel encuentra su propia voz: La *Fenomenología del Espíritu*").

6. En un reciente libro de "divulgación filosófica" (David J.Edmonds y John A. Edinow, *El atizador de Wittgenstein*) puede uno toparse, y tal vez darse de bruces, con el paso siguiente: "Se dice que entre el público se encontraba su segunda [de Braithwaite] e idiosincrásica esposa, también conocida por su nombre de soltera, Margaret Masterman [...] Tenía el hábito de sentarse en el antepecho de la ventana. Según uno de los testigos, llevado quizá por su imaginación calenturienta, era famosa por no llevar bragas (según afirma, su continuo cruzar y descruzar las piernas distrajo su atención del incidente del atizador)" (p.78). Nada parecido hallará el lector en esta biografía. Para su bien, y en honor del buen gusto, no tendrá conocimiento alguno de las costumbres hegelianas, o de sus próximos, sobre ropa interior y cuestiones afines.

7. En torno a la filosofía de la historia hegeliana y la existencia o no de "leyes históricas", tema de indudable repercusión en las tradiciones marxistas, el lector podrá encontrar varias aproximaciones de interés. Por ejemplo, las páginas dedicadas a la Revolución de julio en el capítulo XV ("En casa: 1827-1831").

8. Desde varios sectores de la filosofía analítica se ha intentado vacunar a la comunidad filosófica contra Hegel aludiendo a las varias meteduras de pata, cuando no de cuerpo entero, sobre asuntos científicos. Por ejemplo, la extraña afirmación hegeliana en torno a la necesidad de que el sistema solar estuviera constituido por siete y tan sólo siete planetas. El lector encontrará igualmente en varias secciones de esta obra una aproximación mucho más matizada y documentada.

9. Finalmente, reiterando que las razones para recomendar la lectura de este ensayo podrían multiplicarse como panes y peces, cabe advertir que una de las imágenes más hermosas que se conocen sobre el terceto filosófico-romántico por excelencia (Hegel-Schelling- Hölderlin) y el árbol plantado como canto de renovación y libertad se tambalea netamente después de la aproximación de Pinkard.

Puestos a señalar algún pero cabría solicitar la presencia desarrollada en futuras reediciones de un tema anunciado pero poco transitado como es el espinoso asunto de la dialéctica y de la falsa tríada hegeliana de tesis/antítesis/síntesis, así como indicar la ausencia en la bibliografía de dos libros que sin duda merecerían estar en este excelente volumen: *Del Yo al Nosotros*, el excelente estudio de Valls Plana sobre la *Fenomenología*, y el trabajo de Lukács sobre *El joven Hegel y la sociedad capitalista*.

De la admirable versión castellana cabe indicar la práctica inexistencia de erratas (he observado tan sólo un 1879 por un 1789) y la excelente idea de situar las numerosas, documentadas y no prescindibles notas al final del volumen (pp. 833-912).

11. Rompiendo olas y abismos injustificados

Hilary Putnam, *El desplome de la dicotomía hecho-valor y otros ensayos*. Barcelona, Paidós Básica 2004, 215 páginas. Traducción de Francesc Forn i Argimon. Revisión de Miguel Candel.

Se afirma en la contraportada del nuevo ensayo de Hilary Putnam -titular emérito de la cátedra John Cogan de la Universidad de Harvard y autor de libros tan decisivos en la filosofía contemporánea como *La herencia del pragmatismo*; *Razón, verdad e historia* o *Las mil caras del realismo*, que, si la filosofía desempeña alguna tarea en el mundo (repárese en el prudente condicional), esa tarea tendría que ser la de clarificar nuestro pensamiento y despejar las ideas que obnubilan nuestras mentes. Sin duda, si esta loable aspiración fuera práctica constante del filosofar contemporáneo, nuestras ideas serían algo más nítidas y nuestras mentes andarían menos confusas. No es frecuente alcanzar o vislumbrar esas cimas. Empero, en ocasiones, la suerte no nos da la espalda y un singular ensayo filosófico cumple efectivamente con las funciones señaladas. *El desplome de la dicotomía hecho-valor y otros ensayos* es una de estas esperadas aportaciones filosóficas que aún tratándose, inicialmente, de una discusión en el ámbito académico presenta una notable e interesante arista poliética ciudadana.

En la primera parte del libro se recogen las conferencias que Putnam impartió en noviembre de 2000 por invitación de la Fundación Rosenthal. Se presenta en ellas una convincente argumentación contra la casi indisutible dicotomía hecho-valor -herencia de la práctica filosófica de convertir en separaciones absolutas lo que en principio son distinciones inocuas-, tal y como esta división ha sido desarrollada y definida históricamente. Putnam, que fue colega durante 10 años de Amartya Sen en la Universidad de Harvard, señala la importancia del "enfoque de las capacidades" en economía de bienestar "ante quizá el mayor problema con que se enfrenta la humanidad en nuestro tiempo, el de las inmensas disparidades entre las partes más ricas y las pobres del mundo" (p. 11), lo que Jon Sobrino ha llamado, con razón teológica y laica a un tiempo, la metablasfemia de nuestra época. La propuesta de Sen, que Putnam comparte, parte del presupuesto de que los temas de economía del desarrollo y los temas poliéticos relacionados no pueden mantenerse en casillas absolutamente separadas y disjuntas. La segunda parte de DDHV -"Racionalidad y valor"- se inicia con un capítulo continuación de la temática central de las conferencias; en el resto de apartados, Putnam ha recogido ensayos suyos recientes que "se sustentan directamente en los argumentos de las conferencias Rosenthal y les ayudan a tomar cuerpo" (p. 12).

La tesis de que los juicios de valor, nuestras finalidades, nuestros valores, son mera y estrictamente subjetivos es una concepción filosófica que ha llegado a tomar características de principio asentado en el núcleo duro de la tradición y en el sentido común consolidado. Es la ley de Hume: "*ningún debe (valor) a partir de un es (hecho)*". Numerosos autores sostienen que si bien los denominados enunciados fácticos o sintéticos (aquellos que, por ejemplo, habitan en nuestras teorías científicas) pueden ser objetivamente justificados e incluso ser verdaderos, los juicios valorativos no pueden aspirar ni a lo uno ni a lo otro. Como apunta Putnam, según algunos partidarios extremos de la dicotomía, los juicios de valor están completamente al margen de la esfera racional. Lionel Robbins, uno de los economistas con mayor influencia en el siglo XX, apuntó que cuando se trata de valores no hay ni puede haber lugar para la discusión. Los argumentos que defienden esa separación tajante han tenido importantes consecuencias en "el mundo real" a lo largo del siglo XX. Pensemos, por ejemplo, en la esfera económica, donde esta separación es aire ambiental respirado intensamente, y en la decisiva influencia de los consejos de sesudos y sofisticados economistas, que, en sus palabras, "hacen ciencia, no poesía", en las actuaciones de gobiernos, alianzas políticas, o incluso de algunas organizaciones no gubernamentales.

La posición de Putnam es justa, y justificadamente, la contraria: es posible y necesario construir argumentos racionales en el ámbito ético. La pregunta por las diferencias supuestamente insalvables entre juicios de

hecho ("EE.UU. apoyó directamente, mediante acuerdos secretos, el golpe militar de Pinochet") y juicios de valor ("La política de guerras preventivas del Imperio es inadmisible moral y políticamente") ya no es una pregunta imposible e indocumentada: "pueden muy bien estar en juego cuestiones de -literalmente- vida o muerte" (p.16). De hecho, como señala el autor en la introducción y en otros pasajes de su ensayo, la misma ciencia, paradigma positivista por excelencia de conocimiento fáctico, racional, objetivo y justificado, presupone valores como la coherencia, la plausibilidad o la simplicidad (o incluso la belleza, como señaló el mismísimo Paul Dirac) de las teorías que sin duda son también valores (en el ámbito epistémico) y que, hasta la fecha, se desplazan por las mismas turbulentas aguas que los valores éticos en lo que respecta al tema de su objetividad o justificación. Putnam opera aquí tal como Quine lo hizo en 1951 respecto a la dicotomía analítico/sintético: arguyendo que los enunciados científicos no podían ser divididos tajantemente en convenciones (enunciados analíticos) y hechos (enunciados sintéticos). Entre el negro y el blanco, existen, existían, otras tonalidades fructíferas.

Algunas de las precisiones y posiciones centrales que Putnam defiende en su ensayo, y que él mismo presenta de forma excelente en las conclusiones del capítulo III (pp. 78-83), pueden ser resumidas del modo siguiente:

1. Desinflando el hinchado globo de la dicotomía no matizada hecho/valor, lo que obtenemos es la conveniencia de trazar una distinción entre juicios éticos y otro tipo de juicios. Esta puede ser una distinción útil, como también lo es trazar una distinción entre juicios químicos y juicios que no pertenecen a este ámbito del conocimiento. "*Pero no se sigue nada metafísico de la existencia de una distinción hecho/valor en este (modesto) sentido*" (p. 34).

2. La noción de hecho que subyace a la distinción clásica de Hume entre cuestiones fácticas y relaciones de ideas (de ahí, la posterior separación entre enunciados analíticos y sintéticos), al igual que la tesis de que nunca un "debe" debe derivarse de un "es", es una concepción muy estrecha de lo que es un "hecho" según la cual éste se corresponde con una impresión sensorial. Difícilmente encontraríamos hoy alguna práctica, realmente existente, en ciencias más o menos sofisticadas, que se moviera cómodamente en torno a estos estrechos límites de lo que es un hecho.

3. Una concepción lingüística según la cual nada puede ser a la vez un hecho y un portador de valor, y de ahí la separación tajante de ambos ámbitos, es pobre y totalmente inadecuada, dado que una enorme masa de nuestro vocabulario descriptivo usual está y tiene que estar "imbricado" por valoraciones, aunque su función predominante pero no única sea la de describir hechos, personas, lugares o situaciones. Por ejemplo, los términos

que usamos en la *descripción* histórica, sociológica y en otras ciencias sociales están invariablemente teñidos de principios, de valores.

4. El efecto más negativo de la dicotomía tajante hecho/valor es que, en la práctica, funciona como auténtico freno de la discusión y del pensamiento. Es mucho más cómodo y fácil señalar que tal enunciado o creencia es, simplemente, un juicio de valor y que, por tanto, es meramente una cuestión subjetiva, más o menos alocada, más o menos interesada, que trabajar en la línea “que intentaba enseñarnos Sócrates: indagar quiénes somos y cuáles son nuestras convicciones más profundas, y someter estas convicciones a la exigente prueba de un examen reflexivo” (p. 59).

5. No se trata de apostar ni por el relativismo moral ni por el imperialismo cultural. Reconocer que nuestros juicios morales pretenden tener validez objetiva, esto es, pretenden estar justificados, no implica desconocer que están conformados por un determinado marco cultural y por una problemática concreta. No hay aquí incompatibilidad alguna. Lo mismo ocurre con nuestras investigaciones y teorías científicas. La solución no estriba en abandonar la discusión ni situarse en algún mirador de lo Absoluto, ajeno a todo contexto, sino en “investigar, discutir y tantear las cosas de una manera cooperativa, democrática y, por encima de todo, falibilista” (p. 60). El errar es humano no excluye, claro está, el ámbito poliético.

6. La vida no sólo mancha sino que en ocasiones enseña. Y la vida ciudadana muestra que somos capaces de distinguir entre juicios justificados e injustificados, incluyendo aquí los juicios de valor. Sin duda, eso no quita que pueda haber casos controvertidos, aún no resueltos, o incluso difícilmente resolubles. Pero lo bastante, como recuerda Putnam que sostenía Jane Austin, es bastante aunque no sea todo ni el Todo.

Putnam señala que una versión de cada una de las dicotomías centrales, la dicotomía hecho/valor, “es” frente a “debe”, y de la dicotomía analítico/sintético, cuestiones de hecho frente a relaciones de ideas, ha tenido un carácter fundacional para el empirismo clásico de Locke o Hume, así como para su principal herencia filosófica en el siglo XX, el positivismo lógico y corrientes afines. De modo que, apunta el autor *El desplome de la dicotomía hecho-valor y otros ensayos*, llegar a pensar *sin estos dogmas* -término del autor- acaso sea entrar en una auténtica posmodernidad, “entrar en un campo totalmente nuevo de posibilidades intelectuales en *todas las esferas importantes de la cultura*” (p. 22). Si es así, si nos convencen las argumentadas “valoraciones” putnamianas, no hay que dudarlo: hay que combatir por y en esta tendencia posmoderna. Es (hecho) la buena (valor).

12. Un clásico de un clásico.

Williard Van Orman Quine, *Desde un punto de vista lógico*. Paidós, Barcelona 2002. Segunda edición revisada con un nuevo prólogo del autor. Traducción y presentación de Manuel Sacristán [Traducción de los pasajes no publicados en la primera edición a cargo de Miguel Candel]. Prólogo a la nueva edición castellana de Jesús Mosterín.

La editorial Paidós ha tenido el acierto y la gentileza de reeditar, con interesantes ampliaciones, la edición que Ariel hizo en 1962 de *Desde un punto de vista lógico* [DVL] con traducción y presentación de Manuel Sacristán. Los principales añadidos de esta nueva edición son el prólogo de Quine de 1980 (pp.20-24), la breve nota a la segunda edición de la obra (p. 25), los cambios introducidos por el autor -a partir de la segunda edición de la obra- sobre el controvertido asunto de la lógica modal (pp. 219-224) y el prólogo que para esta reedición ha escrito el profesor e investigador del CSIC Jesús Mosterín.

Decir a estas alturas de la historia del pensamiento filosófico que estamos ante uno de los clásicos de la filosofía analítica -o de la filosofía *tout court*- del siglo XX es tan innecesario como señalar que el autor de este volumen ha sido y es uno de los mayores filósofos del reciente siglo y de todos los tiempos. La inexistencia de noticias de su reciente fallecimiento (diciembre, 2000) en importantes medios de comunicación es uno de los desaguisados periodísticos más notables que cabe citar. Los memorables e imprescindibles nueve artículos que componen DVL y cuyo origen se sitúa entre los años 1937 y 1951 han sido cruciales en el transcurrir de la filosofía de la ciencia, de la lógica y del lenguaje a lo largo de décadas y décadas. Cabe destacar especialmente, "Dos dogma del empirismo" (1951) y "Acerca

de lo que hay" (1948), que curiosamente había sido publicado en 1948 en *Revista de Metafísica*.

Todo en DVL es interesante, singular, bien construido argumentativamente y con el sabroso y austero estilo que Quine imprimía a sus publicaciones: desde el paralelismo establecido por el autor entre los tres puntos de vista medievales sobre los universales y las tres grandes corrientes de fundamentación de la matemática del siglo XX (pp.53-55) hasta las penetrantes e inolvidables páginas en las que Quine se enfrenta críticamente a una de las distinciones usuales en la historia del pensamiento filosófico, la división excluyente entre enunciados analíticos y sintéticos (pp.61-80).

La misma anécdota que da pie al hermoso título del volumen merece ser contada una vez más. Estaban Henry Aiken y Quine, con sus respectivas esposas, en un local nocturno de Greenwich Village. Quine le explicaba a Aiken su proyecto de publicar un volumen que recogiera sus puntos de vista filosóficos. En aquellas precisos instantes Harry Belafonte acababa de cantar el calipso "From a logical point of view" y Aiken le señaló a Quine que el título de la canción encajaba maravillosamente con el contenido de su futuro libro. Quine no estuvo sordo frente a la hermosa idea de su amigo.

En su presentación a la edición castellana de DVL de 1962, Sacristán traza una breve presentación de la obra de Quine -del que él mismo tradujo, siempre por gusto y admiración, volúmenes como *Palabra y objeto*, *Las raíces de la referencia*, *Filosofía de la lógica* o la primera edición de *Los métodos de la lógica*-, señala que la enseñanza filosófica contenida en el volumen no es menor que la que representaron clásicos de la filosofía del siglo XX como el *Tractatus* de Wittgenstein o *Metafísica como ciencia rigurosa* de su maestro H.Scholz y construye dos excelentes aproximaciones no formales a la teoría prenominal de Quine y a su filosofía de la ciencia que no deberían pasar desapercibidas.

En el hermoso prólogo que Jesús Mosterín ha escrito para esta edición, puede verse igualmente una sucinta aproximación a tres de los artículos contenidos en el volumen: "Acerca de lo que hay", "Dos dogmas del empirismo" y "Nueva fundamentación de la lógica matemática". Mosterín no ahorra elogios al referirse al traductor -"Sacristán fue un filósofo original y riguroso, uno de los pensadores marxistas más lúcidos, la figura descollante de la oposición intelectual al régimen de Franco y un introductor de la lógica matemática en España" (p. 17)- e informa que desde su publicación la obra de Quine ejerció una enorme influencia en la filosofía anglosajona, que acabó siendo publicada en muchas lenguas -incluso en chino y en japonés-, pero que su primera traducción fue al castellano, la llevada a cabo por Sacristán en 1962.

Una anécdota puede ilustrar el reconocimiento que Sacristán sentía por la obra de Quine. En una carta de 1 de octubre de 1972 dirigida a Javier

Pradera, por aquel entonces consejero de Alianza editorial, el traductor de DVL señalaba lo siguiente:

“Querido Javier,

Contesto de prisa a dos preguntas pendientes tuyas:

1º: el ganar el mismo dinero en menos tiempo traduciendo para Grijalbo no es sólo cuestión de tarifas, sino también de textos. Lo esencial para trabajar menos es, como te escribí, traducir porquerías (en alguno de los numerosísimos sentidos en que es porquería la aplastante mayoría del *impressum* propio de la cultura superior). Las cuales no plantean nunca problemas serios de traducción. De todos modos, te digo lo que sé de las tarifas de Grijalbo: son tarifas iguales para cualquier lengua, pero más bajas para novela que para el resto de sus temas (ciencia, filosofía, historia, arte, libros para regalo). Sé imprecisamente lo que paga a sus traductores de novela (por lo común muy malos): entre 70 y 80 ptas. la holandesa de 2100 pulsaciones, pero admitiendo generosamente como completa cualquier holandesa honradamente empezada...

Para comparar: la holandesa del Quine (que me ha exigido mucho más tiempo que la de cualquier blá-blá-blá filosófico), me ha salido a 102 ptas aproximadamente. Pero te repito que el factor más importante es la naturaleza del texto. Por eso no me las prometo muy felices ahora que hoy a empezar para Grijalbo el *Capital*...

2º. Querría no traducir fuera de mi “programa Grijalbo” -sobre todo ahora que empiezo *El Capital*- más que en verano. Si te parece, tú me mandas el texto en junio [*Filosofía de la lógica*]y yo te lo envío traducido a primeros de octubre. Podíamos adoptar incluso -por si quieres hacer ya un contrato- la fecha del 10 de octubre como fecha de entrega, siempre que yo tenga el texto el día 10 de junio.

Un abrazo”

Otro detalle más que tiene que ver con el mismísimo Quine. El firmante de esta reseña, por sugerencia de un profesor de la Universidad de Navarra y sin duda en noche estrellada y con luna llena, tuvo el atrevimiento de escribir a Quine preguntando por la posibilidad de intercambio epistolar entre él y su traductor castellano. Pensé que, con probabilidad tendente a 1, la carta quedaría extraviada en algún despacho de la Universidad de Harvard. Me equivoqué. Casi a vuelta de correo -11 de diciembre de 1997-, Quine me contestó, de su puño y letra, señalando que sabía que Sacristán había traducido su obra al castellano pero lamentando, por otra parte, la inexistencia de correspondencia entre ambos.

Por si todo esto fuera poco, la contraportada de la actual edición está basada en un texto que Sacristán escribió para la antigua edición castellana de 1962 y no debería pasar desapercibida la hermosa cubierta

matemática que Mario Eskenazi ha diseñado para esta edición. Así pues allegro, allegro, molto vivace.

13. Bondad y brevedad

John R. Searle, *Libertad y neurobiología. Reflexiones sobre el libre albedrío, el lenguaje y el poder político*. Paidós, Barcelona 2005; traducción y prólogo de Miguel Candel, 120 páginas.

Si hubiera que ser estrictamente consecuente con uno de los atributos centrales apuntado en el título de esta reseña, habría tan sólo que señalar: léanlo y digan a otros que lo lean, y no se olviden de señalar que el prólogo de Miguel Candel es parte sustantiva del continente recomendado. Y ya está: el resto es lectura. Pero como nos tememos que una heterodoxia así no sería admisible incluso en una revista con tanta cintura teórica como el *topo*, añadamos, pues, algo más reconociendo, eso así, que lo sustancial ya ha sido enunciado.

Los dos textos que junto con el prólogo del traductor forman *Libertad y neurobiología* provienen de sendas conferencias impartidas por Searle (Candel: pronúnciese "Sérol") en París, a comienzos de 2001. Se recogen aquí con el título: "Libre albedrío y neurobiología: una relación problemática" (pp. 25-88) y "Lenguaje y poder" (pp. 89-120). Searle es autor, entre otros, de ensayos tan reconocidos como *El descubrimiento de la mente*, *La construcción de la realidad social*, *Razones para actuar* o aquel magnífico trabajo de los Cuadernos Anagrama de los setenta: *La revolución de Chomsky en lingüística*.

El primer texto se inicia con la exposición de un malestar: la persistencia del problema tradicional del libre albedrío en la filosofía contemporánea le parece al autor poco menos que un escándalo. No se ha avanzado mucho en este punto y, como suele ocurrir, la eternización de estos problemas cuelga de presupuestos implícitos e indiscutidos. En este caso, "el problema es que pensamos que las explicaciones de los fenómenos naturales han de ser completamente deterministas. Pero, al mismo tiempo, cuando se trata de explicar un cierto tipo de comportamiento humano, parece que tenemos sistemáticamente la experiencia de actuar "libre" o "voluntariamente", en un sentido de estas últimas palabras que hacen imposible dar explicaciones deterministas de nuestros actos" (pp. 27-28).

Pues, bien, señala Searle, resolvemos algunos de estos problemas supuestamente irresolubles cuando mostramos o se nos muestra el presupuesto falso del que habíamos partido hasta entonces. En el caso del problema mente-cuerpo, por ejemplo, la falsa presuposición radicaba en el propio vocabulario con el que se enunciaba el problema: los términos espíritu-carne, mental-físico, presuponen que esos términos designan categorías ónticas mutuamente excluyentes. Liberados de esa creencia el problema se diluye: "todos nuestros estados mentales están causados por procesos neurobiológicos que tienen lugar en el cerebro, realizándose en él como rasgos suyos de orden superior o sistémico" (p. 29).

Al desarrollo de una estrategia similar para el problema del libre albedrío está dedicado el resto de la conferencia de Searle. No se trata aquí de explicitar el desarrollo de su argumentación, pero cabe, eso sí, señalar que en el sendero recorrido está el interés de su aproximación con un destacable apartado dedicado a "La estructura de la explicación racional" (pp. 46-57). En los compases conclusivos de este texto, Searle discute con detalle las dos hipótesis contrapuestas en torno a "si los procesos mentales conscientes que tienen lugar en el cerebro, los procesos que constituyen la experiencia del libre albedrío, se realizan en un sistema neurobiológico que es totalmente determinista" (p. 62). En medio, un apunte tan destacable como el siguiente: el yo no es una ninguna entidad aparte sino la suma del carácter propio y de la propia racionalidad de un agente consciente.

La segunda parte del ensayo, más breve, está dedicada al tema del lenguaje y el poder. Su objetivo es "explicar la ontología del poder político y explicar el papel del lenguaje en la constitución de dicho poder" (p. 89). Las páginas 91-93, donde Searle presenta sus nociones de dependencia e independencia del observador, son modélicas de lo mejor de la tradición analítica. El autor presenta en su análisis las categorías que usa en su aproximación: intencionalidad colectiva, funciones de estatuto y reglas constitutivas. En nueve puntos (pp. 107-120), explica su concepción de lo político y del poder político. En el último de estos puntos, Searle señala que de la misma forma que ha dejado sin resolver la cuestión de la legitimación política, "ha pasado también por alto los problemas tradicionales del cambio social" (p. 120). No es necesario indicar que cualquier ayuda al respecto sería muy bien recibida.

El traductor y prologuista aventura, a raíz de este segundo texto, un interesante apunte para disolver la aparente contraposición entre causalidad y libertad: el presupuesto falso del que Searle parece partir en su exposición es la confusión entre libertad con indeterminación y, desde un punto de vista psicológico, de determinación con deseo. Pero, sostiene Candel, ser libre no es carecer de causas determinantes de la propia acción sino *ser uno mismo la causa*. "Con arreglo a ese concepto de libertad es más importante querer lo que uno hace que hacer lo que uno quiere" (p. 19).

Si se nos permite una pequeña nota crítica para finalizar, no deja de ser curioso que un pensador como Searle, tan poco dado al clásico dualismo mente-cuerpo y al embrujo del lenguaje sobre este asunto, escriba: “(...) si estoy sentado en un parque contemplando un árbol, hay un cierto sentido en el cual no depende de mí lo que estoy experimentando. Depende más bien de la manera de ser del mundo y de mi aparato perceptivo” (p. 31), de lo que parece deducirse que este “mí” no incluye una parte tan de mí con mi propio aparato perceptivo que, sin duda, me guste o no, desee o no otras capacidades, me condiciona (o me ayuda, depende de cómo queramos decirlo) pero que no por ello deja de ser parte de mí mismo.

14. Del otro lado del Atlántico

Gabriel Vargas Lozano *Esbozo histórico de la filosofía en México (siglo XX) y otros ensayos*. Nueva León, Ideas Mexicanas, 2005, 288 páginas. Presentación de Jaime Labastida.

Es posible disentir cortésmente de algunas afirmaciones e incluso de algunas preguntas formuladas por Jaime Labastida, autor de la presentación de este ensayo de Gabriel Vargas Lozano, reconocido profesor-investigador del Departamento de Filosofía de la UAM-I, ex-presidente de la Asociación Filosófica de México y director de la revista *Dialéctica*. Por ejemplo, ¿puede hablarse verdaderamente de filosofía mexicana (o de filosofía española, vasca o catalana por lo demás)? ¿Tiene algún sentido interrogarse sobre la existencia de "una filosofía española" o sobre el carácter específico de "la filosofía en lengua española"? Desde luego que podemos hablar de forma ingenua, y sin pretensiones teóricas, como de hecho hacemos normalmente, del empirismo *inglés*, del idealismo *alemán*, del materialismo *francés*, del pragmatismo *americano* o del neopositivismo *vienés*, pero nacionalizar la filosofía o vincular lenguas y discurso filosófico son temáticas de alto riesgo conceptual y político. La filosofía, como los trabajadores o los ciudadanos proletarios del *Manifiesto Comunista*, no tienen patria o acaso no deberían tenerla.

Ahora bien, los filósofos -los practicantes licenciados o no de esa cosa llamada "filosofía", que, esta vez sí, debería seguir recordando sus raíces etimológicas y vindicar, practicando, su vieja aspiración al saber, a todo saber- suelen estar arraigados en determinados paisajes, no siempre muy delimitados (también aquí se imponen los conceptos y sentimientos borrosos), en determinadas problemáticas y, sin olvidar temas y cuestiones de ámbito universal que sin duda existen, sus intereses o investigaciones pueden centrarse en ámbitos geográficos concretos y expresarse, como no podía ser de otro modo, en determinada lengua (o en determinadas lenguas) que desde luego no tiene por qué ser, como gustaba decir y pensar Heidegger, el griego clásico o el alemán en exclusiva. También puede haber, porque la hay, filosofía en catalán, en euskera, en danés o en eslovaco. Si, como apuntó Aristóteles, no hay camino regio para el estudio de la geometría, no sé ve que haya camino lingüístico o nacionalitario privilegiado para la comprensión de los avatares del Ser, más allá de tradiciones, inquietudes e importancia de las comunidades lingüísticas de cada uno/a.

No hay peligros de este orden en el caso de este informadísimo esbozo de la historia de la filosofía *en México*. El título de Vargas ya es indicativo de las posiciones del autor y sus primeras líneas son toda una declaración de intenciones: “Los trabajos que conforman este libro, son producto de un amplio proyecto de investigación sobre las características que ha adoptado el desarrollo de la filosofía *en nuestro país*” (p. 15).

El ensayo tiene, para nosotros, lectores hispánicos, un doble interés: no sólo por conocer lo que no suele ser conocido ni estudiado, a pesar de ser historia cultural de un país hermano al que siempre deberíamos estar agradecidos, sino porque la nómina de los filósofos españoles exiliados tras el golpe y triunfo del fascismo español es enorme y recoge lo mejor y más admirable de la cultura republicana: José Gaos, Juan-David García Bacca, Eugenio Imaz, Adolfo Sánchez Vázquez, Ramón y Joaquín Xirau, Wenceslao Roces, María Zambrano, Joan Roura y tantos otros, expulsados de nuestro país por las legiones franquistas y el triunfo del nacional-catolicismo filosófico.

De alguna de estas figuras y de muchas otras cuestiones da cuenta este ensayo de Vargas Lozano, que contiene un esbozo histórico de la filosofía en México en el siglo XX, ensayos sobre figuras como Leopoldo Zea, Luis Villoro o José Gaos, reseñas de libros de Raúl Fornet-Betancourt o Abelardo Villegas, y finalmente, textos vindicativos de la filosofía y del filosofar y una detallada cronología de la filosofía en México (pp. 241-283), que recoge datos e informaciones hasta el mismo año 2005.

Un sentido texto que Vargas Lozano dedica a José Gaos, el primer traductor de Heidegger al castellano, acaba con las siguientes palabras: “Gaos murió demasiado pronto pero podríamos decir que había llegado ya a tocar, como los grandes filósofos universales, lo universal y lo particular sin buscar su divorcio” (p. 160). No encuentro mejor forma de señalar la perspectiva central de este trabajo del prolífico escritor, profesor y conferenciante Gabriel Vargas Lozano, quien, por cierto, es coautor de una de las mejores entrevistas que se realizaron a Manuel Sacristán Luzón, fue también el conferenciante invitado que inauguró las jornadas dedicadas a Sacristán en noviembre de 2005 en la Universidad de Barcelona y, además, ha participado generosamente en los documentales de “Integral Sacristán” dirigidos por Xavier Juncosa, siendo uno de los actores principales del dedicado a “Sacristán en México”.

Una de las causas principales de la miseria de las ciencias es su supuesta riqueza. Su objetivo no es abrir la puerta a una sabiduría infinita, sino poner límites al infinito error

B. Brecht, *La vida de Galileo* .

No pocas de las generalidades especulativas existentes en las ciencias sociales, tales como la "significación de una institución", las "causas intrínsecas", etc., pueden considerarse como reliquias de la escolástica. Algunos contenidos relacionados con problemas de orden social, particularmente con la historia, toman un sentido equívoco, debido a que, a veces, los escritores prefieren emplear un lenguaje complicado y retorcido cuando el uso de expresiones claramente empíricas y unívocas, podrían resultar malsonantes para los lectores. Así, en vez de decir sin rodeos: "Un grupo étnico exterminó a otro y destruyó sus casas y sus libros", algunos historiadores prefieren decir. "Llevada por su misión histórica, tal nación comenzó a extender su civilización por toda la tierra

Otto Neurath, *Fundamentos de las ciencias sociales*.

Es simplemente una falacia lógica pasar de la observación de que la ciencia es un proceso social a la conclusión de que el producto final, nuestras teorías científicas, es como es debido a las fuerzas sociales e históricas que actúan en el proceso. Un equipo de escaladores puede discutir sobre el mejor camino para llegar a la cima de la montaña, y estos argumentos pueden estar condicionados por la historia y la estructura social de la expedición; pero al final, o encuentran un buen camino hasta la cima o no lo encuentran, y cuando llegan allí saben que han llegado (Nadie titularía un libro sobre montañismo Construyendo el Everest).

Steven Weinberg, *El sueño de una teoría final*, cap. VII.

1. 3. Filosofía de la ciencia.

1. Destacable aproximación a la mecánica cuántica

Georges Charpak y Roland Omnès, *Sed sabios, convertíos en profetas*. Ed. Anagrama. Barcelona (España), 2005 Traducción de Javier Calzada

Es muy probable que el título de este ensayo produzca temblores (y horrores) en más de un lector. Es posible que si se ojea al azar el volumen y se lee el texto de Jawaharlal Nehru que lo cierra (p. 253), sin tener en cuenta tiempo y contexto -"¿Quién podría permitirse ignorar la ciencia hoy? En cada instante debemos buscar su ayuda... ¡El futuro pertenece a la ciencia y a aquellos que se profesan sus amigos!"-, pueda verse aquí una sospechosísima declaración de científicismo que parece olvidar a estas alturas de la jugada la otra cara, la cara más amarga de la empresa tecnocientífica; puede uno discrepar de aproximaciones excesivamente rápidas, confusas y poco meditadas (Heidegger, pp. 159-161) -o, por contra, acaso generosas en exceso (Nietzsche, 155-159)-; puede señalarse que algunos pasos hubiera sido necesario argumentarlos con mayor lujo de detalles ("Como ha mostrado el físico Wolfgang Pauli, el mundo de los átomos y su mecánica cuántica son claramente incompatibles con la teoría kantiana de las categorías", p. 154), tesis que parecen coincidir con otras declaraciones poco afortunadas: "Las ciencias necesitan de la prueba para demostrar su grado de fiabilidad, mientras que la filosofía es una montaña de papeles" (Georges Charpak, *El País*, 16 de abril de 2005), o, en fin, puede parecer impropio de dos inteligencias tan poderosas como las de Charpak (premio Nobel de Física en 1993) u Omnès (físico teórico de relieve) que escriban, negro sobre blanco y sin más matices, que fue "así como Marx imaginó conocer con seguridad los conceptos que describen *exactamente* la sociedad, así como ciertas leyes que permitirían predecir su curso" (p. 56), aunque puedan ser pertinentes sus críticas a afirmaciones de Althusser en su presentación del libro I de *El Capital*.

No importa, incluso tampoco importa en demasía la tesis sobre mutaciones -digamos, filosófico-histórica- que sostienen los autores de este ensayo: ha habido tres grandes mutaciones en la historia de la humanidad: la primera fue el comienzo de la era neolítica, hace unos 12.000 años, tras el último período glacial; la segunda, el surgimiento de la ciencia experimental hace unos 400 años, con la obra de Galileo y Newton, y estamos ahora inmersos en la tercera de ellas. Es igual. Cabe destacar, en cambio, algunas de sus tesis, posiciones y desarrollos. Los siguientes, por ejemplo:

1. Los autores creen que "sin haber penetrado realmente en el significado de la ciencia, no es posible entender nada del mundo moderno que vaya más allá de una comprensión superficial. Esta es la idea básica del

presente libro y su razón de ser" (p. 9). No hay posible discrepancia sobre este punto, más teniendo cuenta la perspectiva moral que mantienen: el capítulo 7º, que cierra la primera parte del ensayo, finaliza con una cita de Rabelais: "La ciencia sin conciencia no es más que la ruina del alma" (p. 139).

2. No es descabellado afirmar, como hacen los autores, que el sentimiento experimentado por quienes se acercan a la comprensión de algunas leyes de la naturaleza es un sentimiento próximo a lo sagrado, ni tampoco reconocer que la aproximación a los ámbitos disputados por la filosofía y la teología no siempre se encuentran candidatos a la altura de las circunstancias "para afrontar las perspectivas actuales o los desafíos presentes" (p. 11).

3. Charpak y Omnes ven con claridad la importancia que el tema de la ciencia y la religión están adquiriendo, y va a adquirir, en muchos debates y en muchas comunidades. Viendo la riqueza del movimiento de las ideas en la Edad Media árabe, se preguntan, ¿cómo entonces se ha secado la fuente de genios como Alhazén (inventor de la cámara oscura) y por qué, desde entonces y con reconocidas excepciones (el premio Nobel Abdus Salam, fundador del Instituto Internacional de Trieste), el pensamiento científico ha languidecido en el mundo musulmán? La respuesta, con la que coinciden, ha sido avanzada por Ahmed Zewail, premio Nobel de Química en 1999, y titular de la cátedra Linus Pauling del California Institute of Technology: la influencia de tendencias oscurantistas, hostiles por principio a toda investigación científica y a todo conocimiento de este orden" (p. 195). En definitiva, el fundamentalismo religioso, de allí pero también de aquí, estaría taponando cualquier perspectiva de mejora no sólo en el desarrollo de la ciencia en ciertas áreas sino en la comprensión ciudadana de resultados asentados.

4. En la tercera parte de su ensayo, los autores dan numerosas ideas a favor de una educación a la altura de nuestro tiempo, una educación para la paz que persiga la alfabetización científica de todos los niños del planeta, con interesantes y estimulantes descripciones pedagógicas ("Retrato de una alumna: Soumia o la "recuperación escolar""", pp. 240-242).

5. La crítica matizada pero rigurosa que Charpak y Omnes trazan a determinadas construcciones filosóficas ilustra, e ilustra mucho. Por ejemplo, al uso ideológico que hace Richard Dawkins de su idea didáctica sobre el gen egoísta (pp. 131-132) o a las tesis de Michael Ruse sobre la libertad humana como ilusión y a la consideración del pensamiento como simple juego de mecanismos (pp. 132-137), con una muy notable aclaración de nociones usadas alegremente en contextos muy diversos, y no siempre con intenciones ingenuas, como linealidad o no linealidad: una ecuación es lineal cuando la suma de dos de sus soluciones también es una solución; un mecanismo es lineal cuando al sumarse sus datos iniciales podemos predecir

su resultado final sumando los respectivos resultados (el flujo de la sangre en los capilares es lineal, pero no lo son la mayoría de los fenómenos biológicos).

Pero, desde mi punto de vista, lo esencial de este ensayo de estos dos grandes físicos no es todo lo anterior, sin ningún menosprecio a sus posiciones, sino la deslumbrante aproximación (pp. 77-130), una buena forma de empezar la lectura del ensayo, sin formalismo matemático alguno, apoyándose en figuras geométricas elementales y con nociones básicas sobre composición de vectores, que realizan a la mecánica cuántica, una de las teorías más complejas de la física contemporánea y con mayor número de implicaciones filosóficas extraídas, no siempre documentadas y con base en la compresión real de los resultados científicos aceptados. No me resisto a reproducir un paso de sus conclusiones: "¡Cuántas cosas no se han dicho y escrito a propósito de un supuesto conflicto y de una incompatibilidad fundamental entre las leyes cuánticas y el sentido común! Algunos trabajos de lógica suficientemente desarrollados han permitido reconciliarlos, pero una vez más es la decoherencia la que ha trabado los últimos nudos. Sin entrar en temibles meandros, basta sin duda mencionar que, después de la transmutación de las leyes mediante la decoherencia, no sólo se convierte en clásico cuando puede decirse acerca del mundo sensible, sino que su correspondiente lógica se aproxima al sentido común" (p. 129).

2. Ciencia con ética.

Xavier Domènech, *Química verde*. Rubes editorial, Barcelona, 2005.

No sólo es posible, y acaso necesario, que las posiciones y credos políticos se revisen con frecuencia; también puede y debe hacerlo el conocimiento positivo. La propuesta de una nueva forma de pensar y hacer química, la química verde, es un ejemplo de ello.

Este magnífico y novedoso ensayo de Xavier Domènech nos sumerge en el seno de la química preventiva. La clave está señalada en la cita de *La caverna* de José Saramago que abre el volumen: "Es una estupidez perder el presente sólo por el miedo de no llegar a ganar el futuro". La química es una ciencia básica en nuestras vidas y sociedades que, desde diferentes ámbitos y en numerosas ocasiones, ha recibido justas críticas por dañar el medio ambiente y a los ciudadanos con procesos altamente contaminantes y energéticamente poco eficientes. La química verde es una revisión científica, una forma novedosa de hacer química, una propuesta de seguir desarrollando esta vieja disciplina científica, con una prioridad central: respetar el entorno sin por ello dejar de cultivar la ciencia, sin por ello caer o deslizarse hacia algún tipo de saber pseudocientífico o adversario del conocimiento positivo. Es, si se quiere, una propuesta de rectificación de los programas de investigación realizada desde consideraciones normativas sobre el papel social que deben jugar el saber científico y sus aplicaciones. Ciencia practicada con pulsión ética y política y con responsabilidad medioambiental.

El químico, señala Xavier Domènech, puede hacer un paso importante hacia delante por medio "del diseño y fomento de estrategias que disminuyan el riesgo asociado a la dispersión de los contaminantes en el medio ambiente, ya sea amortiguando químicamente el efecto de los contaminantes una vez producidos, o bien produciendo menos compuestos residuales y menos tóxicos, mediante el uso de rutas sintéticas más limpias". De ahí la definición de química verde que nos propone: practicar química verde es hacer química de forma sostenible, procurando minimizar la producción de compuestos residuales y ahorrando el consumo de recursos materiales y energéticos. No es sueño, no es un mero ideal: es ya científicamente posible.

Química verde está estructurado en cinco capítulos y un epílogo. En el primero de ellos se explica la situación de la química productiva, su impacto social ("la producción de compuestos orgánicos sintéticos es la que, después de las refinerías, emite a la aguas mayor cantidad de hexaclorobenceno: unos 13,6 Kg por año, que es el 12% de los vertidos totales... El HCB es un potente cancerígeno, cuya presencia se ha puesto de manifiesto en organismos vivos, como por ejemplo la leche materna (p. 30)).

En el segundo capítulo se presentan los riesgos de estas actividades, las estrategias para combatirlas y se señalan los 12 principios centrales de la química verde. Entre ellos, "Es mejor prevenir la generación de residuos que su tratamiento una vez producidos"; "se ha de minimizar la demanda de

energía en el proceso químico"; "los compuestos químicos se han de diseñar de tal manera que al acabar su vida útil, no persistan en el medio ambiente y se degraden a compuestos inocuos" (p. 45).

Las restantes secciones del ensayo están centradas en la exposición en positivo de los ejes básicos de la propuesta: optimización de recursos (capítulo 3); ecodiseño de las reacciones químicas (capítulo 4); cuantificación de las mejoras ambientales (capítulo 5º).

En el epílogo, el autor señala que la química verde debe ir más allá de un código de buenas prácticas ambientales y que la consideración de la dimensión ambiental abre nuevas vías de investigación en diferentes campos, no cerrando, por tanto, el desarrollo de la ciencia, el despliegue de nuevos programas. Esta propuesta de "química verde" no es, por tanto, ninguna postura oscurantista que pretenda bloquear el "progreso" ni el desarrollo del saber. La química verde ya ha conseguido notables resultados: fotocatálisis, electrocatálisis, biocatálisis y catálisis bifásica, uso de líquidos iónicos, de fases supercríticas, materiales nanométricos, al igual que materiales fotosensibles capaces de convertir energías renovables en formas energéticas más útiles. Recordemos, por ejemplo, que el 98% de los compuestos orgánicos que se sintetizan actualmente provienen del petróleo cuyo refinado consume enorme energía, y que durante su conversión a compuestos químicos específicos se debe llevar a cabo un proceso de oxidación que es una de las etapas más contaminantes del proceso (p. 54). Por ello, no sólo a causa de que el petróleo sea un recurso limitado sino también debido a la contaminación que se origina durante su refinado, la búsqueda de recursos alternativos es imprescindible y urgente.

El cultivo de la química verde obliga, desde luego, a un trabajo interdisciplinar. Empuja al químico a interesarse por la ingeniería química, por la ecología, la toxicología, las ciencias de los materiales, la geología, la biotecnología o la economía; en definitiva, a relacionarse con otras comunidades científicas y trabajar conjuntamente, a interesarse por otros saberes. De nuevo aquí una neta señal de que las clasificaciones científicas tradicionales están en momento de cambio, en período de revisión. No hay saber aislado que no tengan vasos comunicantes con otros desarrollos científicos aparentemente alejados.

Para que la química verde juegue un papel destacado es vital incorporar su enseñanza en la formación básica de los futuros químicos en nuestras facultades universitarias e incrementar la sensibilidad social hacia los desarrollos de una ciencia que quiere ser amiga de la tierra y de sus pobladores. Las tareas de divulgación y de formación en la enseñanzas preuniversitarias y para la ciudadanía en general siguen siendo básicas también en este ámbito.

La química verde es, pues, otra de las urgentes tareas científicas y sociales de nuestra hora, un ejemplo de ciencia crítica no servil dispuesta a

no rendir culto al mito, cada vez más desenmascarado, de un "progreso" incontrolado que confía ciegamente en un futuro que no olvidemos es, en parte, consecuencia de nuestro presente.

3. A la altura de los cuartetos de Beethoven.

Antonio Fernández-Rañada, *Ciencia, incertidumbre y conciencia. Heisenberg*. Nivola, Madrid, 2004, págs. 276.

En un texto escrito al poco del fallecimiento del creador de la teoría de la relatividad ("La obra científica de Einstein", 1955), después de reconocer la decisiva importancia de sus contribuciones científicas, Werner Heisenberg, el creador de la teoría cuántica de matrices, criticaba a Einstein por su ingenua

fe en la posibilidad de solucionar los problemas políticos a base de buena voluntad, porque los entonces vigentes valores nacionales o patrióticos le eran francamente extraños, por su odio exagerado al militarismo y por su creencia en que la paz sólo podía conseguirse con el control de las actividades de los Estados nacionales. Y añadía: "los horrores del nazismo le hicieron escribir una carta al presidente Roosevelt, incitándolo *enérgicamente* a que los Estados Unidos fabricaran bombas atómicas...". La citada carta de 1939, que, como es sabido, Leo Szilard escribió y Einstein firmó, no incitaba a la fabricación *enérgica* de nada. Fernández-Rañada, catedrático de Electromagnetismo en la Universidad Complutense y autor de esta biografía científica, comenta: "Realmente el obituario de Heisenberg raya en la infamia" (p. 255) (Para una detallada descripción del auténtico papel de Einstein en el proyecto Manhattan, véase: Francisco Fernández Buey, *Albert Einstein. Ciencia y conciencia*, Retratos del Viejo Topo, Barcelona, 2005, especialmente pp. 193-258; la carta a la que se refería Heisenberg está reproducida en las págs. 207-209).

Es probable que no fuera ésta la única ocasión en la que el gran físico muniques -del cual también celebramos en este 2005 el primer centenario de su nacimiento- se aproximó a territorios éticos tan poco aconsejables. Al análisis de su obra científica y de sus posiciones políticas está dedicada este magnífico ensayo de Fernández-Rañada cuyas documentadas, sentidas pero matizadas críticas, no son obstáculo para una comprensible admiración por la obra de uno de los unos grandes físicos del siglo XX. "Su principio de incertidumbre y su teoría cuántica de matrices, por citar sólo sus dos contribuciones mayores, son comparables por su importancia como realizaciones humanas a la Capilla Sixtina de Miguel Ángel, los dramas de Shakespeare, los cuartetos de Beethoven o la filosofía de los antiguos griegos" (p. 7).

No hay exageración en el comentario. Entre 1923 y 1927, un reducido grupo de físicos produjo un caudal de ideas que permitieron una nueva teoría cuántica de la materia, que hoy seguimos aceptando, y cuyas bases conceptuales se establecieron en el congreso Solvay celebrado en Bruselas en octubre de 1927. Heisenberg, junto con Niels Bohr, Louis de Broglie, Erwin Schrödinger, Paul Dirac y Max Born, fue uno de los grandes protagonistas de esta decisiva historia. Antes de cumplir los 23 años, había propuesto en 1924 su mecánica de matrices; entre 1925 y 1927 participó activamente en las discusiones que dieron forma final a la teoría; anunció, a sus 25 años, al iniciarse 1927, su principio de incertidumbre y, finalmente, en 1932 fue el primer físico en desarrollar una teoría sobre la estructura de los núcleos atómicos. Las relaciones de incertidumbre o de indeterminación, o, simplemente, el principio de Heisenberg, señalan que el producto de las incertidumbres -o imprecisión con la que determinamos su valor- de la posición y el momento (masa por velocidad) de una partícula es siempre

superior a una cantidad no variable: el cociente entre h , la constante de Planck: $6,6 \cdot 10^{-34}$ julios.seg, y el cuádruplo de π . No podemos disminuir arbitrariamente la incertidumbre, la imprecisión en la medida, de una de las dos variables -pongamos por caso, la posición- sin aumentar al mismo tiempo la imprecisión de la otra medición (el momento o la velocidad). Existe una limitación intrínseca en nuestro conocimiento simultáneo de ambas variables: no nos es posible determinar con exactitud, y al mismo tiempo, la posición y la velocidad de una partícula.

Uno de los temas centrales que vertebran esta biografía tiene que ver directamente con el título del ensayo: la ciencia y la conciencia, el saber positivo y el compromiso político y moral. Una de sus tesis básicas puede resumirse en los términos siguientes: durante años el único estudio sobre la bomba alemana fue un ensayo del periodista suizo R. Jungk (*Más brillante que mil soles*, 1949) en el que se defendía que Heisenberg y sus colaboradores podían haber construido la bomba si hubieran querido pero que no lo habían hecho para evitar ofrecer al régimen hitleriano un arma tan terrible. ¿Podemos disculpar entonces la actuación de Heisenberg? "Los documentos y estudios aparecidos en las últimas décadas, en especial las grabaciones de Farm Hall, han cambiado la situación" (p. 11). Curiosamente, Francisco J. Yndurain recordaba recientemente que cuando Walter Gerlach se enteró que los norteamericanos habían hecho estallar, con éxito mortífero, las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, dirigiéndose al grupo de científicos alemanes que estaban recluidos con él en Farm Hall les espetó: "¡Si esto es cierto, ustedes son unos incompetentes!". Era cierto, y uno de los científicos recluidos era Werner Heisenberg (quien, por cierto, recibió su doctorado con la calificación más baja posible porque en el examen de física que tuvo que superar demostró un desconocimiento total de todo lo que no fuese pura teoría física, hasta el punto que Wilhelm Wien, miembro del tribunal, era partidario de suspenderle, de suspender en su doctorado a uno de los grandes científicos del XX).

Además de la presentación de la vida y obra de Heisenberg, Fernández-Rañada señala aquí y allá sus posiciones metodológicas, llenas de sensatez comparable. Por ejemplo, las dedicadas a los movimientos antirracionalistas que presentan la ciencia como "mero producto sin base empírica de acuerdos culturales, basados en el interés de grupos, las circunstancias del momento o el mero capricho" (p. 29). Posiblemente, como señaló Forman, el ambiente de crisis cultural coadyuvó al abandono por la mecánica cuántica de la noción de causalidad de la física clásica, pero también es razonable pensar que esa misma teoría hubiera surgido y triunfado en otro ambiente cultural muy distinto. Pensemos, por ejemplo, en las importantes contribuciones a la teoría del físico inglés Paul Dirac, surgidas en coordenadas científico-culturales muy alejadas.

La edición multicolor de esta colección de Nivola, o incluso la excesiva presencia de fotografías o de textos seleccionados, puede no entusiasmar a todos los lectores, pero es todo un acierto que aspectos físico-matemáticos que exigen conocimientos especializados estén situados al margen del texto principal -por ejemplo, la presentación de la ecuación de Schrödinger, pp. 88-89, o "La mecánica de matrices", pp. 68-69-, aunque no es seguro que el criterio esté siempre bien aplicado. Por ejemplo, el apartado no técnico dedicado a "Empirismo y libre invención de conceptos" (pp. 75-79).

Dos recomendaciones: las páginas que Fernández-Rañada dedica al viaje a Copenhague de Heisenberg para visitar a su antiguo maestro y amigo Niels Bohr en 1941 (pp. 223-230) y las dedicadas a la incomprendición de los científicos alemanes de ideas físicas básicas para la elaboración de una bomba atómica (pp. 212-214), que deja en el aire la pregunta de si la Alemania nazi hubiera podido construir la bomba si no hubiera perseguido y "espantado" a sus mejores científicos. Probablemente no. Un dato: el producto bruto de EE.UU. -sustrato básico que les permitió gastar, en plena guerra mundial, el billón de dólares anuales que consumía el proyecto Manhattan, un proyecto que, en aquel momento, no tenía el éxito garantizado- era en aquellos años el doble que el alemán y diez veces superior al japonés.

En una ocasión, Heisenberg preguntó a Bohr sobre si, dado que la estructura atómica de la materia era poco asequible a una descripción intuitiva, podríamos entenderla alguna vez. Después de una breve vacilación, Bohr le respondió. "Creo que sí, pero debemos saber primero qué significa la palabra *entender*". No es fácil saber qué respuesta puede satisfacernos ante una pregunta así, pero sea cual sea el grado de exigencia requerido, puede sostenerse sin exageración que este ensayo de Fernández-Rañada nos ayuda a entender, en la diversa medida de nuestras fuerzas físico-matemáticas, no sólo aspectos de la obra científica de Werner Heisenberg sino los dramas políticos y sociales que subyacían -y subyacen- en esa cosa, nada marginal, que llamamos ciencia. O tecnociencia, como se prefiera.

4. No era de una época, sino para todos los tiempos.

Richard P. Feynman, *El placer de descubrir*. Crítica (Drakontos), Barcelona 2000, p. 218. Traducción castellana de Javier García Sanz. Editor: Jeffrey Robbins.

Feynman solía ir con su padre, amante de la ciencia pero no un científico profesional, a los bosques de las montañas Catskill, su lugar de veraneo. Paseando por los bosques su padre le preguntaba. “¿a qué no sabes qué tipo de pájaro es?”. F. solía responder negativamente: “no tengo ni la más ligera idea”. Le informaba entonces de que se trataba de un tordo de garganta marrón, que en portugués se decía de tal modo, en italiano le llamaban así, en chino de otro modo, diferente que en japonés. Y concluía: “ahora ya sabes qué nombre tiene ese pájaro en todos los idiomas que quieras, pero cuando hayas acabado con eso no sabrás absolutamente nada sobre el pájaro. Sólo sabrás cómo llaman al pájaro los seres humanos de diferentes lugares. Ahora, miremos al pájaro”.

El Feynman adulto no tuvo dudas de la enseñanza que su padre le había transmitido: le había enseñado a mirar con tenacidad, a observar sin prejuicio, a fijarse detalladamente en las cosas del mundo. Esa actitud era o debía ser la base de la empresa científica y es una de las reflexiones que pueden encontrarse en el placentero *El placer de descubrir* (PdD).

PdD está compuesto por trece trabajos, de carácter metacientífico, de uno de los grandes físicos del siglo XX: desde una entrevista de 1981 emitida en la BBC (en el programa Horizon: El placer de descubrir, que da título al volumen), pasando por su conferencia de 1985 sobre “Los computadores del futuro” o sobre “Cuál es y cuál debería ser el papel de la cultura científica en la sociedad moderna” hasta sus reflexiones sobre “¿Qué es la ciencia?”, “El valor de la ciencia” y “La relación entre ciencia y religión”. Con la posible excepción del segundo capítulo, se trata de ensayos de densidad varia, netamente asequibles a lectores sin formación especializada en el ámbito de las ciencias físicas.

Varias perspectivas pueden centrar la lectura de estas páginas. Por ejemplo las siguientes. En primer lugar, las consideraciones filosóficas de alguien tan poco dado a la especulación sin base como Feynman (alguien, alguna vez, ha hablado del chato y despótico paleopositivismo del autor). El capítulo que cierra *El placer*, dedicado a las relaciones entre ciencia y religión, es una muestra interesante de este apartado.

En segundo lugar, sus aproximaciones a la ciencia, a su estatus epistémico y a su papel en la cultura. Aquí encontraremos apuntes del siguiente tenor: “Nuestra responsabilidad como científicos, sabedores del gran progreso y el gran valor de una filosofía satisfactoria de la ignorancia,

del gran progreso que es el fruto de la libertad de pensamiento, está en proclamar el valor de esta libertad, enseñar que la duda no debe ser temida, sino bienvenida y discutida, y exigir esta libertad como nuestro deber para con todas las generaciones venideras" (p. 121).

Sin duda, en tercer lugar, los lugares en los que el autor explica su participación en la construcción de la bomba en Los Álamos y su reacción ante el lanzamiento de aquélla en Hiroshima. Una muestra algo aterradora: "Y una vez que uno ha decidido hacer un proyecto como éste, sigue trabajando para conseguir el éxito. Pero lo que yo hice -diría que de forma inmoral- fue olvidar la razón por la que dije que iba a hacerlo, *y así, cuando la derrota de Alemania acabó con el motivo original, no se me pasó por la cabeza nada de esto, que este cambio significaba que tenía que reconsiderar si iba a continuar en ello. Simplemente no lo pensé...*" (pp. 20-21).

En cuarto lugar, las consideraciones pedagógicas de uno de los grandes maestros de la física moderna (Freeman J. Dyson, autor del prólogo de PdD: "Cuando conocí a Feynman, supe inmediatamente que había entrado en otro mundo. Él no estaba interesado en publicar artículos bonitos. Él estaba luchando, con más fuerza con la que yo había visto luchar antes a nadie, por comprender el funcionamiento de la naturaleza reconstruyendo la física desde abajo..."). La posición de Feynman sobre estos espinosos asuntos didácticos es caótica y modesta a un tiempo: "Mi teoría es que la mejor forma de enseñar es no tener ninguna filosofía, ser caótico y mezclarlo todo en el sentido de que uno utiliza todas las formas posibles de hacerlo...Lo siento: después de muchos, muchísimos años de tratar de enseñar y tratar todo tipo de métodos diferentes, realmente no sé como hacerlo" (p. 28)

Finalmente, tampoco resultarán ociosas las miradas sobre el Nobel y los premios de alguien que fue premio Nobel de Física en 1965 junto con Julian Schwinger y Sin-Itiro Tomonaga por su trabajo fundamental en electrodinámica cuántica y sus implicaciones en la física de partículas: "El premio está en el placer de descubrir, en la excitación del descubrimiento, en observar que otras personas lo utilizan (mi trabajo); esas son cosas reales, los honores no son reales para mí. No creo en los honores, eso me fastidia..., los honores son las charreteras, los honores son los uniformes. Así es como me educó mi padre. No puedo soportarlo, me duele" (p. 23)

Es cierto que el gran Feynman no siempre tiene las antenas puestas y a veces hace una cabezada. Por ejemplo, respecto de las ciencias sociales, parece desviarse hacia un cierto imperialismo físico: "Debido al éxito de la ciencia, existe, pienso yo, un tipo de pseudociencia. Las ciencias sociales son un ejemplo de una ciencia que no es ciencia. No hacen [cosas] de forma científica, sólo siguen las formas: recogen datos, hacen esto y aquello y todo lo demás, pero no llegan a ninguna ley, no han descubierto nada" (p. 29).

Hay también la joya anticomunista de rigor: "Me gustaría comentar, de pasada y puesto que la palabra "ateísmo" está estrechamente relacionada

con “comunismo”, que las ideas comunistas son la antítesis de lo científico, en el sentido de que en el comunismo se dan respuestas a todas las preguntas -preguntas políticas tanto como morales- sin ninguna discusión y sin ninguna duda. El punto de vista científico es exactamente todo lo contrario...” Incluso para el bueno de Spinoza tiene Feynman una extraña y poco matizada aproximación: “Hay una tendencia a la pomosidad en todo esto, para hacerlo todo profundo. Mi hijo está siguiendo un curso de filosofía y ayer por la noche estábamos considerando algo de Spinoza.. ¡y había el razonamiento más pueril! Estaban todos esos atributos y sustancias, todas estas elucubraciones sin sentido, y nos echamos a reír. Ahora bien ¿cómo pudimos hacer eso? Aquí está este gran filósofo holandés, y nosotros nos reímos de él. ¡Es porque no tenía ninguna excusa! ¡En esa misma época vivía Newton, Harvey estaba estudiando la circulación de la sangre, había gente con métodos de análisis mediante los que se estaba avanzando! Uno puede tomar cada una de las proposiciones de Spinoza y sus proposiciones contrarias, y mirar el mundo y no puede decir cuáles son correctas...” (p. 157)

Punzantes y paradójicas pinceladas sin duda que no impiden otras mucho más armónicas que pueden constituir un excelente programa epistémico e incluso existencial. “He aprendido a vivir sin saber. No tengo que estar seguro de que estoy teniendo éxito y, como dije antes acerca de la ciencia, pienso que mi vida es más plena porque soy consciente de que no sé lo que estoy haciendo. ¡Estoy encantado con la anchura del mundo!” (p. 163). De ahí que para Feynman una de las mayores y más importantes herramientas de la física teórica sea la papelera. Ahorro decirles lo que debió pensar para el caso de la filosofía o de las ciencias sociales.

5. El legado de un científico humanista

Stephen Jay Gould, *La estructura de la teoría de la evolución*. Tusquets (Metatemas), Barcelona, 2004, 1.426 páginas; traducción de Ambrosio García Leal.

Todo lo que no sea dedicar diez o doce mil páginas a comentar con detalle (es decir, estudiar, informarse, preguntar, discutir) este voluminoso libro de libros laico está de más y probablemente sea una tarea inconsistente con el objeto comentado. Intentemos, pues, llamar la atención poniendo el acento en algunas aristas, acaso secundarias. Antes una señal de la deslumbrante desmesura de esta *Estructura*: el índice comprimido del volumen ocupa una página, apenas 9 líneas; el índice expandido ocupa 13 páginas. Es, por consiguiente, una tarea imposible dar breve cuenta de un libro científico-filosófico de esta naturaleza. Hacer una reseña justa y documentada de un libro de libros como es *La estructura de la teoría de la evolución* es una de esas tareas imposibles o sobrehumanas a las que solía hacer referencia Martin Gardner. Gould ha sido, es, muy conocido entre nosotros por sus ensayos de divulgación e instrucción científica: *La vida maravillosa*, *El pulgar del panda*, *Érase una vez el zorro y el erizo*, y tantos otros. Si bien *La estructura* no pertenece a este género científico-literario, está escrita con el mismo rigor, la misma calidad literaria, el mismo gusto por el detalle y por la reflexión histórica y cultural y la misma precisa argumentación a la que Gould nos tenía acostumbrados.

En un comentario que Steven Rose escribió sobre *La estructura gouldiana* para *The Times Literary Suplement*, señalaba lo siguiente: a finales de los setenta, Gould, junto con Richard Lewontin, presentó una ponencia en la Royal Society londinense titulada "Las pechinias de San Marcos y el paradigma panglossiano: una crítica del programa adaptacionista". Estableciendo una analogía con la arquitectura del Duomo de Venecia, argumentaba Gould que muchas adaptaciones evolutivas son consecuencia de otros elementos estructurales del organismo -la barbilla humana se forma como una consecuencia arquitectónica accidental de distintos gradientes de crecimiento óseo en el cráneo humano- o bien, en expresión de Gould, "exaptaciones", esto es, elementos que surgen en un contexto pero que posteriormente se subvierten para encajar en otro muy distinto. Por ejemplo, las plumas, en su origen, no se desarrollaron para poder volar sino que surgieron en los ancestros reptiles de las aves actuales para regular su temperatura. Pues bien, cuenta Rose que durante el receso posterior a la comunicación, un distinguido y estricto neodarwinista, especialista en las bancas de las conchas de caracol, le agarró, temblando, con la cara desencajada y llena de furia, y le insistió en que él podía demostrar, sin

posibilidad de error, que cualquier variación en los modelos de sus conchas representaba una adaptación funcional seleccionada naturalmente, y que, por tanto, Gould debía ser denunciado como lo que era: ni más ni menos que un marxista revolucionario. Era el inicio de una batalla entre las, digamos, "izquierda" y "derecha" darwinistas, entre los gouldianos y los dawkinianos, entre los cuales cabe situar a filósofos de tanto renombre como Daniel Dennett -*La peligrosa idea de Darwin*-, con quien Gould polemiza sin irse por las armas ni esgrimiendo un lenguaje muy diplomático en las páginas 1036-1038 del volumen.

No fue, empero, el encuentro londinense la única ocasión donde se señalaron acusaciones de ese tenor. La segunda mitad de *La estructura* establece los pilares fundamentales del revisionismo darwiniano de Gould: su teoría del equilibrio puntuado o interrumpido. Gould y su colaborador Eldredge defendieron que la especiación se hacía a ráfagas, rápidas en tiempo geológico, pero cientos de generaciones en la vida real. Por tanto, aparte de romper el estrecho vínculo entre genotipo y fenotipo (cambios mutacionales en el primer nivel no se traducían inmediatamente a nivel fenotípico), se establecía una crítica al asentado gradualismo a favor de una concepción evolutiva por saltos. ¿Y a qué suena este no gradualismo continuista? Suena, efectivamente, a "cambio dialéctico", a ley engelsiana, a transformación de la cantidad en calidad, esto es, a marxismo clásico, ortodoxo, puro, duro y paleolítico. De hecho, alguno de los críticos de Gould "argumentó" que la génesis de su disparatada teoría "científica" tenía una fácil explicación: el autor de *La falsa medida del hombre* había recibido instrucción marxista desde muy pequeño y por ello esta tradición alocadamente rupturista estaba presente, ideológicamente presente, en sus conjeturas "científicas". No debíamos olvidar, señalaba el sin duda agudo crítico, que el padre de Gould había sido... militante del partido socialista norteamericano! (como realmente fue el caso).

Pero, bien mirado, la situación no es atípica. Ernst Mayr, el para algunos Darwin del siglo XX, que propuso la teoría de la "especiación alopátrica", el aislamiento geográfico, como mecanismo para el nacimiento de una nueva especie y quien consolidó la definición de especie -dos individuos pertenecen a la misma especie si y sólo si pueden producir descendencia *fértil*- publicó unos 600 artículos científicos y describió 24 nuevas especies de pájaros y 400 subespecies. Pero no siempre tuvo éxito en sus propuestas teóricas. Su teoría de la revolución genética, la idea de la que Mayr se sentía más orgulloso, señalaba un mecanismo para la generación rápida de nuevas especies que irritó a la mayoría de los darwinistas ortodoxos. Todas las grandes teorías, con cosmovisiones derivadas y adheridas, tienen un sector ortodoxo-conservador en su seno no siempre vacío de argumentos. Tampoco la teoría del equilibrio puntuado de Jay Gould ha obtenido acuerdo total entre la comunidad de biólogos evolucionistas o de

filósofos dedicados a este tema, y también Gould (1941-2002), como Mayr, ha sido uno de los grandes científicos humanistas de la pasada centuria. De lo cual no se infiere que Gould no reconozca cambios en la formulación y contenido de su teoría ni que niegue haber cometido errores. Lo dice explícitamente: "Tampoco mantengo una postura que sería aún más estúpida: que no cometimos errores importantes que obligaran a introducir correcciones en la teoría. Por supuesto que los cometimos y hemos intentado enmendarlos" (p. 1036).

Las innovadoras propuestas científicas de Gould pueden ser resumidas del modo siguiente: 1) La selección natural no consiste siempre en una competencia entre individuos sino que, en ocasiones, compiten genes, poblaciones e incluso especies. 2) La selección no es el único motor de la evolución: el genoma tiene una dinámica interna, hace propuestas por su cuenta, sin que la adaptación al medio tenga un papel preponderante en ellas, y 3) La evolución no es siempre una transición suave, continua y gradual. Pensemos, por ejemplo, en las extinciones masivas causadas por sucesos drásticos e imprevisibles como la caída de un gigantesco meteorito en nuestro planeta.

La estructura de la teoría de la evolución pide tiempo y atención pero no exige una preparación especial para adentrarse en sus consideraciones básicas. Sin duda, si los tiempos y atmósferas culturales fueran otros, *La estructura* sería un excelente volumen para un seminario no forzosamente universitario. Bastaría un grupo de ciudadanos/as con pulsión intelectual para disfrutar y aprender durante largo tiempo, con él y con lecturas derivadas. Además, con regalos "puntuados": las consideraciones históricas y filosóficas que Gould va diseminando aquí y allá a lo largo de las páginas del volumen, así como sus cuidadas argumentaciones contra las mil caras del creacionismo y los diez mil oportunismos de esta concepción teológico-científicista.

Hay, por otra parte, otro punto de interés desde una perspectiva social y política. Preguntado en 2000 por la tendencia a recurrir en ciencias sociales a explicaciones neodarwinistas -tal vez un resurgimiento mutante del darwinismo social del XIX- Gould señaló: "Esta es una época conservadora y creo que a los conservadores les resulta tentador decir: ¿Por qué reclaman el cambio o la igualdad cuando lo que tenemos ahora refleja el estado natural de la naturaleza humana?". Además, creo que, a veces, en la actualidad utilizamos mal a Darwin a la hora de intentar aliviar nuestra decepción ante algunos de nuestros peores rasgos. O sea que, si no nos gusta nuestra agresividad o nuestro sexismo, podemos intentar disculparlo diciendo: Bueno, estamos hechos así. No podemos evitarlo". También *La estructura* nos enseña, en este plano, a no confundir el conocimiento de lo que hay con la conciliación con lo existente, al saber con la excusa ideológica, al prejuicio con el pseudoargumento científico. Esto es, las témperas con algunas zonas corporales.

6. En una de las fronteras.

Jesús Mosterín y Roberto Torretti, *Diccionario de lógica y filosofía de la ciencia*. Alianza Editorial, Madrid 2003, 670 páginas

Este *Diccionario de lógica y filosofía de la ciencia* (DLFC) no es sólo un diccionario de lógica y filosofía de la ciencia sino que incorpora además

conceptos de las ciencias físicas, de la matemática, de la biología y de la filosofía en un sentido amplio. No hay en él entradas de nombres propios y cabe destacar, en primerísimo lugar, su rabiosa actualidad (en el buen sentido del término, que también lo tiene). Por ejemplo, al desarrollar la entrada “estado” se introducen recientes distinciones entre el estado dinámico de un sistema físico y su estado propiamente tal debidas a Z. Albert y fechadas en 2000.

Los autores de DLFC, Jesús Mosterín y Roberto Torretti, gozan de todas las condiciones, nada fáciles de alcanzar, que permiten emprender una tarea de dimensiones tan enormes y que suele ser fruto de colectivos heterogéneos y coordinados de investigadores. Mosterín es profesor de investigación en el Instituto de Filosofía del CSIC, miembro titular de la Academia Europea y autor de más de veinte libros entre los que son de cita obligada *Racionalidad y acción humana*, *Conceptos y teorías de la ciencia* y *iVivan los animales!*. Torretti es profesor emérito de la Universidad de Puerto Rico, miembro titular del Institut International de Philosophie y autor de *The Philosophy of Physics*, *El paraíso de Cantor* y *Creative Understanding*.

Los autores señalan en el prólogo de la obra la novedad no sólo hispánica de DLFC: “La necesidad ampliamente sentida de un diccionario de lógica y filosofía de la ciencia a la altura de nuestro tiempo nos llevó a buscar una obra de este tipo en otras lenguas, a fin de recomendar su traducción al castellano. Pronto nos dimos cuenta de que tal obra no existía, por lo que decidimos ponernos manos a la obra y redactarla nosotros mismos” (p.9). Dado que, en opinión fácilmente compatible con algún matiz, es en el ámbito de la filosofía de la ciencia el terreno donde se sitúa muchas de las cuestiones más fascinantes del pensamiento actual, para seguir algunas de estas discusiones y acaso tomar partido en ellas, es necesario entender “las cuestiones fundamentales que se plantean en las ciencias más avanzadas, al menos en sus líneas generales”, y para ello se necesita una comprensión básica de las nociones más centrales. Mosterín y Torretti entienden, con criterio discutible, que matemática, lógica, ciencias físicas y biología son esas ciencias más avanzadas y, por tanto, no se incluyen en este diccionario conceptos o categorías de disciplinas como la química, la paleontología, la economía o la sociología, por ejemplo, o categorías usuales de la historia del pensamiento filosófico. El lector encontrará en DLFC la voz ‘inflación cosmológica’ pero no, en cambio, la voz ‘inflación’ económica. Tampoco se hallarán en este diccionario voces como alienación, conciencia, materialismo o teoría hilemórfica de la materia, pero sí, en cambio, materia oscura, álef, tautología, teorema de incompletud o entropía. Igualmente, los asuntos epistemológicos tratados se centran básicamente en los ámbitos científicos señalados. Seguramente, la verdad está en el todo, pero, con prudente criterio, los autores han creído, con toda probabilidad, que usualmente el Todo más que una totalidad cognoscible es una entidad inabarcable.

La extensión de las voces sin duda es indicativa de los intereses intelectuales de los autores de DLFC. Así, la entrada “lógica de segundo orden”, con casi 7 páginas, juntamente con la voz “verdad”, es una de las voces que presenta un desarrollo mayor; la voz “antinomia”, por el contrario, es presentada en una sucinta pero sustancial explicación de 14 líneas. Más claramente aún: si la voz “átomo” exige un pequeño artículo de cuatro páginas, la entrada “atomismo lógico” se despliega en apenas 21 líneas.

Como es comprensible, DLFC, que aspira al rigor y a la conceptuación exacta, no evita el uso de simbolismos lógicos y matemáticos en sus definiciones, por lo que su lectura exige atención y toma de apuntes. El lector tiene la garantía de que, salvo error por mi parte, no hay erratas ni despistes en las formulaciones presentadas.

La selección de voces puede ser cuestionada como podría ser discutida cualquier otra elección. Como los mapas borgianos, no existen los diccionarios filosóficos, novedosos o tradicionales, que contengan todas las voces necesarias para satisfacer todos los gustos. DLFC, empero, contiene algunas entradas nada usuales y que vale la pena destacar. Por ejemplo, lógica paraconsistente, marco de referencia, mereología o paradoja de Einstein, Podolsky y Rosen.

Tiene interés remarcar que, además del riguroso tratamiento sin errores ni erratas frecuentes de voces lógicas, matemáticas y afines, al igual que de los mismos conceptos físicos y algunas categorías filosóficas, los autores dan aquí y allá algunas muestras de coraje y sentido del humor filosófico-epistémico que es obligado destacar y acaso agradecer. Daré algunos ejemplos:

1. Mosterín y Torretti definen éter de la forma muy singular: “Nombre asignado sucesivamente a diversas criaturas de la fantasía científica” (p. 215). Posteriormente nos ofrecen unas breves pinceladas de cuatro de estas fantásticas criaturas y finalizan señalando que la física del siglo XX seguirá el camino abierto por “Einstein cuya “electrodinámica de los cuerpos en movimiento” (1905b) revela “superflua la introducción de un éter lumínico” (p. 216).

2. Al definir “evolución” los autores no sólo señalan con frío distanciamiento que “fuera del restringido ámbito de la psicología, el Universo más bien parece ayuno de cualquier intencionalidad”, sino que se alejan de cualquier teleologismo ya que “la teoría darwinista de la evolución por selección natural no explica ni predice el curso concreto de la evolución biológica. Simplemente muestra que es consistente con las leyes de la física” (p. 218).

3. Todo un gato, si bien se trata del gato de Schrödinger -experimento diseñado de tal modo que la muerte o supervivencia de este animal encerrado en una caja depende de que se produzca o no un determinado fenómeno cuántico de ocurrencia incierta, tiene una entrada propia que

merece esta singular (y divertida) aproximación "Víctima de un experimento mental, diseñado por Schrödinger (1935) para ilustrar una dificultad de la mecánica cuántica" (p. 261).

4. Al definir incommensurabilidad, después de presentar la noción para magnitudes geométricas -el lado y la diagonal de un cuadrado, por ejemplo-, los autores señalan que Kuhn usó el término metafóricamente para referirse a la relación la ciencia normal surgida tras un período revolucionario y la ciencia normal practicada en la etapa previa a la revolución científica. Según Ileen Mosterín y Torretti las tesis del autor de *La estructura*, éste sostiene que los reemplazos de paradigma generan entre los modos de hacer ciencia un abismo "a través del cual no es posible la comunicación inteligente y el debate racional" (p. 285), añadiendo a continuación, con escasa represión expresiva, que "Los científicos practicantes suelen opinar que esta idea es ridícula", matizando inmediatamente que seguramente "lo sería si 'paradigma' fuera sinónimo de 'teoría científica'". No es cambio ridícula la idea kuhniana si paradigma significa, como quería el propio Kuhn, "un dechado individual de investigación científica" que combina elementos epistemológicos, ónticos y metodológicos. La propuesta de Kuhn de sustitución de 'paradigma' por 'matriz disciplinaria' socava, en opinión de los autores, las bases de la incommensurabilidad de las teorías científicas.

5. Al dar cuenta el teorema de Fermat (p. 549), una de las conjeturas más simples y hermosas de la matemática, Mosterín y Torretti señalan que durante los tres siglos siguientes a su postulación por Fermat muchos matemáticos se afanaron en hallar una solución de la conjetura de tal modo que la misma búsqueda de una solución -que casa difícilmente, como mínimo en el ámbito de las ciencias formales, con la idea popperiana del espíritu científico como alma en tensión falsadora permanente-, dio pie a numerosos e importantes descubrimientos, apuntando finalmente que en "la última década del siglo XX Andrew Wiles encontró por fin una demostración, la cual utiliza conceptos y recursos a los que Fermat -con toda seguridad, remarcan los autores con convicción decidida- no tuvo acceso" (p. 549).

DLFC no es pues un libro que forzosamente debamos leer de la primera a la última página pero sí en cambio un excelente y riguroso diccionario que puede ayudarnos en momentos de dificultad científica y filosófica, especialmente, desde mi punto de vista, en ciertos ámbitos de las ciencias físicas y en desarrollos no trillados de la lógica y la matemática. Es cierto, por otra parte, como se señala en la solapa de DLFC, que algunas de las voces presentadas -concretamente las relativas a la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica- se convierten en sintéticos ensayos actualizados sobre la cuestión.

DLFC incluye una utilísima relación de voces (pp. 645-670) donde no sólo se da cuenta de todas las entradas incluidas en él sino de otros términos de interés, indicando los conceptos donde estas nociones son comentadas o

presentadas sucintamente. Antes de ello (pp. 637-643), se nos ofrece una relación alfabética y cronológica de filósofos y científicos destacables, si bien “sólo se incluyen nombres de personas fallecidas”. Entre los 264 relacionados se han incluido cinco pensadores hispánicos: Severo Ochoa, Ramón y Cajal, Ortega y Gasset, Ferrater Mora y Manuel Sacristán. Tal vez la proporción no se corresponda con exactitud matemática -y con cierta inconsistencia con el espíritu de este Diccionario tan matetizado- con la contribución efectiva de los pensadores de Sefarad al desarrollo de la ciencia y la filosofía pero, sin duda, la elección no sólo merece ser recibida con aplausos sino que, creemos gozosos, no puede ser discutida con éxito.

7. A favor de la fertilidad cruzada y de la libertad como no dominación.

Félix Ovejero Lucas. *El compromiso del método. En el origen de la teoría social postmoderna*. Montesinos, Barcelona 2004, 280 páginas.

Félix Ovejero Lucas, José Luis Marí, Robert Gargarella (compiladores). *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y libertad*. Paidós, Barcelona 2004, 285 páginas. Varios traductores.

El compromiso del método (CdM) y *Nuevas ideas republicanas (NiR)*, las dos últimas publicaciones de Félix Ovejero Lucas, son muestra significativa de los dos ámbitos de investigación en los que, prioritariamente, se ha centrado la producción intelectual última del autor de *Libertad inhóspita*: la metodología de las ciencias sociales, próxima sin papanatismo al

quehacer real de los científicos sociales (sin desatender la labor de científicos naturales con ámbitos próximos y relacionados) y la filosofía política atenta a los desarrollos académicos más rigurosos de esta disciplina sin menoscabo alguno por problemas y desarrollos de la práctica política ciudadana. Recuérdese a este respecto, su edición, junto con Roberto Gargarella, de *Razones para el socialismo* (Barcelona, Paidós 2001). Su prólogo sigue siendo de lectura obligada.

El primero de los ensayos, que, como el mismo Ovejero Lucas señala, había sido escrito tiempo atrás para un asunto de ubicación académica, ha sido revisado para esta edición, y lleva incorporado un documentado apéndice: "Un panorama de la reciente filosofía de las ciencias sociales" (pp.223-277). Frente a un indiferencia convenida entre científicos sociales y filósofos de la ciencia social en la que cada uno iría por su propio y disjunto camino, se defiende en *CdM* la necesidad de una fertilidad cruzada en la que la filosofía de la ciencia no tema adoptar, si es necesario, procedimientos normativos y las ciencias sociales no se encierran autistamente en sus propios problemas, evitando exhibiciones públicas de las inevitables dificultades que acechan a toda empresa gnoseológica mientras simulan un bienestar inexistente. Es este pacto convenido de silencio entre científicos sociales, que aparentaban respetar, sin real interés, a metodólogos autocoplacidos, y acomodados epistemólogos que evitaban inmiscuirse, para evitar críticas de normatividad prepotente e indocumentada, en asuntos que afectaban al desarrollo y fundamentación de las ciencias sociales, el que, en argumentada opinión de Ovejero, subyace a la actual situación de insufrible monopolio postmoderno en la gestión de la conciencia crítica que debe acompañar a la ciencia y sus aplicaciones.

CdM, por otra parte, como el propio Ovejero Lucas señala en su Advertencia y en su excelente Introducción, explora las raíces de la indiferencia entre las ciencias sociales y la filosofía de la ciencia, al mismo tiempo que "es un alegato a favor de la crítica metodológica, de su servicio para la propia ciencia social" (p. 21). Pero no es propiamente un texto de metodología, sino que, de hecho, *CdM* va contra su propio mensaje central: de la misma forma que alguna crítica de arte no hablan propiamente de arte sino (aburrida y abusivamente) de otras tendencias críticas, mucha filosofía de la ciencia, la que tal vez tenga menos interés y más intereses, no ha discutido propiamente sobre problemáticas científicas sino sobre otros desarrollos epistémicos. Los metacientíficos han dialogado, cuando lo han hecho, con metacolegas, no con los pobladores del primer mundo investigador. Ovejero Lucas es consciente de esta situación: *CdM* no es, pues, un texto de filosofía de la ciencia sino *sobre* filosofía de la ciencia. La propia posición epistémica del autor le obliga a este desarrollo: como el *Tractatus*, y la comparación con el clásico de Wittgenstein no es simple adorno. *CdM* es también mensaje de una sola ocasión.

El resumen del ensayo es presentado por el propio autor (pp. 21-23): en los tres primeros capítulos se examina “la naturaleza y las raíces de esa complicada relación que hace que la permanente innovación al “método” se vea acompañada de una real ignorancia del “método””. La responsabilidad del alejamiento de la ciencia y sus problemas con respecto a la filosofía de la ciencia es asunto de los siguientes capítulos. La tesis del autor es nítida: la responsabilidad del alejamiento no es de la filosofía de la ciencia en cuanto tal sino de una “cierta manera de entender la reflexión de fundamentos”. Es en el capítulo “Fertilidad cruzada” (pp. 159-197), donde Ovejero Lucas expone sus tesis acerca de una filosofía de la ciencia amiga y cercana a la ciencia social: 1. La filosofía de la ciencia debe atender a las ciencias sociales reales. 2. La epistemología de la ciencia debe deslizarse por las fronteras de las investigaciones sociales. 3. La filosofía de la ciencia debe ejercitarse y controlarse en la historia. 4. La filosofía de la ciencia debe tener sensibilidad multidisciplinar. Los capítulos finales del ensayo son “un alegato a favor de un tráfico de resultados entre científicos sociales y filósofos de la ciencia al servicio de entender la ciencia en sus diversas dimensiones” (p. 23), incluidas aquellas instancias sobre las que, normalmente, la mayor parte de las tendencias dominantes en la filosofía de la ciencia contemporánea apenas han prestado atención.

Como se señaló anteriormente, en el apéndice con el que se cierra el libro, Ovejero ha trazado “un panorama de la reciente filosofía de las ciencias sociales”. Quine solía discrepar, algo enfadado, de los artículos o ensayos que obligaban a una lectura bidimensional (primera dimensión: texto central; segunda dimensión: numerosas, densas y pobladas notas a pie de página). Probablemente su creencia (y enfado) hubiera sido falsada en este caso. Las largas y frecuentes notas que acompañan al apéndice final, y a algunos otros capítulos, no sólo aportan una documentada y actualizada bibliografía sustantiva (nota 77, páginas 269-270) o un resumen riguroso de las tesis centrales de una determinada posición (la nota 52, p. 259; sobre el instrumentalismo epistémico) sino que, en frecuentes ocasiones, la agudeza del autor corre pareja con los mejores momentos del H. Hawks de *Luna llena*. Señalo mi nota preferida: al dar cuenta de la influencia de las tesis epistemológicas de Sir Karl, Ovejero anota: “Quizá convenga recordar que Popper sí prestó interés, y mucho y apreciable, a las ciencias sociales. Pero parecía estar situado en un hemisferio cerebral distinto del que empleaba en sus trabajos como filósofo de la ciencia estándar” (p. 79, nota 9).

¿Han cambiado mucho las cosas en los años transcurridos desde que el autor escribió la primera versión de este trabajo hasta la actualidad? En su opinión, según señala en este apéndice final, la respuesta no puede ser rotunda. Es cierto, señala Ovejero, que ha pasado cosas importantes en filosofía de la ciencia (crítica de las tesis de la concepción heredada), es cierto que desde algunas ciencias sociales, especialmente la economía, se

han producido desarrollos que corrigen vicios denunciados (por ejemplo, el no abrirse a los resultados de otras disciplinas afines) pero “no es menos cierto que esas líneas de trabajo están lejos de ser predominantes en sus respectivas disciplinas” (p. 276) y que, entretanto, con nuevos ropajes, “se han ido consolidando corrientes que prolongan algunas de las peores maneras intelectuales criticadas” (p. 277). El autor apunta, sin ocultamiento, a deconstrucciónistas, constructivismos sociales y posmodernismos. La imprecisión en las que están instaladas esas corrientes, y con la que juegan, les resulta una estrategia exitosa en pro de su desconfianza a la racionalidad y a la ciencia, señalando finalmente Ovejero “que no es injusto achacar una parte de la culpa de esa consolidación a la filosofía de la ciencia examinada [...] que al alejarse de la ciencia, declinó sus responsabilidades críticas. Otra parte, seguramente, hay que cargarla en la cuenta de unas ciencias sociales cómplices, poco dispuestas a examinar sus fundamentos” (p. 277).

El segundo ensayo, *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y libertad*, donde Ovejero Lucas, junto con José Luis Marí y Robert Gargarella, ofician de compiladores y autores de un excelente y larga introducción, pertenece al segundo ámbito de interés del autor de *La quimera fértil*. Ovejero Lucas, que fue inicialmente profesor-ayudante de Manuel Sacristán en la cátedra de metodología de las ciencias sociales de la facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona, es ahora profesor de Economía y ética en el mismo departamento universitario. Como es sabido, la intersección de economía y ética suele ser vacía o poco poblada, por lo que Ovejero Lucas duplica sus tareas y labores en ambas disciplinas. Lógicamente, la filosofía política, con más sensibilidad ético-ciudadana, es uno de los territorios que suele transitar para bien ciudadano.

En una destacable reflexión sobre “Ciencia y anticiencia”, Gerald Holton exponía un ejemplo revelador de la decisiva importancia de la participación ciudadana en los asuntos públicos. En un experimento piloto iniciado en 1980 por la Public Agenda Foundation de EE.UU, fueron convocados seis grupos, de entre 9 y 14 personas, representativos del conjunto de la ciudadanía usamericana, con la finalidad de que mediante documentados y adecuados debates tomaran decisiones fundamentadas sobre problemas normativos ético-políticos cuya evaluación parecía en principio requerir sofisticados conocimientos científico-técnicos tan sólo accesibles a una reducidísima minoría de miembros prominentes de determinadas comunidades académicas. Los dos ejemplos citados por Holton como temas propuestos para su discusión fueron la pertinencia o no de fomentar la producción de isótopos de material fisionable y la de primar o no la investigación agresiva del proceso de envejecimiento.

Al inicio de los encuentros, cada uno de los grupos participantes, sin preparación previa, ofrecía una respuesta bastante previsible. Sin embargo, al final de cada sesión, después de que se hubiera señalado la necesidad de

estudiar y discutir los aspectos científico-técnicos del tema y, tras haber dialogado unos con otros sin urgencias ni precipitaciones, se volvían a pronunciar sobre el asunto tratado: pudo observarse que el resultado de esta segunda votación era muy diferente del primero ya que se aproximaba, en gran medida, al obtenido por destacados grupos de científicos profesionales que habían abordado las mismas cuestiones. Cabe entonces concluir, apuntaba Holton, que con los recursos necesarios y con condiciones sociales y culturales que posibiliten la intervención informada de los ciudadanos, asuntos de interés público podrían ser dilucidados con racionalidad y medida, en plazos relativamente breves, con la activa participación de personas sin preparación específica en las materias objeto de discusión.

Como ya probó, junto con Gargarella, en *Razones para el socialismo*, Ovejero Lucas ha tomado buena nota de la indicación de Holton y se ha propuesto una admirable (e interminable) tarea de educación ciudadana en el (en ocasiones) sofisticado ámbito de la filosofía política.

NiR recoge ocho ensayos de autores como Michael Sandel, Quentin Skinner, Philip Pettit, Cass R Sunstein, Will Kymlicka o J. Habermas (los compiladores dan cumplida cuenta de estos textos y sus autores en las págs. 58-62) que constituyen una excelente muestra de textos clásicos del republicanismo político junto con otros más novedosos "ceñidos a problemas o perspectivas específicas" (así el excelente "Feminismo y republicanismo ¿es ésta una alianza posible?" de Anne Phillips, pp. 263-285). Pero, como señaló recientemente Salvador Giner (*El País. Babelia*, 3/4/2004) "el meollo del libro" es el largo ensayo preliminar de los compiladores que lleva por título "La alternativa republicana" (pp. 11-74).

No cabe aquí resumir su contenido pero sí señalar algunas de sus ideas principales: 1. La conocida definición de Lincoln de la democracia apenas se corresponde con la experiencia de los ciudadanos en el mundo contemporáneo, incluso si viven en democracias consolidadas. "Poblaciones enteras pueden ver cómo sus condiciones de vida cambian de la noche a la mañana no como resultado de sus decisiones, de sus esfuerzos o de sus errores, sino de flujos financieros o de poderosas voluntades especuladoras" (p. 12). 2. Es patente la pérdida de vigor político y de un mínimo aconsejable de salud cívica en nuestras sociedades. 3. Las apelaciones liberales a la democracia suelen resultar estériles, de ahí que la "preocupación por mantener las conquistas políticas y las tradiciones igualitarias heredadas de las primeras revoluciones democráticas conducía, de un modo natural, a volver la mirada hacia la tradición inspiradora de las fuerzas normativas y políticas sobre las que se había cimentado las instituciones en crisis" (p. 14). 4. En corrientes de la tradición republicana, se entiende que un Estado libre es aquel que no está sujeto a coacciones y se rige por su propia voluntad, "entendiendo por tal la voluntad general de todos los miembros de la

comunidad"(p. 19). Es condición necesaria para la vida libre que los ciudadanos sean políticamente activos y que actúen comprometidos con la suerte de su comunidad. La libertad será, entonces, para autores como Q.Skinner, no un sinónimo de ausencia de coerción, como es usual en la tradición liberal, sino "una situación que se caracteriza por la ausencia de dominación" (p. 20). 5. El estatuto republicano de ciudadanía es mucho más exigente que el propuesto por el liberalismo: implica asumir compromisos respecto a los intereses fundamentales de la sociedad en su conjunto. Las leyes republicanas exigen virtud ciudadana. 6. La concepción republicana de democracia no la reduce a mera confrontación entre grupos y agregación de preferencias. Una sociedad realmente democrática debe conseguir que se den las circunstancias que permitan a la ciudadanía separar las buenas de las malas preferencias, las formadas de modo incorrecto. 7. Desde el punto del diseño, el republicanismo señala que ningún diagrama institucional es aceptable si se desentiende del tipo de ciudadanos necesarios para que dicho diseño pueda mantenerse. 8. El mercado capitalista, incluso en sus versiones más perfeccionadas, "complica la realización del ideal democrático republicano: sus dispositivos motivacionales socavan el escenario cívico; la desigualdad desde la que funciona atenta inmediatamente contra la igualdad de poder y, no menos, contra el sentimiento de fraternidad; las relaciones de producción que lo definen hacen improbable el autogobierno y propician la arbitrariedad y el despotismo" (p. 50),

Sin duda, un sensato realismo obliga a preguntarse por la organización económica que permite hacer viable una ciudadanía republicana. A ello dedican los compiladores la parte sustantiva de su trabajo (pp. 50-58). El tema no es marginal: como Cass Sunstein, uno de los autores recogidos en el volumen, ha señalado las fuerzas de los mercados empujan constantemente a desigualdades radicales, a una mayor discriminación, están, si se quiere, más bien ente las causas del problema que entre los senderos de su solución. Al operar la mundialización económica en un espacio en el que no existe Estado, el mercado asume la totalidad de las funciones que permiten el desarrollo del sistema, abonando, de esta forma, la tendencia liberal a sustituir poder ciudadano por mercado de poderosos y reducir, aún más, el ámbito de lo político en aras de una hegemonía totalizadora de la instancia económica. ¿Que líneas políticas de intervención sugiere, entonces, la defensa de una concepción republicana del estado, de la libertad y de la ciudadanía? ¿Puede alimentarse, y alimentar a su vez, la tradición marxista de la nueva tendencia republicana? A este respecto, no me resisto a citar, por sus netos aires republicanos, una carta que hizo cambiar sustancialmente algunas concepciones del Marx tardío: "(...) "Pero, ¿cómo lo deducen ustedes de su *Capital*? No trata en él la cuestión agraria, ni habla de Rusia", se les objeta. "Lo habría dicho si hablara de nuestro país", replican sus discípulos, quizá con demasiada temeridad. Comprenderá entonces,

ciudadano, hasta qué punto nos interesa su opinión al respecto y el gran servicio que nos prestaría exponiendo sus ideas acerca del posible destino de nuestra comuna rural y de la teoría de la necesidad histórica para todos los

países del mundo de pasar por todas las fases de la producción capitalista. Me tomo la libertad de rogarle, ciudadano, en nombre de mis amigos, tenga a bien prestarnos este servicio [...] Reciba usted, ciudadano, mis respetuosos saludos. Vera Zasúlich" (Carta a K. Marx, 16/2/1881)

Al buen hacer señalado, se junta un magnífico detalle de los ciudadanos compiladores que han situado, en versión original sin subtítulos, "Grândola, vila morena" comoertura del ensayo.

En la comunicación "De Popper a Kuhn. Una mirada desde las ciencias sociales" (AA.VV. *Popper/Kuhn. Ecos de un debate*. Barcelona, Montesinos 2003, pp. 121-165), defendía Ovejero Lucas la necesidad de que la filosofía no permanezca ajena a los debates sustantivos de las ciencias (y teorías y prácticas afines). Los filósofos de la ciencia deben intervenir en los asuntos terrenales pero no de cualquier modo, sino con documentada información de las teorías y prácticas en las que tercian. Ovejero Lucas (y sus republicanos colegas) intervienen con estos dos ensayos en debates filosóficos, cuyo interés no afecta tan sólo a la Academia y a sus pobladores, sino que debería figurar en la agenda de todo ciudadano/a que aspire a intervenir, de forma informada, en debates sustantivos de este "mundo grande y terrible" que nos ha tocado en suerte.

8. Contra las franjas lunáticas

Robert L. Park, *Ciencia o vudú. De la ingenuidad al fraude científico*. Grijalbo Mondadori (Aula abierta), Barcelona 2001, 326 páginas. Traducción de Francisco Ramos [Edición original: *Woodoo Science*. Oxford University Press, Nueva York, 1999]

Martin Gardner, en *Carnaval matemático*, explica que Wilhlem Fliess estaba convencido de que detrás de todo fenómeno biológico (y quizás de la misma naturaleza inorgánica) había dos ciclos fundamentales: uno, masculino, de 23 días, y otro, femenino, de 28. Trabajando con múltiplos de estos números y sumando o restando, según las ocasiones, logró imponer este sistema 23-28 para explicar cualquier entidad o evento natural.

Algunas de sus tesis básicas las expuso, por vez primera, en una obra titulada *Las relaciones entre la nariz y los órganos sexuales femeninos desde el punto de vista biológico*: 1. Cualquier persona es bisexual. 2. El ciclo masculino es el dominante en los "machos normales" y está reprimido el femenino; lo contrario ocurre en las "hembras normales". 3. En el humano y en los animales los dos ciclos comienzan con el nacimiento: el sexo del niño viene determinado por el ciclo que se transmite primero. 4. Los períodos continúan a lo largo de la vida, manifestándose en los altos y bajos de la vitalidad física y mental, y determinando incluso la fecha del fallecimiento. 5. Ambos ciclos están íntimamente relacionados con la mucosa de la nariz: existe una relación directa entre las irritaciones nasales y toda clase de síntomas neuróticos e irregularidades sexuales. 6. Los zurdos están dominados por el ciclo del sexo opuesto (cuando Freud llegó a expresarle sus dudas en este punto, Fliess le contestó sin pestañear que era zurdo sin saberlo).

Freud tomó, en un principio, la teoría de los ciclos de Fliess por uno de los mayores avances en biología, llegando a pensar que con ellos podía

explicarse la distinción que él había encontrado entre neurastenia y neurosis de angustia. Creyó que el placer sexual era una liberación de enegía del ciclo de 23 y el displacer sexual del de 28, y pensó que moriría a los 51 años porque ese número es suma de 23 y 28. La obra magna de Fliess fue publicada en 1906 y lleva por título *El curso de la vida: fundamentos de una biología exacta*. La fórmula básica de Fliess era $23x + 28y$, siendo x e y, números enteros, positivos o negativos, aunque Fliess no respeta siempre el carácter entero de las incógnitas. A lo largo de las páginas del libro, aplica su teoría numérica a una gran diversidad de fenómenos naturales, desde la célula al sistema solar: la luna da una vuelta a la tierra en 28 días, el ciclo de una mancha solar es de 23 días,... Pero, también, añadimos nosotros, los días del año, la fecha del nacimiento de Freud o de Fliess, la edad de Cristo, la publicación de los *Principia*, el año de la muerte de Spinoza o del mismo Fliess (que no podía ser sino 1928), las páginas de las obras de Marx, el número del topo que el lector tiene entre sus manos, el año de la proclamación de República española,...podían ser "presentados" como combinación de los dos ciclos. ¿Por qué?. Por una razón simple y estrictamente matemática: porque existen dos enteros (11 y -9) tales que $23 \cdot 11 + 28 \cdot -9 = 1$. De ahí que 2 sea igual a $23 \cdot (11 \cdot 2) + 28 \cdot (-9 \cdot 2) = 2$, y, en general, para un número cualquiera n, $23 \cdot (11 \cdot n) + 28 \cdot (-9 \cdot n) = n$. De esta forma, 1931 puede ser puesto como combinación de 23 y 28 de la forma siguiente: $23 \cdot (11 \cdot 1931) + 28 \cdot (-9 \cdot 1931) = 1931$.

Aún más: es demostrable que todo número natural puede ser representado como combinación de otros dos números enteros cualesquiera. Es decir, que si 23 y 28 se sustituyen por dos números cualesquiera, A y B (pongamos, 1979, el año de la revolución sandinista, y 1968, el nefasto año de la invasión de Praga) la nueva fórmula, $A \cdot x + B \cdot y$, permitirá expresar también todo número entero positivo (en este caso, como combinación del glorioso año sandinista y del trágico año praguense). Pero no importa la sencillez matemática de la explicación: la tenacidad es la tenacidad y los modernos fliessianos han añadido, para completar su, sin duda, penetrante y no menos profunda teoría, un tercer ciclo, el "intelectual", que tiene una duración de 33 días.

Si un pensador del rigor y la profundidad del autor de *El malestar en la cultura*, pudo mantener esta creencia confiadamente durante largos años de su vida, es de imaginar lo que puede ocurrirnos a cualquier mortal con las antenas críticas peor dispuestas. De ahí, el interés de *Ciencia o vudú* (CV) de Robert L. Park. RP es catedrático de Física en la Universidad de Maryland (EE.UU) y director de la oficina en Washington de la Sociedad Americana de Física. Físico especializado en la estructura de superficies cristalinas, colabora con artículos de opinión en *The New York Times* y sus reportajes sobre ciencia aparecen regularmente en el *Washington Post*. Edita, además, una columna semanal sobre temas científicos en Internet (www.aps.org/WN), de

consulta casi obligada para hombres y mujeres de ciencia, para periodistas y para, en general, el público interesado en temas científicos.

CV está estructurado en diez capítulos donde se vierte información, comentarios críticos y juicios de valor sobre temas tan variados como el cambio climático, la medicina “natural”, la astronomía virtual, la fusión fría, la guerra de las galaxias o el peligro que representan las líneas eléctricas en la difusión del cáncer. El hilo conductor es claro: denunciar disparates varios, construidos y vendidos publicitariamente, con buenas o rentables intenciones, en y con el nombre de la Ciencia y con efectos sociales no discutibles ni despreciables. Por ejemplo, la mitad de la población norteamericana actual cree que la tierra está siendo visitada por extraterrestres que conocen un modo de viajar más rápido que la velocidad de la luz, y “muchas gente culta lleva imanes en sus zapatos para recuperar la energía natural” (p. 13).

¿Por qué ideas y postulados científicos o pseudocientíficos que están total e indiscutiblemente equivocados atraen a un largo séquito de seguidores, no sólo entre capas sociales alejadas de centros o focos culturales? En opinión de RP, “muchas personas, eligen sus creencias científicas del mismo modo que deciden ser metodistas, o demócratas, o hinchas de un determinado club de fútbol. Juzgan la ciencia en función de cómo concuerde con el modo en que quisieran que fuera el mundo” (p. 13).

De hecho el papel de las creencias previas (digamos, en términos clásicos, de la ideología) puede ser central en debates que se interseccionan con el ámbito científico. Si todos los científicos dicen obrar de buena fe, si la ciencia parece ser la búsqueda desinteresada y sin término de la verdad, si todos los practicantes creen por igual en el llamado “método científico” y si, finalmente, tienen casi todos ellos acceso a datos similares, ¿cómo explicar entonces su desacuerdo tan profundo en temas como, por ejemplo, el cambio climático? RP apunta la siguiente conjeta: “(...) El clima constituye el sistema más complejo que los científicos se han atrevido nunca a abordar. Existen enormes lagunas en los datos relativos al pasado distante, lo cual, unido a las incertidumbres de las simulaciones informáticas, significa que incluso los cambios más pequeños en los supuestos previos dan como resultado proyecciones muy distintas y desencaminadas. Ninguno de los dos bandos discrepa en este punto. También coinciden ambos en que los niveles de CO₂ en la atmósfera están aumentando. *Lo que les separa son sus cosmovisiones políticas y religiosas, profundamente distintas. En pocas palabras: quieren cosas distintas para el mundo*” (p. 58) (la cursiva es mía).

Las creencias y las credulidades acríticas, más o menos ingenuas, pueden afectar netamente a la ciudadanía no especializada. Sea, a título de ejemplo, el caso de la homeopatía. Según la ley de Hahnemann, las sustancias que producen un determinado conjunto de síntomas en una persona sana pueden curar dichos síntomas en una enferma. Hahnemann

pasó gran parte de su vida probando sustancias naturales para descubrir qué síntomas producían, para, posteriormente, prescribirlas a las personas que exhibían dichos síntomas. De hecho, la homeopatía, tal como se practica actualmente, nos recuerda RP, "se basa casi por completo en la lista de sustancias de Hahnemann y en sus indicaciones al uso" (p. 83). Pero, obviamente, las sustancias naturales suelen ser extremadamente tóxicas. Preocupado por los efectos colaterales de sus medicaciones, Hahnemann experimentó con la dilución. Descubrió que al diluir, los efectos secundarios se podían reducir y, en el límite, eliminar, y, aún más, que cuando más diluía la medicina, más parecían beneficiarse de ella sus pacientes. Su segunda ley, la ley de los infinitesimales, puede ser formulada del modo siguiente: cuanto menos, mejor.

Así, el Oscilloccicum, el remedio homeopático usual para la gripe, procede del hígado del pato, en una dilución estándar de 200 C. "200 C" significa que el extracto se diluye en la proporción de una parte por cien de agua, luego se agita, y se repite secuencialmente hasta 200 veces. El resultado: una disolución de 1 molécula del extracto por cada 10 elevado a 400 moléculas (un 1 seguido de 400 ceros) de agua. Pero dado que en todo el universo físico sólo existen, aproximadamente, 10 elevado a 80 partículas elementales (protónes, electrones), la disolución homeopática de 200 C iría mucho más allá del límite de dilución de todo el universo visible. ¿Qué hizo entonces que Hahnemann y con él la homeopatía se hicieran muy populares? "En aquella época los médicos todavía trataban a los pacientes con sangrías, purgas y frecuentes dosis de mercurio y otras sustancias tóxicas. Si los remedios infinitamente diluidos no hacían ningún bien, al menos tampoco hacían ningún daño, permitiendo que las defensas naturales del paciente corrigieran el problema. A medida que la reputación de Hahnemann crecía, la confianza de los pacientes en su curación aumentaba. La creencia suscitaba el efecto placebo, y permitía que los mecanismos de reparación de su propio cuerpo funcionaran sin que el estrés los alterara" (p. 85).

Este es uno de los ejemplos presentados y analizados por RP. Puede que el lector constate críticamente un cierto conservadurismo epistémico en el decir de RP, aunque no siempre, así como una excesiva dependencia de situaciones de la cultura y sociedad usamericanas. Sin embargo, eso no quita un ápice de interés a muchas de sus aproximaciones y vale la pena destacar de alguien tan instalado en el sistema científico oficial y desde consideraciones básicamente científicas, su neta visión crítica de algunas de las aventuras espaciales (pp. 105-137) o de la resucitada "guerra de las galaxias" (pp. 264-267), asunto en el que no olvida la actuación de Edward Teller (el más firme partidario de la superbomba, de la bomba H), durante la era McCarthy, quien, en una audiencia ante la Comisión de Energía Atómica estadounidense (AEC), señaló que resultaría muy juicioso negar a Oppenheimer la autorización para trabajar en materia de seguridad. La AEC

retiró la autorización en 1954 y eso conllevó, en la práctica, que el gran Oppenheimer nunca más pudiera ejercer su profesión de físico nuclear. "Muchos físicos no perdonarían jamás a Teller lo que considerarían una traición a un inteligente y honorable colega" (p. 266). Sin duda, Robert L Park es uno de ellos.

Finalmente, el subtítulo de la traducción castellana parece incorporación editorial, al igual que el título. Lo primero no es grave, lo segundo lo es un poco más. No se trata de "Ciencia o vudú" sino de "Ciencia vudú", que es la forma con la que el autor se refiere a ese tipo de conocimiento afectado de cierta locura epistémica. "...utilizaré la expresión ciencia vudú para referirme de forma conjunta a todas estas variedades: ciencia patológica, ciencia basura, seudociencia y ciencia fraudulenta. El presente volumen pretende ayudar al lector a reconocer la ciencia vudú y a comprender las fuerzas que parecen conspirar para mantenerla viva" (p. 25). Propósitos no sólo nobles sino urgentes. Sin duda, una de las múltiples y necesarias tareas de nuestra hora.

9. Ideas y opiniones de un Nobel de física

Steven Weinberg, *Plantar cara. La ciencia y sus adversarios culturales*. Paidós, Barcelona 2003. Traducción de Juan Vicente Mayoral, 280 páginas.

No está en absoluto claro que las verdades objetivas no produzcan jamás esfuerzo moral: Copérnico y Galileo no han muerto, como Bruno, en la hoguera, pero han luchado y sufrido por verdades así. Y es que, al no haber demostrabilidad absoluta, también es necesaria una decisión para imponerse el modo de pensar -y aún más el de vivir- racional.

Manuel Sacristán (1967), "Un problema para tesina en filosofía"

Sostiene Steven Weinberg en la presentación de *Plantar cara* (PC) que hasta donde hemos podido descubrir "las leyes de la naturaleza son impersonales, sin indicios de plan divino o de algún status especial para los seres humanos. De un modo u otro, cada uno de los ensayos de esta recopilación se enfrenta a la necesidad de afrontar estos descubrimientos. Expresan un punto de vista racionalista, reduccionista, realista y devotamente secular. *Plantar cara* es, después de todo, la postura opuesta a la oración" (p.12). "Cada uno de los ensayos" probablemente sea en este caso una expresión algo imprecisa, pero sin duda esta colección de artículos de Weinberg -catedrático de Física y Astronomía en la Universidad de Texas, premio Nobel de Física en 1979, junto con Sheldon Glashow y Abdus Salam, por sus aportaciones a la teoría electrodébil e inolvidable autor de *Los tres primeros minutos del universo*- puede verse y leerse como un comentario razonado y detallado que, desde diferentes puntos de vista y en diferentes circunstancias, da cuenta de esa perspectiva filosófica que el autor presenta aquí como un punto de vista racionalista, realista, secular y, por si fuera poco, reduccionista.

PC contiene 23 ensayos o conferencias, gran parte ellos ya publicados en revistas como *The New York Review of Books*, *Scientific American* o *Daedalus*. Editados entre 1985 y 2000, Weinberg ha escrito para cada uno de ellos una breve presentación donde da cuenta de las circunstancias que motivaron su elaboración y, en algunos casos, de las encendidas polémicas que desencadenaron. Los temas recorren un amplio e interesante espectro: desde la crítica de la política armamentística del gobierno Reagan ("La ciencia como arte liberal", pp.13-18) hasta una aproximación a la reflexión epistémica de los sociólogos de la ciencia ("La búsqueda de la paz en las guerras de la ciencia", pp.263-268), pasando por un comentario crítico y sosegado a algunas de las tesis kuhnianas ("La no revolución de Thomas Kuhn", pp.191-208) y por sus agudas observaciones sobre las reacciones producidas tras la publicación de *Imposturas intelectuales* ("El ensayo Sokal",

pp.141-155 y "La ciencia y el engaño de Sokal: respuesta a las críticas", pp.157-163), cuyo autor, el físico neoyorquino Alan Sokal, había seguido un curso de doctorado sobre mecánica cuántica impartido por el mismo Weinberg en la Universidad de Harvard en 1974-1975. Es destacable el sucinto capítulo 16 ("El Camaro rojo", pp.187-189), donde Weinberg da cuenta de la génesis de un descubrimiento crucial en la física del XX en torno a la interacción débil, en el que señala: "tenía la respuesta correcta, pero había estado centrado en el problema equivocado" (p.188). En medio de todo ello, reflexiones tan poco científicas, tan escasamente positivistas, tan inusuales, tan sostenibles, tan a pie del trabajo real de las comunidades científicas, como las siguientes:

(...) La empresa científica depende en el mejor de los casos de los meros prejuicios y de las preconcepciones humanas. Sé que hice parte de mi mejor trabajo porque tenía ciertas preconcepciones sobre la manera en que las fuerzas debían funcionar, e ignoré evidencias experimentales en su contra, y no tuve éxito en dar el paso siguiente en ese trabajo porque tenía prejuicios en contra de ciertos métodos matemáticos. No es una historia atípica.

Cabe destacar aquí dos de los trabajos incluidos en PC que tratan abiertamente uno de los temas recurrentes en la historia del pensamiento filosófico, y afines: las complicadas y en ocasiones nada amistosas relaciones entre el conocimiento científico y las afirmaciones, saberes o creencias religiosas. Weinberg discute la tesis y argumentación de si el Universo muestra signos de un diseñador inteligente en los capítulos 20 ("¿El Universo de un diseñador?", pp.231-242) y 21 ("¿El universo de un diseñador?: respuesta a las críticas", pp.243-246). El primero de estos trabajos fue incluido en dos colecciones diferentes de los mejores ensayos usamericanos del año (The Best American Essays, 2000 y The Best American Science Writings, 2000) y algunas de sus afirmaciones dieron pie al mayor número de cartas de respuesta que se recuerda en la historia reciente de *The New York Review*. Se entiende. En algunos de los pasajes, Weinberg señala: "[...] Con o sin la religión, la buena gente se puede comportar bien y la mala gente puede hacer el mal; pero para que la buena gente haga el mal, para eso se requiere la religión" (p.242). El pormenorizado análisis concreto de "la situación concreta" -en la mejor tradición leninista, que también la hay- que Weinberg realiza sobre la afirmación de algunos miembros de la comunidad científica de que ciertas constantes de la naturaleza tienen valores "que parecen haber sido misteriosamente bien ajustados sólo a los valores que permiten la posibilidad de la vida, de una manera que sólo podría ser explicada mediante la intervención de un diseñador con algún interés especial por la vida" (p.235) debería merecer toda nuestra atención crítica y me atrevo a aventurar que resultaría gozosa incluso a la mirada atenta del mismísimo Kant, el filósofo crítico por excelencia. Su comentario en torno al

principio antrópico -"(...) esto me parece poco más que un galimatías místico"- tampoco debería ser arrojada al cubo de lo obvio. Las páginas finales dedicadas al tema del mal y del libre albedrío son tan pertinentes que no dudo que Epicuro y Hume apenas tendrían objeciones para hacerlas suyas.

Algunos otros trabajos de PC pertenecerían al ámbito de la filosofía política. Así, "Cinco utopías y media" (pp.247-262) o "El sionismo y sus adversarios" (pp.183-185). En este brevísimo artículo, escrito por alguien que "no tiene interés en la preservación del judaísmo (o, me apresuro a decir, cualquier otra religión), sino mucho interés en la preservación de los judíos" (p.184), el "liberal" Weinberg, el Nobel de centro-izquierda Weinberg, sostiene tesis tan singulares como las siguientes: 1. El sionismo representa la intrusión de una cultura democrática, científica, sofisticada y secular (sic) en una zona del mundo tradicionalmente despótica, atrasada y obsesionada por la religión. 2. Hasta que los atentados árabes hicieron *necesaria* [cursiva mía] la acción militar, la apropiación de tierras se hizo por compra y establecimiento más que por conquista. 3. El ideal del sionismo sería traicionado si los fanáticos ortodoxos tuvieran éxito en hacer de Israel un Estado teocrático, pero Weinberg sostiene a continuación que no puede "creer que esto vaya a ocurrir". 4. El antisionismo, además de liberar sentimientos antisemíticos y de haber pasado a desempeñar el papel de un multiculturalismo sensacionalista, ayuda "a calmar el sentimiento musulmán y a mantener así el acceso al petróleo de Oriente Medio". Finaliza Weinberg su peculiar reflexión con una pregunta retórica. "¿Necesito decir que en realidad hay una gran distinción moral entre el Israel democrático y secular creado por el sionismo, cuyo objetivo a largo plazo es simplemente que lo dejen en paz, y los enemigos que lo rodean?" (p. 185). El autor de *El sueño de una teoría final* señala una neta diferencia entre los proyectos de construcción y alojamiento de Jerusalén, que el mismísimo halcón Sharon ha calificado recientemente de ocupación, y "el disparo de ametralladoras sobre autobuses escolares". Se sobreentiende, que los disparos asesinos son única y estrictamente palestinos. El artículo está fechado en 1997. Cuando uno piensa lo hecho y ordenado por los gobiernos de Sharon en estos últimos años, en asesinatos como el de Rachel Corrie, compatriota de Weinberg, bajo las ruedas de una "defensiva" excavadora del ejército israelí pasando, sin temblor, por encima de ella y aplastándola, no hay más remedio que pensar que nadie, ni incluso Weinberg, está libre de decir, de cuando en cuando, alguna barbaridad no marginal bajo apariencia de crítica a lugares comunes.

En la presentación del ensayo final de PC ("La búsqueda de la paz en las guerras de la ciencia"), por lo demás excelente, explica Weinberg que el editor de *Times Literaty Supplement* le preguntó por la posibilidad de escribir un reseña sobre un libro de Ian Hacking en torno al programa fuerte de los sociólogos de la ciencia (*La construcción social ¿de qué?*). Señala

Weinberg que no tuvo dudas, que contestó afirmativamente sin vacilar, entre otras razones porque ya estaba leyendo libro de Hacking ya que "como le dije a Meinhardt, *había visto referencias hacia mí en el índice, lo que siempre tomo como un buen signo*" (p.263). Este es acaso uno de los pocos delirios de PC. Cabe acaso añadir un breve instante de ensoñación. En el cap.2 -"Newtonismno, reduccionismo y el arte de testificar ante el Congreso"-, Weinberg, al dar cuenta de los descubrimientos de los *Principia*, señala que:

(...) *En lógica formal, puesto que las leyes de Kepler y las leyes de Newton son ambas verdad, cualquiera de ellas puede decirse que implica la otra (Después de todo, en lógica simbólica la afirmación "A implica B" sólo quiere decir que nunca ocurre que A es verdad y B no lo es, pero si de hecho A y B son verdad entonces se puede decir que A implica B y que B implica A").*

Es obvio que las leyes de Kepler y las de Newton no se coimplican y que aunque A y B sean ambas proposiciones verdaderas de hecho, de ahí no puede inferirse que A implique B o que B implique A porque el término "nunca" de la definición de implicación lógica refiere no sólo a cuestiones fácticas sino a posibilidades consistentes, a otros mundos posibles (que tal vez ya estén en éste, en alguno de los posibles sentidos de "estar").

Sea como sea, suele decirse que los genios suelen dormir una vez en su vida y es muy posible que éste sea el momento de la sucinta cabezada de Weinberg. De lo que no hay duda es que el autor de PC no sólo es uno de los grandes de la física del siglo, un interesante liberal (con falta notable de información en algún ámbito y con desviados sesgos ideológicos en otros, tal vez por trágica historia familiar) sino un comentarista de asuntos epistemológicos exquisito que cultiva con esmero un jardín filosófico que ya había cuidado con atención otro gran físico del XX llamado Albert Einstein.

El subtítulo de *Plantar cara* -"La ciencia y sus adversarios culturales"- creo que no figura en el original inglés pero, sea como fuere, recoge adecuadamente una de las finalidades básicas de Weinberg: dar argumentos que erosionen, debiliten y acaso falseen los frecuentes y, en ocasiones, indocumentados ataques irracionalistas, contrarios al conocimiento científico, al que por cierto toman como visión imperial de una Razón tecnificada y deshumanizada.

Abandonando de una vez el reducto familiar -preferido hasta aquí sólo por ser el campo de experiencia más simple y más común-, para ampliar no de golpe, sino paso a paso, el horizonte, empezaré por referirme a una leyenda según la cual, preguntados en cierta ocasión los Siete Sabios de Grecia sobre cuál era el ideal de la mejor ciudad, llegado el turno de la palabra al rodio Cleóbulo de Lindos, contestó lo siguiente. "La mejor ciudad es aquella en que los ciudadanos temen más el reproche que la ley".

Rafael Sánchez Ferlosio, *El alma y la vergüenza*.

Que uno sea un asesino no prueba nada contra su estilo. Pero el estilo puede probar que es un asesino.

Karl Kraus

IV. Filosofía política

1. El sentido de la democracia

Cornelius Castoriadis, *Democracia y relativismo. Debate con el MAUSS*. Mínima Trotta, Madrid, 2007, 98 páginas. Introducción y notas Jean Louis Prat; traducción: Margarita Díaz.

Como indica Jean Louis Prat en su presentación, *Democracia y relativismo* tiene su origen en un debate público celebrado en 1994, entre Cornelius Castoriadis, fallecido tres años después, y redactores de MAUSS (Mouvement anti-utilitariste en sciences sociales). La trascipción fue efectuada por Nicos Iliopoulos y publicada en dos partes en la *Revue du MAUSS*, la primera con el título "La relatividad del relativismo" y la segunda como "La democracia".

Puede interpretarse el debate como un comentario de texto a la cita de Castoriadis que abre el ensayo: la etimología de "democracia" nos remite a la dominación del demos, del pueblo, de las masas. Si no tomamos dominación en sentido formal, y es eso precisamente lo que deberíamos hacer según Castoriadis, el dominio real presupone poder decidir por nosotros mismos sobre nosotros mismos y sobre cuestiones esenciales, y hacerlo con conocimiento de causa. En estas cuatro últimas palabras se centra todo el problema de la democracia: "Con conocimiento de causa". Ésta es la cuestión. Y la conclusión que de ello se deriva: no se trata de confiar el poder a una casta de burócratas incontrolados, ilustrados o no, incompetentes o no, sino en transformar la realidad social "de forma que los datos esenciales y los problemas fundamentales sean asequibles para los individuos y que éstos puedan decidir con conocimiento de causa". ¿Les suena? Efectivamente, es la vieja aspiración de las diversas tradiciones socialistas, de todas ellas, en el ámbito político, en el piso superior de la metáfora arquitectónica marxiana.

El ensayo está, como dijimos, dividido en dos partes. La primera, "La relatividad del relativismo" (pp. 27-60), se centra en la discusión de una tesis histórico-política de Castoriadis. Existe una singularidad en la cultura griego-occidental, cuyo germen proviene de la sociedad clásica griega (Heródoto: "los egipcios son más sabios y sensatos que los griegos"), que irrumpió probablemente en Europa a partir de los siglos XI o XII, desarrollándose a partir del XVI (Las Casas, Montaigne, Montesquieu, Swift), que no tiene por qué ser necesariamente modelo para otras sociedades ni para futuros más o menos próximos, y que puede ser expresada brevemente así: *la puesta en cuestión ininterrumpida de sí misma* (El sabor epistemológico de la expresión y su posible influencia en formulaciones de textos políticos de Karl Popper no parecen una simple ensoñación). El requisito, además, es esencial: sólo él

permite que exista un movimiento político, sólo él posibilita la verdadera política.

Como es obvio, la crítica de eurocentrismo se asoma rápidamente en el horizonte. Aunque la formulación tiene adverbios protectores, Castoriadis sostiene reiteradamente que, en medio del descalabro existente, la cultura occidental “es más o menos la única en el seno de la cual puede ejercerse una contestación y un cuestionamiento de las instituciones existentes” (p. 35). Aún más, una cultura, una sola cultura, reconoce la igualdad de las culturas, mientras que las restantes no la reconocen. Es la misma cultura que permite la pregunta sobre si se es o no eurocentrista, mientras que no son permitidas preguntas similares, sobre si uno es irano o islamo-centrista, en las correspondientes sociedades. Para Castoriadis, desde el punto de vista de la elección política, no todas las culturas son equivalentes. No hay un relativismo transitable en este punto.

Sin embargo, aunque sostenga que la verdadera influencia de Occidente es cada vez menor, “porque la cultura occidental, en tanto que cultura democrática en el sentido fuerte del término, es cada vez más débil” (p. 42), Castoriadis no defiende que Occidente deba transformar esas otras sociedades: no se trata de hacer europeos a africanos o asiáticos, sino que, en esas sociedades, “hace falta que algo vaya más allá, y que existe en el Tercer Mundo, al menos en ciertas partes, comportamientos, tipos antropológicos, valores sociales, significaciones imaginarias...que podrían ser incorporadas a este movimiento, transformándolo, enriqueciéndolo, fecundándolo” (p. 43).

En la segunda parte, “La democracia” (pp. 60-98), se discute principalmente, y con vigor admirable, la tesis de la naturalidad de la democracia. La opinión de Castoriadis es más bien la opuesta: “creo que existe una *inclinación natural* de las sociedades humanas a la heteronomía, y *no a la democracia*” (p. 61). Existe, en su opinión, una inclinación natural a buscar fuera de la actividad propia de los seres humanos (fuerzas trascendentales, ancestros, el darwinismo del mercado) un origen o garantía del sentido. De hecho, la democracia, entendida como auto-institución explícita, no como un régimen de consenso que puede darse en una sociedad muy jerarquizada, es un régimen improbable, frágil, y ello es demostración de su artificialidad.

¿Y qué es, pues, la democracia para Castoriadis? No es un procedimiento. La democracia entendida así, “no quiere decir nada” (p. 69). La democracia no es el paraíso, no es un régimen perfecto que esté inmunizado contra el error, la aberración, el crimen o la locura. Es un régimen político donde existen derechos, donde existe el habeas corpus, la democracia directa -“la democracia representativa no es democracia” (p.70)-, donde la transformación de las condiciones sociales y económicas permite la participación ciudadana, una sociedad libre, autónoma, que permita cambiar

sus instituciones, y que necesita de instituciones que permitan la rectificación y el nuevo hacerse. Con un corolario no marginal: nadie nace ciudadano, uno se hace ciudadano. Para ello hay que aprender, y eso exige un régimen de educación.

Este apartado se cierra con una reflexión de interés sobre la tecnociencia contemporánea (pp. 97-98), que Castoriadis caracteriza del modo siguiente: "No se pregunta si hay necesidad, si se quiere. Se pregunta: ¿se puede hacer? Y si se pude hacer, se hace; y luego se encuentra la necesidad o se crea una". Somos, debemos ser en su opinión, la primera sociedad en la que la autolimitación del avance de las técnicas y la ciencia se plantee no por razones religiosas o por imposición, sino por *phrónesis*, por prudencia en el sentido aristotélico del término.

Como no podría ser de otra forma, algunas formulaciones de Castoriadis apenas están desarrolladas. Ello entraña riesgos. Por ejemplo, cuando critica la noción marxiana de planificación racional entre los intercambios de las personas entre sí y con la naturaleza ("No sé muy bien qué sentido puede tener eso" (p. 33), cuando habla de la adopción de ideas, de orientaciones decididamente capitalistas por parte del movimiento obrero y particularmente por el marxismo (p. 47) o cuando habla, con mejorable formulación, de la "expropiación del movimiento obrero popular por el marxismo" (p. 59).

Esta edición española ha tomado como base los textos publicados en la *Revue du MAUSS* pero ha corregido errores y lagunas de la edición francesa y ha incorporado varias intervenciones omitidas. Constituye, por tanto, la edición más completa del debate. Por primera vez, una edición española supera una edición de la Francia republicana. Los buenos oficios de los afrancesados Rafael Miranda, Margarita Díaz, traductora del volumen, de Jean Louis Prat, autor de las documentadas notas y de la magnífica introducción que acompañan la edición, de Juvenal Quillet, de Jordi Torrent, cuya pulsión intelectual por todo lo humano es admirable sin límite perceptible, y de Juan Manuel Vera han sido decisivos para este regalo. Gracias por ello.

2. El compromiso del filósofo: fronteras abiertas.

Michael Dummett, *Sobre inmigración y refugiados*. Cátedra, Madrid 2004. Traducción de Miguel Ángel Coll, 165 páginas.

Se sea pitagórico o no, se crea o no en la reencarnación, todo miembro que se precie de la comunidad filosófica (o de asociaciones próximas), sea del Este, del Oeste, del Norte o del Sur, analítico, dialéctico o continental, ha soñado reencarnarse, en tres ocasiones como mínimo, en las conexiones neuronales centrales de la mente de Michael Dummett. Profesor emérito de lógica de la Universidad de Oxford, el gran estudioso e investigador de la obra de G. Frege ha dedicado la mayor parte de sus esfuerzos filosóficos y docentes a la lógica, a la filosofía del lenguaje, de la ciencia y de la matemática y a partes significativas de la metafísica. Escribió dos ensayos sobre disuasión nuclear, pero apenas es conocido su compromiso teórico y militante contra la discriminación racial y su permanente defensa de los inmigrantes y refugiados que han ido llegando a Gran Bretaña a partir de los años 60. Fue él, y su compañera Ann Dummett, quienes crearon los primeros comités para su ayuda e integración. *Sobre inmigración y refugiados (SiR)* es un magnífico testimonio de esta, hasta ahora, desconocida faceta del autor de aquel inolvidable artículo sobre la "Verdad".

Aquel joven de Tréveris, probablemente se excedió una milésima de grado cuando apuntó, críticamente, en su última tesis sobre Feuerbach, la tendencia de los filósofos a la estricta interpretación, olvidándose con frecuencia de la imperiosa necesidad de transformar el mundo (y a sus pobladores, de paso y si es posible). Aunque acertara de pleno, él mismo, con su activo filosofar, falsó su propia afirmación. Creó escuela. Dummett, un filósofo tan escrupulosamente académico como él, autor de obras tan reconocidas como *Elementos del intuicionismo* señala en el prólogo de SIR: "(...) en 1964 me comprometí, junto con mi esposa Ann, en la lucha contra el racismo en Gran Bretaña. Durante cuatro años dedique cada minuto de mi tiempo libre a esa lucha; cumplí con mis deberes docentes, pero abandoné cualquier intento de trabajar creativamente en la filosofía" (p.11; las cursivas son mías). Neto compromiso ético y político, activa y eficazmente diseñado por los Dummett, que no ahorraba esfuerzos ni "molestias": "Actuando en nombre de CARD [Campaña Nacional contra la Discriminación Racial], creé una red extraoficial de informadores en el aeropuerto de Heathrow para que me llamaran por teléfono, a cualquier hora del día o de la noche, cuando tuvieran conocimiento de que alguien había sido rechazado. Entonces yo tenía que llamar al funcionario jefe de inmigración y decirle, cuando por fin conseguía comunicar con él, que quería formular una protesta; a continuación tenía que salir corriendo al aeropuerto, averiguar los antecedentes y formular mi protesta al funcionario de inmigración..." (p.12)

SIR se estructura en dos partes: "Principios" e "Historia". Para el lector no británico, esta segunda parte puede resultar de menor interés pero, aún así, con rentable y agradable esfuerzo, pueden hallarse magníficos premios. Por ejemplo, las páginas dedicadas a la supuesta profundidad del prejuicio racial (pp. 103 ss); su crítico y preciso comentario sobre la entrevista televisiva con la Sra. Thatcher en 1978 (pp. 127 ss) o su documentada aproximación a la política de inmigración italiana de los años noventa (pp. 157 ss). Pero, sin duda, la parte sustantiva del ensayo de Dummett se expone en los cinco capítulos que componen la primera sección de SiR. Aquí, independientemente del acuerdo o desacuerdo matizado que pueda tenerse con asuntos laterales (la relación entre China y Tíbet, Kosovo, la interpretación de *Pacem in Terris* de Juan XXII), lo único que cabe es animar a la atenta lectura del ensayo. Sería, sin duda, desviadamente exagerado pretender que este reseñador pueda siquiera vislumbrar alguna arista defectuosa en los sofisticados argumentos de Dummett. Queda tan solo mostrar algunos ejemplos de su excelente perspectiva de análisis y de sus principios básicos, con especial atención a la propuesta metodológica enunciada en el punto 4:

1. "El abismo cada vez mayor entre países ricos y pobres representa el problema más grave al que se enfrenta el mundo en los comienzos del siglo XXI. Cerrar ese abismo es la necesidad más acuciante que tenemos ante nosotros; no resolverla no sólo prolonga una gran injusticia, sino que amenaza la estabilidad mundial" (p.38).

2. "Incluso aunque una gran proporción de los que piden asilo fuera realmente fraudulenta, lo cual es posible, aún habría entre los prisioneros o detenidos muchos que han sido perseguidos o torturados y tienen un derecho indiscutible a ser reconocidos como refugiados. Es cruel infligirles el castigo que se supone que merecen los que cometan un fraude. La compasión hacia quienes han sido sometidos a un terror real exige que no se corra el riesgo de tratarlos severamente con un encarcelamiento injustificado. ¿Y cómo se puede evitar ese riesgo si los que buscan asilo son detenidos antes de que sus casos sean debidamente examinados? Más aún, no sólo es cruel la encarcelación de aquellos con solicitudes de asilo admisibles: encarcelar a personas que han escapado de situaciones que no podían soportar, incluso si sus solicitudes no son reconocidas por quienes deben juzgarlas, es casi tan inmoral" (pp. 52-53).

3. "La manipulación de la opinión con fines indignos bien puede ser un craso error, que no será perdonado. Envenenar la opinión pública contra un grupo de personas que piden nuestra ayuda y merecen nuestra piedad -o realmente contra cualquier grupo- es un crimen peor que el simple hecho de tratar a sus miembros injustamente. Sin embargo, *los dos mayores partidos políticos británicos han estado en connivencia en esto durante años*" (pp. 56-57) [el énfasis es mío].

4. "La presunción para los individuos siempre es a favor de la libertad: debe haber una razón determinada para que un estado tenga derecho a recortar esa libertad, si efectivamente así es. De modo que el derecho de un estado a impedir la entrada en su territorio debe basarse siempre en una razón específica. La responsabilidad de la prueba reside siempre en la reivindicación del derecho a no admitir aspirantes a inmigrantes" (pp. 69-70).

5. "(...) hasta que sea mejorada la condición de los países empobrecidos, la justicia también exige que los países ricos no cierren sus puertas a los pobres. La determinación, basada en el miedo, que ha llegado hasta Romano Prodi, y que impide la inmigración a los países de la Unión Europea, es histérica y profundamente injusta. Actualmente, las naciones europeas, mientras protestan piadosamente contra el racismo y la xenofobia, en la práctica se comportan como un Divas (Epulón) cuya reacción al ver a Lázaro a sus puertas es reforzar los cerrojos" (p. 81).

6. "La prueba de fuego será el trato a los gitanos. Siempre lo ha sido: durante siglos, desde que llegaron a Europa, los gitanos han sido la minoría más despiadadamente perseguida del continente, más duramente incluso que los judíos. La tierra donde los gitanos que buscan refugio puedan encontrarlo, y sean tratados con amabilidad por sus autoridades, será un tierra en la que florezca la justicia" (pp. 88-89).

Nada mejor para cerrar este comentario sobre este admirable trabajo de Dummett que recoger la prognosis, que merece ser compartida por todos, con la que finaliza su reflexión: "Diversas corrientes forman remolinos alrededor de Europa: corrientes de pánico, crueldad y odio; una fuerte corriente de egoísmo obtuso, inconsciente de sus probables consecuencias; y una corriente de sensatez y humanidad. Sólo si predomina esta última, habrá alguna esperanza de alejar el desastre para el mundo fuera de Europa y dentro de ella" (p. 165). Que así sea.

3. Con la boca bien abierta

Francisco Fernández Buey, *Ética y filosofía política*. Edicions Bellaterra, Barcelona 2000, 312 páginas.

Se cuenta que cuando ya Einstein se había instalado en Princeton, huyendo de la tecnocientífica barbarie nazi y gozando de una celebridad tal vez no enviable, un reportero le preguntó sobre la posible existencia de una fórmula que permitiera obtener éxito en la vida. La respuesta fue afirmativa. Si A representaba el éxito, la fórmula sería $A = X + Y + Z$, donde X era el trabajo e Y la suerte. ¿Y la Z, observó el periodista, qué significa esta incógnita? Sonriendo antes de responder, Einstein le comentó: "Mantener la boca cerrada".

Es obvio que ni el mismo creador o descubridor de la teoría de la relatividad estaba libre de error. *Etica y filosofía política (EFP)*, la última publicación de Francisco Fernández Buey (FFB), catedrático de Filosofía Moral de la Universidad Pompeu Fabra y, para nuestro bien y saber, asiduo colaborador en las páginas del topo siempre joven, defiende con apasionamiento riguroso la idea contraria: para tener éxito en la vida, éxito en sentido clásico, para hacer de ella una buena, una excelente vida, hay que saber mantener la boca bien abierta para usarla con criterio en los múltiples asuntos que como ciudadanos y como seres nos conciernen. Es probable que en boca cerrada no entren moscas pero, al final, inexorablemente, uno estalla. Le falta oxígeno.

EFP lleva como subtítulo "Asuntos públicos controvertidos" y éste es precisamente su tema central. Siete de sus ocho capítulos están dedicados a temas ético-políticos como el aborto, la eutanasia, la denominada explosión demográfica, el encuentro (o encontronazo: racismo, xenofobia) entre culturas, la guerra y la paz, la crisis ecológica y las éticas y políticas que toman el ecologismo como inspiración, la democracia, en muchos casos, demediada y, finalmente, algunas cuestiones de tecnociencia y bioética, con ajustado apartado dedicado al tema de la clonación y a la ética de la imperfección y el control de la política científica.

Empero, el primer capítulo introductorio de *EFP* es un excelente ejercicio aristotélico, con sorprendente y depurado estilo analítico, de clarificación y depuración de términos. El autor define conceptos como moral, relaciona ética y moral, establece las vinculaciones entre estos ámbitos y el de la política, discute sobre la primacía de ésta sobre aquéllas, comenta el asunto de las éticas de la convicción y de la responsabilidad en asuntos políticos y distingue con precisión entre la política entendida como teoría y como praxis.

Cualquier resumen de lo aquí comentado sería pobre y sesgado, pero sería necio no subrayar la coincidencia de FFB con las tesis del admirado autor de *Ética a Nicómaco* en lo referente a las relaciones entre la ética y la política: "(...) vale la pena subrayar [subraya FFB] que ha habido y hay éticas (con mayúscula) mucho peores que algunas políticas (con minúscula) y que la peor de todas las Éticas (con mayúscula) es aquella que se basa en la creencia del carácter demostrativo de la Moral, de una moral sin divergencias

que lo funda todo. De modo que, aunque a uno le llamen antiguo, es preferible ser aristotélico en esto y seguir manteniendo provisionalmente... la idea que el de Estagira tuvo de la relación entre ética y política".

Los restantes siete capítulos, centrados en los asuntos públicos referenciados, presentan probablemente una estrategia similar: aceptar las buenas razones que, como mínimo desde Hume, tenemos para distinguir los planos del ser y del deber de ser, los ámbitos de lo descriptivo o explicativo del plano de lo normativo, pero sin renunciar al aspecto clarificador que pueden tener nuestros conocimientos positivos. Si se quiere, éstos pueden verse como un instrumental eficaz que permite arrojar las malas hierbas que entorpecen los debates y envuelven en espesas tinieblas las posiciones mantenidas. Así, fácil ilustración, las manipulaciones pseudocientíficas de películas como *El grito silencioso* en el caso del debate sobre el aborto.

Es en este asunto, por poner un ejemplo notable, donde FFB esgrime unas excelentes estrategias de discusión. Siguiendo a Richard Dworkin, comenta que nuestras teorías puede conectar con la práctica de dos modos. O bien desde fuera hacia adentro, construyendo teorías generales a partir de primeros principios de alguna índole y aplicando posteriormente esas teorías a problemas concretos o bien, procediendo en dirección opuesta, desde dentro hacia afuera. Podemos empezar con problemas prácticos (¿debería permitir la ley, en algún caso, la práctica del aborto o de la eutanasia y en qué circunstancias?) y preguntarnos entonces qué cuestiones generales de naturaleza filosófica o afín deberíamos afrontar para resolver esos problemas. Me parece que no cometo ningún error si señalo que el autor se apunta, sin vacilación, a la segunda de estas direcciones.

Probablemente, FFB tendría algunos matices que esgrimir pero no un desacuerdo global con aquella idea de E. O. Wilson, el padre de la sociobiología, que anunciada la llegada del momento en el que había que sacar la ética de las manos de filósofos y biologizarla. Parece razonable que sin negar la autonomía de la reflexión ética, debamos tener en cuenta al tratar asuntos de esta índole los factores biológicos o biosociales pertinentes. No hay usurpación, más bien refuerzo, como el mismo FFB ha señalado: el apoyo que significa la incorporación de la cultura científica a la discusión ética, política o jurídica. ¿O acaso no ayuda, por ejemplo, para diferenciar con corrección entre diversidad biológica y aspiración a la igualdad social, la comprensión de la genética y de la biología molecular en la línea de Teodosius Dobzhanski?

Así pues, el autor sostiene con buenas y convincentes razones la idea de que un humanista (un filósofo, un pensador, un artista, pongan ustedes los etcéteras que sean necesarios) no debería estar a espaldas ni alejado del conocimiento científico, no sólo social sino natural y formal, para evitar el permanente riesgo de caer en el feo vicio del desconocimiento o en el de la asignificatividad. Detrás de ello, no hay duda, está el tema de las tres

culturas, cuestión a la que el autor ha dedicado trabajos y artículos en repetidas ocasiones, con la misma línea de defensa: el pensador que se precie y al que debemos apreciar no puede estar inmerso en un océano de ignorancia positiva, aunque desde Sócrates y con Cusa sepamos que conocer es conocer nuestro desconocimiento. Nuestro humanista debe ser un amigo de la ciencia - que, desde luego, no implica ser enemigo de otros saberes-, por muy negativas que sean y le parezcan muchas de sus aplicaciones o construcciones y desvaríos.

Se le pueda reprochar a FFB que la tarea que nos propone tal vez sea necesaria pero que, en todo caso, o es una tarea sobrehumana, no tanto por su infinitud sino por sus colosales dimensiones, o bien, si se quiere, que está al alcance de muy pocos y que, por tanto, la implicación que parece colegirse resulta ser netamente aristocrática, en el peor de los sentidos, que lo tiene, de este término. Sólo unos pocos estarían en condiciones de intervenir en esos asuntos públicos controvertidos: aquéllos que tuvieran tiempo, energía, capacidad y profundidad para dotarse de tamaño arsenal de saber. Pero el autor ya ha contestado en su libro, y en trabajos recientes, a la objeción de la mejor forma en que puede hacerse: señalando el camino, indicando que claro está que no se trata de que nos convirtamos en expertos en asuntos de física de partículas, de termodinámica, de genética molecular o de lógica borrosa, por ejemplo, sino que adquiramos los conocimientos básicos en algunas de estas materias. Para ello, FFB ha tenido la gentileza de indicarnos al final de cada uno de estos siete capítulos una bibliografía seleccionada que incorpora excelentes y recientes libros asequibles para un lector medio de información y divulgación científicas.

Por otra parte, se le podría plantear al autor la misma dificultad que hace años sugirió Manuel Sacristán a una publicación de Jesús Mosterín sobre *Racionalidad y acción humana*. Si el criterio a partir del cual podemos construir -no deductivamente- nuestras posiciones morales tiene su base en el conocimiento positivo, no hay que olvidar que éste siempre es potencialmente revisable y en muchas ocasiones revisado en escasas décadas. Así, las ideas y venidas de sectores de la comunidad científica sobre el carácter genético de nuestras preferencias sexuales, puede enturbiar notablemente el debate sobre cuestiones afines. FFB advierte reiteradamente sobre esta provisionalidad del conocimiento, no es ajeno a la tesis de que una docta ignorancia (que es ignorancia, pero docta) puede hacernos prescindir de las opiniones de las comunidades científicas en determinadas cuestiones y pone reiterado énfasis en avisarnos del lema que debería regir en estas polémicas: el deber ser no surge con mecánica deductiva a partir de nuestras provisionales pero no absurdas consideraciones sobre el ser.

Si se tuviera que resumir en un solo enunciado el principal aviso que, en mi opinión, se vertebría en estas páginas, el mejor candidato tal vez fuera el siguiente: el desconocimiento ostentoso -y, en ocasiones, ostendido- de la

reciente cultura científica sitúa frecuentemente a muchos filósofos postmodernos en la contemporaneidad de la más absoluta premodernidad. Y puestos a ser wittgenstenianos, aunque sea en un sentido no estrictamente wittgensteniano, no hay que olvidar que el autor del *Tractatus* ya tuvo la deferencia de finalizar su obra con aquella astuta recomendación: "De lo que no se puede hablar, lo mejor es el silencio".

PS: Todo parece indicar un resurgimiento, hasta ahora vivido como imposible, de antiguos vientos del este, por lo que parece que se anuncia una prolongada huelga por la dignidad, por las 35 horas y por el trabajo sin precariedad, en el sector de la impresión. Así que es posible que las muy probables reediciones de *EFP* tengan que esperar un tanto. Conociendo al autor es obvio que no va a hacer nada por romper el combate obrero. Más aún, en contra de su interés como agente racional, no es de extrañar que participe o encabece alguna de las escaramuzas. Así que un consejo: interrumpan lo que esté haciendo, por importante que sea, y vayan a la librería más cercana a adquirir un ejemplar de *EFP*. Me lo agradecerán. No digan que no les he avisado.

4. Recuperación del todo perdido

Francisco Fernández Buey, *Poliética*. Losada, Madrid, 2003, 338 páginas.

Se hará justicia. /¿Cuándo? /Cuando los vivos sepan lo que sufrieron los muertos. /Dijo eso sin rastro alguno de amargura en la voz, como si tuviera toda la paciencia del mundo.

John Berger, *Puerca tierra*

Apunta Jorge Riechmann, en una reciente y excelente aproximación -"Para acercar lo que se desgarró"- al último libro de Francisco Fernández Buey, una interesante sugerencia: leer *Poliética* junto con *Humanidad e inhumanidad*, que también aborda "un territorio político-moral parecido"

desde una perspectiva de historia social. El ensayo de Jonathan Glover se abre con una cita de la autobiografía de R. G. Collingwood -“La principal tarea de la filosofía del siglo XX es tener en cuenta la historia del siglo XX”- e ilustra su epílogo con otra cita de Collingwood: “(...) si se supone que el pasado vive en el presente, si se supone que, aunque encapsulado en el presente y a primera vista oculto detrás de los rasgos más contradictorios y prominentes del presente, está todavía vivo y activo, es perfectamente posible relacionar el historiador con el no historiador de la misma manera en que el guardabosque informado se relaciona con el viajero ignorante”. Fernández Buey, catedrático de filosofía política en la Universidad (pública) Pompeu Fabra de Barcelona y uno de nuestros filósofos temáticamente más polifónico, actúa en *Poliética* de educado guardabosque con visitantes acaso menos informados y, desde luego, ha tenido muy en cuenta la historia del siglo XX. ¿Qué historia? La historia de dos espantosas guerras mundiales que tuvieron Europa como eje, la historia de las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki que hacía decir años después a R. Oppenheimer, el director del proyecto Manhattan, que “tenía un gran ansiedad por descubrir si ese tipo de bomba terminaría produciendo los efectos que de ella se esperaban, o más brevemente, si su intrincado mecanismo funcionaría; eran pensamientos terribles, lo sé, pero no podía evitarlos”; la historia del “Advenimiento del Socialismo”, la historia de un sistema guiado por “un bienamado Líder y Señor, el gran Stalin”, que ordenaba a Vishinski, el eterno fiscal estalinista, reconocer personalmente los cadáveres de los fusilados, y por él mismo condenados, Bujarin, Rikov, Yagoda y Krestinski; la historia del Milenio del Reich, la historia de aquel infierno dantesco llamado Auschwitz, la historia, en fin, de aquel “funcionario ejemplar” -responsable máximo del funcionamiento de las infraestructuras que conducían a millones de personas a las cámaras de gas- llamado Adolf Eichmann, que creía haberse inspirado siempre, en sus actuaciones, en el imperativo categórico kantiano. No le faltan pues razones a Fernández Buey cuando señala que el “gran asunto de la conciencia ético política del siglo XX no fue el bien y lo bueno (ni su búsqueda, ni su definición, ni siquiera su etimología), sino el del mal y la maldad” (p. 28).

Poliética está compuesto de una introducción y de siete capítulos dedicados, respectivamente, a Karl Kraus, György Lukács, Walter Benjamin, Bertolt Brecht, Simone Weil, Hanna Arendt y Primo Levi. En la introducción, Fernández Buey fundamenta la irrupción y necesidad de esta vieja-nueva categoría filosófica: “poliética” es un término ambivalente elegido para reunir algunas de las aportaciones decisivas a la conciencia ético-política del siglo XX. Su ambivalencia, buscada por el autor, “sugiere al mismo tiempo pluralidad de éticas y fusión de lo ético y lo político” (p. 32). Entendida en el primer sentido, poliética no es, en los autores tratados, una afirmación normativa sino un juicio de hecho, que “no implica en ningún caso admisión del relativismo ético, sino agudización de la batalla de ideas” (p. 33);

entendida como fusión o deseo de fusión de los ámbitos ético y político, es una propuesta normativa que arranca de dos observaciones: 1^a, que la separación entre ética y política ha tenido y tiene fundamento metodológico pero "ha sido pervertida en la vida práctica de las sociedades" (p. 33), y 2^a, que los principales problemas políticos remiten a principios éticos y, viceversa, que los asuntos privados acaban normalmente en consideraciones político-jurídicas, remitiendo ambas consideraciones al mismo asunto: "la recuperación del todo perdido una vez que se ha admitido que, por razones analíticas o metodológicas, conviene mantener separados el juicio ético y el juicio político" (p. 33).

Fernández Buey, después de unas interesantísimas páginas dedicadas a la valoración de la tradición heredada, a la intención de Nietzsche de retrotraer la reflexión ética a la filosofía y la ciencia del lenguaje y al surgimiento de la metaética analítica con los *Principia Ethica* de Moore, señala que ninguno de los grandes pensadores del siglo, más allá de la finalidad buscada, ha logrado algo equivalente a las sistematizaciones éticas de Kant o Hegel, sin que ello implique menosprecio alguno de algunos de esos intentos. Fernández Buey no se propone entonces seguir y discutir estos desarrollos, digamos, más académicos, sino que el autor de *Leyendo a Gramsci* transita por un camino más relacionado con la historia de la otra ética, con la obra de autores cuyo interés prioritario ha estado centrado en las actitudes ético-políticas de las gentes en su vida activa, o, como señalaba el autor en una reciente entrevista, "(...) intento construir una poliética a partir de autores que no son filósofos académicos, que no aparecen en los manuales de filosofía, a excepción de Arendt. Todos ellos son atípicos, con una gran capacidad de reflexión filosófica y para los que cuentan más sus vivencias personales" (*El País*, 27/11/2003, p. 32).

No es posible ni sería justo resumir aquí lo apuntado por el autor en sus análisis, en su diálogo con las obras y reflexiones de estos autores. Pero sí señalar algunos premios que, con seguridad, podrán obtenerse tras la lectura de *Poliética*. He aquí una breve lista: el sucinto pero sustancial balance de lo aportado a la conciencia ético-política del siglo XX por el autor de *Los últimos días de la humanidad*; la magnífica síntesis biográfica de Lukács que consigue Fernández Buey en las páginas 86-96 de su ensayo; la singular y sugerente lectura, acaso hoy una de las pocas transitables de *Historia y conciencia de clase* (pp. 103-117); la cuidadosa aproximación a las tesis sobre filosofía de la historia de Benjamin (pp. 137-154); las hermosas páginas dedicadas al Galileo de Brecht (pp. 191-195); el diálogo con Jiménez Lozano a propósito del misticismo de Weil (pp. 199-205), en consistente línea con la advertencia inicial que abre este capítulo: "Deberíamos tratar de evitar que con Simone Weil acabe pasando algo parecido a lo que ha ocurrido entre nosotros con Teresa de Ávila, a saber: que la limitación de su pensamiento y de su hacer al aspecto místico-

religioso desvirtúe a la persona hasta dejarla prácticamente demediada, como el vizconde de Italo Calvino" (p. 197); el diálogo y comparación que establece Fernández Buey a lo largo del capítulo dedicado a Arendt entre las tesis sostenidas en *Los orígenes del totalitarismo* y en *Eichmann en Jerusalén*; finalmente, el inolvidable capítulo que dedica al autor de *Los hundidos y los salvados*, a aquel químico que, después de su propia experiencia en Auschwitz, describió los campos de exterminio como si se tratara de hacer un informe científico, y que "a pesar de la tragedia de su vida, fue un optimista ilustrado y siguió pensando favorablemente de la especie humana. Es el que mejor refleja la memoria de la ofensa, y lo hace con distancia crítica" (*El País*, 27/11/2003; p. 32). El mismo Levi definió el estilo de su memoria histórica de la ofensa como *oralidad sin dramatismo*.

A los premios señalados, hay que sumar otros de no menor excelencia: la trabajada prosa del autor que consigue que *Poliética* pueda ser leída como una excelente novela de ideas (repárese, por ejemplo, en el hermoso título de los capítulos que la componen: "La historia del hombre vista por un ángel: Walter Benjamin", "La conciencia moral en el rigor de la palabra: Karl Kraus",...); la cuidada bibliografía seleccionada, y en algunos casos comentada, que acompaña a cada uno de los autores tratados, y las logradas imágenes que el autor nos regala aquí y allá y que, sin duda, constituyen acicates no deseables para un excelente argumento de película, acaso observaciones para una nueva trilogía de Lars von Trier sobre las revoluciones europeas del XX. Una muestra: "Poco antes de abandonar Heidelberg definitivamente, Lukács metió en una maleta las pruebas de las etapas de su camino en la vida, de lo que luego llamó "mi camino hacia Marx" y lo depositó en custodia en el Deutsche Bank de aquella ciudad. En la maleta había varios manuscritos, borradores, notas y cartas, entre ellos el material para su libro inacabado sobre Dostoievski. La fecha del depósito de la maleta era el 7 de noviembre de 1917. Nunca dijo nada a nadie de ese depósito, ni siquiera a Gertrud Bortstieber, la mujer con la que vivió luego durante muchos años. Aquel depósito se descubrió accidentalmente después de la muerte de Lukács y se publicó algunos años más tarde" (pp. 94-95).

Hay, además, en cada una de las siete aproximaciones una lección, en acto, para todo lector/a atento y sensible: la exquisita forma en la que Fernández Buey lee, nos lee, textos centrales de cada uno de los autores tratados. Hace más de 50 años, comentando precisamente una discutible edición de 1950, del padre Perrin, de *A la espera de Dios* de Simone Weil, Manuel Sacristán, maestro y filósofo amigo del autor de *Poliética*, comentaba: "Poco a poco va uno descubriendo que es más difícil saber leer que ser un genio". Pues bien, hay personas que para nuestra fortuna tienen el firme y generoso propósito de ayudarnos a los demás a transitar sin extravíos por el sendero más difícil.

Fernández Buey señala en la Introducción que no pretende justificar la elección de los autores tratados. Si se tuviera que escribir una detallada historia de la conciencia ético-política del siglo XX, la selección resultaría insuficiente y arbitraria. "Pero no me he propuesto eso sino, mucho más modestamente, sugerir algunas calas en ese conciencia priorizando autores y temas que a veces son tratados como cabos sueltos en la historias y manuales al uso" (p. 33). Nos solicita entonces que perdonemos la arbitrariedad de su elección. Los autores con los que dialoga "son, por así decirlo, santos de mi devoción. Si eso no fuera una forma de hablar, si creyera en santos y estuviera sugiriendo un devocionario laico, añadiría que tengo algunos más, por supuesto" (p. 34). Y cita, como ejemplos, a Moore, Gramsci, Einstein, Camus, Bloch, Marcuse y Debord. Repárese que son siete igualmente los componentes de la nueva lista. Ello es ocasión para que los lectores pidamos, con la máxima delicadeza, un segundo volumen de *Poliética* que recorra el nuevo arco ético-político que va de Moore a Debord. Como en la lista anterior, también en esta hay un sólo filósofo básicamente académico.

Juan Goytisolo proponía recientemente un excelente criterio de selección de lecturas en esta supuesta era de la información desmedida: sólo merecen ser leídos, señalaba el autor de *Coto vedado*, los libros que merecen ser releídos. Si aceptan este interesante criterio, y no veo que tengan muchos argumentos para orillarlo, ustedes, y Goytisolo, si aún no lo han hecho, deberán leer *Poliética*, porque, con Riechmann, estamos ante un libro imprescindible que merece ser leído y releído.

5. Bondad y brevedad

Philippe van Parijs y Yannick Vanderborght, *La renta básica. Una medida eficaz para luchar contra la pobreza*. Piados, Barcelona, 155 páginas. Prólogo de Daniel Raventós (traducción de David Casassas).

Señala Daniel Raventós en el prólogo que ha escrito para la edición castellana de este ensayo de Van Parijs y Vanderborght, que abundan los libros gruesos que podían haberse escrito con muchas menos palabras y que, en cambio, son escasos los libros (¿por qué “libritos”? ¿*Pedro Páramo* es “un librito”? ¿Lo es el *Tractatus*?) que aportan información y material de reflexión en escaso número de páginas. *La renta básica* es uno de ellos y esta reseña aspira a ser consistente con ese deseable atributo.

La renta básica consta de una introducción y de cuatro capítulos. En la introducción se señala el objetivo central del estudio: contribuir a que la controvertida propuesta de la renta básica pueda ser objeto de un debate sereno y bien informado (Recuérdese la definición de la noción: “Por “renta básica” entendemos aquí un *ingreso conferido por una comunidad política a todos sus miembros, sobre una base individual, sin control de recursos ni exigencia de contrapartida*” (p. 25)). En el primer capítulo –“¿Una idea

nueva?"- se reconstruye sucintamente la prehistoria y la historia de esta idea, recordando las aportaciones, entre otros autores, de Moro, Condorcet, Thomas Paine, Fourier, Russell,...incluso (iay!) las de Milton Friedman y Johannes Ludovicus Vives, "humanista catalán de origen judío y profesor en Lovaina, a quien debemos el primer plan detallado y cuidadosamente argumentado de una renta mínima garantizada" (p. 27). El segundo capítulo –"¿Una idea plural?"- explica con detalle la definición del concepto, da cuenta de las diversas variantes de la propuesta y clarifica las relaciones con categorías o vindicaciones próximas. En el tercero –"¿Una idea justa?"- se exponen los argumentos centrales esgrimidos a favor de la idea y las objeciones principales, y en el cuarto –"¿Una idea de futuro?"- se aborda las posibilidades políticas actuales de la propuesta. Los autores resumen en la conclusión (pp. 141-142) sus principales posiciones –la renta básica lleva a su favor dos siglos de historia; la renta básica es una idea sumamente simple; la renta básica es un medio de lucha, que debe ser explorado con prudencia, contra la pobreza y el paro; formas de renta mínima implantadas en algunos países señalan la dirección hacia la implantación de la verdadera renta básica- y señalan: "Al igual que sucedió antes con el sufragio universal, no bastará con un solo día para que la renta básica deje de ser una ilusión de unos pocos excéntricos y se convierta en una evidencia para todos" (p. 142).

No puede haber duda de que todo ciudadano interesado en temas de explotación, de pobreza, de justicia, tiene en este libro de Van Parijs y Vanderborght un excelente material que le permitirá profundizar en un dilema muy presente en toda la discusión: siendo obvio que la puesta en práctica de la renta básica, permaneciendo constante todo lo demás, permitiría una reducción de la pobreza, dada la escasez de los recursos, la cuestión es "si la renta básica permite alcanzar ese objetivo con mayor eficacia que los dispositivos convencionales de rentas mínimas" (p. 75).

Ya que no es posible discutir brevemente las numerosas cuestiones que se abordan en el volumen -el paro y la renta, el coste de la individualización familiar, la renta y el reparto del trabajo, renta y justicia, renta básica y finalidad comunista-, y puesto que no resulta muy útil un entusiasta elogio del ensayo, por lo demás merecido, cabe señalar las siguientes aristas:

1. El uso de anotaciones matemáticas elementales hubiera facilitado la comprensión de algunas figuras. Por ejemplo, y aunque sin duda las notas complementarias permiten el seguimiento de las representaciones, en el caso de los gráficos 1 y 2 de las páginas 56 y 61. Resulta algo extraño, por lo demás, el uso de superíndices en la gráfica 4 (p. 69).

2. La apretada síntesis con las que los autores presentan sus tesis y sus argumentos no debería ocultar la mucha cera que arde detrás de muchas de sus afirmaciones. El lector/a debería, pues, complementar (y meditar) la explicación que aquí se brinda. Por ejemplo, al tratar el importe de la renta básica, mayor o menor que el umbral de pobreza, señalan: "Cualquier

propuesta sensata de renta básica no toma *estas formas extremas* [300 euros: financiada con la supresión de todas las pensiones no contributivas actuales; 200 euros que se añadirían al conjunto de subsidios existentes financiados a través de un impuesto progresivo]. Pero basta su comparación para ilustrar la absurdidad de una preocupación exclusiva por la cuestión del importe propuesto. En función del modelo de financiación y de otras medidas de acompañamiento, una renta básica de importe más débil puede mejorar sensiblemente la situación de los más pobres, mientras que una renta básica que estipule un importe más elevado puede deteriorarla” (pág. 52). Es sólo un ejemplo; hay muchos otros.

3. Puede observarse en algunos casos, sólo en algunos casos, una cierta asimetría o precipitación en determinadas consideraciones políticas de los autores. Por ejemplo, destacan que Jordi Sevilla, ministro del actual gobierno PSOE, “propone, desde 2001, una reforma fiscal que incorpora una renta básica” (p. 123), pero no parece que ese deseo del ministro Sevilla tenga hasta ahora alguna plasmación en la actuación política de su gobierno. En cambio, en un apartado extraña o curiosamente titulado “Extrema izquierda”, señalan, no sin refutarse de hecho en las líneas inmediatamente posteriores, que los partidos comunistas ortodoxos –sin especificar qué organizaciones incorporan a ese ortodoxia-, “no se han mostrado demasiado seducidos por esta marcha hacia el “reino de la libertad”, sin duda (*sic*) demasiado alejada de su propia visión acerca de la realización gradual del comunismo” (pp. 123-124). No hace falta señalar que las posiciones y discusiones sobre el tema en el ámbito del PCE, PCP, Rifundazione, PSUC-viu falsean “sin duda” esa consideración.

4. Varias consideraciones que se presentan a lo largo del estudio –al referirse por ejemplo, a la participación de los jóvenes adultos o al caso de los inmigrantes que “desconocen la lengua del país de acogida”- parecen matizar el carácter incondicional de la propuesta. Por ejemplo, condicionar “el derecho a la renta básica al seguimiento de un itinerario formativo que permita a los recién llegados adquirir un conocimiento suficiente de la lengua del país de acogida” (p. 138). Sea justa o no, sea necesita o no esta limitación, parece ir en sentido contrario a uno de los argumentos esgrimidos con más fuerza para defender la propuesta. Por motivos, acaso similares, podría aducirse que la renta básica sólo será concedida a aquellos individuos comprometidos con la derecha extrema fascista que sigan, con éxito suficiente, cursos de formación democrática y social, o a aquellos individuos de rentas superiores a los 200.000 euros anuales que siguen un curso acelerado sobre igualdad, libertad real y comportamiento ético.

5. Tampoco parece totalmente convincente la presentación realiza de todas las posiciones sindicales. No sólo porque algunos de los puntos señalados –3 y 5, por ejemplo (p. 111)- pueden ser preocupaciones ya superadas sino porque, en algún caso, los autores citan, para defender su

análisis, declaraciones sindicales... ide los años 1985 y 1986! Mucho ha llovido desde entonces, incluso en territorio sindical.

Recuerda Daniel Raventós un fragmento de un escrito de Van Parijs de 1999: "La filosofía política nunca ha sido para mí un fuego frívolo que solamente busca hacer distinciones sutiles que permitan lucirse, *sino que se trata de una parte esencial de la urgente tarea de reflexionar sobre lo que debe hacerse para conseguir que nuestras sociedades y nuestro mundo sean menos injustos que ahora o simplemente eviten el desastre*". La renta básica está en esa línea. Es un trabajado ensayo de filosofía política que, consistentemente, está alejado del simple lucimiento intelectual, porque, importa, y mucho, contribuir a mejorar nuestras sociedades.

Por si fuera poco, la cuidada traducción castellana de David Casassas está a la altura de los autores y del prologuista.

6. Conversaciones con un ironista liberal, tenaz defensor del sueño americano

Richard Rorty, *Cuidar la libertad. Entrevistas sobre política y filosofía*, Trotta, Madrid, 2005. Ed. Eduardo Mendieta; 206 páginas; traducción de Sonia Arribas

Considerado en círculos académicos, no forzosamente filosóficos, como el filósofo vivo más importante de Estados Unidos, Richard Rorty no ha dejado de manifestarse neta y reiteradamente en estas últimas décadas sobre una amplia diversidad de asuntos públicos controvertidos con puntos de vistas no siempre transitados por mayorías, aunque no siempre a contracorriente del discurso y la argumentación imperantes en los círculos de poder de Estados Unidos. Editadas por Eduardo Mendieta, se recogen en este volumen once entrevistas publicadas entre 1982 -"De la filosofía a la post-filosofía"- y 2001 -"Sobre el 11 de septiembre". El editor finaliza su nota introductoria al volumen con una declaración de neto y combativo tono político, y con clara arista crítica: "Tengo la esperanza de que este libro permitirá que muchos de aquellos que le rechazan, y *que de forma deliberada representan equivocadamente sus punto de vista*, consideren en qué amplia medida Rorty ha estado de forma coherente al lado de la democracia y ha sido un defensor incansable del sueño de una América que debemos seguir forjando, porque su "identidad moral aún ha de ser forjada, más que necesita ser preservada"" (p. 206) [la cursiva es mía]. Las últimas palabras entrecomilladas son del propio Rorty y "el sueño de una América"

remite a lo que usualmente se entiende por tal finalidad real-onírica en el discurso político contemporáneo.

Si no se está muy introducido en la filosofía de Rorty, acaso sea aconsejable iniciar la lectura del volumen por las páginas introductorias de Mendieta -"Hacia una política post-filosófica", pp. 9-29- y por la documentada presentación de Derek Nystrom y Kent Puckett en su entrevista con Rorty para *Prickly Pear Pamphlets* -aquí recogida en las páginas 111-119-, que lleva el sorprendente y enrojecido título, no sabemos si del gusto del filósofo, "Contra los jefes, contra las oligarquías: una conversación con Richard Rorty".

De hecho, el aforismo inicial de Rorty con el que Mendieta abre su introducción -"Cuida la libertad y la verdad se cuidará a sí misma"- marca el tono filosófico del conjunto: una vindicación de la libertad, no siempre definida con precisión (acaso por tratarse de un concepto borroso que permite multitud de aproximaciones en sus márgenes e incluso en su núcleo central), como instrumento, como procedimiento, como un estar esencial en el mundo, vindicación primordial que, se afirma, conlleva el desarrollo de otras normas o valores en base al siguiente razonamiento: si cuidamos la libertad, la verdad se cuidará a sí misma, dado que un enunciado verdadero es, por definición, aquel sobre el que la comunidad libre está de acuerdo en que es verdadero; consiguientemente, al cuidar la libertad, la verdad nos vendrá dada como fruta ya madura. El lector juzgará sobre el carácter circular, suficiente o conclusivo del razonamiento.

Algunas de las claves de las posiciones políticas de Rorty quedan dibujadas en los compases iniciales de la citada entrevista de Nystrom y Puckett:

1. McCarthy consiguió, para desgracia de las posiciones democráticas avanzadas de carácter socializante, como las defendidas por Rorty, que el anticomunismo tuviese mala fama entre los círculos de izquierda (p. 119).

2. El socialismo democrático, la posición política defendida por Rorty, es y debe ser netamente anticomunista y debiera ser entendida como una visión reformista del capitalismo (p. 120), que no aspira a la transgresión o transformación radical de este modo de producción y reproducción sino a la superación de sus aristas más inhumanas y más corruptas, cuya sangrante realidad no ofrece atisbo de duda a Rorty.

3. El "oro de Moscú" pagó real y eficazmente la infiltración rojo-comunista en muchas instituciones norteamericanas, más allá de la coincidencia en este punto con lo dicho y denunciado por ciudadanos tan poco admirables como el senador McCarthy. La diferencia básica entre la infiltración vía "oro de Moscú" y la financiación, a través de la CIA, de asociaciones e instituciones de grupos anticomunistas como el Congreso para la Libertad Cultural, que Rorty admite y reconoce, reside "en que el gobierno de Stalin fue malo y el nuestro relativamente bueno. Y además, cuando

tomabas el dinero que Stalin te daba, trabajabas a sus órdenes, pero no cuando tomabas el dinero de la CIA [...] Los intelectuales anticomunistas en Europa, cuyos escritos se publicaban gracias al dinero de la CIA fueron figuras heroicas, gente como Silone y Koestler y Raymond Aron" (p. 121).

4. Al final se obtuvo el que fue, según Rorty, el objetivo primordial de la guerra fría: dar una oportunidad a la ciudadanía para conseguir gobiernos democráticos en Europa del Este, aunque, como él mismo admite, se tuviera que "vivir con los recuerdos del asesinato de Allende, de la guerra del Vietnam y de otros horrores" (p. 122). Por ello tal vez pueda defender Rorty singulares afirmaciones como la de que la concepción marxista, la tradición marxista, no es un conjunto de ideas, sino una conspiración política no adjetivada a la que no se debería dar ninguna dignidad intelectual (p. 165).

Se encuentran, además, en el volumen singulares pasajes que acaso no deberían pasar desapercibidos. Así, al describir su visión de lo sucedido en Rusia y en otros países de Europa del Este después de la caída del muro y la desintegración de la URSS, Rorty apunta que lo que está ocurriendo puede ser entendido como una lucha entre los gánsteres -todos ellos, en su opinión, antiguos dirigentes comunistas- y los intelectuales, y que ignora quién va a ganar en cada país. A lo que añade Rorty: "Lo asombroso de Rusia, a mi juicio, es que toda la propiedad del estado fue robada en unos pocos años, [risa] y ahora todo es privatizado, lo que significa que la nomenclatura es su propietaria privada. Creo que los comunistas rusos se llevaron toda la riqueza del país y la pusieron en sus cuentas corrientes individuales en Suiza". El lector/a no perderá su tiempo filosófico si reflexiona sobre el origen y trasfondo de esa risa de Rorty, si se pregunta cómo es posible que un filósofo tan fino y sofisticado como él pueda hablar continuamente y sin matiz alguno de "los" comunistas, y cómo es posible que un exquisito lector de Wittgenstein y Shakespeare como él no tenga nada qué decir -el resto es silencio- respecto a los nuevos dirigentes rusos y a la bendición occidental no matizada de casi todas sus actuaciones.

Por si faltara algún grano gordo de sal, en una de las entrevistas recogidas, fechada a finales de 2001, Mendieta y Rorty dialogan sobre el 11 de septiembre y sus consecuencias y en un determinado momento el autor de *La filosofía y el espejo de la Naturaleza* sostiene que "el ataque terrorista a los Estados Unidos" justificó la acción militar desatada contra Afganistán, y ello independientemente de la permanente mentira en la que estaba instalado el gobierno anti-internacionalista de Bush. Preguntarse por las razones que justifican esa supuesta justificación es seguramente obligación de todo filósofo que no haya perdido definitivamente tensión filosófica y pulso moral y de todo ciudadano/a que no haya claudicado ni esté dispuesto a hacerlo, y que quiera pensar los asuntos hasta el final (o hasta donde alcancen sus fuerzas mentales).

7. Del inodoro

Rafael Sánchez Ferlosio, *Non olet*. Destino, Barcelona 2003, 310 páginas.

En un, en tiempos añorados, transitado pasaje del capítulo III del libro I de *El Capital*, Marx apuntaba que:

(...) Al mismo tiempo los precios, los amorosos ojos con que le hacen guiños las mercancías, indican los límites de capacidad de transformación, su propia cantidad. Como la mercancía desaparece al convertiste en dinero, a éste no se le ve cómo llegó a las manos de su poseedor, qué fue lo que se transformó en él. *Non olet*, cualquier que sea su origen" (OME 40, p. 121)

Neta distinción entre la génesis del objeto y su validez mercantil. Sea cual sea su origen: no huele. Frase atribuida al emperador Vespasiano, y con la que éste se había referido al inodoro elemento, olfateado según se cuenta con moneda muy cercana a su nariz, dinero recabado fiscalmente de los urinarios de la vía pública.

Sánchez Ferlosio señala que el título de su último libro -nombre, a su vez, del apartado III del capítulo "Trabajo y ocio"- está tomado "del que un oscuro arbitrista granadino de principios del siglo XIX, del que se ignora el nombre y sólo parece, relativamente, averiguado que fue clérigo, le puso a cierto opúsculo -hoy sólo fragmentariamente conservado..." (p. 177). Ya esta misma consideración, entre muchas otras, es prueba conclusiva de la casi inabordable erudición a la que nos tiene acostumbrados, y admirados, SF. No es inconsistente pensar que acaso el mismo Marx tomara su cita del clérigo granadino. Por ello, acaso quepa sugerir a Ferlosio una posible línea de investigación clérigo innombrado-humán que admiraba a Espartaco, por si fuera de interés establecer, o falsar, la posible conexión entre el opúsculo del oscuro arbitrista y las fuentes documentales del autor de *El Capital*.

¿Qué puede decirse sucintamente de esta, la última publicación del autor de *El alma y la vergüenza*? Básicamente y sin vacilación: dedicarse a su lectura, con toda la atención y cuidado que merece, es una de las mejores apuestas (Bordieu) concebibles, independientemente de la mediación y determinación del aparato de producción textil, esto es, de la poderosa industria de textos insustanciales, como acostumbraba a decir el padre Batllori.

Tanto da que nos puedan sorprender algunos pocos pasajes del ensayo de Ferlosio. Pueden escapársele a uno, como es mi caso, las razones unamunianas que mueven a SF a escribir Jámbled de Chéspir, y a respetar, sin cambios y casi a continuación "Sir Lawrence Olivier" (pp. 58-59). Acaso quepa distanciarse cortésmente del sentido del humor vertido por SF sobre el autor de *La mala reputación* ("aquellas erres rrodadas y vibrantes que le imitó el bellaco de Brassens" (p. 75)), mas cuando muestra a un tiempo, y con adoración modélica, su ilimitado y apasionado reconocimiento por la voz y el hacer artístico de Piaf: "Tan sólo...una mujer pequeña, fea y de apariencia casi contrahecha, pero una artista excepcional, por la irresistible fuerza de expresividad patética que impulsaba su voz y su dicción [...] como Edith Piaf, lograba lanzar tan lejos y tan fuera de sí misma sus canciones que ningún público podía negarse a ellas" (p. 75). Quizá podamos discrepar parcialmente sobre el severo juicio -sin duda, justificado en otras ocasiones- lanzado como dardo sobre Clark Gable (p. 86), si pensamos en el Gable de las inolvidables *Vidas rebeldes* del último Huston. Podemos disentir, con pertinentes razones extraídas de ensayos feministas y afines, de la algo rápida observación de SF sobre los términos "género" y "sexo": "Puesto que "género" ha sido últimamente robado a la gramática como un pudoroso eufemismo para decir "sexo" (p.99). Tal vez pueda parecernos reflexión no segurable en todos sus extremos lo señalado por el autor de *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* sobre la belleza masculina: "(...) por lo mismo, así como (...) se ha tenido siempre, acaso injustamente, por innecesario preguntarles a las guapas por su autocomplacencia ante el espejo, de los guapos se piensa de antemano que nunca serían sinceros ante tal pregunta, *cuando no, incluso, la recibirían como una ofensa*" (p.114). Podemos temblar inseguros ante la compañía escogida por SF para su análisis de las categorías de trabajo y ocio en la obra de Marx: nada más, y nada menos, que el mismísimo Jean Baudrillard y *El espejo de la producción. O la ilusión crítica del materialismo dialéctico* (pp. 126 y ss), sobre si todo si recordamos, por ejemplo, aquel paso de los *Grundrisse* de Marx: "El tiempo libre -entendido a la vez como "tiempo de ocio" y "tiempo de actividad superior"- ha transformado (en la sociedad comunista) materialmente a su poseedor en otro sujeto" (OME 22, pp. 97-98). Acaso debamos elevar alguna amable queja ante trinitarias igualaciones no matizadas en afirmaciones como "esa conversión del trabajo en categoría contractual por obra de la

economía de producción y el surgimiento desde todos los sectores, liberales, marxistas o cristianos, de toda clase de apologías, a cual más grandilocuente, del trabajo en sí mismo y por sí mismo" (p. 147). Extraña igualmente que, sabido lo sabido sobre el movimiento de movimientos, SF -con innegable y cortés delicadeza- señale que tampoco los que claman contra la globalización hayan sabido o querido "decir nada sobre el achaque...que impide a la economía de mercado hasta los más sinceros propósitos de *subuentio pauperum*: la redundancia" (p. 277). Podemos disentir de la rotundidad de afirmaciones como aquella en la que SF señala que "Marcuse ha sido *el último que, desde el marxismo*, ha pretendió naturalizar ese fetiche abstracto que sería el "Trabajo" en cuanto género universal..." (p.146). Finalmente, tal vez podamos demandar la necesidad de algún matiz al señalar Ferlosio que fue "una flaqueza teórica de Marx la de ser tan progresista como los liberales" (p.284) -si bien admite la lucidez del Marx tardío, crítico del capitalismo productivista-, dado que es ya el Marx del primer libro de *El Capital*⁴ quien señala antiprogresistamente que: "(...) Este progreso en la cuota de la tesis tiene que bastarles al progresista más optimista y al propagandista alemán del librecambio que más mentiras vomite a lo Faucher" (OME 41, 103). O, igualmente, y también del primer libro de *El Capital*: "(...) todo progreso de la agricultura capitalista es un progreso no sólo del arte de depredar al trabajador, sino también y al mismo tiempo del arte de depredar el suelo; todo progreso en el aumento de su fecundidad para un plazo determinado es al mismo tiempo un progreso en la ruina de las fuentes duraderas de esa fecundidad" (OME 41, 141-142).

Poco importa. Pelillos insustanciales a la mar. Es tan hermoso el castellano de SF, su erudición es tan exquisita, sus análisis de casos y ejemplos tan diversos como los dedicados a Veblen y su teoría de la clase ociosa, a la publicidad de El Corte Inglés, a los artículos y ensayos de Pedro Schwarz y Rafael Termes sobre libertad de horarios y la naturaleza permanentemente insatisfecha del ser humano, o a los ensayos de Rifkin sobre *El fin del trabajo* y de Viviane Forrester sobre *Una extraña dictadura*, son tan impecables que todo lo que no sea ponerse en activa acción lectora es pérdida inestimable de tiempo y sustantividad.

Hay además valores añadidos. *Non olet* no sólo transcurre siempre por el sendero de la veracidad, sino que otorga el nombre de la rosa a la rosa verdadera. En este caso "sociedad de producción" a lo que, usualmente, es visto y nombrado, no inocentemente, como sociedad de consumo, falaz designación que desvía la mirada al supuesto gran poder de la ciudadanía al adquirir bienes o servicios, ocultando la casi total omnipotencia de los sectores dirigentes del aparato productivo para crear supuestas necesidades, estrictamente funcionales al propio sistema de producción. De hecho, ya en un célebre texto de 1970 sobre "La Universidad y la división del trabajo" (*Intervenciones políticas*, Barcelona: Icaria, 1985, pp. 123-124), Sacristán ya

había señalado en tiempos de tenaz, desviada y persistente discusión sobre la “sociedad de consumo” que: “Marx no ignora -al menos en la época de redacción de los materiales que luego irían al libro III de *El Capital*- la invención de falsas necesidades por razones económicas, por lo que ahora se llama ambiguamente “consumismo” y es en realidad productivismo al servicio de la menos fecunda reproducción ampliada imaginable...”

Aún más. En una entrevista de 1969 (“Checoslovaquia y la construcción del socialismo”, *Acerca de Manuel Sacristán*, pp. 51-52), un año después de la invasión soviética de Praga, Manuel Sacristán apuntó una caracterización de la sociedad socialista en términos de inversión de la relación entre producción y necesidades de los consumidores:

(...) *El ideal del dominio de las necesidades de los consumidores sobre la producción (sobre las necesidades de enriquecimiento y técnicas de los que poseen y/o dominan el aparato de producción) es un objetivo fundamental del socialismo. Las actuales sociedades burguesas no son sociedades “de consumo”, como dice la propaganda capitalista, sino de imponente dominio de los productores (de los propietarios y/o dominadores de los medios de producción) sobre los trabajadores, que son el grueso de los consumidores*

Ferlosio señala netamente a la publicidad como una de las aristas más abyectas del proceso social, del sistema global del capital. Innecesario por sabido, pero es casi de obligada cita este paso de *Non olet* (p. 263)

La publicidad produce al consumidor y, consiguientemente, el hombre en su solo papel de personaje dentro del argumento de la producción; el hombre así producido es cada vez más sustancialmente lo que la economía ha necesitado y decidido que sea: el carburante de la producción.

La edición de *Non olet*, incluida la hermosa y significativa portada, está además magníficamente cuidada. *Non olet* denuncia, pues, con contundencia los aires podridos de un mundo recorrido casi en su totalidad por monedas y papeles inodoros o cuyos varios colores no logran esconder sus usuales y abyectas génesis.

(1) Los textos citados de Marx provienen de observaciones y notas de Manuel Sacristán. Especialmente de “Karl Marx como sociólogo de la ciencia” (*mientras tanto* 16-17, 1983, pp. 9-56).

8. Práctica política y reflexión teórica: ciudadanía y nuevas formas democráticas en construcción.

Hilary Wainwright, *Cómo ocupar el Estado. Experiencias de democracia participativa*. Icaria, Barcelona 2005, 255 páginas [título original: *Reclaim the State*]. Traducción de Beatriz Martínez y Vita Randazzo.

Joan Subirats, prologuista del ensayo, lo señala en el primer enunciado de su presentación (pp. 7-12): no estamos ante un libro más. En los últimos años, han aparecido en nuestro país ensayos que señalan algunas de las varias limitaciones del institucionalismo representativo como forma máxima de democracia, pero, normalmente, estos textos o bien tienen un carácter esencialmente académico o, por el contrario, tienen un formato estilístico netamente militante. El libro que reseñamos supera esta disyuntiva y combina equilibradamente la reflexión política, la innovación conceptual, la sugerencia teórica, con reflexiones a pie de calle, a pie de movimiento: pensamiento en (y sobre la) acción.

Hilary Wainwright emprende, pues, con este ensayo una búsqueda por las nuevas formas de democracia que están inventando y construyendo ciudadanos (y ciudadanas, aquí el término no es redundante) del mundo. Ella es, sin duda, persona adecuada para sumergirse en ese búsqueda sin término pero con finalidad: Wainwright, aparte de miembro de la *International Labour Studies Centre*, es redactora-jefe de la revista *Red Pepper*, publicación que junto con *El viejo topo*, *MO*, *Mladina*, *Carta*, *Politis* y otras publicaciones editan *Eurotopía*, cuyo segundo sumario está dedicado a “La construcción de una Unión militar y sus resistencias”.

El presupuesto central que guía su investigación puede resumirse así: las varias tradiciones de la izquierda occidental, con matices y correcciones que no habría que olvidar (y que, desde luego, la autora no olvida), normalmente han considerado los procesos de transformación social como acontecimientos sociales dirigidos desde el vértice de la pirámide, desde instancias jerarquizadas de poder, a partir de saberes políticos acumulados en partidos, organizaciones o en colectivos académicos, desde los que se segregaban directrices, normas, consignas, finalidades políticas, que la ciudadanía responsable (y politizada) debía incorporar en su acción social, señalando acaso alguna imposibilidad, algún mal cálculo, algún error político.

Función, pues, básicamente receptiva; sujetos de acción-ejecución que no de creación. Pero ya no más: adiós a ese pasado. La autora apuesta por una reflexión política que tenga a la ciudadanía, a los activistas sociales, como centro de teorización, como auténticos creadores de nuevas propuestas, de nuevas formas de organización social, que irán surgiendo mediante ensayos, errores y aprendizajes. Lo señala Wainwright, con toda claridad, en el prólogo de su estudio: los partidos socialdemócratas han dado por sentado que una vez alcanzada la mayoría electoral podían conducir la máquina del Estado en la dirección que quisieran, pero el Estado, como es sabido, no es tan neutral ni tan maleable: la victoria electoral, en opinión de la autora que debe compartirse, "sólo se traducirá en cambios reales cuando los movimientos y organizaciones democráticas de la sociedad ya estén ejerciendo todo tipo de poder económico, social y cultural para alcanzar dichos cambios" (p. 30), siguiendo en algunos casos una dirección común o bien una acción complementaria a la del gobierno elegido. De ahí uno de los propósitos explícitos de su investigación: "analizar cómo personas de todo el mundo están experimentando soluciones innovadoras, a menudo mientras luchan contra las consecuencias deshumanizadoras de un mercado desatado" (p. 60). Una bestia sin bozal.

De hecho, el primer capítulo del ensayo -"Una "masa con sentido": conocimiento, poder y democracia- desarrolla con detalle esta línea reflexiva: la búsqueda, en palabras de la autora, de formas más enérgicas de democracia a través de las que se pueda luchar por la justicia social, de formas políticas que no se reduzcan a la formación de élites políticas en competencia -leal, a veces; desleal, en ocasiones- por los votos de un electorado pasivo al que se puede desinformar y manipular sin límite y ad nauseam. Con las contrapartidas conocidas: menor participación ciudadana, especialmente de las capas más favorecidas; incremento acelerado del poder de las grandes empresas.

Cabe destacar además, en este capítulo, las interesantes reflexiones epistemológicas de la autora. Especialmente recomendables son, en mi opinión, las páginas dedicadas a las posiciones de Friedrich von Hayek (pp. 61-64), o las dedicadas a la argumentación de la tesis de que los movimientos sociales desde finales de los años sesenta ejemplifican en sus prácticas una nueva forma de entender la organización del conocimiento: "estos movimientos cuestionaron la definición de lo que se consideraba conocimiento, la estrechez de las fuentes de conocimiento consideradas relevantes para las políticas públicas, las categorías restringidas de personas cuyo conocimiento era considerado valioso y los procesos mediante los que se llega al conocimiento" (p. 70). De este modo, muchos de los temas sobre los que discutieron las mujeres en los inicios del movimiento no tenían nombre propiamente, pero todo ello condujo a una explosión crítica sobre el uso y funcionamiento de los servicios públicos y sobre las políticas

económicas existentes. De ahí una de las ideas centrales de Wainwright: "los enfoques sobre el conocimiento desarrollados en la práctica -si no en teoría-, por los movimientos sociales democráticos, desde finales de los sesenta poseen, hoy en día, una relevancia sin explotar" (p. 73).

Por ello la autora centra el grueso de su trabajo -capítulos II-VII (pp. 77- 190)- en el análisis de algunos de esos movimientos, en la reflexión sobre las experiencias que están detrás de algunos movimientos alterglobalizadores: Porto Alegre, Manchester Este, Luton, Newcastle. ¿Con qué finalidad? Con la de observar lugares donde la gente está intentando, "de manera consciente, crear cambios bajo circunstancias difíciles" (p. 81). Buscando, pues, no tanto experiencias exitosas, sino observando como los esfuerzos de las gentes que a pesar de tendencias contrarias luchaba, lucha, por contrarrestar las presiones nacionales e internacionales que intentan conformar sus vidas, sin permiso previo alguno. Con enseñanzas para todos: la lucha de Newcastle, por ejemplo, contra su propio fatalismo y contra el poder de las multinacionales, es un ejemplo de "cómo los estallidos que ocurren en el crisol británico repercuten en todos aquellos que, en algún lugar del mundo, desafían a las compañías privadas que tratan de introducirse en el ámbito de los servicios públicos" (pp. 82-83). Son también absolutamente recomendables las conclusiones que la autora extrae de sus análisis; por ejemplo, las derivadas a la experiencia del presupuesto participativo de Porto Alegre (pp. 119-121), donde acaso quepa señalar que debido a la fecha de publicación del texto original (2003) la autora no ha podido analizar ni enfrentarse a aspectos más discutibles de la experiencia del gobierno del PT presidido por Lula (Probablemente el lector español sacará más provecho de las informaciones y análisis dedicados por la autora a tres experiencias inglesas aquí no muy conocidas).

El capítulo VII -"Cambiando el mundo mediante la transformación del poder"- es el más teórico y el más propositivo del libro, partiendo de la base epistémico-política anunciada por la autora: la prioridad de la práctica social. De ahí que sus conclusiones teóricas no sean tanto una recopilación de razonamientos teóricos originales sino más bien resumen de las nuevas ideas y los nuevos puntos de partida inspirados por lo que ha hallado en su investigación, en las luchas sociales que ha ido analizando. Las primeras ideas son esenciales: el contrapoder democrático -y su corolario: el replanteamiento de la representación política y con ella, de la misma idea de "partido político"- y la importancia de las redes de democracia internacional. No es necesario señalar que las tesis defendidas por John Holloway en *Cambiar el mundo sin tomar el poder* (que, por cierto, es un ensayo que está traducido y editado por El Viejo topo, cosa que parece desconocerse según nota 1, p 196) tienen mucho en común con la perspectiva defendida por la autora. El mensaje final de la autora es claro y compartible sin riesgos: todos los que creemos en que otro mundo es posible y necesario debemos trabajar

"para convertir la resistencia en organizaciones estables que muestren día a día, la gran capacidad de los ciudadanos para el autogobierno democrático" (p. 236). Las protestas contra la guerra de Irak revelaron los inicios de un nuevo poder, de una nueva "subjetividad política que conecta lo local con lo mundial".

En síntesis: un ensayo político, con derivadas organizativas y gnoseológicas, que no debería aparcarse en alguna estantería alejada de nuestra librería, sino que debería estar muy a mano en nuestra mesa de trabajo y muy presente nuestras preocupaciones más urgentes de acción política.

Un consejo final: no pasen por alto los detallados e instructivos recursos ofrecidos en el capítulo VIII (pp. 237-255) ni la dedicatoria del ensayo ni el texto de John Milton con el que Wainwright abre su magnífico ensayo: "Seguir buscando aquello que no sabemos a través de lo que sabemos; seguir aunando la verdad con la verdad a medida que la encontramos. Esto es lo que compone la mejor de las armonías".

9. Aviso urgente: las desigualdades sociales perjudican gravemente a la salud

Richard Wilkinson, *Las desigualdades perjudican. Jerarquías, salud y evolución humana*. Crítica (Darwinismo hoy), Barcelona 2001 Traducción castellana de Silvia Furió, 111 páginas (*Mind the Gap*, Londres 2000).

¿Por qué los países que tienen grandes diferencias de ingresos entre ricos y pobres, como, por ejemplo, los Estados Unidos, tienen mayores índices de mortalidad que otros en los que esa diferencia es menor como Suecia o Japón? ¿Por qué los índices de mortalidad son dos o tres veces más altos entre las personas pertenecientes a las capas más desfavorecidas de la jerarquía social que entre las que se sitúan en puestos más elevados? ¿Por qué en Europa Oriental, durante las décadas de 1970 y 1980, cuando, después de una notable mejoría en décadas anteriores, los niveles de salud dejaron de mejorar o incluso se deterioraron? ¿Por qué las diferencias de renta cobran importancia en el seno de los países enriquecidos pero no entre ellos? Es decir, ¿por qué entre los cincuenta estados de USA, donde las diferencias culturales son menores que las que pueden hallarse entre distintos países, no existe, teniendo en cuenta las diferencias en la distribución de la renta, ninguna relación entre la mortalidad y la renta media de cada estado, si bien en cada uno de ellos sí que hay una clara y nítida conexión entre renta y salud?

A estas y preguntas similares se intenta dar sucinta respuesta en *Las desigualdades perjudican. Jerarquías, salud y evolución humana* (DP), de Richard Wilkinson, autor de *Unhealthy Societies* [Sociedades enfermas], especialista reconocido en salud pública y profesor en el Trafford Centre for Medical Research de la Universidad de Sussex.

DP, como Wilkinson señala en las páginas iniciales, trata de salud y evolución, de las influencias ambientales en la salud, de cómo los factores socioeconómicos "hacen que determinadas sociedades, y algunos grupos dentro de dichas sociedades, sean más sanas y longevas que otras" (p.9). En opinión del autor, las causas de las variaciones de salud a lo largo del tiempo, de las diferencias de salud entre países o entre clases sociales de cada país tienen su origen no en cuestiones de orden genético o hereditario sino en los cambios y diferencias ambientales.

No se trata de negar lo evidente. Claro que, por ejemplo, la alimentación afecta directamente a la salud de las personas "pero hay elementos mucho más sutiles que influyen en nuestra salud" (p.10). Se sabe hoy que algunas de las relaciones más importantes entre la salud de las personas y las condiciones de vida son las relaciones psicosociales: "muchos de los procesos biológicos que conducen a la enfermedad se desencadenan *por lo que pensamos y sentimos* acerca de nuestras circunstancias sociales y

materiales” (p.10). Si la falta de vitaminas o la excesiva exposición a la radiación ejercen un efecto directo y negativo sobre la salud humana, nuestras circunstancias sociales afectan “a nuestra salud indirectamente a través de su influencia en nuestra experiencia subjetiva de la vida” (pp.10-11). El creciente conocimiento de hasta qué punto el estado anímico de las personas influye en su salud física exige, en opinión de RW, un replanteamiento, y es aquí donde la teoría evolutiva “puede contribuir a este proceso aclarando no sólo por qué somos sensibles y nos sentimos estresados ante ciertos aspectos de la vida social, sino también por qué estas fuentes de estrés conducen a la enfermedad” (p. 11).

El primer capítulo de DP esboza sucintamente el estado actual de los estudios sobre desigualdades en salud. Los resultados obtenidos señalan que los aspectos psicosociales desempeñan un papel decisivo en la relación entre la salud y las circunstancias socioeconómicas. Se ha podido comprobar, en reiteradas ocasiones, que cuanto menor es el grado de desigualdad social, tanto más saludable es la sociedad. O dicho de otro modo, las sociedades igualitarias no sólo son más justas sino que son más sanas. En el capítulo 2, RW explica porqué ciertos factores sociales, como una posición social subordinada o la falta de autonomía o control, son tan decisivos para la salud. “El estudio muestra que todos ellos están relacionados con dimensiones fundamentales de la realidad social respecto a la que hemos desarrollado una sensibilidad y atención particulares; por esta razón constituyen poderosas fuentes de ansiedad” (p. 13). En el capítulo 3, posiblemente la sección que presenta mayor complicación técnica para el lector no especialista, RW señala los vínculos que se han establecido entre los procesos biológicos y los psicosociales, “entre la ansiedad crónica y las enfermedades relacionadas con la estimulación fisiológica crónica” (p. 13). Finalmente, en el capítulo 4, último capítulo del volumen, se plantea cómo la estructura social, y nuestra posición en ella, pueden exacerbar nuestras ansiedades respecto a la forma en que somos observados por los demás, “ansiedades que alzan los mismos fundamentos de la vida social, nuestra naturaleza reflexiva como seres sociales y nuestra tendencia a vernos a través de los ojos de los demás” (p. 13).

La tesis central de DP puede ser formulada del modo siguiente: 1. La estrategia social predominante viene determinada básicamente por los gradiantes de igualdad o desigualdad que operan en la sociedad en cuestión. 2. Las desigualdades de rentas, la pertenencia a determinados grupos o clases sociales, lo afectan todo: desde el tipo de estructura social a la que se enfrentan los individuos hasta la naturaleza del desarrollo emocional temprano” (p. 14). 3. Las desigualdades socioeconómicas ejercen un profundo efecto en la calidad del entorno social y en el bienestar psicológico y social de la población.

Es necesario observar que RW insiste, a lo largo de las breves pero sustanciales páginas de su libro, en torno a que la relación entre salud y renta es algo más compleja que una simple relación proporcional del tipo "a más renta, mejor salud". Por poner un ejemplo ilustrativo: incluso teniendo en cuenta las diferencias monetarias y hablando en términos de poder adquisitivo, la ciudadanía griega tiene menos de la mitad de los ingresos medios de los ciudadanos norteamericanos y, a pesar de esta diferencia neta de renta, su salud es mejor. De la misma forma, la esperanza de vida, señala RW, en la mayoría de los países desarrollados aumenta, o ha aumentado hasta ahora, en dos o tres años cada década, pero esta "mejoría" económica no está directamente relacionada con el crecimiento económico: "la economía de un país puede crecer a un ritmo dos veces más rápido que la de otro durante quizá veinte años y sin embargo sus ciudadanos pueden no beneficiarse de crecimiento adicional alguno de la esperanza de vida" (p. 23). La cuestión, por tanto, no está centrada tanto en el crecimiento sino en la distribución social de esos bienes, en la igualdad o desigualdad social imperante en una comunidad.

RW explica la importancia que tuvieron para los estudios de salud pública las investigaciones sobre el trabajo y la pérdida de empleo. Se observó que el nivel de control que las personas ejercen sobre su trabajo era un índice muy fiable de su salud. En cuanto a la pérdida de empleo, los estudios se centraron sobre los efectos que el cierre de fábricas ejercían sobre todos los trabajadores, independientemente de su buena o mala salud previa. Se vió claramente que no sólo el paro conduce a un deterioro de la salud de los desempleados, sino que otro grupo de estudios "mostró que la salud empeoraba no sólo cuando la gente quedaba realmente en paro, sino incluso antes, cuando la amenaza del paro afloraba y la gente comenzaba a preocuparse por sus empleos" (p. 22).

El autor apunta que la comprensión de los fenómenos estudiados arroja una nueva luz en la política de clases y en el papel de la desigualdad en las sociedades modernas. Ahora que el igualitarismo, por razones no científicas sino estrictamente ideológicas, está tan desacreditado, al igual que las concepciones y formaciones políticas que lo han vindicado y que siguen situando en primer plano de sus demandas o exigencias, tenemos gracias a DP (y a otros estudios documentados como los realizados en nuestro país por investigadores de la talla de Vicenç Navarro o Joan Benach) una buena cantidad de excelentes argumentos para sostener que este sistema, sin mejoras sustanciales, no es el más perfecto de los concebibles y que otro mundo posible y deseable puede ser netamente mejor incluso en aspectos tan básicos para los humanos como la salud o la vida. RW señala que las desigualdades de salud suelen traducirse "en diferencias de cinco o diez años en la esperanza de vida entre ricos y pobres dentro de un mismo país, y en

ocasiones incluso hasta quince años de diferencia" (p. 16). No sólo nos han robado el mes de abril, sino los abriles y mayos de una década.

Richard Dawkins, el autor de *El gen egoísta*, recomendaba a los potenciales lectores que compraran los libros de esta colección (Darwinismo hoy) por docenas y se los enviaran a sus amistades en vez de postales. Desconozco el presupuesto monetario del lector del topo para estos asuntos, pero, por poco que pueda, en este caso y sin que se sirva de precedente, le recomiendo que, sin vacilación alguna, siga la sabia recomendación de Dawkins. Especialmente, en el caso de *Las desigualdades perjudican* (o en el no menos interesante trabajo de Peter Singer, *Una izquierda darwiniana*, publicado en esta misma colección).

E. O. Wilson. *Para comprender la enorme importancia de esta unidad biológica, imaginemos nuestro desaliento moral si los hombres-monos australopítécidos hubieran sobrevivido hasta la época actual, con una inteligencia situada entre la de los chimpancés y los seres humanos, separados genéticamente para siempre de ambos, evolucionando detrás de nosotros en lenguaje y en las facultades superiores del razonamiento. ¿Cuál hubiera sido nuestra obligación para ellos? ¿Qué hubieran dicho los teólogos,*

o los marxistas, que pudieran ver en ellos la forma más extrema de una clase oprimida? (Sobre la naturaleza humana, pp. 80-81).

A. Este interesantísimo paso indica el abismo entre Wilson y los teólogos y marxistas. Estos, más o menos inconsciente, "onírica" (Marvin Harris) o ideológicamente, están contra el orden natural en su aspecto ético, contra la ética del orden natural. Los teólogos la consideran fruto del pecado original, los marxistas la consideran injusta. Unos y otros deberían considerar oprimidos no sólo a los australopitécidos hipotéticos, sino también a los cerdos, a las gallinas y a las vacas y terneras. La gracia estará en desarrollar esa condena y esa oposición a la naturaleza con cautela, para no ser destruidos: natura parendo vincitur.

En cambio, Wilson y los suyos están a favor de la ética del orden natural, incluso cuando es falsamente natural, cultural, y lo proclaman natural. Porque se creen depredadores últimos y les gusta serlo.

B. Muchas debilidades: 1) Efectivamente, hay animales que sufren la forma más extrema de opresión. 2) El abismo entre Wilson y los "teólogos y marxistas": éstos, más o menos "oníricamente" (Harris), están contra la "ética" del orden natural dado. Los teólogos la consideran producto del pecado, los marxistas injusta. Unos y otros deben considerar oprimidos no sólo a los hipotéticos australopitécidos, sino también a los reales cerdos y a las reales gallinas, y a las terneras y a las vacas. El problema para ellos está en desarrollar su oposición a la "ética" de la naturaleza con cautela, para no ser destruidos. Tendrán que articular modos nuevos del natura parendo vincitur. En cambio, Wilson y los suyos están a favor de la "ética" de la naturaleza y también del existente orden cultural, al que a menudo canonizan como natural. Y están de acuerdo con lo que hay porque se creen depredadores últimos y les gusta serlo.

Manuel Sacristán (1981)

V. Derechos de los animales

1. Ensanchando el ámbito ético

Jorge Riechmann, *Todos los animales somos hermanos. Ensayos sobre el lugar de los animales en las sociedades industrializadas.* Prólogo de Carlos Piera Gil. Granada, Editorial Universidad de Granada 2003, 623 páginas.

Recordemos algunos puntos básicos¹: 1. Los estudios realizados sobre el comportamiento social de los cerdos señalan que estos animales necesitan cariño, que se deprimen fácilmente si les aislamos o negamos el juego y que la falta de estímulos mentales y físicos puede ocasionar un deterioro grave de su salud. Consiguientemente, los cerdos, unos animales no humanos, necesitan, como nosotros, el contacto, el juego y no alcanzan una vida buena si malviven en inmundas pocilgas de aislamiento. 2. La prestigiosa revista científica *Science* publicó un trabajo de unos investigadores de Oxford en el que informaban de las aptitudes de dos cuervos de Nueva Caledonia: a Betty y a Axel se les dio la opción de utilizar un alambre recto y otro curvo para sacar un trozo de carne del interior de un tubo y ambos eligieron el curvo; cuando Abel robó el gancho de Betty, ésta colocó el alambre recto que le quedaba en una grieta y lo dobló con el pico hasta curvarlo y conseguir un gancho como el que se le había sustraído, con el que extrajo la comida del interior del tubo. De 10 experimentos realizados, en los que sólo se le dieron alambres rectos, Betty fue capaz de construir instrumentos curvos en nueve ocasiones. Por lo tanto, los animales, como quería Marx, son también capaces de fabricar instrumentos. 3. Alex, un loro africano, es capaz de identificar siete colores, más de 40 objetos y puede juntar o separarlos en categorías. Ha aprendido conceptos como mismo o distinto. Así, pues, los animales, loros en este caso, pueden acceder a ciertas nociones abstractas. 4. El gorila Koko, al que se enseñó el lenguaje de los signos, ha aprendido más de mil signos y entiende miles de palabras en inglés. En los tests de inteligencia se le puntúa entre 70 y 95. Se encuentra en la categoría de aprendizaje lento sin retraso, muy por encima de algunos animales humanos. Los animales no humanos son también seres simbólicos, con una determinada capacidad intelectual y capaces de adquirir niveles de lenguaje y manejarse con él. 5. En el Zoo Nacional de Washington, los orangutanes exploran con espejos partes de su cuerpo que, de otra forma, no podrían ver. Esto es muestra de que, en contra de afirmaciones usuales, los animales pueden tener conciencia de sí mismos. 6. ¿Es entonces el duelo por los muertos la línea divisoria? En ocasiones, los elefantes se quedan en silencio varios días junto a sus parientes muertos, tocándoles con cuidado con su trompa. El biólogo keniata J. Poole infiere que ese comportamiento deja pocas dudas sobre si los elefantes experimentan o no emociones y sobre si poseen una cierta compresión de la muerte. 7. Finalmente, experimentos recientes señalan que, al jugar, los cerebros de las ratas liberan dopamina, una sustancia asociada con el placer y la emoción en los seres humanos. Probablemente, las ratas también tengan esas sensaciones.

¿Cabe entonces afirmar la existencia de un abismo ontológico insalvable entre el Ser de los animales humanos y la entidad de todos los otros animales no humanos? ¿No éramos chimpancés y animales humanos la misma especie hace sólo unos 6 millones de años? ¿Se comportan todas las

criaturas no humanas por instinto y sus comportamientos son sólo actividades impulsadas genéticamente? ¿No tienen acaso que enseñar los gansos a sus hijos las rutas de emigración? ¿No son la mayoría de animales criaturas popperianas partidarias del aprendizaje e invención por prueba y error? ¿Es nuestro mayor cerebro -1500 cm³ en el caso del Homo sapiens, pero apenas 500 en el australopiteco- tan distinto del de otros animales? Si lo fuera, ¿esta cuestión fáctica podría justificar los dolorosos experimentos a los que se ven sometidos millares de animales en nuestros laboratorios de investigación o las (in)humanas condiciones en que millones de animales son mantenidos para su consumo más irresponsable? ¿Puede aceptarse asépticamente la zafia alegría de las fiestas del toro, de la caza del zorro o de las peleas de gallos? Si suponemos, aunque no admitamos, una distancia evolutiva radical, si no hubiese empatía alguna entre nosotros y los otros animales, ¿podría ello justificar el maltrato sin disimulo, la cosificación más abyecta, la crueldad más inimaginable? ¿Alguien sería capaz de mirar y ver sin dolor los medios de vida y de transporte a los que sometemos a millones y millones de animales diariamente? ¿Estamos autorizados a patentar formas de vida y planear una producción cosificadora de seres vivos como si fueran tornillos o gomas de borrar o acaso, como señala la legislación holandesa desde 1996, los animales son seres sintientes con un valor intrínseco? ¿Es nuestro trato con los animales no humanos una cuestión meramente estética, acaso educativa? ¿Es una mera emoción indignada lo que sentimos cuando sabemos que en noviembre de 2001 un grupo de individuos, por simple e irresponsable diversión, entraron en las instalaciones de una sociedad protectora de animales de Tarragona y serraron las patas de quince perros? ¿No hay aquí cuestión ética alguna sino una simple broma de mal gusto o tal vez una prueba de idiotismo social?

Jorge Riechmann, filósofo moral, ensayista, poeta, ecologista en acción, traductor (y largo etcétera) contesta a estas, y a otras muchas cuestiones, en *Todos los animales somos hermanos* [TASH], y lo hace con la información, el rigor, la búsqueda de educación científica y la sensibilidad a las que nos tienes acostumbrados. Si el lector/a tiene ocasión de hacerlo, le sugiero leer TASH en paralelo, cerca de o en compañía de *Cuidar la T(t)ierra* (Barcelona, Icaria 2003), otro esforzado trabajo de Riechmann, que en mi opinión es uno de los mejores ensayos de filosofía moral publicado en estas últimas décadas (Puede y debe verse sobre él una documentada reseña de Francisco Fernández Buey -"Filosofía y práctica de la sostenibilidad"- en www.lainsignia.org). Si en otra estantería próxima, puede situar *Una mirada en el aire* (El viejo Topo, Barcelona 2003), la conjunción deparará netos beneficios. Hay certeza.

Riechmann señala en las páginas iniciales la finalidad central de su ensayo "cuestionar el mencionado prejuicio [el prejuicio que identifica la preocupación por los animales no humanos con síntomas histéricos];

convencer a nuestros reticentes filósofos de que los animales sí que plantean problemas filosóficos de envergadura (especialmente para la filosofía práctica), estimular un debate social más amplio sobre el lugar que los animales ocupan y el que deberían ocupar en las sociedades industrializadas; y proporcionar a los enseñantes, quizá, una herramienta pedagógica útil para abordar algunas importantes cuestiones de ética aplicada" (p. 23).

Doce son los capítulos que componen TASH. Las cuestiones tratadas abarcan desde la experimentación con animales, las razones para incluir a éstos en la comunidad moral, pasando por una aproximación documentada a la cuestión jurídico-moral de si los animales tienen o no derechos o por interesantes anotaciones sobre la problemática de los xenotrasplantes y las esperanzas de clonación terapéutica. No es posible dar breve cuenta de todas estas cuestiones pero sí cabe destacar aquí las siguientes cualidades:

1. Hay en el hacer de Riechmann un ejemplar tarea de educación científica, con tensión moral y reflexión filosófica incorporada, que está en línea consistente con la mejor tradición ilustrada. No puede haber hoy una ciudadanía responsable y activa socialmente que esté alejada de informaciones y discusiones básicas sobre estos u otros temas cruciales.

2. Hay, por otra parte, el intento de construir, de señalar los caminos de una nueva cultura, de una nueva forma civilizatoria, que entienda fraternalmente la relación entre nuestra especie y otras especies hermanas, que reconstruya las relaciones de dominio y privilegio de capas minoritarias sobre gran parte de la población mundial y que entienda y asuma que la Tierra, y las tierras, exigen cuidados y una relación equilibrada y no una mera e irresponsable explotación sin límite. La supuesta modernidad es, en ocasiones, una forma neta de barbarie.

3. El estilo de Riechmann, su armoniosa y buscada fusión de información, argumentación y comentario moral-poético, persiguen educar científicamente al lector, al mismo tiempo que le ayudan a cultivar su sensibilidad y su gusto moral.

4. Todo ello escrito desde con un virtud infrecuente: la honestidad intelectual. Un ejemplo. En el capítulo 10 de TASH -"La complejidad del concepto de persona-", Riechmann construye la noción de cuasi-persona y señala que sólo con este concepto podemos hacer frente al poderoso argumento de los casos marginales. Y, entonces, en nota a pie de página apunta que esa noción, ese hallazgo intelectual que creía original la encontró, posteriormente, en un trabajo de Harlan B. Miller recogido en *The Great Ape Project*, editado por Peter Singer y Paola Cavalieri, y añade: "(...) De hecho, ha sido una experiencia recurrente durante la redacción de estos ensayos: casi cada ideilla o argumentación que se me ocurría la encontraba después formulada previamente por algún otro autor, a medida que me adentrada en la amplísima literatura especializada. En ese caso, ello ha sido un motivo de satisfacción más que de incomodidad: pues pone de manifiesto

que estas “nuevas” ideas sobre animales, ética y derecho, por contrarias a nuestras *idées reçues* que parezcan en un primer momento, se asientan en realidad sobre intuiciones éticas ampliamente compartidas (apenas uno supera el prejuicio de especie)”. (pp. 372-373)

5. El combate contra el especieísmo no hace a Riechmann olvidar las enormes desigualdades que asolan a nuestra especie. No es sólo que los animales humanos maltratemos a los animales no humanos, sino que muchos animales humanos son salvajemente maltratados -es decir, humanamente maltratados- por sus hermanos más próximos. Como señala el autor de *Un zumbido cercano*: “Como se ve en estos pocos ejemplos, como atestigua la historiografía para épocas anteriores, y como por otra parte cabía esperar, *son especialmente los grupos más vulnerables y desprotegidos* (presos, locos, deficientes mentales, minusválidos, enfermos terminales, usuarios pobres de la sanidad pública) *quienes históricamente se han convertido en involuntarios cobayas humanos para los mayores abusos*” (p. 257).

A la cuestiones y temas señalados hay que sumar tres anejos que merecen una atenta mirada. El primero, “Asamblea de filósofos (más dos o tres infiltrados) sobre animales, ética y derecho”, es una cuidada antología de textos centrales sobre el tema que incluye más de una sorpresa agradable. El segundo, “Notas sobre derechos morales y derechos legales”, es una excelente aproximación a una de las cuestiones básicas del debate y, finalmente, “En torno a la noción de valor”, aparte de darnos una interesante visión histórica y analítica de esta noción, finaliza con el esbozo de un programa ético para el siglo XXI que tendría como valores centrales la pacificación de la existencia, el florecimiento de la persona y la calidad de las relaciones humanas.

Finalmente, cabe llamar la atención sobre el hermoso prólogo de Carlos Piera Gil, en el que apunta una interesante perspectiva complementaria: paliar el sufrimiento o tratar de eliminarlo cuando nos lo encontramos no debe depender de que el mal nos afecte, sea directamente, sea por empatía. “No es la identidad del destinatario la que *determina* que *sepamos lo que deberíamos hacer* con respecto a éste (...) La empatía es, ciertamente, primordial entre esos factores, pero, como el resto de ellos, no es determinante” (p. 11)

En síntesis: Jorge Riechmann, con este nuevo ensayo, no sólo da razones sustantivas para modificar nuestras usuales consideraciones e inquietudes éticas sobre nuestros hermanos evolutivos, no sólo da trabajados y sentidos argumentos que señalan que los animales son seres sintientes con derecho a nuestro respecto moral sino que posibilita que nuestra mirada corrija sus usuales puntos de interés y sea capaz de observar con atención y mimo no siempre cultivados. Con J. M. Coetzee (*Desgracia*, p.107), podemos asentir: “Es miércoles. Se ha levantado temprano, pero Lucy madruga más

que él. La encuentra contemplando los gansos silvestres de la presa. -¿No son hermosos?- dice ella. Vienen todos los años sin falta, y siempre son esos tres, siempre los mismos. Me siento muy afortunada de recibir su visita, de ser la elegida."

(1) Los ejemplos están extraídos de: Pablo de Lora, *Justicia para los animales* (Madrid, Alianza 2003); Jesús Mosterín, *¡Vivan los animales!* (Madrid, Temas de Debate 1998); Peter Singer, *Liberación animal* (Madrid, Trotta 1999) y Jeremy Rifkin, "¡Lo que podemos aprender de los animales!", *El País*, 26/10/2003.

2. Cultura en la naturaleza y naturaleza en la cultura.

Frans de Waal, *El simio y el aprendiz de sushi. Reflexiones de un primatólogo sobre la cultura*, Paidós, Barcelona 2002. Traducción de Patricia Teixidor, 335 páginas.

En *El simio y el aprendiz de sushi* (SAS), se discute con documentados argumentos la borrosa y, para algunos, infranqueable frontera que delimita la naturaleza y la cultura. El estudio del comportamiento de los grandes simios relativiza esta usual y radical separación. Frans B. M. de Waal, autor de este ensayo, es uno de los mayores expertos mundiales en primatología, es profesor sobre comportamiento de primates en el departamento de psicología de la Universidad Emory (Atlanta, Georgia) y es director del Living Links Center, un centro de estudios sobre la evolución de humanos y simios antropoides. De Waal trabajó inicialmente con los chimpancés del zoo holandés de Arnhem, experiencia que está en la base de su libro *La política de los chimpancés* (Alianza, Madrid 1993) y es autor también, entre otros

ensayos, de *Bien natural: los orígenes del bien y del mal en los humanos y otros animales* (Herder, Barcelona 1997).

SAS está dividido en tres grandes secciones -1^a. Espejos culturales. La forma en que vemos a otros animales. 2^a. ¿Qué es la cultura? ¿Qué es la naturaleza? 3^a. Naturaleza humana. La forma en la que nos vemos a nosotros mismos- y un delicioso epílogo: "El salto de la ardilla". El objetivo del primatólogo holandés viene ya señalado en su prólogo: "En este libro me propongo explorar si los animales tienen o no cultura. Considero que vale la pena la búsqueda de una respuesta a este tema por varias razones..." (p. 19). Entre ellas, porque "nos permite enterrar otro anticuado dualismo occidental: la noción que la *cultura* humana es algo opuesto a lo *natural* que hay en los humanos" (p. 19).

El mismo De Waal (*Mundo científico* 224, pp. 95-98), ha sintetizado del modo siguiente las tesis básicas de *El simio y el aprendiz de sushi*: :

1. La transmisión cultural, es decir, la transmisión de conocimientos y prácticas por medios no genéticos no es específico de la especie humana, puesto que puede observarse también en otros animales. Así, los macacos japoneses aprenden de sus congéneres como lavar patatas en el mar y las hembras chimpancés enseñan a sus crías como utilizar correctamente piedras para partir nueces.

1.1. Por ello, no es aceptable la tesis de que los animales no humanos sean entes sometidos a leyes estrictamente genéticas, negando que la existencia de culturas humanas sea una correcta línea de demarcación entre los humanos y el resto de los animales. Como se señala en la contraportada, el título del ensayo proviene precisamente de una analogía que De Waal establece entre la forma en que se transmiten los comportamientos en las sociedades de primates y la manera en que las habilidades del maestro de sushi (pescado crudo elaborado) se traspasan al aprendiz a través de la meticulosa observación de sus movimientos. "Después de haber escrito este libro, estoy más seguro que nunca de que el tema de la cultura animal va a quedarse con nosotros para crecer y convertirse en uno de los campos más apasionantes: un campo cuyas implicaciones van más allá de la conducta animal" (p. 11).

2. La cultura occidental ha moldeado la forma en que consideramos a los animales no humanos.

2.1. Y a la recíproca: esta mirada ha determinado la forma de vernos a nosotros mismos.

De este modo, contrariamente al punto de vista de una humanidad asocial defendido por clásicos de la filosofía política tan opuestos como Hobbes o Rousseau, De Waal sostiene que los humanos somos herederos de un larguísimo linaje de animales sociables que establecen toda clase de vínculos entre sí.

2.2. ¿Es pues la competencia o la cooperación lo que ha dominado la vida de los animales? Ambas: los animales están en competencia pero al mismo tiempo se necesitan, nos necesitamos, unos a otros. "(...) Es cierto que compiten [los macacos] por las hembras y el estatus dentro de la jerarquía, pero también son perfectamente capaces de atenuar la competición por la comida y se llevan bien la mayor parte del tiempo. Para mantener la paz realizan montas y abrazos entre ellos con gran excitación, se espulgan y utilizan a las crías para tender puentes..." (p. 241).

2.2.1. Esta cooperación es además posible no sólo entre individuos de la misma especie sino entre individuos de especies diferenciadas. Véase, por ejemplo, lo apuntado por De Waal a propósito de perros y tigres ("La supervivencia del más amable", pp. 265-268).

2.3. Esta dinámica social de competición y cooperación no es exclusiva de las sociedades de primates sino que puede verse también en otros niveles biológicos. Por ejemplo, en el comportamiento de las células en organismos multicelulares.

3. La teoría según la cual naturaleza y la cultura son entidades totalmente diferenciadas y opuestas, "una teoría del gusto de Thomas Henry Huxley, pero también de Freud y Lévi-Strauss, carece de todo fundamento". A pesar de que el humano es un ser cultural, nunca ha abandonado la naturaleza. Y nunca podrá hacerlo. Tendencias a construir culturas existen también en otros animales no humanos.

3.1. En síntesis: hay naturaleza y hay cultura, y nosotros, como muchos otros animales, tenemos un pie en cada una de ellas.: "Pensar en la naturaleza y la cultura como ámbitos distintos y diferentes es peligroso: existe mucha naturaleza en la cultura, al igual que existe mucha cultura en la naturaleza" (p. 232).

3.1.1. Consiguientemente, es falso que el hombre sea un ser básicamente cultural y los animales no humanos sean seres estrictamente naturales, distinción excluyente que está en la base de algunas posiciones, nada inocentes, contrarias a reconocer derechos a los animales o a admitir legítimas preocupaciones morales por la vida y el sufrimiento de los animales no humanos.

La frontera se difumina: los animales no humanos son hasta cierto punto seres culturales y nosotros nunca hemos perdido vínculos con la naturaleza. La analogía que De Waal establece entre el comportamiento de Nixon, ante el abandono de la presidencia norteamericana, y los chimpancés ante situaciones estresantes parecidas ilustra esta cercanía óntica (p. 256).

3.2. De ahí no puede colegirse que De Waal no sea crítico respecto a algunas tendencias de la sociobiología, de la ecología del comportamiento o de la psicología evolucionista: en estas disciplinas se salta con demasiada ligereza de la dotación genética al comportamiento como si entre los dos ámbitos no hubiera, de hecho, muchos otros factores implicados. No se

puede, sostiene De Waal, explicar un comportamiento separándolo de su contexto cultural en el sentido amplio de esta categoría. Empero, las ciencias sociales no deberían quedarse al margen de la perspectiva evolucionista. Se necesitan enfoques integrados en los que la mirada evolucionista se complete con puntos de vista igualmente legítimos. Sin esta perspectiva es imposible explicar la especie humana. De ahí que el primatólogo holandés apunte, con optimismo y deseo compatible, que "dentro de cincuenta años el retrato de Darwin colgará de las paredes de los departamentos de psicología y sociología". Quien escribe 'colgará' tal vez quiera decir 'debería colgar'.

Hay además una cuestión lateral que no debería pasar desapercibida al lector y más tratándose de un científico de primera fila. Las reflexiones epistemológicas de De Waal vertidas a lo largo de las páginas de SAS, muy pegadas a su propio trabajo de investigador, sobre hechos y teorías, sobre métodos de investigación y métodos de exposición, sobre prejuicios y conclusiones a propósito de los bonobos, o sus reflexiones históricas sobre sociobiología y etología (pp. 80-81), sobre Lorenz (pp. 86-96), sobre Niko Tinbergen o sobre Imanishi ("el Stephen Jay Gould del Japón"), o en torno a Aristóteles y Darwin y su vindicación de un nuevo modelo de humán de ciencia que podríamos llamar Darwinstóteles (p. 78) o sus interesantes y nada triviales consideraciones sobre ideología, cultura o concepción del mundo y práctica científica real a propósito de las prácticas y perspectivas de investigadores orientales, no son simples notas marginales En este ámbito, podemos encontrar pasos de tanto interés como el siguiente:

(...) Para convertir el estudio del comportamiento en una ciencia con madurez necesitamos inspirarnos en la visión aristotélica y organizar nuestro estudio alrededor de determinadas áreas la cognición, la adaptación evolucionista, la cultura y la genética, en lugar de que la estructura de nuestra disciplina dependa de si tratamos con un primate bípedo o con otro animal. Al suprimir esta división artificial, habremos avanzado mucho para conseguir calmar el excesivo miedo a caer en el antropocentrismo, miedo que, por otro lado, nació de esta misma división (p. 81).

Esta última valoración es independiente de algunas extrañas y disonantes notas. Así, De Waal conjectura, en tonalidad nada dubitativa, que la necesidad de los científicos conductuales de ir de forma rectilínea desde la teoría a los datos "dando la impresión de que saben menos sobre la verdad de lo que realmente saben, proviene de un deseo de ser como los físicos, que provienen de una ciencia que ha alcanzado la elevada fase de la predicción de salón" (sic, p.159). No sólo eso. Poco después de haber llegado a alcanzar algún nuevo descubrimiento como la existencia de los quarks o la predicción de que la colisión entre un mesón y un protón debería dar lugar a una partícula lambda, De Waal sostiene que "hordas (sic) de científicos se disponen a probar sus hipótesis en enormes aceleradores de partículas y

cámaras de vacío" (p. 159) del CERN o de Fermilab. De la misma forma, causa extrañeza teórica o desconocimiento semántico, afirmaciones como que "las teorías se formalizan con frecuencia, lo cual no significa que tengamos que negar la importancia de las predicciones generales" (p. 160).

Hay que destacar la excelente traducción de Patricia Teixidor, sus oportunas y documentadas notas a pie de página, el completísimo índice analítico y nominal de SAS, así como las ilustraciones, en algunos casos debidas al propio autor, que acompañan algunos pasajes. El lector puede reparar, por ejemplo, en los dibujos sobre reconciliación de chimpancés (p. 59), o sobre las grajillas (p. 88) -que el mismo De Waal ha criado-, al igual que sus excelentes fotografías sobre macacos tibetanos (p. 128) o la maravillosa toma de Robert Yerkes del joven bonobo Chim (p. 192), en sorpresiva pose de serio y aplicado estudiante.

Es posible que en algunos casos la perspectiva del autor olvide otras legítimas aproximaciones. Así, De Waal afirma que "el comunismo fracasó porque iba en contra de la naturaleza económica humana" (p. 247), naturaleza económica de la que él apenas nos da apunte alguno. Igualmente, le parece evidente, de forma notablemente simplificadora, que "las comunidades hippis de los sesenta, basadas en la negación de los celos sexuales, no duraron mucho" (p. 247), y más teniendo en cuenta lo señalado por él mismo sobre los bonobos en el capítulo 3: "Los bonobos y las hojas de ficus. Primates hippies en un paisaje puritano". No importa, nada de esto es significativo. En un reciente topo (num. 181-182, pp. 71-77), Jorge Riechmann argüía sobre la conveniencia y urgencia de una comunidad que incluyera a los muertos, las encinas y las abejas. Este libro del autor de *La política de los chimpancés* abona orgánicamente esa misma necesidad, porque, como el mismo De Waal señala, desde que en 1857 Linneo tuvo el coraje científico de clasificarnos junto a monos y simios antropoides, salvadas las conocidas y no siempre amables resistencias culturales y religiosas, ha ido calando poco a poco el mensaje de que no estamos solos en el mundo: "Lo cierto es que, biológicamente hablando, nunca lo estuvimos. Ha llegado el momento de argumentar lo mismo con respecto a las culturas" (p. 39).

Finalmente, me permito una breve recomendación: para abrir boca de forma nada carnívora, el lector/a podría iniciar su lectura por las deliciosas páginas compuestas por De Waal sobre Mozart y los estorninos ("El pequeño bobo de Mozart", pp. 138-142) o por el mismo epílogo de su obra: "El saldo de la ardilla". Imposible que pueda sentirse defraudado. Si obra de este modo, se encontrará con esta armónica y analógica nota en si bemol:

(...) *El pez globo tiene un hígado extremadamente tóxico que, si no se extrae de la forma correcta, puede causar parálisis y una muerte segura (por eso no es sorprendente que en Japón la preparación de este plato de sushi para realizar el llamado fugu requiera tener una licencia especial). El arriesgado consumo de este exquisito plato es comparable*

a la conducta de los chimpancés salvajes de masticar la parte amarga del endocarpio, en la que parecen haber aprendido a evitar las partes tóxicas de la planta (p. 297).

El triunfo del fascismo en nuestra patria no significaría una etapa breve y transitoria de gobierno reaccionario, como fue la Dictadura de Primo de Rivera o el bienio negro. El triunfo del fascismo sobre la República no sería una simple derrota parcial y pasajera. Sería el fin de todo lo que los obreros han conquistado en decenas de años de trabajo y de duros combates: sería el fin de toda libertad, el aplastamiento de la dignidad humana, la esclavitud más dolorosa.

Dolores Ibárruri, *El único camino*

No olvides nunca
que los menos fascistas
de entre los fascistas
también son / fascistas

Roque Dalton, "Consejo que ya no es necesario en ninguna parte del mundo pero que en El Salvador...", *Antología*

Lo que quería hacer notar es que cuando en Italia hay una huelga general es de verdad. No sé a qué se debe. Quizá a que el fascismo duró menos allí que aquí -éste fue el más largo del mundo, y aún queda su aroma de fosa común-; tal vez murió en una guerra, y la diferencia en que Mussolini muriera colgado por los pies y Franco en su cama puede tener mucho que ver con estas diferencias.

E. Haro Tecglen, "Italia, España", *El País* 18.4.2002

VI. Franquismo

1. Una llamada que sonó como sirena

Niall Binns, *La llamada de España. Escritores extranjeros en la Guerra civil*. Montesinos, Barcelona 2004, 362 páginas.

Dos confesiones previas y acaso necesarias. La primera: la admiración que despierta, ya desde sus primeras páginas, la lectura de *La llamada de España*, el último libro del poeta, profesor y ensayista Niall Binns, puede adormecer la arista crítica, la tendencia a buscar objeciones secundarias de todo lector atento. Es mi caso. Segunda confesión: a casi todo el mundo, sepa o no su lugar en él, en algún instante de su vida le hubiera gustado escribir las palabras, todas las palabras de un libro ya escrito. Es igualmente mi caso y el libro deseado es éste, precisamente éste. Su autor, el escritor de este magnífico texto, ha enseñado literatura de lengua inglesa en la Universidad de Saint Louis (Madrid) y actualmente es profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad Complutense. Entre sus libros más recientes, cabe destacar *Nicanor Parra* (200), *La poesía de Jorge Teillier: la tragedia de los lares* (2001), *Tratado sobre los buitres* (2002) y *Canciones bajo el muérdago* (2003).

La llamada de España está estructurada en cuatro secciones: 1. Introducción (magnífica). 2. Las democracias en crisis (Reino Unido, Francia, Estados Unidos). 3. Los países totalitarios (Alemania, Italia, Unión Soviética). 4. La América Hispana (Chile, Ecuador, México, Perú, Argentina, Cuba) 5. Conclusión (breve y sustantiva sin relleno). Una documentada y seleccionada bibliografía sobre escritores extranjeros en la guerra y sobre literatura y guerra civil cierra el volumen. En sus páginas, un erudito y sentido despliegue por la obra de autores conocidos y reconocidos como W. H. Auden, Langston Hughes, Orwell, S. Spender, André Malraux, Paul Éluard, Simone Weil, Upton Sinclair, Bertolt Brecht, Carpentier, Huidobro, Nicolás Guillén, pero también Roy Campbell ("Un peso pesado en el bando de Franco"), Rochellle, Brasillach o Priscilla Scott-Ellis ("La enfermera aristocrática de Franco").

La posición moral-política desde la que se construye el espléndido cuadro de *La llamada de España* está apuntada en las primeras líneas de su introducción: después de recordar la deleznable dedicatoria con la que Cela abrió *San Camilo 1936*, Binns sostiene que pocos de los jóvenes brigadistas fueron simples aventureros; el impulso, la decisión de venir a España para los voluntarios de ideología marxista -muchos exiliados de sus propios países, comunistas convencidos- no es equiparable ni puede ser equiparado "al de los soldados enviados por Mussolini y Hitler; reducir sus motivaciones a la sed de sangre y al desdén es aberrante. Porque Madrid fue el corazón del mundo: en palabras de W. H. Auden, *Madrid is the heart*" (p. 12). Y,

consiguientemente, la tendencia a poner en el mismo saco moral la presencia de unos y otros no sólo es revisionismo histórico de la peor intención, reconstrucción sesgada e interesada de la memoria histórica, sino simple y llanamente inadmisible: "El fascismo de Brasillach, de Drieu la Rochelle y del repugnante Roy Campbell, la religiosidad institucional de Claudel e incluso el monarquismo tradicionalista de Bernanos se entienden en su contexto [...] pero suenan hoy cavernarios y sólo podrían suscribirse desde planteamientos de la derecha más extrema [...] Los autores, en cambio, que se opusieron a la sublevación, incluso los más torpes e insensibles de ellos, nos resultan hoy casi siempre más cercanos --ideológicamente más cercanos- porque luchaban y escribían en nombre del legado, o al menos parte del legado más duradero de la modernidad, lo que sigue en pie del discurso progresista: los reclamos de libertad, fraternidad e igualdad" (pp. 339-340).

Aún más, la apreciación de Binns sobre las críticas de, por lo demás, admirables combatientes anarquistas, poumistas y liberales a la actuación de los comunistas en nuestra guerra civil está llena de sensatez, matizadamente compatible: si situamos acciones, valoraciones e individuos, y contextualizar es siempre un deber inexcusable en cualquier aproximación, no habría que olvidar que en aquellos años, en nombre de la igualdad y la justicia, la URSS (¿por qué Binns escribe Rusia en ocasiones?) estaba construyendo una alternativa al fascismo y a las democracias realmente existentes. "Los comunistas, escritores y brigadistas, que vinieron a España todavía ignoraban -en el verano de 1936- la sanguinaria paranoia y el cinismo de Stalin, y los intentos de descalificarlos como "estalinistas", basándose en acontecimientos posteriores (simultáneos, algunos de ellos, a la guerra civil) o en atrocidades que no se comprobarían del todo hasta 1956, se hacen a veces de mala fe y a menudo con gran simplismo" (p. 340).

Lo anterior no es obstáculo para señalar que el eje de *La llamada de España* es la presentación y análisis de la obra de una muestra representativa de escritores extranjeros que acudieron a la guerra civil española y escribieron sobre ella. También aquí el trazado es siempre admirable, lleno de información, de penetrante lectura, de ajustada contextualización, evitando, y consiguiendo siempre, descalificar una obra por su sesgo ideológico o valorarla en positivo tan sólo por simpatías políticas. Cualquier selección, pues, sería injusta por lo que dejaría al margen. pero este lector se ha sentido especialmente conmovido o -no excluyente- interesado por las aproximaciones a la obra de Hugh MacDiarmid (pp. 73-76), Laurie Lee (pp. 92-97), Hemingway (pp. 180-187), Langston Hughes (pp. 194-198), Koestler (pp. 228-235), Mikhail Koltsov (pp. 247-252), Neruda (pp. 261-269), Paz (pp. 289-295) o César Vallejo (pp. 305-311), sin olvidar la cuidada selección fotográfica de las páginas 129-144.

Además de lo dicho, hay dos principalísimas virtudes en este ensayo político-literario (o mejor, de crítica literaria situada en contexto) de Niall

Binns: la breve pero hermosísima selección de textos que acompañan su exposición y el lenguaje, el maravilloso castellano en el que está escrita *La llamada de España*: todo él es un regalo. Por ello, con Cernuda, y con admiración similar, cabe decir: Gracias, compañero gracias por el ejemplo.

2. Una aproximación a los intentos de legitimación política del franquismo.

Carme Molinero, *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*. Cátedra, Madrid, 2005, 223 páginas.

Carme Molinero, una de las más importantes historiadoras del período franquista y de la cultura del antifranquismo, emprende con este breve pero sustantivo ensayo una aproximación a la otra cara, la supuestamente más amable del régimen franquista. El estudio, como señala su autora en la conclusión, tiene como objetivo contribuir a una mejor caracterización del régimen franquista: "la represión y el control social fueron siempre la médula de la dictadura pero el franquismo no fue nunca una dictadura militar tradicionalista" (p. 20) Que el franquismo asesinó masivamente, que torturó sin piedad, que negó libertades esenciales de toda laya, que constituyó el marco político en el que las clases privilegiadas de siempre (centrales o periféricas, con o sin contradicciones entre ellas) camparon a sus anchas, que protegió y fue protegido por una jerarquía católico-escolástica que paseó al dictador bajo palio, que dejó de practicar la compasión y que nunca ha pedido disculpas por su ayuda y justificación, es de sobras conocido y apenas discutido sino por historiadores revisionistas que quieren situar, para justificar, el origen de todos los males en la revolución obrera de Asturias del 34, criminalmente reprimida por el Ejército español, con la República vigente, desde luego, en manos de la derecha, pero el franquismo, al igual que otros regímenes fascistas, se desarrolló también con una retórica populista, con frecuencia antiburguesa, que pretendió y consiguió penetrar parcialmente en sectores de las mismas poblaciones a las que persiguió y explotó sin miramientos. Como régimen político, como todo marco político clasista, el franquismo adquirió hegemonía gracias a los inolvidables servicios de individuos como los hermanos Creix, el señor Arias Navarro, el ex-embajador o ministro de Turismo Fraga o el almirante Carrero Blanco (considerado hoy "víctima del terrorismo"), sino también mediante un discurso marcadamente populista y supuestas realizaciones sociales. En opinión de Molinero, los historiadores aún no han dedicado suficiente atención al discurso social del régimen, "en especial a la importancia del discurso en torno a la "Justicia social" en la imagen pública que el régimen quería proyectar de sí mismo" (p. 12) y que le permitía diferenciarse de otros regímenes conservadores. Todo ello, historiográficamente, puede permitir una caracterización más exacta del régimen a la que vez que permite avanzar en la comparación de la dictadura franquista con otros regímenes dictatoriales como el portugués, el alemán, el italiano o la Grecia de los coroneles.

El libro de Molinero está estructurado en tres capítulos. El primero, que sitúa el marco político general, trata del discurso de la política social, relacionado con el reforzamiento de la idea de comunidad nacional. Señala aquí la autora que si bien en la propaganda del régimen se negaba la existencia factual de la clase obrera, mero invento de la propaganda comunista-masónica, el régimen se comportó teniendo en cuenta siempre que los trabajadores respondían a experiencias e intereses específicos. El franquismo conjugó una determinada acepción de justicia social con un concepto nítido de disciplina social. Ejemplo paradigmático de esta combinación, según la autora: la visita de Franco a la Barcelona de 1942.

El segundo capítulo del ensayo está dedicado a los principales gestores de esta política social, a los instrumentos que la canalizaron durante el franquismo: el Ministerio del Trabajo (y en su cabeza, el inefable Girón de Velasco y su intento de "relación directa" con las masas españolas); la Organización Sindical española, el denominado sindicato vertical, superador de la lucha de clases y de los sindicatos clasistas; la Obra Sindical del Hogar y la Sección femenina de la Falange que "también fue un instrumento útil para que el estado llegara a puntos recónditos del territorio peninsular y para penetrar en el ámbito más íntimo de algunos individuos, como es el hogar" (p. 15).

El tercer y último capítulo está dedicado a analizar el impacto que tuvo esa política en la población a la que iba dirigida. En opinión de la autora, el franquismo fue capaz de desarticular la sociedad civil a través de la política de exterminio realizada durante la guerra y la inmediata postguerra, pero no pudo "penetrar significativamente en el tejido social". En este capítulo la autora señala los factores fundamentales que explican los límites del consenso obtenidos por el régimen franquista en la primera mitad de su existencia.

En la conclusión de su estudio, Molinero señala que el franquismo no fue nunca un régimen dictatorial tradicionalista: después del golpe militar, aniquilado el inesperado, por casi impensable, movimiento de resistencia obrera y popular, los golpistas tuvieron que buscar una visión moderna del Estado: supuestamente ellos nunca quisieron mirar hacia atrás, su objetivo, decían, no era volver a la España anterior al 14 de abril. No es necesario señalar que su inspiración, en sus primeros años de existencia, estuvo centrada en los régímenes fascistas italiano y alemán.

Algunos de los puntos básicos de la ideología del franquismo que señala y destaca la autora: 1. Ni liberalismo ni marxismo, aunque sin duda los liberales y marxistas-comunistas no fueron tratados de igual manera por las instituciones de control del régimen. 2. Su acción política estuvo presidida por las ideas de unidad no solo patriótica sino comunitaria, de superación de la lucha de clases, la disciplina y la jerarquía sociales. 3. La política social fue un elemento central del discurso político: desde diversas instancias el

régimen se revistió de un manto de Estado asistencial. No hay duda que para jornaleros, para campesinos que huían de la miseria y del caciquismo más atroz, las infames condiciones de vida de los suburbios de las grandes ciudades españolas pudieron representar una mejora social, cultural, y una mayor esperanza para sus hijos e hijas. No era posible entonces la comparación con las conquistas sociales de los trabajadores europeos de la época: Europa tenía una frontera natural, e incluso informativa, en los Pirineos. Ello también puede explicar la idealización que para muchos trabajadores representó la Unión Soviética. El padre del que suscribe, ex-jornalero y trabajador de la construcción sin cualificar, escuchaba las informaciones radiofónicas despotricando siempre contra Franco y dando vivas a la Unión Soviética de Lenin y Stalin de la que había oído hablar durante una guerra en la que su hermano había fallecido en la batalla del Ebro y de la que se decía, él lo decía con orgullo, que era la patria de los trabajadores.

¿Constituyó, pues, el régimen un polo de atracción para capas desfavorecidas de la población? En opinión de Molinero, el rechazo existente entre una parte de la población no desapareció y el régimen sólo consiguió la colaboración distante de otra parte (p. 213). Las durísimas condiciones de vida a las que tuvo que enfrentarse durante varios decenios sectores mayoritarios de la ciudadanía dificultaron sin duda una mayor aceptación del franquismo. Es discutible, sin embargo, que como señala la autora, "los cambios que tuvieron lugar a partir de la década de los 60 se produjeron a pesar del régimen franquista, pues la liberalización económica no fue una opción libre del régimen, sino una medida imprescindible de supervivencia política". Es posible que la victoria de los tecnócratas opusdeístas sobre los falangistas en la década de los cincuenta no fuera sino una forma inteligente de seguir el mismo camino con varias más modernizadas. De hecho, eso es lo que ocurrió durante casi dos décadas. Creer, como algunos han sostenido (no digo que la autora lo sostenga), que su apuesta por la "modernización económica" era una forma de horadar lentamente el Régimen desde dentro es una de las fabulaciones más increíbles que están acuñándose como verdades históricas.

En opinión de Molinero, fue el discurso y las organizaciones falangistas los que convirtieron al régimen en algo peculiar dentro de los sistemas políticos europeos posteriores a 1945, aunque acabada la guerra mundial el franquismo logró sobrevivir durante 30 años olvidándose de la mayoría de las quimeras que había sostenido durante su primera década de existencia.

3. Unas memorias, una presentación y un curioso prólogo.

Miguel Núñez, *La revolución y el deseo. Memorias*, Ediciones Península, Barcelona 2002, 367 páginas. Prólogo de Manuel Vázquez Montalbán y de Luis Goytisolo. Edición de Elena García Sánchez

Me atrevo a sugerir la lectura de *La revolución y el deseo* (o, si se prefiere, el deseo de revolución) por los dos anexos finales. En el primero de ellos, Núñez ha recogido su intervención en el acto de presentación de *Asalto a los cielos*, de Irene Falcón, la colaboradora -que no secretaria, como apunta Núñez- de Dolores Ibárruri. Aquí, el autor sintetiza sus actuales posiciones políticas básicas: denuncia sentida dolorosamente de las miserias, dureza y comportamientos poco compasivos, y no siempre comprensibles, del comunismo hispánico e internacional, vindicación de los principios básicos ilustrados, no sectarios y anticapitalistas de la tradición enrojecida y llamamiento explícito a la actitud crítica, permanente y antiservil como atributo esencial de la militancia en todos los contextos e instituciones, incluida las propias en primer lugar.

Dado que la narración no es lineal, el breve y útil anexo II que ha trazado la editora -dudo que la admirable modestia de Núñez le haya permitido esta nota-, donde se ha dibujado cronológicamente y sucintamente los principales avatares político-históricos del autor, es de ayuda inestimable para seguir cómodamente lo narrado. Nacido en 1920, Núñez González combatió en la guerra civil ("quinta del biberón"), se afilió al Partido Comunista de España (mejor "en España"), fue responsable político de la organización guerrillera del partido y, en la clandestinidad, fue uno, entre pocos más, de los artífices de la reconstrucción del PSU de Catalunya (mucho mejor: "en Catalunya"). En medio, condena en las prisiones de Atocha (prisión convento), Yeserías, Ocaña, Aranjuez, Prisión Celular (Modelo (!)) de Barcelona y, finalmente, desde 1959 hasta 1967, en la prisión central de Burgos de cuyo comité de prisión formó parte. En total, unos 14 años de cárcel (la sexta parte, hasta ahora, de una vida que sigue activa, muy activa), con torturas y comportamiento ejemplar y modélico para generaciones de comunistas y próximos. Sabido esto, recordar que no hay intención alguna de concelebrar comunitariamente, como fiesta de la ciudadanía democrática, el día del combatiente antifranquista, y que esa merecida jornada pueda ser el 14 de abril o el 16 de febrero, por ejemplo, y, que en cambio, el día en que un Papa, Pío XI (por cierto, tan reaccionario como su siguiente nominal), editó una bula en la que declaraba, por dogma acrítico de fe, libre de pecado original a la esposa del carpintero José, sea, en cambio, fiesta de obligado e inamovible cumplimiento en un Estado laico, es

prueba apodíctica, y casi inapelable, no sólo de una injusticia aléfica sino de una curiosa, aunque no única, aportación hispánica a la barbarie “civilizatoria”.

La revolución y el deseo (RD) está estructurado en siete apartados: 1. Raíces (infancia y juventud de Núñez); 2. La guerra civil; 3. La victoria franquista (con especial atención a la represión inmediata a la guerra); 4. Las cárceles; V. La resistencia a la dictadura; VI. La legalización y VII. La cooperación solidaria: 1982-2002. Los recuerdos, como se sabe, suelen transcurrir por escenarios subjetivos y no exhaustivos y, como ya apuntó Borges, la memoria humana no suele acuñar moneda alguna, ni la propia. Por ello, se pueden encontrar algunos extraños olvidos (o incluso erratas) en estas memorias y se puede discrepar de algunas de las consideraciones de Núñez. Así, por ejemplo, apenas hay noticias sobre lo que los comunistas sefardianos (y afines) pensaron sobre las invasiones de Hungría y Praga o sobre el mayo parisino, las varias crisis internas del PCE-PSUC son descritas con excesiva cautela (por ejemplo, la de Claudín, Semprún y Vicens), la posición política del autor es discutible, y muy concreta, en algunos puntos (por ejemplo, cuando se refiere a lo acontecido en el V Congreso del PSUC o al supuesto intento de superación de las diferencias en el VI), su percepción de la transición política es sin duda singular (“¿Podía hacer sido el cambio de otra forma? Quizás no...”, p. 324); lo apuntado sobre la actuación del PSUC en el caso de Puig Antich es conjetal, con riesgo de alta tensión; no hay apenas noticias (aparte de lo apuntado en el anexo I) de lo que significó la desintegración de la URSS y la caída del muro, pero, por una parte, justo es reconocer que de todo no se puede hablar y, por otra, que algunos otros pasos compensan con creces posibles desacuerdos. Por ejemplo, lo señalado sobre Fraga y el 23-F (p.336), su aproximación a Miguel Hernández (pp.146-147), pero, sobre todo y especialmente, el pulso irónico, veraz y sabiamente modesto con que Núñez narra sus propias e impresionantes vicisitudes derrumban cualquier arista crítica o discordante. Donde algunos hubieran filmado, a cámara impudicamente lenta, con plano fijo y *Réquiem* de Mozart para impresionar al lector, él ha tenido la gentileza de hacerlo con la rapidez, la ironía y, en ocasiones, rabia contenida del Wilder de *Primera plana*. El lector debería agradecer su elección, aunque, como suele ocurrir, uno pueda extralimitarse en alguna escena.

RD, en síntesis, puede ayudar y ayuda a la construcción de la permanentemente revisable (que no revisionista) verdad histórica sobre nuestro pasado próximo. Si como Machado pedía, y Montalbán recuerda, lo que importa es buscar la verdad, no la de cada uno, no se ve como conseguir aquélla sino es a partir de las subjetividades parcialmente veraces y sopesadas de cada uno.

En contra de lo que suele ocurrir con los prólogos de ocasión, las páginas de presentación de Vázquez Montalbán (“Nosotros los comunistas”,

pp.9-22) merecen lectura atenta y producen efectos gratificantes, con aguda reflexión sobre el voluntarismo de los combatientes antifranquistas y el perverso cuento de una transición inspirada por un rey bueno y ejecutada por un valido sagaz. A este prólogo, se añade, digámoslo así, una breve nota de Luis Goytisolo (pp.23-24). El deseo de que una revolución adrenalínica no altere las constantes vitales de lector me empuja a aconsejarles, sin atisbo alguna de censura, que, llana y simplemente, se lo salten. Si obran así se evitarán chocar (inelásticamente) con pasos tan sutiles como los siguientes: a) "¿qué hubiera pasado en España si, por haber discurrido las cosas exactamente al revés de como discurrieron, el PC hubiera llegado al poder?... al menos durante los años que yo recuerdo -la segunda mitad del franquismo-, nadie en España, salvo la dirección del Partido Comunista y la Dirección General de Seguridad [sic. algo así como la dirección de la gestapo o de la Dina chilena], creía que eso fue posible. Y los apoyos que hallaba el Partido Comunista se basaban en ese supuesto (iii)" (probablemente Goytisolo (Luis) generaliza aquí lo que acaso es propia y exclusiva percepción), y b) "(...) Pondré algunos ejemplos relacionados con personas y hechos que también yo he conocido. Así, la imagen que ofrece de Manuel Sacristán, persona de trato difícil en la medida en que su inflexibilidad ideológica iba unida a una preocupante ausencia de sentido de la realidad. Mejor juicio le merecemos los universitarios de la época, y en especial Octavi Pellissa, con su ironía socrática, en el polo opuesto de Sacristán..." El ataque de inmodestia apenas es un grano de sal si se compara con la indelicadísima oposición Pellissa-Sacristán y con la absoluta contradicción de lo apuntado y los pasos que Núñez dedica a Sacristán (pp.256-257) que ni siquiera un deconstrucciónista derridiano de última hornada podría leer de forma consistente con lo señalado por el prologista: lo que el señor académico comenta de Sacristán es de cosecha propia, en absoluto atribuible a Núñez. En síntesis y con ánimo agotado: el admirado autor de *Antígona* y de *Teoría del conocimiento* no tuvo su tarde-noche al escribir este nota. ¿O tal vez sí?

4. Singular escritura y no menos curiosa reflexión

Arnau Puig, *Dau al set, una filosofía de la existencia*. Barcelona, Flor del viento 2003, 221 páginas.

En la contraportada de *Dau al set*, una filosofía de la existencia (D7) se nos indica que estamos frente a “un libro esencial para entender el espíritu y las aportaciones del grupo Dau al set”. Su autor, Arnau Puig, es sin duda persona adecuada para emprender una tarea de tanto interés e injustamente tan poco cultivada. Fue creador y fundador de *Algol* (1946) y *Dau al set* (1948) y fue becado posteriormente por el gobierno francés para estudiar Filosofía de la Ciencia en la Sorbonne y preparar un doctorado de Estado sobre sociología del conocimiento. Ha sido, más tarde, profesor en la Universidad Central y en la Autónoma de Barcelona y de historia del arte y semiótica en las Escuelas de Artes y Oficios y finalmente catedrático de Estética y profesor emérito de la Universidad Politécnica de Barcelona.

Más que frente a un relato estrictamente biográfico o a una reflexión sobre el interesante y poco estudiado grupo barcelonés de los cincuenta, entre cuyos miembros cabe citar a Joan Brossa, Modest Cuixart, Joan Ponç o a Antoni Tàpies, estamos frente a una aproximación densamente poblada de reflexiones y testimonios filosóficos, cuyo estilo está probablemente influido -contagiado incluso- por la estancia de Puig en tierras parisinas. Ésta es quizás una de las razones que dan cuenta de algunas formas de decir, sin duda peculiares, de este *Dau al set*. Cabe ilustrarlo con algunos ejemplos:

1. El autor presenta una curiosa narración sobre el principio de incertidumbre de Heisenberg -que él llama “principio de indeterminación de Schrödinger”- en los siguientes términos: “cuando intervenimos en algo en aquella misma medida condicionamos, alteramos, aquello que tomamos en consideración. Lo que estudiamos, aquello sobre lo que vamos a tratar, al proceder a ello, le damos ya nuestra “naturaleza”, siéndonos imposible saber cuál pueda ser la suya real” (p. 55). Más allá de la extraña sintaxis del fragmento, probablemente la tesis señalada sea correcta (o tal vez no), pero sin duda está lejos de ser una formulación ortodoxa o aceptable del principio cuántico y mucho más cerca de ser una estricta y algo alegre especulación o acaso metáfora filosófica que toma al principio supuestamente como base.

2. Al acercarse a la revista *Dau al set*, Puig da cuenta de un artículo, publicado en uno de sus primeros números, dedicado a reflexionar sobre lo espacios inmateriales. Se consigue delimitar estos ámbitos, señala, mediante los signos de las matemáticas, como es el caso de π , que muestra la relación entre radio y circunferencia. Como es bien sabido, π es la relación entre el diámetro, no el radio, y la longitud de la circunferencia, y no sé si ayuda a algo apuntar, como hace Puig, que “este número es incommensurable, es

decir, no se le pueda alcanzar nunca exactamente, como sucede con las personas, con los individuos"(p. 67). ¿No hay aquí demasiada filosofía matematizada de la existencia, demasiada metáfora insustancial en muy pocas líneas?

3. Puig sitúa a Francesc Vicens, en el inicio de los años sesenta, fuera del la órbita del PSUC en algún partido hermano (p. 121) pero anda errado en esta apreciación sin duda lateral. Vicens era entonces un exiliado político, miembro activo de la dirección ejecutiva del PSU de Catalunya.

4. Puig señala que Manuel Sacristán fue "un caso ejemplar de cómo las personas organizan su estar en el mundo conforme a sus intereses, desplazando despiadadamente (sic), con el olvido si fuera el caso, a la persona que les incomoda, al margen de los principios o de las ideologías que fueran..." (p. 120). Si ese cálculo despiadado fuera verosímil, hay que señalar que no hay apenas ejemplos en la historia reciente de mayor torpeza existencial sobre cálculo de intereses propios y realidad vital.

Su comentario posterior de que en las discusiones con Sacristán éste delimitó la tarea intelectual de Puig al campo de la epistemología, quedándose él en cambio con la epistemología filosófica, plantea problemas netos de comprensión. ¿Qué línea de demarcación establece Puig entre la epistemología científica y la filosófica? ¿Cultivó alguna vez Sacristán alguna línea epistemológica adversa o distanciada del saber científico? ¿Cómo se consigue situar a alguien que no es ayudante, subordinado o similar en un determinado ámbito en contra de su deseo?

Algo más adelante, Puig se refiere a la evolución político-filosófica de Sacristán en los términos siguientes: "(...) era posible pasar del heideggerianismo al comunismo, como el mismo Heidegger pasó de su filosofía ontológica al nazismo" (p. 124). Innecesario es señalar que algunas formas de decir más de lo que dicen hablan del que dice.

5. Algunos pasos de D7 muestran que la modestia no es una virtud que Puig cultive hora tras hora, tal vez en sintonía con un Nietzsche al que refiere con admiración ilimitada en repetidas ocasiones. Por ejemplo, al dar cuenta de su participación en la redacción de *Revista* señala que "Estas personas me tomaban por mis cualidades y porque había vivido en París, además de porque en el hablar siempre (sic) demostraba conocimientos y creatividad" (p.135). ¿Vivir París es garantía inapelable?.

6. Puig nos recuerda, como nota de una reflexión gnoseológica sobre información y teorías, "cómo Kepler pudo formular sus leyes mecánicas del espacio gracias a la dispersión y escasez de información que poseía" (p. 50). Tycho Brahe, por el contrario, lleno de datos e información se perdía al entramar sus cálculos: siempre le faltaba alguna cosa para encajar en sus conjetas. Puig parece no recordar que Kepler fue ayudante de Brahe, que los numerosos y sistemáticos datos observacionales de este último fueron decisivos para sus tres leyes y su misma cosmovisión y que el mismo Brahe

construyó un sistema del mundo, el ticonico, síntesis del copernicano y del ptolemaico, por lo que parece que al final los datos, su exceso de información, tuvieron cierta consistencia e importancia.

Algunas de las fotografías que acompañan a la narración en las páginas centrales -entre la 128 y la 129-, son significativas e ilustrativas. Otras algo menos. Por ejemplo, una montada probablemente para la ocasión del mismo Arnaud Puig, o su consejero fotográfico, que lleva el siguiente encabezamiento. "El autor reflexionando: ¿se dice a sí mismo, o dice acerca de lo demás?". Queremos pensar que el miembro de Dau al set es ajeno a una inclusión tan problemática.

Joan Brossa y Manuel Sacristán son las dos personas más citadas a lo largo de las páginas de D7. Incluso más de Heidegger o Miró. La positiva aproximación al primero no se corresponde con la negativísima reflexión sobre el segundo, de la misma forma que la justicia del primer acercamiento es netamente opuesta a la injusticia de la segunda consideración. ¿Lucha de opuestos? ¿Dialéctica de los contrarios? Todo lo dicho por Puig en la página 136 sobre Sacristán y la contestación radical debería pasar, desde mi punto de vista, a la antología universal del disparate sin sentido. Reflexión lateral, pero probablemente no insustancial, es preguntarse las razones de esta nueva tosquedad intelectual y su resultado final. ¿Qué filosofía de la existencia permite afirmaciones poco equilibradas, injustas en ocasiones y posiblemente tan resentidas?

5. España como inmensa prisión

J. Sobrequés, C. Molinero, M. Sala (eds), *Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo*, Crítica-Museu d'Història de Catalunya, Barcelona, 2003, 1.098 páginas.

C. Molinero, M. Sala y J. Sobrequés (eds), *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Crítica, Barcelona, 2003, prólogo de Josep Fontana, 358 páginas.

Margarita Sala (coordinación), *Catálogo de la exposición "Las prisiones de Franco"*. Museu d'Història de Catalunya-Generalitat de Catalunya. Barcelona, 2003-.2004, 344 páginas.

David Ginard i Féron, *Matilde Landa. De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas*. Flor del Viento, Barcelona, 2005, 294 páginas.

No fue tarea difícil. El responsable de la imagen gráfica de la exposición "Las prisiones de Franco", Pere Canals, persuadió sin esfuerzo al resto de organizadores para que el cartel de información sobre esta inolvidable exposición debía adecuarse, sin encubrimientos o temores a dañar sensibilidades oficiales, con lo que se iba a mostrar (y a denunciar): el cartel anunciador escogido fue entonces la imagen del cuerpo torturado de Francisco, de Paco Téllez, un admirable luchador antifranquista, comunista del PSUC (y hoy militante del PSUC-viu y de EUiA). Y esa imagen, la fotografía de un cuerpo desecheo, quemado, torturado, violentado, lleno de hematomas, sondado, que a tantos jóvenes impresionó en el año de la muerte de Franco, es la que abre el catálogo de una de las exposiciones más brillantes que se han podido ver en Barcelona en los últimos años, en el Museu d'Història de Catalunya, desde el 27 de noviembre de 2003 hasta el 12 de abril de 2004. Que esta exposición no se haya podido trasladar a otros lugares del país es prueba casi irrefutable de desatino, de la omnipotencia poco mediada y nada exquisita de la derecha continuadora del franquismo (y de sus intelectuales inorgánicos), acaso de la falta de coraje de muchos, de la cultivada visión sesgada del pasado o, simplemente, de la falta de reconocimiento de la labor bien hecha por motivos políticos poco confesables. Sea como sea, no hay que perder la esperanza de que

colectivos ciudadanos vindiquen para un futuro próximo la reorganización de esta exposición y su presencia en ciudades como Madrid, Zaragoza, Sevilla, Bilbao, Valencia, o cualquier lugar de esa inmensa prisión que fue lo que hoy llamamos "España" (comunidades autónomas no excluidas). Seguro que en su vindicación cuenta con el apoyo entusiasta del comité científico, del comité organizador y de Margarida Sala, alma, cuerpo, espíritu y magnífica guía del proyecto.

El cartel anunciador al que antes me refería abre precisamente el catálogo de la exposición (en catalán, castellano e inglés) que esta vez sí en un libro que ayuda, instruye, y cuyo contenido fotográfico es no sólo magnífico sino imprescindible. A retener, entre otros, los textos de Manel Risques, Ricard Vinyes, Angela Cenarro y Santiago Vega, así como la presentación, cartas y fotografías en el apartado dedicado a Matilde Landa.

De hecho, la misma exposición estuvo enmarcada y fue resultado de un encuentro anterior celebrado también en Barcelona entre el 21 y el 23 de octubre de 2002 y que dio origen a la publicación de un gran ensayo -por su importancia y por el número de páginas- que tuvo como tema de estudio y análisis "Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo". De este enorme volumen, que se convertirá, que se ha convertido en un clásico indiscutible del tema, se editó posteriormente en Crítica un ensayo con el título *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, que recogía las ponencias y algunas de las comunicaciones presentadas en estas jornadas. Josep Fontana recuerda en su sustantivo prólogo un dato que no debería olvidarse: "una cifra dada por una fuente gubernamental a un corresponsal estadounidense habla de 192.684 ejecuciones entre 1939 y 1944, en los cinco años que siguieron al término de la guerra" (p. xiii). El mismísimo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores del gobierno fascista de Mussolini, se escandalizaba, durante una visita a nuestro país en julio de 1939, por el gran número de ejecuciones que se seguían produciendo y sostenía que los encarcelados no eran prisioneros de guerra sino *esclavos de guerra*. Esa fue la auténtica naturaleza espiritual bendecida del franquismo.

Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo se estructura en cuatro grandes secciones: 1. Los campos de concentración europeos. Modelos comparativos. 2. Los campos de concentración durante la guerra civil y el franquismo. 3. Las prisiones franquistas. 4. Fuentes documentales. A la introducción de Jaume Sobrequés, se suman el excelente prefacio de Carme Molinero, la lección inaugural impartida por Michel Leiberich sobre "El mundo concentracionario europeo" y la lección de clausura impartida por Nicolás Sánchez-Albornoz: "Cuelgamuros: presos políticos para un mausoleo". Deberíamos fijar la mirada sobre las fotografías y comentarios que cierran el texto de Sánchez-

Albornoz, miembro de la Federación Universitaria Escolar, que cumplió condena en el destacamento penal del Monasterio en Cuelgamuros. El autor, uno de los cuatro presos políticos supervivientes que trabajaron en Cuelgamuros, señala la sorpresa de un documentalista francés porque en las guías oficiales y los folletos descriptivos distribuidos en pleno siglo XXI, en un país que inició su transición política hace 30 años, se seguía repitiendo la cantinela franquista sobre el valle “de los Caídos” y sobre el abyecto huésped principal de la cripta. Nunca se menciona, ni mencionan los guías, que los presos políticos levantaron el monumento, ni Patrimonio Nacional, bajo cuya autoridad se encuentra el conjunto, vendía en su quiosco, por ejemplo, el ensayo de Daniel Sueiro sobre la *Verdadera historia del Valle de los Caídos*.

Nada puede objetarse al contenido de *Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo*. Acaso que el volumen es tan enorme que el mismo peso dificulta su manejo a ciudadanos sin constitución atlética. Newton ya advirtió sobre las consecuencias de la ley de la gravitación. El lector puede encontrar en la tercera sección, aproximaciones a Marcos Ana, a Rafael Pérez Contel, a las treces Rosas, a la actitud de la nunca suficientemente amada y admirada Iglesia católica ante la represión ejercida por el régimen de Franco, a la vida en las prisiones y, como regalo final, una inolvidable comunicación de David Ginard i Féron que lleva por título “Matilde Landa i la presó de les dones de Palma”.

Esta última comunicación ya anunciaba algo grande y lo que ha venido después confirma todas las expectativas. El ensayo de Ginard i Féron, como ya lo fuera su magnífico trabajo dedicado a Heriberto Quiñones sobre el que ya se llamó la atención en estas páginas del *topo*, no sólo es magnífico sino que es imprescindible. Es, en mi opinión, uno de los textos más documentados, ajustados, equilibrados, que uno ha podido leer en estos últimos tiempos, cuyo indudable rigor histórico no es mayor que su fuerza literaria. Ginard escribe impecablemente bien lo que estudia tenazmente. Y con respeto. No es para menos: Matilde Landa Vaz, militante del PCE durante la República y la guerra civil, fue encargada tras la victoria fascista de reconstruir el partido en Madrid. Detenida, encarcelada, tuvo un papel central en la estructuración de la resistencia en las prisiones de mujeres. Presionada por las autoridades franquistas (y afines) para que renunciara de su ideario y abrazara la fe católica, se quitó la vida en la cárcel de Mallorca en 1942, a los 38 años de edad. Son de lectura imprescindible las 29 cartas dirigidas por Matilde Landa a Carmen López Landa, su hija, entre 6 de junio de 1937 y abril de 1941 aquí recogidas en las páginas 218-247.

Apenas nada crítico puede decirse sobre el más que magnífico ensayo de Ginard, pero para evitar una apología entregada, acaso quepa señalar: a) algún uso del término “ejecución” debería haberse evitado y sustituido por asesinato; b) en la contraportada, acaso no atribuible a Ginard, hay, en mi

opinión, críticas a actuaciones del PCE y de su dirección que ayudan a cultivar la imagen típica e injusta que se tiene del partido, y c) la acumulación de datos, las fuentes, las referencias, los impecables desarrollos laterales, son tales que en ocasiones, nada infrecuentes, las notas del ensayo adquieran mucho más cuerpo que el texto central. Acaso hubiera sido adecuado, y pensando en nuevas reediciones no es un consejo inútil, haber separado las notas en dos clases disjuntas: a) las aclaratorias o complementarias, a pie de página, y b) las relativas a fuentes, referencias bibliográficas y discusiones historiográficas, situadas al final del volumen.

Tómese ello, por favor, como un grano de sal que no pretende quitar valor alguno a un inmenso y admirable trabajo que anuncia que el PCE y su historia están de racha: tiene en el joven historiador mallorquín (y en otro joven historiador italiano afincado en Barcelona, Giaime Pala) un científico sensible empeñado en la inmensa tarea de dar cuenta de una historia, con sombras sin duda, pero con inmensas luces y con admirables actuaciones. Gracias, compañero, gracias.

PS: Si no ando errado, las hijas de la Caridad -orden religiosa que gobernó con mano de hierro y sangre las antiguas cárceles de mujeres durante el XIX y comienzos del XX, y que fueron expulsadas en 1931 por la primera mujer directora general de prisiones, Victoria Kent, hasta que el dictador golpista Franco volvió a recurrir a ellas como carceleras- fue la orden que dirigió en tiempos de posguerra las cárceles de Palma, Les Corts, Málaga o Valencia. Matilde Landa estuvo, pues, en sus dominios indiscutidos. Pues, bien, paradojas de la vida y de la historia: el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia de 2005 ha sido concedido a esta orden que, según el cronista oficial, destaca por su excepcional labor social y humanitaria en apoyo de los desfavorecidos en España desde finales del siglo XVIII ! Fernando Hernández Holgado se refería a ello indignado en una carta a *El País* de 17 de setiembre de 2005. Estos detalles y premios principescos, ¿tendrán algo que ver con la celebración -increíble, impensable, inconcebible- en 2005 de los 30 años de la subida al trono de España, por designación de la Jefatura y Cortes del "Régimen anterior", del actual Jefe de Estado? ¿Es consistente, en alguno de los posibles sentidos del término, que detrás de la celebración pueda estar un partido y un gobierno que se dice socialista, progresista, e instituciones de carácter democrático? Insisto en el punto: no a los 30 años de la aprobación de la Constitución monárquica sino a los 30 años del nombramiento de Juan Carlos I tras la muerte del dictador Franco.

Me condenaron a veinte años de hastío
por intentar cambiar el sistema desde dentro
ahora vengo a desquitarme
primero conquistaremos Manhattan
después conquistaremos Berlín

Leonard Cohen, *First we take Manhattan*

El capitalismo es tú o yo, no tú y yo.

Pintada anarcosindicalista. Pared de Hervás (Cáceres)

El capitalismo no ha necesitado grandes ideólogos para imponer la lógica contable de la partida doble. El capitalismo trata de convertir a la naturaleza en capital monetario. Es la más terrible, la más insultante de las reducciones, con ello se olvida que en última instancia la riqueza de las naciones no viene del mercado, sino de los recursos naturales, las materias primas que, una vez elaboradas, ponemos en él. Sin embargo, somos tan arrogantes que olvidamos que todo el inmenso poder de las finanzas actuales que es capaz de enriquecer o arruinar a los países no es suficiente ni para reconstruir la complejidad de una ameba.

Antonio Valero y José Manuel Naredo (1999), *Desarrollo económico y deterioro ecológico*.

VII. Globalización

1. En el corazón de las tinieblas. El lado oscuro de la globalización

David Dusster, *Esclavos modernos. Las víctimas de la globalización.* Tendencias (Ediciones Urano), Barcelona, 2006, 206 páginas.

Benjamín Forcano recordaba recientemente unas palabras de Pere Casaldàliga, reciente Premio Internacional de la Generalitat catalana: "Creo que el capitalismo es intrínsecamente malo, porque es el egoísmo socialmente institucionalizado, la idolatría pública del lucro, el reconocimiento oficial de la explotación del hombre, la esclavitud de muchos al yugo del interés y la prosperidad de los pocos". *Esclavos modernos* es, entre otras cosas, una detallada e informada ilustración -unas de las muchas posibles- de esta consideración del admirado sacerdote catalán (apodado "el Che" por cierto).

El ensayo de Dusster se abre con el artículo 4 de la declaración universal de los Derechos humanos: "Nadie será sometido a esclavitud ni a servidumbre. La esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas" (repárese: *en todas sus formas*). De hecho, la esclavitud parece una lacra social de un lejano pasado, pero, como el mismo autor señala (p. 17) fue abolida en Brasil en 1888 y en Estados Unidos en 1865. Antes, durante los tres siglos siguientes a la colonización europea de América, según cálculos de Anti-Slavery International, entre 12 y 28 millones de pobladores africanos fueron esclavizados y desembarcados en América. Los 27.000 viajes de barcos "negreros" trasladaban a la ida los siervos encadenados (un 20% murió antes de llegar a puerto) y retornaban con materias primas, especias y recursos extraídos de la tierra invadida.

Abolida oficialmente en todos los continentes, pese a la persecución legal perdura en nuestros días "y como consecuencia de la globalización de la economía, de forma más extendida y menos residual de lo que se pueda barruntar, agravada con nuevas formas de explotación que horadan los derechos humanos más básicos" (p. 25). Con un matiz muy importante, otro argumento empírico decisivo contra la actual forma de mundialización del capitalismo (mundialización que, por cierto, tal como ha señalado Eric Hobsbawm, cada día se parece más al mundo que había dibujado Marx en el *Manifiesto Comunista*): las formas extremas de abuso sexual, laboral, infantil, parecían hasta hace poco prácticas frecuentes en países subdesarrollados, con regímenes dictatoriales, en territorios anclados en un pasado no superado, poco modernizados, con unas clases dominantes absolutamente retrógradas y un Imperio-metrópoli al acecho, etc, etc. En la actualidad, y ésta en una las consideraciones centrales del trabajo de Dusster, "*los casos de explotación y trata de personas afectan prácticamente a todos los países del mundo*" (p. 25).

Algunos ejemplos de esta situación: el 70% de las prostitutas que ejercen en España son de origen extranjero y las redes mafiosas que las controlan (pura o híbridamente españolas muchas de ellas) se han multiplicado en el último lustro (la prostitución en España es un negocio alegal que mueve anualmente unos 300 millones de euros, p. 159); trabajadores inmigrantes sin papeles, pagando alquileres a todas luces abusivos, comparten pisos de apenas 70 metros cuadrados con 15 compañeros más; Michael Shelby, fiscal de Texas, ha reconocido públicamente que entran cada año en Estados Unidos unas 16.000 personas de forma forzada; si usamos el concepto de esclavitud como sinónimo o cercano al de servidumbre, unas 27 millones de personas en el mundo son obligadas actualmente a realizar trabajos no remunerados (si se incluyen trabajos serviles con sueldos muy precarios, la cifra se eleva a 200 millones, y recordemos que 2.000 millones subsisten con menos de 2 dólares diarios); la trata de personas representa una actividad ilegal que mueve 7.000 millones de dólares anuales, tiene ramificaciones en un centenar de países e incorpora entre 600.000 y 800.000 personas cada año (p. 29); en Payatas, cerca de Manila, y esto es sólo un ejemplo entre otros muchos posibles, miles de niños y mujeres rastrean diariamente en un gigantesco vertedero, en una montaña humeante de 220.000 metros cuadrados de residuos sólidos; Daisy, una trabajadora en la maquila hondureña de "El Progreso", se levanta a las 4h30 de la madrugada y se acuesta a las 22h, después de haber trabajado entre su casa y la fábrica unas 14 horas, seis días por semana, con un sueldo semanal que oscila entre 34 y 59 euros; jaulas con mujeres prostituidas con engaños en Kamatiphura; zonas del mundo convertidas en prostíbulos para hombres occidentales (el 73% de los casi 16 millones de turistas británicos que visitaron Tailandia entre 1980 y 1986 eran hombres; p. 129); 300.000 niños entre 5 y 14 años que trabajan en el cinturón de las alfombras del norte de India (p. 164). Y así siguiendo.

Señala Dusster que vivimos en un mundo implacable, en una época de lamentaciones públicas por los errores del pasado, de excusas por vergüenzas históricas: Alemania siente el horror de los crímenes nazis; Juan Pablo II pidió perdón por la condena de Galileo,.. pero la cuestión esencial es que nuestro examen de conciencia raramente se extiende a un análisis de las actitudes del presente: "Sembramos desigualdad y explotación sin preocuparnos de que, tal vez, nuestros descendientes deberán, algún día, deplostrar públicamente los procesos actuales" (p. 24). O más cínicamente, sabiendo que también ellos tendrán que hacerlo pero que continuarán obrando con los mismos parámetros, sin importarles, una vez mas, que la noria de la Historia gire aplastando y machacando. Crueldad para el presente, mirada compasiva hacia el pasado. Dusster finaliza su recomendable ensayo señalando lo que está en juego. "Está en juego el modelo de sociedad en que creemos. Está en juego pasar a la historia como

una civilización que enterró los ideales de la Ilustración para consolidar su bienestar, una cultura que admitió la barbarie porque ésta no afectó a la mayoría, un modelo de convivencia que, a imagen y semejanza de la antigua Grecia, reservó su democracia para los elegidos y condenó la esclavitud a los demás" (p. 189). Los demás que, sin duda y aunque no importe, pueden estar muy próximos.

2. Razonables propuestas para un turismo responsable

Jordi Gascón y Ernest Cañada, *Viajar a todo tren. Turismo, desarrollo y sostenibilidad*. Icaria (Más Madera), Barcelona 2005, 159 páginas.

Viajar a todo tren, a toda velocidad, con coche propio o alquilado, con aviones de compañías de bajo precio, o de importe no tan ajustado, a territorios vecinos, próximos o remotos, se está convirtiendo, para amplios sectores sociales de los países, digamos, desarrollados o, en supuestas vías de serlo, en una actividad nada marginal, que mueve una cantidad enorme de dinero y de recursos. Que esta actividad tenga algo que ver, aunque sea remotamente, con el placer, con el conocimiento, con la felicidad, con la aventura no acartonada, con el contacto interesado, modesto y atento con otras culturas, no es algo inmediato ni, que se sepa, demostrado en medida parcial o total. Es, cada vez más, en sus aristas mayoritarias -que son las que cuentan para los que cuentan- una actividad comercial y de servicios que, como todo acto económico en esta sociedad del Mercado-Rey, se convierte en una acción que pretende el máximo beneficio, en el mínimo tiempo, por procedimientos legítimos o no, y sin reparar en consecuencias sociales, culturales, estéticas, en el respeto a las personas (sobre todo, las menos favorecidas) y al medio ambiente, que suele contar con la entusiasta colaboración de algunos pobladores privilegiados o bien situados del territorio. Si una visión es capaz de resumir las consecuencias distópicas del turismo masivo y masificador, basta darse una vuelta (rápida: para evitar desolación) por casi cualquier rincón del litoral catalán-valenciano para llenarse el alma de rabia ilimitada pero en absoluto gratuita. ¡Qué tendrá que ver ese horror paisajístico con la belleza, con el descanso, con el conocimiento de los otros! No hablemos ya de lo que eufemísticamente se denomina "turismo sexual", esto es, prostitución programada. Que algunas multinacionales, con nombres y apellidos y con enorme prestigio económico y respeto en las grandes instancias, premien a sus ejecutivos o a sus cuadros medios exitosos, con viajes a determinadas zonas del sudeste asiático -o del Caribe, sin duda- cuyo objetivo básico, cuando no único, es la relación sexual comprada con personas en situaciones próximas al abismo vital (y en manos de grupos de allí o de aquí que les esclavizan sin piedad alguna), debería pasar a la historia universal de la infamia, del horror, de lo inadmisible, y al cuadro de síntomas alarmantes de unas sociedades enfermas que contagien enfermedades sin ningún pudor.

Pues bien, a explicar este lado oscuro del turismo está dedicada la primera parte del libro de Jordi Gascón y Ernest Cañada, autores ambos que están en las mejores condiciones concebibles para abordar esta tarea: desde

hace tiempo están práctica y sensiblemente implicados en temas relacionados con los países y ciudadanos del Tercer Mundo, con la cooperación internacional solidaria -y no burocráticamente entendida- y han coordinado además la Red para un Turismo Responsable, una plataforma creada por varias ONG catalanas.

Gascón y Cañada discuten, por ejemplo, algunos de los mitos asociados al turismo y a sus beneficiosos impactos socioeconómicos (pp. 11-29). Así, partiendo de un estudio de A. Costa, señalan que en un análisis realizado en unos 3.600 municipios españoles de más de 1.000 habitantes se demuestra que en aquellos lugares donde el turismo es un sector económico primordial se incrementa su influencia sobre las entidades públicas y obtiene un neto trato de favor en las políticas de gasto municipal: los gastos sociales por habitante se reducen de media casi 10 euros (y unos 7,5 los generales y los de vivienda) y, en cambio, se aumentaban en más 3 euros los gastos dedicados a protección civil y a seguridad ciudadana, y en casi 13,5 los dedicados a bienestar comunitario. En los siguientes apartados, los autores dan cuentan de los impactos en la comunidad y en el grupo doméstico; en la cultura de los países visitados (así, la diversidad regional alimentaria tiende a disminuir en favor de los modelos occidentales tipo basura-rápida-McDonalds) o, destacadamente, en el medio ambiente. Aquí, partiendo de un estudio del grupo de trabajo sobre el Clima, la Energía y el Tráfico de la Asociación Alemana para el Medio Ambiente y la Protección de la Naturaleza señalan que "los viajeros en Europa deberían renunciar a volar tanto como fuera posible y movilizarse en tren o en autobús" (pp. 53-54) y que, si se hacen viajes largos en avión, la estadía mínima en el país de recepción debería ser de como mínimo de tres semanas.

¿Todo está perdido? ¿Nada puede hacerse? No: Gascón y Cañada nos ofrecen en la segunda parte de su oportuno estudio (pp. 87-155) unas argumentadas reflexiones para configurar un turismo responsable que, como no podía de otro modo, debería ser el único turismo admisible (sabido que lo otro es naufragio, explotación, ilusión estúpida y fealdad). En las conclusiones de su estudio, señalan algunas de las ideas centrales de su propuesta: 1. El turismo, como casi cualquier otro sector económico, puede generar impactos altamente negativos o no, todo depende del modelo aplicado y de su gestión. Si bien, históricamente, ha provocado más desventajas que ventajas en los sectores de población más vulnerables y en los ecosistemas. 2. El turismo es un espacio de conflicto social y, por tanto, la cuestión es "entender esta dinámica de conflicto en los modelos de desarrollo turístico y en su gestión, y tener claro al lado de qué clases sociales queremos estar" (p. 153). 3. Ello exige generar un movimiento social, con capacidad de incidencia, que lo transforme con criterios de sostenibilidad social, económica, cultural y ecológica. Turismo responsable será, pues, aquel que genere un movimiento social a favor de un turismo

sostenible, respetuoso, que denuncie impactos negativos y que se implique con los colectivos afectados. El Turismo comunitario, que también debe ser fortalecido, "es el turismo de pequeño formato, establecido en zonas rurales y en el que la población local, a través de sus estructuras organizativas, ejerce un papel significativo en su control y gestión" (p. 155).

En síntesis: se trata, una vez más, de no actuar como Reyes-despóticos de un mundo que podemos comprar y maltratar a nuestro caprichoso antojo sin reparar en nada ni en nadie.

"

3. Del comercio justo y del minicrédito: Quo vadis?

Xavier Montagut y Esther Vivas (coords). *¿Adónde va el comercio justo? Modelos y experiencias*. Icaria, Barcelona, 2006, 130 páginas.

Àngel Font, *Microcréditos. La rebelión de los bonsáis. Reflexiones sobre el impacto de los microcréditos en la reducción de la pobreza*. Icaria, Barcelona, 110 páginas.

Estos dos nuevos ensayos de la colección de Icaria "Más Madera" están centrados en temas, con aristas polémicas, que son base y fundamento de movimientos sociales y ciudadanos de importancia creciente.

El primero de ellos puede interpretarse como un intento de disolución de una paradoja: Nestlé, Dole, Mc Donalds, afirman que tienen productos de comercio justo; Carrefour, Alcampo y otras grandes superficies celebran semanas de comercio justo, y todo ello con certificaciones FLO, impulsadas por el sector mayoritario de la coordinadora movimiento. Pero, por otra parte, ¿no son esas corporaciones los enemigos más decididos contra cualquier concepción razonable de la equidad en el comercio?

El objetivo de *¿Adónde va el comercio justo? Modelos y experiencias* (que acaso sin pretenderlo puede leerse como una detallada respuesta a un trabajo de Albert Recio -"Consumo responsable: una reflexión crítica"-publicado en el número 99 de *mientras tanto*) es profundizar en el debate sobre la situación del movimiento, dando cuenta de los retos a los que se enfrenta y los debates más importantes que han surgido en su seno: opciones de certificación y certificación de productos, venta en productos grandes superficies, responsabilidad social corporativa, política de alianzas, criterios de distribución.

El ensayo coordinado por Montagut y Vives está estructurado en cuatro apartados, con diez breves artículos escritos por activistas del movimiento. El primer apartado, en el que centraremos nuestra reseña, da cuenta de las demandas del "comercio justo" en España. El segundo presenta las características del modelo de comercio justo defendido por los autores. El tercero presenta cuatro experiencias: Espanica (España), Andines (Francia), UNORCA (México) y Corporación Talleres (Ecuador). En la última sección se analizan las perspectivas de futuro que afronta el movimiento y en apéndice se ofrece la declaración de mayo de 2006 del "Espacio por un Comercio Justo", una coordinadora de diecisiete organizaciones que se autodefine por su apoyo a las luchas de las organizaciones campesinas por la defensa de sus cultivos y formas tradicionales de producción o por su concepción del

comercio internacional como complemento del local y no como motor descontrolado de desarrollo.

La perspectiva en la que se sitúan los autores que colaboran en el volumen es explicitada por los coordinadores del ensayo. Se apuesta aquí por un comercio justo que defiende el derecho a la soberanía alimentaria, a la tierra, a las semillas, a producir y consumir libremente, comercio justo no sólo Norte-Sur sino Sur-Sur y Norte-Norte, “un movimiento [...] que se opone a aquellos que promueven la globalización neoliberal y que trabaja en alianza con aquellas organizaciones y redes que la combaten” (p. 8), un comercio justo que es definido por “la equidad en los intercambios económicos, [que] engloba a todos los trabajadores implicados en una red (productor, empaquetador, transportista, transformador, comerciantes al mayor y al menor cliente), todos ellos deben decidir sobre su vida económica y vivir correctamente de su trabajo, respetando el equilibrio ecológico, tanto si la red va de norte a sur, de este a oeste o en sentido contrario, de un vecino a otro” (p. 47).

Una polémica decisión de la coordinadora estatal española fue tomada en marzo de 2004: impulsar una iniciativa nacional del sello FLO (Fairtrade Labelling Organizations) para certificar los productos de comercio justo con el siguiente resultado: 10 organizaciones votaron a favor, 7 en contra y 3 se abstuvieron. Las organizaciones críticas, que creen que el FLO pone por delante el incremento de las ventas a los principios del movimiento, crearon en febrero de 2006 el “Espacio por un comercio justo”, una coordinadora que “aglutina a unas 30 tiendas del Estado y algunas importadoras y ONG con una visión integral del comercio justo y un discurso crítico con la venta de sus productos en las grandes superficies y la certificación FLO” (p. 16).

Esther Vivas analiza en su contribución los dos grandes polos de referencia en el movimiento: uno, que ella denomina “tradicional y dominante” (TD), “que cuenta con un discurso social y políticamente dominante” (p. 14) –Intermón Oxfam, sería la organización líder de este sector- y otro, el “global y alternativo” (GA), que mantiene una visión integral tanto de la producción como de la distribución y venta final, y que establece alianzas con otros movimientos sociales críticos con la actual globalización de la codicia, si bien, admite Vivas, “cuenta con un visibilidad más reducida” (p. 14). La Xarxa, la red de consumo solidario, sería la mayor de estas organizaciones pequeñas. Vivas dibuja un informado cuadro -no construido asépticamente dado que la autora es parte destacada de su propio objeto de análisis- de las principales diferencias entre una y otra tendencia (págs. 25-26). Cabe citar aquí algunas de las diferencias más acusadas: respecto a la relación con los productores del Sur, TD defiende una perspectiva basada en el “Asistencialismo, transferencia monetaria Norte-Sur, perspectiva cuantitativa”, mientras que el GA mantiene una posición de “alianza estratégica, solidaridad internacionalista, y perspectiva cualitativa”; respecto

al comercio internacional, TD apuesta por "la liberación comercial, la apertura de los mercados del Norte a los productos de los países del Sur y por la reforma de la OMC", mientras que GA defiende la soberanía alimentaria y *descalliramiento* de la OMC. Respecto a la Responsabilidad Social Corporativa, TD defiende alianzas con el mundo empresarial, como actor de transformación social, mientras que el GA denuncia el marketing empresarial como instrumento de legitimación de prácticas comerciales injustas.

En síntesis, la posición política defendida en el ensayo puede resumirse así: la lucha por un comercio justo no es un combate ilusorio por ganar de forma creciente espacios de mercado sino por construir experiencias alternativas, elementos de resistencia que "para ser eficaces, e incluso para mantenerse, deben combinarse con una lucha general por otro mundo. Nuestro consumo es importante pero no debemos renunciar a nuestra condición de ciudadanos y como tales buscar cambios en la esfera de la política producto de la acción colectiva" (p. 119).

El segundo libro nos acerca al movimiento de los microcréditos. Este sistema crediticio se basa en la concesión de pequeños préstamos a familias pobres que trabajan por cuenta propia, cuyo importe varía dependiendo del país donde se otorga, con –comparativamente– bajas tasas de interés y sin necesidad de un aval. La idea de desarrolló en Bangladesh, pero ha prendido con fuerza en América Latina y el Caribe, donde ha permitido, según estadísticas cuya fuente no siempre es conocida, "la formación de unas 50 millones de microempresas que generan empleos y mejoran la distribución de los ingresos de unas 110 millones de personas que viven de sus propios negocios". Según AFP y Reuters, el Grameen Bank, el Banco Rural, "ha entregado más de 5.700 millones de dólares en pequeños préstamos a bengalíes pobres, proveyendo de un salvavidas a millones y de un modelo bancario a más de 100 naciones que lo han imitado, desde Estados Unidos hasta Uganda". La mismísima senadora y candidata a la presidencia USA, Hillary Clinton, habla regularmente de su viaje a Bangladesh, donde se sintió "inspirada por el poder de estos préstamos que ayudan incluso a las mujeres más pobres a iniciar negocios, permitiendo que sus familias -y sus comunidades- salgan de la pobreza". El neocon Paul Wolfowitz, presidente del Banco Mundial, también se ha sumado al movimiento. Después de visitar Andhra Pradesh (India), ha hablado del "poder transformador" del microfinanciamiento. Es sabido también que la esposa del actual rey de España habla en términos muy elogiosos de movimiento y del banquero Nobel (No hay que olvidar, sin embargo, que M. Yunus no ha sido el inventor, ni tampoco, según parece, es su banco el que concede mayor número de microcréditos ni incluso el que lo hace mejor. Pero, sin duda, ha conseguido ser el microbanquero más mediático).

Economistas de izquierda han apuntado un argumento que no merece pasar desapercibido: el éxito de la experiencia financiera de Yunus es la

demonstración de que la economía puede funcionar sin que su único incentivo sea el ánimo de lucro, basándose en algún concepto atendible de solidaridad y dando prioridad a la satisfacción de las necesidades humanas en lugar de los privilegios de los ya privilegiados. Si, supuestamente, una sola entidad financiera ha sacado de la pobreza a millones de personas concediendo a través de su "banco de pobres" créditos de pocas docenas de euros o dólares ¿cómo puede justificarse entonces que sigan existiendo cientos de millones de pobres en el mundo mientras los bancos disponen de miles de millones de euros, dólares o libras? Reconocer el éxito o el mérito, si se prefiere, de la propuesta de Yunus, apunta Juan Torres López, equivale a aceptar el fracaso histórico de la banca estrictamente capitalista.

Microcréditos se inicia con una cita de Bono, el cantante, no el ex ministro; su autor es Àngel Font, director de "Un Sol Món", una de las cuatro fundaciones que canalizan la Obra Social de Caixa Catalunya, la primera entidad financiera que concedió microcréditos en España ("Acció Solidària contra l'Atur" fueron los pioneros en este ámbito). El ensayo está dividido en cuatro capítulos: en el primero se da cuenta del origen del movimiento a partir de personas emprendedoras –este es el término usado insistenteamente por Font- que lo han solicitado; el segundo expone el concepto de usura y como éste se sitúa en la razón de ser del actual movimiento microfinanciero; el tercer capítulo expone la importancia de las mujeres en este movimiento y en el último apartado se informa de la situación y perspectivas del sector microfinanciero global. Font señala en el epílogo que, coincidiendo con la etapa final de elaboración de su trabajo, recibió la noticia de la concesión del Premio Nobel de la Paz 2006 a Yunus, y que para él "este merecido reconocimiento supone...un importante apoyo y estímulo para todo el movimiento microfinanciero a escala mundial" (p. 103), un movimiento que surge bajo la creencia de que el crédito es una arma rentable para luchar contra la pobreza que sirve a su vez como catalizador del desarrollo. Si los recursos financieros se ponen a disposición de la gente empobrecida en los términos y condiciones apropiadas y razonables, "estos millones de gente pequeña con sus millones de pequeñas iniciativas pueden sumarse hasta crear la maravilla más grande del desarrollo" (Yunus dixit)

¿Qué argumentos expone Font para defender su decidida apuesta por la bondad económica y sobre todo social de los microcréditos? Básicamente los siguientes: desde su implantación, los microcréditos han sacado de la pobreza a millones de personas *emprendedoras*, especialmente a mujeres; los microcréditos evitan que personas desesperadas o mal informadas caigan en manos de mafias financieras o bien ayudan a estas personas a salir de esas redes sin escrúpulos; los microcréditos llegan donde no llega la banca tradicional; finalmente, los microcréditos pueden adaptarse a entornos culturales muy diversos y los objetivos perseguidos por el movimiento y sus

coordinaciones son alcanzables, no son utopías que se muevan en el ámbito del impuro y fácil deseo.

Font da detallada cuenta de algunas experiencias, algunas de ellas personales, para argumentar su tesis. Cabe señalar aquí algunos puntos discutibles en su exposición, sin duda marginales, y algunas temáticas y críticas con las que Font hubiera podido dialogar para fundamentar aún más su posición.

Los puntos marginales. No parece una formulación ajustada que Font que, para informar de la apuesta por los microcréditos desde sectores diferenciados del espectro político, señale que la izquierda clásica suele recordar que uno de los principios básicos del marxismo puede "finalmente hacerse realidad en los microcréditos: que el capital y el trabajo se encuentren sin intermediarios a favor de las clases oprimidas" (p. 56). No existe ningún principio básico del marxismo que afirma semejante tesis. Del mismo modo, cuando Font habla de la masacre de El Mozote (pp. 57-58), hubiera debido señalar que esta matanza se originó en una operación antiguerrillera denominada "Operación Rescate", en la cual, además del Batallón Atlacatl, participaron unidades de la Tercera Brigada de Infantería y del Centro de Instrucción de Comandos de San Francisco Gotera de Instrucción. Y, desde luego, presentar la guerra civil salvadoreña como un producto de la Guerra Fría, en la que "dos potencias militares peleaban a través de los contendientes salvadoreños" (p. 57) presupone una escasísima autonomía política en las fuerzas populares salvadoreñas de la época y una aproximación simplificada y algo extraviada a lo que allí sucedió. La guerra en El Salvador no fue sólo una guerra entre bloques.

Entre los temas y críticas que, en mi opinión, hubieran necesitado una mayor aproximación por parte de Font -quien acaso ha considerado oportuno reservar energías para una futura ocasión- cabe señalar:

El sistema de microcréditos no se pregunta por el origen del dinero que se presta. Se basa y perpetúa la lógica actual del mercado y enaltece al emprendedor/a privado. La lucha contra las causas de la exclusión y el empobrecimiento quedan fuera de las finalidades del movimiento.

El banco de Premio Nobel de la Paz -¿Nobel de la Paz?- tiene actualmente unos 20.000 empleados y ha generado 18 empresas más. Una de ellas, la operadora de teléfonos móviles más grande del sur de Asia. La sede del Banco en la capital de Dhaka es una imponente torre de 21 pisos. ¿No estamos ante el peligro de otra gran corporación financiera, eso sí menos conservadora, más emprendedora más humanista? En la actualidad, el banco fundado por Yunus es el mayor establecimiento financiero rural de Bangladesh y posee más de 2,3 millones de prestatarios. Robert Pollin ha señalado, sin embargo, que Bangladesh y Bolivia son reconocidos como los lugares con programas de microcréditos más exitosos del mundo pero, a pesar de ello, siguen siendo dos de los países más empobrecidos. En la patria

del Grameen, cerca de un 80% de la gente sigue viviendo con menos de 2 dólares diarios.

Puede pensarse, por otra parte, que los microcréditos son, siendo benévolos, meras micro-tiritas y cuando se sabe que en India más de 100.000 agricultores, incluyendo muchísimas mujeres, se han suicidado porque sus gobiernos federales y estatales, más grandes instituciones internacionales, han impulsado las prioridades conocidas del neoliberalismo, surge la sospecha de que acaso el gran interés mediático por el tema y las opiniones positivas de algunos grandes hombres y mujeres no son tan inocentes.

Palagummi Sainath, un destacado periodista hindú en temas de pobreza rural y consecuencias de la política económica, ha argumentado sensatamente que los microcréditos pueden ser un instrumento legítimo en ciertas condiciones, mientras no se nos presenten como un arma gigantesca de liberación. Nadie fue jamás liberado por las deudas. Dicho esto, muchas mujeres pobres han hecho más fáciles sus vidas mediante ellos, dejando de lado a las burocracias bancarias y a los prestamistas sin alma. Pero, apunta Sainath, actualmente el Banco Mundial y el FMI, junto con bancos estatales y comerciales, se están lanzando a la microfinanciación. El negocio de los microcréditos se está convirtiendo, o puede convertirse, en un imperio gigantesco que devuelve el control a los mismos bancos y burocracias que las mujeres han tratado de abandonar. Sainath señala, además, que las tasas de interés que pagan las mujeres micro-endeudadas son mucho más elevadas que los intereses de préstamos de los bancos comerciales: entre un 24% y un 36% por préstamos para gastos productivos, mientras que las clases altas pueden financiar la compra de un Mercedes con intereses del 6% al 8% en el sistema bancario tradicional.

El préstamo promedio del banco Grameen es de 130 dólares en Bangladesh, algo más bajo en India. El problema básico para las personas pobres de ambos países es la falta de tierras. En Andhra Pradesh la tierra cuesta unas 100.000 rupias por acre y la tierra pobre 60.000, algo más de 2.000 dólares. Con 130 dólares no se puede comprar ni siquiera una buena vaca. Sainath se pregunta: ¿cuántas mujeres pobres pueden entonces haber escapado a la trampa de la pobreza en Andhra Pradesh? Y recuerda: "Los intereses son elevados y las sanciones por no pago brutales. Durante las [...] inundaciones en Andhra Pradesh, periodistas independientes fueron a una aldea donde todo había arrastrado por la corriente. Los primeros que volvieron fueron los micro-acrededores, amenazando a las mujeres, exigiendo los pagos mensuales a mujeres que lo habían perdido todo".

Hay, además, un agente que no aparece ni tiene función alguna en el modelo de Yunus: el Estado. Nada se dice sobre las condiciones laborales de esos cientos de miles de empresarios individuales, de su sistema de cobertura sanitaria y qué cobertura social tienen cuando enferman o jubilan.

Temas, todo ellos, que acaso sitúen en sus justos límites una propuesta crediticia que no por ello merece ser mirada con ojos altivos desde la izquierda.

4. Un libro militante

Xavier Montagut y Fabrizio Dogliotti, *Alimentos globalizados. Soberanía alimentaria y comercio justo*. Icaria, Barcelona, 2006, prólogo de Paul Nicholson, 198 páginas.

Jerónimo Aguado, campesino y presidente de Plataforma Rural Española, y Gustavo Duch, director de Veterinarios sin Fronteras, señalaban recientemente (*El País*, "Cartas al director", 28/7/2006) algunos datos de la situación: 1. El panorama rural europeo vive su peor crisis desde que nació la Política Agraria Común. 2. Con la adaptación de ésta a las normas de la OMC, la desaparición de las explotaciones familiares, diversas, sostenibles y que mantienen el mundo rural vivo, ha sido dramática. 3. Los verdaderos agricultores no bloquean ningún desarrollo, son otras víctimas de un sistema que favorece y subvenciona a los agroindustrias. 4. No es cierto que el comercio equivalga a desarrollo: el efecto inmediato de la "liberalización" agrícola es el hundimiento de las materias primas cultivadas en los países pobres (el precio del café, por ejemplo, descendió un 18% entre 1974 y 1993, aumentando, sin embargo, un 240% el precio final al consumidor europeo).

Paul Nicholson, militante de Vía Campesina, en el sustantivo prólogo que ha escrito para *Alimentos globalizados* (pp. 7-10), añade otras consideraciones: 800 millones de personas, mayoritariamente del mundo rural, padecen malnutrición; las sucesivas crisis alimentarias ("vacas locas", pollos con dioxinas) ponen de manifiesto la escasísima calidad de los "alimentos globalizados"; la erosión de los suelos cultivables, la pérdida de biodiversidad y la contaminación de las aguas están destruyendo los equilibrios naturales. El avance de la mercantilización de los alimentos, junto con el decisivo papel de la OMC, impiden a millones de campesinos el derecho a producir alimentos en condiciones para sus conciudadanos. La autoinmolación del campesino coreano Lee en septiembre de 2003, señala Nicholson, "simboliza dramáticamente lo que la OMC significa para millones de campesinos: su muerte" (p. 7). Consecuencia cada vez más evidente del actual modelo agroalimentario: un mundo rural sin apenas campesinos.

Ante esta situación, ¿cuáles son las propuestas de Vía Campesina? Las siguientes: 1. La soberanía alimentaria que implica poner el derecho de las personas y de las comunidades a alimentarse por encima de los intereses comerciales. 2. La soberanía apoyaría los mercados y productos locales en contraposición a la producción mercantil para la exportación e importación. 3. Reivindicación del derecho de los pueblos a definir su propia política agraria, laboral, de pesca y de recursos, políticas adecuadas a sus necesidades específicas desde un punto de vista ecológico, social, económico y cultural. El

comercio internacional debe ser sólo un complemento del comercio local, ya que sólo éste permite a los agricultores y consumidores decidir qué alimentos producir y cómo producirlos. 4. Defensa de un comercio que retribuya justamente a los agricultores y que garantice a los consumidores unos productos sanos y de calidad. En su opinión, los principios que animan el movimiento del comercio justo deben relacionarse con la estrategia de la soberanía alimentaria. Es necesaria, además, una alianza entre agricultores del Norte y del Sur, al igual que con los movimientos ecologistas, con las organizaciones que defienden un mundo más justo o con los ciudadanos que están cada vez más preocupados por la calidad de sus alimentos y de su vida. Estas alianzas requieren el debate y la discusión franca entre los diferentes actores. *Alimentos globalizados*, en opinión de Nicholson, es una aportación pionera en este camino que debe ofrecer alternativas al modelo neoliberal dominante. Montagut y Dogliotti ostentan magníficas condiciones para ello: una larga experiencia en la cooperación al desarrollo, el comercio justo, a la que suman su práctica en la lucha por la soberanía alimentaria.

Efectivamente, los autores de este combativo ensayo inician su introducción con el grito de la revuelta de los campesinos catalanes en 1640: "Visca la terra, mori el mal govern!". Casi cuatrocientos años después, aunque entre la población activa catalana los agricultores constituyan un escaso 2%, su lucha no ha finalizado aunque sus enemigos sean otros: "la producción de alimentos, base de la subsistencia humana, ya no está amenazada por ejércitos feudales, sino por un modelo industrial arrasador y por un puñado de multinacionales. La tierra, el agua, las semillas, la biodiversidad, los vitales recursos de la naturaleza, se han transformado en mercancías sujetas a las rígidas leyes del mercado" (p. 14). El mal gobierno se llama hoy OMC, Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional.

Para que no quede duda alguna de su posición ni de su compromiso, Xavier Montagut, economista especializado en comercio internacional, consumo responsable y comercio justo y presidente de la "Xarxa de Consum Solidari", y Fabricio Dogliotti, historiador y colaborador en diversas revistas de solidaridad, reivindican no sólo el orgullo de ser campesino sino "el orgullo de ser militante, sobre todo cuando esta palabra ya no está de moda y es menospreciada por nuevos términos políticamente correctos...Seguimos creyendo que la militancia, la lucha por cambiar un mundo que no nos gusta, es la mejor motivación para trabajar voluntariamente, para realizar nuestro trabajo de forma profesional, para aprender de la gente que con nosotros lucha y milita" (pp. 15-16). Por eso éste es un libro militante, porque ha sido escrito con la voluntad de ayudar a cambiar el estado actual de cosas y porque ha bebido de las fuentes del activismo de los agricultores, de los ecologistas y de los consumidores críticos.

Algunos puntos destacables de *Alimentos globalizados*: 1. Su documentada presentación del comercio internacional actual (pp. 17-20). 2.

Su exposición crítica de la walmartización del mundo (pp. 31-33). 3. Su réplica a los falsos mitos que amparan el libre comercio agrícola (pp. 45-49). 4. Su crítica a la biotecnología (pp. 89-93). 5. Los principios esenciales de una reforma agraria integral (pp. 122-125). 6. Su magnífica exposición de la agroecología cubana (pp. 137-140). 7. Sus críticas a supuestas prácticas de comercio justo (pp. 165-167 y 187-193). Finalmente, su posición política: "el movimiento del comercio justo se sitúa como un componente de un movimiento altermundista más general. Es aquí donde debe buscar su crecimiento y su influencia... Son éstos y no las grandes superficies los aliados que el movimiento de comercio justo debe ir encontrando, incluso para ampliar sus prácticas comerciales alternativas" (p. 197).

Señala Nicholson al final de su presentación, que alimentarse se ha convertido hoy en un acto político, de conciencia ciudadana, y no un mero acto fisiológico. Acaso siempre fue así. No es, por ello, ninguna exageración ni un mero enunciado consignístico afirmar que también la alimentación es un frente de lucha política: urgente y de primer orden.

5. La resolución del misterio de la trinidad neoliberal

Richard Peet (y colaboradores), *La maldita trinidad. El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio*. Editorial Laetoli, Pamplona 2004. Traductor de María Luisa Mazza y revisión técnica de Henrike Galarza, 311 páginas.

Las políticas que surgen del FMI sobre la base de una singular mezcla de ideología y mala economía presentan una arista dogmática que pretende ocultar intereses especiales. El FMI ha fracasado en su misión debido a que ha supuesto -o ha deseado suponer-, y ello es un error no secundario, que lo que es bueno para la comunidad financiera internacional es bueno también para la economía mundial y para los ciudadanos del mundo. De tal forma que, si en el antiguo Imperio romano sólo votaban los romanos, en el actual capitalismo internacional votan básicamente los agentes financiero del nuevo Imperio.

El autor de este diagnóstico no es ningún miembro destacado de la izquierda “alocada” del movimiento alterglobalizador sino el mismísimo Joseph E. Stiglitz, premio Nobel de Economía en 2001, ex-asesor de Bill Clinton y ex-economista jefe y vicepresidente del Banco Mundial. La parte final del párrafo se deduce de unas declaraciones de 2002 de alguien tan poco sospechoso de heterodoxia anticapitalista como el alto financiero especulativo poperiano Geoge Soros.

Pues bien, al análisis del FMI, del BM y de la Organización Mundial de Comercio está dedicado este ensayo de título nada eufemístico *La maldita trinidad*. El adjetivo no es ningún exabrupto: como se señala en la contraportada del volumen, se calcula que unos seis millones de niños africanos, asiáticos y latinoamericanos -repárese en un número que recuerda otros infiernos no olvidables- mueren anualmente por causa de los efectos del ajuste estructural que el FMI exige e impone a la mayor parte de los países en desarrollo si quieren seguir recibiendo sus créditos. Durante la década de los ochenta, cuando gran parte de los países africanos cayeron bajo la tutela -o las garras, como se prefiera- de BM y del FMI, el ingreso por habitante disminuyó un 25% en la mayor parte del África subsahariana.

En el prólogo que el autor, Richard Peet, ha escrito para la edición española da cuenta del esquema central de su trabajo con toda la claridad exigible y sin abuso de retórica ocultadora: 1. Se analiza en primer lugar cómo un pequeño grupo de expertos de economía, “una disciplina completamente tendenciosa” (p. 7), concentrados en Washington, puedan controlar la vida (y la muerte) de millones de personas. 2. Se esboza un mapa institucional de los centros de poder y de la locura imperante en el

centro del sistema: "las decisiones económicas que matan a millones de niños al año pueden propagarse como si fueran consecuencia de los mejores pensamientos que jamás haya tenido la humanidad" (p. 7). 3. Se analiza, y disuelve, la presuposición de que tales creencias son científica y eternamente válidas. 4. Se prueba que el objetivo del polo neoliberal del Imperio es aniquilar a todos aquellos que se atrevan a disentir del sueño (pesadilla) americano. Todo ello, con una actitud epistémica y política que debería ser retenida: "sólo a través de lo democracia directa y abierta puede expresarse algo parecido a la verdad, algo que es frágil y transitorio, que sólo existirá hasta que el mundo cambie de nuevo y trastoque todo lo que alguna vez creímos saber" (p. 7).

En medio, el autor, los autores, anotan definiciones de interés: democracia de mercado, es decir, la supuesta capacidad de comprar todo lo que se desea; escritura democrática: escribir de forma que cualquiera que se esfuerce pueda comprender. Y cuando es necesario, claridad y rotundidad en las posiciones: "Bajo la dirección de Michael "Mike" Moore, la OMC se convirtió en una organización reaccionaria que recurría al ataque personal contra quienes discrepan de sus posiciones y tácticas... Sin estos cambios [comercio justo, presencia de movimientos sociales] la OMC es una nueva y peligrosa forma de gobierno mundial... que debe desaparecer" (pp. 249-250).

El balance de la investigación está expuesto nítidamente en los pasajes finales de su ensayo y no parece que existan muchos argumentos consistentes que viajen en dirección opuesta: "En lugar de actuar como agentes de una globalización más pareja y equitativa, las instituciones que hemos analizado -el FMI, el Banco Mundial y la OMC- han caído presas de una ideología neoliberal y se han situado del lado de aquéllos que tienen tanto dinero que ya no saben qué hacer con él. La globalización debe transformarse en algo mejor a través de una alianza democrática de movimientos sociales que se oponga a la alianza de los ricos, los famosos y los filántropos sin fundamentos" (p. 279). Es decir, como señalan con certeza Peet y sus colaboradores, *los verdaderos realistas* en la actual situación son los llamados "críticos idealistas", no las agrupaciones de expertos que dirigen el mundo y cuidan su apetito insaciable entre sofisticados cálculos sin piedad de círculos excluyentes de poder. O, si se prefiere, como se señalaba en el *Manifiesto*, permaneciendo siempre en el estanque helado de cálculos egoístas.

En consistencia con su posición epistémica, de hecho, éste es un libro colectivo. La relación de los estudiantes -en su mayor parte alumnos de doctorado de la Universidad de Clark, Worcester (Massachusetts, EE.UU.)- que han colaborado en él figuran en la página 4 del ensayo. También a ellos hay que agradecer su esfuerzo, su nada acomodaticia posición política, su claridad y su eficacia investigadora. Otro libro, pues, para tener a mano y

para figurar en un estante de biblioteca que lleve por etiqueta: "Otro mundo es posible y necesario".

6. Con letra de Eugène Pottier y al compás de la Internacional.

Francisco Fernández Buey, *Guía para una globalización alternativa. Otro mundo es posible* Barcelona, Ediciones B 2004, 356 páginas.

*Para Víctor Ríos, por las ideas robadas y por la revolución bolivariana.
¡Una, dos, tres, ... mil V.!*

En su undécima tesis sobre Feuerbach, el joven Marx apuntaba que hasta aquel entonces los filósofos se habían limitado a interpretar el mundo (y esto, desde luego, no era ningún desvarío) pero que de lo que se trataba realmente era de transformarlo (y esto segundo acaso fuera mejor y sin duda mucho más difícil). Es posible que ya entonces el autor de los *Manuscritos económico-filosóficos* fuera injusto, entre otros, con el mismísimo Platón, con Epicuro, con Bruno (o incluso con Galileo), con una parte no desdeñable de la comunidad filosófica, pero es obvio que él mismo, con su hacer militante, refutó para siempre su propia tesis. Creó escuela con su ejemplo. En esta admirable tradición que intenta aunar verbo y acción, conocimiento y compromiso, palabra sentida, no sólo dicha, e intervención política, como es sabido y reconocido, se mueve, como pez en aguas no siempre en calma, Francisco Fernández Buey (FFB), el autor de esta *Guía* (no guía) *para una globalización alternativa*.

El libro, "que trata del movimiento que en su origen fue llamado antiglobalización y que hoy prefiere llamarse a si mismo alterglobalizador" (p. 21), movimiento que tiene el indudable mérito histórico de haber desarrollado una amplísima y tenaz labor de desvelamiento y deconstrucción de la *ideología* neoliberal (Jacques Nikonoff), está estructurado en cinco capítulos que, significativamente, se abren siempre con pasajes de "La Internacional" de Eugène Pottier, acaso porque el autor añore, o proponga como tarea de nuestra hora, una nueva Internacional anticapitalista sin exclusiones sectarias. El primero de ellos trata del estado del mundo del que ha salido este movimiento de movimientos que también aspira a ser global, aunque de otro modo. Se valoran aquí los hechos y se califica el mundo en que vivimos y se hace "con los ojos y apoyándose en las plumas de los teóricos y activistas del movimiento" (p.22). Esta mirada desde abajo, desde el racional, crítico y apasionado punto de vista de los desfavorecidos y excluidos queda patente en el modo en que se presentan temas como la esclavitud moderna (pp. 62-65), la inmigración y la pobreza (pp. 81-85) o las nuevas y viejas enfermedades (pp. 54-59). El capítulo se cierra con una cuidada y medida presentación de las tesis de Hardt y Negri sobre el Imperio y el imperialismo (pp. 85-92). El equilibrado balance crítico que construye FFB en este último apartado es una ilustración modélica de un estilo

conciliador, que no oculta posibles diferencias pero que permanece siempre atento a los puntos de acuerdo, omnipresente a lo largo de toda la *Guía*, sea cual sea el tema, el autor y el alcance de la discrepancia.

En el segundo capítulo, el autor opera con mirada de historiador crítico, nada tendente al tópico ni al lugar común, por muy común que éste sea. Presenta Fernández Buey una reconstrucción de la historia de este movimiento social crítico que remonta a la década de los setenta del siglo XX. Rompe aquí con tópicos aceptados pero inexactos y presenta el movimiento "como un crisol de lo que hubo antes, subrayando su propósito explícito de superar lo que en su día fueron movimientos de un solo asunto" (p.23), movimiento que persiste en el mantenimiento de la crítica al capitalismo realmente existente -no al fabulado en secciones publicitarias de las agencias neoliberales (y afines)- y lo hace con un cambio radical de lenguaje que tiene que ver directamente con la experiencia política y cultural de Chiapas. El autor precisa y argumenta con detalle contra posiciones aceptadas acríticamente. Por ejemplo: "El eslogan más célebre y más veces repetido del mayo francés fue: "La imaginación al poder". Todo el mundo lo ha oído repetir muchas veces como símbolo de lo que se cocía en París... Y sin embargo lo que quiso decir con ella quien la escribió *apenas tiene nada que ver con pacifismo, protesta lúdica y medioambientalismo*. Esa frase cerraba una breve pero contundente declaración de principios en la entrada principal de la Sorbona de París asediada por la policía. La declaración decía así: "Queremos que la revolución que comienza liquide no sólo la sociedad capitalista sino también la sociedad industrial. La sociedad de consumo morirá de muerte violenta. La sociedad de la alienación desaparecerá de la historia. Estamos inventado un mundo nuevo original. La imaginación al poder "(pp. 104-105). A destacar igualmente en este segundo capítulo las páginas dedicadas al movimiento okupa (pp. 126-131), a la existencia de alternativas y a la propuesta de Marcos del oxímoron como programa próximo del movimiento de movimientos (pp. 151-154). Con razonable actitud, cuando la situación oscurece, FFB respira hondo, pone letra musicada a su propia letra y lo hace siempre con envidiable criterio: Leonard Cohen y *Everybody knows*. (Aquí es de obligado recuerdo que en "Amor y revolución", primer capítulo de *Leyendo a Gramsci*, FFB abría igualmente con un fragmento de un poema de Lorca de *Poeta en Nueva York*, y escribía: "Leonard Cohen canta el "Pequeño vals vienesés" de Federico García Lorca". Conjetura sin riesgo: el autor está señalando con nitidez por quien apuesta como letrista para los cánticos renovados de la V Internacional).

En el tercer capítulo -"Cambiar el mundo de base"-, se exponen los objetivos y procedimientos del movimiento, acaso inspirado por aquella excelente idea matemático-social de Bruno Trentin: "Menos números, más ideas". Se repasan aquí con ecuanimidad, pero sin olvidar discusiones, polémicas y desarrollos, las diversas medidas propugnadas desde el

movimiento: la tasa Tobin, la renta básica o subsidio universal garantizado y su evolución, las ideas de sustentabilidad y biodiversidad, la ecología política de la pobreza, la propuesta de soberanía alimentaria, la democracia participativa,.. También sobre otras cuestiones de fondo acaso más clásicas: de qué se trata, de reformar o de cambiar el mundo de base, y de si para ello necesitamos o no la forma tradicional de partido, "o más bien se necesita otra cosa, aún indefinida, entre la forma partido y la forma movimiento social" (p. 25). Son igualmente destacables las páginas que FFB dedica al tema del sujeto emancipador y a sus formas organizativas (pp. 197-211), su antisectaria aproximación a las propuestas de Holloway sobre cambios y poder (pp. 211-224) y a la filosofía de la responsabilidad y del límite (pp. 189-191), concepción que subyace a la idea de desarrollo sostenible. Late en el corazón de estas páginas una idea central: una parte no desdeñable de las críticas a las propuestas del movimiento tienden a poner el acento en la corrección de las ideas pero en su imposible realización práctica: admitámoslo, sus proponentes son almas bellas... pero utópicas. FFB, con Trentin, apuesta por el coraje de la utopía, en el sentido consistente (y moral) del término que sin duda lo tiene. No todo lo que el sistema y sus defensores rechazan como utópico es imposible física, social o lógicamente. Cada vez más, la acusación de utópico es, en boca de poderosos, una forma de decir "con mis privilegios nadie ose meterse. Contra las utopías tengo el instrumento nada utópico del Poder preventivo". El capítulo se cierra con una reflexión poliética que debería instaurarse como norma de comportamiento en la entrada de todos los centros de discusión alternativos. "(...) la radicalidad al afrontar el malestar que produce la política seguramente no consiste en exaltar la antipolítica sino más bien en ampliar, tanto a la forma partido como a la forma movimiento, las normas y reglas de comportamiento democrático que queremos para el buen funcionamiento de la sociedad en general. Poliética, pues, tanto hacia dentro como hacia fuera" (p. 227).

El cuarto capítulo trata de la desobediencia civil, partiendo de la convicción de que esta expresión resume "la intención y el espíritu que en otros tiempos se llamaron revolucionarios" (p. 25) y señalando que este instrumento de resistencia lleva camino de convertirse en la estrategia central del movimiento alterglobalizador. Esta fue la propuesta de Naomi Klein en la última reunión del foro social de Porto Alegre. En opinión del autor, el éxito que ha alcanzado la expresión tiene que ver "con la generalización de la conciencia del declive de las revoluciones en Occidente y con la percepción, también generalizada, del fracaso de las sociedades surgidas de los movimientos revolucionarios del siglo XX" (p. 237). Las controversias surgidas en torno a la noción apuntan a la ambigüedad de lo que hay que entender por "civil", lo que obliga a precisar la noción. Entre los autores que han teorizado la cuestión hay una propuesta de mínimos que FFB recoge: "[la desobediencia civil es] un acto que, motivado por

convicciones de conciencia o principios de justicia, implica el incumplimiento de un mandato del soberano por parte del agente (carácter desobediente), así como la aceptación responsable de las consecuencias de dicho acto (carácter civil)." (p. 241). El desmenuzamiento de la definición y la discusión de planos próximos (desobediencia civil y no-violencia, justificación poliética de la desobediencia civil en democracia,...) que construye FFB es un excelente ejercicio de análisis filosófico. A retener las páginas dedicadas al movimiento Tute Bianche (pp. 263-267). También aquí, dylanianamente, los tiempos han cambiado: como apunta FFB, a título de ilustración, Toni Negri, que en los años setenta fue uno de los teóricos del grupo revolucionario Autonomía Obrera, llama hoy a la desobediencia y a imitar a los primeros cristianos que resistían bajo el imperio romano.

El último capítulo trata de la democracia electoralista realmente existente. Se recogen en él las argumentadas críticas del movimiento a una concepción básicamente procedural de la democracia, a su reducción a procesos electorales conducidos publicitariamente y con técnicas comerciales, y a la consiguiente sobre-representación de los de arriba y en la infra-representación de los de abajo. Pero no solo hay críticas sino también exposición de alternativas. FFB deposita básicamente su mirada en dos de ellas -las de Porto Alegre y Kerala- y finaliza su exposición con dos de los problemas apuntados por teóricos del Foro Social Mundial: la posibilidad de generalizar experiencias realmente participativas a las grandes y multiculturales ciudades actuales y el peso de la participación de los de abajo en asuntos básicos para la ciudadanía.

Ahondando en el carácter formativo de la *Guía*, cada capítulo viene acompañado de una bibliografía básica que incluye, como ya no puede ser de otro modo, visitadas y reconocidas referencias virtuales. El hilo rojo marxista-libertario (que acaso sea un oxímoron pero no es una contradicción) es otro punto a destacar y acaso, y felizmente, tenga que ver con dos maestros reconocidos por FFB en reiteradas ocasiones: Maximilien Rubel y Manuel Sacristán.

Estamos pues ante una documentada (no)guía, ante "un libro colectivo", que con el objetivo declarado de instruir retoma lo apuntado y defendido por muchos otros, que no oculta sus valoraciones y posiciones, tomando como norma teórico-moral no la discrepancia sistemática sino la búsqueda de coincidencias y que ayuda a caminar informadamente por los diversos senderos del movimiento, con cuidada atención a los debates centrales y a las finalidades perseguidas, y todo ello con un magnífico estilo y con un sentido común que sin duda hará levantar de su tumba sonriendo (y feliz) al propio Descartes.

Destaca igualmente la fuerza argumentativa del autor. Una ilustración de ello: ante las fáciles, usuales e injustas descalificaciones del movimiento por falta de propuestas y por quedarse en la simple crítica, FFB apunta que

"los caricatos de hoy deberían saber que todo movimiento con realidad social en la historia ha empezado por ser anti-algo. Y que ese algo a lo que los activistas de todo movimiento social se oponían ha sido mayormente el tipo, modelo o sistema de sociedad realmente existente en su presente" (p.32). Y todo ello, desde un punto de vista (alter) global y moral muy próximo al de aquella sentida propuesta de John Berger ("¿Dónde estamos?", 2002):

(...) *Es necesario tener una visión interdisciplinar de lo que está sucediendo, porque es necesario conectar esos "campos" que institucionalmente se mantienen separados. Y toda visión que intente conectarlos será necesariamente política (en el sentido original de la palabra). La condición esencial para pensar en términos políticos a escala global es ver la unidad del sufrimiento innecesario que existe hoy en el mundo. Éste es el punto de partida.*

Era Pierre Vilar, quien sostenía que *saber mucho* es necesario para el especialista y *comprender suficientemente* los diversos aspectos de lo real resulta indispensable para quien se entrega a un esfuerzo de síntesis. Este libro de FFB es un buen ejemplo de los excelentes resultados que puede dar de sí la combinación consistente de ambos aspectos: el autor conoce profundamente cada asunto que trata y, además, comprende no sólo suficientemente sino de modo brillante la totalidad ("la globalidad"), el conjunto en el que inscribe cada asunto. El admirable resultado de la combinación que es este ensayo no consiste en que en él se diga todo acerca de todo lo que trata -tarea imposible incluso para un políctico de la talla del autor de Marx (*sin ismos*)- sino en el modo en que nos va descubriendo procesos emergentes, diseccionando ideas y teorías y presentando las relaciones entre los diversos aspectos de la realidad contemporánea y el movimiento de movimientos que propugna una globalización alternativa a la existente y que tiene el coraje de proclamar abiertamente que Otro Mundo Es Posible.

¿A quién puede interesar este documentado ensayo, denso de ideas, escrito por un pensador sólido y comprometido? En primer lugar, a aquellos que aspiren a una presentación seria y honesta de los numerosos y cruciales asuntos aquí discutidos, con ponderación de juicio en los temas tratados, sin que ello implique ocultamiento del punto de vista propio, y todo ello con un lenguaje que huye, con velocidad lumínica, de la reiteración trillada de las palabras, de las ideas y de los argumentos. Si se quiere, a todos los que deseen tener una buena panorámica del estado real del mundo del que ha salido el movimiento de movimientos, panorámica vista no desde las torres del Pentágono y las salas de reuniones de las grandes transnacionales sino desde las pobladas y olvidadas orillas de los excluidos.

En segundo lugar, a todos los que deseen adentrarse en los objetivos del movimiento alterglobalizador, y conocer a fondo los debates y los temas más controvertidos que se dan en su seno. Como se señaló: ¿se trata de

reformar el mundo o debemos aspirar, con los compases de la Internacional de fondo, a cambiarlo de base? ¿Podemos hablar de un nuevo sujeto o de nuevos sujetos como motores activos del cambio? ¿Hay que proponerse la toma del poder, por decirlo en términos clásicos, o debe aspirarse a cambiar el mundo sin tomar el poder? ¿O bien acaso este no es el tema de nuestra hora y hablar de él es una nueva forma de hacer el ridículo política y vitalmente?

En tercer lugar, a los jóvenes, especialmente a los jóvenes como parte destacada del movimiento. A los que lo son por edad y a los que lo siguen siendo de corazón y de espíritu, como Gregorio López Raimundo, "que a sus noventa años sigue ahí, en todo acto contra la guerra y contra las injusticias"(p. 7), a quien el libro está dedicado.

En cuarto lugar, a todos aquellos que están dispuestos a olvidar viejas e insustanciales disputas nominalistas. A pesar de las discusiones, es mucho más, muchísimo más lo que une al movimiento alterglobalizador que aquello que separa o que es causa de discrepancia. Seguramente nunca tuvo sentido discutir sobre un punto, una coma o un adjetivo. Ahora más que nunca: las palabras deben postularse para buscar puntos de unión y no comas, rayas y fronteras de desunión.

En quinto lugar, a todo ciudadano/a, sea cual sea su origen y posición social, que comparta con el movimiento su oposición al plan estratégico, dogmáticamente defendido, de las grandes corporaciones de mercantilizar sin exclusión todo lo humano (incluyendo conocimientos, tiempo, cuerpo, afectos) y, en general, toda la vida del planeta.

En síntesis: esta *Guía* es enormemente útil como instrumento de formación y ayuda para la acción para todos los que piensan, con coraje, con coherencia y sin medio al ridículo y a ser tachados de utópicos trasnochados, que Otro mundo es Posible y, además, necesario. Pero también, por qué no (seamos optimistas sólo por una vez), puede hacer dudar a aquellos seguidores de Leibniz que piensen con sinceridad y sin cinismo que éste no es un mundo perfecto pero que es el mejor de los mundos concebibles. Después de leerlo, algunas de estas personas acaso pongan algunos paréntesis e interrogantes en creencias asentadas, o bien comprendan mejor las motivaciones morales e intelectuales de todos aquellos que pensamos no sólo que este mundo es un escándalo sino que es aún más escandaloso e inadmisible moralmente la reconciliación con él.

Hay, además, otra mirada complementaria que me resisto a olvidar y que tiene que ver con las reflexiones no centrales que el autor introduce en su exposición. Esta *Guía* debería ser leída -o releída- mirando siempre en los márgenes de la información dada o en los paréntesis de la discusiones presentadas. Tres ejemplos del primer capítulo para ilustrar lo que aquí se quiere apuntar: 1. "Hay, ciertamente, discusión acerca de cuál es mejor palabra, si globalización o mundialización, y esa discusión no es irrelevante,

pero es mejor prescindir de ella momentáneamente para no caer en matices nominalistas" (p. 39). 2. "El neocolonialismo adopta la forma de eco-colonialismo. Un ejemplo simbólico: según este discurso, se trataría de salvar la Amazonia, o la parte de la región del Mato Grosso que linda con Bolivia, del supuesto primitivismo burgués-industrial brasileño, en nombre de la cultura burguesa euro-norteamericana, ahora autocrítica y ecológicamente cultivada (p. 68). 3. "Y ¿cómo no recordar, cuando se habla sin ton ni son de responsabilidad de la especie y de ética ecológica, que no es la primera vez en la historia que la usurpación de las grandes palabras por los dominadores conduce al genocidio y que el recurso sistemático a la palabra ética (por muy nueva que parezca esta que ahora se nos propone) oculta siempre la suciedad de los pañales de aquella parte de la humanidad que tanta necesidad tiene de tal palabra? "(p. 70).

Vo Thi Mo¹ era una mujer que vivía en los túneles del Vietnam resistente. Provenía del pueblo de Ben Suc, un enclave del Viet Cong. En 1967, tropas norteamericanas dirigidas por un oficial llamado Alexander Haig fueron a Ben Suc y mataron a gentes del pueblo, reunieron al resto y los llevaron a un campamento rodeado de alambre de espino. Quemaron todo, redujeron el pueblo a la nada. Finalmente, colocaron 4.500 kilos de explosivos y varios galones de napalm en un cráter, lo cubrieron con tierra y lo hicieron volar todo por los aires. Vo Thi Mo ya era una dirigente de la guerrilla cuando su pueblo fue destrozado. Un día, al cabo del tiempo, mientras hacía guardia en la entrada de un túnel, tres soldados estadounidenses se sentaron en un lugar cercano. No podían verla. Estaban compartiendo comida. Sacaron lo que parecían ser cartas de sus familiares. Vo Thi Mo estaba fascinada: hacían lo mismo que ellos. Los soldados americanos leyeron sus cartas y empezaron a llorar. Lo mismo que hacían los guerrilleros combatientes. No podía atacarles. Su compañero, escondido detrás de ella, levantó su arma para dispararles. Silenciosamente ella le apartó. Vo tenía entonces 17 años.

¿Qué es lo que nos hace conmover cuando leemos la historia de Vo Thi Mo? Probablemente que nos permite comprender más y nos ayuda a intentar ser mejores. Puestos a ser exigentes, o a ser realistas y solicitar (consistentemente) lo "imposible", ¿qué podemos pedir a un ensayo de filosofía moral-política? Lo mismo o similar. Esta *Guía* de FFB cumple ambos requisitos con nota, y en ello, el lenguaje, el excelente castellano con el que está escrita no es asunto marginal. Además, y como es sabido, en el principio fue el verbo y el verbo se hizo carne y antes, un poco antes, inspiró a Francisco Fernández Buey una magnífica e inolvidable Introducción ("Génesis posmoderno" pp. 9-21) que, sin atisbo de duda y sin posibilidad concebible de error, será todo un clásico de la filosofía moral. Si le sumamos la hermosa dedicatoria que abre el ensayo y que tiene a Gregorio López Raimundo como destinatario (firmada con los nombres de FFB en su militancia comunista

clandestina), la necesidad de consulta permanente y de tener cerca de la mesilla de lectura (y resistencia) está guía de la (alter) globalización acaso esté no solo mostrada sino demostrada. q.e.d.

(1) Jonathan Neale, *La otra historia de la guerra del Vietnam*, Barcelona, El Viejo Topo 2003, pp. 117-118.

7. Lo pequeño es hermoso e interesante.

José Luis Sampedro, *El mercado y la globalización*. Barcelona, Ediciones Destino 2002, 104 páginas. Ilustraciones de Santiago Sequeiros.

Se trata de la actualización de un antiguo texto de Sampedro de 1982 dividido en dos secciones -el mercado y la globalización- y una tal vez excesivamente detallada "lista de términos", que se abre con una sucinta presentación donde Sampedro reflexiona sobre las dos grandes convenciones político-sociales de estos últimos meses, el encuentro de Nueva York y el Foro de Porto Alegre, con el objetivo compartido de trazar planes para el futuro mundial, pero con la neta diferencia de que "mientras el primero se centraba en cuestiones económicas y financieras, el segundo debatía los más candentes problemas de la sociedad mundial" (p.9).

Sampedro resume las tesis opuestas que los dos foros sostuvieron sobre el funcionamiento de la fase actual del desarrollo de los mercados, la denominada "globalización": si el foro básicamente económico de Nueva York mantuvo que la globalización realmente existente es la única vía para acabar con la pobreza en el mundo y que es además inevitable por ser simple consecuencia del progreso tecnológico, de ahí la irracionalidad de los movimientos sociales "contra-esta-globalización", en el Foro, esta vez sí, social de Porto Alegre se ha sostenido y argüido convincentemente que cuanto más crece la actual globalización, más ganan los ya enriquecidos, en peor situación se quedan los ya empobrecidos, señalando que "bastaría con orientar el progreso técnico hacia el interés social pensando en todos para originar otra globalización y otro mundo mejor, que es posible" (p. 11).

En la primera sección del libro, Sampedro traza un sucinto pero sustancioso balance entre el "mercado perfecto de la teoría" (pp.21-24) y el mercado imperfecto de la realidad" (pp. 25-30), señalando la falsedad de la proposición "mercado es igual a libertad" y construyendo una curiosa y, si se me permite, entrañable reflexión -apartado 17- sobre las coles invisibles de los países occidentales (y afines), concluyendo que el "mercado de la competencia imperfecta -el único existente en el mundo real- no es el reino de la providencial mano invisible benefactora sino, al contrario, el de manos bien visibles e interesadas, buscando el máximo beneficio privado a costa de quien sea y de lo que sea" (p. 43).

Sostiene finalmente Sampedro en esta sección que el sistema internacional mercantil moderno se mueve hoy por dos condicionantes emergentes: por una parte, por la posibilidad casi instantánea de comunicaciones y transferencias económicas y, por otra, por la amplísima liberalización de las operaciones privadas y la práctica ausencia de control

público sobre ellas. Esta es, sostiene Sampedro, "en síntesis, la estructura a la que ha llegado el mercado en su evolución reciente, a la que se ha dado el nombre de globalización" (p. 53).

Así pues, globalización es la denominación dada "a la más moderna, avanzada y amplia forma del mercado mundial" (p. 59). La libérrima operatividad financiera es decisiva en la fase actual del sistema: fomenta sus operaciones especulativas por cuantías muy superiores al valor total de las mercancías intercambiadas mundialmente" (p.59). Su objetivo no es elevar el nivel de vida colectivo, sino multiplicar sus beneficios aprovechando diferencias en los tipos de cambio y de cotización. Esta liberalización, este espacio operativo unificado mundialmente, no significa libertad para todos sino libertad real para los más fuertes con mayor potencia económica.

Después de argumentar sobre el carácter no democrático de la actual globalización y situar correctamente su novedad relativa, Sampedro traza una breve reflexión sobre la heterogeneidad de los oponentes a la actual globalización y refuta contundentemente los dos argumentos usados por los poderes para desacreditar el movimiento: la violencia -"aparte de que sería reacción explicable a la opresión cotidiana de los abusos" (p.75)- sólo es imputable a grupos minoritarios "y aún a veces se ha demostrado ser provocada para justificar represiones policiacas" y, por otra parte, la ausencia de ideas sólidas, de argumentos constructivos y bien trazados, "desmentida por la existencia de un cuerpo de pensamiento social, sostenido por instituciones y publicaciones seriamente críticas con ese liberalismo" (p. 75).

Como buen poeta-narrador, acompañándose de Neruda -"No es hacia abajo ni hacia atrás la Vida"-, Sampedro concluye su ensayo sosteniendo que no sólo otro mundo es posible, "un espacio que abarque todo y para todos, más natural y más racional que el de la reducción economicista" (p.84), sino que, descartada la necia y oportunista teoría del final de la Historia y sin pretender caer en conjeturas-deseos especulativos "un hecho resulta indudable: que la Vida supera a unos y a otros. Por eso cabe terminar afirmando, sin vacilar, que otro mundo es seguro. Podrá no ser "neoyorquino", ni alegrarse del todo, pero será otro" (p. 92) .

Estamos pues frente a un dignísimo trabajo divulgativo bien escrito y argumentado. Sin duda, la dignidad de este breve ensayo se corresponde con la reiteradamente probada de su autor. Muchos son los ejemplos. Este, poco conocido por el pudor del receptor, merece ser contado. El 28 de octubre de 1965, Sampedro, por entonces catedrático de estructura económica en la Universidad de Madrid, escribió una carta a Sacristán, texto del que podía hacer "uso público o privado", en la que le expresaba su solidaridad tras la expulsión de Sacristán, por razones estrictamente políticas, de la Universidad de Barcelona:

Mi querido amigo y compañero:

Acabo de enterarme de que no se le ha renovado a Vd. el encargo de curso de su asignatura en la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales de Barcelona, y como considero muy de verdad que esa decisión nos causa una verdadera pérdida en la enseñanza, quiero enviarle esta carta para hacerle patente mi consideración y el altísimo concepto que me merece su obra intelectual y docente. Una persona como Vd. nos honra a todos los universitarios.

Sólo lamento no tener personalmente mayor autoridad para respaldar mi juicio, pero no necesito decirle que, cualquiera que sea su valor, estoy dispuesto a manifestarlo donde Vd. estime necesario y en la forma más categórica posible, empezando para ello con esta misma carta, de la que puede Vd. hacer en cualquier momento el uso público o privado que estime conveniente, pues su contenido es una declaración que me honro en suscribir.

Con el mayor afecto y compañerismo, le envía un cordial abrazo su buen amigo de quien sabe puede disponer.

8. Piratas en acción.

Vandana Shiva. *¿Proteger o expliar? Los derechos de propiedad intelectual*. Intermón Oxfam. Barcelona 2003. Traducción de Ana Mª Cadarso.

Vandana Shiva. *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos*. Paidós, Barcelona 2003. Traducción de Albino Santos Mosquera

Como se señala en la contraportada de *¿Proteger o expliar?*, términos como derechos de propiedad intelectual (DPI), patentes, ADPIC o similares suenan, en primera instancia, a aburridas cuestiones técnicas, a discusiones de expertos asépticos en lujosas oficinas empresariales o públicas, con escasísimo, por no decir nulo, interés político. Pero, como Vandana Shiva (VS) muestra documentadamente, si afinamos el oído, si prestamos mayor atención al tema desarrollado, la música suena muy distinta: las llamadas "nuevas ideas", las tecnologías "de punta", la identificación de genes, las manipulaciones de los organismos vivos que pueden poseer y explorar las transnacionales para obtener beneficios astronómicos son temas cruciales de nuestra época que afectan a toda la Humanidad y especialmente a las poblaciones del Tercer Mundo. La justa y supuestamente inocente protección intelectual se está transformando en un nuevo expolio empresarial-colonial, en una nueva forma de piratería.

Algunas de las razones esgrimidas por VS para justificar la tesis que desarrolla en *¿Proteger o expliar?* serían las siguientes:

1. Las patentes no formaron parte de nuestra vida cotidiana hasta la década de los ochenta. Hasta entonces, los únicos interesados eran los propios inventores, los examinadores de patentes y, sin duda, los abogados especialistas. Dos hechos cambiaron radicalmente la situación e hicieron que el tema se convirtiera en un asunto crítico que afecta directamente a nuestras vidas: 1º) La decisión del Tribunal Supremo de Estados Unidos de considerar la vida como un invento, permitiendo de este modo que el correspondiente departamento de la Administración usamericana concediera patentes sobre la vida. Así, el 12 de abril de 1988, la oficina de patentes de EEUU concedió a DuPont una patente sobre un ratón cuya línea había sido modificada para hacerlo susceptible al cáncer. 2º) La introducción, por parte de EE.UU., de patentes y DPI en la Ronda Uruguay y en el GATT.

2. Durante los últimos años del siglo XX se han concedido patentes sobre conocimientos tradicionales y plantas autóctonas, e incluso sobre microorganismos, genes, animales y células y proteínas humanas. "Hoy no sólo se otorgan patentes para las máquinas, sino para los seres vivos y la biodiversidad; no sólo para los nuevos inventos, sino para el saber de nuestras abuelas" (p.9). Así, los conocimientos tradicionales que países como la India han utilizado durante siglos para intentar satisfacer sus necesidades

más básicas están en peligro de ser patentados por poderosas transnacionales.

3. Los sistemas de DPI lejos de evitar la piratería intelectual más bien la fomentan, llegando a violar, en algunas ocasiones, los derechos humanos. De hecho, el sistema de patentes no estimula necesariamente, como se suele publicitar, la generación de tecnología y mucho menos la difusión. En un estudio de 1984, el 80% de las empresas norteamericanas analizadas admitieron que el principal motivo para sacar una patente era bloquear determinados sectores técnicos, sin que tuvieran intención alguna de explotar la invención. A eso se le sigue llamando la regla de oro de la "sagrada competencia" en el "libre mercado".

4. Si las patentes conceden a su titular el derecho exclusivo a su invención (creación, uso, venta, distribución), los titulares de patentes sobre la vida pueden impedir que otros puedan elaborar o utilizar las semillas, plantas o animales patentados. "Como los recursos vivos y los seres vivos "se hacen" a si mismos y lo agricultores siempre han guardado sus semillas y conservado sus terneros, el derecho de patentes occidental considera que guardar e intercambiar semillas es un 'robo contra la propiedad intelectual'" (p. 12). Muchas veces lo que se patentan son los conocimientos de las poblaciones indígenas y la innovación tradicional. "A medida que la era del combustible fósil deja paso a la era de la biología, las patentes de material vivo se convierten en el medio para controlar las materias primas y los mercados del tercer Mundo" (p. 25).

5. Las patentes se están extendiendo al mismísimo ámbito humano. En 1984, el médico de una persona que estuvo sometida a un tratamiento contra el cáncer de bazo, patentó su línea celular sin su consentimiento. La "línea celular de Mo" fue vendida posteriormente a la transnacional farmacéutica Sandoz. "Las estimaciones relativas al valor final de la línea celular han superado los 3.000 millones de dólares" (p. 13).

6. Las patentes se han convertido en uno de los componentes más importantes de las exportaciones de los Estados Unidos. Si en 1947 la propiedad intelectual suponía algo menos del 10% de todas sus exportaciones, en 1994, superaba el 50%. Precisamente, una de las líneas de actuación de los gobiernos americanos, desde el primer gobierno Reagan, es presionar con todos los medios a todos los países para que modifiquen sus leyes de protección intelectual y legislen de forma similar al derecho norteamericano. Si lo consiguieran, EE.UU. podría reducir drásticamente su escandaloso déficit comercial.

7. La financiación de las grandes empresas puede crear una investigación sesgada que debilita enormemente el interés público y favorece en exceso a los patrocinadores empresariales. Aunque existan campos que quizá no sean rentables comercialmente son, en cambio, socialmente necesarios. Necesitamos "la epidemiología, la ecología y la biología evolutiva

y del desarrollo, como sociedad que quiere enfrentarse a los problemas ecológicos" (p. 37). En cuanto se ignora lo útil y lo necesario y nos centramos únicamente en la rentabilidad económica, estamos destruyendo las condiciones para la creación de la diversidad intelectual. No hay que olvidar que la criminalización del intercambio de conocimientos, una de las reglas básicas de la actividad científica según la sociología de la ciencia (Merton), es ya una realidad.

8. Las patentes relacionadas con los recursos biológicos muestran el lado más siniestro de la situación: con la creación de "propiedad" a través de patentes, las transnacionales se están convirtiendo en los nuevos "señores de la vida", como lo son o lo fueron los terratenientes o los antiguos señores feudales. "Podrán cobrar un alquiler por cada semilla sembrada, por cada medicina elaborada con los dones gratuitos de la naturaleza, a las que la gente ha accedido libremente durante generaciones" (p.45). De hecho la autora entiende que la biopiratería, esta nueva forma de colonialismo capitalista, sería el empleo de los sistemas de propiedad intelectual para legitimar el control exclusivo de los recursos, productos y procesos biológicos que se han usado desde siempre en las culturas no industrializadas. Por ejemplo: el *phyllanthus niruri* es una planta medicinal utilizada en toda India para tratar diversas formas de hepatitis y otros trastornos del hígado. Pues bien, el Fox Chase Cancer Centre de Estados Unidos ha solicitado una patente sobre esta planta para fabricar un medicamento para el tratamiento de la hepatitis B vírica. Argumentan, para justificar su patente, que el *phyllanthus niruri* nunca había sido propuesto para ese tratamiento antes del trabajo desarrollado por los actuales investigadores.

9. VS concluye su investigación señalando que "los sistemas de patentes que se han diseñado y configurado pueden reintroducir una nueva época de colonialismo en la que no sólo nosotros volveremos a ser colonizados como pueblo, sino todos los seres vivos" (125-126). Deberíamos, pues, y ésta una tarea que también nos atañe, cuestionar el actual paradigma de las patentes, legislación que permite tratar a los seres vivos de simples invenciones humanas y permitir su apropiación empresarial, pirateando con ello siglos de innovación y creatividad de poblaciones dominadas.

Cosecha robada, en línea consistente con su anterior estudio, pone de manifiesto los devastadores efectos de la agricultura industrial y globalizada para el conjunto de la Humanidad, para los pequeños agricultores y para el medio ambiente, con especial interés en destacar la escasa salubridad de nuestros alimentos, cuestión sin duda nada marginal: la comida es nuestra necesidad más básica, el elemento fundamental de la vida. Como señala la autora en los compases iniciales de su introducción: "a lo largo de las dos últimas décadas todas las cuestiones en las que me he involucrado como activista ecologista y como intelectual orgánica me han revelado que lo que

la economía industrial llama “crecimiento” es, en realidad, una forma de robo a la naturaleza y a las personas” (p.9).

La perspectiva crítica de la autora es la siguiente:

1. La transformación de bosques naturales en monocultivos de pino y eucalipto para materia prima industrial genera, ingresos y crecimiento.

2. Pero ese supuesto crecimiento se basa en robar a los bosques su biodiversidad, su capacidad para conservar aguas y suelo. Se fundamenta, pues, en “el robo de las fuentes de alimento, forraje, combustible, fibra textil, medicinas y protección contra inundaciones y la sequía que tienen las comunidades forestales” (p.9).

3. Aunque muchos ecologistas, sostiene VS, se dan cuenta de que convertir un bosque en un monocultivo es empobrecimiento, no aplican ese mismo razonamiento a la agricultura industrial. Se ha creado el mito empresarial, compartido por corrientes del ecologismo y por algunas ONG,s, que sostiene la necesidad de la agricultura industrial intensiva para que se produzcan más alimentos y se reduzca el hambre en el mundo.

4. Pero, para Shiva, tanto en el caso de la agricultura como en el caso de la silvicultura, la ilusión de crecimiento “encubre un robo a la naturaleza y a las personas pobres: se oculta la creación de escasez tras una máscara de crecimiento”. El expolio sigue creciendo desde la irrupción de la economía globalizada.

5. El papel del GATT y de la OMC es transparente: han institucionalizado y legalizado el crecimiento empresarial basado en las cosechas robadas a la naturaleza y a las personas. De este modo, el acuerdo sobre derechos de propiedad de la OMC convierte en crimen guardar y compartir semillas de la propia cosecha para futuras siembras.

6. Las imposiciones son a veces llanamente criminales y la única posibilidad es la resistencia. En 1998, se intentó destruir la economía del aceite comestible de la India mediante la imposición del aceite de soja. “El movimiento de las mujeres y los movimientos de agricultores se resistieron a la importación de aceite de soja subvencionado para asegurarse de que sus medios de vida y sus culturas alimentarias tradicionales no fueran destruidos” (p. 12). Los alimentos no modificados genéticamente no son, por tanto, un lujo de sectores de privilegiadas poblaciones occidentales sino que constituyen “un elemento básico de derecho a una comida segura, accesible y cultural apropiada” para toda la Humanidad.

7. La posición de la autora es nítida: no es inevitable que las grandes empresas acaben controlando totalmente nuestras vidas y gobiernen el mundo a su antojo; tenemos realmente la posibilidad de determinar nuestro propio futuro, “tenemos la obligación ecológica y social de asegurarnos que los alimentos de los que nos nutrimos no sean una cosecha robada” (p.12) y tenemos también la oportunidad de combatir a favor de la libertad de todas las especies y de todas las personas. Las semillas no son únicamente la

fuente de futuras plantas y alimentos sino el lugar en el que se almacena la cultura y la historia. Robar cosechas es robar semillas y, con ello, expiliar la cultura y la historia reales de las grandes sectores de la Humanidad.

8. Los retos son claros: hay que cambiar radicalmente las reglas de la globalización y del llamado “libre comercio”, y hay que supeditar la búsqueda del beneficio comercial a los valores superiores de la protección de la tierra y al sustento más básico de las personas. De todas ellas. A eso, hace años, lo llamábamos socialismo, comunismo igualitario y homeostático. Ahora, aunque las luchas por las palabras sean significativas, podemos llamarlo como queramos siempre que no perdamos el sentido propio de las finalidades.

Hay que destacar finalmente en ambos ensayos, aunque sea cuestión lateral, las penetrantes reflexiones epistemológicas de la autora. Por ejemplo: Shiva señala acertadamente que no se puede admitir el uso nada inocente del término “ciencia” para referirse únicamente a la ciencia occidental moderna. La ciencia es una empresa pluralista que remite a formas de conocimiento diferentes y que no puede ni debe excluir los conocimientos tradicionales, aunque estos puedan carecer en ocasiones de sofisticadas teorías justificativas. ¿Acaso no es conocimiento de interés las 200.000 variedades de arroz que los campesinos indios han desarrollado a lo largo de la historia por medio de innovaciones y cultivos?

Como comentario, nada sustancial, acaso podría señalarse que la autora usa el término “occidental” de forma poco matizada. Donde dice piratería occidental, tal vez sería mejor escribir piratería imperial o, simple y llanamente, capitalista. También la biopiratería afecta a los conocimientos tradicionales de las poblaciones agrícolas o artesanales que viven en países occidentales. La mayoría de los excelentes ejemplos que ilustran los argumentos y posiciones de VS pertenecen a la historia y a la agricultura de la India. Tarea de todos es ampliar el horizonte geográfico de su justificada denuncia.

9. La impudicia publicitaria del capitalismo.

Juliet B. Schor, *Nacidos para comprar. Los nuevos consumidores infantiles*. Ediciones Paídos, Barcelona, 2006. Traducción de Juanjo Estrella. 365 páginas.

La cita con la que la autora -Juliet B. Shor, profesora del Boston College y especialista en temas de consumo, familia y economía- inicia el capítulo segundo de su ensayo –“El cambiante mundo del consumo infantil”, p. 31-, extraída de un anuncio publicitario de la empresa Nickelodeon en el que un hermoso niño sonríe montado en un todoterreno, da el tono exacto de la casi inimaginable situación que Shor ha estudiado en estos últimos años y que nos presenta en este ensayo: “Vivimos en un país de niños que dirigen las compras; los niños influyen en la adquisición de nada menos que el 62% de los monovolúmenes y todoterrenos! Nickelodeon posee al 50% de la franja de edad de 2 a 11 años en la televisión comercial infantil”. El país, en este caso, es Estados Unidos y la empresa es Nickelodeon, una empresa publicitaria que se presenta a sí misma, se publicita, con sus resultados masivos de “posesión” infantil, pero acaso el país podría ser perfectamente cualquier otro país “desarrollado” (o no) y la empresa cualquier otra gran corporación. El término “poseer” no es ninguna errata ni ningún error de traducción.

Todo, todo, debe incitar a la compra compulsiva. Definitivamente, y aunque sólo fuera por esta vez, Springsteen se equivocó. No hemos nacido para correr sino para consumir (o eso pretenden), y no desde edades razonablemente adultas. Como señalara el Marx del *Manifiesto*, el capitalismo no respeta límites ni tradiciones: no hay nada sagrado bajo las heladas aguas del cálculo mercantil. Todo ser, vivo o no, está en su punto de mira y explotación; todo ser viviente con capacidad adquisitiva es objetivo prioritario de las grandes corporaciones que mandan con mano de hierro y orientan preferencias y necesidades en el sistema global. Y cuando se afirma “todo ser” es, efectivamente, todo ser que pueda adquirir cualquier mercancía, y todo espacio o medio por el que pueda transitar o en el que pueda fijar su atención: salones de infancia, centros médicos, estaciones públicas de metro o de ferrocarril, cine, radio, exposiciones, escuelas, universidades, transbordos subterráneos decorados totalmente de anuncios, fachadas o terrazas de edificios, camisetas de deportistas o de trabajadores de esas mismas empresas que exhiben gozosos publicidad en tiempo y espacio no laboral, y así siguiendo.

Schor, transitando por la misma línea que Noemí Klein en su *No Logo*, traza una imagen pavorosa del capitalismo actual en su vertiente publicitaria: de la misma forma que grandes corporaciones conocidas pretenden (y consiguen) que sus refrescos lleguen donde apenas hay (o donde no hay)

agua potable, hay empresas completamente decididas a convertir no sólo a las familias sino a los propios niños, desde edades muy tempranas, en ávidos consumidores de productos supuestamente necesarios. El objetivo del estudio de Schor es identificar y entender el marketing dirigido a esos niños y conocer su evolución a lo largo del tiempo. Su enfoque, señala, ha sido general y ha investigado productos por grupos, incluidos juguetes y alimentos (p. 16). Sus resultados están basados en dos tipos de investigaciones: un estudio cualitativo sobre publicidad y marketing, iniciado en 2001, llevado a cabo mediante encuestas y observación interior y permitida de la propia industria publicitaria, y una segunda investigación mediante encuestas y análisis de datos.

Aunque Shor ha centrado su investigación en el ámbito norteamericano, es altamente probable que los resultados no fueran muy diferentes si hubiera estudiado otros países o áreas. Por ejemplo, un estudio llevado a cabo en Alemania en 1995 concluía que cada niño de 6 a 8 años pasaba hasta 30 horas por semana sentado frente al televisor y que una cuarta parte de ese grupo infantil veía de manera regular emisiones televisivas hasta medianoche. En Estados Unidos, según cálculos que Shor cita (p. 32), se cree que actualmente los niños de entre 8 y 13 años ven televisión durante una media diaria de 3 a 3 horas y media, observan anualmente unos 40.000 anuncios y realizan unas 3.000 peticiones de productos y servicios. De ahí un comentario de Paul Kurnit que recuerda la autora y que explica partes de los problemas alimentarios de niños y jóvenes y algunos resultados escolares: "Cada vez hay más niños que están solos en casa, niños que llevan la llave de casa atada al cuello; están allí al salir de clase, durante lo que llama la cuarta comida; entonces los niños son los amos y señores de las cocinas [...] Así que en la actualidad los niños tienen un grado de independencia sin precedentes" (p. 309).

Los resultados del devastador "ataque publicitario" son indiscutibles y de ahí el interés de las corporaciones en seguir y ampliar esta vía. Cualquier consideración normativa estaría, según su punto de vista, fuera de lugar, sería lenguaje de Marte. Según un análisis realizado por la autora, en 2.000 se compraron 3.600 millones de juguetes nuevos en Estados Unidos (la cifra dada por Shor creo que es errónea). La población de niños menores de 13 años en EE.UU. es de 52 millones. Suponiendo que las adultos no compren juguetes para ellos mismos (lo que sin duda parece una suposición razonable), cada niño norteamericano adquiere anualmente, por término medio, 72 juguetes nuevos, lo cual significa que algunos niños no adquirieron ninguno y otros, probablemente, 365 (esto es, un juguete nuevo diario o más). Las consecuencias son sabidas: sobrepeso, falta de concentración en el estudio, apenas tiempo para relacionarse con otros compañeros ni para el juego, conversión de la televisión en un miembro más de la familia.

Los anuncios televisivos dirigidos a los niños están, pues, en todas partes. Y algunos, y esto es importante, no pretenden el consumo directo de productos digamos infantiles sino la incidencia de su opinión en los gustos y adquisiciones familiares. Es decir, que los niños se conviertan en acicates irresponsables de consumo.

Pero no sólo es esto: hay empresas que reclutan a niños para hacer campañas de marketing, niños que se convierten en agentes publicitarios de corporaciones para difundir sus productos entre familias y amigos, profesionales; psicólogos, neurólogos, pedagogos, científicos en general, están al servicio de las empresas sin apenas límites morales en sus investigaciones y actuación; niños que con apenas 18 meses tienen un televisor en su habitación; niños menores de seis años que saben de memoria más de 200 marcas; niñas con apenas 7 años que se quieren vestir como jóvenes o mujeres adultas, etc. Variantes de la barbarie, pues, están descritas en las páginas de *Nacidos para comprar*.

Sorprende además, y no es secundario, la colaboración bienintencionada que en algunos casos reciben las empresas de instituciones públicas. Directores de escuelas e institutos colaboran con las corporaciones para conseguir medios extraordinarios para sus razonables necesidades permitiéndoles publicitarse a su antojo en un ámbito de estudio público y no comercial.

Puede señalarse, como es obvio, que las familias pueden intentar oponerse a esta estrategia planificada, y no es marginal la importancia de esta cada vez más necesaria resistencia cultural, política, pero otros instrumentos son o deberían ser relevantes: preocuparse en serio de la niñez, de la estabilidad emocional de los niños y jóvenes, exige legislar a su favor, poner límites, colocar bozales a una bestia no dispuesta a limitarse ante nada ni ante nadie. Hay un objetivo normativo: el máximo beneficio un territorio: el mundo; unos sujetos: "los consumidores" -los supuestos dueños del mercado-, sin distinción, esta vez sí, de edad, etnia, religión, sexo, lengua, territorio u orientación sexual.

Antes, en tiempos en los que la izquierda no era muy sofisticada, a la publicidad la conocíamos como un perverso tentáculo de masificación cultural del capitalismo, solíamos pitir y gritar con rabia ante anuncios y mensajes, intentábamos la contrapublicidad, y difícilmente un ciudadano de izquierdas recordaba o comentaba con agrado algún anuncio empresarial. Los tiempos han cambiado. Entonces éramos algo más toscos sin duda, pero teníamos razón y no queríamos claudicar.

(...) Partiendo de la tradición socialista, yo no creo que haya que dejar a los niños en la bañera con el agua sucia, pero mis artículos se dirigen también contra aquellos que, partiendo del realismo, piensan que hay que tirar el agua con el niño dentro. Repensar el análisis y el proyecto socialista puede ciertamente llevar a modificaciones serias, de largo alcance -y para algunos de nosotros dolorosas- de puntos de vista mantenidos durante mucho tiempo,- por ejemplo, acerca de la relación entre el análisis marxiano de la dinámica del capitalismo y sus predicciones sobre el papel del proletariado como agente de la transformación,- o sobre la justificación histórica de la escisión entre la socialdemocracia y el comunismo, o sobre los efectos de la Revolución de Octubre. Pero ello no debe, o no debería, socavar la clásica acusación socialista contra el capitalismo; la comprensión clásica del proyecto socialista, o la convicción marxista de que el capitalismo está destinado a ser una fase pasajera del largo avance histórico de la humanidad.

Eric Hobsbawm, *Política para una izquierda racional*

VIII. Historia

1. Ascenso y caída de una abyección

Ferran Gallego, *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*. Barcelona, Plaza & Janés 2001, 521 páginas.

Para algunos filósofos, en absoluto indocumentados, su pensamiento fue un conjunto de filosofemas asignificativos. Otros, quizás más comedidos, han apuntado que ya en sus iniciales reflexiones hay inconsistencias nada despreciables. Para la inmensa mayoría, se trata de un pensador de altura inigualable. Heidegger ha sido un maestro de Alemania, de Europa y del mundo, un nuevo Platón, que pudo sostener, en una lengua creativa y deslumbrante, que tan sólo el alemán y el griego clásico permitían una correcta aproximación a la esencia del Ser.

Sea como sea, el maestro-rector de la Universidad de Friburg, a finales de 1933, en el turbulento período inmediatamente posterior a la ascensión al poder del nazismo, se manifestaba, con sesgo inconfundible, en los términos siguientes:

"¡Hombres y mujeres alemanes! El pueblo ha sido llamado a las urnas por el Führer, pero el Führer no le pide nada al pueblo, sino que más bien le ofrece al pueblo la posibilidad inmediata de manifestar una decisión completamente libre: si todo el pueblo desea una existencia propia, o si no la quiere. Estas elecciones no tendrán parangón con ningún otro proceso electoral. (...) Esta última decisión nos lleva al límite último de la existencia (dasein) de nuestro pueblo, y ¿cuál es este límite? El límite está en la exigencia radical de toda existencia que mantiene y salva su propio honor, y por la cual el pueblo conserva su dignidad y la firmeza de su carácter. No fue la ambición, ni el afán de gloria, ni la ciega obstinación, ni las forzadas aspiraciones, sino únicamente la clara voluntad de asumir la total responsabilidad para soportar y sobrellevar el destino de nuestro pueblo, lo que motivó al Führer para la salida de la Liga de Naciones (...) El día 12 de noviembre el pueblo alemán se ratifica como totalidad sobre su destino, destino que se halla ligado al Führer. El pueblo no puede votar sobre su destino con un sí alegando las llamadas "razones de política exterior", ni puede votar sí sin incluir en ese sí al Führer y al movimiento totalmente vinculado a él. No hay una política exterior y "además" una política interior. Hay sólo una voluntad para el ser pleno del Estado. El Führer ha despertado esa voluntad en el pueblo y lo ha fundido en un único propósito. ¡Nadie puede permanecer alejado el día en que estamos llamados a demostrar esta voluntad!"

La pregunta parece imponerse por sí misma. Con palabras de Edward W. Said: "cómo una nación eminentemente civilizada que había producido los mayores filósofos y músicos de Europa, así como algunos de sus más

brillantes científicos, poetas y eruditos, pudo caer no sólo en la locura del nazismo, sino en uno de los más terribles programas de exterminio humano de toda la historia". A los orígenes, ascensión, triunfo y derrota de este movimiento está dedicado el trabajo de Ferran Gallego (FG), *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945* (DeMaA). Su autor es profesor de historia de América Latina contemporánea e historia del fascismo en la UAB y autor, entre otros libros y numerosos artículos, de *Ejército, nacionalismo y reformismo en América Latina* (1991) y *L'extrema dreta* (La extrema derecha, 1999). Además, como es sabido, es colaborador usual, esperado y consultado del topo, como es menos sabido es un exquisito poeta (*El beneficio de la duda, es la última prueba*) y como es casi clandestinamente conocido ocupaba la secretaría general del PSUC-viu, lo cual, como señalaba Vázquez Montalbán el día de la presentación del libro en Barcelona, era algo así como ser secretario de una formación política en el exilio interior.

DeMaA consta de una introducción, de nueve capítulos y un epílogo final, amén de una extensa y documentada bibliografía. Los capítulos suelen estar divididos en tres apartados (innegable influencia o guiño dialéctico-hegeliano) y ostentan, tanto ellos como sus secciones, títulos con hermosas referencias literarias y cinematográficas: "En el principio fue la revolución", "Sesenta días que conmovieron Alemania, 1932-1933", "Final. El cielo bajo Berlín", "La realidad y el recuerdo". Cada uno de ellos se abre con un excelente y sucinto resumen que concreta los puntos asentados anteriormente y nos introduce en el desarrollo posterior. Aquí ya pueden encontrarse auténticas joyas. Por ejemplo, la presentación de "Los hombres que pudieron reinar, 1930-1933" (pp.201-202), o los modélicos prólogos de "Viaje al fin de la noche" (pp.393-394) y del epílogo ("La realidad y el deseo", pp. 447-450).

Desconozco la autoría de la selección de las 32 páginas de fotografías que acompañan al texto de DeMaA, así como el autor de los pies de foto, pero el lector/a puede estar tranquilo: en general, las fotos no están de más. No adornan, ilustran.

FG dibuja clara y sucintamente el enfoque metodológico de su estudio no muy alejado de la conocida posición de Lawrence Stone: "Ignorad a los que sostienen que el historiador está obligado, por su profesión, a convertirse en un eunuco moral para el que la libertad es tan indiferente como la tiranía y es incapaz de emitir juicios cualitativos". En contraste con lo defendido por algunos sobrevivientes del nazismo, quienes sostienen que explicar el Tercer Reich es desconocer la naturaleza íntima del Mal, FG cree "que el nacionalsocialismo es un fenómeno histórico sin cuya explicación no llegaremos a entender nunca el siglo XX" (p. 11). Si no se llegase, si no llegáramos a vislumbrar la lógica de este terrible proyecto, dejaríamos que

una de las mayores abyecciones de nuestra época quedara en un inadmisible silencio.

Esta toma de posición del autor por un enfoque netamente científico, no quita un ápice de importancia a la perspectiva moral desde la que se realiza la investigación: "Aquí, se trata de comprender la otra cara de la modernidad, la perversión del progreso, la instrumentalización de la ciencia, la conversión del exterminio en una causa solidaria con la comunidad nacional. Ninguna de estas apreciaciones puede estar al margen de una actitud moral, valorativa, con capacidad para mostrar la indignación ante los crímenes y la compasión por sus víctimas" (p. 11). Se trata pues de no expulsar del continente de la historia el fenómeno nacionalsocialista tachándolo de singularidad inexplicable, de locura generalizada. El nazismo es parte integrante de la cultura e historia europea. No es ni siquiera, como a veces se ha sostenido, un fenómeno medievalizante. Posiblemente haya sido el intento más coherente de construir un modernismo reaccionario, que combine, a un tiempo y sin contradicción, el poder de la tecnociencia con una (contra)revolución moral y política opuesta a los valores ilustrados. Auschwitz no es la negación sino la depravación de la modernidad.

FG comentaba el día de la presentación de su trabajo que "hay una gran diferencia entre familiaridad y conocimiento. Estamos familiarizados con el nazismo... Estamos en contacto permanente con el *espectáculo* del nazismo, pero dudo que haya un conocimiento real de lo que fue". DeAaM quiere contribuir sin duda a que esa familiaridad devenga conocimiento real. El libro está dividido en dos partes diferenciadas y a su vez complementarias: en la primera, se describe con detalle la descomposición de la República de Weimar y de la pérdida de confianza de la ciudadanía en las instituciones; en la segunda parte, se analiza "las esferas de acción del Tercer Reich en la paz y en la guerra que estaba en el fondo de su propuesta política". El objetivo final del estudio es nítido: se trata de un intento de comprensión totalizadora del período, en la que todos los elementos parciales (economía, política, experiencias personales, cultura, filosofía de la vida) estén, si se me permite, dialécticamente hilvanados, aspiración a la explicación de una totalidad concreta que no implica, en ninguno de los posibles sentidos del término, justificación moral de lo analizado.

Señalo algunas de las tesis más destacadas defendidas por el autor a lo largo de su trabajo:

1. Decisiva importancia del fracaso de las instituciones democráticas y de los errores de la izquierda para explicar el triunfo del fascismo. Fueron grietas, boquetes incluso, por donde la bestia penetró.

2. Contra cualquier determinismo histórico, la historia alemana o europea no conducía inexorablemente al triunfo del nazismo. La derrota del movimiento obrero, el tratado de Versalles, la crisis económica, entre otras causas, fueron decisivas para su ascensión, sin olvidar los efectos sociales de

la Gran Guerra que fueron condición de posibilidad del auge del nazismo. Habían sido cuatro años atroces donde los jóvenes iban a la guerra a “vivir peligrosamente”

3. El nazismo no es una simple patología (Croce) de la historia europea, vista como desarrollo modélico de un continente superior, ni cosa de historiadores de la medicina (asunto psiquiátrico). El apoyo de los trece (¡13!) millones de alemanes al movimiento no puede explicarse en clave psicoanalítica o apelando al mismo complejo de Edipo.

4. Decisiva importancia del fenómeno en el ámbito intelectual: no fueron pocos ni insignificantes los intelectuales y científicos que apoyaron el nazismo, visto y analizado como una regeneración de la cultura europea. Los casos se amontonan: Heidegger, Celine, Jünger,...

5. Inconsistencia de la usual y actual tesis neoliberal sobre la existencia del comunismo como causa explicativa del surgimiento del nazismo, según la cual si el primero no hubiera triunfado, el segundo no hubiera irrumpido.

6. Importancia del pseudosaber científico sobre las razas y su desigualdad para construir el cemento que unió el edificio levantado: Patria y raza fueron consideradas como referencias comunitarias superadoras de las escisiones sociales producidas por las luchas de clases.

7. Los fascismos, el nazismo entre ellos, no son excepcionales sino depuradas técnicas políticas para el mantenimiento del poder cuando los métodos usuales no son suficientes. “Devolverle al nazismo un lugar en la historia no es absorberlo. Por el contrario, puede ser el camino para documentar una condena que ni siquiera acepte el atenuante fraudulento de la locura” (p. 28).

8. Las relaciones entre fascismo y capitalismo no son simples ni debería caerse en la gastada metáfora del aparato manipulable, pero son muchos los rasgos de consistencia funcional del fascismo y el reino del capital (por ejemplo, el uso de mano de obra esclava en las dependencias que la IG-Farben poseía cerca de Auschwitz). “Estos son algunos rasgos de su utilidad, nada reducible a un instrumento pasivo, un títere del capitalismo, pero tampoco ajeno a los objetivos restauracionistas con que los grandes industriales rectificaron la revolución de 1918” (p. 29).

9. Sobre el papel de la clase obrera durante el período de la República de Weimar, FG señala que, más allá de las diferencias internas de segmentos de la clase de orientación y militancia marxista, hay un punto que conviene no olvidar: la clase obrera industrial nunca pasó de ser una minoría (sin duda, con enorme capacidad de intervención política), entre la población alemana de entreguerras. Junto a ella, existían multitud de capas de trabajadores de otros sectores “cuyas condiciones de existencia empeoraron durante el período republicano. Todo estos sectores medios se vieron a sí mismos en decadencia, frente a la posición de columna vertebral de la sociedad que habían ejercido en los decenios previos a la guerra” (p.245). Su

exclusión del pacto republicano fue una de las causas decisivas de su búsqueda de vehículos alternativos de representación.

10. Sobre los grandes enemigos del nazismo, FG señala el enfoque del movimiento poco antes de su ascensión al poder. Cuando Hitler, en febrero de 1933, iniciando la campaña electoral, se dirige a la ciudadanía alemana “el tono poco tenía que ver con el nihilismo revolucionario que habría agrado a algunos viejos luchadores. No fue un guiño lanzado a los adeptos, sino un llamamiento a la regeneración de Alemania que afectaba a la totalidad de la ciudadanía” (p.249). El enemigo no era entonces la comunidad judía. La campaña debía apuntar a un lucha sin cuartel contra el marxismo, “como una cruzada para erradicar esa peste de la sociedad alemana e iniciar el proceso de recuperación de ésta” (p.249), campaña que podía tener, como tuvo, bastantes posibilidades de levantar el entusiasmo de amplias franjas de la sociedad, que veían “en la república un instrumento de la socialdemocracia, amenazada, además, por la progresiva crispación y potencia del partido comunista” (p. 250).

Sin embargo, no hay que olvidar que “El SPD y el KPD, en unas elecciones hechas abiertamente contra el marxismo, habían conseguido retener una tercera parte de los votos, lo que sorprendió a los observadores” (p. 255). Hay que recordar igualmente que, como señala el autor, la influencia de ciudadanos de la comunidad judía (o de tal origen) en los ambientes de la izquierda “habría de consolidar el prejuicio antisemita que se había desarrollado en los medios conservadores durante la República de Weimar” (p.376).

11. FG apunta, con buenas razones, la importancia del contexto social para entender algunas de las discusiones científicas del período. Ya no se trata como ha intentado argumentar Paul Forman de que el “irracionalismo social” posibilitara el surgimiento y desarrollo de la mecánica cuántica, por ejemplo, sino que “el debate científico no era, en absoluto, algo que pudiera quedar en el silencio de los anaqueles universitarios o en la calma de los laboratorios médicos” (p.349). Parecía que se estaba discutiendo sobre salud, al debatir sobre eugenésia o higienismo racial, pero “en el fondo se estaba discutiendo acerca de una respuesta de la ciencia a los problemas sociales derivados de este proceso de modernización” (p. 349).

Son muchos los apartados de DeMaA que merecen una lectura atenta y un sincero reconocimiento, pero, si me permite alguna recomendación, destacaría, a título de ejemplo, los siguientes: “La capital del movimiento” (pp. 44-53), “El gran salto, 1929-1930” (pp.188-200), “Verano y humo: 1932” (pp. 221-231), “Lo sagrado y lo profano. Los recursos de una mitología” (pp. 286-308), “La obra del Supremo Creador” (pp. 366-382) y, muy especialmente, las que, en mi opinión, son las mejores secciones del libro: “La comunidad organizada” (pp. 308-341), “La ciencia al servicio de la exclusión” (pp. 344-366), contenido, pero absolutamente estremecedor, y

"Cenizas y diamantes" (pp. 412-428), donde se describe, en páginas no olvidables, como, "a su paso, el imperio racial ya sólo generaba asesinatos y robo, cadáveres y riqueza. Cenizas y diamantes" (p. 429). Las razones de la elección han sido ya apuntadas: documentación, rigor expositivo, estilo envidiable, ausencia de falacias argumentativas,... Me permito llamar la atención sobre el excelente análisis que el autor realiza de la obra de Nietzsche y de Spengler ("Filósofos, soldados y propagandistas", pp. 60-80), muy alejado, en el primer caso, de las usuales aproximaciones de la tradición marxista, aunque deba confesar mi dificultad para ser convencido, en su plenitud, de la corrección de la lectura ferrangalleguista.

Para no convertir esta reseña en una *Apología de FG*, por lo demás merecida -el firmante de este papel no ha hallado hasta la fecha un papel periodístico, algún artículo o libro de FG que no sea una ganancia en orden mental y en tiempo aprovechado-, tal vez sean admisibles algunos comentarios finales que, más que notas críticas, deberían interpretarse como puntos de posibles desarrollos posteriores o como señales para que el autor recoja, si le apetece, el guante:

1. En reiteradas ocasiones, FG insiste en la separación de las nociones de racionalidad y legitimación. Dos ejemplos: "La confusión entre otorgar racionalidad a un proceso y pretender legitimarlo, entre tratar de hallar la lógica de su existencia y añadirle por ese simple motivo atributos positivos, no existe en las esferas académicas, pero tiene una difusión evidente en los ámbitos de la divulgación" (p. 26) o "(...) Si no desentrañamos la lógica de la barbarie, si no somos capaces de superar el impacto anestesiante del terror, lo que fue un proyecto a la vez razonable y abyecto para organizar el capitalismo europeo en nuestra época quedará en silencio" (p. 11).

No hay duda, en mi opinión, que construir la lógica de un proceso, por abyecto moralmente que éste sea, no es legitimarlo pero no sé si siempre es aproblemático el uso de los términos "racionabilidad" o "razonable" por el autor. ¿Puede sostenerse que el nazismo no sólo fue una ignominia moral sino además un proceso histórico irracional? Sí, desde mi punto de vista. Algunas, muchas de las razones esgrimidas por el nazismo fueron pésimas razones que calaron en la ciudadanía por motivos que FG desentraña como pocos. ¿Había razones para creer que existía una raza pura superior intelectual o físicamente a las demás? Si las hubiera habido, no se hubiera justificado con ello la abyección nazi (nunca un "es" permite alegremente el paso a un "deber ser"), pero es que, además, no había tales razones. En este sentido, el nazismo era pues netamente irracional. Usaba malas razones o pseudorazones. Así, se entienden los motivos por los que FG señala que el biologismo nazi es barbarie racista para quienes sufren la exclusión o el genocidio, al mismo tiempo que "fundamentación de la comunidad popular para quienes son incluidos en ella" (p.29), pero puede haber una problemática formulación de la idea. Una cosa es aceptar el relativismo real,

social, las varias creencias existentes, sincera o cínicamente aceptadas, y otra cosa es dar base, fundamento racional, a tales creencias (cosa que sin duda FG no hace): no hubo (ni hay) base racional, científica, que justifique tal consideración, más allá de las posiciones mantenidas por algunos miembros de las comunidades científicas.

2. No deja de ser curioso que un libro tan totalizador como DeMaA apenas tenga dos referencias, por lo demás no básicas, a Heidegger. Sé que nunca es posible decirlo todo y que es muy plausible que, a partir de una fecha temprana, el papel del autor de *Ser y tiempo* fuera lateral en la construcción ideológica del nazismo (sin duda, filósofos como Rosenberg, mucho menos relevantes que él -un quark frente a una galaxia- jugaron un papel mucho más destacado), pero hubiera sido interesante, al igual que en el novedoso análisis que FG hace de la filosofía de Nietzsche, comprobar si existe alguna línea de continuidad entre las tesis mantenidas por el autor de *¿Qué es pensar?* y algunas de las tesis centrales del nazismo. ¿Fue acaso *Ser y tiempo* la filosofía del nacionalsocialismo o de alguna de sus tendencias? A tal efecto causa extrañeza que el autor no cite el estudio de Víctor Fariás sobre *Heidegger y el nazismo* o el *Martin Heidegger* de Hugo Ott, así como la edición última del estudio de Steiner sobre el filósofo-rector, pero sí, en cambio, el ensayo de Safranski sobre Heidegger como maestro de Alemania.

3. Las relaciones entre ciencia y nazismo, como FG sin duda conoce, no sólo se sitúan en la perspectiva apuntada en DeMaA. Hubieron intentos de crear una deutsche Mathematik y una deutsche Physik, una física alemana, cuyos protagonistas no fueron, en absoluto, dos físicos incompetentes. El primero, Phillip Lenard, fue premio Nobel de Física, en 1905, por su estudios sobre rayos catódicos, y, el segundo, Johannes Stark, lo fue en 1919 por el descubrimiento del efecto Doppler en los rayos canales. Es cierto que, a pesar de sus comienzos "prometedores", ni la física aria de Lenard, ni la partidista de Stark, consiguieron hacerse con el poder en la disciplina, pero tal vez no lo lograron por simple torpeza política: cuando seleccionaron un objetivo entre los científicos que se habían quedado en Alemania y que se oponían a su absurdo y resentido discurso científico-ideológico, escogieron al intocable Werner Heisenberg, quien además de ser una gloria científica, era un "ario puro" y alguien que tenía excelentes relaciones con Himmler. La ciencia aria no triunfó, pero, en todo caso, no hay que olvidar que ese intento existió: de la misma forma que se ha hablado, con motivos suficientes y hasta la saciedad, del trágico intento de creación y desarrollo de una ciencia proletaria opuesta a la ciencia burguesa, en el período considerado surgieron intentos, nada despreciables, de desarrollar una ciencia racial, opuesta a la degenerada ciencia judía. Hubiera sido de enorme interés conocer la posición y análisis de FG en este asunto.

Unas anotaciones finales: 1. El autor usa eutanasia (p. 29, p. 359) para referirse a unas prácticas que, sin duda, él mismo aceptaría que nada tienen

que ver con muertes dulces y aceptadas. Las comillas hubieran sido, probablemente, necesarias. 2. Tal vez sea una errata reiterada pero, si no fuera el caso, la corrección gramatical, de inspiración fonética, propuesta por el autor en el uso de "darwinista" suena extraña. No sé si "darwinista", sin la w de Darwin y con la v del sonido castellano, es muy defendible. 3. Algunas, escasísimas afirmaciones, sin duda ando muy errado, tal vez tuvieran que ser matizadas. Por ejemplo, "(...)" y los partidarios de Gregor Mendel, para quienes los seres humanos eran *meros receptáculos* de una carga genética ajena a la acción de los factores educativos y sólo comprensible por las leyes de la herencia" [la cursiva es mía] (p. 347). No sé si todos los mendelianos de la época consideraban a los humanos como meros receptáculos de su carga genética. 4. El autor, sin duda para evitar publicidad comercial e incrementar cuentas de resultados, no ha querido citar los nombres de las editoriales de los libros referenciados. Una cierta inconsistencia en este punto, sólo este punto, hubiera sido de agradecer. 5. Sugiero, para las futuras reediciones de este excelente estudio, la incorporación de un índice analítico al completísimo índice onomástico que cierra el volumen.

Hans Heinz Holz, uno de los filósofos que entrevistaron a Lukács en aquellas inolvidables *Conversaciones con Lukács*, recordaba en su reciente estancia como profesor invitado a la Cátedra Ferrater Mora el aforismo brechtiano según el cual el huevo de la serpiente del nazismo continúa vivo. FG corroboraría, sin duda, la anterior afirmación. Si es cierto que, como dijera Spinoza, todo lo excelsa es tan difícil, por infrecuente, como extraño, no hay duda de que esta historia del nazismo es excelsa y extraña. No sólo se lee como una novela sino como una buena novela, que combate moral e intelectualmente para que allí, precisamente allí, donde reinó, sin control ni límite, la barbarie, la abyección, la ignominia más inimaginable e indeseable, allí, en ese amplio ámbito de la historia europea, no pueda habitar nunca más, sin grito, el olvido.

2. Seis personajes en marco atómico

John Hersey, *Hiroshima*, Madrid, Turner 2002, 184 páginas. Traducción de Juan Gabriel Vásquez.

Cualquier periodista conoce la diferencia entre la distorsión que viene de restar los datos observados y *la distorsión que viene de inventar datos*. En el momento en que el lector sospecha adiciones, la tierra comienza a temblar debajo de sus pies: es aterrador el hecho de que no haya manera de saber lo que es verdadero y lo que no lo es.

John Hersey, 1967

En la contraportada de la primera edición hispánica y segunda edición castellana de este clásico del periodismo del siglo XX -la primera apareció en 1962, en la Compañía General Fabril Editora de Buenos Aires- se afirma erróneamente que el “6 de agosto de 1946 a las 20:15 una bomba atómica mató a cien mil personas en Hiroshima”. No fue en 1946, como es sabido, sino en 1945 y, posiblemente, escribir “cien mil muertos” sea una mera forma de apuntar hacia un blanco desconocido. No sabíamos, no sabemos con exactitud. Pero no hay error cuando se señala que con el lanzamiento se inició una era en la que las armas de destrucción masiva -¿les suena la expresión?- forzaban un nuevo (des)orden mundial y “se descubrían formas inéditas de sufrimiento humano”.

Algún escéptico, demasiado sofisticado y con muy probable baja tensión moral, ha solicitado pruebas del brindis con champán del presidente Truman al recibir noticias del “exitoso” lanzamiento de la bomba en Hiroshima. Dean Acheson, secretario de Estado del gobierno Truman, hace plausible el brindis. Años más tarde, explicó en el *New York Times* de 11 de octubre de 1969 que, en una ocasión, acompañó a J. Robert Oppenheimer, el director del proyecto Manhattan, a la oficina del presidente usamericano, mientras “Oppie se retorcía las manos exclamando ‘Tengo manchadas las manos de sangre’”. El ex-secretario apuntó que, algo más tarde, Truman le había ordenado con voz jupiteriana que no le volviera a traer jamás “a ese maldito cretino”. “No es él [Oppenheimer] quien lanzó la bomba. *Fui yo*. Estos lloriqueos me ponen enfermo”. Sin duda, y sin que de ningún modo pueda generalizarse, Truman estaba en lo cierto.

El testimonio de Richard Feynman, premio Nobel de Física en 1965, junto con Schwinger y Tomonaga, y, probablemente, uno de los grandes físicos del XX, puede ayudar a completar las caras del poliedro imperial. En 1943, poco después de doctorarse brillantemente en la Universidad de Princeton, se unió en Los Álamos al equipo de Oppenheimer, quien, justo es reconocerlo, fue posterior portada del *Time* con el cazabrujista pie de foto: “Riesgo para la seguridad nacional”. El mismo Feynman, entrevistado en

1981 para el programa *BBC Horizon*, reflexionaba sobre su participación en el proyecto en los siguientes términos:

(...) La razón original para poner en marcha el proyecto, que era que los alemanes constituirían un peligro, me involucró en un proceso que trataba de desarrollar este primer sistema en Princeton y luego en Los Álamos; que trataba de hacer que la bomba funcionase [...] Y una vez que uno ha decidido hacer un proyecto como éste, sigue trabajando para conseguir el éxito. Pero lo que yo hice -diría que de forma inmoral- fue olvidar la razón por la que dije que iba a hacerlo; y así, cuando la derrota de Alemania acabó con el motivo original, no se me pasó por la cabeza nada de esto, que este cambio significaba que tenía que reconsiderar si iba a continuar en ella. *Simplemente no lo pensé*

Al recordar lo sucedido el 6 de agosto de 1945, el día en el que la bomba arrasó Hiroshima y sus pobladores, el físico añadía:

(...) La única reacción que recuerdo -quizá yo estaba cegado por mi propia reacción- fue una euforia y una excitación muy grandes. Había fiestas y gente que bebía para celebrarlo. Era un contraste tremadamente interesante; *lo que estaba pasando en Los Álamos y lo que al mismo tiempo pasaba en Hiroshima*. Yo estaba envuelto en esta juerga, bebiendo también y tocando borracho un tambor sentado en el capó de un jeep; tocando el tambor con excitación mientras recorriámos Los Álamos al mismo tiempo que había gente muriendo y luchando en Hiroshima.

Primer movimiento: perspectiva del triunfador. Silencio. Un año después del lanzamiento, John Hersey narró la historia, en estilo alejado de todo sensacionalismo y emotivismo descontrolado, la historia de seis sobrevivientes -Hatsuyo Nakamura, el doctor Sasaki, el padre jesuita Kleinsorge, Toshiko Sasaki, doctor Fujii y Kiyoshi Tanimoto- antes, inmediatamente después y en los meses siguientes a la (¿cómo llamarlo?) catástrofe (¿por qué no genocidio?). De hecho, "sobrevivientes" no es palabra adecuada. Los japoneses tendían a evitarla, cuenta Hersey, "porque concentrarse demasiado en el hecho de estar con vida podía sugerir una ofensa a los sagrados muertos" (p.114). Las personas a las que pertenecían los seis protagonistas de *Hiroshima* eran llamados "hibakusha" (literalmente: "personas afectadas por una explosión").

La narración de estos momentos iniciales, en los que los afectados desconocen en gran medida las características y dimensión de lo sucedido, es el núcleo central de *Hiroshima*. Publicado primeramente en *The New Yorker* en forma de artículo, pronto se convirtió en un texto de referencia para el periodismo de investigación veraz y en un clásico de la literatura de guerra. Arcadi Espada ha señalado (*El País*, 4.1.2002) que la Universidad de New

York eligió en 2000 los *Top 100 of Century* del periodismo estadounidense: "toda la incertidumbre era saber qué libro ocuparía el segundo lugar".

Hiroshima es una narración austera, estructurada, originalmente, en cuatro capítulos: I. Un resplandor silencioso. II. El fuego. III. Los detalles están siendo investigados. IV Matricaria y mijo salvaje. Cuarenta años después, el autor volvió al escenario y añadió un último e imprescindible capítulo: "Las secuelas de la catástrofe"(pp. 113-184), casi la mitad del libro actual.

El estilo objetivista, naturalista, austero, sin añadidos rosáceos o treméndistas, que singulariza *Hiroshima* puede ser ejemplificado con el paso siguiente:

(...) Después de la explosión, la señora Hatsuyo Nakamura, la viuda del sastre, salió con gran esfuerzo de entre las ruinas de su casa, y al ver a Myeko, la menor de sus tres hijos, enterrada hasta el pecho e incapaz de moverse, se arrastró entre los escombros y empezó a tirar la maderos y a arrojar baldosas en un esfuerzo por liberar a la niña. Entonces escuchó dos voces pequeñas que parecían venir de cavernas profundas: "*Tasukete! Tasukete!*" ¡Auxilio! ¡Auxilio!". Pronunció los nombres de su hijo de diez años, de su hija de ocho: "¡Toshio! ¡Yaeko!". Las voces que venían de abajo respondieron (p. 28)

El autor, John Hersey nacido en Tientsin (China) en 1914, de ascendencia americana, regresó con su familia a EEUU en 1925. Fue durante la II Guerra Mundial corresponsal de guerra para la revista *Time*. En 1954 ganó el Pulitzer por su primera novela *Una campana para Adano* (1954). Otros de sus reconocidos reportajes, no siempre con el estilo "objetivista" de *Hiroshima*, fueron *Joe ya está en casa* (1944) o *El incidente del motel Algano* (1968).

La traducción castellana de *Hiroshima* parece en general correcta pero hay pasos curiosos de sintaxis netamente singular. Un ejemplo: "(...) Viajó deprisa a Hiroshima. El coche de Yasuo *había sido chocado por* una patrulla policial..." (p. 149).

Hersey murió en 1993. Tras la publicación de este trabajo, se convirtió en un documentando y tenaz crítico y activista contrario a las armas nucleares. Paradoja de paradojas: diez años después de su fallecimiento, el único país del mundo que ha lanzado dos bombas atómicas de destrucción masiva sobre población civil y que ha reconocido los "efectos colaterales" de las radiaciones de la bomba de hidrógeno ensayada en Bikini en 1954 (radiaciones en los 23 tripulantes del barco de pesca "Dragón con suerte nº 5") está organizando, con zafias excusas de colegial pueril e innoble, un enfrentamiento bélico de consecuencias incalculables contra un país acusado, sin pruebas contrastadas, de poseer y fabricar armas de "destrucción masiva". Eso sí, con ruido, con abyerto ruido de fondo de sables y de

oleoductos insaciables. Existen antecedentes de la insensibilidad Imperial: Norman Cousins, editor de *The Saturday Review of Literature*, inicialmente con el apoyo escéptico de Kiyoshi Tanimoto, uno de los seis protagonistas de *Hiroshima*, aspiraba a que una petición internacional en apoyo de los Federalistas Unidos del Mundo, partidarios de un gobierno mundial, fuera presentada al mismísimo presidente que había ordenado arrojar las bombas. En poco tiempo, unas 110.000 firmas fueron recogidas en la ciudad. Después de visitar un orfanato de Hiroshima, Cousins añadió otra idea más a su proyecto: la “adopción moral” de huérfanos de Hiroshima por parte de ciudadanos usamericanos, que enviarían apoyo económico para los niños. Se recogieron firmas federalistas también en USA, se recabaron y consiguieron apoyos económicos y Cousins invitó a Tanimoto a formar parte de la delegación que iba a presentar la propuesta al presidente de la bomba. ¿Es necesario recordar que Truman se negó siempre a recibir a los peticionarios y rehusó aceptar la petición?

3. Las razones de una disidencia.

Edward W. Said, *Crónicas palestinas. Árabes e israelíes ante el nuevo milenio*. Grijalbo (Arena abierta), Barcelona 2001. Traducción de Francisco Ramos [*The End of the peace Process*, Pantheon Books, Nueva York, 2000]. Edición a cargo de Alfonso Carlos Bolado. 316 páginas

Aunque no suelen ser muy citados ni comentados, los datos de la situación nos son familiares. Éstos son algunos de ellos: 1. El 15 de mayo 1948, tras el fin del mandato británico y la proclamación del Estado de Israel, fueron expulsados de Palestina unas 750.000 personas que se convirtieron en refugiados (hoy son unos 4 millones). Atrás quedaron unos 120.000 palestinos que posteriormente se convirtieron en "ciudadanos" israelíes. Suman actualmente un millón, en torno al 18% de la población de Israel. A pesar de ello, nunca han llegado a ser ciudadanos de pleno derecho. 2. Hay hoy 2,5 millones de palestinos más, sin soberanía real (sea cual sea la acepción de "soberanía" que pueda manejarse) en Gaza y Cisjordania. 3. Israel es el único estado del mundo que, además de tener legalizada la tortura como método policial, no es propiamente el estado de sus ciudadanos reales sino de "todo el pueblo judío". Sin constitución, Israel está gobernada por unas Leyes básicas. Una de ellas, la ley de Retorno, hace posible que cualquier judío de cualquier lugar del mundo pueda emigrar a Israel y convertirse en ciudadano con plenos derechos, mientras que, como decíamos, los palestinos autóctonos carecen de ellos en su totalidad. 4. El 93% del territorio del estado de Israel se considera tierra judía de forma tal que ningún no judío puede arrendarla, comprarla o venderla. Antes de 1948, la comunidad judía de Palestina poseía sólo el 6% de la tierra. Después del forzado exilio de los palestinos en 1948, en virtud de la Ley de Propiedad de los Ausentes (y otras leyes afines), sus propiedades pasaron a ser legalmente tierras judías. 5. Entre 1948 y 1966 los israelíes palestinos fueron gobernados por ordenanzas militares. Después de ese período, se ha desarrollado un régimen orientado a mantener a la minoría palestina israelí segregada, discriminada y constantemente desfavorecida. Los tribunales de justicia israelíes, por ejemplo, desde 1948, han desestimado todos los casos relacionados con los derechos palestinos y nunca han incluido una sentencia positiva en relación con la protección de los derechos de los grupos árabes. 6. Después de 1967, después de la guerra de los seis días, la ocupación de Gaza, Cisjordania y Jerusalén oriental produjo un régimen civil y militar para los palestinos cuyo objetivo era, nuevamente, su sumisión y su dominio, una extensión geográfica de lo que ya ocurría en el propio Estado de Israel.

No hay que olvidar, por otra parte, que los que establecieron, a partir de 1967, asentamientos y anexionaron Jerusalén no fueron los partidos de derechas, tipo Likud, sino el mismísimo partido Laborista de Peres y Barak.

La promulgación de centenares de leyes de ocupantes contravino directamente la declaración universal de los derechos humanos, las convenciones de Ginebra (expropiaciones masivas de tierras, demoliciones de viviendas, desplazamientos forzados de la población, torturas, asesinatos, cierres de escuelas y universidades). Más aún: "los asentamientos ilegales (...) siguieron extendiéndose en la medida en que cada vez más tierras árabes se sometían a la limpieza étnica con el fin de acomodar a las poblaciones judías de Rusia, Etiopía, Canadá y Estados Unidos, entre otros lugares" (p.183).

Estas son, pues, algunos de los datos básicos del problema al que se enfrenta Edward W. Said en estas *Crónicas palestinas* (CP). Su autor nació en Jerusalén, en 1935, vive desde 1951 en EEUU y fue miembro del Consejo Nacional de Palestina entre 1977 y 1991, año en el que se le diagnosticó una grave enfermedad. Entre sus numerosas y reconocidas publicaciones cabe destacar *Orientalismo* (traducido a más de 20 idiomas), *Cultura e imperialismo, Gaza y Jericó. Pax americana o Paz sin territorios*.

CP está compuesta de una sucinta cronología (elaborada por el editor español), por una reciente "Introducción" de Said (pp.17-31) y por 33 ensayos publicados, salvo alguna excepción, en la revista *Cairo al-Ahram Weekly* y en el periódico londinense *al-Hayat*, editado en árabe, entre 1995 y 2001. Varios de estos artículos han sido traducidos y publicados en *Le Monde Diplomatique*, *The Guardian*, *The Progressive* o *El País*. No hay duda de que la intersección entre algunos de estos trabajos no es vacía y que las cuestiones tratadas, en alguna ocasión, permiten variaciones no muy diferenciadas. A pesar de este inevitable inconveniente, difícilmente el interés del lector va a decaer.

Si se desconocen otras aportaciones del autor sobre este tema o sus usuales puntos de vista , tal vez sea recomendable el inicio de la lectura de estas CP por el ensayo, publicado originalmente en *London Review of Books*, "Palestinos asediados" (pp. 268-294). Los mapas de las páginas 282-285 que acompañan a este trabajo son básicos para entender algunas de las argumentaciones de Said y su posición básica respecto de los acuerdos de Oslo.

Con CP, Said pretende combatir políticamente en dos frentes principales: por un parte, acumulando razones contra la ocupación y la política segregacionista del estado de Israel (el apartheid israelí lo llama en ocasiones), oposición que no implica, más bien todo lo contrario, negar alianzas con sectores sociales israelíes sensibles a la situación de la ciudadanía palestina, y, en segundo lugar y como punto básico, oponerse radical y argumentadamente a la línea política seguida por la Autoridad Palestina a partir de los acuerdos de Oslo y sus desarrollos posteriores, acuerdos firmados inicialmente por Arafat y Rabin en Washington en 1993, en virtud de los cuales ambas partes se reconocen recíprocamente y se

establecen unos pasos provisionales de autogobierno palestino, que Said considera como "una suerte de gobierno de Vichy para los palestinos" y del que señala "a largo plazo, Yasir Arafat y su pequeña camarilla de partidarios pueden ofrecer muy poca resistencia a la apisonadora estadounidense-israelí, aunque, evidentemente, la auténtica autodeterminación palestina -en el sentido de que el pueblo palestino disfrute de una genuina libertad- se verá pospuesta una vez más" (p.18). No hay duda de que para Said el gobierno dirigido por Arafat es un gobierno no sólo antidemocrático sino netamente corrupto y despótico: en un informe publicado por los propios auditores internos de Arafat, se afirma que "el 40% del presupuesto de la autoridad se ha desperdiciado o usado indebidamente" (p.125)

La posición crítica de Said puede, inicialmente, valorarse como radicalmente utópica o como fácil o ingenuamente izquierdista pero una lectura atenta de CP impide un juicio tan errado. La mayoría de los presupuestos políticos y de las tesis defendidas en su análisis son tan sensatos como los siguientes:

1. La solución al llamado "problema palestino" no puede tener sino una vía pacífica de resolución. La correlación de fuerzas militares y el papel de Israel en la política internacional impiden, más allá de otras consideraciones de carácter ético, cualquier posibilidad de victoria militar.

2. El bello oasis presentado en los diversos medios de (de)formación de conciencias, describiendo un maravilloso progreso hacia la paz en Oriente Próximo, "se ve desmentido y refutado por el empeoramiento de la situación en la zona, especialmente en lo que se refiere a los palestinos" (p. 33).

3. Sin perder el horizonte de la meta deseada, Said no se opone, por principio, a pactos intermedios que permitan avanzar. Su criterio podía ser expuesto así: se admitirán pactos o situaciones intermedias si y sólo si preservan la unidad palestina.

4. Hamás y Yihad islámica, en cuanto formas insurreccionales de oposición a la ocupación israelí, deben ser neutralizadas con más justicia y libertad y no con más represión o con la complicidad del estado de Israel.

5. Uno de los efectos de los acuerdos de Oslo es la sustitución de un amplio movimiento social de envergadura por un nacionalismo de corto alcance. Con ello se pretende "despolitizar a la sociedad palestina y situarla de lleno dentro de la corriente predominante de la globalización al estilo norteamericano, donde le mercado es el rey y todo lo demás resulta irrelevante o marginal" (p. 28).

6. La verdadera característica del combate palestino es, para Said, el de ser una lucha laica para ser miembro, de pleno derecho, en el mundo moderno de las naciones, del que se excluyó a Palestina muchos años atrás. "No se trata de regresar al pasado, ni de establecer una pequeña entidad localista cuyo principal objetivo sea dar al mundo otra compañía aérea, o otra burocracia, o una hermosa colección de vistosos sellos de correos" (p.30).

Hay una matizada e interesante corrección en esta consideración como puede observarse en el punto 10.

7. Durante el llamado proceso de paz, Israel ha seguido manteniendo una política netamente ofensiva. Mientras la autoridad palestina se muestra cordial con el estado de Israel, "este país ha proseguido su iniciativa de incrementar el tamaño -añadiendo nuevas tierras- de la Jerusalén anexionada, así como de los asentamientos de Cisjordania y Gaza" (p.37). Estos últimos constitúan ya en 1995 el 40% de la zona autónoma. En Cisjordania y Jerusalén las tierras confiscadas alcanzan el 75% del total. Desde 1993 (fecha de los primeros acuerdos de Oslo) hasta enero de 1995, Israel ha realizado 96 intervenciones ocupacionales que resulta difícil poder ver como pacíficas o enmarcables en el iniciado supuesto proceso de paz.

8. Para Said, el principal efecto de los acuerdos de Oslo II o de Taba, que supuestamente tenían la aspiración de ampliar la autonomía palestina, es "que proporcionan a la Autoridad Palestina los adornos y accesorios del gobierno sin su realidad. Arafat y su gente gobiernan un reino de ilusiones, mientras Israel conserva firmemente el mando" (p. 42). Bajo el nuevo acuerdo, por ejemplo, cualquier ciudad de Cisjordania se puede bloquear a voluntad y toda actividad comercial entre sus zonas autónomas y Gaza se halla en manos israelíes. El proceso es tan complicado que "resulta más barato importar tomates de España que de Gaza" (p. 43).

9. Said considera que Israel no puede desear nada mejor que un líder como Arafat quien lo concede todo con tal de "salvar su propia piel y quien desde 1982 apenas ha tenido valor para luchar o siquiera sufrir por los derechos de su pueblo" (p. 60). Los últimos acontecimientos de julio de 2001, con la pretensión del gobierno de Sharon, asesorado por sus servicios secretos, de conseguir la dimisión de Arafat, parecen corregir algo a Said en este punto. El Likud no se conforma con casi todo, lo quiere todo.

10. La crisis actual es, en opinión de Said, un indicio del final de la solución de los dos estados. "Israelíes y palestinos están demasiado interrelacionados entre sí, en su historia, su experiencia y su actividad para separarlos" (p. 78). El reto consiste, prosigue Said, en encontrar una forma política de coexistencia, no en tanto judíos, musulmanes y cristianos en conflicto, sino como ciudadanos iguales en la misma tierra. Para ello, "si en el futuro queremos ser rigurosos en lo que se refiere a la sociedad israelí, obviamente debemos ser igualmente rigurosos y honestos respecto a nosotros mismos" (p. 88).

Existe una ceguera básica en la conciencia israelí que, según Said, la OLP fomentó aún más, "en lugar de obligar al sionismo a responsabilizarse de sus crímenes contra todo un pueblo. Nunca puede haber paz entre los árabes palestinos y los judíos israelíes (y sus numerosos partidarios en la diáspora) en tanto no se reconozca públicamente por parte de Israel la desposesión y la continua opresión del pueblo palestino como una cuestión

de política de estado” (p.113). Said señala que pocos palestinos quieren recuperar todo lo perdido en 1948, pero, en cambio, “sí deseamos que se reconozca en alguna medida que lo perdimos, así como el papel de Israel en esa desposesión masiva, en la que tantos de los nuevos historiadores israelíes han ahondado con valor y constancia” (p.134). Cualquier otra perspectiva es hacer del Estado de un pueblo que fue víctima de la mayor ignominia causante de otras víctimas y de otras abyecciones. Said advierte a este respecto, reiteradamente, contra todo tipo de antisemitismo y contra toda simpatía por el revisionismo histórico sobre los campos de exterminio nazis.

11. Finalmente cabe destacar el papel jugado por Estados Unidos, especialmente con gobiernos dirigidos por el partido demócrata, en el conflicto. Desde 1967, el Imperio ha desembolsado más de 200.000 millones dólares en ayuda económica y militar incondicional a Israel, al tiempo que, al igual que el Reino Unido, “ofrece un total apoyo político que permite a Israel hacer lo que le plazca” (p. 291). El equipamiento militar que va a parar directamente a Gaza y Cisjordania para permitir el asesinato de palestinos es facilitado a Israel por el Reino Unido. No se conoce alteración o corrección sustancial de esta política por parte del gobierno Blair.

Es difícil encontrar puntos de desacuerdo con las tesis defendidas por Said pero, haciendo un esfuerzo tal vez innecesario, pueden apuntarse las siguientes inesenciales puntualizaciones:

1. No parece claro que los partidos liberales de Occidente que, sin duda, están dormidos plácidamente en el caso palestino, estuvieran despiertos en otras situaciones citadas por el autor. No conozco ningún partido liberal europeo que apoyara la causa sandinista, como mínimo, en todo su desarrollo histórico. Tal vez con el término “liberal”, Said (o el traductor) quiera referirse a los liberales usamericanos (pienso en Alan Sokal, por ejemplo) que, en muchos casos, estarían a la izquierda de la socialdemocracia europea.

2. No acaba de verse clara la distinción que el autor establece entre el político y el intelectual. Said parece aceptar aquí una forma de pensar un tanto clásica. No hay por qué creer que él sea un intelectual, no político, y que Ariel Sharon sea, él sí, un político, probablemente criminal y con asuntos pendientes en el tribunal internacional de La Haya.

3. Said se muestra, con poderosas y numerosas razones, muy crítico respecto a la política seguida por el partido Laborista y escribe en alguna ocasión que es “curiosamente miembro de la Internacional Socialista”. Cabe interrogarse sobre esta curiosidad: dadas muchas otras actuaciones de organizaciones pertenecientes a esta curiosa Internacional, ¿por qué tan “curiosamente”? ¿De verdad es tan inconsistente la presencia del partido Laborista de Peres o Barak en esta organización?

Debe ser cuestión ya aceptada la posible variación del título de un libro por parte de la editorial o del mismo traductor. Si es así, por principio de realidad, admitámoslo, pero es indudable que el título original inglés del libro de Said (*The End of the peace Process*) era mucho más directo para reflejar el hilo conductor de los ensayos recogidos en estas *Crónicas Palestinas* que, ante todo, son crónicas que muestran una neta disidencia respecto a la política seguida en estos últimos años por la Autoridad Palestina y que intentan dar por finalizado este supuesto proceso de paz.

En otra reciente publicación autobiográfica, *Fuera de lugar* (Out of place), Said comenta que:

A veces me siento como un torbellino de corrientes encontradas que en su mejor expresión no requieren conciliación y armonía. Puede que esas corrientes estén fuera de lugar, pero al menos están siempre en movimiento.

Agradecemos a quien corresponda que este dinámico torbellino, no siempre armónico y conciliado, dé de sí ensayos tan armónicos, tan bien construidos y fundamentados como los treinta y tres que componen estas excelentes crónicas palestinas

Por ejemplo, muchos filósofos de la ciencia y científicos hablan del “principio de inercia” de Galileo y, por consiguiente, hacen una afirmación pseudo-galileana, post-newtoniana, que nunca hubiera podido ser obra de Galileo y que ni siquiera podría ser una paráfrasis. Por ejemplo, tales presentaciones supuestamente galileanas comienzan estableciendo la condición de que un cuerpo en movimiento inercial se aleja de otros cuerpos; esto supone que estos otros cuerpos puedan haber ejercido su influencia sobre el cuerpo en cuestión, cuando Galileo rechazó de manera explícita la posibilidad de una atracción semejante e incluso criticó a Kepler (en el *Diálogo* acerca de los dos grandes sistemas del mundo) por suponer que la luna puede ejercer su influencia sobre el mar y ocasionar las mareas.

I. Bernard Cohen, “La historia y el filosofía de la ciencia”

En una conferencia de física de las altas energías celebradas en 1962 se presentaron datos en el sentido de que mesones K neutros y sus antipartículas pueden degradarse, unos y otras, en un mesón pi positivo, un electrón y un neutrino. De ser verdad, eso derribaba una teoría de las interacciones débiles -el modelo “corriente-corriente”- que había servido como base de muchos éxitos en otros contextos. Recuerdo que Murray Gell-Mann se levantó e indicó a los reunidos que, puesto que esos experimentos no concordaban con la teoría, estaban probablemente equivocados. La siguiente generación de experimentos mostró que así era, efectivamente.

Me doy cuenta de que el lector puede pensar que los científicos teóricos de esos ejemplos no eran sino personas de mollera cerrada y con mucha suerte, pero es que no hay científico lo suficientemente despierto como para perseguir los centenares de indicios que apuntan en centenares de direcciones divergentes de las teorías existentes...Lo que tiene que hacer un científico es estar abierto a los nuevos datos que se pueden integrar en una nueva teoría amplia y fichar el resto”.

Steven Weinberg, “Reflections of a Working Scientist”

1. Historia de la ciencia

2.

1. Religión e instituciones religiosas versus ciencia.

Antonio Beltrán, *Galileo, ciencia y religión*, Paidós, Barcelona 2001. 320 páginas.

Permanecerá, sin duda, en lugar destacado de la historia universal de la infamia. Galileo, viejo y casi ciego, obligado a abjurar de su copernicanismo y a convertirse en un delator, arrodillado, frente a los miembros de la Santísima Inquisición, y leyendo un texto que merece ser reproducido una y mil veces:

Yo, Galileo Galilei, hijo del difunto Vincenzo Galileo de Florencia, a los setenta años de mi edad, constituido personalmente en juicio y arrodillado ante vos, eminentísimos y reverendísimos cardenales, Inquisidores generales en toda la República Cristiana contra la herética maldad; teniendo ante mis ojos los sacrosantos Evangelios, los cuales toco con mis propias manos, juro que siempre he creído, creo ahora y con la ayuda de Dios, creeré en el futuro todo aquello que sostiene, predica y enseña la Santa Católica y Apostólica Iglesia. Pero como por este Santo Oficio, luego de haberme sido jurídicamente intimado con precepto del mismo que debía abandonar totalmente la falsa opinión de que el Sol es el centro del mundo y no se mueve y que la Tierra no es el centro del mundo y se mueve, y que no sostuviera, defendiera ni enseñara de ninguna manera, ni de viva voz ni por escrito, dicha falsa doctrina, y tras haberme notificado que dicha doctrina es contraria a la Sagrada Escritura, he escrito y dado a la estampa un libro en el cual trato la misma doctrina ya condenada y aporto razones con mucha eficacia en favor de ella, sin aportar ninguna solución, he sido juzgado como vehementemente sospechoso de herejía, es decir, de haber sostenido y creído que el Sol es el centro del mundo e inmóvil, y que la Tierra no es el centro del mundo y se mueve.

Por tanto, queriendo yo quitar de la mente de Vuestras Eminencias y de todo fiel cristiano esa vehementemente sospecha, justamente concebida sobre mí, con corazón sincero y fe no fingida abjuro y maldigo y detesto dichos errores y herejías, y en general cualquier otro error, herejía o secta contra la Santa Iglesia; y juro que en el futuro no diré nunca más ni afirmaré de viva voz o por escrito cosas tales por las cuales se puede tener de mí semejante sospecha; y si conociera algún hereje o sospechoso de herejía lo denunciaré a este Santo Oficio, o al Inquisidor u Ordinario del lugar en que me encuentre

Yo, Galileo Galilei, antedicho, he abjurado, jurado, prometido y me he obligado como queda dicho; y en fe de la verdad, con mi propia mano he firmado la presente cédula de abjuración y la he recitado palabra por palabra en Roma, en el convento de la Minerva, este día 22 de junio de 1633. Yo, Galileo Galilei, he abjurado como queda dicho, de mi propia mano.

A él, a su figura y a su obra, está dedicado este *Galileo, ciencia y religión* (GCR). Su autor, Antonio Beltrán Marí, no sólo es un docto verdiano con exquisitas veleidades mozartianas, sino que es, además, un excelente profesor de historia de la ciencia de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona, cuyos intereses básicos se sitúan, por una parte, en su destacada faceta de historiador, en las épocas de la revolución científica y de la Ilustración y, en el ámbito de la filosofía de la ciencia, en el estudio detallado de la obra del historiador Thomas S. Kuhn. Beltrán prepara, en la actualidad, una larga monografía sobre las relaciones entre Galileo y la Iglesia.

GCR está formado por siete artículos que, como el autor señala en el prefacio, "se pueden leer con independencia unos de otros". El primero de los trabajos reunidos ("La física aristotélica"), el único que no está directamente dedicado a la obra galileana, podría considerarse como una base desde la cual captar mejor el cambio conceptual que significó la revolución conceptual de la física galileana. "Aborda explícitamente una cuestión casi constante a lo largo del libro: la imbricación entre la historia o la tarea de historiar y el historiador, entre lo sucedido y lo contado, entre lo que hay y lo que se ve y dice" (p. 11). De esta forma, sabremos que el libro titulado *Física* y atribuido normalmente a Aristóteles no existía antes del siglo XV y que, además, el manuscrito aristotélico no sólo no ha llegado hasta nosotros, sino que hace ya muchos siglos que tal manuscrito original no existe: "se dispone de varias familias de copias totales o parciales del texto de la Física, el más antiguo de los cuales nos retrotrae sólo hasta el siglo X d.C", copias de los textos de Aristóteles entre las que, obviamente, hay netas diferencias.

No sólo eso. Los asuntos tratados en la *Física* del Filósofo son muy diversos de los que contendría un manual de física en la actualidad. Aristóteles discute asuntos centrales que habían surgido en la filosofía de la naturaleza. En Parménides, por ejemplo, o con Zenón y sus aporías. ¿Por qué entonces hablamos de *física* aristotélica? Porque las leyes del movimiento, que ocuparon especialmente a Galileo y a Newton, "fueron cobrando una autonomía que nos permiten hablar de la física de Aristóteles también en este sentido". Beltrán apunta entonces una inquietud didáctica, en el mejor de los sentidos del término, que recorre las páginas de GCR: "Los estudiosos conocen bien estas cosas, pero ahora sé que a mí, cuando era estudiante, me hubiera gustado que alguien me las explicara y por eso yo intento hacerlo en este texto mediante una triple aproximación a la *Física* de Aristóteles" (p.12).

El segundo capítulo de GCR ("Galileo. Un diálogo para la historia") fue escrito en 1997 y constituye la introducción a la cuidada y ejemplar edición castellana, a cargo de Beltrán, del *Diálogo sobre dos máximos sistemas del*

mundo ptolemaico y copernicano. Este trabajo "proporciona una panorámica suficiente de la biografía intelectual de Galileo para ubicar los temas más puntuales de la obra y vida de Galileo que se abordan en los siguientes artículos" (p. 12). Aquí, el lector puede encontrar, por ejemplo, una excelente discusión en torno al uso de la experiencia en la argumentación científica (p.70 ss) y a la tesis de que "la mera observación no incluye todo lo relevante", a propósito de la polémica sobre la estaticidad de la Tierra.

El tercero de los ensayos recogidos ("¿Flujo y reflujo conceptual? Galileo y los paradigmas") fue presentado, como comunicación, en el 18º Congreso Internacional de Historia de las ciencias, celebrado en Montreal en 1995. Se compone de dos partes: la primera es un resumen de un apartado de la Introducción a su edición del *Diálogo sobre los dos máximos sistemas*, y, en una segunda parte, de contenido más historiográfico y metodológico, Beltrán argumenta y sitúa la curiosa fluctuación científica de Galileo entre las antiguas tesis de la filosofía de la naturaleza y las nuevas posiciones que él mismo ha introducido y defendido en su propia obra. De este modo, Galileo siguió atrapado por la fascinación que el movimiento circular ejerció sobre los cosmólogos y astrónomos hasta que Kepler, tras titánica y admirable lucha, lo sustituyó por la trayectoria elíptica de los planetas. De hecho, como apunta el propio Beltrán, "la distancia entre Galileo y Newton en muchos puntos permite plantear el problema de la aplicabilidad del concepto de paradigma de Kuhn a la obra de Galileo en particular y a la revolución científica en general" (p. 15).

En este capítulo podrá también hallarse una interesante discusión sobre la noción kuhniiana de paradigma (pp.116-128) y las críticas vertidas contra esta categoría dada su innegable polisemia. Beltrán resume así su posición: "creo que los filósofos de la ciencia, en especial los formalistas han tendido a dar por sentadas las identificaciones univocidad-claridad y polisemiaconfusión en sus críticas al concepto de paradigma. Pero desde el punto de vista del historiador esa polisemia puede ser vista como riqueza de significado" (p. 126).

El resto de los trabajos que componen GCR mantienen una unidad innegable y están escritos en el marco de una investigación más general del autor sobre el "caso Galileo", sobre las relaciones entre Galileo y la Iglesia.

El primero de estos trabajos, el capítulo cuarto del libro ("El problema del precepto del 26 de febrero de 1616. Documentos, reconstrucciones y apología") se centra en un punto central de la acusación de la Iglesia contra Galileo: tal acusación no tiene relación directa con el *Diálogo* publicado en 1630, sino con su desobediencia al precepto, promulgado por la Inquisición en 1616, según el cual Galileo "ni podía sostener, enseñar o defender de ningún modo, verbalmente o por escrito" el copernicanismo. Empero, él publicó el *Diálogo* y con eso desobedeció la orden.

La cuestión histórica en debate se sitúa en el punto siguiente: el documento que da fe de este precepto contra Galileo presenta numerosos problemas, "tanto internos como de coherencia, con los otros documentos que hacen referencia al asunto" (p.14). Lo sucedido en casa del cardenal Bellarmino aquel 26 de febrero de 1616 ha sido discutido incesantemente. En 1984, en el ámbito del trabajo de la comisión de estudio nombrada por el inefable Juan Pablo II en julio de 1981, se publicó un documento, hasta entonces inédito, que ha sido presentado como decisivo para aclarar lo sucedido. Beltrán apunta buenas razones para defender que el asunto no pueda quedar zanjado "y más bien tenemos razones para pensar que esta polémica se da a pesar de los documentos y no sólo sobre la base a lo documentos, por lo que no parece que vaya a acabarse la discusión" (p.15). La propia posición del autor queda explicitada en la parte final de su trabajo: "(...) parece, por tanto bastante razonable considerar de nuevo la hipótesis de que la intimación del precepto a Galileo en 1616 no tuvo lugar nunca y que el documento se creó fraudulentamente no en 1616 sino más tarde, en 1632-1633, cuando venía a solucionar los problemas más espinosos a los que se enfrentaban el papa y la Iglesia en el proceso a Galileo" (p.170). En definitiva, que la Santísima Iglesia, no siempre santa, no se anduvo con chiquitas y elaboró un documento *ad hoc* para la condena.

El quinto trabajo ("El diálogo sobre los máximos sistemas del mundo de Galileo. Génesis y problemas") permite ver, por un parte, los avatares a los que se vio sometida la redacción de esta obra central de la historia de la ciencia y, por otra, la permanencia y estabilidad de sus tesis centrales. En opinión de Beltrán, "en el caso de Galileo, las ideas científicas y los argumentos eran lo fundamental. Éste no es el caso de los enemigos que consiguieron su condena y la de su obra" (p.16).

El sexto artículo ("Una reflexión serena objetiva'. Galileo y el intento de autorrehabilitación de la Iglesia católica") es producto, según manifiesta el autor, de la reacción a la lectura de dos textos de Walter Brandmüller, "el apologeta más fanático de la actualidad" (p.16). La lectura de sus trabajos puede producir, en opinión de Beltrán, un sarpullido moral e intelectual. En el marco de la comisión de estudios galileanos nombrada por el papado, Brandmüller fue encargado, junto con Greipl, de la edición de los documentos inquisitoriales de 1820-1823. La opinión de Beltrán sobre el hacer intelectual del apologeta queda señalada del modo siguiente. "Pero, en sus textos, Brandmüller no analiza nunca mínimamente ni un solo argumento teórico. Da o quita la razón con rotundidad, pero las razones no parecen importarle mucho" (p. 224), especialmente en su ensayo *Galileo y la Iglesia*. En cuanto a la manipulación historiográfica Beltrán señala que "(...) a estas alturas, la manipulación ha alcanzado tal nivel que los decretos inquisitoriales de 1616 y 1633, condenando el copernicanismo y a Galileo, han adquirido el mismo estatus polisémico y político que los textos de las Sagradas Escrituras.

Es decir, dicen simple y llanamente lo que la Iglesia católica quiere que digan; independientemente de lo que digan, naturalmente" (p.237). De este modo, Brandmüller concluye en uno de sus trabajos que el héroe de esta historia, el padre Olivieri, comisario del Santo Oficio, partidario de autorizar el copernicanismo en las primeras décadas del siglo XIX, había mostrado una gran erudición y sagacidad, consiguiendo demostrar (idemostar!) que la Santa Sede censuró el heliocentrismo en 1616 por motivos tan válidos como los usados para aceptarlo en 1820. Beltrán señala, con fino humor, que éste es, sin duda, "el tipo de logro que sólo la Iglesia es capaz de conseguir" (p. 271).

En el último trabajo, tal vez el central de GCR ("Ciencia y religión. Una conversación entre creyentes"), se examina histórica y analíticamente la opinión sobre el conflicto y el diálogo entre ciencia y religión. La posición del autor sobre este espinoso y delicado tema puede resumirse así:

1. La tesis de que existe diálogo entre ciencia y religión tiene hoy excelente prensa, afirmándose casi como un lugar común.
2. Es, sin duda, un desideratum expresado entusiásticamente por numerosos religiosos (no por todos) y por algunos miembros de las comunidades científicas.

3.Tal proclama reiterada se acaba convirtiendo en ilustración o concreción del supuesto diálogo que se defiende.

4. Pero, aquí Beltrán, "es difícil encontrar otro tipo de ejemplo de este diálogo en cualquiera de los sentidos usuales del término. Naturalmente, también el sentido en que se entiende "ciencia" y "religión" resulta crucial en este tema. Pero no se trata simplemente de una cuestión de semántica. *Una de las conclusiones básicas del texto es que lo que se da en realidad es un diálogo entre creyentes, pero no entre ciencia y religión*" (p.17). (la cursiva es mía). Tanto el análisis lógico como el estudio histórico del tema le llevan al autor a defender la "impopular" e ilustrada tesis de que ha existido, existe y existirá un inevitable conflicto entre la ciencia y la religión.

La edición de Paidós, como las otras publicaciones de Paidós Studio, es muy cuidadosa y sin erratas. Tal sólo he sido capaz de detectar una en la p. 20: se habla aquí de la *Fisiké Acroasis*, para más tarde titular "La *Física* de Aristóteles o *Fusiké Acroasis*".

A las varias virtudes del texto, se le puede sumar el detalle que ha tenido Beltrán de abrir cada capítulo con un breve, pero sustancial y significativo poema de *Palabra sobre palabra*, de Ángel González.

No hay duda pues que este GCR, dicho sea en reconocimiento del trabajo de su autor, además de sus virtudes intrínsecas, tiene el interés de llevarnos a la lectura de la obra de Galileo (alguien del que Asimov dijo en alguna ocasión que, junto con Einstein y Darwin, había sido el segundo mayor científico de toda la historia, después de Sir Isaac Newton) y aproximarnos con detalle y argumentación cuidada a uno de los temas

eternos de la discusión filosófica: las relaciones entre la creencia religiosa, y las instituciones que la encarnan, y las teorías científicas.

2. Mujeres de ciencia

María José Casado Ruiz de Lóizaga, *Las damas del laboratorio. Mujeres científicas en la historia*. Debate, Madrid, 2006, 293 páginas. Prólogo de Margarita Salas.

Dava Sobel, *Los planetas*. Anagrama, Barcelona, 2006, traducción de Jaime Zulaika, 221 páginas.

La mayoría de los estudiantes de Ciencias Físicas de la Universidad de Barcelona de inicios de los setenta, incluidas probablemente las mismas estudiantes, dudábamos frecuentemente, a pesar de la inestimable ayuda del joven profesor Wagensberg, de nuestro grado de comprensión del teorema de Noether -un resultado central en física teórica que afirma que a cada simetría continua le corresponde una ley de conservación física y viceversa-, pero no teníamos, en cambio, duda alguna de que el teorema debía su nombre a algún Herrn Noether que lo había descubierto en fecha desconocida. No cabía imaginarnos que su autor, el descubridor de un resultado básico de la big science, de uno de los temas punteros de las ciencias físicas, fuera mujer, fuese científica y que su nombre fuera Emmy Noether, una matemática alemana de origen judío que realizó sus investigaciones en las primeras décadas del siglo XX y que mediante su primera especialización en invariantes algebraicos consiguió demostrar algunos teoremas esenciales para la teoría de la relatividad que permitieron resolver entre otros el problema de la conservación de la energía.

Probablemente la situación sea muy distinta 30 años después y la mayor parte de estudiantes de ciencias físicas conoce que el teorema referenciado está en el haber de Frau Noether, no de Herrn Noether. Pero acaso aun queden restos de aquel naufragio cultural tan persistente, de aquellos prejuicios tan asentados. María José Casado Ruiz de Lóizaga, con *Las damas del laboratorio. Mujeres científicas en la historia*, a pesar de haber decidido no dedicar ningún capítulo específico a la eminente física alemana, pretende ayudar a superar de una vez por todas esta situación de olvido del papel que muchas mujeres, con dificultades casi inimaginables, y desde luego totalmente inadmisibles, han jugado en la historia de las ciencias. A título de simple ejemplificación: si no ando errado, a primera mujer doctora en ciencias fue Sonia Kovaleskaya, en 1874, con una tesis "Sobre la teoría de las ecuaciones en derivadas parciales", conocida actualmente como teorema Cauchy-Kovalevsky. Nadie antes de ella; finales del XIX.

Aunque no todas las científicas que en figuran en el volumen trabajaran o investigaran en laboratorios científicos, *Las damas del laboratorio* se centra en la vida y obra de diez importantes científicas: Hipatia, Émilie de Breteuil, María Andrea Casamayor y de la Coma, la única científica española

incorporada, Mary Somerville, Ada Byron, Sonia Kovaleskaya, Marie Curie, Lise Meitner, Rosalind Franklin y Mary Douglas Leakey. Una sucinta presentación de sus principales aportaciones puede verse en las páginas 26-30 de la introducción.

La bioquímica Margarita Salas, una de nuestras actuales y más reconocidas científicas, señala en el entusiasta y generoso prólogo que ha escrito para la obra que "son muchas las mujeres, aún hoy desconocidas, que han desempeñado un papel relevante en la ciencia, y la referencia a estas mujeres, que tomaron parte en el desarrollo de numerosos especialidades científicas o médicas, data de hace unos cuatro mil años. Pero en la mayoría de los casos han sido mujeres invisibles, mujeres desconocidas" (p. 13). *Las damas del laboratorio* es un ensayo que, sin aportar nuevos descubrimientos en el ámbito de la historia de la ciencia, incluso manteniendo alguna conjeturas historiográficas de alta y discutible tensión, pretende dar a conocer a un público amplio las vidas y aportaciones básicas de estas aún, e injustamente, desconocidas mujeres de ciencia. Lo hace en general de forma correcta, documentada, abusando en alguna copia de "copiar y pegar", usando la bibliografía esencial y conocida de o sobre las autoras estudiadas, si bien en algún caso el detalle biográfico central o secundario (en los capítulos dedicados a Ada Byron y Sonia Kovaleskaya, por ejemplo) es en mi opinión excesivo y poco interesante y alguna referencia a las características físicas de la biografiada son prescindibles por inesenciales. Por lo demás, las referencias al contexto social y a las posiciones políticas algunas biografiadas podían haberse detallado algo más y con algo menos de prudencia cultural. Así, dicho sea desde luego en honor de John Desmond Bernal, es algo tópica este aproximación: "Rosalind [Franklin] admira a Bernal por su inteligencia y talento como investigador, *aunque no comparta sus ideas de comunista militante*. Por otra parte, Bernal no discriminaba a las mujeres, reconocía su trabajo y a su lado podían trabajar y promocionarse" (p. 225).

Pero no sólo hay historiadores o periodistas científicas que vindican su historia por motivos justificadísimos y con razones muy atendibles sino que hay además mujeres que juegan un papel básico en la creación y en la divulgación de la ciencia contemporánea. Éste segundo caso es el caso de Dava Sobel.

Sobel no es sólo la autora de *Longitud* o de *La hija de Galileo*, no sólo ha sido una reconocida periodista científica del *New York Times*, galardonada con el prestigioso Public Service Award del National Science Board, sino que en junio de 2006 alcanzó un privilegio por el que muchos hubiéramos peregrinado tenazmente a las tumbas de Bruno, Galileo o Servet: Sobel fue el único miembro no científico elegido para formar parte del Comité de Definición de los Planetas de la Unión Astronómica Internacional (UAI). El relato de su participación (págs. 185-187), y de lo allí discutido, es magnífico

sin matices y es una excelente manera de empezar a degustar este precioso ensayo centrado además, un tema de rabiosa actualidad porque su actualidad es eterna: la nave Cassini ha enviado recientemente informaciones que han permitido a los científicos (y científicas) señalar que en una de las lunas del planeta de los anillos, en Titán concretamente, de relieve accidentado y temperaturas medias muy frías (-180°C), existen lagunas probablemente de metano líquido y allí debe haber lluvias torrenciales y tormentas. Christophe Sotin (Nantes, Francia) lo ha resumido así: "Por lo que sabemos, sólo hay un cuerpo del sistema planetario que muestre más dinamismo que Titán y su nombre es la Tierra".

Los planetas está estructurado en doce capítulos, dedicados cada uno de ellos, aparte de la introducción, a los planetas de nuestro sistema solar, incluyendo en este debatido término no sólo a la Tierra (Geografía) sino también la Luna (Lunerías), el Sol (Génesis) y, claro está, Plutón (OVNI), que sigue siendo un planeta del sistema a pesar de la reciente discusión y las vacilaciones sobre los atributos del término (y a pesar, y quizás esto es lo peor, de que el oportunista y agente de la CIA Walt Disney se apoderara de su nombre para nombrar *Pluto*, el perro de la historieta cómica que presentó en 1936, el año de nuestra incivil guerra).

La exquisitez e información científica, popular, poética, narrativa, con la que está escrito todo el volumen señala otra vía de superación de aquel viejo y reconocido divorcio entre las dos culturas: no se trata sólo de aceptar de una vez por todas una evidencia tan elemental como que intentar ser culto, e intentar saber a qué atenerse, pasa también por adquirir una información científica básica, sino que es posible divulgar, instruir en temas científicas, de forma enormemente atractiva, con pulsión artística, sin perder rigor. *Los planetas* no sólo es un relato que permite acercarse a un tema científico como éste, presente en la filosofía, en la cultura humana desde siempre, sino que es, además, una narración elegante (con excelente traducción), bien trabada, muy pensada, que ilustra, agrada y commueve a los lectores y donde se usan magistralmente diversos recursos literarios, con algún ligero exceso para mi gusto como en el caso de los numerosos poemas seleccionados.

Además del glosario, algo sucinto, la autora ha tenido la gentileza de incluir un apartado de "Curiosidades". No se lo pierdan. Allá podrán leer, entre otras, la siguiente anécdota: "Durante la Segunda Guerra Mundial, una escuadrilla de pilotos de B-29 confundió el planeta [Venus] con un avión japonés y trató de derribarlo" (p. 200). ¡A Venus!. Afortunadamente, en aquel intento, no lo consiguieron.

3. Anatomía de un asesinato.

Maria Dzielska, *Hipatia de Alejandría*. Madrid, Siruela 2004. Traducción de José Luis López Muñoz, 159 páginas.

No es sorprendente la ausencia de fuentes primarias sobre la vida y muerte de Hipatia. Son escasas y en general indirectas. Es probable que el esoterismo de sus enseñanzas, cultivado por sus discípulos, sea un motivo que no debamos olvidar pero, seguramente, la razón básica es que ya en el siglo V los historiadores cristianos han conseguido primacía y que se avergüencen de escribir sobre la suerte de Hipatia. O peor: que participen también ellos en el encubrimiento y protección de los perpetradores, relacionados con la Iglesia, de un cruel asesinato

Dzielska explica en su nota de agradecimiento de dónde surgió la idea de su ensayo: mientras investigaba la vida y obra de Sinesio de Cirene, discípulo de la matemática alejandrina, la lectura de sus cartas le llenó de admiración por el alma y la inteligencia de Hipatia y sintió la necesidad de saber más sobre aquella “mujer extraordinaria, erudita y filósofa de Alejandría, cuya vida y personalidad espiritual han despertado interés durante muchos siglos”. La autora señala que, mucho antes de los primeros intentos académicos por reconstruir una imagen fiel de Hipatia, su vida había quedado marcada por una leyenda embellecida artísticamente, distorsionada por comprensibles emociones y prejuicios ideológicos, que ha disfrutado de una amplia popularidad durante siglos y que, en sus ejes básicos, podía resumirse del modo siguiente: Hipatia fue una filósofa y matemática pagana, joven y hermosa, que en el año 415 de n. e. fue despedazada, descuartizada, por monjes o, más en general, por fanáticos cristianos en Alejandría dirigidos a corta distancia por el obispo Cirilo (quien, posteriormente, fue designado por la iglesia romana como Santo varón). El asesinato reclama una severa respuesta de los representantes de la justicia. pero nunca se produce. Quienes cometieron el abyerto crimen siguieron impunes.

Esta usual mirada, señala Dzielska, no está basada en fuentes de la época sino en una gran cantidad de documentos literarios e históricos la mayoría de los cuales presentan a Hipatia como víctima inocente del naciente fanatismo cristiano “y su asesinato como señal de la desaparición, junto con los dioses griegos, de la libertad de investigación” (p. 15). La tendencia dominante en la leyenda, la corriente ilustrada o racional, contra la que la autora argumenta o matiza, la presenta como víctima inocente de una nueva religión, fanática y rapaz. Hipatia se ha convertido con ello en símbolo tanto de la libertad sexual como del declinar del paganismo, y de la desaparición del libre pensamiento, de la razón natural y de la libertad de investigación. Dzielska estudia gran parte de estos documentos en el primer capítulo de su ensayo: “La leyenda literaria de Hipatia”. Señala aquí que Hipatia aparece por

vez primera en la literatura europea en el siglo XVIII, "en la época de escepticismo (sic) que se conoce históricamente como la Ilustración", momento en el cual diferentes escritores la utilizan como instrumento en sus polémicas religiosas y filosóficas. John Toland, en 1720, fue el primero de esos autores. Su ensayo causó una gran incomodidad en círculos eclesiásticos y provocó la réplica de Thomas Lewis en un folleto de inolvidable titulado "La historia de Hipatia, una desvergonzadísima maestra de Alejandría. En defensa de San Cirilo y del clero de Alejandría contra las acusaciones del señor Toland". El mismo Voltaire intervino, en el mismo sentido que Toland, con un ensayo sobre Cirilo y el clero de Alejandría, y volvió sobre Hipatia en su *Diccionario filosófico*.

Las tesis centrales defendidas por la autora señalan en la misma dirección que la señalada por Crawford, ya en 1901, o por Rist., mucho después: la causa del asesinato fue más política que religiosa o filosófica. La "plebe cristiana" imaginó que la influencia de Hipatia enconaba el conflicto entre Iglesia y Estado y pensó que, si se la hacía desaparecer, sería posible una reconciliación. Hipatia fue asesinada, pues, no como enemiga de la nueva fe cristiana, sino como supuesto obstáculo para la comodidad terrenal.

Las conclusiones propias de la autora, expuestas en el último capítulo de su estudio (pp. 113-118), pueden resumirse del modo siguiente:

1. Hipatia nace en 355 y no en 370. Cuando muere en 415, tiene ya unos sesenta años. No existe apoyo legítimo para describirla, como se ha hecho, a la hora de su espantosa muerte, como mujer joven y hermosa, capaz de provocar el sadismo y la lujuria de sus asesinos.
2. Hija de Teon, se sabe por Hesiquio de Mileto que mientras su padre escribía comentarios sobre Euclides y Tolomeo, Hipatia se ocupaba de las obras de Apolonio de Pérgamo, de Diofanto y de Tolomeo. Se ha supuesto siempre que sus estudios de estos autores no había sobrevivido pero es probable que las ediciones del *Almagesto* de Tolomeo y de las *Tablas* hayan sido ordenadas y preparadas por ella.
3. Hipatia creó en torno a ella una comunidad filosófica basada en el sistema platónico de las Ideas y en lazos interpersonales. Sus discípulos -Sinesio, entre ellos- llaman "misterios" a los conocimientos que les trasmite su "guía divina". Los mantienen secretos, negándose a compartirlos con personas de rango social inferior a los que consideran incapaces de comprender cuestiones divinas y cósmicas.
4. Hipatia posee gran autoridad moral. Todas las fuentes concuerdan en que es un modelo de rectitud, veracidad, dedicación cívica y proezas intelectuales. El poder eclesiástico se da cuenta que se enfrenta con una persona de gran experiencia, dotada de autoridad moral, que gracias a sus discípulos puede conseguir apoyo para el

prefecto Orestes -que sigue resistiendo los intentos de Cirilo de reducir el campo de acción del poder civil- entre personas próximas al Emperador. Su suerte está echada: los colaboradores de Cirilo lanzan rumores acerca de los estudios de Hipatia relacionados con la magia, con el hechizo satánico sobre el prefecto, sobre el pueblo de Dios y la ciudad de Alejandría en su conjunto. Personas al servicio de Cirilo, el santo, despedazarán (literalmente) a Hipatia.

La autora, que es catedrática de historia romana antigua en la Universidad Jagelónica de Cracovia, critica reiteradamente la visión "ilustrada del asesinato de Hipatia por ideológica y poco documentada". Pero sus precisiones, de indudable rigor histórico, no modifican el núcleo central del asunto: Hipatia fue descuartizada por una muchedumbre fanática dirigida a corta distancia por un obispo cristiano. Además, como es sabido, en las discusiones culturales no sólo marca el terreno uno mismo sino también las posiciones de los contrarios. En todo caso, no es difícil aceptar que los marcos ideológicos o religiosos encubran intereses mucho más terrenales. Tampoco hay que olvidar que el neoplatonismo de Hipatia, el origen social de los miembros de su comunidad, su distancia de la muchedumbre, fueran fácilmente manipulables. Por otra parte, y como nota marginal, la autora crítica, con razón, estúpidas y poco cuidadas afirmaciones de Voltaire, pero extrañamente cae ella misma cae en enunciados de escasa relevancia y de difícil comprobación cuando señala, por ejemplo, que la abstinencia sexual aconsejada por Hipatia la mantuvo virgen hasta el final de su vida. Sin entrar en el uso del término, es posible aconsejar sin practicar y, desde luego, es posible amar de formas diversas.

Las notas del estudio (pp. 131-153) son de lectura obligada.

4. Del alma y sus números.

Pedro Miguel González Urbaneja, *Pitágoras: el filósofo del número*. Nivola Libros y ediciones, Madrid 2001, páginas 246.

En el año en que concelebramos el primer centenario del nacimiento de John Desmond Bernal, el inolvidable autor de *Historia social de la ciencia*, no estará demás recordar las palabras que el eminente científico marxista inglés dedicó al descubridor del más célebre teorema matemático de todos los tiempos: "Independientemente de que Pitágoras fuera un pensador o un mero transmisor, lo cierto es que la relación establecida por su escuela, entre las matemáticas, la ciencia y la filosofía, no se ha perdido nunca", afirmación que el mismísimo Bertrand Russell parecía corroborar en su *Historia de la filosofía occidental* de la forma siguiente: "No conozco ningún otro hombre que haya tenido mayor influencia en el campo del pensamiento, porque lo que aparece como platonismo resulta, después de analizarlo, esencialmente pitagorismo".

Hay pues motivos varios para aproximarse, siempre que sea posible, a la obra y vida de Pitágoras de Samos, uno de los más grandes filósofos presocráticos e inspirador o maestro de autores de la talla de Platón o Galileo, además de acuñador él mismo del término "filosofía", entendido como permanente (o ininterrumpida, si se prefiere) aspiración al saber, a todo tipo de saber, no sólo y desde luego a saber sobre el propio gremio filosófico.

El autor de este *Pitágoras: el filósofo del número* (P) es Pedro Miguel González Urbaneja (GU), un excelente profesor de matemáticas y un no menos competente historiador de las matemáticas de cuyo buen hacer teníamos muestras reiteradas en sus aproximaciones al método de los teoremas mecánicos de Arquímedes o en su excelente ensayo sobre *Las raíces del cálculo infinitesimal en el siglo XVII* (Madrid, 1992).

P. está compuesto de un prólogo de Antonio Pérez Sanz, alma de esta colección dedicada a la biografía intelectual de grandes matemáticos, y de ocho capítulos, más una breve cronología y una bibliografía sucinta. El primero de los capítulos nos introduce en el llamado "milagro griego"; el segundo traza una interesante biografía de Pitágoras y de la escuela-secta pitagórica, con especial atención a los Versos de Oro y a la teoría de la metempsicosis; el capítulo siguiente versa sobre el misticismo aritmético-geométrico de la escuela, dando detallada cuenta de los atributos de los elementos de la tetractys y de la clasificación pitagórica de los números; el cuarto capítulo narra con detalle el descubrimiento y la demostración del teorema "llamado de Pitágoras", con excelentes y documentadas alusiones a la historia del mismo y a su desarrollo previo y posterior en otras culturas; el capítulo quinto está dedicado a la divina proporción o sección áurea y al

pentagrama pitagórico; el sexto, tal vez el que presente mayor dificultad de lectura para el lector no matemático, se centra en el importante asunto del surgimiento de las magnitudes incommensurables; el siguiente capítulo nos acerca de forma excelente a la construcción y propiedades de los sólidos pitagórico-platónicos (proposición 18 del libro XIII de los *Elementos* de Euclides) y, finalmente, el último capítulo está dedicado al legado de Pitágoras y a la vigencia actual del pitagorismo.

Tal vez la principal virtud de este P. esté en el cuidado exquisito con que GU, a lo largo de todas las páginas del volumen, intenta, con resultados innegables, no perder al lector por tecnicismos matemáticos, sin que ello le impida dar cuenta de resultados y de demostraciones rigurosas. No es sólo eso. Sin duda hay muchos capítulos o apartados que merecen ser destacados. Por ejemplo, las excelentes páginas dedicadas a la relación entre pitagorismo y cristianismo (pp. 72-75), la rigurosa y didáctica aproximación a los números perfectos y amigos (pp. 103-110) o los no menos admirables apartados dedicados a los números poligonales (pp. 111-128), a la música pitagórica o a la primera crisis de fundamentos en la historia de la matemática (pp. 205-208).

Si se me pidiera un sola elección recomendaría, sin duda, iniciar la lectura del libro por las páginas dedicadas a la cosmología pitagórica (pp. 143-148), donde GU da cuenta de forma clara, distinta, didáctica y bella del apriorismo matemático pitagórico. Pero cabe, igualmente, señalar algunos puntos para la discusión:

1. En primer lugar, no parece que siempre las formulaciones filosóficas e históricas del autor tengan una precisión indiscutible. Así, al dar cuenta del llamado milagro griego, comenta que "El espíritu oriental, confuso y desordenado, dará paso a la ordenación lógica del conocimiento..." (p. 19), ¿a qué unidad de pensamiento (oriental) se refiere el autor? ¿por qué confuso y desordenado? ¿Todo él?. O, por poner otro ejemplo menor, al referirse al *Organon* aristotélico, GU, extrañamente, suele usar la denominación "Lógica", acompañada, entre paréntesis, de "Analíticas".

2. GU cae, en contadísimas ocasiones sin duda, en tópicos superables. Así, hablando de la escuela-secta, escribe que "Los pitagóricos se regían por un código de conducta muy estricto que incluía la comunidad de bienes (comunismo integral) y un severo régimen físico y gastronómico...". ¿Por qué llamar al aspecto comunitario de la escuela de "comunismo integral"? ¿Cómo puede caracterizarse a este extraño invitado?

3. Cuestión menor, sin duda, pero parece una clara contradicción lo señalado por el presentador del volumen (Antonio Pérez Sanz): "(...) Y casi mil años antes de que Samos viera los primeros pasos de Pitágoras, *los chinos ya habían demostrado su teorema*" (p. 12) y lo apuntado reiteradamente por el autor: no ha habido demostración del teorema previa a la que plausiblemente atribuimos a Pitágoras. Aún más: "(...) dando el gran

salto cualitativo que iba a suponer el verdadero nacimiento en Grecia de las matemáticas como ciencia especulativa y deductiva, más allá de las práctica empírica e inductiva de las civilizaciones del próximo, medio y lejano oriente” (p. 24). Así pues no hay prueba previa del teorema dado que la misma idea de demostración, en alguno de sus múltiples sentidos, parece ser uno de los resultados del “milagro griego”. Otra cosa es que civilizaciones distintas y en épocas anteriores, tuvieran conocimiento de resultados parciales o de casos concretos del teorema.

4. La bibliografía tiene algunas ausencias notables que prueban lo escasamente productivo de la incomunicación entre gremios. Así, el autor no cita, por ejemplo, el interesante y bastante reciente estudio de Gómez Pin sobre *La tentación pitagórica*, o el inolvidable estudio de Albert Dou sobre *Fundamentos de la matemática* o sobre los paralogismos de Euclides.

Igualmente se hubiera agradecido la indicación de referencias. La inexistencia de notas a pie de página, tal vez no decidida por el propio autor, impide o dificulta la contrastación de algunos de los textos citados.

5. Los libros de la colección “La matemática en sus personajes”, donde hay auténticas joyas (William Dunham, *Euler. El maestro de todos los matemáticos*) y diamantes de menor entidad, presentan, en mi opinión, una estructura gráfico-anotacional que tal vez pretenda ser cautivadora y didáctica pero que, de hecho, dificulta un tanto la lectura atenta. Los volúmenes están llenos, repletos casi, de fotografías, reproducciones, esquemas y anotaciones (algunas de ellas, absolutamente insustanciales e inexactas -la dedicada a Platón, por ejemplo, p. 26) que no sólo distraen permanentemente al lector, sino que, además, no se sabe muy bien qué aportan al texto principal ni incluso quién es el autor de las mismas. El maestro Quine comentó críticamente la existencia de ensayos bidimensionales en los que las notas a pie de página abarcaban más que el texto principal. ¡Nos imaginamos qué hubiera podido decir de una edición de este formato! Así, entre las páginas 25 y 36, pueden verse ocho ejemplos de estas peligrosas compañías. Se aconseja pues al lector que, tal Ulises encadenado, huya de esas sirenas que, además, presentan ocasionalmente una voz algo estridente.

Cabe recomendar sin duda la lectura de este P. para lectores con inclinaciones filosóficas o científicas, y, finalmente, destacar la, sin duda, exquisita honradez intelectual del autor. No es frecuente en estos parajes del intelecto que alguien tenga la grandeza y la modestia de advertir, agradeciendo las ayudas, que “la heterogénea dimensión lingüística del material bibliográfico consultado y mi insuficiente poliglotía me ha obligado a pedir auxilio a personas que con toda generosidad me lo han prestado...” (p.18). Modestia y agradecimiento que, sugerimos, podría añadirse a las reglas de Oro del neopitagorismo actual.

5. Seis ensayos de un gran historiador.

Gerald Holton, *Ciencia y anticiencia*. Nivola Libros ediciones, Madrid 2002. Traducción de Juan Luis Chulilla y José Manuel Lozano-Gotor, 220 páginas.

Gerald Holton estudia con pasión y autoridad el papel de la ciencia en la cultura occidental, así como la necesidad de la razón y el conocimiento para que la humanidad tenga futuro.

Stephen Jay Gould

Ciencia y anticiencia reúne seis ensayos de Gerald Holton publicados previamente entre 1989 y 1992 en revistas académicas de epistemología, historia y sociología de la ciencia de la importancia de *Isis*, *Archives internationals d'Histoire des Sciences* o *Public Understanding of Science*. Su autor es profesor de Física y de Historia de la Ciencia en la Universidad de Harvard. Forma parte del comité editorial que trabaja en la publicación de las obras completas de Einstein y es autor, entre otros importantes ensayos, de *Los orígenes temáticos del pensamiento científico: de Kepler a Einstein* y de *Einstein, historia y otras pasiones*

En el mismo prefacio de este libro (pp. 11-12), Holton señala las líneas conductoras de sus trabajos: ¿qué distingue a la buena ciencia? ¿Qué objetivo, si lo hubiera, se revela como fin propio de toda actividad científica? ¿Qué autoridad pueden reclamar para sí los científicos?

En el primer ensayo -"Ernst Mach y los avatares del positivismo"- Holton reconstruye el proceso por el que la consideración decimonónica sobre cómo debía ser la buena ciencia, que cristalizó fundamentalmente en la obra de Mach -como se sabe muy poco considerado y un poco menos entendido por Lenin en su *Materialismo y Empiriocriticismo*- llegó a influir en el pensamiento de científicos y filósofos del siglo XX como William James, Skinner, Philipp Frank, Bridgman, Neurath o Quine. Destaca en este artículo su aproximación al Círculo de Viena (pp.36-44) y las páginas finales (pp.49-54) en las que Holton responde a la interesante cuestión de por qué las universidades de EE.UU. se convirtieron, durante el segundo tercio del siglo XX, en un nuevo y hospitalario hogar para los sucesores europeos del positivismo decimonónico.

En el segundo trabajo -"Más sobre Mach y Einstein"- se nos ofrecen algunos detalles sobre la influencia que el primero ejerció sobre el segundo durante su período más creativo y se muestran las razones que movieron a Mach a oponerse, a partir de 1913, a la teoría de la relatividad einsteiniana. Holton presenta su conclusión en los términos siguientes (pp. 84-85):

(...) El refrendo de Mach a la versión de la teoría de la relatividad presentada por Petzoldt es una prueba concluyente de su ignorancia acerca del estado en que la teoría se encontraba por aquellas fechas. En resumen,

la acumulación de pruebas hace, desgraciadamente, que pierda toda importancia quién escribió la recusación de la teoría de la relatividad supuestamente redactada por Mach en julio de 1913. Tanto si pretendía aceptarla como si lo que quería era rechazarla lo cierto es que, para aquel entonces, Mach ya no la comprendía.

El tercer capítulo presenta una muy sutil aproximación de Holton, a propósito de la teoría cuántica y de la relatividad, al papel de la retórica en las discusiones científicas, con penetrantes y originales metáforas. Su posición queda resumida en los términos siguientes:

Una publicación científica no consiste sólo en la presentación que el autor hace del resultado de su lucha contra los secretos de la naturaleza (...), sino que también puede ser considerada como el registro de un diálogo que se desarrolla entre distintos actores, cuya interacción es lo que da forma al escrito (p. 93).

De esta forma, un ensayo científico tendría cierto aire de familia con el guión de una obra de teatro en la que aparecieran distintos personajes y en la que cada uno de ellos desempeñara un papel central de cara al resultado dramático de la obra en su totalidad. De este forma, cada teoría científica prepararía un escenario para una forma futura de ciencia muy diferente de la que propone la teoría rival, "un escenario futuro en el que un nuevo grupo de personajes podrá representar sus propios actos en un drama interminable" (p. 119).

El capítulo 4º se centra en el surgimiento de un tercer modelo de investigación científica, superador de las limitaciones que representan actualmente para nuestras necesidades las clásicas aproximaciones baconiana y newtoniana, nueva línea de reflexión que, según Holton, tiene sus raíces en la visión de la ciencia de Thomas Jefferson. Este estilo de hacer ciencia "concentra su investigación en un área de la que no se tienen conocimientos científicos básicos y que constituye el núcleo de un problema social" (p. 133). En opinión de Holton, este programa de búsqueda, esta línea de desarrollo científico todavía está pugnando por pasar a un plano destacado pero "la historia de la ciencia del siglo XX ofrece indicios suficientes de que tales esfuerzos continúan" (p.140).

En el capítulo siguiente, se nos presenta un sucinto resumen de la controversia sobre el final de la ciencia, con una excelente aproximación crítica a la obra de Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente* (pp. 150-156). Frente a esta pesimista perspectiva sobre la evolución de la ciencia, la posición de Einstein que Holton presenta, sostiene que el devenir científico es un programa que "está presidido por un objetivo hacia el cual se avanza, pero que carece, en futuro inmediato, de final previsible" (p.159), siendo una actividad propia de individuos que sean capaces de combinar de forma

adecuada tanto la racionalidad lógica como la intuición, en contra de la opinión de Spengler y de muchos irracionalistas que las consideran incompatibles. En resumen, señala Holton en línea con Einstein, "la ciencia es la movilización de todo el espectro de nuestros talentos y anhelos al servicio de la elaboración e imágenes del mundo cada vez más precisas" (p.159).

Finalmente, el capítulo sexto, tal vez el ensayo más importante de los recogidos en el volumen, se centra en el fenómeno de la anticiencia. Los motivos de la preocupación de Holton tienen una neta densidad política:

Como voy a demostrar la historia nos ha enseñado ya repetidas veces que el descontento con la ciencia y con la imagen del mundo a ella asociada pueden convertirse en un odio visceral que sintoniza con movimientos mucho más siniestros (Gerald Holton, *Ciencia y anticiencia*. Nivola Libros ediciones, Madrid 2002. Traducción de Juan Luis Chulilla y José Manuel Lozano-Gotor, 220 páginas. p. 170)

Ello no es obstáculo para que Holton no reconozca algunas de las legítimas motivaciones morales e incluso teóricas que están detrás de algunos de estos planteamientos anticientíficos, al mismo tiempo que defiende apasionadamente una concepción de la ciencia que la aleje de cualquier consideración elitista y privatista y la aproxime adecuadamente a la ciudadanía. En síntesis, un uso público de la razón científica.

Merecen especial recomendación las páginas dedicadas por Holton a la modernidad (pp.185-196), donde su maestría de historiador y sociólogo brillan en todo su esplendor, así como su preciso comentario del discurso que Václav Havel impartió en el Foro Económico de Davos en 1992 (pp.197-199).

Así pues, Holton, al igual que hiciera en sus varias aproximaciones a la vida y obra del científico más grande del siglo XX, nos alerta sobre algunas aristas de la concepción neoromántica a la ciencia, aproximación que sigue plenamente vigente y que sostiene, sin matices sofisticados, que la ciencia, y el poder de destrucción que afirma le es consustancial, es una de las causas últimas de todos nuestros males sociales, señalando la necesidad de que esa fría razón instrumental, insensible y cosificadora sea sustituida por "formas superiores de conocimiento", del estilo de la cosmovisión de la New Age y sistemas afines. Holton muestra convincentemente, por el contrario, cómo la mejor ciencia se apoya en grandes saltos intuitivos de la imaginación, adecuadamente controlados, y cómo el conocimiento científico es, en última instancia, la expresión creativa, nada mecánica, de tradiciones no sólo presentes en lo que llamamos sin precisión "civilización occidental" sino en otras culturas de decisiva importancia en la irrupción y desarrollo de la ciencia moderna. Además, como se señalaba, comenta con rigor e información infrecuentes, y sin sectarismo alguno, consideraciones críticas ante el hecho social de la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas.

Los traductores, que tal vez han olvidado algún artículo castellano en algunos pasajes, han tenido la gentileza de acompañar los trabajos reunidos en este ensayo, especialmente el capítulo sexto, con notas que en absoluto desentonan con el texto comentado.

Holton finaliza sus análisis con una sentida y alarmante prognosis (p. 205):

(...) En resumen, la prudencia aconseja considerar los sectores comprometidos y con ambiciones políticas del fenómeno de la anticiencia como un recordatorio de la bestia que dormita en el subsuelo de nuestra civilización. Cuando despierte, como lo ha hecho una y otra vez durante los siglos pasados y como sin duda volverá a hacerlo algún día, nos hará saber cuál es su verdadero poder.

¿Estaría apuntando Holton acertadamente a ese sector poderosísimo de la sociedad americana, próxima, muy próxima, al fundamentalismo cristiano de extrema derecha, que critica con la mano izquierda en el corazón la deshumanización de la sociedad por la ciencia, cree e impone educativamente el creacionismo y dislates afines, y con el puño metálico de la derecha no tiene ningún rubor, ni límite en su júbilo, en machacar con la última tecnología militar territorios y poblaciones? La bestia del subsuelo occidental ha vuelto a dar sus zarpazos mortíferos.

6. En honor del espíritu humano y al servicio de otros asuntos

Antonio Martinón (editor-coordinador), *Las matemáticas del siglo XX. Una mirada en 101 artículos (M XX)*. Nivola libros y ediciones y Sociedad canaria Isaac Newton de profesores de matemáticas, Madrid 2000, 524 páginas.

En 1947, en un célebre artículo titulado *El futuro de las matemáticas*, André Weil, hermano de Simone Weil, probablemente en un platónico día de huida celeste, apuntaba lo siguiente en torno al hacer matemático:

"El matemático seguirá su camino en la seguridad de que podrá saciar su sed en las mismas fuentes del conocimiento, convencido de que éstas no cesarán de fluir, puras y abundantes, mientras que los demás habrán de recurrir a las aguas cenagosas de una sórdida realidad. Si se le reprochase al matemático la soberbia de su actitud, si se le reclamase su colaboración, si se le demandase porqué se recluye en los altos glaciares a los que nadie salvo los de su clase le puede seguir, él contestaría, con Jacobi: Por el honor del espíritu humano".

Sin duda, Weil, André, tenía sus buenas razones para esta afirmación netamente espiritualista, pero no hay duda de que la matemática del siglo XX (o, si se prefiere, algunos matemáticos y sus quehaceres) ha descendido en frecuentes ocasiones del inmutable tercer y celeste mundo platónico/popperiano al terranal mundo de los fenómenos cambiantes y humanizados. *M XX* da cuenta de muchos de los momentos básicos, o no tan básicos, de la historia de la matemática de este pasado, cercano y neoliberal siglo. Lo hace a partir de 101 artículos de una extensión media de cinco páginas, escritos por 106 autores: desde matemáticos e historiadores de la talla de Jesús Hernández hasta filósofos o lógicos tan sólidos y competentes como Luis Vega Reñón.

Antonio Martinón, editor y colaborador del volumen, resume el contenido de *M XX* en su breve prólogo (pp.9-10): "No se trata de una historia de las matemáticas y de su educación durante el siglo XX, pues no se ha pretendido describir el nacimiento y evolución de sus numerosas ramas, ni hacer la crónica de la evolución de su enseñanza, como tampoco referir de modo exhaustivo sus aplicaciones. Sí se ha querido mostrar lo que han sido a través de una amplia variedad de títulos y autores. Es decir, en estas páginas hay de todo aunque, desde luego, no está todo".

El destinatario de *M XX* es pues un público amplio formado, en su nudo central, por profesores y estudiantes de ciencias matemáticas (y afines) pero, también, por quienes son simplemente aficionados o personas con interés por esta ciencia. De ahí que se haya "intentado ofrecer una primera aproximación a los asuntos de los que aquí se trata, mediante artículos breves de carácter divulgativo".

Es cierto que no siempre el tono de los trabajos es estrictamente divulgativo, pero no hay duda de que los temas tratados son variados: desde artículos centrados en los fundamentos de la matemática hasta biografías de grandes autores (Alan Turing, D. Hilbert, Julio Rey Pastor) o asuntos relativos a la didáctica de esta disciplina, pasando por desarrollos recientes de esta ciencia.

Este ha sido, posiblemente, el siglo de las matemáticas (como casi todos los otros siglos, por cierto). Empezó con la propuesta de Hilbert y ha finalizado con uno de los descubrimientos que, desde luego, honran al espíritu humano: la demostración del último teorema de Fermat después de casi cuatro siglos de trabajo constante, minucioso y tenaz, que parecen poner en dificultades, como mínimo en el ámbito matemático, la tesis popperiana de la falsación, que no revolución, permanente como motor verdadero del hacer científico.

Un breve apunte sobre Fermat y su teorema. Cuando uno observa el papiro de Rhind en el museo Británico, topa con que ya los antiguos egipcios conocían ternas de números que nosotros llamamos "pitagóricos", números que como el 3, el 4 y el 5, tienen la característica de que la suma del cuadrado del primero más el cuadrado del segundo es igual al cuadrado del tercero. ¿Cuántos ternas de este tipo existen? Infinitas. Existe un algoritmo que va produciendo tantas ternas como deseemos. ¿Y qué ocurre cuando en lugar de hablar del cuadrado, pensamos en el cubo, en la cuarta potencia o en cualquier otro exponente mayor? ¿Existen ternas que mantengan esa igualdad? ¿Cuántas? El abogado y matemático aficionado Pierre de Fermat en los inicios del siglo XVII dijo haber descubierto un teorema maravilloso sobre este asunto: no existe ninguna terna de números enteros que tengan la propiedad de que el cubo (o cualquier otro exponente entero superior a 2) del primero más el cubo del segundo sumen igual que el cubo de tercer elemento de la terna. Fermat dijo haber dado con la demostración pero advertía que no tenía espacio en el libro donde escribió la anotación (la Aritmética, de Diofanto) para desarrollarla. No se ha encontrado tal demostración y durante casi cuatro siglos los matemáticos (y las matemáticas: recuérdese el caso de Sophie Germain) han intentado demostrar la conjectura fermatiana. El siglo XX se ha cerrado con la demostración del teorema por Andrew Wiles, quien ha descrito del modo siguiente la atmósfera de la investigación matemática: "Mi experiencia al hacer matemáticas es la de entrar en una mansión a oscuras. Entras en la primera habitación y está a oscuras, completamente a oscuras. Tropiezas con los muebles, te tambaleas. Poco a poco aprendes donde está cada mueble. Y finalmente, tras unos seis meses, encuentras el interruptor y das la luz. De repente todo se ilumina y puedes ver donde estás exactamente. Entonces entras en la siguiente habitación a oscuras..."

Pero no todas las contribuciones, digámoslo así, son estrictamente internalistas en el volumen que comentamos. El trabajo del filósofo, lógico y coeditor de los *Elementos* Luis Vega, que lleva por título "La bomba atómica", se inicia con buscados tonos bíblicos: "Si hay un acontecimiento que ha impactado la conciencia humana en el siglo XX de un modo transcendental han sido las explosiones de las llamadas bombas atómicas. El seis de agosto de 1945 la humanidad comprendió el alcance de la profecía del segundo jinete del Apocalipsis. El segundo sello se había abierto y la humanidad vio el resplandor del fin del mundo". A los 200.000 muertos directos de Hiroshima hay que sumar los 70.000 de Nagasaki. Pero, prosigue Vega, "en realidad, hubo suerte: el primer objetivo pensado por los norteamericanos era Kyoto, donde los daños en una ciudad de más de un millón de habitantes hubieran sido mucho mayores". Vega apunta que finalizado el milenio no parece que el conocimiento básico de la tragedia y de los futuribles desastres impregnén la conciencia social y concluye su breve pero excelente aportación de forma ilustrada y limpiamente antipostmodernista: "Es este conocimiento de la dimensión del problema el que debe, hoy, llevar a los científicos a encabezar movimientos destinados a hacer comprender a toda la población del planeta la actual situación. La ciencia, que ha demostrado sobradamente no ser un lujo cultural, no puede dejar de responsabilizarse de las consecuencias de sus actos. Y si, como dice la declaración fundacional de la UNESCO, la guerra surge de la conciencia de los hombres, es la educación en el horror nuclear el instrumento con el que debemos construir los baluartes de la Paz".

En definitiva, estamos ante un excelente y variado volumen de cultura y divulgación matemática, acompañado además de excelentes ilustraciones (aunque no siempre, la de la pág. 94, por ejemplo, es simple y llana publicidad), con un cierto desorden ordenado que ayudará a las aproximaciones intermitentes del lector y con algunas intersecciones no vacías entre los diferentes trabajos que facilitarán, sin duda, la tarea si no del héroe como mínimo del lector tenaz.

El lector crítico que merece este *M XX* puede apuntar que "siglo" no es *tempo* en matemáticas (ni, por otra parte, en muchos aspectos del saber y de la vida humana (o no humana)), pero no hay atisbo de incertidumbre que esta ha sido una de las centurias de las matemáticas. Por cierto, algunos de los problemas propuestos por Hilbert aún no han sido resuelto. Uno de ellos es la conjectura de Goldbach. Su enunciación es simple: todo número par es suma de dos números primos. Así, 24 es suma de 7 y 17. Nadie hasta ahora ha podido probarlo y todos los ejemplos parecen responder a la tesis del teorema. Hay premios sustanciosos. Así pues: iánimo, mucho ánimo, y a por el Gold- bach!

7. Divertimento matemático

Mario Livio, *La proporción áurea. La historia de phi, el número más enigmático del mundo*. Ariel, Barcelona, 2006, 302 páginas (traducción de Daniel Aldea Rossell e Irene Musas Calpe).

Lamberto García del Cid, *La sonrisa de Pitágoras. Matemáticas para diletantes*. Debate, Barcelona, 2006 (300 páginas).

Adrián Paenza, *Matemática, ¿estás ahí? Sobre números, personajes, problemas y curiosidades*, RBA Libros, Barcelona, 2006, 253 páginas.

Bernardo Recamán, *Las nueves cifras y el cambiante cero. Divertimentos matemáticos*. Gedisa Editorial, Barcelona, 2006, 126 páginas.

David Berlinski, *Ascenso infinito. Breve historia de las matemáticas*. Debate, Barcelona, 2006 (traducción de Rubén Díaz Sierra)

Charles Seife, *Cero. La biografía de una idea peligrosa*. EllagoEdiciones, Castellón, 2006, 248 páginas (traducción de Simone Zimmermann Kuoni).

Antonio Córdoba Barba, *La saga de los números. Número, conjuntos y demostraciones*. Crítica, Barcelona, 2006, 295 páginas.

Todo parece indicar que, para fortuna nuestra, la divulgación matemática están en auge en el país. De la misma forma que consideramos que una persona culta debería saber, sin ser necesariamente experto en su obra, quienes fueron Said, Auden, Russell, Papasseit o Cernuda, y debería disfrutar de la buena literatura, no parece un desvarío afirmar que igualmente aquí, en el amplísimo ámbito de las matemáticas, en este campo aparentemente tan abstruso y tan para pocos, hay goce, saber alcanzable, diversos puntos de interés, aunque el esfuerzo sea también necesario como lo es en cualquier asunto que valga realmente la pena. Además, y por si fuera conveniente alguna referencia nominal que hiciera tambalear algún prejuicio asentado, no tendría que olvidarse que incluso en tradiciones marcadamente políticas como el marxismo sus grandes clásicos fueron cultivadores o aficionados competentes al tema. Recordemos las más de mil páginas que conforman los *Manuscritos matemáticos* de Marx o los diversos capítulos -de desigual pero no nula fortuna- del *Anti-Dühring* engelsiano o incluso en la tan criticada *Dialéctica de la Naturaleza*. Intentemos, pues, un breve comentario sobre algunos ensayos de formación, de divulgación o de simple y sano divertimento matemático que se han editado en estos últimos meses en nuestro país.

La proporción áurea de Mario Livio es una aproximación a la historia del número phi. La sección áurea de un segmento es un punto que lo divide en dos subsegmentos no iguales, de tal forma que la proporción entre la totalidad del segmento y su subsegmento mayor es idéntica a la existente entre este último y el subsegmento menor. Phi es el valor de esta proporción: 1,6180339887..., un número irracional no expresable mediante una fracción. Mario Livio discute en su trabajo las especulaciones que se han originado en torno a este número y a esta proporción llamada "áurea" de forma significativa.

Aparentemente lo que concede un fuerte atractivo a este valor es su aparición en lugares insospechados. Cojamos una manzana, por ejemplo; sus semillas están ordenadas formando un pentagrama. Cada uno de los triángulos isósceles que configuran la estrella de cinco puntas tiene la propiedad de que la proporción de la longitud del lado mayor respecto al lado menor, la base del triángulo, es... el número phi. Pero no sólo en manzanas aparece la sección y phi sino en otros insospechados lugares como, por ejemplo, en el mismísimo Partenón. Desde la teoría de la estética y desde la historia del arte, se ha sostenido que el templo debe su armonía y belleza a la presencia de phi: la altura de la fachada -desde lo alto del tímpano hasta el final del pedestal bajo las columnas- se divide en proporción áurea por el alto de las columnas. Y a partir de "este resultado" se generalizada afirmando que el valor de phi es indicio de proporción, belleza, armonía en el Arte, y que de hecho este canon estético fue usado profusamente por pintores y artistas renacentistas. Mario Livio argumenta, en cambio, que probablemente el primer artista y analista de arte importante en utilizar la proporción fue Sérusier, ya en el siglo XIX, y que luego fue usada por Juan Gris, Jacques Lipchitz o Gino Severini. El ensayo de Livio contiene además interesantes reflexiones sobre la efectividad de las matemáticas, sobre el lenguaje y los teoremas matemáticos con los que parece poder descubrirse las auténticas leyes de la naturaleza.

La sonrisa de Pitágoras es, fundamentalmente, un libro de divulgación, escrito, según el propio autor, "para diletantes", que recorre temas muy diversos: historia de las matemáticas, teoría de números, lógica, estadística, biografías de matemáticos. Divertido en algunos momentos, informativo en otros, parece en algunos casos una suma de trabajos o relatos varios, unidos sin demasiado tacto, con un uso excesivo del "copiar y pegar". Por ejemplo, no se entiende muy bien el sentido de un apartado dedicado a las "Mujeres matemáticas" que contenga una aproximación a Sonia Kovalevskai en cinco líneas o a la gran Emmy Noether en apenas nueve. Hay, además, algunos ejemplos, algunos "chistes matemáticos" de muy mal gusto, que el autor podía haberse evitado en beneficio suyo y en el de los lectores y lectoras algunas de las cuales pensarán, con razón, que no vale la pena proseguir. Éste, por ejemplo: "-¿Cómo puedes saber si tu novia es buena con las

matemáticas? –Examínala, sustráele la ropa, súmala a tu dormitorio, *divide sus piernas y dale una buena raíz*" (p. 259) [la cursiva es mía]. No es la única vez. En otros casos, la aparente heterodoxia lingüística se expresa del modo siguiente: "K. Gödel se convirtió en un viejo chiflado y patético. Al final de sus días, se volvió paranoico y se dejó morir de inanición" (p. 250).

Matemática, ¿estás ahí?, lleva incorporado un breve mensaje de edición: "El gran bestseller en Argentina de los últimos años". Si el anuncio no es mera publicidad engañosa, este cuidado ensayo es una prueba más de la excelente salud cultural y política de la ciudadanía argentina de estos últimos años. Su autor, Adrián Paenza, doctor en matemáticas y profesor asociado de la Universidad de Buenos Aires, donde ejerce la docencia de forma regular, es, según parece, un reconocido periodista político y deportivo que ha escrito su primer libro a los 57 años... pero ha dado en el clavo. Bien escrito, divulgación sencilla pero bien construida –véase, por ejemplo, su demostración de la irracionalidad de la raíz cuadrada de 2 (pp. 44-48)-, el libro es un intento de llegar a una ciudadanía amplia., sin muchos conocimientos previos, informando correctamente, con excelentes páginas sobre temas no usuales (el papel de la estimación en matemáticas por ejemplo, págs. 137-152), con una magnífica resolución del acertijo de Einstein (pp. 167-168; respuesta pp. 237-240) y con una definición actual e interesante de la matemática (pp.192-197) como ciencia que examina *patterns abstractos*, y con ejercicios bien buscados y muy bien resueltos, respetando siempre al lector sea cual sea sus conocimientos iniciales. Por lo demás, con escasas erratas: en la página 48 falta el símbolo de raíz y el número pi; lo mismo en la página 84, con p por pi.

Acaso, en ocasiones, demasiado escueto (así, en la página 126, al hablar sobre Túring y las máquinas) y con una sensibilidad social que se agradece: "El problema reside en tener los medios económicos que permiten descubrirlas [habilidades, destrezas] y un entorno familiar que las potencia y asimile. *Yo lo tuve, y eso no me transformó en un prodigo, sino en un privilegiado*" (pp. 215-216).

Las nueves cifras y el cambiante cero de Bernardo Recamán, autor de otro exitoso libro titulado *A jugar con números*, es un conjunto de divertimentos y acertijos aritméticos y geométricos que toma su título de un verso de Borges: "Lunas, marfiles, instrumentos, rosas,/lámparas y la línea de Durero/ las nueves cifras y el cambiante cero,/debo fingir que existen esas cosas". Recamán expresa así la finalidad de su libro: "Como suele ocurrir con la persona que es aficionada a la música clásica y asiste a un concierto, quien adquiere un libro de acertijos espera encontrarse con obras de varios de su compositores favoritos y reconocer ideas y temas clásicos juntos a composiciones contemporáneas y novedosas. Esa es la mezcla que hoy ofrezco al lector de este libro" (p. 12). Los acertijos presentados tienen dificultades diversas: algunos son sencillos, incluso triviales, pero otros son

extremadamente complejos. Un ejemplo: un número de Niven es un número divisible por su suma digital (27 es un número de Niven porque es divisible por 9 ($2 + 7$), mientras que 26 no lo es, dado que no es divisible por 8). El problema propuesto consiste en encontrar cuatro números consecutivos que sean números de Niven. El autor da pistas para algunas soluciones y presenta sus resultados, con nuevos problemas, en las páginas 81-126 del volumen.

El *Ascenso infinito* de David Berlinski está compuesto de 10 capítulos donde el autor se aproxima a temas como la geometría analítica, la no euclidiana, la teoría de conjuntos o el teorema de incompletud gödeliano. Libro bien escrito, acaso en ocasiones le pierde su intención “contracultural”, pero tiene sin duda páginas impecables. Por ejemplo: las dedicadas a la demostración de que e elevado al producto de i por π más la unidad es igual a 0 (pp. 99-103). Por lo demás, el capítulo dedicado a la teoría de grupos es espléndido en sus ideas centrales que es donde Berlinski, más allá de demostraciones específicas, pone todo el énfasis. Eso sí le pierden, y no es tema baladí, algunas descripciones matemático-masculinas con aires de gracia estúpida. Así, al dar cuenta de una clase de Cantor en Berlín, Berlinski escribe: “Sentadas en sus pupitres, veinte jóvenes *mädchen*[señoritas], con almidonadas pecheras ocultando sus incipientes senos, esperan nerviosas. Era por encima de todo una escuela para chicas, las hijas de los hombres de negocios berlineses...” (p. 162). La cosa prosigue en el mismo tono. Debe ser una enfermedad m-m (masculina y matemática) contagiosa.

Cero es un magnífico libro cuyo autor, Charles Seife, se formó con matemáticos de la talla de Andrew Wiles, el autor que resolvió la conjectura de Fermat sobre ternas enteras y exponentes mayores que 2. Es cierto que el libro debería haberse titulado más bien “el cero y el infinito” y que, curiosamente, sin dejar de lado temas y cuestiones estrictamente matemáticas, *Cero* brilla con fuerza admirable cuando se introduce en ámbitos físico-matemáticos, con interesantes apuntes sobre historia de las matemáticas (por ejemplo, con una cuidada presentación de la teoría de las fluxiones de Newton en las páginas 122-129). Su presentación no formal de la teoría de la relatividad, de la mecánica cuántica, de la teoría de las cuerdas o del Big Bang es magnífica. Sin apenas errores (yo he detectado tan sólo uno en la nota a pie de la página 209), nos da además un divertido regalo como apéndice A: “¿Animal, vegetal o ministro?” (pp. 225-227). Además, curiosamente, es el primer libro de divulgación científica que conozco donde se cita sin ironía ni sarcasmo un pasaje de Engels del *Anti-Dühring* (p. 113).

Acaso podría comentarse que los gráficos que acompañan las explicaciones son en general necesarios menos en algún caso, como en la presentación de las coordenadas cartesianas de la página 102, y que probablemente hubiera sido conveniente alguna nota explicativa en los gráficos sobre epiciclos y deferentes de las páginas 98-99.

La saga de los números es probablemente, de los volúmenes citados, el que presenta mayor dificultad matemática. Su autor, Antonio Córdoba Barba, es catedrático de Análisis Matemático en la UA de Madrid y fundador de la *Revista matemática iberoamericana*. El volumen está compuesto de nueve capítulos de dificultad desigual sobre los naturales, enteros, racionales, reales, complejos, ordinales, cardinales, además del capítulo inicial sobre el lenguaje de las matemáticas y el final sobre Álgebra, amén de un curioso prólogo, basado en artículos previamente publicados, titulado "La vida es un número". Cada uno de los capítulos lleva incorporado un conjunto no menor de ejercicios, donde curiosas cuestiones lingüísticas no están excluidas (véase, por ejemplo, las de las páginas 36-37). Bien editado, correctamente explicado en general, acaso podría haberse incorporado un glosario y una bibliografía comentada y acaso, en muy pocos casos, algunos resultados o algoritmos podrían haberse obviado. Por ejemplo, cuando el autor presenta resultados muy triviales sobre la suma o producto de fracciones que están alejados años-luz, en salto casi inalcanzable, de resultados que aparecen explicados casi a continuación.

El lector con preparación matemática media puede adentrarse en la mayoría de las demostraciones que exigen, eso sí, papel y lápiz en algunos casos. Si la pereza hace acto de presentación, los resultados pueden entenderse aunque no se siga desarrollo minuciosamente.

Córdoba Barba recuerda al final del volumen un interesante aforismo: "Toda demostración que se precie ha de disponer siempre de un tiempo de parada oportuno". Las reseñas también.

Por muchas vueltas que le hoy -decía Mairena- no hallo manera de sumar individuos.

Antonio Machado, *Juan de Mairena*.

Cuenta Machado que cuando un padre le decía a Juan de Mairena: “-¿Le basta a usted ver a un niño para suspenderlo? [...] Mairena contestaba, rojo de cólera y golpeando el suelo con el bastón: ¡Me basta ver a su padre!”. ¡Dorados tiempos de la Instrucción Pública!.

Rafael Sánchez Ferlosio, *La hija de la guerra y la madre de la patria*.

Mis alumnos dicen que no quieren que sus interpretaciones se parezcan a las de los maestro que admiran, pero yo les digo que les copien. ¿Qué hemos hecho nosotros nuevo? Acercándonos a los otros es como muchas veces encontramos las puertas que nos llevan a ser auténticos. Decir que está mal copiar es como decir que está mal tener amigos.

Maria Joao Pires (2003).

X. De la instrucción pública.

1. La filosofía en primaria.

Joanna Haynes, *Los niños como filósofos. El aprendizaje mediante la indagación y el diálogo en la escuela primaria*. Paidós, Barcelona 2004, 251 páginas; traducción de Isidro Arias,

Es muy probable que si se nos cuenta que Louis, un niño de 10 años, ha afirmado que morir es una manera de compartir el mundo y que, en realidad, podemos hacer filosofía acerca de la propia filosofía, o se nos habla de Julie, una niña de 9 años, que dijo que le gustaba la filosofía porque realmente le apetecía pensar y porque tenía sensación de que entonces la gente se interesaba por ella y que le escuchaba, o bien, por poner un ejemplo más, escuchamos reflexionar de modo dialéctico a otra niña, Jane, sobre el comportamiento de un compañero señalando que su amigo había obrado en cierto sentido de forma incorrecta pero en otro sentido de manera correcta ya que "fue malo por no escuchar lo que el profesor decía y enseñaba, pero no fue malo por aprender por su cuenta cosas sobre cohetes" (p. 163), es probable, decía, que creamos fundamentalmente que estamos ante un sector singular de niños, especialmente dotados, por el azar de la genética o por la suerte del contexto familiar o geográfico, para el filosofar, y que actitudes y reflexiones así son sin duda admirables pero en absoluto generalizables. Minoría de minorías. ¿Sí? No, forzosamente. Que se sepa, hasta la fecha, no ha sido probado ningún teorema de imposibilidad del aprendizaje filosófico en estas tempranas edades. Más bien lo contrario: no hay pruebas concluyentes pero sí numerosas experiencias exitosas de alcance parcial o total de estos objetivos, sin conocidos daños colaterales .

No parece disparatado afirmar que, en general, no tenemos excesiva claridad sobre cuáles deberían ser las metas nucleares de la educación. Incluso entre los, digamos, especialistas, el acuerdo no es fácil ni siempre está al alcance de la mano o del teorema deducido. Pero aunque no estemos seguros de esas finalidades, parece plausible sostener, sin rozar la quimera, que una instrucción pública adecuada debería favorecer el respeto de las personas a sí mismas, al mismo tiempo que debería incrementar el aprecio que debemos mostrar hacia los demás. De hecho, como señala la autora, físicos humanistas como Mark Oliphant han sostenido que el conocimiento por sí mismo (por ejemplo, el de estructura de las partículas elementales, del que Oliphant es una autoridad) es propiamente inútil a no ser que conduzca a un mayor respeto hacia los otros. Y respeto quiere decir aquí comprensión, amabilidad, fraternidad, solidaridad, etc. Es definitiva, vincular conocimiento y aplicación o saber moral, o acción prudente, no es ninguna novedad en la historia de la humanidad. Si a ello contribuye la introducción del filosofar, de la práctica filosófica indagadora (o actividades próximas) en los sistemas educativos, incluso en los inicios de la enseñanza normada, bienvenida sea

esta innovación que, sin duda, podrá modularse si la suerte o los resultados no acompañan. Lo que sí parece indiscutible es que la enseñanza primaria, la más básica, al igual que los otros niveles, ofrece posibilidades de mejora. La autora cita, a este respecto, las experiencias de Nueva Zelanda y de Reggio Emilia (capítulo 10).

En los apéndices 1 y 2 del ensayo de Haynes pueden encontrarse direcciones y contactos de interés, así como recursos del ámbito filosófico para el trabajo con niños. Es cierto que la información es, básicamente, del área anglosajona pero una navegación sucinta (con el navegador Mozilla de software libre, por ejemplo) permitirá encontrar direcciones de interés del área hispánica, donde desde hace tiempo hay numerosas asociaciones trabajando por finalidades semejantes.

Si no ando errado, la experiencia que inspira a la autora y le sirve de base para su reflexión tiene su eje básico en su trabajo en una escuela privada, acaso de carácter religioso no tradicional. No importa. No veo razones que impidan que la experiencia sea trasladable sin pérdida a escuelas laicas y públicas que apuesten por la instrucción ciudadana. De hecho, la posibilidad de extender la experiencia a adultos, padres, madres o familiares de los niños no sería, *prima facie*, ninguna locura. Incluso podría ser un complemento a considerar siempre y cuando, claro está, las condiciones laborales permitieran tiempo para la instrucción, para la vida propia. Quizá ahora no sea así pero ya sabemos que otro mundo es posible y necesario.

En el jardín de Epicuro no se excluía a nadie por motivos de género, de orientación sexual, de status e incluso de edad. Una cosa es la filosofía pueril y otra, muy distinta, que intentemos que nuestros niños y niñas se ejercent en algo tan sustancial, e infrecuente por lo demás, como es la práctica de la racionalidad temperada y amiga de la sensibilidad cultivada.

2. Ciencia para la ciudadanía

Jean-Marc Lévy-Leblond, *La piedra de toque. La ciencia a prueba.* FCE, México 2005 (traducción de Tatiana Sulé Fernández), 257 páginas.

Es muy probable que algunas de las compañías que el físico humanista Lévy-Leblond ha tomado en este ensayo no sean de nuestro total agrado: Paul Feyerabend, Bruno Latour, por ejemplo. Su presentación de algunos desarrollos de la filosofía de la ciencia contemporánea puede parecernos de tonalidad baja. Acaso algunos comentarios sobre el “racionalismo estricto” más bien parezcan una caricatura del oponente que una aproximación crítica -pero a la altura de las circunstancias- del adversario. No es imposible sostener que algunas afirmaciones de Lévy-Leblond sobre la codificación de las condiciones de validez de los conceptos (por ejemplo, a propósito del teorema de Pitágoras, p. 100) tengan mucha menos punta de la que el autor parece sugerir. Tanto da. Olvidémonos de todo ello, situémoslo en alguna anotación marginal, no le concedamos importancia alguna. La lectura atenta, cuidada, el estudio de *La piedra de toque* es absolutamente recomendable por multitud de razones. Entre ellas, por las seis siguientes:

1. Algunas de los artículos -anteriormente publicados en libros, o bien en revistas y diarios como *Le Magazine littéraire*, *Bull. Union Physciens*, *Le Monde diplomatique* - que Lévy-Leblond sitúa en la cuarta parte de su ensayo -“por último, la crítica se vuelve epistemológica y desemboca en el terreno mismo del conocimiento científico, al considerar algunos problemas conceptuales de la física contemporánea” (p. 12)- son modélicos, imprescindibles, tan inusuales como un excelente poema o unaertura operística imborrable. No es fácil dar con un artículo de divulgación-formación científica, pensado para un público amplio no especialista, como el que Lévy-Leblond construye en torno a la famosa, y no siempre comprendida, ecuación einsteiniana sobre energía, masa (o inercia) y velocidad de la luz (o constante de Einstein) (“Igual a Eme-Ce-Dos”, pp. 218-227). Mejor no reparar en las tres caricaturas -no logro ver su función e ignoro si son del propio Lévy-Leblond- que acompañan al desarrollo teórico; quedense con la sustancia. Si después de su lectura o relectura, alguien afirmara que la ciencia es aburrida, que es incomprendible, que es jerga aristocrática al alcance de unos cuantos privilegiados, que no tiene interés filosófico alguno sino un mero valor técnico deshumanizado, no transitén más por ese sendero de despropósitos y tópicos desinformados.

2. Estrictamente las mismas o similares palabras podrían usarse para hablar del ensayo dedicado al infinito: “Prácticas del infinito” (pp. 203-217). Les ahorro repeticiones. Ibídem respecto a “¿Cómo está el tiempo?” (pp. 228-237), cuya magnífica derivada filosófica es innecesario señalar.

3. Si además se ha oído hablar alguna vez, no siempre con claridad, de la complejidad de determinados sistemas o teorías, y de la caducidad de algunas disciplinas para aproximarse a lo complejo, no hay que dudar: pasemos nuestras presuposiciones usuales por las argumentadas tesis que Lévy-Leblond expone en el último de los trabajos recogidos: "¿La física, ciencia en al que no se da lo complejo?" (pp. 248-255), donde, entre otras cosas, nuestro físico humanista señala: "Pero la realidad es compleja, aun cuando la física se esfuerce en pasarlo por alto, y así puede avanzar sin reparar en obstáculos gracias a sus propias anteojeras. De tal manera que casi no debemos sorprendernos si vemos que el espectro de la complejidad, expulsado del objeto de la física, regresa a intensificar su práctica" (p. 252).

4. Acaso pueda apuntarse que los ejemplos anteriores ratifican el inadmisible enunciado de: "Zapateros a tus zapatos", dado que todos los capítulos señalados tienen que ver directamente con el ámbito de las ciencias físicas, con la profesión, digamos, de Lévy-Leblond. No es el caso: leánse con deleite los siete ensayos que el autor incluye en el apartado "La ciencia a prueba... de la cultura", especialmente el dedicado al lenguaje científico o el que tiene en *La vida de Galileo* de Brecht uno de sus motivos centrales ("El espejo, la retorta y la piedra de toque", pp. 133-155).

5. Hay, además, y como no podía ser menos tratándose de un autor comprometido como Lévy-Leblond, un manifiesto interés por temas de política y sociología de la ciencia. De hecho, con este conjunto de reflexiones se inicia el ensayo: "Si esta obra comienza en seguida sometiendo la ciencia a la prueba de la política, es porque la crisis de sus funciones y misiones sociales condiciona de manera evidente el conjunto de las dudas" (p. 12). ¡Qué pensará Lévy-Leblond sobre el fraude científico asociado a la figura del científico surcoreano Hwang Woo-suk!

6. La veracidad, la reconstrucción veraz del pasado y presente de una disciplina no es asunto fácil y no es difícil caer en apologías gremiales. Lévy-Leblond no yerra en este punto: habla de las grandezas pero también las miserias del "hecho social ciencia". Por ejemplo, no duda en que es "forzoso recordar que el premio [Nobel] ha sido otorgado sobre todo por descubrimientos fundamentales, cuyos beneficios concretos para la humanidad son, por lo menos, inciertos -con escasas excepciones como W. Röntgen por los rayos X (el primer premio, en 1901) o G. Dalén por un sistema automático de faros y balizas (1912)" (p. 27). Lévy-Leblond no cita ningún premio posterior.

Anunciaba seis breves razones; aquí, pues, me detengo. Pero si fuéramos capaces de decir: "hágase lo justo, y la justicia fuese hecha", esta relación exigiría una infinitud, potencial o actual, de entradas, reconocimientos... y agradecimientos.

3. ¿Revulsivo antipedagógico?

Ricardo Moreno Castillo, *Panfleto antipedagógico*. Leqtor (El lector universal), Barcelona, 2006, 157 páginas (prólogo de Fernando Savater)

En la contraportada del volumen, los editores de *Panfleto antipedagógico* (PA) han incluido un breve texto en el que afirman: "Dirigido por igual a los padres de familia y a los educadores, el PA debería servir de revulsivo para una sociedad que *no puede seguir enterrando su futuro* en sus escuelas, institutos y universidades". Más allá del tono alarmista del comentario, PA puede ayudar a reflexionar sobre la situación de nuestros centros de enseñanza secundaria -de hecho, ya ha jugado y sigue jugando ese destacable papel-, finalidad sin duda conveniente para cualquier comunidad que valore y esté atenta a la situación de su educación.

PA es una ampliación de un trabajo previo de Moreno Castillo que ha circulado on-line entre un amplio e inquieto sector del profesorado que ha acogido sus propuestas con notable interés. Las razones son conocidas: masivo malestar por la LOGSE o por reforma sucesivas; "masificación" de muchos cursos de la ESO con casi 30 alumnos por clase, que resultan prácticamente inmanejables; indefensión del profesorado ante determinados comportamientos del alumnado; notable aumento de la burocracia en el trabajo docente; destacada influencia de los pedagogos -y de un lenguaje no siempre cartesiano- en la política educativa española; escasa o nula aceptación de errores por parte de las instancias directoras de los cambios educativos; nula alteración en la notabilísima influencia (y poder) de la Iglesia católica en la educación española; cambios laborales nada fáciles para el profesorado. Largo etcétera.

No se trata aquí de juzgar estas críticas -algunas de ellas justificadas, justificadísimas en mi opinión-, sino de comentar un ensayo que las presenta y argumenta desde determinadas coordenadas culturales y políticas, defendiendo al mismo tiempo, como no podía ser de otro modo, otras posiciones pedagógicas que, según creo, no presentan excesiva novedad: esfuerzo, trabajo, rigor, cumplimiento de normas, cortesía...y premio para los mejores. La falta de horizontes sociológicos, culturales o políticos en los que enmarcar el análisis no debería señalarse como deficiencia del ensayo: se trata de un "panfleto", de una forma de llamar la atención sobre un tema que se considera decisivo para el país y necesitado, además, de urgentes transformaciones.

La posición política desde la que el autor escribe, sin relación causal directa con sus tesis, queda explicitada en las líneas finales de la introducción: "Sólo queda por lamentar que una reforma que ha dañado sobre todo a los más desfavorecidos haya sido obra del Partido Socialista. Es una primera versión de este *Panfleto* se decía que era de desear que

reconocieran de una vez el monumental error y lo enmendaran, y que cuando esto sucediera, muchos de quienes les votan como mal menor (y de éstos hay muchos entre los profesores) lo podrían hacer verdaderamente ilusionados. Lamentablemente no ha sido así, y la ocasión ha pasado de largo" (p. 22).

Pues bien, entrando ya en materia, más allá de algunas coincidencias (por ejemplo, sobre el adecuado papel de la enseñanza de la religión en la escuela) y algunas preocupaciones compatibles, sorprenden, en primer lugar, el tono y algunas afirmaciones, y acaso quepa señalar alguna inconsistencia en la argumentación: determinadas críticas del autor al alumnado de los centros de secundaria, por falta de rigor o descuido en el trabajo, y a los teóricos de la educación o pedagogos responsables del diseño de la LOGSE, pueden girarse en su propia dirección. Así, Moreno Castillo, ya en la misma introducción, asegura que nunca han sido los conocimientos de los estudiantes tan ridículos como ahora ni el desánimo de los profesores tan grande. Aunque estamos ante un panfleto, ante un texto en el que "no se cuenta una historia, ni se describe una situación, ni se defiende sosegadamente una postura filosófica" (p. 15), el autor no cree necesario justificar mínimamente una afirmación así. La sostiene, la lanza a la arena pública y ya está: la intuición, el prejuicio o la preconcepción del lector harán el resto. A lo anterior se suman numerosas afirmaciones inexactas y formas intelectuales netamente mejorables. Daré algunos ejemplos:

1. Capítulo I. "Esta falta de aprecio por los saberes y los contenidos es un error pedagógico, pero también un síntoma muy revelador del nivel intelectual de quienes hicieron la reforma. *Se diría que los que la crearon son unos ignorantes que desprecian el saber y que, como creo que podrá demostrar más adelante, envidian a los que saben*" (p. 32) [cursiva mía]. No hay tal posterior demostración, incluso es posible que no pueda haber demostración de ningún tipo sobre un hecho de esta naturaleza, pero por mucho que uno esté alejado de frecuentes y mortecinas formas de decir pedagógicas y de determinadas tendencias didácticas, el tono falaz, la falta de rigor, el *argumentum ad hominem* del paso parece obvio e impropio de alguien que aspira al rigor y denuncia la falta de él entre jóvenes estudiantes.
2. Capítulo 2. "Por supuesto que se le hará más llevadero el esfuerzo si procura trabajar con alegría e interesarse por lo que hace, pero lo mismo le sucede a un albañil, quien se lo pasará mejor si sube al andamio cantando de contento que si lo hace blasfemando de rabia, y no por eso pensamos que sea obligación del capataz motivar a los obreros" (p. 34). Es indudable que se ha exagerado y hablado en exceso sobre la necesidad y deber del profesor/a de "motivar" a los alumnos como si fuera este punto la piedra filosofal de la didáctica, pero el sesgo de clase del texto citado, su insensibilidad social, la aceptación de la jerarquía, la improcedencia del ejemplo, es tan obvia que no necesita comentario. Por si fuera poco, el

desinterés por el análisis de la despreocupación -en algunos casos, antigua y preponderante en determinadas materias- de sectores del profesorado por interesar al alumnado en sus disciplinas y el orgulloso hablar para unos pocos que "son los que valen y pueden comprender", neta herencia de su formación universitaria, parece subyacer a estas forma de criticar una insistencia pedagógica no siempre bien argüida.

3. Capítulo 3: "La falacia de la igualdad". "Por otro parte, no es lo mismo el ambiente intelectual que el ambiente de estudio, y más ambiente de estudio tiene quien es hijo de una persona iletrada pero serena que quien lo es de un sabio neurótico. *Un muchacho de familia labradora puede no tener mucha ayuda en casa, pero ha vivido más al aire libre que uno de la ciudad, y eso también es bueno para el trabajo mental*" (p. 43) [la cursiva es mía]. Dejando aparte el tufillo del título de este tercer capítulo, la primera parte del fragmento parece no vislumbrar que otras disyunciones son posibles y acaso más frecuentes y con más trascendencia social. ¿No conoce el autor las dificultades que tienen algunos estudiantes con "padres iletrados pero serenos" en recibir un apoyo familiar que les sería conveniente para sus estudios o trabajos, o como estímulo para su esfuerzo? ¿No sabe el autor del sobreesfuerzo que muchos alumnos de orígenes sociales nada favorecidos tienen que realizar sin que en ocasiones tengan éxito alguno? ¿No conoce las cifras del fracaso escolar y el origen social y cultural de muchos de estos estudiantes? (La segunda parte del texto parece salirse del tema e irse a cerros muy alejados. ¡Qué tendrá que ver el haber vivido más "al aire libre" con lo que se está discutiendo!).

4. Capítulo IV: "Y en cuanto los contenidos del conocimiento, tan solo señalaré que muy pocos de los alumnos que acaban hoy la enseñanza obligatoria a los dieciséis años aprobarían el examen de ingreso que pasamos a los diez las personas de mi generación, y ninguno el de la reválida de los catorce años" (p. 59). No sólo es la enésima repetición de la consabida tesis de que todo tiempo pasado fue mejor y nosotros éramos muchísimo más listos y mucho más aplicados, sino que aquí la falta de justificación es ilimitada. ¿Cómo construye el autor su análisis comparativo? ¿Conoce qué porcentajes de estudiantes de hace unas 4 décadas pasaban el examen de ingreso? ¿Sabe cuántos de estos estudiantes superaban la reválida del bachillerato elemental o superior? ¿Cómo puede afirmarse que *ningún* estudiante actual que haya finalizado la ESO pasaría el antiguo examen de reválida? ¿Se trata de una conjeta de la pedagogía-ficción? ¿No hay aquí una generalización apresurada que no es sino. Una vez más, un claro ejemplo de falta de rigor? ¿No es una forma estudiada y falaz de decir algo que se sabe que causa impacto para que el lector/a vea confirmada la más instintiva y menos elaborada de sus posiciones?

5. Capítulo V. "Al evaluar a un alumno de COU vi que aprobaba todas las asignaturas (eso sí, *muy justitas*) menos la mía, una asignatura, ya

desaparecida, llamada "lenguaje matemático". La asignatura era común, de dos horas a la semana, y no parecía que el chico la fuera a necesitar en el futuro. Con todo, lo suspendí" (pp. 62-63) [la cursiva es mía]. En septiembre, añade Moreno Castillo, repitió el suspenso. Aprobó, eso sí, el próximo curso con sobresaliente, pero aprendió. ¿Qué aprendió? Que no era tonto, (sic) como él mismo y su familia imaginaban. ¿Y de dónde se infiere que el alumno y su familia pensaran que era "tonto"? ¿Este es un ejemplo de buen hacer educativo? ¿Es algo de lo que uno tenga que sentirse forzosamente orgulloso? No hay duda que casos similares pudieron o pueden ser razonables en alguna situación. Pero, ¿dónde está el interés en remarcar este hecho. ¿No ha habido en nombre de esta consideración o similares barbaridades contra algunos alumnos que se han esforzado y mucho, pero por las razones que fueran han tenido notas insuficientes en determinadas asignaturas? ¿No conoce ningún estudiante que haya suspendido las matemáticas, el latín, la filosofía o en inglés con un 4.5, a pesar de su esfuerzo, y que luego haya abandonado estudios hasta momentos posteriores, si los hubo, por no poder pasar curso en su momento por ese suspenso "tan merecido"? ¿No ha oído hablar el autor de alumnos expulsados del sistema educativo enormemente inteligentes?

6. Capítulo VI. "Nadie un poco avisado iría a una entrevista de trabajo o solicitar un crédito a un banco con la gorra puesta, con una camiseta que dejase ver todos los pelos del sobaco, mascando chiclé y con una lata de coca-cola en la mano" (pp. 71-72). Como es conocido, en la mayoría de los reglamentos internos de los institutos españoles se prohíbe un aspecto así (que tampoco es la mayor tragedia concebible) y ese uso de bebidas poco recomendables en el aula. Además, y como es obvio, la descripción huele a la naftalina del armario de la casa del pueblo de los abuelos.

7. Capítulo X. Aquí el autor ridiculiza textos de pedagogos -que, desde luego, merecen una aproximación crítica- y se ampara para ello en los argumentos del Popper de *La miseria del historicismo*, que han sido discutidos y criticados desde hace décadas, como si fuera lo último de lo último, al mismo tiempo que sostiene, con pose epistemológica sofisticada, la extraña tesis de que "si una reforma depende de cambiar la mentalidad de los que la han de llevar a cabo, los resultados de esta reforma son invulnerables a toda crítica científica (p. 112). ¿Y eso por qué? ¿Por qué no es posible cambiar de mentalidad en determinado asunto, pedagógico o no, y estar abierto a críticas argumentadas sobre la nueva perspectiva asumida? ¿Dónde está demostrada la implicación necesaria entre cambio de mentalidad y dogmatismo cerril antes las críticas?

8. En el capítulo 11 -"Padres desorientados, desesperados y atribulados"- y en relación con los estudios, el autor formula tres reglas para los padres. La primera de ellas no tiene desperdicio: "en condiciones normales, delante de los hijos, *siempre* apoyar al profesor (p. 117). Si

hubiera discrepancias, señala, se resuelven en privado. ¿A qué les suena? ¿A la primera, a la segunda o a la tercera parte?

9. En "A modo de epílogo", Moreno Castillo reproduce, acaso con escasa modestia, cartas favorables a sus posiciones, sin apenas recoger ninguna crítica, y señala: "Es pues de justicia dejar claro que quienes criticaron el *Panfleto* por el tema de la enseñanza de la religión lo hicieron, en general, de un modo mucho más comedido, más argumentado, y con más gracia, que quienes lo criticaron por otras razones. Hasta los curas tiene más sentido del humor que los pedagogos" (p. 142). Tomen nota: hasta los curas tienen más humor que los "pedagogos", que son, como "está demostrado una vez más", el peor de los mundos posibles.

En definitiva, que alguien como Antonio Muñoz Molina afirme, sin ningún matiz crítico, en carta personal dirigida al autor (págs. 142-143), que "comparto punto por punto todo lo que usted dice", o que un pensador tan informado en temas educativos como Fernando Savater haya escrito un muy elogioso prólogo para el *Panfleto*, es indicio de que en estos tiempos veloces incluso los grandes alguna vez leen con urgencia.

Todo lo señalado no es contradictorio con la creencia de que la educación española, las reformas educativas existentes o en proyecto, deben merecer nuestra máxima atención y que aspectos de la LOGSE, o de leyes sucesivas, merezcan críticas sustantivas, al igual que numerosas conjeturas o frecuentes abusos terminológicos de determinadas corrientes pedagógicas. La cuestión, como siempre o como casi siempre, es desde dónde y cómo ejercemos tales críticas.

4. En aras de la instrucción pública.

Fundación Ecología y Desarrollo (coords), *Por una nueva educación ambiental. Para lectores de 12 a 20 años*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, S.L. 2002

Jorge Riechmann, *Qué son los alimentos transgénicos*. Barcelona, RBA Libros 2002.

En una memorable mesa redonda durante la sesión inaugural de las primeras jornadas de Interacció-84 sobre temas de educación y sociocultura, y en coincidente línea con lo tenazmente defendido por Sánchez Ferlosio en algunas de sus últimas publicaciones, José M^a Valverde y Manuel Sacristán señalaban la necesidad de una potenciación de la escuela clásica, de la escuela fundamental, dado que nuestras sociedades iban a requerir, para poder orientarse en ellas con brújula no muy equivocada y para evitar situarse en terreno servil o de puro instrumento de los otros, una dotación de conocimientos nada trivial.

Cualquier persona mínimamente atenta a esta cuestión clave sabe de la importancia de manuales bien elaborados, cuyas deseable presentación atractiva no pretenda sino la lectura y el estudio de lo allí explicado y argüido. Por ello, todos estamos de enhorabuena. La fundación Ecología y Desarrollo ha coordinado la edición de un libro pensado para lectores de 12 a 20 años, que lleva por título "Por una nueva educación ambiental" y que cuenta entre sus colaboradores con personas tan idóneas para esta necesaria tarea como Assumpta Gual, Raquel Gómez, Francisco Heras, Jordi Bigues, Jorge Riechmann, Aina Llauger o Carlos Bravo.

Aparte de un prólogo no prescindible, el libro ha sido dividido en tres secciones. La primera -"Un uso inteligente de los recursos naturales"-, cuenta con capítulos dedicados a la pesca, los bosques, las energías limpias y el cambio climático, la nueva cultura del agua y el tema del reciclaje y la producción limpia. La segunda sección -"Un nuevo enfoque de algunas actividades humanas"- contiene interesantes desarrollos sobre nuevas ciudades, transporte, agricultura ecológica, consumo y sentido común (o buen sentido) y turismo sostenible. Finalmente, la sección "Incertidumbres para el siglo XXI" da cuenta de los mitos y realidades de la energía nuclear, de las esperanzas y temores de las nuevas biotecnologías y del delicado asunto de las sustancias tóxicas, este último capítulo elaborado por ISTAS, fundación autónoma promovida por CC.OO., cuyas aportaciones en estos y otros campos son ampliamente esperadas y reconocidas.

En el prólogo de Carmelo Marcén y Dolores Romano ("A profesores y educadores"), se da cuenta sucinta de cada una de las aportaciones recogidas y se señala que una de las finalidades básicas es "provocar una

relectura de la situación actual en algunos aspectos de la dinámica ambiental para valorar actuaciones individuales y colectivas y así proyectar planes que hagan positivo el futuro” (p.13). El libro está pensado, básica pero no exclusivamente, para alumnos y alumnas del 2º ciclo de la ESO y del bachillerato y para sus profesores, apuntando, con excelente criterio, que dado que el marco de tratamiento de los temas indicados excede el de una asignatura concreta, los materiales podrán ser usados en disciplinas tan diversas como Ciencias de la Tierra y del Medio Ambiente, Historia, Ciencia, tecnología y sociedad o en créditos variables de formación en la ESO.

Hay una estructura común en todos los trabajos recogidos: en la primera parte se nos brinda una información básica, pero no trivial y siempre documentada, de la situación mundial del problema tratado, singularizada a continuación en el caso de la realidad hispánica, finalizando con soluciones que pretenden mejorar la situación analizada; en la segunda parte de los trabajos se señalan diferentes propuestas que “favorecen la práctica social crítica de los estudiantes para llevar a cabo en los centros educativos” (p.16). Cada capítulo contiene finalmente una propuesta de actividad y cuna bibliografía sucinta y abarcable, incluyendo direcciones de páginas interesantes de Internet.

Libro, por tanto, totalmente vindicable en mi opinión para cualquier alumno y para toda profesora (o profesor) de enseñanza secundaria que pretenda instruir con goce y con esfuerzo (o a la inversa), sobre el que tal vez queda realizar algunas sugerencias

1. El subtítulo de la obra debería modificarse. Si los destinatarios más jóvenes, como se señala en el prólogo, son alumnos del 2º ciclo de la ESO y los profesores son parte activa en el estudio, los límites numéricos podrían alterarse. En vez de “Para lectores de 12 a 20 años”, tal vez “Para lectores de 14 años hasta el infinito (y más allá)”.

2. Los coordinadores señalan, sin querer ser exhaustivos, algunas de las disciplinas que pueden usar con provecho este material. Podemos añadir otras: Economía, Estadística, la soporífera e ideológica Economía y organización de Empresas, la parte de introducción a la ética impartida en Filosofía, así como algunos de los nuevos ciclos formativos, tanto de grado medio como superior, al igual que los trabajos de investigación con los que se finalizan los estudios preuniversitarios.

3. Para una próxima reedición, se agradecería un nuevo capítulo dedicado a los derechos de los animales y a nuestros deberes con ellos, así como alguna incorporación de temas de salud pública.

4. Sería interesante acompañar el sendero recorrido por el libro, si así se estima, con alguna apostilla con ampliación de propuestas de actividades y con algún desarrollo de ayuda para su elaboración.

Uno de los colaboradores en este trabajo, el eco poeta Jorge Riechmann, es también autor del segundo de los libros comentados: *¿Qué*

son los alimentos transgénicos?. Se trata de una nueva aportación al tema en la excelente línea de sus anteriores y exitosos trabajos: *Argumentos recombinantes, Cultivos y alimentos transgénicos. Una guía crítica* y el imprescindible ensayo sobre ética, ecología y tecnociencia *Un mundo vulnerable*.

El lector hallará en este nuevo trabajo -que como en el caso del ensayo anteriormente comentado, apunta a facilitar al surgimiento y consolidación de una ciudadanía crítica e instruida- las características permanentes que acompañan a los ensayos del profesor, investigador y ecologista en acción Riechmann: documentación rigurosa; argumentación elegante y bien construida; preocupación didáctica no pedagógica; interés en hacerse entender por el no especialista sin trivializar ni alterar la cuestión tratada; adecuada presentación de las posiciones discutidas; incorporación de declaraciones o textos imprescindibles para profundizar en lo discutido; materiales útiles para el activista reflexivo y, finalmente, por no ser exhaustivo, apuntes de alcance sobre cuestiones metodológicas o de política científica.

Es innecesario resumir los excelentes argumentos que fundamentan la posición crítica del autor sobre los alimentos transgénicos, pero cabe aquí señalar algunos puntos de detalle que no merecen ser transitados con urgencia. Por ejemplo:

1. La presentación de los alimentos como haces de relaciones socioecológicas (pp.9-13).
2. La incorporación de la noción de "mochila ecológica" debida a Friedrich Schmidt-Bleek, en 1994 (p. 11)
3. El necesario apunte sobre las causas de la guerra genocida que desde 1997 ha acabado con más de un millón de personas en la zona de África central entre Congo, Ruanda y Uganda (p.12).
4. El salto cualitativo que significan las nuevas biotecnologías (pp. 15-19).
5. Las falsedades populistas que subyacen a algunas informaciones patronales con intereses en el sector. Así, el caso de los transgénicos y los enfermos celiacos (p. 24).
6. La respuesta publicística de las multinacionales ante el estancamiento de sus negocios (pp. 27-30).
7. La no casual escasa investigación científica sobre los potenciales efectos adversos de los alimentos modificados genéticamente (pp. 33-34).
8. La necesidad de no demonizar la ingeniería genética dado que "la inmensa mayoría de sus aplicaciones médicas y muchas de sus aplicaciones industriales sólo exigen el uso confinado de OMG" (p.91).
9. La necesidad del principio ético de precaución para regular nuestras actuaciones en este o en asuntos próximos (p.99).

10. El impresionante poder y concentración de las empresas del “agribisnes” (excelente propuesta terminológica de Riechmann) y los efectos de ese control monopolístico (pp.62-65).

Así pues, y para concluir gozosamente por esta vez y sin olvidar el resto de otras historias, los partidarios de la educación pública de calidad pueden desearse feliz y larga vida en común: son días de fiesta y su tarea se ve facilitada y apoyada por dos materiales excelentes. ¡Qué cunda el ejemplo!

5. Para contar interesantes historias (científicas)

Bettina Stielke (ed), *Los niños preguntan, los premios Nobel contestan*. Barcelona, Ediciones Oniro 2004, Traducción de J. A., Bravo, 223 páginas.

Si su estudiosa hija o su aplicado hijo, o su tutorado o tutorada, en cualquiera de sus posibles versiones, ha acabado la enseñanza primaria o está en los primeros cursos de E.S.O., es posible que sepa decirle de memoria y sin error las partes que componen un volcán, las diferentes zonas climáticas de la Tierra o liste, sin dudas y de carretilla, todos los agentes geológicos externos. Pero todo ello, como es sabido, no es garantía de amor (tampoco de odio sarraceno) por los saberes científicos ni comprensión básica de la idea de explicación científica. Acaso sean ejercicios iniciales de introducción, necesario cultivo de la memoria, aproximación a temas escolares, tareas necesarias para saltar controles iniciales de esa larga y algo monótona marcha hacia el Título académico en el que estamos convirtiendo la enseñanza institucionalizada.

Doctores tiene la Iglesia, y este reseñador no es doctor de ninguna de ellas, pero a riesgo de meter dos pies y cuatro tibias tengo para mí que la enseñanza de las ciencias (también las sociales y no digamos las formales) es netamente mejorable como mínimo en teoría y en alguno de sus tramos. Algunos datos sorprenden. Déjenme señalar hacia el norte (como quería Espriu) para que nadie se sienta ofendido. John Maddox, el que fuera director de la prestigiosa revista *Science*, visitó Barcelona a inicios de los años noventa. Señalando una de las paradojas de nuestras tecnificadas sociedades contemporáneas, recordó una reciente encuesta realizada entre un amplio muestreo de la ciudadanía londinense, creo recordar, en 1989. La pregunta era básica: "¿Cree usted que la Tierra gira alrededor del Sol o más bien es el Sol quien gira alrededor de nuestro planeta?" No se preguntaban las razones de la creencia y, desde luego, no hay que olvidar la notable confusión semántica e imprecisión de muchos de estos cuestionarios. A veces, no se sabe si se está preguntando por percepciones, por saberes de fondo, por creencias de otros, por usos del lenguaje o por lo que alguna vez se ha podido soñar o imaginar. Pero, sea como fuere, los datos en este caso eran alarmantes: la mitad de los ciudadanos londinenses creían que la Tierra giraba alrededor del Sol, pero había un 30% que no sabía cómo responder la pregunta y un 20% que creía que era el Sol el que giraba alrededor de la Tierra. Es decir, de cada dos ciudadanos de aquella época y en aquel territorio tan sólo uno tenía una creencia verdadera, sobre la cual, obsérvese, no se preguntaba su fundamento básico.

Pues bien, parece necesario retomar un punto que algunas tradiciones emancipatorias cultivaron con éxito y con eficacia: dar cuenta a las personas no especializadas, es decir, a todos, dado que nadie es conocedor profundo

de muchos temas, las líneas básicas del conocimiento científico positivo de cada época. Aceptada la conveniencia de la tarea, la cuestión que se impone es preguntarse por el mejor método de abordarla. Desde mi modesto, poco especializado y sin duda refutable punto de vista, creo que la introducción mediante temas y preguntas es mucho más eficaz que la enseñanza de leyes, teoremas y categorías básicas. Si se quiere, en lugar de empezar dando cuenta de la ley de los números impares de Galileo, del principio de Arquímedes o del teorema pitagórico de los números perfectos, mejor sería plantearse interrogantes como por qué los flanes con blandos y las rocas son duras, por qué son verdes las hojas de los árboles, por qué es azul el cielo, por qué enfermamos o por qué olvidamos algunas cosas y otras no.

Algunas de las respuestas a estas y a otras preguntas, podemos encontrarlas en el volumen coordinado por Bettina Stielke, con el sin duda publicitario título, sin alteración en la traducción, *Los niños preguntan, los premios Nobel contestan*. Pero, más allá de lemas comerciales, hay algo de lo anunciado en este volumen. Algunas de las preguntas son preguntas usuales de niños de diversas edades. Tiene razón, y da razones, nuestro cercano metafísico Miguel Candel cuando insiste en la arista filosófica que acompaña a todos nosotros en algunos estadios de nuestra infancia. Axel Hacke, autor del prólogo, nos da un interesante ejemplo. Su hijo Luis le espetó un día con este pregunta: "Oye para, ¿tú para qué existes?". Se lo confieso, mi hijo, hasta ahora, para mi bien, nunca me la ha formulado. Espero que su situación sea similar. Pero, en cambio, a Hacke sí. Como no sabía qué responder, contestó con una pregunta: "¿Y a ti que te parece? ¿Para qué existo?". El niño arrugó su lisa frente de cinco años y respondió: "Para llevarme a la escuela todas las mañanas, para leerme un cuento a la hora de acostarme, para llenarme la bañera, para jugar conmigo". ¿Y tú para que éstas?, volvió a preguntar Hacke. Y Luis, sin vacilar, contestó: "¡Para jugar!". Juguemos, pues.

No es fácil negar la validez perceptiva de las respuestas del joven filósofo. Pero no siempre los niños y los jóvenes que se preguntan sobre esas cuestiones tienen respuestas aceptables a sus interrogantes. En el volumen que comentamos se hallan algunas de ellas. Y, hay que admitirlo, las secciones enmarcables en el ámbito de las ciencias sociales no están entre las cumbres de esta cordillera. No hay que perder mucho tiempo leyendo a Shimon Peres, al Dalai Lama o incluso a Mijaíl Gorbachov. La verdad: no se han lucido. En cambio, puede leerse con provecho la respuesta de Desmond Tutu a la pregunta "¿Por qué hay guerras?" y, sobre todo, por su calidad literaria y humana, la respuesta de Kenzaburo Oé a ¿Por qué es necesario ir a la escuela?", al igual que la magnífica entrevista con Dario Fo sobre "¿Quién inventó el teatro?".

Hay dos antológicas y, precisamente, de dos premios Nobeles de Economía: la de Reinhard Selten- "¿Por que han de ir a trabajar mamá y

papá?"- y la de Daniel McFadden - "¿Por qué hay pobres y ricos". Este último, en su exposición, no tiene ningún reparo en apuntar negro sobre blanco que, desgraciadamente, apenas se puede hacer nada para cambiar nuestra situación: "Vivimos en un mundo injusto, y punto. No hay nada más que decir. Sé que es un hecho difícil de aceptar. En varios miles de años la humanidad no ha inventado ningún sistema económico que haga posible un reparto equitativo del bienestar, de tal manera que no haya pobres" (p.46). E, igualmente, sobre los impuestos, que se aplican para conseguir que "los pobres no lo pasen demasiado mal", pero que "cuando se utiliza la política fiscal para conseguir que todos acabemos al mismo nivel, nuevamente desaparecen todos los incentivos, necesarios en principio para que funcione la economía de mercado" (p.49), sin olvidar el cínico, tontorrón y estúpido final de su texto: "He de reconocer que vivo en una casa bonita y tengo un buen coche, grande y confortable. Siempre he dicho que no me importaría vivir de una manera menos acomodada. Pero en realidad no estoy seguro de que eso sea verdad" (p.50). ¡Con la altura de miras de estos científicos sociales no es de extrañar que cualquier estudiante sensato se quiera dedicar a la matemática oscense del siglo XVIII!.

Pero no se asusten. No todo es así. Todo lo contrario. Dejando aparte la discutible aproximación del Premio Nobel alternativo George Vithoulkas al tema de la enfermedad y la homeopatía, el volumen tiene joyas con premio dentro. Por ejemplo, el texto, el hermoso texto de Mario J. Molina sobre el azul de nuestro planeta, el magnífico desarrollo de Klaus von Klitzing sobre los flanes blandos y las rocas duras, la argumentación de Richard J. Roberts sobre la imposibilidad de vivir tan sólo con patatas fritas, el admirable trabajo de Sheldon Glashow sobre el tiempo de rotación de la Tierra y, desde luego, la excelente deducción de por qué $1+1$ es igual 2 de Enrico Bombieri, medalla Fields de 1974. Una sugerencia: lean (y relean) uno de estos cuentos a sus hijos cada semana durante un semestre. Un objetivo: intentemos que cuando finalicen la enseñanza básica cada uno de nuestros jóvenes sepa explicar, a su modo y con sus propias palabras, el contenido de lo que aquí se apunta. ¡Tenemos exceso de vocaciones científicas para dos lustros y medio!

Finalmente, en algún caso, hay regalos inesperados, reflexiones morales y vitales que apuntan más de allá, mucho más allá, de lo estrictamente científico. Por ejemplo, ésta con la que Bombieri cierra su contribución: "(...) Pero no olvides una cosa: por bella que sea esa ciencia [la matemática], no lo es todo. Hay cosas más importantes en el mundo, y la primera es la humanidad. Yo he sido padre de una criatura minusválida. Mi hija es sorda y retrasada mental, pero es un ser maravilloso. Acerca de la vida, he aprendido de ella más que en todos los libros de teorías matemáticas que he estudiado desde mi infancia. Mi hija es lo mejor que me ha pasado en la vida" (p.220).

En síntesis: un cuento (científico) para cada semana del año no hace ni puede hacer ningún daño.

6. Diálogos (no insustanciales) sobre ética.

Ernst Tugendhat, Celso López y Ana María Vicuña, *El libro de Manuel y Camila*. Gedisa, Barcelona 2001, 165 páginas.

Se sabe que no son buenos tiempos para la lírica ni para la épica pero especialmente son tiempos horrorosos para la filosofía en Sefarad, tanto en la enseñanza secundaria como, por lo que parece, en la universitaria.

Pero no siempre ha sido así. No hace demasiado tiempo, en el antiguo bachiller, los escolares de nuestro país gozaban (o sufrían, depende de cómo se mire o cómo se haya escuchado) de cuatro horas obligatorias (tres en estudios nocturnos) de filosofía tanto en 3º de bachiller como en C. O. U. Además de ello, los estudios preuniversitarios permitían dos horas semanales de filosofía moral o ética tanto en el 1er curso como en el 2º y 3º del antiguo bachillerato. La razón no es desconocida para el lector: era una forma de introducir los estudios de religión en una enseñanza pública, que debía ser laica, por la puerta de atrás, permitiendo la elección de cursar formación moral o formación religiosa. Sea como sea, ese dilema conllevaba en la mayoría de los centros públicos, que para la mayoría del estudiantado hubiera dos horas semanales más de estudios filosóficos, lo que significaba que un alumno de 3º de bachiller tenía ni más ni menos que seis horas de esta materia por semana, aproximadamente, un 20% de sus horas lectivas, lo que, obviamente, no es moco de pavo ni electrón de aminoácido (Por cierto que, si después de esta inmersión intensiva en estudios filosóficos no ha habido más vocaciones ni han destacado investigadores de relieve, la única explicación plausible que a uno se le ocurre es que el país tiene una mala predisposición histórica, genética incluso, para este tipo de reflexiones. Tan sólo el tiempo, y la evolución, podrán corregir este desaguisado).

Pues bien, esas seis horas de formación moral a lo largo y ancho de los tres años de bachiller no siempre fueron bien, u ortodoxamente, usadas. En ocasiones, y salvando las necesarias e importantes excepciones, en lugar de ética se impartieron materias tan interesantes como sociología, derecho, antropología, discusión cinematográfica (o del fin de semana), juegos de mesa, etc. Se intentó paliar la situación en algunos y reconocidos casos pero no siempre el éxito acompañó. Los libros de Lipman (y el trabajo desempeñado para su extensión por el grupo dirigido por Irene de Puig), algunos materiales del Grup de Filosofía del Casal del Mestre de Santa Coloma de Gramenet (Barcelona), dirigido por Pere de la Fuente y, desde luego, la *Ética para Amador de Savater*, entre otros muchos ejemplos, fueron importantes ayudas para los que quisieron y pudieron impartir clases de ética en horario de ética.

Seguramente la situación no tenga vuelta atrás pero en los resquicios que quedan en algunos cursos superiores de la enseñanza obligatoria (ESO)

y en algún créditos variables del nuevo bachillerato, puede tal vez introducirse algunos estudios de filosofía moral que no sólo discutan sobre valores (como la reforma educativa acepta) sino que dialoguen o expliquen sobre qué son los valores y asuntos afines (cosa que parece que la reforma no vio, o vio mal).

Pues bien, *El libro de Manuel y Camila* (MC) puede ayudar a que esos nuevos intentos sean algo (sólo algo) más fáciles. El libro fue escrito en 1995 en Santiago de Chile para las clases de ética en las escuelas chilenas. Según explican los propios autores, Celso López se hizo cargo de los elementos narrativos, Ana María Vicuña de los aspectos del lenguaje y Ernst Tugendhat de los argumentos. Hago la observación, para el lector no especialista, que Tugendhat no es un filósofo cualquiera sino que, sin duda, es uno de los autores morales de mayor importancia en los tiempos que corren. Se pueden hojear, e incluso leer, para comprobarlo, sus libros *Ser-Verdad-Acción*, *Diálogos en Leticia*, *Ensayos 1990-2000*, *Introducción a la filosofía analítica del lenguaje*, en la misma editorial que ha publicado estos diálogos para estudiantes de enseñanza media. Por otra parte, cabe señalar que el hecho de que un autor de su talla haya destinado parte de su tiempo a un tarea así no es sólo motivo de alegría sino de reconocimiento.

La autoría trinitaria explica que se decidieron a escribir un texto propio porque los materiales de Matthew Lipman, concretamente su *Elisa*, les parecían demasiado pegados a la experiencia norteamericana "y también porque consideramos oportuno no dejar tan abiertas las cuestiones de contenido como lo estaban en el libro de Lipman" (p. 165).

MC estaba destinado originalmente a los cursos escolares chilenos para jóvenes entre trece y quince años y los autores se preguntan "en qué medida esto vale también para Europa y hasta qué punto el texto puede servir también en Europa ya sea para la enseñanza o para la lectura personal". Dudo que el texto pueda ser usado, en general, para la lectura personal pero creo que puede ser un buen material didáctico, tanto para el profesor como para el alumno. Las referencias a aspectos de la cultura chilena pueden ser fácilmente comprendidos y, en algunos casos, la semejanza entre nuestra situación y aquélla no sólo no es una molestia sino que es más bien una estimable ayuda. Por ejemplo, tanto en Chile como en España sigue siendo muy extendida entre algunos escolares la opinión de que la moral pierde su base si no está fundada en alguna religión. Con las nuevas corrientes migratorias, es de suponer que probablemente esta tesis se extenderá aún más. Los pasos de MC donde se habla de este asunto no son en absoluto innecesarios ni insustanciales.

Puede pensar el lector que los libros de este tipo son demasiados ingenuos o aburridos al cabo de poco. No sé si su predicción se verá confirmada en este caso. Mi impresión es que este MC puede ser un buen material de estudio, del que uno puede pensar que los jóvenes que

participan y las familias a las que pertenecen son poco representativas de los sectores sociales más desfavorecidos de la población o del que puede discutirse la total separación subyacente de los ámbitos de la ética y la política, aunque la citada separación no siempre sea aceptada (léase por ejemplo la sección dedicada a la solidaridad). En general, el libro puede resultar de interés para la introducción de los elementos básicos de la ética, especialmente, en los capítulos IX, "Autonomía y virtudes" (que no es precisamente de lectura fácil) y el X, "El sentido de la vida y la felicidad".

Los argumentos están hilvanados por Tugendhat y eso, sin duda, se nota. Uno, el del final del libro, puede ser también final de esta breve reseña:

"(...) Pero -insistió Gloria-, ¿no cree usted que una persona que no encuentra sentido a su vida, puede encontrar que la vida después de la muerte se lo otorgará?

-Puede ser -contestó el señor Ibarra-, pero se podría sospechar que, al hacerlo, sólo trata de evitar dar un sentido a la vida misma. Algunas personas sacan de ello la conclusión de que debe haber una segunda vida después de la muerte, porque la angustia mostraría que nuestra vida es incompleta y por eso deberíamos tener un conocimiento de una vida completa. Pero también podemos verlo de otra manera. El hecho de que tenemos miedo a la muerte puede ser un indicio de que sólo tenemos una vida y que todo depende de ella" (p. 164).

La condición esencial para pensar en términos políticos a escala global es ver la unidad del sufrimiento innecesario que existe hoy en el mundo. Éste es el punto de partida.

John Berger, "¿Donde estamos?" (3.11.2002)

Los hombres que están siempre de vuelta en todas las cosas son los que no han ido nunca a ninguna parte. Porque ya es mucho ir; volver, inadie ha vuelto!

Antonio Machado, *Juan de Mairena*, p.65

Una república
de la que formen parte plantas y animales

con el piloto Heráclito de Efeso
como presidente del consejo de ministros

la sanadora Clarice Lispector
como alta magistrada del tribunal supremo

y la princesa Emily Dickinson
como defensora del pueblo

Una república
perfumada con la profundidad del trabajo
y con el sudor de los amantes

Jorge Riechmann (2002), "Programa político"

XI. Intervenciones políticas

1. Contra el (hispánico) revisionismo histórico.

Vicenç Navarro, *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no se habla en nuestro país (BIDI)..*

Anagrama, Barcelona, 2002, 216 páginas.

Vicenç Navarro, catedrático de ciencias políticas en la Universidad Pompeu Fabra, ha tenido la gentileza de dedicar este XXX Premio Anagrama de Ensayo “A todos aquellos que tuvieran que exiliarse de Cataluña y España debido a su lucha por la libertad y por la democracia, y que hoy permanecen olvidados en nuestro país”. Esta es la principal virtud moral-política del libro que comentamos: ayudar a evitar que habite el olvido en las ámbitos donde debería reinar el más sincero y entusiasta reconocimiento, el combate contra la abyecta tergiversación histórica a la que seguimos sometidos, la lucha contra la falsedad y la falsificación permanente de datos y argumentos que esconden políticas interesadas de defensa de los más favorecidos y de permanente ataque a los más desposeídos. En fin, que es amarga la verdad y hay que tener coraje en ocasiones para echarla de la boca.

Navarro la tiene. Una muestra como aperitivo para una lectura recomendable y acaso obligada:

“El lector recordará que, hace unos años, un obrero de la UGT que tuvo que exiliarse después de la guerra civil debido a su participación en la lucha antifascista, quiso volver a España para morirse en su país, cuando estaba ya en los últimos días de su vida, debido a un cáncer terminal. La compañía española Iberia no quiso acogerle y tuvo que volar en una compañía holandesa. Al leer esa noticia no lloré porque ya he olvidado cómo se llora. Pero me indignó enormemente ese hecho, que tipificaba lo que estaba ocurriendo en nuestro país. En un país con tradición democrática, el jefe de Estado habría enviado su avión particular para recogerlo, y al ir a recibirla al aeropuerto le habría agradecido su lucha por la democracia. Es precisamente a este obrero y a miles como él a quienes dedico este libro” (p.27).

BIDI está dividido de cuatro partes. En la primera (“¿Qué es lo que le importa a la gente? Análisis crítico del estado del bienestar en Cataluña y en España”), Navarro muestra la distancia acrecentada entre los discursos oficiales sobre el buen funcionamiento de España y Cataluña y la situación real de gran parte de la ciudadanía, en la segunda (“El porqué de las deficiencias del estado del bienestar”) se argumenta críticamente contra la creencia de que la creciente disminución del gasto social en España (y en Cataluña) sea debido a la globalización o integración económicas; en la tercera (“Las causas políticas de nuestro subdesarrollo social”), el autor analiza críticamente algunas tesis en torno a la derechización del país como causa del triunfo de la derecha política no siempre civilizada, “así como la situación de la socialdemocracia española, que en algunas políticas públicas

ha seguido la tradición socialdemócrata de apoyo al Estado del bienestar pero en *muchas* otras ha sido atípica dentro de la socialdemocracia" (p.23) y en la cuarta parte ("Las raíces de nuestro déficit democrático y social") Navarro lanza su mirada crítica y certera sobre la forma en que se produjo en nuestro país la transición de la dictadura a la democracia, arrojando dudas muy razonables sobre la ejemplaridad de esa transición, sobre todo, y especialmente, si se mira con los ojos de las fuerzas de la izquierda real o de los sectores más empobrecidos de la población, estableciendo así la tesis central del volumen: *nuestra democracia y nuestro Estado del bienestar tienen deficiencias muy notables que están netamente relacionadas entre sí.* Las insuficiencias del Estado del bienestar, tanto en España como en Cataluña, tienen su origen en las insuficiencias de la democracia derivadas ambas a su vez del gran dominio de las fuerzas conservadoras en nuestra democracia, "dominio que aparece tanto en la cultura política como en la mediática" (p.24).

Se me permitirá que destaque dos asuntos laterales en la argumentación de Navarro. El primero, sobre la correcta insistencia en llamar a las cosas por su nombre adecuado. El régimen de Franco fue un régimen fascista y Navarro aporta análisis y datos que avalan la animación y, consiguientemente, todo cambio nominal es una forma, más o menos encubierta y consciente, de embellecerlo. La segunda cuestión en la que insiste el autor es el escándalo democrático que representa que en nuestro país haya instituciones blindadas, esto es, ajenas a toda crítica. Me refiero, obviamente, a la institución monárquica. Navarro señala escandalizado, y con buenas razones, que el código español penaliza a quien utilice "la imagen del Rey de forma que pueda dañar el prestigio de la Corona" (p.168), apuntando, en una lectura sin duda recomendable y deseable aunque discutible de la constitución, que ésta no permite ni el blindaje acrítico en el ámbito mediático de la monarquía ni la atribución a esta institución de funciones de intervención política.

El lector tal vez observe una cierta repetición en algunos pasajes del volumen, sin duda debidos al origen periodístico de algunas de sus secciones; es probable que no se comporta la misma devoción que el autor parece tener por todos los aspectos de la socialdemocracia nórdica ni acabe de entender la afirmación de que la socialdemocracia hispánica sea tan distinta de otras fuerzas de esta tradición; es sin duda signo de salud política que el lector hispánico, tal vez no el usamericano, no sienta la misma admiración ante el hecho de que el autor haya sido asesor de Allende o del "gobierno cubano presidido por Fidel Castro, que también me pidió mi colaboración en el desarrollo de sus servicios sanitarios, *uno de los mejores en el mundo del subdesarrollo*" (p.17) que por haberlo sido de Hillary Clinton; es probable que a algún lector le pueda parecer un pelín injusto que Navarro ponga tanto énfasis en la izquierda socialdemócrata auténtica del PSOE,

representada aquí por Josep Borrell, y olvide los tiempos en que "el ex-candidato" fue miembro de los gobiernos de Felipe González y no acabe de entender (o acaso sí) el silencio por fuerzas políticas, como IU o EUiA, que, sin duda, comparten el 99,9% de los planteamientos aquí expuestos por Navarro en torno al Estado del bienestar y a la democracia hispánica demediada; es posible que algunos lectores sientan algún rubor ante tanta presencia insistente de un Yo no limitado, pero tal vez todo ello no importe. Las páginas finales dedicadas al "Franquismo y la transición incompleta" (págs. 179-214) -en clara consonancia con otros trabajos recientes del autor como su no olvidado artículo "¿Existe fascismo en España?" (*El País*, 1.VII.2002)-, hacen que cualquier ciudadano de las izquierdas alternativas o plurales, o que simplemente crea que la verdad es la verdad y que ésta debe ser dicha no sólo por el porquero sino acaso también por Agamenón, deba agradecer la valentía y coraje de Vicenç Navarro por decir algo tan simple como que la transición fue una estafa (¡qué estafa!) que lanzó toneladas de mentiras sobre las tumbas de ciudadanos que creyeron que la libertad, la fraternidad real y la igualdad social (o su máxima concreción) debían ser nuestros valores máspreciados. Por eso no será exagerado recordar aquí, en el centenario de Cernuda, los versos finales que el autor de *La realidad y el deseo*, dedicó a aquel amigo brigadista que conoció en 1961 y al que dedicó su poema "1936": "Gracias, Compañero, gracias / Por el ejemplo. Gracias porque me dices / Que el hombre es noble / Nada importa que tan pocos lo sean: / Uno, uno tan sólo basta/ Como testigo irrefutable/ De toda la nobleza humana".

2. Sólidas razones socialdemócratas.

Vicenç Navarro, *El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias*. Anagrama, Barcelona, 2006, 307 páginas.

Vicenç Navarro analiza en su nueva publicación las causas del subdesarrollo social español mostrando los déficits del Estado de bienestar y sus causas próximas y remotas. En conjunto, sus análisis y propuestas, como ya hiciera en *Bienestar insuficiente, democracia incompleta*, constituirían la base de una política socialdemócrata no meramente nominal o publicitaria (Baste pensar en las características de la anunciada reforma fiscal para percibir la distancia entre lo aquí defendido y la práctica seguida efectivamente por el partido en el gobierno).

No hay diferencia sustantiva, por lo demás, entre los datos esgrimidos por el autor a lo largo de sus páginas y los obtenidos muy recientemente. Por referirnos concretamente a la educación en Catalunya: un informe de 2006 de la Fundació Jaume Bofill muestra que el gasto en educación en Catalunya representa el 2,8% del PIB (el territorio europeo con menor inversión en educación pública), que la media española se sitúa en el 4,4%, mientras que la europea lo hace en el 5,2% (Dinamarca, por ejemplo, se sitúa en el 8,5%, el triple que Catalunya, y casi el doble que España). El estudio de la Fundación muestra, además, que el fracaso escolar en la red pública (35,1%) es mucho mayor –unos 18 puntos de diferencia- que en la concertada (17,3%), y que el porcentaje de alumnos que obtienen el título de bachiller en el sector privado es 15 puntos superior al de los centros públicos. No es necesario decirlo pero digámoslo una vez más: es la red pública la que asume la escolarización de los alumnos de familias que han emigrado recientemente (84,4%), al igual que los jóvenes de familias con menor nivel sociocultural y poder adquisitivo.

El ensayo de Navarro que, como señalaba Oriol Bohigas, puede leerse, se lee, como un mitin sólido y razonablemente apasionado, envuelto en numerosos datos y argumentaciones, al igual que sus artículos de prensa, algunos de los cuales han sido incorporados al volumen, consta de una Introducción –“El porqué de este libro”- y cuatro secciones: “La situación social de España”; “las causas históricas del subdesarrollo social de España”; “las causas del crecimiento de la pobreza y el de las desigualdades a nivel mundial. El neoliberalismo.” y, finalmente, “Posible alternativas”. Un breve epílogo -“Un nuevo ruego al lector” - cierra el volumen.

El doctor Navarro distingue perfectamente entre descripción de la situación y el carácter normativo de sus propuestas. No estoy en condiciones, ni éste el marco adecuado, para discutir punto por punto los datos ofrecidos, pero no parece enfocada una crítica que acuse a Navarro de confundir planos o de pedir peras a un olmo seco. No es de recibo por ello señalar, como la

hecho Fernando Eguidazu ("El Estado de bienestar y sus campeones", *Revista de Libros*, nº 113, 2006, pp. 24-28), que aunque el gasto público español es inferior a la media europea también lo es nuestra renta *per cápita* (que se sitúa en el 90% de esa media), cuando Navarro muestra que países con menor renta que la española dedican proporcionalmente más recursos a gastos sociales, o que la sugerencia de que las clases dirigentes masivamente lleven sus hijos a las escuelas privadas y usen la medicina privada, despreocupándose por ello de la situación del Estado de bienestar, sea "un argumento retorcido". Tampoco se entiende que se presente la afirmación de que España debe alcanzar la media europea de gasto social como una opinión política y "que es una opinión cargada de subjetividad ideológica hablar del "subdesarrollo" de nuestro Estado de Bienestar". Claro está, qué duda cabe. ¿Dónde está el problema? ¿Acaso Navarro no presenta nítidamente como opción política lo que, efectivamente, no es sino una opción política entre otras que, sin duda, no puede inferirse, sin más consideraciones, de los datos presentados?

Sea como sea, algunas afirmaciones presentadas por Navarro para avalar su diagnóstico pueden interesar al lector:

1. El porcentaje de la población española que trabaja en los servicios del Estado de bienestar se sitúa en España en el 6%; en el 11% de promedio en la UE-15 y en el 17% en Suecia, el país europeo con los servicios más desarrollados.
2. El déficit de gasto social por habitante en España con respecto al promedio de la UE (valor que resulta de sustraer ese gasto en España en 1993 del valor del promedio de la UE-15) era ese mismo año 1993 de 1.508 unidades de poder de compra (upc); esta diferencia aumentó a 2.383,4 upc en 2002, un 58% por habitante (p. 43).
3. Si sólo un 8% de los niños españoles de 0 a 3 años asisten a escuelas públicas de infancia en España, el más bajo de la UE-15, ese porcentaje se eleva a un 40% en el caso de Suecia (con escuelas abiertas de 8 de la mañana a 8 de la noche) y al 44% en Dinamarca. En Portugal, un país con menos renta que la española, ese porcentaje es del 12% (p. 83).
4. Las prestaciones de supervivencia que incluyen las pensiones de viudedad y de orfandad también son las más bajas de la UE-15. El gasto en estas prestaciones fue en el año 2002 de 121,3 upc; por el contrario, fue de 315,4 en la UE-15. El déficit se ha incrementado en la década de los noventa: de 107,3 en 1993 a 194,1 en 2002 (p. 95).
5. El 34% de las mujeres y el 30% de los hombres tenían contratos precarios en España en 2001; 12, 2% y 10,5%, en cambio, en la

OCDE. El porcentaje entre los jóvenes se situaba en el 67%;en los países de la OCDE, en el 25% (p. 107)

6. Un ciudadano catalán de clase burguesa vive unos 10 años más que un trabajador catalán no cualificado, una de las diferencias de mortalidad de clase más elevadas en la UE-15 (p. 215).

.. ¿De dónde esta situación que el autor denomina de "subdesarrollo social"? Navarro apunta algunas de las causas más relevantes: el poder de las clases conservadoras españolas (el carácter totalitario y represivo de la dictadura franquista como ejemplo destacado, con interesantes discusiones con Malefakis o con los intentos de revisión en la comprensión del franquismo y los planes de desarrollo de Estapé), el carácter nada modélico de la denominada "transición política" española y el actual conservadurismo imperante con la presencia destacada en este punto de la Iglesia católica y de los gobiernos Aznar.

Sorprende en todo caso que un ensayista tan atento e informado como Navarro afirme, de forma secundaria, tesis dadas por válidas, y tan discutibles, en cambio como las siguientes:

1. Al hablar del papel de Suárez en la nada modélica transición española, señala el doctor Navarro: "Así como Yeltsin, dirigente del Partido Comunista, jugó un papel clave en el desmoronamiento del régimen correctamente calificado de comunista, Suárez, jefe del Movimiento Nacional, jugó un papel clave en la transformación y la transición del RDE" (p. 138). ¿Y por qué es correcto calificar de "comunista" el sistema sociopolítico imperante en la URSS antes de su desmoronamiento? ¿Cree Navarro que el papel histórico de Yeltsin fue positivo?
2. Curiosamente en el apartado crítico al modelo de transición no hay ninguna crítica a la actuación de las fuerzas dirigentes en la izquierda de aquellos años ni, por ejemplo, a la actuación de un primer gobierno PSOE que contribuyó, entre otras conquistas destacadas, a una de las mayores manipulaciones políticas de la historia española reciente.
3. Sorprende igualmente la novedad de algunas de las preguntas y comentarios vertidos por Navarro en el apartado dedicado a la renta básica (pp. 112-119): todas ellas han sido discutidas y contestadas hace ya tiempo por los partidarios y teóricos de esta propuesta.
4. No hay tampoco en el ensayo ninguna propuesta, acaso necesaria en todo planteamiento de transformación social, que mine las bases despóticas internas del poder empresarial. El Estado, en la concepción aquí defendida, se limita a redistribuir rentas pero, en principio, no parece postularse una intervención que corrija la permanente y creciente agresión que se realiza a derechos básicos

de los trabajadores en centros de producción. El Estado debe controlar y dulcificar los efectos de la ignominia pero no parece que deba hacer nada por eliminarla. El modelo que parece subyacer: un capitalismo controlado con aristas sociales de envergadura, que sin duda no es poco pero que es eso.

Hay un punto que, finalmente, debería señalarse, y que no veo en principio descalificable porque pueda coincidir en la música de fondo con instancias neoliberales o acomodaticias: a la importancia social del gasto público hay que sumar "la eficacia" del mismo, el evitar gastos de funcionamiento innecesarios que disminuyen la partida de ayuda, que creen, además, una clase social media beneficiada del instrumento institucional, y sobre todo, y especialmente, la necesidad de un control ciudadano de comportamientos y actitudes. De poco sirve, aunque sirva, incrementar dotaciones en la sanidad, en la educación o en la justicia si luego médicos, enfermeros, profesores, maestros, jueces, catedráticos de Universidad, se sienten justificados para actuar de la peor forma en la que puede actuar un funcionario, un servidor público: creyéndose con mando en plaza, sin apenas cumplimiento, al que nadie chilla ni critica y donde, en cambio, él puede desatender o maltratar verbalmente sin ningún pudor ni ningún control. Las experiencias conocidas en el trato (también discriminatorio) dispensado a ciudadanos, sobre todo pobres o con poca formación, al acudir a la sanidad pública, más allá de nervios o acumulación de tareas del personal sanitario, es, por ejemplo, absolutamente injustificable; la actitud de algunos enseñantes de alto topete tres cuartos de lo mismo.

No sólo, pues, una mayor dotación pueden facilitar una disolución de este atropello; el control, la crítica ciudadana es esencial. A eso, en tiempos, se le llamaba intervención cultural, hegemonía social, poder de clase, resistencia.

3. Una breve aproximación al estado del mundo.

Ignacio Ramonet, *Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas*. Mondadori, (Arena abierta), Barcelona 2002. Traducción de José Antonio Soriano, 190 páginas

Guerras del siglo XXI, el último libro de Ignacio Ramonet, está formado por siete capítulos que analizan diversas formas de enfrentamiento bélico o de desastre social en estos inicios del siglo XXI. El primero -"El nuevo rostro del mundo"-, traza una apretada síntesis de las principales características geopolíticas del planeta, otorgando especial énfasis a los desastres ecológicos, al resurgimiento de la extrema derecha europea y a los combates contra la globalización neoliberal; en el segundo capítulo, Ramonet construye un sucinto análisis sobre la "guerra mundial" contra el terrorismo que toma como base los atentados del 11 de septiembre, denuncia las injustificadas justificaciones mediáticas sobre el uso de la tortura con los talibanes detenidos, traza una breve reflexión sobre la categoría del individuo-Estado,... todo ello después de apuntar una sangrante y cruel paradoja:

Era un 11 de septiembre. Desviados de su ruta programada por pilotos decididos a todo, los aviones se precipitan hacia el corazón de la gran ciudad, resueltos a derribar los símbolos del odiado sistema político. Todo ocurre muy deprisa: explosiones, fachadas que saltan en pedazos, el estruendo infernal de los desmoronamientos, el terror de los supervivientes que huyen cubiertos de polvo...Y los medios de comunicación transmitiendo la tragedia en directo...

¿Nueva York, 2001? No, Santiago de Chile, 11 de septiembre de 1973.." (p. 49).

El tercer capítulo está centrado en el conflicto del Oriente Próximo, en lo que Ramonet llama "La nueva guerra de los Cien años", con referencia y acercamiento final a las tesis mantenidas por Edward Said sobre el Holocausto y las injusticias sionistas; el cuarto capítulo versa sobre las contradicciones sangrantes la nueva era globalizadora, con especial atención al lado oscuro de esta nueva revolución capitalista (esclavismo, infancia maltratada) y a los recientes ejemplos de contestación global (Porto Alegre):

(...) En Porto Alegre, en este siglo XXI que comienza, algunos nuevos soñadores de absoluto nos han recordado que la economía no es lo único que puede ser global; la protección del medio ambiente, la lucha contra las desigualdades sociales y el respeto a los derechos humanos también deben ser empeños mundiales. Y corresponde a los ciudadanos del planeta asumirlos de una vez por todas" (p. 123)

Los dos capítulos siguientes se centran en la guerra de Kosovo y el nuevo orden mundial -con clara denuncia de "la ceguera de la Unión europea

y de Occidente, que en 1991 toleraron el precipitado desmembramiento de la ex Yugoslavia por parte de los nacionalistas" (p. 126)- y en los nuevos peligros y amenazas que representa el desarrollismo capitalista desaforado (guerra nuclear, privatización del conocimiento sobre el genoma humano, deforestaciones masivas, fiebre aftosa, desigualdades crecientes de salud). Finaliza Ramonet con un breve y programático capítulo -"Otro mundo es posible"-donde dibuja los puntos esenciales de un programa transformador en el que señala que:

[...] ha llegado el momento de fundar una nueva economía más solidaria, basada en el principio del desarrollo sostenible y que tenga al ser humano como preocupación central. Y el primer paso para conseguirlo es desarmar al poder financiero (p. 182).

Cabe apuntar unos breves comentarios sobre algunas aproximaciones de este interesante trabajo:

1. El vindicable didactismo del texto lleva probablemente a algún exceso. Por ejemplo, cuando Ramonet ve necesario anotar a pie de página que el PIB es el "valor de la producción global (bienes y servicios) de un país" (p.17). Por otra parte, es obvio que el PIB no tiene necesariamente que circunscribirse al ámbito de un país.

2. Algunos de los apartados tienen tal vez un desarrollo demasiado sucinto, hasta el punto de que la nota o notas que lo acompañan tienen mayor extensión que el texto principal. Por ejemplo, la sección del capítulo VI que lleva por título "¿Hacia un nuevo eugenismo?" tiene apenas 10 líneas, cuando, curiosamente, la nota a pie sobre el videojuego Pokemon de este apartado alcanza un mayor desarrollo.

3. La referencia a José Delgado -mejor, a José M. Rodríguez Delgado- (p. 154) tal vez debería haberse documentado algo más. Igualmente, la reproducción de una predicción de Marvin Minsky sobre que en un futuro no muy lejano (2035), gracias a la nanotecnología, "el equivalente electrónico del cerebro podría ser más pequeño que la yema de su dedo" (p. 154) parece señalar una crítica a la deshumanización de ciertos desarrollos biotecnológicos pero no se indica explícitamente tal valoración ni se dan razones que justifiquen esa denuncia.

4. Sorprende, en ocasiones, algunas formas expresivas de Ramonet. Así, al criticar que grandes grupos privados explotan el medio ambiente con medios desmesurados, afirma que esta tendencia sigue "el ejemplo de los estados hiperindustrializados de antaño, como la Unión Soviética" (p. 179). ¿Representa realmente la antigua URSS una buena ilustración de la noción "estado hiperindustrializado"?

5. Ramonet sostiene (p. 16) que los tres actores protagonistas del mundo actual son: a) las asociaciones estatales (Alena, Unión Europea, Mercosur); b) las empresas y medios transnacionales y c) las ONG de

dimensión mundial (Greenpeace, Amnistía Internacional,...). Igualmente afirma que los contrapoderes tradicionales -parlamentos, partidos, medios de comunicación,...- son o muy locales o muy cómplices (p.180). Esta generalización -partidos, medios de comunicación- puede resultar excesiva y algo injusta. No es inmediato ni verosímil que todos los partidos sean cómplices con el actual estado de cosas ni que todas las actuaciones de ONG internacionales sean contrarias al actual proceso globalizador neoliberal. No se ve, por otra parte, que partidos como el PT brasileño de Lula o el movimiento zapatista -que no es una ONG internacional- jueguen un papel menor en la contestación global que algunas de las ONG citadas. No hay razones evidentes para no incluir a muchos movimientos políticos partidistas, de viejo o nuevo tipo, en el frente antiglobalizador.

6. Hay, finalmente, una intersección no vacía entre apartados de diversos capítulos y, probablemente, algunas de las varias referencias a Attac, de la que Ramonet es socio fundador, podrían haberse evitado parcialmente, sin negar desde luego la importancia y corrección de la vindicación central de esta asociación.

Se calcula que la epidemia de sida en Asia y en otros lugares del mundo provocará la muerte en los próximos 15 años de más de sesenta millones de personas. Como recordaba John Berger, la tragedia de la desigualdad tiene tal magnitud en este caso que la misma directora de la OMS preguntaba recientemente si alguien merecía ser condenado a una muerte segura sólo por no tener ninguna posibilidad de acceder a un tratamiento cuyo coste no alcanza los dos dólares diarios. Las páginas que Ramonet dedica a este tema y la misma dedicatoria de este aconsejable y panorámico volumen del director de *Le Monde Diplomatique* son sin duda dos de los pasajes más hermosos y entrañables de estas *Guerras del siglo XXI*.

4. ¿Para todos con el asenso de (casi) todos?

Daniel Raventós (Coord). *La Renta Básica. Por una ciudadanía más libre, más igualitaria y más fraterna*. Barcelona, Ariel 2001, 237 páginas. Traducción de los ensayos de Herbert A.Simon, Philippe Van Parijs y Sally Lerner/Charles M.A.Clark /W. Robert Needham: Manuel de Losada.

Wilder y Diamon describen como Fran está absolutamente aburrida. Un pesado ejecutivo, atributo sin duda netamente extendido en este subconjunto de humanes, le está explicando insultas historias sobre su yoísmo inagotable. De repente, sus ojos, los ojos de Fran, se iluminan. Sheldrake, el ejecutivo en cuestión, le está explicando, lleno de absoluta y significativa incomprendición, que un subordinado díscolo y absurdo le ha negado el apartamento para su cita con ella. En lugar de darle la llave del piso le ha devuelto la reservada para los jefes medios y, por tanto, se ha autodespedido. Fran deja tirado al plúmbeo ejecutivo, se levanta inundada de felicidad, corre por las calles hasta llegar al apartamento donde Bud está sólo descorchando una botella de champán. Entra, se sienta a su lado, toma una baraja de cartas y reanudan la partida pendiente. Mientras ella da cartas sin mirarle, Bud, el inolvidable Jack Lemmon, el recordado protagonista de *Desaparecido*, le confiesa apasionado su amor: "La quiero, señorita Kubelik". Fran, la señora K, saca una carta y exclama: "Siete", y, mirando la carta de Bud, añade "reina", y le pasa la baraja a Bud. Este, extrañado, le pregunta: "¿Me ha oído? Estoy loco por usted". Ella sonríe, se quita el abrigo y sonriendo exclama: "Cállese y juegue". Bud, sin apartar los ojos de Fran, empieza a repartir mientras una expresión de pura alegría inunda su rostro.

Pero la visita del pájaro de la felicidad no es el único argumento de la obra ni abarca todo el paisaje posterior a la batalla. Fran y Bud se aman sin duda y son felices por ello pero están casi condenados a la marginalidad. Ambos están en el paro, sin trabajo, con escasas ayudas, y los tiempos, aquellos, estos, no son instantes adecuados para la lírica ni tampoco para una épica digna. Éste es sin duda uno de los inconvenientes que acompañan a las actuaciones dignas y no serviles de los trabajadores reales en este mundo realmente existente. La renta básica universal es una propuesta que intenta posibilitar comportamientos tan honestos como el narrado sin tener forzosamente que rozar el heroísmo de Espartaco o del poeta pastor oriolano.

La Renta Básica, cuyo hermoso subtítulo trinitario ilustrado no debería pasar desapercibido al lector, reúne un total de trece contribuciones sobre este debatido asunto. Su coordinador, Daniel Raventós, no es sólo profesor del departamento de metodología de las ciencias sociales de la Universidad de Barcelona, sino cara visible, cuerpo organizador y alma argumentativa de

esta propuesta en los territorios que él mismo suele designar con la singular denominación de "Reino de España".

El libro, como indica el mismo Raventós en su Prólogo (pp.15-18) está dividido en tres secciones. En la primera -"General"- se reúnen los trabajos del mismo Raventós, de Van Parijs y de José Antonio Noguera, que presentan una aproximación global al tema, no forzosamente introductoria, de mayor a menor generalidad. Aquí encontramos las siguientes definiciones, tal vez equivalentes de la noción "renta básica": a) "se trata de un ingreso pagado por el Estado a cada miembro de pleno derecho de la sociedad, incluso si no quiere trabajar de forma remunerada, sin tomar en consideración si es rico o pobre o, dicho de otra forma, independientemente de cuáles puedan ser las otras posibles fuentes de renta, y sin importar con quién conviva" (Raventós, p. 21); más sucintamente: "un pago por el mero hecho de poseer la condición de ciudadanía", o b) "Por renta básica universal entiendo el pago de un ingreso por parte de un gobierno, de una cantidad uniforme y a intervalos regulares, a cada adulto miembro de la sociedad. Este pago se realizará y se determinará sin tener en cuenta si la persona es rica o pobre, si vive sola o con otros, si desea trabajar o no. En la mayoría de versiones -ciertamente en la mía- se garantiza no solo a los ciudadanos sino también a todos los residentes permanentes" (p. 45).

En la segunda sección, que incluye aportaciones más específicas, pueden verse los trabajos de Imanol Zubero, de Rubén Lo Vuolo, de Rafael Pinilla y la concreción de una propuesta de renta básica para el Canadá, elaborada por Sally Lerner, Charles M. A. Clark y W. Robert Needham. El lector entenderá que señale la excelencia de estilo y de argumentación, así como el hermoso título del trabajo de Imanol Zubero: "Repensar el empleo, repensar la vida".

La última sección -"Glosas"- se compone de las intervenciones de Andrés de Francisco, Antoni Domènech, Fernando Aguiar, Herbert A. Simon y David Casassas y Germán Loewe. Aquí nos encontramos, por una parte, con dos interesantes polémicas: la mantenida por Domènech y De Francisco en torno al carácter ecuménico o no de la propuesta y las consideraciones sobre problemas de incentivos señalados por H. A. Simon (pp. 225-226) en su penetrante comentario a la contribución de Van Parijs, y, por otra parte, con un intervención crítica de Aguiar a la universalidad de la propuesta. Las obvias limitaciones de una reseña justificarán acaso que me centre en algunas de estas últimas aportaciones.

Andrés de Francisco, después de trazar una sucinta justificación deontológica de la propuesta (p. 179), discrepa del carácter ecuménico de la misma, esto es, de la afirmación de que dado que la renta básica es compatible con diversos e incluso opuestos idearios normativos, será capaz de conseguir apoyos en un amplio espectro político que podrían extenderse desde el centro derecha -derecha extrema excluida- hasta la izquierda

radical. Su argumentación sucinta sería la siguiente: 1. Una RB de escasa cuantía sería una trampa para la izquierda envuelta en el halo del ecumenismo. 2. Una RB robusta, esto es, de una mayor cuantía no especificada, sin negar posibles problemas de desincentivación del trabajo, sería la única que podría "garantizar la independencia y fortalecer las condiciones de libertad de los individuos" (p. 181). 3. Luego, por tanto, si la RB es mínima será (casi) ecuménica pero sería un suicidio para los objetivos de la izquierda dado que acaso serviría para limar disfuncionalidades del sistema, o, por el contrario, y ésta es la posición defendida por AdF, si ésta tiene una cuantía adecuada será tan solo vindicable desde una óptica de izquierda -sin especificar- pero en todo caso perderá su carácter ecuménico.

Domènec señala en su respuesta (pp.185-191) la existencia de dos distorsiones en el escrito de AdF y apunta a una línea de combate social por la renta básica que continúe la vindicación no finalizada de los derechos de la ciudadanía. Se trata de situar la exigencia de la RB "como la continuación de una secular lucha por derechos constitutivos, no instrumentales" (p. 187). El ecumenismo interesante y políticamente fértil de la propuesta pasaría, según Domènec, por una línea argumentativa que pudiera ser resumida del modo siguiente: 1. Las dimensiones de la pobreza son un escándalo que afecta a cualquier ciudadano que haga un uso plausible de la razón pública (punto de partida que parece admitir aspectos consecuencialistas en el debate). 2. Sin discutir los méritos o deméritos del orden económico vigente, debe admitirse que no se ha conseguido erradicar esa desvergüenza universal ni se ve camino alguno que conduzca a su superación. 3. En el momento en que los partidarios de la RB consigan eliminar de la opinión pública las apelaciones a posibles consecuencias nefastas de su implantación, se habrá ganado la batalla decisiva.

La sucinta respuesta a la crítica crítica de AdF, cuya templanza recuerda sin duda el tercer movimiento de la novena de Beethoven, admite algunas de las consideraciones de AD pero no le aleja de su posición central: "la propuesta de una RB no es *prima facie* ecuménica porque no es independiente de su concreción económica" (p. 193).

La aportación de Aguiar¹, tal vez la más crítica a la propuesta discutida, señala que la RB al pretender ser universal y pagarse también a los sectores enriquecidos no está bien armada para combatir la polarización social. Su argumentación sigue el siguiente desarrollo: 1. En una determinada sociedad, puede haber mucha polarización pero poca desigualdad, dado que la población se agrupa netamente en dos ámbitos muy diferenciados son escasa desigualdad en su interior. 2. La RB puede contribuir a paliar la desigualdad pero, en cambio, es menos eficaz para atajar la polarización que una renta condicionada. En su opinión, "Bill Gates no cobraría la RB condicional, lo que no supone que no tuviera derecho a ella si se arruinara o regalara todo su dinero para dedicarse a una vida contemplativa" (p. 200).

No es esta reseña lugar adecuado para entrar en una discusión detallada sobre estas u otras cuestiones de fondo, pero tal vez sí para señalar algunas cuestiones sin duda laterales:

1. La edición del libro es muy correcta, sin erratas observables en gráficos o desarrollos matemáticos, pero tal vez hubiera sido oportuno indicar el nombre del traductor de algunos de los ensayos en lugar destacado, más allá de la información que Raventós nos da en su presentación. Las algo ostentosas mayúsculas que inician "Renta" y "Básica" en el título del volumen podría alterarse por modestas minúsculas sin pérdida alguna de significatividad y no acaba de verse la inclusión de la aportación de David Casassas y Germán Loewe ("Renta básica y fuerza negociadora de los trabajadores") en la sección 3^a. Tal vez la 2^a hubiera sido un destino menos forzado.

2. Augusto Monterroso escribió el que sin duda es el cuento más breve de todos los cuentos: "Cuando despertó el dinosaurio aún estaba allí". El lector encontrará, probablemente sorprendido, el apartado más breve de todos los artículos publicados o concebibles, sobre este o cualquier otro tema, en el capítulo 2º de Van Parijs ("La RBU y algunas alternativas", p.48) : cinco líneas.

3. Es mérito destacable, además de las polémicas indicadas, la inclusión de una contribución crítica como la de Aguiar a un punto sustantivo de la propuesta. Por ello, hubiera sido conveniente la inclusión de otras aportaciones en esa línea enmendadora. Como el coordinador ha dado pruebas infinitas de no querer negar a nadie la voz ni la palabra, tal vez ello implique la conveniencia de un próximo volumen.

4. La prioridad que Raventós apunta de la fundamentación normativa sobre el estudio de la posibilidad técnica de esta u otras propuestas político-económicas (pp.25-26) es sin duda encomiable, pero no acaba de verse la necesidad lógica de esa prioridad. Igualmente podría sostenerse que si algo no es viable técnicamente, no tiene excesivo sentido discutir su conveniencia o inconveniencia moral.

5. La definición de la propuesta incluye la extensión de la misma "a cada miembro de pleno derecho de la sociedad" (o expresión equivalente). Acotar dicho ámbito parece esencial para discutir provechosamente sobre la propuesta.

6. Más allá de su fundamentación normativa y su viabilidad técnica, podríamos preguntarnos, si admitamos un mínimo ámbito consecuencialista, sobre los efectos psicosociales de una medida de esta naturaleza. La experiencia acumulada en algunas sociedades por la concesión de ciertos subsidios condicionados podría sin duda ayudarnos.

7. Van Parijs señala en su contribución algunos de los antecedentes de la propuesta discutida. Entre ellas, las de Joseph Charlier y John Stuart Mill. En el año del centenario de Sir Karl Popper se me concederá poder finalizar

este comentario con este breve paso de "Utopía y violencia", uno de los ensayos recogidos en el clásico *Conjeturas y refutaciones*: "(...) luchad por la eliminación de la miseria por medios directos; por ejemplo, asegurando que todo el mundo tenga unos ingresos mínimos" (pp. 431-432).

- (1) Una respuesta al trabajo de Francisco Aguiar puede verse en Daniel Raventós y José Antonio Noguera, "La renta básica de la ciudadanía", *Claves de la razón práctica*, nº 120, marzo 2002, pp.33-43.

5. Desde un punto de vista estrictamente ético.

Peter Singer, *El presidente del bien y del Mal. Las contradicciones éticas de George W. Bush*. Tusquets, Barcelona 2004. Traducción de Victoria Ordoñez, 344 páginas.

Si algo ha caracterizado la primera presidencia de George W. Bush -y es muy posible que no haya tampoco alteraciones sustantivas en este punto en su segundo mandato- es su dificultad para reconocer el mínimo error en sus análisis, estrategias y decisiones. Recuerda Singer que, cuando en diciembre de 2003, cuando tras meses de búsqueda no se habían encontrado en Iraq las armas de destrucción masiva (punto nodal de la justificación del aniquilador ataque angloamericano), Bob Woodward hizo una larga entrevista a Bush en la que citó un comentario del primer ministro británico Tony Blair, laborista para más señas y máximo aliado del gobierno de EE.UU. en "la aventura iraquí": según Blair, toda persona que se hallara en su situación y dijera que no había tenido dudas, no era digno de crédito. Bush, sorprendido, respondió: "Yo no he tenido dudas". ¿De verás?", insistió Woodward, "¿ninguna duda?". "No", respondió el señor Bush.

Seguramente, detrás de estas respuestas y de la misma conservación, estén los consejos de los asesores de imagen del presidente del eje del Mal y el mismo director de su campaña presidencial. Pero cabe también no olvidar, como señala Singer, que la neta dificultad de Bush para admitir que está o ha estado equivocado en algún momento sobre un asunto cualquiera nace de su convicción moral de que sabe discernir perfectamente entre el bien y el mal. Está "tocado" y dotado moralmente. Singer sugiere y argumenta que esta convicción proviene de la fe religiosa del presidente "cuyas implicaciones van más allá del ámbito de las creencias privadas" (p.11).

Muchas de las declaraciones políticas del comandante en jefe del Ejército usamericano confirman esta apreciación de Singer: "Estamos involucrados en un conflicto entre el bien y el mal, y Estados Unidos llamará al mal por su nombre", "la libertad es el don que el Todopoderoso les hace a todos los hombres y las mujeres de la Tierra", "estamos obligados a alinear nuestros corazones y nuestras acciones con el plan divino, o con lo que podamos saber de este plan", "Dios no está del lado de ninguna nación, pero sabemos que está del lado de la justicia. Y la principal virtud de Estados Unidos es que, desde el momento de nuestra fundación, hemos optado por la justicia". En un momento de la citada entrevista con Woodward, Bush comentó: "Sabe, no es a a este padre [a su padre, al ex-presidente Bush] a quien deba pedirle fortaleza. Me dirijo a un padre superior".

A la ideología que subyace a estos comentarios y a las posiciones políticas derivadas, podemos o no caracterizarlas como fundamentalismo religioso. Sea como sea, en opinión de Singer, George W. Bush no es sólo el

presidente de Estados Unidos sino "su moralista más destacado" (p. 29). Pocos presidentes, pocos políticos de relieve, del Oeste, del Este o del Sur han hablado tanto, y tantas veces, sobre el bien y el mal, sobre lo lícito y lo ilícito, sobre lo correcto y lo incorrecto. Así, pues., sostiene Singer, parece consistente un tratamiento desde un punto básicamente ético de las posiciones defendidas por Bush. Pero, sostiene Singer, este ensayo no es sólo un estudio sobre la ética de un presidente estadounidense, sino la "visión que tiene un observador externo de una corriente importante del pensamiento de ese país: la forma de pensar que guía hoy las políticas de la nación dominante en el mundo, y que propugnan abiertamente el objetivo de convertir el siglo XXI en el siglo estadounidense" (p. 33).

Desde esta perspectiva moral, Singer analiza -y aniquila en casi todas las ocasiones-, con el rigor al que nos tiene acostumbrados, los asuntos y políticas centrales de la presidencia de Bush, dividiendo su análisis en una primera parte centrada en la política interior (política fiscal, pena de muerte, eutanasia, individualismo y libertad) y, en su segunda, en las relaciones entre el Imperio y el mundo (Tribunal internacional, Pax americana, Afganistán, Iraq). El capítulo final está dedicado al detallado análisis de la ética del presidente del (eje del) Mal.

Es posible admitir que las fronteras difusas entre la moral y la política no siempre son transitadas sin errata alguna por Singer en todas las secciones de su ensayo. Es posible que algunos comentarios marginales del autor de *Liberación animal* demanden una mayor aclaración. Podemos discrepar en algunos aspectos o en la perspectiva de la filosofía moral que subyace a los análisis de Singer. Pero siempre, sin excepción, se observará a lo largo de estas páginas un análisis riguroso, equilibrado, que intenta comprender correctamente -incluso mejorando, añadiendo matices inexistentes- las posiciones del otro, antes de iniciar su evaluación analítica y moral. Además de ello, las posiciones éticas de Singer no sólo están llenas de consistencia y coraje sino que suelen apuntar verazmente a aspectos nodales de las tradiciones emancipatorias. Un ejemplo: después de probar la inconsistencia entre la política fiscal de Bush y su apoyo a la igualdad de oportunidades, Singer afirma que sería un error creer que el ideal basado en la igualdad de oportunidades -en ocasiones, en muchas ocasiones, el máximo horizonte defendido por las izquierdas- sea una concepción adecuada de una sociedad justa. Sus (libertarias) razones: "No merecemos nuestros talentos naturales más de lo que merecemos heredar la riqueza de nuestros padres. Nuestra sociedad recompensa a los que destacan en el campo de los deportes, o en análisis financiero, o a los que son atractivos y saben actuar o cantar bien, pero da muy poco a los que no tienen nada que vender en el mercado excepto su trabajo físico, e incluso menos a los que no pueden trabajar. No hay nada intrínsecamente justo en esto. Reconocer que las recompensas que obtiene la gente están claramente influenciadas por la

fortuna de haber heredado algún talento debería llevarnos a mirar más allá de la igualdad de oportunidades" (p. 65).

El subtítulo inglés del ensayo de Singer no habla de contradicciones éticas sino, estrictamente, de la ética de George W. Bush. Esta vez, sólo esta vez, el olfato comercial de los editores ha mejorado un milímetro el original. La cuestión (dialéctica) pendiente es: cómo el Sr. Bush a pesar de estar lleno -más aún, pletóricamente rebosante- de contradicciones de todo orden y clase, puede encabezar, o servir de cabeza aparente, a un movimiento político que se presenta públicamente no como conservador sino como netamente revolucionario y que ha conseguido amplio apoyo entre la ciudadanía norteamericana, incluyendo sectores nada marginales de sus clases trabajadoras. Hace unos 30 años, Marvin Harris nos ofreció una clave interpretativa que, sin menospreciar posibles matices, no debería ser condenada al olvido: "Una relación proporcional como la que existe desde hace algún tiempo entre la magnitud de la investigación social y la profundidad de la confusión social sólo puede significar una cosa: la función social global de toda esa investigación es impedir que la gente comprenda las causas de su vida social" (Marvin Harris, *Vacas, cerdos, guerras y brujas*, p. 9).

Una recomendación final: el prefacio de Singer, fechado en mayo de 2004, es de lectura y relectura obligatoria. Con netos beneficios para el lector/a atento.

6. Miradas complementarias con matices disidentes.

Stephen Smith, *Negrología. Por qué África muere*. Debate, Madrid, 2006, traducción de María Pons, 254 páginas.

Bru Rovira, *Áfricas. Cosas que pasan no tan lejos*. RBA, Barcelona, 2006, 266 páginas.

Algunos datos, acaso innecesarios, sirvan para situarnos en un continente donde el 46%, casi la mitad de su población, tiene menos de 15 años, donde apenas dos tercios de los niños están escolarizados (unos 78 millones de niños no lo están), donde apenas un tercio acaba sus estudios de primaria, donde, según cálculos de las Naciones Unidas, en 2050 vivirán 1.800 millones de personas, una quinta parte de la población mundial, tres veces más que en Europa. Hay actualmente unos 26 millones de personas seropositivas, el 60% del total mundial, en el África subsahariana. La esperanza de vida en este territorio era, en 2005, de 45,9 años, mientras que a principios de los años noventa llegó a ser de 50. Nigeria, por poner un ejemplo ilustrativo, tiene ahora 220 millones de habitantes, tres veces más que hace 40 años, con un PIB medio inferior a 1.000 dólares por habitante. El hambre afecta a 460 millones de personas en este continente cercano, muy cercano, y la falta de agua potable a otros 300 millones. Según un informe del Banco Mundial de octubre de 2005, países como Ghana, Mozambique, Kenia y Uganda pierden entre una cuarta parte y la mitad de sus licenciados universitarios en beneficio de los 30 países ricos de la OCDE, que son los lugares donde esta población emigra por razones de todos conocidas..

El gobierno español, por poner un ejemplo aún más cercano, ha aprobado créditos de ayuda a países como Senegal y Mauritania recientemente. ¿Por qué, podemos preguntar, a esos países y en este momento? ¿Es ayuda desinteresada "al desarrollo"? Es una de las condiciones del presidente de Senegal para admitir la repatriación de más de 500 emigrantes llegados a Canarias, senegaleses supuestamente. Lo mismo, sin apenas matices, en el caso de Mauritania, país al que el gobierno español ha donado cuatro patrulleras, vehículos todoterreno, y ordenadores para que los utilicen en el control de la inmigración. España es, según un reciente informe de Intermón Oxfam, el primer país exportador de municiones para armas ligeras al África subsahariana, donde vendemos por valor de 1,2 millones de euros, casi el doble de lo que vende Francia y el triple de lo que vende Estados Unidos. Curiosamente, el principal comprador de municiones españolas es Ghana, a donde, en 2004, se exportaron unos 37 millones de cartuchos "para caza". Ghana es miembro de la Comunidad Económica de África Occidental que decretó en 1998 una moratoria sobre la importación,

exportación, producción y distribución de armas pequeñas y ligeras, así como sus municiones. Incumple, por tanto, sus propios compromisos, sin que ello importe, claro está, al gobierno y a los intereses españoles.

Pues bien, la tesis que defiende en *Negrología* Stephen Smith -periodista, analista político y corresponsal de *Le Monde*-, retomando desde su propia mirada algunas viejas y sabias consideraciones de René Dumont, donde el autor pone más el acento, es en las nefastas condiciones internas, en el ignominioso comportamiento de las élites gobernantes y en los señores de la guerra que, con toda seguridad, han igualado, si no superado en algunos casos, la crueldad, la explotación, la tiranía, la opresión, que impusieron a capa y espada las depredadoras potencias europeas: Francia, Inglaterra, Portugal, España, Bélgica, Italia. Según Smith, la élites africanas no creen en el futuro de su continente o en todo caso, mucho menos que las élites asiáticas o las clases dirigentes brasileñas (obsérvese el plano sociológico en que el autor sitúa su análisis). De ahí la tesis central que desarrolla a lo largo de sus páginas: "desde la independencia, África trabaja en su recolonización. Al menos, si este fuera el objetivo, no actuaría de otro modo. Solo que, incluso en eso el continente fracasa. Ya no hay nadie que esté interesado" (p. 37).

Se entiende, pues, que las principales críticas que ha recibido tienen de este marchamo: total abandono de la teoría de la dependencia y del papel de las grandes corporaciones y oligarcas mundiales, ausencia de crítica respecto a las relaciones internacionales realmente existente, olvido del pasado reciente africano, falta de consideración de muchas actuaciones concretas de países y grandes empresas de la UE, guerras promovidas y teledirigidas por intereses externos. En síntesis, dicen, Smith no ha mirado bien el mapa de África y no ha querido registrar realidades actuales cuya marca de fábrica no está en África sino en Europa y en lugares próximos. No es necesario señalarlo pero el autor, en cambio, considera muy bien argumentada su posición. "El presente no tiene futuro en África. Ese era nuestro punto de partida. Al llegar a la meta, *hemos terminado la demostración, que es aplastante, deprimente, irrecusable*. El continente se muere. Necesita cambiar, si no quiere sellar la suerte de una gran parte de la población" (p. 233). [la cursiva es mía]

. Bru Rovira es reportero y periodista de *La Vanguardia. Áfricas*, que sitúa un significativo mapa actual de África en la página 8, se centra en cuatro escenarios: Sur Sudán, Somalia, Liberia y Ruanda, que el autor ha recorrido repetidas veces en momentos de graves conflictos, y, desde luego, tienen muy presente las diversas historias que subyacen a la historia actual. Un ejemplo, al hablar del conflicto entre hutus y tutsis, Rovira recuerda que la explotación de los hutus eran tan grave durante los años cincuenta que incluso J. P. Harroy, un gobernador colonial de los años cincuenta, se dirigió a la metrópoli en 1958 para denunciar los abusos de las autoridades

autóctonas y alertar sobre la diferente de patrimonio entre algunos ricos – tutsis- y la gran miseria de las masas, los hutus. En la base del actual conflicto está, según Rovira, el miedo del tutsi a ser exterminado y el miedo del hutu a ser explotado. “Así es, efectivamente, concluye, a partir del momento en que, sobre el modelo colonial de separación, privilegios y explotación, los hutus empiezan a reclamar sus derechos y la “revolución social” no encuentra un modelo político que contenga la violencia ” (p. 237).

Un caso emblemático del señor de la guerra empresario fue el de Jonas Savimbi, dirigente de la guerrilla angoleña UNITA. El UNITA se enfrentó al movimiento de liberación anticolonialista del MPLA y para ello no le faltó todo tipo de ayuda de las potencias europeas, y de Estados Unidos. Era tiempos de la guerra fría. Rovira recuerda que Savimbi tiene a su familia y a sus propiedades repartidas entre las inmensas fincas que poesía, y que ahora poseen sus herederos, en Suiza y en Gran Bretaña. Como buen empresario controlaba su negocio bélico: “UNITA obtuvo unos beneficios aproximados de 3.700 millones de dólares con la venta de diamantes, mientras a causa de la guerra morían durante esas mismas fechas medio millón de angoleños” (p. 141).

Otro ejemplo. Según Aldo Anghessa, un turbio personaje relacionado con los servicios de inteligencia italianos, se activó en Italia a partir de 1987, con gobierno presidido por el “socialista” Bettino Craxi, un lobby de negocios criminales que gestionaba el tráfico de residuos radiactivos y tóxicos, de drogas y de armas, además de la venta de materiales nucleares. Uno de los procedimientos era la venta a los países del Tercer Mundo de esos residuos. Somalia fue uno de esos países. El ministro de Sanidad y el director del Banco Central somalíes firmaron contratos con empresarios italianos por la compra de productos médicos que jamás llegaron a Somalia. Sí que llegaron, en cambio, los residuos. La basura tóxica afloró en una de las playas donde una noche de 1992 los marines norteamericanos fueron recibidos con focos televisivos.

La tesis de Rovira, si podemos hablar de este modo, puede ser formulada así: la actuación de las potencias coloniales fue brutal pero lo ocurrido tras su independencia no da pie a ninguna esperanza. El artificioso y calculado mapa de sus fronteras, diseñado con toda meticulosidad por las antiguas metrópolis, era y es fuente de inestabilidad. La historia ha confirmado punto por punto la perversidad de esa estrategia, sin que ello signifique ninguna disculpa a la actuación de dirigentes y señores de la guerra africanos.

Si se mira bien, no hay oposición real entre esta mirada y señalar con los dedos, las manos y la máxima indignación los desmanes de muchos dirigentes actuales de África, que en ocasiones cuentan con notables y conocidos apoyos occidentales. Eso no quita, claro está, que para que África supere la situación no sólo la caridad o la ayuda solidaria son necesarias sino

el propio esfuerzo redentor, que decían los clásicos, conscientes de que el esfuerzo surge de la esperanza y ésta, admitámoslo, no es fácil en un continente donde, por ejemplo, los grandes laboratorios farmacéuticos usan a las personas como conejillos engañados para sus, en ocasiones, oscuras investigaciones.

En cuanto a Darwin, al que he releído otra vez, me divierte cuando pretende aplicar igualmente a la flora y a la fauna, la teoría de "Malthus", como si la astucia del señor Malthus no residiera precisamente en el hecho de que *no* se aplica a las plantas y a los animales, sino sólo a los hombres -con la progresión geométrica- en oposición a lo que sucede con las plantas y los animales. Es curioso ver cómo Darwin descubre en las bestias y en los vegetales su sociedad inglesa, con la división del trabajo, la concurrencia, la apertura de nuevos mercados, las "invenciones" y la "lucha por la vida" de Malthus. Es el *bellum omnium contra omnes* [la guerra de todos contra todos] de Hobbes, y esto hace pensar en la *Fenomenología* de Hegel, en la que la sociedad burguesa figura bajo el nombre de "reino animal intelectual" mientras que en Darwin es el reino animal el que presenta a la sociedad burguesa...

Marx a Engels, 18/6/1862.

Marx y los campos de actividad de los jóvenes radicales marxistas me proporcionaron mis temas de investigación e inspiraron mi manera de escribir sobre ellos. Aunque considerara desechable gran parte del planteamiento marxista de la historia, continuaría presentando mis respetos -profundos, por no desprovistos de sentido crítico- a lo que los japoneses llaman *sensei*, es decir, un maestro intelectual con el que se tiene contraída una deuda que no se puede pagar. Da la casualidad de que (con las reservas que el lector encontrará en estos ensayos) para mí la "concepción materialista de la historia" de Marx sigue siendo, con mucho, la mejor guía de la historia, tal como la describió Ibn Jaldún, el gran erudito del siglo XIV...

Eric Hobsbawm, *Sobre la historia*

La lección que podemos sacar de estas tesis precedentes, con vistas a un "buen uso de Marx en tiempo de crisis", se resume con toda claridad en el doble imperativo de la elección ética y de la acción que de ella se deriva; el término "ética" debe comprenderse aquí en el sentido negativo de rechazo crítico de cualquier ideología moral y en el sentido positivo de adhesión consciente al sistema de *valores* heredero de los movimientos de emancipación de los últimos siglos, aunque estas enseñanzas éticas hayan quedado hasta el presente en el terreno de la utopía como conjunto de anticipaciones racionales de la comunidad humana. Si hacemos nuestra la tesis según la cual nuestra tarea consiste en "cambiar el mundo" y no en pelearnos y dividirnos sobre problemas de "interpretación" del mundo, tendremos que hacer que el "cambio del mundo" sea comprendido un día como la tarea de esta "inmensa mayoría" que llamamos, desde Saint-Simon y Marx, "la clase más numerosa y más pobre". Para alcanzar este fin, deberemos renunciar al espíritu sectario, por tanto, a cualquier ideología y a

cualquier culto onomástico, pues sabemos que las oligarquías dominantes nada tienen que temer de las profesiones de fe revolucionarias que se lanzan, a lo largo de inflamadas páginas, los grupos ideológicamente divididos, con el pretexto de defender el "verdadero marxismo" o el "verdadero anarquismo".

No hace falta ninguna teoría, ningún "marxismo" para comprender que solamente la unión de las tendencias sinceramente revolucionarias tiene alguna probabilidad de actuar como fermento creativo para despertar las conciencias masivamente embrutecidas o adormecidas por los discursos permanentes de los que sostienen supersticiones oscurantistas, religiosas o nacionales, morales o militares. Sólo un movimiento organizado sobre la base de un proyecto global, depurado de cualquier ambigüedad ideológica y de cualquier referencia a doctrinas adoptadas desde ahora por usurpación en el lenguaje oficial de los regímenes decretados "socialistas" o "comunistas", sólo un movimiento de educadores educados en el espíritu crítico de los pioneros de la emancipación humana, y abiertos a la "poesía" de la comunidad humana todavía por nacer, sólo una tentativa así encierra la promesa, si no de un cambio inmediato del mundo, sí al menos de una preparación de las conciencias virtualmente revolucionarias y, por tanto, la promesa de la constitución futura de la "inmensa mayoría" en poder emancipador.

La enseñanza de Marx no está exenta de errores y no escapó a las influencias deletéreas del medio enajenante en el que se formó. Pero, a diferencia de otros pensadores del siglo XIX considerados como "grandes", Marx buscó para corregirse, el contacto con la "vil multitud", la comunicación con "la humanidad sufriente que piensa y con la humanidad pensante que está oprimida".

Maximilien Rubel, *Marx sin mito*

El gran objetivo al que sirve toda formulación teórica del marxismo es la intervención práctica en el movimiento histórico. Este principio revolucionario que da forma a toda su obra teórica, hasta los últimos escritos de su vida, ha sido expresado por Marx ya en su temprana juventud, cuando concluyó su tajante crítica del materialismo insuficientemente político de Feuerbach, con el siguiente potente martillazo: "Los filósofos se han limitado a interpretar variamente el mundo; pero lo que importa es transformarlo".

Karl Korsch, *Karl Marx*

XII. Marxismo

1. El sentido de la democracia

Cornelius Castoriadis, *Democracia y relativismo. Debate con el MAUSS*. Mínima Trotta, Madrid, 2007, 98 páginas. Introducción y notas Jean Louis Prat; traducción: Margarita Díaz.

Como indica Jean Louis Prat en su presentación, *Democracia y relativismo* tiene su origen en un debate público celebrado en 1994, entre Cornelius Castoriadis, fallecido tres años después, y redactores de MAUSS (Mouvement anti-utilitariste en sciences sociales). La transcripción fue efectuada por Nicos Iliopoulos y publicada en dos partes en la *Revue du MAUSS*, la primera con el título "La relatividad del relativismo" y la segunda como "La democracia".

Puede interpretarse el debate como un comentario de texto a la cita de Castoriadis que abre el ensayo: la etimología de "democracia" nos remite a la dominación del demos, del pueblo, de las masas. Si no tomamos dominación en sentido formal, y es eso precisamente lo que deberíamos hacer según Castoriadis, el dominio real presupone poder decidir por nosotros mismos sobre nosotros mismos y sobre cuestiones esenciales, y hacerlo con conocimiento de causa. En estas cuatro últimas palabras se centra todo el problema de la democracia: "Con conocimiento de causa". Ésta es la cuestión. Y la conclusión que de ello se deriva: no se trata de confiar el poder a una casta de burócratas incontrolados, ilustrados o no, incompetentes o no, sino en transformar la realidad social "de forma que los datos esenciales y los problemas fundamentales sean asequibles para los individuos y que éstos puedan decidir con conocimiento de causa". ¿Les suena? Efectivamente, es la vieja aspiración de las diversas tradiciones socialistas, de todas ellas, en el ámbito político, en el piso superior de la metáfora arquitectónica marxiana.

El ensayo está, como dijimos, dividido en dos partes. La primera, "La relatividad del relativismo" (pp. 27-60), se centra en la discusión de una tesis histórico-política de Castoriadis. Existe una singularidad en la cultura griego-occidental, cuyo germen proviene de la sociedad clásica griega (Heródoto: "los egipcios son más sabios y sensatos que los griegos"), que irrumpió probablemente en Europa a partir de los siglos XI o XII, desarrollándose a partir del XVI (Las Casas, Montaigne, Montesquieu, Swift), que no tiene por qué ser necesariamente modelo para otras sociedades ni para futuros más o menos próximos, y que puede ser expresada brevemente así: *la puesta en cuestión ininterrumpida de sí misma* (El sabor epistemológico de la expresión y su posible influencia en formulaciones de textos políticos de Karl Popper no parecen una simple ensoñación). El requisito, además, es esencial: sólo él permite que exista un movimiento político, sólo él posibilita la verdadera política.

Como es obvio, la crítica de eurocentrismo se asoma rápidamente en el horizonte. Aunque la formulación tiene adverbios protectores, Castoriadis sostiene reiteradamente que, en medio del descalabro existente, la cultura occidental “es más o menos la única en el seno de la cual puede ejercerse una contestación y un cuestionamiento de las instituciones existentes” (p. 35). Aún más, una cultura, una sola cultura, reconoce la igualdad de las culturas, mientras que las restantes no la reconocen. Es la misma cultura que permite la pregunta sobre si se es o no eurocentrista, mientras que no son permitidas preguntas similares, sobre si uno es irano o islamo-centrista, en las correspondientes sociedades. Para Castoriadis, desde el punto de vista de la elección política, no todas las culturas son equivalentes. No hay un relativismo transitable en este punto.

Sin embargo, aunque sostenga que la verdadera influencia de Occidente es cada vez menor, “porque la cultura occidental, en tanto que cultura democrática en el sentido fuerte del término, es cada vez más débil” (p. 42), Castoriadis no defiende que Occidente deba transformar esas otras sociedades: no se trata de hacer europeos a africanos o asiáticos, sino que, en esas sociedades, “hace falta que algo vaya más allá, y que existe en el Tercer Mundo, al menos en ciertas partes, comportamientos, tipos antropológicos, valores sociales, significaciones imaginarias...que podrían ser incorporadas a este movimiento, transformándolo, enriqueciéndolo, fecundándolo” (p. 43).

En la segunda parte, “La democracia” (pp. 60-98), se discute principalmente, y con vigor admirable, la tesis de la naturalidad de la democracia. La opinión de Castoriadis es más bien la opuesta: “creo que existe una *inclinación natural* de las sociedades humanas a la heteronomía, y *no a la democracia*” (p. 61). Existe, en su opinión, una inclinación natural a buscar fuera de la actividad propia de los seres humanos (fuerzas trascendentales, ancestros, el darwinismo del mercado) un origen o garantía del sentido. De hecho, la democracia, entendida como auto-institución explícita, no como un régimen de consenso que puede darse en una sociedad muy jerarquizada, es un régimen improbable, frágil, y ello es demostración de su artificialidad.

¿Y qué es, pues, la democracia para Castoriadis? No es un procedimiento. La democracia entendida así, “no quiere decir nada” (p. 69). La democracia no es el paraíso, no es un régimen perfecto que esté inmunizado contra el error, la aberración, el crimen o la locura. Es un régimen político donde existen derechos, donde existe el habeas corpus, la democracia directa -“la democracia representativa no es democracia” (p.70)-, donde la transformación de las condiciones sociales y económicas permite la participación ciudadana, una sociedad libre, autónoma, que permita cambiar sus instituciones, y que necesita de instituciones que permitan la rectificación y el nuevo hacerse. Con un corolario no marginal: nadie nace ciudadano, uno

se hace ciudadano. Para ello hay que aprender, y eso exige un régimen de educación.

Este apartado se cierra con una reflexión de interés sobre la tecnociencia contemporánea (pp. 97-98), que Castoriadis caracteriza del modo siguiente: "No se pregunta si hay necesidad, si se quiere. Se pregunta: ¿se puede hacer? Y si se pude hacer, se hace; y luego se encuentra la necesidad o se crea una". Somos, debemos ser en su opinión, la primera sociedad en la que la autolimitación del avance de las técnicas y la ciencia se plantee no por razones religiosas o por imposición, sino por *phrónesis*, por prudencia en el sentido aristotélico del término.

Como no podría ser de otra forma, algunas formulaciones de Castoriadis apenas están desarrolladas. Ello entraña riesgos. Por ejemplo, cuando critica la noción marxiana de planificación racional entre los intercambios de las personas entre sí y con la naturaleza ("No sé muy bien qué sentido puede tener eso" (p. 33), cuando habla de la adopción de ideas, de orientaciones decididamente capitalistas por parte del movimiento obrero y particularmente por el marxismo (p. 47) o cuando habla, con mejorable formulación, de la "expropiación del movimiento obrero popular por el marxismo" (p. 59).

Esta edición española ha tomado como base los textos publicados en la *Revue du MAUSS* pero ha corregido errores y lagunas de la edición francesa y ha incorporado varias intervenciones omitidas. Constituye, por tanto, la edición más completa del debate. Por primera vez, una edición española supera una edición de la Francia republicana. Los buenos oficios de los afrancesados Rafael Miranda, Margarita Díaz, traductora del volumen, de Jean Louis Prat, autor de las documentadas notas y de la magnífica introducción que acompañan la edición, de Juvenal Quillet, de Jordi Torrent, cuya pulsión intelectual por todo lo humano es admirable sin límite perceptible, y de Juan Manuel Vera han sido decisivos para este regalo. Gracias por ello.

2. Encomiable sensatez analítico-marxista

Terry Eagleton, *Ideología. Una introducción*, Paidós, Barcelona, 1^a edición en la colección *Surcos*, 2005; 293 páginas (traducción de Jorge Vigil Rubio).

Ideología de Eagleton se abre con dos breves textos de Rorty de *Contingencia, ironía y solidaridad*. El segundo de ellos dice así: 'Sobre la inutilidad de la noción de "ideología" véase la obra de Raymond Geuss, *The Idea of a Critical Theory*'. Este ensayo, este deslumbrante ensayo del autor de *Después de la teoría*, puede leerse como un documentado intento de discutir la (satisficha) tesis de Rorty sobre la inutilidad de este concepto, a pesar de que también él reconoce las bondades de este ensayo: "un estudio particularmente elegante y riguroso sobre el tema, con especial referencia a la escuela de Frankfurt" (p. 285).

Si el Ser se dice de numerosas maneras, la noción de ideología no habla con menos registros. *Ideología*, como es sabido, es una noción particularmente polisémica. Eagleton da una lista con dieciséis significados (pp. 19-20), no todos ellos internamente consistentes. La categoría jugó un papel central en algunas discusiones del marxismo de los años sesenta y setenta. Autores como George Lichtheim, Adolfo Sánchez Vázquez o Raymond Williams, entre muchos otros, desde diferentes perspectivas y con resultados diversos, se aproximaron a esta noción. La crítica a las ideologías fue central en la filosofía de Althusser y en su defensa del carácter científico del marxismo maduro. Pero también en otras tradiciones la noción sobrevoló con frecuencia: en los intentos de Popper de delimitar la ciencia natural frente a teorías formales, metafísicas o bien frente a criticadas concepciones pseudocientíficas (acaso, ideológicas), o en la insistencia de Kuhn en el papel de los aspectos valorativos, culturales, acaso ideológicos, en los momentos de crisis, de revolución científica y de irrupción e instauración de nuevos paradigmas.

Que aquellas discusiones no siempre tuvieron una deseable precisión conceptual es cosa admitida; que la situación planteaba algunas aristas paradójicas a las propias tradiciones emancipatorias no fue tampoco asunto ignorado. Se pretendía, por una parte, construir teoría, no repetir litúrgicamente citas de clásicos, intervenir políticamente de forma informada, alejada de ideologismos o presupuestos poco analizados, pero, por otra parte, se sostenía la necesidad del compromiso político, de la pulsión y debate ideológicos, del humanismo con valores normativos, frente a concepciones tecnocráticas bien instaladas que, previamente al reiterado final de la historia, proclamaban gozosas el anhelado fin de las ideologías (que solía ser, eso sí, el feliz entierro de las ideologías adversas) y el indiscutible triunfo de lo único posible, del saber tecnocrático, que coincidía básicamente con las líneas, intereses, valores y reflexiones afines a los círculos mejor

instalados. De ahí la sabia recomendación de Eagleton: la medida en que se está dispuesto a utilizar el término “ideología” en relación con las propias ideas políticas es un índice fiable de la naturaleza de la ideología política, atendible o no, de cada uno (p. 25).

¿Tiene sentido después de todo ello aproximarse a este concepto con alguna utilidad teórico-práctica, con alguna posibilidad de ganancia conceptual? ¿Puede aún servirnos esta noción? ¿No ha proclamado reiteradamente la misma izquierda la caducidad de esta categoría? ¿No condenamos por ideológicas las creencias asociadas al neoliberalismo omnimercantil o a “la teoría” del diseño inteligente? ¿Las teorías postmodernistas no han insistido acaso en la coincidencia del fin de la modernidad y del final de las ideologías? Este es precisamente uno de los temas centrales del ensayo de Eagleton: la explicación de esta paradoja, mostrar por qué en un mundo atormentado por conflictos ideológicos la noción misma de ideología se ha evaporado sin dejar huella en los escritos postmodernos y postestructuralistas, con la diferencia de que la vieja ideología del final de las ideologías era netamente de derechas (con una difícil intersección con la concepción marxiana y marxista de la ideología como falsa conciencia) y que, en cambio, el rechazo postmoderno adquiere en ocasiones tintes radicales. Eagleton responde a estas cuestiones en este ensayo que estructura en apartados como los siguientes: a) ¿Qué es la ideología? b) De la Ilustración a la segunda internacional. c) De Lukács a Gramsci. d) Discurso e ideología. Combina, pues, precisas discusiones analíticas y rigurosas miradas históricas a un tiempo: *Ideología* no es tan sólo una aproximación al devenir de este concepto sino una atenta mirada, lleva de matices y de ideas novedosas, sobre grandes debates de las últimas décadas del XX. Si se quiere una prueba concluyente del modélico hacer de Eagleton, basta mirar atentamente las páginas 42 y ss que dedica a las posiciones de Louis Althusser en este campo.

Hay varias presuposiciones (sin duda, ideológicas) en esta recomendación de *Ideología*. Confesaré una de ellas: este reseñador tiene predilección por ensayos que se enfrentan a sesudos asuntos filosófico-políticos, como sin duda es éste, y lo hacen con pertinentes descensos terrenales. Así, Eagleton señala de entrada que la consabida consideración de ideología como un conjunto particularmente rígido de ideas no se puede mantener por la simple razón de que no todos los conjuntos rígidos de ideas son ideológicos. El ejemplo es del propio autor: “Yo puedo tener ideas inflexibles poco comunes acerca de cómo cepillarme los dientes, sometiendo a cada uno de mis dientes a un número exacto de cepillados y utilizando sólo cepillos de dientes de color malva, pero sería extraño, en cualquier caso, llamar ideológica tal postura” (p. 24). Para Eagleton, algo más en serio, la fuerza del término reside en su capacidad para discriminar entre aquellas

luchas por el poder que son de alguna manera centrales a toda forma de vida social y aquellas que no lo son.

Las conclusiones del ensayo están sucintamente expuestas en las páginas 281-284. Como, una vez más, lo decisivo no es la meta sino el camino hacia ella, no me resisto a dar aquí un pequeño adelanto:

1. La visión racionalista de las ideologías como sistemas de creencias conscientes y articulados es insuficiente, porque “pasa por alto las dimensiones afectiva, inconsciente, mítica, simbólica de la ideología”, pero ello no implica que las ideologías carezcan de un importante contenido proposicional o que proposiciones como las que formulan no puedan valorarse semánticamente.

2. Gran parte de las afirmaciones que sostienen las ideologías son verdaderas, dado que serían ineficaces en caso contrario, pero contienen también enunciados falsos: no por una cualidad inherente sino por su frecuente intento de ratificar y legitimar sistemas políticos injustos y opresivos.

3. La concepción sociológica que señala que la ideología es el cemento de una formación social, o una proyección cognitiva que orienta a sus agentes a la acción, tiene un efecto despolitizador, vaciando al concepto de todo conflicto y contradicción. La ideología nunca es mero efecto expresivo de intereses sociales objetivos, aunque tampoco todos los significantes ideológicos son independientes de estos intereses. La ideología contribuye a la constitución de intereses sociales, no sólo refleja pasivamente posiciones dadas de antemano.

4. Las ideologías no son entidades ultramundanas. Todo lo contrario: la ideología suele ser una fuerza social que constituye a los sujetos humanos en la raíz de su experiencia vivida y les dota de formas de valor y creencia relevantes para sus tareas sociales y para la reproducción del orden social.

5. No se impone fácilmente el optimismo en relación a la forma de rebajar la letal presión de las ideologías. El ámbito donde estas formas de conciencia pueden transformarse muy rápidamente es en la lucha política: cuando en un determinado lugar, de forma aparentemente modesta y local, algunos ciudadanos se ven llevados a una confrontación directa con el poder del Estado e instituciones dominadoras, su conciencia política puede modificarse de manera irreversible y definitiva. ¿Qué valor tiene entonces la teoría de la ideología? Contribuir a iluminar el proceso por el que puede llevarse a cabo en la práctica esta liberación respecto de creencias que versan, frecuentemente, sobre la muerte.

La traducción de Jorge Vigil Rubio hace justicia al texto de Eagleton. Tres breves comentarios: a) “performativo” acaso sería una palabra que deberíamos evitar en la lengua castellana. b) Hay un “sino” que falta en la página 23 (“Esto, como el lector advierte, no es en sí mismo ... un punto de vista ideológico”). c) Hay una errata de “suprimidos” por “oprimidos” en “De

hecho, la mayoría de los pueblos suprimidos a lo largo de la historia no han concedido de manera patente este crédito a sus gobernantes..." (p. 60) y un "reducible por "irreducible" en "La estructura del fetichismo de la mercancía es igualmente reducible a la psicología del sujeto humano" (p. 283).

En síntesis: si al igual que a este reseñador compungido, a alguno de ustedes les faltó tiempo o información y no leyó en su momento (original inglés, Verso, 1995; primera traducción castellana, 1997) este deslumbrante trabajo de Eagleton, no tengan duda alguna: regálenselo, no se arrepentirán se lo aseguro. Merece ser un clásico (y esto no es un sólo una creencia ideológica).

3. Movimiento de apertura hacia nuevas indagaciones.

Terry Eagleton, *Después de la teoría*. Debate, Madrid, 2005, 235 páginas (traducción de Ricardo Pérez García).

Si una tradición cultural, filosófica, es capaz de generar un ensayo de estas características y recuerda a continuación el lugar común y transitado que sostiene que esa misma tradición está herida de muerte, condenada por la Historia, en franca agonía o trasladada al archivo de los trastos inútiles, puede pensar, y seguramente piense bien, que estamos ante una broma (de mal gusto), ante un simple oxímoron, o que es, una vez más, una muy sesgada valoración ideológica o bien que es un simple enunciado paradójico que, en el mejor de los casos, pretende señalar de forma confusa otros blancos, otros puntos de reflexión. Intentaré justificar en lo que sigue esta consideración.

Eagleton señala inicialmente que su ensayo está pensado para lectores interesados en el estado actual de la teoría cultural e intenta ofrecer argumentos contrarios a la ortodoxia vigente dado que, en su opinión, esta ortodoxia no aborda "problemas que pretendan cumplir en grado suficiente con las exigencias de nuestra situación política, y pretendo exponer con detalle por qué sucede esto y cómo podría remediarse" (p. 11). Es por ello que su estudio es, al mismo tiempo, un comentario crítico y documentado sobre consideraciones centrales del posmodernismo, tendencia cultural que el autor define en los términos siguientes: "movimiento de pensamiento contemporáneo que rechaza las totalidades, los valores universales, las grandes narraciones históricas, los fundamentos sólidos de la existencia humana y la posibilidad de conocimiento objetivo. El posmodernismo es escéptico ante la verdad, la unidad y el progreso, se opone a lo que entiende que es elitismo en la cultura, tiende hacia el relativismo cultural y celebra el pluralismo, la discontinuidad y la heterogeneidad" (p. 229).

El tema del ensayo es, pues, la teoría cultural. La edad del oro de esta disciplina -de la teoría filosófica y científica sobre la cultura que tuvo como nombres destacados a Lacan, Lévi-Strauss, Althusser, Barthes, Foucault, Williams, Irigaray, Derrida, Kristeva, Bourdieu, Habermas, Jameson o Said- terminó hace tiempo (para una interesante síntesis de la evolución política de algunos de estos autores: páginas 48-49). Vivimos en la época que siguió a la alta teoría, "en una época que tras enriquecerse con los puntos de vista de pensadores como Althusser, Barthes y Derrida también los ha superado en algunos aspectos" (p. 14). ¿Qué tipo de pensamiento exige esta nueva época? Para responder a esa pregunta, Eagleton señala que debe hacerse un balance de la situación y a ello dedica el primer capítulo de su ensayo: "La política de la amnesia". Entre los éxitos de la teoría, establecer que el género y la sexualidad son legítimos objetos de estudio, al igual que la cultura

popular, y rescatar lo que la cultura ortodoxa ha situado en los márgenes. Con su corolario: romper con el mito del dogma puritano de que una cosa es la seriedad y otra es el placer (aunque en el placer, desde luego, no haya nada intrínsecamente subversivo; como señalaba el mismo Marx, esto es credo rigurosamente aristotélico).

Por otra parte, la propia teoría cultural debería ser capaz de ofrecer una explicación de su propio nacimiento, auge y decadencia. Es el tema del capítulo 2, en el que de nuevo aparece la prudente y equilibrada consideración de Eagleton sobre el marxismo. En este paso por ejemplo: "El marxismo había marginado sin duda el género y la sexualidad. Pero en modo alguno había obviado esos temas, aun cuando gran parte de lo que tuviera que decir sobre ellos fuera lamentablemente insuficiente" (p. 43). Pero, añade matizadamente, el marxismo no es una filosofía de la vida ni una teoría del origen y estructura del universo que se sienta en la obligación de pronunciarse sobre todo: es, básicamente, una explicación de cómo un modo de producción se transforma en otro.

A medida que las décadas de los sesenta y setenta se fueron convirtiendo en los posmodernos años 80 y 90, la irrelevancia del marxismo iba pareciendo más llamativa. Fue el camino hacia el posmodernismo, tema del capítulo 3º, con excelentes apuntes sobre los "antiteóricos" Richard Rorty y Stanley Fish (p. 66-67), destacando la ironía profunda en la que estamos abocados: en el preciso momento en que hemos empezado a pensar en pequeño, la historia ha empezado a agrandarse. Vivimos en un mundo en el que la derecha política actúa globalmente mientras que la izquierda posmoderna piensa localmente: por ello, la teoría cultural necesita y debe empezar a pensar con ambición una vez más.

Antes de ponerse en ello, el autor hace balance en el capítulo 4º de sus victorias y derrotas. Entre ellas, como era de suponer, el tema de su oscuridad expresiva. Eagleton señala con justicia que no todos los teóricos culturales escribieron de forma espantosa: Adorno, Barthes, Foucault, Jameson, se encuentran entre los grandes estilistas literarios de nuestro tiempo, pero, además, hay algo políticamente escandaloso en el hecho de que la teoría cultural *radical*(la cursiva es de Eagleton) sea oscura de forma intencionada: no es, esencialmente, por el hecho de que podría llegar a multitud de ciudadanos trabajadores si usara palabras más cortas (o acaso, a un mayor número de ellos, fueran o no multitud) sino porque la idea cultural en su conjunto es, en sus auténticas raíces, una idea *democrática*: la teoría que nació en la espesa jungla socialista de los años sesenta pensaba que para sumarse al juego bastaba con aprender determinadas formas de hablar, accesibles en principio a todo el mundo; no era necesario "tener una pareja de purasangres atados a la puerta" (p. 89).

El balance de Eagleton: la teoría cultural ha prometido enfrentarse a problemas fundamentales pero en general no ha conseguido cumplir su

promesa. Ha fallado en un ámbito demasiado grande de la existencia humana (moralidad, metafísica, amor, biología, religión, revolución, muerte, sufrimiento, verdad, objetividad) y en momentos históricos bastante delicados para descubrir precisamente que uno tiene poco o nada que decir acerca de esas cuestiones. Pues bien, a algunos de estos temas dedica Eagleton el resto de su ensayo: en el capítulo V, habla de "Verdad, virtud y objetividad"; en el sexto de la moralidad; en el séptimo de "Revolución, fundamentos y fundamentalistas", y en el 8^a de "La muerte, el mal y el no ser". El lector aceptará que no intente resumir nada de lo dicho y que invite a la lectura atenta de estas páginas, donde encontrará pasos tan sabrosos como el siguiente: "En el plano del conocimiento tácito o informal, por tanto, los pobres saben mejor que sus gobernantes qué sucede con la historia. La objetividad y la parcialidad son aliados, no rivales. Lo que en este sentido no favorece mucho la objetividad es la ecuanimidad de criterio de los liberales. Es el liberal el que se traga el mito de que uno solo puede ver las cosas adecuadamente si no opta por ningún bando. Es la visión de la realidad del capellán de fábrica" (p. 145).

El balance de su indagación está expresado con claridad: con el lanzamiento de una nueva narración global del capitalismo, junto con su permanente guerra contra el terrorismo, podría suceder que este estilo de pensamiento que conocemos como posmodernismo esté tocando a su fin y que esa misma teoría que aseguraba que las grandes narraciones eran cosa del pasado acaso pueda ser vista como una de las pequeñas narraciones que tanto estimaba. Ello conlleva un desafío para la teoría cultural: para "dedicarse a hacer una historia global ambiciosa, debe contar con recursos propios de los que responder, acordes de profundidad y alcance adecuados a la situación a la que se enfrenta. No puede permitirse simplemente seguir contando una y otra vez las mismas narraciones de clase, raza y género, por indispensables que sean estos temas" (p. 228). Debe escapar, pues, de ortodoxias sofocantes, explorar nuevos temas. Como el propio Eagleton señala, *Después de la teoría* debe verse como un movimiento de apertura en esa indagación.

Lo confieso: los únicos puntos en los que este reseñador está parcialmente en desacuerdo son algún paso con resabio hegeliano -"Como sucedió en la caída del apartheid o con el desmoronamiento del comunismo, esos cambios *sólo* se producen cuando son necesarios. Es cuando no es probable que una alternativa viable al régimen actual sea más duradera que el propio régimen cuando la gente puede llegar a tomar la decisión eminentemente racional de no continuar con lo establecido"- y en la probablemente excesiva generosidad que despliega Eagleton respecto al estilo literario de autores destacados de esa edad de oro de la teoría cultural. En lo demás, el acuerdo, el reconocimiento es total, y lo debido no es poco.

En síntesis apretada pero veraz: a los usuales atributos a las que nos tiene acostumbrados Eagleton (rigor intelectual, sabiduría narrativa, fina ironía, corrección argumentativa, información esencial) hay que sumar una vez más un adjetivo infrecuente: deslumbrante, absolutamente deslumbrante.

4. Intervención en la vida

Erich Fried: *Amor, duelo, contradicciones. Antología.* Editorial Losada. Madrid, 2005. 154 páginas Selección y traducción del alemán por Jorge Riechmann.

El último poema de *Amor, duelo, contradicciones* -"En lugar de un postfacio" (p. 154)-, dice así: "También lo que escribí/ contra la vida/ está escrito a favor de la vida /También lo que escribí/ a favor de la muerte/ está escrito contra la muerte". Si alguien leyó, y no olvidó, *Toques a rebato, Cien poemas apátridas* o *Exercicis preparatoris per a un miracle*, acaso lo mejor que puede hacer es empezar a leer esta antología poética que nos ha regalado Jorge Riechmann por este poema o por "En el tiempo de los por nacer (25 años después de la muerte de Brecht)". Se dará cuenta entonces, inmediatamente, que Fried no perdió nunca ni un punto -ni un átomo siquiera- de su admirable perspectiva irónico-poética, y que incluso ganó más de una arista. Si por edad o por inadvertencia no se conocen, en estos patrióticos tiempos, sus poemas apátridas, tal vez se debiera empezar la lectura por esta dialéctica declaración de intenciones: "Quien/ de un poema/ espera su salvación/ haría mejor/ en aprender/a leer poemas./ Quien/ de un poema/ no espera salvación ninguna/ haría mejor/ en aprender/a leer poemas".

Erich Fried nació en Viena el 6 de mayo de 1921, ciudad en la que vivió hasta los 17 años. En 1938, la Gestapo asesinó a su padre en un interrogatorio. Él y su madre tuvieron que exiliarse a Inglaterra. Poco después le llegaron noticias de la muerte de su abuela y de más familiares en Auschwitz y en otros campos de exterminio nazis. A los 23 años publicó su primer libro de poemas, *Deutschland* [Alemania], seguido de *Österreich* [Austria]. Tradujo al alemán a Dylan Thomas, T. S. Eliot y a Shakespeare. Murió el 22 de noviembre de 1988, en Baden-Baden. En 1963, se había integrado en el colectivo poético Gruppe 47.

Riechmann apunta en su nota introductoria que la commoción que significó para Fried la guerra de Vietnam, le impulsó a ahondar su muy personal compromiso con la lucha por el socialismo y la libertad, y que, desde entonces, el desarrollo de su poesía acompañó el devenir de las izquierdas no autoritarias en los países de lengua alemana (y en lugares no tan próximos). Su poesía se nutre, obviamente, de experiencia personal, de marxismo (tendencia "je ne suis pas un marxiste"), de teoría crítica frankfurtiana (sin olvidar aquel inolvidable "Dialéctica negativa, uno de los mejores poemas de *Cien poemas apátridas*), de psicoanálisis y de ecología. Pero su poesía política, que sirve y sirvió, no es didáctica si se entiende por tal la transmisión acrítica y repetida de consignas, de contenidos intelectuales o modos de comportamiento para uso y disfrute sin error. No, es una poesía

de investigación que "explora e invita a explorar, anima al lector o lectora a reconstruirse y lograr su autonomía como sujeto. Transmite cierta aptitud o compostura poética: lo más alejado de cualquier "pose". Es poesía para no perder la compostura. Un acto de esperanza, decencia y dignidad humana" (p. 12).

Y este acto poético de decencia y dignidad humanas enseña de nuevo la importancia del lenguaje y de la sensibilidad poéticas para la formación e intervención del militante de izquierdas no adormecidas. Aprende uno más meditando sobre cualquiera de los poemas de Fried contenidos en esta antología que leyendo o releyendo entre bostezos ensayos o artículos reiterativos sin matices ni prudencia de lo ya sabido, aprendido y conocido. Tal vez, por ello, pueda proponerse una propuesta político-poética que puede ser aparcada pero que difícilmente puede ser vista como un simple extravío: iniciase cualquier reunión política del futuro, para hombres y mujeres de ese futuro, con la elección, lectura y comentario de un poema de Fried. Luego, prosígase con la discusión y la aceptación o rechazo de propuestas. Más de un malentendido, más de un sable desenfundado, más de una incomprendición o resentimiento quedaría disuelto -o como mínimo desplazado- con esa terapia poética minimalista.

Los poemas aquí contenidos presentan además un hilo de continuidad: la antología confeccionada por Riechmann empieza donde acababa *Cien poemas apátridas*. El autor de *La estación vacía* ha incorporado exclusivamente poemas del último decenio de la vida de Fried: de 19791 a 1988. El título de la antología, puesto por Riechmann, es el subtítulo de un libro de Fried de 1988: *Unverwundenes -Liebe, Trauer, Widersprüche*.

Por lo demás, el lector no encontrará en esta antología sólo poemas estrictamente políticos, sino también amables poemas amorosas, con arista política eso sí, y con no menor posición vital e incluso epistémica. Por ejemplo, este "Discursos" con el que Riechmann abre el volumen: "Hablar a los hombres / de paz / y mientras estar pensando en ti. / Hablar de futuro/ y mientras estar pensando en ti/ Hablar del derecho a la vida /y mientras estar pensando en ti/ Del miedo por nuestros semejantes/ y mientras pensar en ti: / ¿es hipocresía / o es por fin la verdad?".

Si pueden leer a Fried en alemán, no dejen de hacerlo; si no es el caso -como, ay, es mi caso- tampoco se preocupen en exceso: Jorge Riechmann, nuestro poeta y traductor, nos ha regalado, una vez más, una traducción excelente de la obra de otro poeta y traductor. Y no es tan sólo esta coincidencia, digamos, profesional: hay mucha consideración lírica compartida. Por ejemplo, una hermosa vindicación y uso de la mejor dialéctica para ver y entender las contradicciones o contraposiciones de la vida personal y pública, sabedores ambos de que: "Noche tras noche/ me ayudan sus poemas/ porque ellos buscaron ánimos y consuelo/ como yo".

5. Autobiografía de un historiador que nunca se ha puesto unos vaqueros

Eric Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*. Crítica, Barcelona 2003. Traducción de Juan Rabasseda-Gascón, 411 páginas.

Hay tres razones básicas iniciales para recomendar la lectura atenta de estos *Años interesantes* (AI) de Eric Hobsbawm (EJH) -tal vez, como ha señalado Orlando Figes, el historiador vivo más conocido del mundo-: la primera razón, apuntada por Perry Anderson, aparece en la contraportada de la edición castellana: las cualidades de este ensayo son tales que "es casi imposible leerlo sin relacionarlo enseguida con su obra de historiador. Nos encontramos con una especie de quinto volumen [los cuatro son sus "Eras"], escrito en un registro más personal, de un proyecto continuo que podría llamarse simplemente "la Era de EJH"." Quien haya leído cualquiera de los cuatro volúmenes a los que se refiere Anderson (o todos ellos), comprenderá que no hay mejor recomendación concebible que la apuntada por el autor de *Las antinomias de Gramsci*. Estamos ante una nueva vuelta por el siglo XX de la mano del autor de la *Historia del siglo XX*. La segunda razón es visual: el curioso semblante de EJH en la fotografía de la portada, y su no menos singular gesto, pide a gritos susurrados sumergirse en la lectura de la autobiografía de un historiador -que sigue sosteniendo que el comunismo continúa vigente como motivación y como utopía-, cuya vida se inició en Alejandría en 1917, transcurrió en Viena y Berlín durante años decisivos para la historia europea, para desembocar algo más tarde en Londres y Cambridge. Finalmente, en tercer lugar, porque AI pertenece a la excelente aunque escasamente amueblada categoría de libros que exigen una relectura inmediata después de haber sido leído por primera vez y una localización no muy alejada de la mesa de estudio, sea cual sea el estudio en el cual uno (o una) se encuentra o encontrará inmerso.

Estas tres razones esenciales, sucintamente explicitadas, pueden ser fundamentadas con algo más de espacio mediante el siguiente decálogo:

1. *Años interesantes* es presentado por Hobsbawm como una autobiografía y es, efectivamente, una autobiografía.

No hay aquí ninguna vacía tautología. La cantidad de publicaciones (o afines) presentadas como biografías o autobiografías pero que, en el mejor de los supuestos, son de hecho narración descuidada, ficción urgente, especulación interesada, justificación política, re o deconstrucción histórica, desvarío ególatra, negocio, apuesta o cálculo textil-industrial, etc. -largo etcétera-, se aproxima, según los últimos y documentados estudios conocidos, al tercer elemento de la serie aléfica de los infinitos. AI no está ni puede estar incluido, bajo ningún punto de vista y sea cual sea la perspectiva de análisis, es ese denso, poco veraz y escandaloso dominio.

2. La modestia no postiza que acompaña al autor.

No es frecuente encontrar negro sobre blanco, ya en los compases iniciales de la narración (p.9), y más tratándose de un ensayo de uno de los grandes científicos sociales de los siglos XX y XXI, una reflexión tan prudente como la reflejada en el siguiente apunte:

“(...) si por lo que fuese mi nombre desapareciese completamente de la vista, como ocurrió con la lápida de mis padres en el Cementerio Central de Viena que hace cinco años anduve buscando en vano, no se produciría ninguna laguna en el relato de lo sucedido en la historia del siglo XX, ni en Gran Bretaña ni en ninguna otra parte”.

E, igualmente, refiriéndose a su trabajo y éxito como historiador en los años sesenta:

(...) Ese fue el motivo del triunfo a mediados de los años sesenta de la maravillosa obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de E. P. Thomson, que elevó a su autor, con todo merecimiento, pero para sorpresa general, a la fama internacional prácticamente de la noche a la mañana. Durante algún tiempo los profesores de más edad se quejaron de que los estudiantes no leían prácticamente ningún otro libro. Yo no tenía ni el genio de Edward ni su carisma ni sus ventas, pero también escribía sobre los temas, y con los mismo sentimientos, que atraían a los lectores universitarios radicales (p. 282).

O, finalmente y transitando por el mismo sendero, al hacer referencia a su marxismo juvenil, EJH no nos oculta que:

“Mi marxismo era, y en cierta medida sigue siendo, el adquirido a partir de los únicos textos entonces disponibles fuera de las bibliotecas universitarias, las obras y las antologías de los “clásicos” distribuidas sistemáticamente, publicadas (y traducidas en ediciones locales fuertemente subvencionadas) bajo los auspicios del Instituto Marx-Engels de Moscú” (p. 97). [cursiva mía]

3. Joyas dispersas en las páginas de AI.

Botón de muestra. En los momentos finales de uno de los capítulos más hermosos de AI (“Un niño en Viena”, pp.19-33), EJH da cuenta de un réplica de su madre ante un comentario suyo sobre el comportamiento de un familiar: “Nunca hagas nada, ni por asomo, que dé la impresión de que te avergüenzas de ser judío.” Hobsbawm señala que, desde entonces, ha intentado llevar siempre este principio a la práctica, “aunque a veces suponga verdaderamente un esfuerzo muy arduo, a la luz de la actuación del gobierno de Israel” (p.33). La condición asumida de “judío no judío”, no de “judío renegado”, no impide al autor de *La era de la revolución* señalar, con coraje cívico modélico y razonable, que:

- a) No ve que existan razones ni que tenga la obligación moral de observar las prácticas de una religión ancestral.
- b) Mucho menos, desde luego, la de servir ciegamente a una pequeña nación-Estado militarista y políticamente agresiva.

c) Ni incluso asumir la postura del judío que, con la fuerza de la Shoah, señala Hobsbawm, "afirma ante la conciencia mundial unos derechos exclusivos como víctima de una persecución. El bien y el mal, la justicia y la injusticia, no puede abanderarlos ni un sola raza ni una única nación" (p.33).

4. Las reflexiones históricas documentadas como marco del relato.

Los ejemplos son constantes, dado que EHJ no ha pretendido escribir un relato autobiográfico donde el ámbito personal degenera en cotilleo, en detalle insustancial o en chafardería televisiva, pero si tuviese que escoger algunos de ellos no tendría apenas dudas: los capítulos cuarto ("Berlín: la muerte de la república de Weimar") y quinto ("Berlín: marrón y roja") no sólo son buenos sino que son excelentes. Así, las páginas dedicadas a su temprano compromiso político o a la tesis (¿tesis?) del socialfascismo son de lectura obligada. Los momentos, las circunstancias vividas eran, además, tiempos difíciles, muy difíciles:

"(...) El reparto de propaganda electoral a favor del KPD no era cosa de broma, especialmente durante los días posteriores al incendio del Reichstag. Tampoco lo era votar comunista, aunque el 5 de marzo esa siguió siendo la opción de más de un trece por ciento del electorado. Teníamos derecho a tener miedo, pues no sólo arriesgábamos nuestra piel sino también la de nuestros padres" (p. 79).

5. All that jazz!

EJH fue crítico musical con seudónimo en el *New Statesman and Nation* y autor de un documentado libro sobre jazz (*The Jazz Scene*). En AI nos regala comentarios de interés, dispersos aquí y allá, en absoluto obviables, de una música "con una fuerte capacidad de emocionar" y que, como ha señalado él mismo, en repetidas ocasiones, le abrió en su faceta de historiador un campo de análisis histórico de sumo interés para su aproximación y entendimiento de los fenómenos culturales populares. Aunque de hecho, señala Hobsbawm, el jazz no es una música popular, una curiosa melodía de Cole Porter sobre amor y revolución (p.118) acompañó sus combativas actividades políticas universitarias en la década de los treinta.

La misma elección del seudónimo para sus críticas musicales no fue casual:

(...) escribí bajo el seudónimo de Francis Newton, en homenaje a Frankie Newton, uno de los pocos músicos de jazz del que se sabe que era comunista, un trompetista excelente, aunque no una superestrella, que tocó con Billie Holliday en la maravillosa sesión de Commodore Records de la que saldría 'Strange Fruit' (p. 212).

6. Cambridge.

Los capítulos 7 y 8 están dedicados a narrar su experiencia en la Universidad de Cambridge. Nada de ellos merece ser pasado por alto. Sus referencias a John Cornford, James Klugmann, J.D.Bernal -a pesar de ser "totalmente negado para la música" (p.173)- o Margot Heinemann son

exquisitas. De esta última -"una de las personas más increíbles que jamás he conocido"-, EJH comenta:

"(...) A través de una vida ejemplar, con sus consejos y su sentido de la camaradería, tuvo probablemente más influencia en mí que cualquier otra persona que haya conocido" (p. 120).

7. Las razones de una militancia.

EJH se hizo comunista en 1932, si bien no ingresó en el partido hasta su llegada a Cambridge en 1936. Permaneció en él durante medio siglo. En las páginas 125-145 da cuenta de esta experiencia política decisiva en su vida, si bien admite que "la cuestión de por qué tantos años de militancia es a todas luces procedente en una autobiografía, pero no es de interés histórico general" (p.125). Para mostrar la importancia decisiva del movimiento en la historia del siglo XX, EJH sostiene que "no ha habido un triunfo de una ideología comparable desde las conquistas (más lentas y menos globales) del islam en los siglos VII y VII de nuestra era" (p.125). Su admiración por el comunismo italiano, en sus varias tendencias (Togliatti, Amendola) es patente en sus reflexiones. Tampoco son marginales sus comentarios al "maravilloso poema de Brecht, *An die Nachgeborenen* [A los hombres futuros]".

Igualmente es de cita obligada este pasaje sobre un mitin de la Pasionaria en el París de 1936:

(...) Aun así, los discursos no son una parte significativa de mis recuerdos como comunista, con la excepción de uno que tuvo lugar en Paris durante los primeros meses de la guerra civil española pronunciado por Dolores Ibárruri, La Pasionaria, un discurso extenso, ella vestida de negro, como una viuda, en medio del silencio cargado de tensa emoción de la abarrotada pista cubierta del Velódromo de Invierno. Aunque apenas nadie del público comprendiera el español sabíamos perfectamente que nos decía... (p. 130)

Los retratos de Georgi Dimitrov ("si no abandoné el partido en 1956 fue, entre otras cosas, porque el movimiento producía este tipo de hombres y mujeres" (p.136)) y de Ephraim Feuerlicht, Franz Marek -"probablemente no haya otro hombre por el que sienta tanta admiración", p.137- están entre lo mejor de este capítulo.

8. Retratos de contemporáneos.

También aquí son numerosos los ejemplos que deberían apuntarse. Si tuviera que escoger entre ellos, no vacilaría: las páginas dedicadas a E.P.Thomson (pp.201 ss), la breve referencia a B. Russell (p.219) o su reflexión sobre el ex-líder del partido laborista Tony Benn (pp.250-251) estarían en mi antología de clásicos coetáneos vistos por EJH.

9. Su aproximación al nuevo laborismo.

EJH que en absoluto mantiene ni ha mantenido posiciones políticas digamos radicales en sus últimos años, apunta con esmero crítico a las

tortuosas políticas del partido laborista británico del último período. Es de lectura obligada en este campo el cap.16 ("Un observador político") y especialmente las págs.256-257 donde Hobsbawm argumenta, con neta moderación, sobre el sentido de sus observaciones críticas: el llamado nuevo laborismo merece ser discutido no por la aceptación realista del marco en el que se interviene políticamente, "sino por aceptar demasiados presupuestos ideológicos de la teología económica del mercado libre dominante" (p.256), entre ellos, y fundamentalmente, la creencia según la cual la gestión eficaz de los asuntos sociales sólo puede conseguirse a través de la conducta y comportamiento empresarial.

10. La ecuanimidad de juicio.

Basta para ello seguir con atención las varias aproximaciones de EJH a la fenecida República Democrática Alemana (p.52 y ss), o la equilibrada aproximación a Mijail Gorbachov (pp.258-259) o los capítulo dedicados a Francia ("La Marsellesa", cap.19) o España e Italia ("De Franco a Berlusconi", cap.20).

En síntesis: el lector está ante la autobiografía, excelentemente escrita, de unos de los grandes historiadores vivos, con vida apasionante y comprometida, sin tendencia alguna al detalle personal inesencial y que señala la paradoja de que después de medio siglo de guerra fría anticomunista los únicos movimientos que han causado muerte entre ciudadanos en el territorio del Imperio son sus propios fanáticos de la derecha extrema y los fundamentalistas sunnitas que otrora financió deliberadamente el "mundo libre" contra los soviéticos" (p.259). Por eso, concluye Hobsbawm, la humanidad tal vez tenga que lamentar que, ante la alternativa socialismo o barbarie proclamada por Rosa Luxemburg, la decisión tomada por los élites dirigentes parece apoyar la segunda opción planteada por la revolucionaria alemana. Por eso, finaliza Hobsbawm su relato, señalando:

Pero no abandonemos las armas ni siquiera en los momentos más difíciles. La injusticia social debe seguir siendo denunciada y combatida. El mundo no mejorará por sí solo (p. 379).

6. Repensando (con mirada socialista) la tradición socialista

Félix Ovejero Lucas, *Proceso abierto. El socialismo después del socialismo*. Tusquets, Barcelona, 2005, 285 páginas.

Señalaba G. A. Cohen en *Razones para el socialismo*, un libro que tiene más de un punto en común con el ensayo que comentamos: "Las uvas pueden estar realmente verdes, pero el hecho de que la zorra no las alcance no nos demuestra que lo estén. ¿Deberíamos concluir, en cambio, que cualquier intento de producir este bien particular *debe* fracasar? Sólo si pensamos que sabemos que ésta era la única forma de hacerlo posible, o que lo que hizo fracasar este intento hará fracasar cualquier otro, o que, por alguna(s) otra(s) razón(es), cualquier intento fracasará. *Creo, en cambio, que no sabemos ninguna de estas cosas. Desde mi punto de vista, la solución correcta es que lo hagamos de un modo diferente y mucho más cauteloso*". Ahí estamos, y ahí podemos situar el último libro de Félix Ovejero Lucas, que, por otra parte, y salvadas las distancias metodológicas a favor de Ovejero, recuerda aquellas *Conversaciones* de Lukács con Abendroth, Kofler y Holz, porque tampoco aquí hay intelectualismo en las posiciones: hay que sacar consecuencias políticas y teóricas de las derrotas, o de las batallas perdidas.

Probablemente, uno de los mejores frutos que podemos esperar de la lectura atenta de un ensayo es que nos instruya, que nos eduje. Este último trabajo de Ovejero (*Proceso abierto* acaso suene a algún lector a la popperiana-sorosiana sociedad abierta, pero no hay nada de eso: son entidades disjuntas; está verificado) tiene esta virtud y por partida triple porque lo hace en tres ámbitos: en el de las últimas aportaciones de las ciencias sociales, en el de la filosofía documentada sobre estas ciencias y en cuestiones metodológicas no siempre elementales o conocidas. Además, su tema y su punto de reflexión, es asunto de urgencia para todos: una mirada socialista sobre los avatares del socialismo transformador. Hay una aclaración terminológica en nota de la página 19 para que no haya ninguna duda: "A lo largo de estas páginas utilizaré la expresión "sociedad socialista" para referirme a una sociedad acorde con los principios socialistas de igualdad, democracia, autorrealización, fraternidad y libertad... En sentido estricto, para la tradición que procede de Marx, debería utilizar el adjetivo "comunista" para referirme a esa sociedad. Pero, como recuerda Cervantes, el sentido de las palabras lo determina "el vulgo y el uso" y hoy la calificación de comunista parece inevitablemente asociada a las experiencias de lo que se llamó "socialismo real"". Que la injusta confusión conceptual sea fruto de una derrota política, no quita verdad a la consideración de Ovejero. Pero, para entendernos, aquí se nos está hablando de la cosa que interesa: de la tradición que tiene como horizonte no olvidado el cambio, la transformación

prudente de una sociedad regida por el mercado y el beneficio inmediato en todos sus ámbitos esenciales y que hoy tiene, como tarjeta de presentación a nivel mundial, el siguiente membrete: 12 millones de trabajadores forzados y 100.000 muertos diarios por hambre o por sus consecuencias inmediatas.

En el apéndice del primer capítulo, Ovejero Lucas presenta al marxismo como una tradición emancipatoria con base racionalista. Si bien todas las tradiciones emancipatorias han empezado condenando las sociedades que pretendían transformar, acaso solamente la tradición socialista-marxista se preocupó de estudiar alternativas: ¿era posible, era realizable una sociedad sin clases, comunista? ¿Cuál debería ser su organización básica? ¿Cómo podríamos vincular el presente (rechazado) y el futuro (deseado)? ¿Podríamos de hecho acceder a la sociedad postulada? Antes, en su introducción, Ovejero destaca dos convicciones sustantivas que subyacen a todo su análisis: la implausibilidad de la hipótesis de la abundancia, "de la idea de una sociedad con recursos ilimitados, sobre la que se habían forjado los modelos clásicos del socialismo", y la convicción teórica de que el "socialismo forma parte de una larga tradición política para la que la democracia es el mejor de los instrumentos con el que asegurar la libertad de los ciudadanos, con el que combatir las diversas formas de despotismo", con lo que, en este último sentido, el socialismo entronaría con las mejores aristas del republicanismo. De hecho, Ovejero Lucas persigue y consigue fusionar, con ganancia mutua, los aspectos igualitarios y libertarios del republicanismo político con un socialismo prudente pero no entregado a los cantos de sirena de vías terceras (o afines). Pues bien, *El socialismo después del socialismo* puede leerse como un minucioso y riguroso análisis de aquella afirmación sobre el marxismo como tradición emancipatoria y racionalista a partir de estas dos últimas convicciones apuntadas, entendiendo, además, como se indicó, que Ovejero se está refiriendo con sociedad socialista a una sociedad acorde con los principios de igualdad, democracia, autorrealización, fraternidad y libertad, y no a ninguna otra entidad política o retórica.

Una pregunta básica abre el volumen: ¿ha fracasado el socialismo? Ovejero Lucas sopesa bien la naturaleza exacta de los fracasos, pero no oculta su posición de partida: si el socialismo se identifica con el socialismo real, como sucedió y sucede en parte, que si bien mostró que era posible organizar la economía de forma no capitalista eliminando parcelas de miseria y explotación, dejó también claro que las economías planificadas tenían problemas y que en su nombre se podían cometer las mayores barbaridades concebibles, sin olvidar el más temprano y acaso el de consecuencias más terribles para la propia historia de la tradición: "la incapacidad de detener la Gran Guerra, un conflicto que puso a prueba su internacionalismo, su convicción de que los trabajadores no tiene patria, que la dividió de un modo irreparable y que allanó el terreno para muchas otras derrotas en los países

donde había germinado y alcanzado una importante presencia política" (p. 14).

Pero los fracasos deben ser matizados tanto en su alcance como en su interpretación. Una cosa son los principios y otra su materialización, sin olvidar que los intentos de construcción del socialismo se han hecho en un marco nada amable de lucha de clases internacional donde el enemigo no ha tenido reparos en nada o en casi nada: la tradición tiene excelentes principios como es el del internacionalismo, uno de las ideas clásicas de las izquierdas, o de parte de ellas, la que más interesa. De lo cual no se infiere que el socialismo no tenga problemas, pero, sean cuales sean estos, Ovejero señala que aquéllos no hacen más justo nuestro mundo ni quitan un ápice de verdad a la necesidad de comprometerse o defender a los desahuciados de esta Tierra. Como apunta el autor, no parece un mero desvarío mental ni mera pasión enrojecida sin átomo de reflexión suponer que hay un modo más justo y racional de ordenar la vida compartida en nuestro planeta que aquel que permite que las 225 personas más ricas posean los mismos recursos que casi el 50% más pobre de la población. No sólo otros mundos distintos parecen concebibles consistentemente sino que parecen incluso necesarios y, puestos, urgentes (sobre todo, para los millones de personas que están en el lado oscuro-infernal del escenario).

Componen *Proceso abierto* seis capítulos que trazan balances y perspectivas actuales de la tradición socialista con finalidad no abandonada. En el primero -"La indiferencia ética del socialismo. La herencia de Marx"- Ovejero Lucas, que actúa en esta ocasión como analítico historiador de las ideas, señala que el presupuesto de la abundancia está en la raíz de la indiferencia ética, de la falta de reflexión moral en los clásicos de la tradición. La admisión de la escasez "obliga a repensar tanto la sociedad futura como la continuidad fluida entre el presente y el futuro...Los valores sobre los que basar la buena sociedad adquieren importancia una vez se reconoce que habrá que establecer prioridades y resolver intereses contrapuestos" (p. 66). Es la propia crisis del marxismo la que explica su reorientación hacia ámbitos éticos: hacia dónde ir y cómo llegar.

A estas preguntas se contesta en el segundo -"La identidad socialista"- y tercer -"Los tres fracasos del socialismo"- capítulos del volumen. En la identidad socialista el autor desarrolla cuidadosamente la que le parece formulación más exacta del ideal socialista -curiosamente, un conocido paso del *Manifiesto comunista*-: la tradición aspira a una sociedad "en la que el libre desarrollo de cada uno será la condición del libre desarrollo de todos", eso sí con un escenario absolutamente cambiado que altera uno de los presupuestos en los que se enmarcaba la sociedad buena a la que se aspiraba: no hay ningún modo de producción (hipótesis fuerte de las escasez) que pueda garantizar un crecimiento ilimitado: el socialismo no

puede ser una sociedad de la abundancia porque ninguna sociedad puede serlo.

En "Los tres fracasos del socialismo" hace un balance de los tres grandes proyectos de izquierda que se han preocupado en serio de la sociedad a la que aspiraban y de cómo alcanzarla: el proyecto de Marx-Engels; el -digamos- socialismo científico, el socialismo real asociado a la revolución bolchevique, y el modelo socialdemócrata, que si bien acepta el mercado como sistema de asignación básico, intenta corregirlo con diversas formas de intervención pública que conducen al llamado Estado de bienestar. En opinión de Ovejero Lucas, acaso la opinión con mayor riesgo de polémica política del ensayo, el proyecto socialdemócrata es "lo más cerca que los socialistas han estado de asaltar los cielos", de lo cual se infiere, apunta el autor, *lo lejos que se ha estado siempre de los cielos que se han querido alcanzar*, y, por otra parte, se comprenden las resistencias de las gentes a revisar proyectos que, como mínimo, han permitido elevados niveles de bienestar a muchos (no a todos) ciudadanos-trabajadores del llamado "Primer mundo". A algunos de estos problemas se refiere el autor en las páginas centrales del capítulos, y a otros en el capítulo siguiente: "Problemas de ideario. La tercera vía", en el que análisis que el autor realiza de una declaración de Blair y Schröder (pp. 132 ss) es de lectura obligada.

Los últimos capítulos del volumen están dedicados al "republicanismo y al estado de bienestar" y a "La renta básica". El apéndice del capítulo V- "Algunas iniciativas republicanas"- es un intento concretado y argumentado en cinco apartados que permite la confluencia sin pérdida de la tradición socialista no desnortada con lo mejor de los aspectos igualitaristas y sociales de la tradición republicana, que, como la anterior, no deja de ser diversa e incluso inconsistente en algunas de sus derivaciones internas.

Será acaso la celebración del primer centenario del año milagroso del creador de la teoría de la relatividad especial y de la noción de espacio-tiempo (tal vez un homenaje no explicitado) el que está en la base de este libro tri-dimensional de Ovejero: no sólo hay que leer con atención el cuerpo central del texto, sino también las notas que acompañan su desarrollo (una de mis preferidas: la nota sobre fraternidad de la pág. 81) y las situadas al final del volumen, no todas ellas estrictamente bibliográficas (por ejemplo, la 20 de la p. 272 -magnífico resumen del republicanismo moderno- o la 1^a de la p. 281). El malogrado Quine que miraba con recelo los libros bidimensionales, imaginense lo que pensaría inicialmente de este *Proceso abierto* en 3-D.

Se puede acaso señalar que a *Proceso abierto* le falta perspectiva histórica, que apenas si hay referencias a sucesos, a importantes sucesos de la tradición analizada. Pero habría que replicar entonces que no ese el punto y que además, aquí y allá, en nota y cuerpo central, Ovejero señala y reflexiona desde determinados ámbitos históricos. De hecho, todo el volumen

puede ser visto como un intento de reconstrucción del ideario socialista después de dos grandes acontecimientos históricos: la caída del muro y la desintegración de la URSS (que aun estando relacionados no son uno y lo mismo), y la conciencia, la paulatina conciencia de la Humanidad, de que nuestro habitat es finito y que el trato que dispensamos a nuestro entorno se asemeja más bien al de un poder autocrático, sin ninguna consideración hacia nadie y hacia nada, que a una relación de respeto y beneficio mutuo.

Wislawa Szymborska, en un dialéctico poemas de *Instante*, presenta las que a ella le parecen "Las tres palabras más extrañas: "Cuando pronuncio la palabra "Futuro"/, la primera sílaba pertenece ya al pasado./ Cuando pronuncio la palabra "Silencio"/, lo rompo. / Cuando pronuncio la palabra "Nada"/, creo algo que no cabe en ninguna no-existencia". De la misma forma, cuando en ocasiones escribimos la palabra "excelente" no hacemos total justicia con la excelencia de la cosa designada. Éste es uno de esos casos.

7. Un Marx sin marx(ismo): crítica de una idea peligrosa.

Maximilien Rubel, *Marx sin mito*. Octaedro, Barcelona 2003, 255 páginas. Prefacio de Margaret Manale. Traducción y nota preliminar de Joaquim Sirera. Selección de textos: Margaret Manale y Joaquim Sirera.

Como se indica en la contraportada de esta antología, *Marx sin mito* es una cuidada selección de escritos de Maximilien Rubel (1905-1996) en la que se recoge algunas de sus aportaciones más esenciales para una lectura no mistificada de Marx. Su autor nació en Czernowitz, ciudad austro-húngara que actualmente forma parte de Ucrania; llegó a París a finales de los años veinte, fue movilizado durante la II Guerra, ha sido militante de diversas organizaciones de la izquierda consejista y se consagró, durante más de la mitad su vida, en el riguroso estudio de la obra de Marx. Desde 1965 hasta 1994, trabajó en la edición crítica de las obras de Marx para la Bibliothèque de la Pléiade (ediciones Gallimard), llegando a publicar cuatro volúmenes: *Oeuvres. Économie, I* (1965); *Oeuvres. Économie II* (1968); *Oeuvres III. Philosophie* (1982) y *Oeuvres IV. Politique, I* (1994). Rubel falleció mientras preparaba el segundo volumen de las obras políticas de Marx. Como señalara Manuel Sacristán en su presentación de la traducción castellana del clásico de Marx, no hay más que una edición importante de *Capital I* que se aparte de la organización del texto en las cuatro ediciones aparecidas en vida de Marx o Engels: la de Rubel. Este autor, añadía Sacristán, "es insuficientemente conocido en España, pese a ser uno de los principales conocedores contemporáneos de la obra de Marx y tal vez el más destacado intérprete anarquista de la misma".

Según Margaret Manale, coeditora del volumen, el criterio básico en su trabajo ha sido considerar la vida y obra de Marx como una totalidad. Para Rubel -señala Manale- "nada justifica la hipótesis de un corte entre la actividad de Marx militante y el trabajo intelectual, de la misma forma que tampoco lo hay entre los escritos del joven filósofo y los textos que exponen el descubrimiento de las leyes económicas del desarrollo de la sociedad moderna" (p.16). Los ocho ensayos seleccionados, que abarcan un largo arco temporal que se extiende desde 1961 hasta 1994, han sido agrupados en tres apartados: 1) "El proyecto intelectual de Marx", que incluye "La leyenda de Marx o Engels fundador" (1972), "Plan y método de la "Economía"" (1973) y "Marx teórico del anarquismo (1973)"; 2) "La obra de crítica", compuesta por "El crecimiento del capital en la URSS" (1957) y "La sociedad humana y su prehistoria" (1994), y, finalmente, 3) "Marx y el movimiento obrero", que incorpora "Marx y la democracia" (1962), "El partido proletario en Marx" (1961) y "Tesis sobre Marx hoy", trabajo este último en el que Rubel apuntaba que:

(...) La enseñanza de Marx no está exenta de errores y no escapó de influencias deletéreas del medio enajenante en el que se formó. Pero, a diferencia de otros pensadores del siglo XIX considerados como "grandes", Marx buscó, para corregirse, el contacto con la "vil multitud", la comunicación con "la humanidad sufriente que piensa y con la humanidad pensante que está oprimida" (p. 249).

Todos los ensayos recogidos resultan de enorme interés y, sin duda, su estilo, su solidez documental y su precisión argumentativa están alejados años-luz de toda repetición mecánica, aburrida y teológica de los textos marxianos..Cabe destacar aquí, "Plan y método de la 'economía'" (pp.37-92), tal vez el texto central de esta selección, y su excelente, atrevido y sugeridor ensayo "La sociedad humana y su prehistoria", donde Rubel señala con énfasis crítico y defiende con solidez que:

(...) Hay una discurso pseudofilosófico que atribuye a la humanidad en cuanto tal una disposición mórbida a la autodestrucción, mientras que la constatación más banal, sugiere que cualquier ser aspira a vivir su vida con plenitud (p. 175).

Finalmente, por su carácter de texto abierto y material de discusión, "Tesis sobre Marx hoy" (1984) no debería situarse en el olvido.

Empero, el artículo que muestra más rápidamente la singular aproximación de Rubel a la obra de Marx probablemente sea el primero de los recogidos: "La leyenda de Marx o Engels fundador" (1972). Ni siquiera la propia historia de este trabajo es asignificativa. Este ensayo fue inicialmente la aportación del autor a un congreso realizado en Wuppertal, en mayo de 1970, con ocasión del 150 aniversario del nacimiento de Engels. Los miembros de la delegación soviética y los delegados de la República Democrática alemana, ofendidos por las tesis presentadas por el autor en su trabajo, amenazaron con dejar la conferencia si el texto no era retirado. Hubo que negociar largamente y llegar al acuerdo de que las aportaciones de Rubel no fueran leídas desde la tribuna -como pudieron hacer la mayor parte de los participantes- sino sólo comentadas y discutidas.

En su frustrada comunicación y con el objetivo de iniciar un debate cuya tesis esencial "debería ser el problema del marxismo en tanto que mitología de nuestra era" (p. 32), Rubel defendía las siguientes posiciones: 1º. El marxismo, como sistema de pensamiento, no nació como un producto auténtico del modo de pensar de Marx sino "como un fruto legítimo del espíritu de Friedrich Engels" (p. 25); 2º: toda investigación sobre las relaciones entre Marx y Engels está abocada al fracaso "si no se desembaraza de la leyenda de la "fundación" y no toma como punto de partida metodológico la aporía del concepto de marxismo" (p. 27); 3º: dada la imposibilidad de definir racionalmente el sentido del concepto, "parece lógico abandonar al olvido la palabra misma, aunque sea tan corriente y universalmente empleada" (p.28) y 4º: en la historia del marxismo como

culto apologético de Marx, "Engels ocupa el primer plano" (p. 31). Sin duda es discutible que el coautor del *Manifiesto Comunista* ocupe esa destacada posición, pero no la hay en cambio de que los delegados soviéticos y democrático-alemanes presentes en esa conferencia son representativos de una aproximación cerrada, nefasta, acrítica y nada marginal del legado de Marx.

En los ensayos posteriores del volumen, Rubel ahondará en la misma idea: el marxismo "se convirtió en ideología dominante de una clase de poderosos", el marxismo como sistema de pensamiento logró "vaciar de su contenido original los conceptos de socialismo y de comunismo, tal como Marx y sus precursores los entendían, y substituirlos por la imagen de una realidad que es su más completa negación" (p. 95). Manipulando sus doctrinas con habilidad, insiste Rubel, discípulos poco escrupulosos "han logrado poner la obra de Marx al servicio de doctrinas y de acciones que representan su más completa negación, tanto por lo que se refiere a su verdad fundamental como a su finalidad abiertamente proclamada" (p. 99).

El excelente traductor y autor de la nota preliminar del volumen, Joaquim Sirera protesta, con razones, del desconocimiento hispánico de la obra de Rubel y señala que su interpretación de Marx "choca frontalmente con toda la divulgación que se ha hecho aquí del marxismo". Como el término divulgación es un concepto algo borroso y dado que "todo" suele ser un término demasiado general, tal vez sea necesario indicar no ya sólo que Manuel Sacristán dialogó en la lejanía, y con reconocimiento explícito, con las tesis de Rubel, sino que, recientemente, Francisco Fernández Buey, en su *Marx (sin ismos)* -título que sin duda habrá inspirado a los coordinadores de este volumen-, señaló: "(...).En esa odiosa comparación me he inspirado para leer a Marx a través de los ojos de tres autores que no fueron ni comunistas ortodoxos, ni marxistas canónicos, ni evangelistas: Korsch, Rubel y Sacristán. Hay varias cosas que diferencian la lectura de Marx que hicieron estos tres. Pero hay otras, sustanciales para mí, en las que coinciden: el rigor filológico, la atención a los contextos históricos y la total ausencia de beatería no sólo en lo que respecta a Marx sino también en lo que ataña a la historia del comunismo" (p. 18).

Coincidencias que no implican, como es obvio, acuerdos sin matices. El mismo Sacristán, en su nota editorial para la edición castellana de *El Capital*, señalaba que M. Rubel había escrito para el volumen II de *El Capital* una introducción que mostraba como su trabajo era infinitamente más arbitrario que el de Engels

[...] Pese a todo el respeto que merece la erudición de Rubel, hay que decir que ese criterio es casi puro capricho, pues Marx había pensado inicialmente en efecto, en dos volúmenes, pero componiendo el primero de ellos con los libros I y II, y el segundo con los libros III y IV. Y, además, alteró esa división por razones del todo contingentes, lo que muestra que la

división misma era inesencial. De este modo repite Rubel lo que él mismo llama “grave error de Engels” pero con mayor arbitrariedad. Así, por ejemplo, en la Introducción que pone al libro II Rubel combina textos marxianos procedentes de manuscritos separados por veinte años (1857-1877). Como ha escrito acertadamente Pedro Scaron en la “Advertencia” a su edición del libro II. “Por este camino...podemos llegar a tener tantos tomos II de *El Capital* como investigadores estudien los manuscritos.”

Así pues, también aquí entre nosotros esta afirmación generalizadora tiene contraejemplos conocidos que sin duda constituyen sales abonadas para una tierra donde pueda desarrollarse, en compañía de Rubel y afines, una tradición (neo) marxista -o inspirada en Marx, si se prefiere- pensada y cultivada desde un punto de vista A.D.N: Analítico, Documentado y enRojecido.

8. Biografía de un hombre que admiraba a Espartaco y a Johannes Kepler.

Francis Wheen, *Karl Marx*. Editorial Debate, Madrid 2000, 366 páginas. Traducción castellana de Rafael Fontes.

El 17 de marzo de 1883, en un rincón entonces perdido del cementerio de Highgate, en el mismo lugar donde su compañera yacía desde hacía apenas quince meses, tan sólo once personas asistieron al entierro de alguien que había elegido como virtud preferida en el ser humano la sencillez, pero que distinguía (persona en su tiempo, como todos) entre géneros en este ámbito, manifestando predilección por los hombres con fuerza y por la debilidad en las mujeres, disculpando como defecto la credulidad y odiando ostensiblemente el servilismo. Era un ratón de biblioteca, que tenía como poetas preferidos a Shakespeare, Esquilo y Goethe y como escritor en prosa al agnóstico e ilustrado Diderot. Su heroína preferida era Gretchen, así como Espartado, sin olvidarse, detalle que merece sin duda agradecimiento, de Johannes Kepler. Su color preferido, como era previsible, era el rojo y sus nombres favoritos fueron Laura y Jenny, nombres de una de sus hijas y de su compañera. Por si nos faltara algo, sus máximas favoritas siguen siéndolo de muchos: *Nihil humani a me alienum puto* (Nada humano me es ajeno, el lema de Amnistía Internacional) y, siguiendo al lord canciller Bacon, *De omnibus dubitandum* (De todo se debe dudar).

Es fácil colegir de lo anterior que la biografía de alguien así difícilmente podrá dejar de interesar a cualquier lector, sea cual sea su posición política o sus preferentes ámbitos intelectuales. A la vida y a la obra de Karl Marx está pues dedicado este *Karl Marx (KM)* de Francis Wheen (escritor y periodista, autor de una biografía anterior sobre Tom Driberg), compuesto de doce capítulos y de tres breves epílogos.

El autor señala en su Introducción (pp. 9-13) que cuando empezó su investigación muchos de sus amigos le miraban llenos de pena e incredulidad. ¿Para qué escribir o leer sobre una figura tan desacreditada, tan irrelevante y tan pasada de moda? Con excelente criterio, Wheen hizo caso omiso de esos comentarios y, según el mismo nos indica, "cuando más estudiaba a Marx, más actual me parecía. A los expertos y a los políticos que se creen los pensadores de hoy se les llena la boca hablando de *globalización*, sin caer en la cuenta de que Marx ya lo había advertido en 1848. El ámbito mundial en que se mueve...[SLA: no hagamos publicidad, cualquier transnacional] no le habría sorprendido en lo más mínimo".

¿Cuáles son las principales aportaciones de esta nueva biografía del autor o coautor del *Manifiesto*? ¿Cuáles son sus aristas más destacadas? El firmante de este papel no se las puede ni quiere dar de marxólogo pero no cree injusto señalar que tal vez no haya en este *KM* muchas novedades (de lo cual no se colige que no haya ninguna, como intentaré señalar) respecto a

las conocidas y clásicas aproximaciones de Korsch, Rubel o McLellan, o entre nosotros, con respecto a los trabajos de Manuel Sacristán o de Francisco Fernández Buey. ¿Dónde situar pues el interés de esta biografía? Probablemente, en la sensatez de la misma, en el agradable estilo de la escritura, en la información y fuentes consultadas y, finalmente, en el hecho de no estar escrita, digámoslo así, por uno de los nuestros. Wheen, que se sepa, no es dirigente ni simpatizante de ninguna organización rojo-marxista, sino simplemente un escritor que se aproxima con honestidad intelectual a la vida y obra de un clásico contemporáneo. De ahí que este *KM* esté tan lejos de ser una hagiografía ilegible como una critica furibunda, descabellada y desinformada, del estilo de las de Robert Payne quien, por ejemplo y como nos recuerda Wheen, no tiene reparos en afirmar que Marx "tenía una visión del mundo demoníaca, y la maldad del mismo diablo...".

Otra razón más: *KM* no es sólo una biografía de Marx sino que contiene excelentes pasajes y referencias a la vida y al hacer de Engels (el patito feo, en ocasiones olvidado, de los dos grandes fundadores de la tradición) y, como no podía ser menos, a su importante y, en ocasiones, decisivo papel en la obra y vida de aquél. También, como es sabido, en la continuación del legado y de la obra de Marx después de su muerte.

De la sensatez del enfoque hay claro testimonio en la misma introducción de Wheen. Sólo un necio, apunta el autor, haría a Marx responsable del Gulag pero, "lamentablemente, la provisión de necios es abundante". ¿Tiene algún sentido, se pregunta, que culpemos a los filósofos por todas y cada una de las posteriores mutilaciones de sus ideas? En opinión de Wheen, "Karl Max era filósofo, historiador, economista, lingüista, crítico literario y revolucionario. Aunque jamás tuvo un "empleo" en ninguno de estos campos, fue un extraordinario trabajador: sus obras completas, pocas de las cuales fueron publicadas en vida, llenan cincuenta volúmenes. Lo que ninguno de sus enemigos ni de sus discípulos están dispuestos a reconocer es la más evidente -y sorprendente- de sus cualidades: que este logro y santo mítico era un ser humano..." (p. 13) (Dicho sea entre paréntesis respetuosos. no deja de ser curioso que Wheen, él mismo periodista y escritor, nos descubra la desconocida faceta de Marx como lingüista, y no cite una que, efectivamente, ejerció durante años de su vida, la de periodista. Lo de la cualidad evidente y sorprendente de Marx como un "ser humano" lo pasamos por alto).

Hay algo que, sin duda, merece destacarse de este *KM* y es que su autor se atreve, da opiniones propias y comenta críticamente algunas aproximaciones a la obra y vida de Marx. Doy algunos ejemplos de ello:

a) Respecto del consabido y romo dogmatismo marxiano, Wheen, comentando los *Manuscritos* de París de 1844, no tiene contención alguna en señalar, con recomendación tercerista incluída, que "de la obra de Marx se ha dicho muchas veces que era "mero dogma", habitualmente por parte de

personas que no muestran signo alguno de haberle leído. Sería bueno obligar a estos improvisados críticos -entre los cuales se cuenta Tony Blair, actual primer ministro británico- a que leyieran los *Manuscritos* de París, que revelan los métodos de una mente siempre inquisitiva, sutil y nada dogmática" (pp. 69-70).

b) En este mismo capítulo III, al hacer referencia a la alienación y al fetichismo de la mercancía, Wheen sugiere un interesante paralelismo entre la situación del trabajador en la sociedad capitalista y el *Frankenstein* de Mary Shelley. "El trabajador dedica su vida a producir objetos que no posee ni controla. Su trabajo se convierte en un ser separado, externo... Ningún estudioso o crítico del marxismo ha llamado la atención sobre el evidente paralelismo con *Frankenstein*,...el relato de un monstruo que se vuelve contra su creador" (pp. 72-73). Desconozco si el uso del universal negativo no es exagerado por parte de Wheen pero, en todo caso, vale la pena constatar el interés de esta analogía.

c) El pasaje dedicado al probable hijo de Marx con Helene Demuth (pp. 159-165) es, en general, muestra de un equilibrio y de un saber hacer, leer e interpretar enviables, sin olvidar en sus comentarios las dudas sobre la paternidad marxiana señaladas por Yvonne Kapp, biógrafa de Eleanor Marx, y por Terrell Carver, autor de una biografía de Engels. Carver señala que la carta de Louise Freyberger, amiga de Demuth, del 2 de septiembre de 1898, base fundamental de la creencia (y acusación), es un papel de procedencia desconocida, escrito a máquina además, y que del original, si lo hubo, nada se ha sabido nunca. Wheen discute con exquisita corrección algunas de estas afirmaciones, y señala otros lugares (cartas de Eleanor a Laura Marx o incluso fragmentos de textos de Marx o de Jenny von Westphalen) que parecen confirmar la conocida conjectura sobre lo sucedido: el hijo de Helene Demuth era también de Marx y el nombre de Friedrich le fue puesto para cubrir las apariencias y apuntar al autor de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

d) El tema de la ruptura epistemológica en Marx, el asunto del Marx filósofo joven frente al Marx científico maduro fue, como es sabido (y recordado con indudable pesadumbre) uno de los temas recurrentes del marxismo de los años sesenta. Wheen lo despacha con enviable desparpajo en una elegante pincelada al referirse a los *Grundrisse*: "(...) constituyen un volumen fragmentario y, a veces, incoherente, calificado por el propio Marx como un auténtico batiburrillo. Sin embargo, como eslabón perdido entre los *Manuscritos económico-filosóficos* (1844) y el primer volumen de *El Capital* (1867), al menos disipa el error común de que hay una especie de "ruptura radical" entre el pensamiento del joven Marx y del Marx maduro. El vino puede madurar y mejorar en la botella, pero sigue siendo vino a pesar de todo" (p.209). En los *Grundrisse*, nos recuerda Wheen, siguen tocándose de

forma netamente filosófica temas filosóficos como la alienación, la dialéctica o el “significado” del dinero.

e) Es usual la crítica de insensibilidad que se ha vertido sobre Marx en su trato con Engels. Wheen no niega hechos confirmados, pero los contextualiza en los difíciles momentos que tocó vivir a los Marx, y no olvida las rectificaciones de Marx cuando la metedura de pata era no sólo sonada sino injusta y de calado. El caso de la muerte de Mary Burns es ilustrativo. Wheen reproduce la carta de Engels en la que éste comenta el fallecimiento de su compañera y la desdichada respuesta de Marx. Engels contesta el 13 de enero de 1863 señalando: “Entenderá que, esta vez, mi propio infortunio y la glacial forma en que usted lo ha tomado me hayan hecho verdaderamente imposible contestarle antes...”. Marx respondió días mas tarde: “Hice muy mal escribiendo esa carta, y me arrepentí de ello en cuanto la eché al correo. Lo que ha ocurrido en modo alguno se ha debido a la falta de sentimientos. Como atestiguará mi esposa y mis hijos, cuando llegó su carta, me sentí destrozado, como si la persona más próxima o querida hubiese muerto. Pero cuando la escribí, por la noche, lo hice presionado por las circunstancias, en extremo desesperadas...”. ¿A qué circunstancias se refiere Marx? A la enfermedad de su hija Jenny, al agente de deshaucio en la casa, a las cuentas pendientes del carnicero, a la escasez de carbón y de provisiones y a un largo etcétera.

f) Sobre el trato de Marx con los socialistas/comunistas de origen obrero, Wheen apunta que no sólo biógrafos absolutamente prescindibles como Payne sino marxólogos sólidos como Avineri han apuntado al escepticismo marxiano sobre la capacidad de la clase obrera para concebir y llebar a cabo sus propios objetivos sin ayuda intelectual externa. ¿Dónde, se pregunta Wheen, se han documentado estas opiniones y afirmaciones? Y responde: “En vano se las puede buscar en las obra de Marx o en las notas a pie de página de Avineri” (p. 253) y, además, Marx fue especialmente generoso con el sastre Weitling o con George Eccarius a quien dio una primera oportunidad al publicar su ensayo sobre “El trabajo de sastrería en Londres” en una revista londinense. Wheen apunta que, en realidad, fue la presencia de muchos obreros “y la refrescante ausencia de acicalados diletantes de clase media” lo que atrajo a Marx a la conferencia inaugural de la I Internacional. Como se recuerda, Marx fue propuesto para ser su presidente. En carta a Engels, dos años después de la fundación, Marx señalaba que “manifesté que bajo ninguna circunstancia podía aceptar algo así, y por mi parte propuse a Odger (el dirigente de los sindicatos ingleses), que fue reelegido de hecho, aunque hubo algunos que votaron por mí a pesar de mi declaración”. La posición final de Marx en este asunto, señala Wheen, puede resumirse así: no hay nada que objetar a la admisión de profesionales liberales en órganos de dirección de las organizaciones, siempre

que la gran mayoría de sus consejos de dirección estuvieran compuesto por dirigentes obreros.

g) Es usual el ataque, no sólo crítica, a la obra de Marx por el supuesto carácter no científico de *El Capital*. El autor nos recuerda que Wilson, primer ministro británico y dirigente del partido laborista, presumía de no haberlo leído nunca. Wheen recoge entonces la posición más elaborada de Popper respecto al marxismo que resume así: "no se puede decir si Marx estaba escribiendo tonterías, ya que sus leyes de hierro del desarrollo capitalista no son más que profecías históricas incondicionales, tan vagas y resbaladizas como los versos de Nostradamus" (p. 275). Al contrario de las conjeturas científicas, las tesis marxianas no pueden falsarse. Baste pensar en la afirmación del incremento del empobrecimiento de los trabajadores. Wheen cita para ello un pasaje del capítulo XXIII de *El Capital* que finaliza señalando que: "La acumulación de riqueza en un polo es al propio tiempo, pues, acumulación de miseria, tormentos de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto", paso que comenta del siguiente modo: "La última frase [el paso citado] tomada aisladamente, podría esgrimirse como otra predicción del empobrecimiento económico absoluto de los trabajadores, pero sólo un tonto -o un catedrático de economía (Wheen, dixit)- podría mantener esta interpretación después de leer la estruendosa acusación que la precede" (p. 277).

¿Cómo clasificar entonces el texto marxiano? Wheen considera que *El Capital* no es en realidad "una hipótesis científica, ni siquiera un tratado de economía, aunque los fanáticos de ambos lados persisten en seguir considerándolo así" (p. 277). Citando una carta de Marx a Engels del 31.7.1865 ("Con todas sus limitaciones lo bueno que tienen mis escritos es que son un conjunto artístico..."), señala que una semana después el mismo Marx se refirió a su libro como una obra de arte y que citaba consideraciones de tipo artístico para el retraso de la entrega del manuscrito. Así pues, Wheen apunta al paralogismo de la acusación: pedir posibilidad falsadora a las tesis de *El Capital* es no entender que la obra de Marx no pretenden ser, sin más, los *Principia* de la economía sino una aproximación artística, sistémica, global, a temas económicos y sociales. Sacristán, en su advertencia a la *Antología* de Gramsci, tal vez apuntaba a un lugar próximo, si bien no coincidente: "Para que haya pensamiento revolucionario tiene que haber ruptura con la estructuración del pensamiento culturalmente consagrado. Y para que el pensamiento revolucionario se logre, esa ruptura tiene que responder a la naturaleza de las cosas, no ser veleidad de decadente harto de ciencia aprovechada pero no entendida". Del mismo modo que Marx no había sido ni economista sin más, ni historiador, ni filósofo, ni organizador, aunque aspectos de su "obra" se puedan catalogar académicamente con esos rótulos, tampoco era Gramsci un crítico literario, un filósofo académico o un dilectante crítico político.

El lector puede quedar insatisfecho con la aclaración de Wheen, como es mi caso, pero no hay duda de su valentía epistémica al intentar situar la obra fundamental de Marx y al enfrentarse sin rubor ni miedo, aunque no siempre de forma exquisitamente analítica, con las críticas no sólo de Sir Karl sino del mismo Kolakowski.

h) Marx, que vivía a unos 30 km. del autor del *Origen de las especies*, le hizo llegar la segunda edición de *El Capital* con la siguiente dedicatoria: "A Mr. Charles Darwin, de parte de su sincero admirador, Karl Marx". Darwin le contestó en octubre de 1873 agradeciéndole el envío y admitiendo que "deseo profundamente que fuese más merecedor de haberlo recibido si entendiese más del importante y profundo tema de la economía política. Aunque nuestros estudios han sido tan diferentes, pienso que ambos deseamos sinceramente la ampliación del conocimiento, y que ello, a largo plazo, contribuirá a la felicidad de la humanidad".

La historia parecía no acabarse aquí. En 1931, una revista soviética, *Bajo el estandarte del marxismo*, publicó una carta de Darwin, con fecha de octubre de 1880, en la que éste, después de agradecer el envío ("Le agradezco mucho su amable carta y los demás documentos que contenía...") señala a su correspondiente (la revista señaló a Marx) que preferiría que "la parte o el volumen no estuviese dedicado a mí (aunque le agradezco la intención de honrarme) ya que en cierto modo implica mi aprobación de toda la publicación, sobre la que no conozco nada..." Wheen señala que incluso Berlín, en su estudio sobre Marx de 1939, conjeturaba, basándose en esta carta, que Marx quería dedicar a Darwin la edición alemana original "mientras pasó por alto por completo el hecho de que *El Capital* -con su dedicatoria a Wilhelm Wolff- apareció en 1867, nada más y nada menos que trece años antes de que supuestamente Marx le ofreciese "el honor" a Darwin" (p. 336).

Desde la segunda guerra mundial, casi todos los autores que se han aproximado a este asunto han aceptado el punto del rechazo de la dedicatoria, difiriendo acaso en cuanto al volumen que Marx pretendía dedicar a Darwin. McLellan, por ejemplo, señala que Marx "deseaba dedicarle el segundo volumen de *El Capital*" (p. 488). El siempre excelente Gerratana en su clásico estudio sobre "Marxismo y darwinismo" (*Investigaciones sobre la historia del marxismo*, pp. 97-146) sostenía una posición idéntica, si bien advertía que "no se ha podido encontrar la carta de Marx, por lo que falta algunos datos esenciales para aclarar por completo el significado de ese interesante episodio", señalando una posible interpretación "Muy probablemente el sondeo realizado por Marx tenía un objeto menos contingente: la posibilidad de establecer en el campo científico las relaciones entre darwinismo y socialismo, en el caso de que hubiera sido aceptada por Darwin, habría liquidado definitivamente la polémica bizantina que se estaba desarrollando durante aquellos años y que iba a continuar desarrollándose durante algunas décadas con igual superficialidad por parte de naturalistas y

de socialistas" (p.123). Avineri, finalmente, sugirió que los recelos marxianos sobre la aplicación política del darwinismo hacían impensable una oferta sincera. La dedicatoria de *El Capital* a Darwin había sido, obviamente, hecha en broma.

Amparándose en el trabajo de Margaret Fay, una muy competente estudiosa de Darwin, Wheen nos da una explicación muy diferente: la carta de Darwin no fue enviada a Marx sino a Edward B. Aveling, compañero de Eleanor Marx, quien en 1881 había publicado *The Students' Darwin*. Fay descubrió entre los papeles de Darwin una carta de Aveling del 12.10.1880, unida a unos capítulos de muestra de su obra, en la que después de solicitar el apoyo o el consentimiento de Darwin a su trabajo, añadía "Me propongo, dependiendo de nuevo de su aprobación, honrar a mi obra y a mi mismo dedicándosela a usted". ¿Por qué esa carta de Aveling había terminado en el archivo de Marx? Porque Eleanor Marx y Aveling, su compañero, después del fallecimiento de Engels, habían sido los depositarios del legado de Marx.

Resulta pues muy plausible la tesis de Fay y la narración de Wheen y no hay duda de que representa una explicación convincente del asunto Marx-Darwin, pero en el desarrollo de este tema (pp. 333-339) se encuentra, creo, algún signo de la ligereza argumentativa ocasional de Wheen. Por ejemplo. Al dar cuenta de la edición de la carta de Darwin en *Bajo el estandarte del marxismo*, Wheen recoge irónicamente la idea de la revista soviética de que los "documentos" adjuntados por el autor de la carta (supuestamente Marx) debían ser dos capítulos de la edición inglesa de *El Capital* que trataban de la teoría de la evolución. No hay duda de que la conjectura era de alto riesgo, pero no parece que la fácil falsación sea de recibo. Wheen sostiene casi lapidariamente: "Evidentemente absurdo, ya que el libro no se tradujo al inglés hasta 1886, tres años después de la muerte de Marx" (p. 336). Los redactores de *estandarte* tal vez fueran popperianos extremos camuflados en la corte de Stalin, arriesgándose excesivamente en sus hipótesis, pero no hay por qué pensar que fueran torpes o incapaces de reflexión. ¿Acaso no es posible pensar que Marx, sabedor de que Darwin no leía alemán, tradujera sus trabajos al inglés o que simplemente pensara que alguien del entorno de Darwin podría darle cuenta de lo defendido en estos papeles? ¿No pudo acaso ocurrir que Marx enviara un adelanto de sus manuscritos a Darwin para solicitar su autorización?

No es este el único caso. Hay en *KM* otras afirmaciones algo apresuradas que no deberíamos pasar por alto. Así, al hablar de la dialéctica (p. 28 y sig), Wheen se aproxima a este espinoso tema del modo siguiente: "¿Qué es la dialéctica? Como cualquier niño de colegio puede comprobar con unos imanes -o si queremos también, cualquier agencia matrimonial-, los opuestos se atraen. Si no fuese así, el género humano se extinguiría. Las hembras se aparean con los machos y de su unión surge un nuevo ser que, con el tiempo, repetirá el proceso. No siempre, claro está, pero sí con la

frecuencia necesaria como para asegurar la supervivencia y el progreso de la especie". La dialéctica, prosigue el autor, realiza una función parecida en la mente humana: una idea aislada se encuentra en aprisionada lucha con su antítesis, de cuyo combate surge una síntesis, que a su vez se convierte en una nueva tesis que "será seducida debidamente por un nuevo amante maligno". De dos proposiciones erróneas puede surgir una que sea verdadera, apunta Wheen, pero pronto esta verdad se convertirá en un error que será sometido a un nuevo escrutinio.

Podemos pasar por alto, o no, ciertas metáforas de Wheen sobre la especie y sus géneros y reconocer que el mismo autor nos advierte de su aproximación, aduciendo que "hay que simplificar a Hegel, ya que, si no, gran parte de su obra, permanecería impenetrablemente oscura". Suponiendo sin admitir tales oscuridades, eso no quita que ciertas miradas desfiguren notablemente el rostro que uno quiere iluminar. No hay apenas duda de que los pasos dedicados al asunto de la dialéctica en Marx no son lo mejor de esta biografía de Wheen.

Por otra parte, ciertos pasajes podrían, sin duda, haberse pulido un tanto. Así, al hablar de Weitling (p. 95 y sig), Wheen lo presenta como "hijo ilegítimo de una lavandera alemana", que no sólo poseía la "actitud pía y angustiada de un profeta martirizado" sino que conjeta y profetiza hacia el pasado de que "se hubiera sentido perfectamente a gusto entre los predicadores milenaristas itinerantes de la Edad Media, o entras las sectas comunistas que florecieron en épocas de la guerra civil inglesa..."

Wheen cree poder defender la no aceptación del pluralismo de Marx en base a consideraciones de Carl Schurz, más tarde senador norteamericano, quien observó a Marx en una reunión de demócratas de Colonia en agosto de 1848. En un texto escrito medio siglo más tarde, Marx, el joven Marx, es presentado como intransigente y como descalificador *ad hominem* (y *ad nauseam*) de opiniones no coincidentes. Wheen da cuenta de ello, observa el medio siglo de distancia, pero sostiene que "No obstante, tiene traza de ser cierto". Tal vez lo fuera, puede pensar el lector, pero no parece que la duda quede anulada por el simple testimonio del texto de Schurz que es la prueba central esgrimida por Wheen.

El epílogo 1 (*Consecuencias*) es otra prueba más de este estilo no siempre afortunado. Aquí Wheen escribe, por ejemplo, que después del fallecimiento de Marx "Estos últimos [sus muebles y sus libros], junto con su inmensa colección de cartas y cuadernos pasaron a Engels, *al igual que* Helene Demuth..." ¿Es "pasar" la palabra más acertada para el caso? ¿Es la que expresa mejor la relación Marx-Demuth-Engels?. O cuando líneas después afirma "Laura y Paul Lafargue vivían en las afueras de París, fundamentalmente del dinero que sableaban a Engels..." ¿Es sablear (o su equivalente en inglés) el término pertinente?. Finalmente, "cuatro de los hijos de Marx murieron antes que su padre y los dos que le sobrevivieron se

suicidaron. El único miembro que escapó de la maldición fue Fredy Demuth..." ¿A qué maldición se refiere Wheen? ¿Qué criterio se sigue para juntar muertes por enfermedad y miseria con suicidios motivados por razones que nos son desconocidas en gran parte?

La edición de *KM* es, en general, correcta. Hay alguna errata menor como, por ejemplo, cuando se habla de *La filosofía alemana* por *La ideología alemana* (p. 11), pero tal vez el asunto más controvertido sea el uso de traducciones de textos de Marx poco usuales y el olvido, en cambio, de traducciones más reconocidas como las publicadas por Grijalbo dentro *OME*. El lector puede hacer la prueba comparando un texto del capítulo XXII del libro I de *El Capital* recogido por Wheen (pp. 276-277) con la traducción del mismo texto por parte de Sacristán. Por otra parte, correctas, informadas e interesantes notas del traductor acompañan a algunos textos y referencias.

Son pues varias las razones por las que resulta recomendable la lectura de este *KM* tal vez acompañado como aperitivo con la voz "Karl Marx", que Manuel Sacristán escribiera para la enciclopedia Universitas, con el buen vino del *Marx (sin ismos)* de Francisco Fernández Buey y con el sólido postre del Marx de David Mc Lellan. Hay, empero, otro motivo más. Cuando Edgar, el hijo preferido de Marx ("y un amigo más querido personalmente que cualquier otro"), a finales de marzo de 1855, empeoró seriamente, el médico que le atendía le diagnosticó tuberculosis y advirtió a la familia que no había esperanzas de recuperación. El niño murió en brazos de Marx en la mañana del 6 de abril. Era Viernes Santo. Marx, fuera de sí, rechazaba violentamente toda expresión de condolencia. El funeral tuvo lugar dos días después en el tabernáculo de Whitefield, donde Marx y Jenny ya habían enterrado a sus hijos Fawkesy y a Franziska. Liebknecht, que había acudido al entierro, acariciaba la frente de Marx mientras éste exclamaba."¡No me pueden devolver a mi hijo!". Cuando el ataúd estaba siendo introducido en la fosa, Marx dio un paso hacia adelante. Creyeron que se arrojaría tras él.

A Marx le costó volver a su casa en Dean Street. Una de las pocas cosas que le mantuvo a flote fue su amistad con Engels, quien invitó a Marx y Jenny a pasar unos días con él en Manchester "para que cambiaran de aires y salieran del malhadado piso del Soho" (p. 200). Tan pronto como regresaron a Londres, las señales del pequeño Edgar le sumieron de nuevo en una mayor congoja. El 28 de julio, tres meses después de la muerte de su hijo, escribía Marx a Ferdinand Lassalle comentándole: "Bacon dice que las personas verdaderamente importantes tienen tantas relaciones con la naturaleza y el mundo, tantas cosas que son objeto de su interés, que se sobreponen fácilmente de cualquier pérdida. Yo no soy una de esas personas importantes. La muerte de mi hijo me ha destrozado hasta la médula y siento la pérdida tan intensamente como el primer día. Mi pobre esposa también está completamente deshecha".

No hay duda: de alguien que escribe y siente de este modo es obvio que resulta de interés leer su biografía, mas si ésta está tan sensatamente escrita como la de Francis Wheen.

(*Anti-España*, 2). ¡Ay, Dios mío!. Tengo miedo de haberme vuelto tan histérico para ciertas cosas que ya es que no me van a aguantar ni las paredes. Me basta con que se me junte, por un lado, en el rabillo del ojo el tremolar de la más inocente rojigualda, limitándose acaso a celebrar la cobertura de aguas de una obra, por otro, ya de frente a la pupila, un cartel de toros de una corrida en Castellón de la Plana todavía chorreando pegajosos y hasta obscenos goterones de engrudo blanquisucio y, en fin, para rematar, en el oído cuatro o cinco compases de *El gato montés* o de *Marcial, tú eres el más grande*, allá en la lejanía para que, literalmente, me prendan fuego cuerpo y alma a la vez en medio de la calle y clame a toda voz, no sé si al cielo, a la tierra o al infierno, como si fuese mi último suspiro “¡¡¡ Odio España !!!” (Os juro, amigos, que no puedo más).

Rafael Sánchez Ferlosio, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos.*

Le dije a López Rodó. “Cataluña tiene el complejo de haber perdido la guerra civil”. Replicó él sin ninguna vacilación. “Pues yo soy catalán y tengo la impresión clarísima de haberla ganado.”

Salvador Pániker, *Segunda Memoria*

(...) Nuestro president ha dicho que al inmarcesible Gaudí, que ya va camino de los cielos, le define haber sido “un gran catalanista y un cristiano muy profundo”. No voy a dudar ahora de que fuera ambas cosas, pero eso no lo define y citaré un ejemplo que rebate su tesis. Su hijo Josep, directivo de Europraxis, y su otro hijo, Oriol, secretario general del Departament d’Indústria, ambos implicados en el caso Lear como asesores e informadores, son sin duda grandes catalanistas y cristianos profundos y, sin embargo, no es eso lo fundamental para definirlos.

Gregorio Morán, “La autoridad no tiene principios”, *La Vanguardia*, 23.3.2002

XIII. Nacionalismos

1. Crítica de la crítica acrítica

Francesc-Marc Álvaro, *Els assassins de Franco*, L'Esfera dels llibres, Barcelona, 2005, 237 páginas.

Admitamos, siguiendo al autor, que éste no es un libro conmemorativo (p. 15), escrito con urgencia (y con vértice mercantil) para hacer coincidir su publicación con el trigésimo aniversario del fallecimiento del general(ísmo) golpista Francisco Franco. Admitámoslo: sin duda las apariencias pueden resultar engañosas. Admitamos que un libro de estas características, sean éstas cuales fueren, no necesita ningún pie de página ni ninguna referencia completa de sus fuentes a lo largo de sus más de 230 páginas. Admitámoslo: no siempre las mínimas exigencias académicas pueden ser seguidas al pie de la letra. Admitamos que Francesc-Marc Álvaro (F-M. A.) no ha podido contrastar siempre sus fuentes orales (p. 148 ss) y que en base a los recuerdos de un único historiador, antiguo militante del PSUC, cuenta la historia -publicitada en diversos medios con todo detalle- de la supuesta expulsión de Manuel Vázquez Montalbán del PSUC a la que Borja de Riquer, entre otros, ha hecho referencia ("Frivolizar el antifranquismo", *El País*, 2-12-2005). Admitámoslo: la búsqueda de un escenario en el que todos los "acontecimientos", reales o ficticios, coincidan consistentemente con nuestras preconcepciones, poco dadas a la falsación, puede jugarnos malas pasadas, y es acaso innecesario, por trabajoso, buscar contrastaciones, exitosas o no, en otros testigos de la relación entre Sacristán y Vázquez Montalbán como pudieron ser Gregorio López Raimundo, Josep Fontana o August Gil Matemala. Desde luego, tampoco las relaciones posteriores y posibles reencuentros (conferencia conjunta en el convento de los capuchinos de Sarrià en 1978, escritos de Montalbán sobre Sacristán después del fallecimiento de este último), hay que tenerlos en cuenta: para qué, con qué finalidad, no tienen morbo, no son ni pueden ser noticia. Admitamos que el subtítulo del ensayo -"Un juicio particular del franquismo y *de los que lo dejaron morir en la cama*" [la cursiva es nuestra]- es del propio autor, que el enunciado responde a sus propias convicciones, que no es un mero despropósito si pensamos (iay!) en la trayectoria cívica y vital de numerosos ciudadanos y que, por supuesto, no es un calculado ejercicio publicitario mediático-comercial para incrementar cuenta alguna de resultados. Admitámoslo, y hagámoslo además sin resentimiento alguno. Admitamos igualmente que en un libro de estas características la incorrección en algunas fechas e informaciones (p. 151, por ejemplo), y en la adscripción de militantes, es inevitable. Admitámoslo:errar es humano, sobre si todo si la urgencia es ley de la gravedad de nuestra escritura. Admitamos que todo autor tiene su propia cosmovisión, no siempre consciente ni explicitada, y que, consiguientemente, no es criticable que F-M. A. vea un inmenso pajar

en los ojos y en las mochilas de los ciudadanos antifranquistas que militaron (¿con riesgos? ¿con detenciones? ¿con torturas?) en las filas de organizaciones comunistas y socialistas, y que, en cambio, sea incapaz de ver una simple pajilla en el rostro de otros “luchadores” de orientación nacionalista. Admitámoslo: quien esté libre de ideología y de posicionamiento político que lance con cuidado la primera piedra. Admitamos que el autor puede sostener sin ninguna justificación que los antifranquistas han dicho y reiterado que fueron ellos quienes “mataron a Franco”, cuando los recuerdos acuñados una y otra vez en la memoria de muchos apuntan más bien en dirección contraria: que la oposición al franquismo no se cansó de repetir, acaso machaconamente y con la intención de justificar pactos, cesiones y “objetivas correlaciones de fuerza”, que Franco había fallecido enfermo en la cama y con música de la Legión, y que el Prado jamás fue tomado por ninguna fuerza bolchevique ni afín. Admitámoslo: en el jardín de los senderos que se bifurcan las memorias no tienen que ser coincidentes en todos sus puntos, incluso en sus nudos esenciales. Admitamos, por qué no, que el autor ha hecho un profundo estudio de psicosocioanálisis y que está en condiciones de poder sostener que el enorme resentimiento de los ciudadanos antifranquistas de orientación comunista y socialista se transfiguró en un odio intenso, irracional, injustificable y sin matices contra el ex-president, entonces president, Jordi Pujol y el pujolismo. Admitámoslo: no importa que los pactos PSOE-CiU, los apoyos puntuales de Iniciativa y del PSC a CiU en determinados temas, incluso las opiniones públicas de dirigentes de estas fuerzas sobre la presidencia de Pujol, puedan falsar la afirmación anterior: las refutaciones, es sabido, nunca son concluyentes, y los nuevos epiciclos teóricos están para salvar todas las apariencias falsadoras. Admitamos que las citas iniciales con las que F-M. A. abre el ensayo -Eugenio Trías, Juan Alberto Belloch, Albert Boadella, además de la cita de Martín Villa, como portavoz de los franquistas “evolucionistas”- responden a alguna interesante, singular y no confesada conjeta del autor sobre la composición del movimiento antifranquista y sobre la curiosa representatividad de los citados ciudadanos. Admitámoslo: alejémonos de todo sectarismo, de todo recuerdo infundado sobre los que estaban efectivamente en aquel entonces. Admitamos con curiosidad la caracterización de Todorov al reproducir la cita inicial que recoge la mirada central del autor: “escritor búlgaro”, señala F-M. A.. Admitámoslo: que quede claro el lugar de origen de cada cual. Admitamos que al tratarse no de un libro de historia sino de “un libro sobre la historia y sobre su pervivencia en el presente” (p. 15), uno puede dedicar casi 30 páginas a enjuiciar la obra, la trayectoria vital y política de un intelectual que mantuvo siempre el “dogma sagrado” (p. 128) a través de citas indirectas, incompletas y sin contextualizar, sin referencia directa alguna a ninguna de sus numerosas publicaciones, algunas de ellas, por cierto, muy recientes y de fácil consulta.

Admitámoslo, no vayamos de exquisitos y no vaya a ser que nuestras preferencias nos obnubilen el juicio. Admitamos... ¿Así siguiendo? ¿Podemos seguir admitiendo más y más afirmaciones con nula, escasa o sesgada justificación? Independientemente de que pueda coincidir con el autor en la necesidad de hablar, mal o bien, de los "bondadosos" de esta historia y que, con seguridad, también aquí ha habido comportamientos nada admirables, que sin duda permiten destacar mejor, blanco sobre negro, los otros numerosos comportamientos; independientemente de que la transición política española exige, cada vez más, miradas no complacientes, y que llegará el momento, debe llegar el momento, en que hagamos un balance no acusador de lo dicho y hecho, con el deseo de aprender con honestidad sobre lo pensado y actuado, independientemente de todo ello, cabe aquí señalar algunas afirmaciones y argumentaciones de F-M. A. que no nos parecen admisibles ni en este ensayo ni en ningún otro, coincidamos o no con su enfoque y con sus planteamientos políticos. Dos ejemplos.

La primera consideración tiene que ver con la teoría básica de la argumentación, con la lectura atenta de los textos, con el respeto de las posiciones del otro y con la noción misma, básica por lo demás, de inferencia lógica o de "seguirse de". Uno puedo creer, con más o menos fundamento, que todos los nacionalistas son pujolistas y de ahí puede inferir, legítimamente, que los no pujolistas no son nacionalistas, pero no puede afirmar en cambio, sin más mediaciones y a partir de ese único supuesto, que no existan ciudadanos no nacionalistas que sean pujolistas. Es lógica elemental, de formación básica. El autor, en cambio, opera en ocasiones con otra lógica, acaso con alguna de raigambre carrolliana o de creación propia y hasta ahora no contrastada. Así, en la página 132 reproduce unas líneas de una carta de Manuel Sacristán, escrita el 24 de agosto de 1985, pocos días antes de su fallecimiento, dirigida a Félix Novales, cuando éste estaba preso en la cárcel de Soria. Sacristán iniciaba su carta en tono netamente autocrítico: "Me parece que, a pesar de las diferencias, ninguna historia de errores, irrealismos y sectarismos es excepcional en la izquierda española. El que esté libre de todas esas cosas, que tire la primera piedra. Estoy seguro de que no habrá pedrea". El paso no merece ninguna atención a F-M. Álvaro, acaso porque ha creído innecesario leer toda la carta y se ha limitado a un paso que ha encontrado en algún dossier o antología. Las líneas que, en cambio, sí reproduce son las siguientes: "Se puede conseguir comprensión de la realidad sin necesidad de demasiados esfuerzos ni cambiar de pensamiento; pero me parece difícil que el que aprenda a disfrutar revolcándose en el lodo tenga un renacer posible. Una cosa es la realidad y otra la mierda, que es sólo una parte de la realidad, compuesta, precisamente, por los que aceptan la realidad moralmente, no sólo intelectualmente" (un paso que, por cierto, sirvió de inspiración a Carlos Piera para un magnífico poemario). Pues bien, sobre este texto F-M. A. construye

la siguiente reflexión: "Asociar la mierda a quien no comulga con las ideas de uno define bastante bien y sin subterfugios las premisas de un pensamiento totalitario y de una actitud intolerante y excluyente". Obsérvese, de una misma tacada: pensamiento totalitario, actitud excluyente e intolerante. ¿Desde qué noción de inferencia, desde qué forma de razonar, desde qué estilo de pensamiento, se puede extraer esa conclusión? ¿Dónde lee F-M. A. que Sacristán sostenga que quien no comulga con las ideas de uno está asociado con el desecho? ¿Dónde está el totalitarismo, la intolerancia, la exclusión, cuando alguien cree - y escribe en una carta particular- que la reconciliación moral con nuestro mundo (esto es, la aceptación sin tensión alguna de unas estructuras económicas y políticas que generan desastres ecológicos sin fin, desigualdades rechazadas universalmente, tragedias militares innumerables, manipulaciones ad nauseam, abismos insuperables entre comunidades humanas, falsedades abyertas), la aceptación moral de todo esto decíamos, le parece inadmisible y que es, además, parte sustantiva de la negativa realidad que se quiere combatir? ¿Uno es totalitario e intolerante porque considere que los que se regodean, con provecho no ocultado, en el infierno de los otros, o en su aceptación teórica, son parte de la maldad social no inevitable que hay que superar?

La segunda consideración nos relaciona con las cosmovisiones implícitas e indiscutidas y, concretamente, con la visión que el autor tiene de la sociedad buena. El esquema de su noción presenta la síntesis ya sabida de la economía "libre" de un mercado sin bridas, con escasa restricción pública, y una democracia entendida al modo usual del pensamiento liberal-conservador: no poder del pueblo, sino procedimientos de consulta temporal, orientados y dirigidos cuando sea necesario, y unos representantes políticos que operan, sin control ciudadano, en el estrecho margen que les otorgan los grandes poderes económicos y militares. Pues bien, una de las tesis centrales de este ensayo (acaso, desde un punto de vista político, la central) es que numerosas personas que formaron parte del movimiento que combatió la dictadura del nacional-catolicismo-militar sin duda fueron antifranquistas pero, sin embargo, no todas ellas eran demócratas: algunos críticos a la dictadura eran también críticos a la democracia realmente existente y eran (¿siguen siendo?), pues, totalitarios de otro signo.

F-M. A, en nuestra opinión, lleva razón en lo primero pero no el segundo y su acusación política está, por tanto, injustificada y acaso sea algo innoble: algunos (y no pocos) combatientes antifranquistas no tenían como horizonte normativo una democracia demediada como la actualmente existente, no eran monárquicos juancarlistas , no creían que debían conformarse con una sociedad en la que la fuerza de trabajo manual contara tanto como un gorrión herido en el sótano de una gran multinacional. En eso, además, estaban en buena compañía. El autor dedica su libro a Francesc Vidal Casanellas, asesinado en el campo de exterminio de Mauthausen. Pues

bien, también entre los asesinados en Mauthausen y en otros campos de exterminio, y entre los supervivientes de esos infiernos, hubo personas que fueron antinazis, que combatieron como pocos el fascismo europeo, apostando en ello sus vidas, pero que en cambio no tuvieron como horizonte político una democracia reducida a la manipulación de las opciones, a la falsedad, a la marginación de grandes sectores de la población, a la estupidez como espectáculo diario y a la reducción cada vez más estrecha del ámbito político, y donde los ideales de justicia, igualdad, solidaridad, fraternidad, fueran afortunadas consignas de compañías publicitarias. No fue Marx sino W. Blake quien señaló que “una misma ley para el león y el buey es opresión”. Terry Eagleton ha apuntado una característica central del sistema de mercado y de democracia demediada: “Curiosamente, este es un sistema que calle la boca a la mayoría de sus miembros. Y en eso es como cualquier otra sociedad de clases que haya existido. O, en este sentido, como una sociedad patriarcal, que perjudica aproximadamente a la mitad de sus miembros”. ¿Qué había, entonces, de moralmente reprochable en el ideario de los combatientes antinazis? ¿Qué hay de reprochable entonces en que una parte considerable del movimiento antifranquista tuviera como finalidad normativa una democracia “plebeya” en la que se existiera una mayor igualdad social, un trato sostenible y no depredador con la Naturaleza, una auténtica representación ciudadana y en la que el poder de los grandes poderes estuviera limitado con algún bozal? Sin duda, admitámoslo, se idealizó la realidad social y política de los países ex-socialistas (o de algunas de estas sociedades), pero incluso en esto el autor anda algo desinformado: desde mediados de los años sesenta las voces críticas no eran inexistentes y la invasión de Praga fue, para muchos, decisiva, hasta el punto que se empezó a hablar de “rusianos”, de gentuza y de que, a ese paso, vendrían cosas mucho peores, muchísimo peores.

Proseguir sería incrementar el cansancio del lector, pero una reseña así deja inevitablemente insatisfecho: son numerosos los pasajes y las tesis que merecen comentario y es posible que esta reseña deje en el tintero cosas que no merecen ser olvidadas. Preferimos acabar con una propuesta constructiva: Álvaro afirma que hemos pasado de la memoria oficial a la memoria progre-monárquica oficial y aún no hemos encontrado la memoria nueva, la democrática completa y compleja. Su libro pretende conformar esta nueva memoria y desmantelar las anteriores. El resultado, desgraciadamente, lo convierte en un texto que dice mucho más de su autor y de discursos excluyentes actuales, que de esta nueva memoria completa y compleja a la que pretendía contribuir. Pero con algo de este propósito nos podríamos quedar. La investigación historiográfica en estos últimos años ha señalado la importancia de la agitación y movilización de la oposición al franquismo (por ejemplo, Pere Ysàs, *Disidencia y subversión*, Crítica, 2004). Se ha puesto en cuestión la supuesta debilidad de una izquierda que se

enfrentó a los herederos del franquismo en la lucha por el cambio político, pero no se ha entrado a analizar suficientemente la diversidad de proposiciones que se estaban haciendo desde estos sectores. Se ha construido la historia sin cuestionar que los resultados del cambio político vivido en España podían haber sido otros, se han olvidado los discursos alternativos que buscaban la consecución de otras realidades sociopolíticas. Las interpretaciones del ayer, realizadas desde el mundo que se ha configurado en el hoy, no tienen sentido si lo que queremos verdaderamente es acercarnos con precisión a aquello que sucedió en cada momento, a lo planteado y discutido. No nos sirven en absoluto para conocer el trabajo y el esfuerzo de aquellas personas que no pudieron evitar que Franco muriera en la cama y que se llevaron los palos de ver como aquello a lo que habían dedicado tantos esfuerzos, por el momento, no se conseguiría. Será después del análisis honesto y riguroso, no instrumentalizado, de sus proyectos cuando podremos entrar a discutir qué tenían en la cabeza todos aquellos que, por ejemplo, no aspiraban a una democracia como las del mundo occidental, como la de la RFA en 1976. Como Josep Fontana ha señalado: "Una historia no lineal nos permitirá recuperar muchas cosas que hemos dejado olvidadas por el camino de la mitología del progreso: el peso real de las aportaciones culturales de los pueblos no europeos, el papel de la mujer, la racionalidad de proyectos alternativos que no triunfaron, la política de los subalternos, la importancia de la cultura de las clases populares... Y nos ayudaría a escapar, con este enriquecimiento de nuestro horizonte, a la apatía y la desesperanza a que quiere condenarnos el discurso dominante en nuestro entorno, que nos ha llevado a este tiempo de resignación política y de fatiga" (*La historia de los hombres: el siglo XX*, Crítica 2002)

Como decíamos, una cita de Tzvetan Todorov abre este ensayo: "En nuestros días, es paradójicamente más difícil realizar una investigación histórica sobre los *buenos* que sobre los *malos*". En nuestros días, por lo que parece, empieza a ser difícil llevar a cabo una investigación histórica *honesta*, sin preconcepciones desfiguradoras y al servicio inconfesado de una tesis básica que subyace sin control en el fondo de muchas de estas aproximaciones: el movimiento comunista fue deshonesto y totalitario incluso cuando fue honesto y liberador.

PS : Que sepamos el ensayo de Francesc-Marc Álvaro no está, hasta la fecha, traducido al castellano. En contra de todo informe editorial informado, es muy posible que sea traducido en un futuro próximo. No está demostrado que el lector debe incrementar con él su cuidada biblioteca.

2. Del nacionalismo realmente existente.

Jesús Royo Arpón, *Argumentos para el bilingüismo*. Montesinos, Barcelona, 2000.

Un alto cargo del gobierno de la Generalitat y del partido gobernante mayoritario, cuyo nombre prudentemente no cito, ha decidido llevar a sus hijos a un colegio privado de élite, cuyo nombre tampoco explícito, de los barrios altos y caros de Barcelona. En este afamado colegio, los padres y madres de los niños y niñas escogen el idioma inicial en el que sus hijos van a ser instruidos. Ya en el primer curso, el otro idioma del país es introducido en un porcentaje aproximado del 25%. En el segundo y tercer año, los porcentajes se incrementan, de forma que al finalizar la etapa preescolar los niños y niñas son bilingües sin traumas. Es posible que los motivos de la elección de nuestro personaje oculto no tengan nada que ver con el tema comentado. Probablemente sean otros sus criterios: calidad de la enseñanza impartida, éxitos indudables, prestigio del centro, elitismo profesional, etc. Tal vez... o tal vez no. Sea como sea, surge una duda: ¿hay alguna inconsistencia en el hecho de que alguien que en la esfera personal decide llevar a sus hijos a una escala sin inmersión lingüística forme parte de un gobierno que, en cambio, defienda y realce una determinada política lingüístico-educativa para la esfera pública que obliga a la inmersión lingüística a personas que por posición ético- política o por falta de recursos llevan a sus hijos a "la pública"?

En las esferas de este mismo gobierno, en el departamento de educación, sección de normalización lingüística (SEDEC, Servei d'Ensenyament del Català), uno se encuentra al visitar a uno de sus subdirectores con un decorado algo inquietante. Detrás de él, en su despacho, puede verse un mapa con la Europa de las lenguas en la que el espacio de lo que suele designarse como países catalanes aparece coloreado y con una única referencia numérica: 17. Una nota indica el significado de este feo número primo: català. Es obvio que el decorado es estrictamente personal y no transferible pero puede ser sintomático. ¿De qué se trata? ¿De una aspiración político-lingüística compartida? ¿De una mera descripción de alguna situación histórica perdida en la noche de los tiempos y los mitos? O, simplemente, del deseo no ocultado de que la llamada normalización signifique la absoluta prioridad del catalán tanto en las instituciones como en la llamada sociedad civil, dejando al otro idioma hablado en Catalunya para la más absoluta intimidad.

De cuestiones de este orden (y afines) trata el reciente libro de Jesús Royo Arpón, *Argumentos para el bilingüismo* (AB), que no sólo argumenta sólidamente las buenas razones para apostar por la convivencia armoniosa de las dos lenguas catalanas (también el castellano es lengua catalana) sino

que polemiza y desenmascara muchos de los mitos que rodean la weltanschauung, la concepción del mundo, de algunos sectores del nacionalismo realmente existente, gobernante o con indudable apetencia de hacerlo en un futuro próximo.

Como no podía ser menos, AB está editado tanto en catalán como en castellano. Citaré por esta última.

Jesús Royo (JR), como indica la excelente solapa interior del libro, nació en Barcelona en 1949 y, aunque el dato es absolutamente irrelevante para el asunto, es el tercero de seis hermanos de una familia inmigrante. Se licenció en Filosofía y en filología catalana, trabaja actualmente como profesor de catalán en la enseñanza secundaria y fue distinguido con el premio Joaquim Xurau por *Una llengua és un mercat* [Una lengua es un mercado], de la que existe traducción castellana.

No hay duda de que Jesús Royo es una persona tenaz. La historia de AB, narrada por él mismo en la "Advertencia" (pp. 7-9) de AB lo confirma. El libro fue escrito en 1996. El autor hizo de él una edición artesanal con la intención de distribuirla en un congreso del PSC celebrado ese mismo año en Hospitalet de Llobregat, una ciudad del extrarradio barcelonés. Él y algunos de sus camaradas montaron una caseta para distribuir AB y colgaron una pancarta con la indicación "corriente bilingüista". No se nos dice quienes, aunque sea fácil conjeturarlo, pero la respuesta fue contundente: se les envió a la fuerza (no)pública para desalojarles. Ello no desanimó a Jesús Royo porque, como él nos indica en reiteradas ocasiones, sigue siendo miembro activo, tal vez activísimo, del PSC-PSOE (Por cierto, ¿por qué será que el autor nos habla siempre del PSC y jamás del PSC-PSOE? En cambio, en una nota aclaratoria (p. 191) describe a EUiA como "Esquerra Unida i Alternativa, representante de Izquierda Unida en Catalunya", formulación que a muchos euistas -no es mi caso- les parecería algo desafortunada).

Esta tenacidad en la militancia se extiende al innegable optimismo de la voluntad de Jesús Royo. Después de enviar el original de AB a más de cincuenta editoriales sin conseguir su publicación, a pesar de la corrección de las cartas de respuesta ("el trabajo es muy interesante...", "un valiente soplo de aire fresco en una atmósfera cargada de servilismo y cobardía",...), del reconocimiento de su competencia en estos campos y del parcial cambio en la atmósfera cultural catalana (aunque no sólo) en estos temas en los últimos tiempos, sólo Montesinos se ha atrevido con la edición de AB, lo cual dice mucho a favor de Montesinos y de su equipo editor y dice mucho en contra de otras empresas del sector.

AB se escribió pues en 1996 y él mismo autor reconoce que debería corregirse en "muchos aspectos". A pesar de esta consideración y de una petición del editor para su actualización, el autor ha preferido mantener el texto original: "...creo que es preferible mantener algún anacronismo, a cambio de dejar constancia de que, en Cataluña, en el año 96 había miedo,

la lengua era tabú, y declararse bilingüista tenía un cierto componente de riesgo personal” (p. 9).

Acertada o no esta decisión del autor, AB consta de 80 supuestas “Cartas al director” y de dos apéndices. El primero es un memorial al grupo parlamentario socialista sobre la reciente “Ley del catalán” y el segundo lleva por título “¿Tenemos derechos los profesores a usar el castellano?” y responde a una apuesta de un miembro de EUiA sobre los usos lingüísticos actuales en los institutos de enseñanza secundaria de Catalunya. El grueso de AB son pues las ochenta cartas.

Royo admite que la elección del género epistolar conlleva riesgos. “Cada carta es una unidad cerrada, independiente, no es un capítulo de un todo. La unidad del discurso se resentirá, sin duda. El conjunto tendrá el aspecto de un conglomerado poco estructurado” (p. 11), pero, sin embargo, las cartas al director, en opinión de JR, tienen un encanto especial, ya que, con metáforas físico-astronómicas un pelín atrevidas, “la cartas surgen del magma anónimo de la gente de a pie, vienen del silencio sideral de la masa de lectores... Los escritores de carta son como esos meteoritos que pueblan el espacio por millones, y de improviso uno de ellos penetra en la atmósfera y raya el cielo con una luz comparable a la de las estrellas profesionales” (pp. 11-12). Hay riesgos admitidos de esquematismo, simplificación, demagogia, según JR, pero, en aquellos años, en su opinión, el tema del bilingüismo sólo se debatía en la sección de las cartas al director de los diarios. No se tocaba en artículos de fondo. El pensamiento publicado era, entonces, “descaradamente dócil a las tesis -itan discutibles!- del nacionalismo vigente” (p. 14).

Así pues, de forma contundente aunque, inevitablemente, poco desarrollada argumentativamente, el autor traza posiciones, discute tesis admitidas comúnmente, desenmascara miradas míticas sobre el pasado y la lengua, polemiza con ciertos sociolingüistas, da consejos prácticos para un bilingüismo armonioso, etc. No parece fácil recoger todos sus puntos de vista, así que señalaré los que a mi vista (y a mi oído), coincide o no con ellos, resultan de mayor interés:

1. La lengua, las lenguas, hablar sobre ellas, no está prohibido ni hace mal a nadie. El miedo y la prevención generalizada “es signo claro de que tenemos que hablar, y mucho” (p. 17). Sin callarse y sin hacer callar a nadie.

2. El debate no es un debate entre filólogos, entre especialistas, sino que debe ser y convertirse en asunto ciudadano: “La lengua no es sólo ni principalmente gramática. Es también uso y significado, interacción social, percepciones y valoraciones, afectividad y símbolo social” (p. 24).

3. La tesis nacionalista de la identidad catalana basada en la lengua es una idea poco discutida, no porque “sea indiscutible sino porque corresponde a un beneficio material bien claro”. Sectores de la población aceptan esta posición porque les rinde una mejora indudable en su nivel de vida. El autor

cuantifica, de forma algo osada, en un 30% la diferencia de poder adquisitivo entre ser/hablar/catalán y ser/hablar/castellano en la Catalunya de 1996. Baste ver, señala JR, las listas del paro o la composición social de los barrios castellanos de todos los pueblos y ciudades de Catalunya. De hecho, la razón última que ocasiona que la gente esté dispuesta a discutir, a polemizar apasionadamente, incluso “a gritar desaforadamente y a perder la compostura” estaría girando en torno a una razón fuertemente económica, de subsistencia. Esto es, “por la comida, por huir del hambre, por asegurar el pan de sí mismo y de su prole” (p. 28).

4. Ser catalán, según la concepción dominante del nacionalismo, apunta JR, pasaría por hablar catalán y “la catalanización aparece públicamente como un programa de promoción social de la inmigración” (p. 32). El mismo autor en *Una llengua és un mercat* defendía esta tesis, y con ella la inmersión escolar, como una oportunidad para la inmigración. No es esta su posición actual: si las diferencias sociales se simbolizan en la lengua, lo que haría la catalanización sería confirmar y enfatizar la diferencia. La igualdad, bien entendida, no consiste en subir todos, algunos o la mayoría, al piso de arriba, sino en eliminar los pisos, levantar las barreras, eliminar la discriminación. Consiguientemente, apunta JR, la ecuación “hablar catalán = ser catalán” no es sino un mito social (p. 42).

5. La inmigración, en contra de las tesis oficialistas, no es un rasgo accesorio, ni transitorio, ni limitado, de la Cataluña moderna, sino un “rasgo decisivo, definitorio y esencial” (p. 35), Quizá sea Cataluña el país del mundo con mayor inmigración. Así, durante el siglo XX, el crecimiento por inmigración ha sido del 200%. De ahí que, con paradoja aparente, JR sostenga que “la identidad más determinante (de Cataluña) es la inmigración” (p. 35). Cataluña quizá sea un nación milenaria pero todos los catalanes somos recién llegados. Aquí todos seríamos charnegos.

6. Ni la lengua es sagrada (“la misma lengua nos puede conducir a la realidad o a la fantasía, a la verdad o la mentira, a un mundo catalán o a un mundo australiano” (p. 41)) ni tampoco vivimos una historia sacra, Para los nacionalistas, la historia es normalmente vista como un proceso natural de realización de las potencialidades de un grupo nacional. No es esa la visión sostenida por JR: “la historia de Cataluña no significa nada más que la historia de los catalanes, entendidos como la gente que ha vivido y trabajado en Cataluña” (p. 43). Cataluña ha sido, es, lo que su población ha sido siendo en cada momento histórico. Por tanto, el resultado no es ni natural ni eterno, sino contingente y cambiante. El mismo hecho de que en Cataluña se hable catalán no es ningún fruto natural ni ningún efecto necesario del ambiente físico.

No hay lenguas más aptas para un paisaje” que otras. Si todos los ciudadanos de un país hablan igual es porque siempre se han tratado entre ellos y hablan diferente de sus vecinos porque en mucho tiempo apenas se

han relacionado con ellos. Ésta ha sido la realidad de los mapas lingüísticos hasta fechas recientes. La escritura, la imprenta y la antena parabólica parecen arrinconar estas situaciones.

7. El nacionalismo catalán, como fenómeno histórico, ha aparecido en estos últimos cien años. JR sostiene que la reivindicación de las "marcas de catalanidad" sean éstas la lengua, o cierta visión de la historia o del seny o de la supuesta idiosincrasia congénita del ser catalán, se explican "como una reivindicación de la población autóctona para retener el poder" (p. 44).

8. JR no admite la distinción entre la lengua de Cataluña y la lengua de los catalanes. La lengua del país, según miradas nacionalistas, sería y será siempre el catalán; la lengua de los catalanes, ahora, serían catalán y castellano. JR, al igual que el autor de esta reseña, se declara incompetente para entender la significatividad de estas afirmaciones. "Yo lo único que veo y constato positivamente es la lengua de los ciudadanos" (p. 54). Sólo se puede saber cuál es la lengua de un país después de ver la lengua de sus habitantes. De ahí una de las ideas-fuerza de AB: "Por lo tanto, la lengua de Cataluña, hoy, es dos lenguas, el catalán y el castellano. Así de fácil" (p. 54), así de difícil, porque, digan lo que digan sectores nacionalistas, no existe la lengua de la patria. "La tierra no habla, ni el paisaje, ni las ciudades,. ni Dios, ni la bandera. Sólo hablamos los hombres" (p. 75). Y las mujeres, claro está.

9. La escuela no debería ser monolingüe ni debería tener, por tanto, ninguna lengua vehicular preferente. La escuela debe ser, en opinión de JR, un reflejo de la sociedad. "No ha de corregir a la sociedad, o al menos no en cuanto a la lengua". Si se admite la preponderancia de una de las lenguas catalanas (el castellano también es catalán) se segregaría la idea de que hay una lengua legítima, verdadera y necesaria y otra que, en cambio, es "la mala, la ilegítima, la impropia. La lengua sucia" (p. 68).

10. El bilingüismo no es la muerte del catalán, en contra de algunas tesis nacionalistas, sino que, en opinión de JR, "es una garantía mejor para la supervivencia del catalán" (p. 69). Su razón: como nuestros cerebros no son forzosamente monolingües y caben en él más de una lengua, la condición para conservar una lengua limitada geográfica y poblacionalmente, como el catalán, es hacerla compatible con otra lengua más extendida. Como ocurre en otros contextos, con el holandés o con el danés, por ejemplo.

11. ¿Qué hay detrás de la afirmación de que en Cataluña hay dos lenguas oficiales, pero sólo el catalán es lengua propia? En opinión de JR el intento sectario de hegemonía, de preeminencia, de que el catalán sea la única lengua de uso público, como en tiempos del franquismo lo fue el castellano. "Propia" significa únicamente que es la lengua que se habla en ese territorio desde hace más tiempo, y ello no implica que la otra o las otras lenguas sean menos importantes ni con menos derechos ni que sean lenguas impropias ni inadecuadas. ¿Cómo se puede entender que la mitad de los catalanes tengan, tengamos, una lengua materna diferente de la lengua

propia del territorio? Bien mirado, apunta JR, lo de lengua propia parece una mala copia del españolismo más rancio: también, según sus temibles y temidos partidarios, el reino de España tenía y tiene una sola lengua propia, el español. Conclusión: dejémonos de lenguas propias (p. 99), porque la misma idea es lerrouxista: si el catalán es la lengua propia de Cataluña, el castellano sería la lengua propia de la inmigración.

12. ¿Cuáles serían los posibles idiomas de una posible Cataluña independiente? Si nadie pierde sus derechos civiles, la respuesta parece obvia: la Cataluña-Estado sería bilingüe. ¿Qué quieren entonces los independentistas, por qué dan tanto la lata, se pregunta JR? Y el mismo autor se contesta de forma altamente sugerente: "Los independentistas no quieren la independencia,. porque sería pobre, cara y bilingüe. Lo que quieren realmente los independentistas es el independentismo" (p. 104). Por eso resulta chocante preguntas como las formuladas en los impresos de matrículas de la mismísima Pompeu Fabra. ¿"cuál crees que debe ser la lengua docente: catalán / castellano / otras". ¿Por qué "la"? No hay forma de responder "las dos lenguas catalanas deben ser lenguas docentes de esta universidad catalana".

13. Contra "el hacer país": los nacionalistas suelen repetir la consigna "fer pais", hacer país. Al autor, y no es el único, la expresión le produce temblores. Hacer país no es realizar la construcción nacional mítica, ni es rectificar la historia desviada, ni es volver las aguas turbulentas de la historia reciente a su curso natural, sino, en opinión de JR, "hacer país sólo quiere decir una cosa: atender las demandas de la gente del país" (p. 130).

14. La normalización lingüística realmente existente, apunta JR, terminará por dañar al catalán. Está socavando la antigua unanimidad respecto a la lengua y a la escuela y como la normalización ha dejado de ser equitativa "ya se la comienza a sentir como una imposición injusta, una causa enemiga de la libertad y de los derechos de los ciudadanos" (pp. 133-134).

15. Finalmente, el autor nos da criterios -agradables criterios- para la práctica del blingüismo que JR presenta como una actitud mental de respeto y de igualdad" (p. 171): 1. adaptarse a la lengua del cliente (el médico a la del paciente o el maestro a la del alumno); 2. entre desconocidos, adaptarse a la lengua del que pregunta; 3. la tecla de la lengua: en cualquier trato con el servicio público, el protocolo debe iniciarse preguntando por el idioma. "Claro que la elección ha de ser equitativa: no puede haber una "lengua por defecto". Si la elección de una de las dos lenguas supone un esfuerzo extra, entonces se da una discriminación inaceptable" (p. 174).

El primer apéndice es el memorial que el autor escribió "al grup parlamentari socialista sobre la ley del catalán" está fechado el 1.9.1997 y se expone en él, en apretados 11 puntos, las razones por las que el autor cree

que la entonces nueva ley del catalán era un grave error no sólo para el PSC sino para toda la sociedad catalana.

El segundo apéndice es la narración de las vicisitudes a las que el mismo Jesús Royo se vio sometido al instruir un expediente disciplinario a un alumno en castellano. La respuesta de la junta directiva del centro fue la siguiente. “(...) Por otro lado, la lengua vehicular del centro es el catalán y nos gustaría que todos los componentes de la comunidad educativa que son competentes en catalán realizasen sus actividades académicas y extraescolares en catalán. Por lo tanto, te agradeceríamos que nos devolvieras el informe de la instrucción en lengua catalana”. Se recogen además la respuesta del autor, y las cartas cruzadas entre él mismo y el Síndic de Greuges catalán de aquel entonces (Anton Cañellas), al igual que las intercambiadas entre JR y el Defensor del Pueblo. No tienen desperdicio.

Tal vez no sea competencia del autor de esta ya larga reseña apuntar algunos puntos críticos, pero si se me permite y de forma casi telegráfica, creo que cabe señalar lo siguiente:

1. No está tan claro que el tabú sobre la lengua haya sido superado. Me remito a los casos de Josefina Albert, de la profesora sancionada del Omniun Cultural por decir unas palabras de ánimo en castellano-catalán y a la extraña unanimidad en el caso Martí i Pol, poeta que uno puede admirar, transitar y leer a un tiempo que considera que probablemente un parlamento no tenga criterios ajustados para intervenir en asuntos de premios literarios.

2. El autor critica en repetidas ocasiones la intervención de las instituciones políticas en asuntos de la sociedad civil catalana, pero parece no citar u olvidar que las intervenciones también se producen desde las instancias gubernamentales centrales. Si el castellano es una de las lenguas de Cataluña, el catalán es una de las lenguas del reino de España. ¿Por qué entonces no puede concederse un Cervantes a un escritor en lengua catalana, vasca o gallega?

3. No se ve por qué el autor habla, en ocasiones, de barrios castellanos en Catalunya. En su buen decir, no existirían tales entes. Santa Coloma de Gramenet no es una ciudad castellana del extrarradio barcelonés, sino una ciudad con presencia mayoritaria de personas de origen foráneo que hablan, normalmente, una de las dos lenguas catalanas.

4. Las posibles simpatías que uno pueda tener por ciertas actitudes, caso Vidal-Quadras, no deben hacernos olvidar el pasado más reciente. El europarlamentario pepeísta y catedrático de física en la Universidad de Barcelona se negaba, en los tiempos oscuros, a contestar en catalán a sus alumnos.

5. El problema de los nacionalismos excluyentes, y no olvidemos que el más excluyente ha sido históricamente ha sido el español, se basa en la ausencia de conocimiento de las otras culturas en otras zonas del país. Parece que cualquier posición de izquierdas debería compartir el deseo de

superar esta situación. Los niños extremeños o andaluces deben disfrutar, también, con Rivas, Atxaga o Salvat Papasseit.

6. Como el autor no lo cita nunca, creo que es de justicia apuntar que, salvadas ciertas desviaciones de última hora, el papel del PSUC fue determinante para evitar los enfrentamientos entre comunidades de diversos orígenes. Cuando muchos nacionalistas estaban en casa o en el campo, muchos militantes del PSUC vindicaban derechos el 11 de setiembre. Algunos se apellidaban Núñez o, Fernández. Otros Porta o Folch. No importaba.

7. El catalán tal vez sea ahora una lengua de promoción social. No ha sido siempre así. De ahí que resulte difícil aceptar ciertas explicaciones economicistas del autor. En algunos momentos, parece que lo plausible es aceptar que muchas personas han defendido el uso del catalán por motivos estricta o básicamente morales. Más aún, a diferencia de otras comunidades, hay o había una neta comprensión de la ciudadanía catalanohablante para las personas de otros orígenes y que inicialmente hablaban un catalán no muy fluido.

8. Se presupone siempre que la inmigración ha sido de habla castellana, pero no hay que olvidar que parte de ella (la proveniente del País Valencià, zona fronteriza con Aragón, Illes) tiene como lengua usual el catalán

9. Las leyes del mercado pueden ser nefastas para los idiomas minoritarios. Yo no creo que sea ninguna barbaridad que un ciudadano de Cataluña desee ver un Disney en catalán. Desde luego, lo mejor, siguiendo a Sánchez Ferlosio, sería no ver nada de esa máquina de producción de asesinatos de la imaginación, pero puestos, si uno puede oír a un perro hablando en un castellano nefasto también puede ver a un chimpancé hablando en un catalán no menos degradado.

10. Algunas explicaciones de la actitud de los nacionalismos periféricos proviene del rechazo y de las aptitudes del españolismo galopante y realmente existente. Por ejemplo, nos van a tener ahora entretenidos durante un par o tres meses. si no más, con el asunto de las matrículas. Ambos nacionalismos se alimentan con devoción.

11. El autor cita ejemplos que claman cielo. Por ejemplo, en un diario o revista de Mataró, un ciudadano realmente existente escribía: "Yo siempre le he hablado a mi novia en mi irrenunciable lengua. Porque he llegado a un punto conclusivo: que de otra manera me habría parecido que "me entendía" con una fulana". ¿Lloramos? Sea como sea, se le puede señalar al autor que el ejemplo es minoritario e irrelevante y que los otros tampoco se andan cortos cuando gritan desaforadamente sobre alturas y lenguas

12. Sostiene JR en una de sus cartas que durante el franquismo se reprimió el socialismo (p. 45) y no por eso está ausente de críticas. Es secundario pero aquí el autor barre para casa: en la mayoría de los años del franquismo los que realmente estuvieron perseguidos fueron otros sectores

de izquierda. Hay hechos para teorías, pero hay hechos que impiden algunas teorías.

13. El autor es muy cuidadoso en sus expresiones pero en algunos momentos la pluma se le va de la mano. Expresiones como "Nacionalsociolingüistas" (p. 81) o comparaciones de los profesores de catalán con antiguos falangistas de la FEN no ayudan. Tampoco las analogías con Yugoslavia o el Ulster.

14. El uso de la noción lengua materna es algo clásico. De hecho, muchos niños / as de Catalunya actual tienen como lengua materna dos lenguas: el castellano y el catalán. Por ejemplo, mi hijo.

15. La tesis de la escuela como reflejo social es discutible. Aunque el autor traza alguna salvedad, puede sostenerse que las instituciones educativas no tienen que reflejar forzosamente la situación social existente. En la sociedad se discrimina por la orientación sexual de las personas, pero en la escuela se debería educar a no hacerlo hablando de ello y no discriminando.

Todo lo anterior tiene que ver seguramente con la forma de estar en el mundo. Antes la izquierda reivindica el internacionalismo como el aire sano y el amortiguamiento de los caracteres nacionales, patrióticos o similares. A mí, admitiendo diversidades existenciales, me sigue pareciendo una buena vindicación para los tiempos futuros: ciudadanos/as con deseos de universalidad y con un arraigo temperado en tierras, lenguas y culturas.

Manuel Sacristán escribió hace años para una enciclopedia que no llegó a editarse la voz "Confucio". En ella, creo, se refleja bien esta idea. Él lo expresó así:

"Confucio es un consecuente cosmopolita que no concede valor substancial a la pertenencia del hombre a grupos étnicos o nacionales:

"He sabido que el príncipe de Ts'u ha perdido su arco; sus seguidores le pidieron que enviara a por él. El príncipe respondió: - El rey de Ts'u ha perdido su arco; un hombre de Ts'u lo encontrará, ¿Por qué buscarlo?"

Confucio lo supo y añadió:

- "Vale más decir: un hombre ha perdido su arco y un hombre lo encontrará. ¿Por qué añadir Ts'u?".

Pues eso: para qué añadir C, Cat, E o UE.

3. Los nacionalismos en la historia.

Los nacionalismos. De los orígenes a la globalización. Antonio R. Santamaría. Prólogo de Francesc de Carreras. Edicions Bellaterra, Barcelona, 2001, 184 páginas.

Si el ser, al decir del maestro Aristóteles, se dice de muchas maneras, “nacionalismo” se declina en multitud de lenguajes no siempre acompañados de claridad. En Edicions Bellaterra, en su necesaria colección “La biblioteca del ciudadano”, Antonio R. Santamaría nos ha regalado esta nueva y nítida aproximación al nacionalismo y a los nacionalismos. Como apunta Francesc de Carreras en su prólogo no prescindible, si en *Foro Babel. El nacionalismo y las lenguas de Cataluña*, Santamaría proyectó sus amplios y documentados conocimientos sobre este tema al caso específico catalán, “en el presente libro hace un tratamiento global muy completo, del fenómeno nacionalista” (p.7). Por otra parte, el lector del Topo recordará sin duda las frecuentes e incisivas aportaciones de Santamaría a este importantísimo asunto.

Los nacionalismos (LN) consta de una introducción y de cinco capítulos. En la breve introducción se indica la perspectiva del estudio, señalando que una aproximación rigurosa a este “fenómeno complejo y actual” exige tres dimensiones diferenciadas: “son movimientos culturales, sistemas ideológicos y organizaciones políticas” (p.15). En el primer capítulo, se expone con agilidad las diversas teorías existentes sobre el nacionalismo a partir de tres ejes centrales: la doctrina clásica sobre la nación que revela la distinción conceptual entre los modelos cívico o político y el ético o cultural, las reflexiones marxistas sobre los componentes económicos, políticos y sociales que operan en la formación de las naciones y, por último, una panorámica de las varias corrientes contemporáneas que “nos sitúan ante la crítica de los presupuestos doctrinales clásicos de la nación, entendida como una entidad transhistórica, eterna e inmemorial, a la que la historia y la geografía han dotado de un carácter y un destino peculiar” (p.17). Aquí, encontrará el lector varias conjeturas heterodoxas y arriesgadas. Por ejemplo, la que afirma que “a la muerte de Engels, durante la llamada “edad de oro del marxismo”, una serie de autores pusieron en el primer plano del debate “la cuestión nacional” y, desde diferentes perspectivas, *modificaron sustancialmente* las posiciones de los padres fundadores del marxismo” (p.26). Finaliza el capítulo con una interesante taxonomía sobre las variedades de nacionalismos.

El capítulo 2 del volumen está centrado en “la explicación del origen histórico de las naciones y de la formación de los estados occidentales” (p.39), proceso que arranca desde finales del siglo XV en tierras occidentales europeas, precisando previamente las nociones de identidad y etnicidad, sin las cuales, señala Santamaría, “resulta imposible el análisis de los modelos

históricos concretos” (p.39). Hallamos aquí una apretada e interesante síntesis de la formación de los estados inglés, francés, hispánico o norteamericano, finalizando con una interesante reflexión, inspirada por Benedict Anderson, sobre el papel de la lengua “nacional” como elemento central de la trilogía Pueblo-Estado-Nación (pp.65-66).

El capítulo 3 estudia el período 1815-1945, “este dilatado período de la historia europea y mundial, cuando se asiste a la apoteosis del principio de la nacionalidad” (p.67), siguiendo para ello la periodización de Hagen Schulze del estado-Nación en tres estadios: el revolucionario o liberal, el imperial y el total. Se trata pues de un capítulo netamente histórico, donde pueden encontrarse documentadas aproximaciones a los renacimientos culturales del siglo XIX en Cataluña, País Vasco y Galicia (pp.76-77) o al nacionalismo etnolingüístico de las naciones sin estado (pp.91-98). Además de penetrantes notas sobre el papel de las Iglesias en muchos de estos movimientos, puede verse aquí la distinción entre los estados-nación occidentales cuyo nacional-imperialismo (“elemento constitutivo de la nación”, p.79) se concentra en la conquista de territorios de ultramar y otros imperios continentales, como Austria-Hungría, Rusia y Turquía que tratan de extender sus límites con contigüidad territorial, sometiendo a poblaciones repletas de minorías nacionales.

El capítulo 4 (“La transformaciones del Estado-nación”), que traza una excelente panorámica de los nacionalismos anticoloniales y de los varios “panmovimientos” de unificación, reflexiona oportunamente sobre la crisis de la forma política Estado-nación en la época de la mundialización de las relaciones económicas, políticas y culturales y sobre los neonacionalismos occidentales, con documentada información sobre el caso de Canadá (pp. 126-133) y los nacionalismos del Ruedo Ibérico, finalizando con un análisis detallado del proceso yugoslavo que concluye señalando que “El triunfo de los principios del estado-nación, homogéneo lingüística culturalmente, ha derivado en un baño de sangre, favoreciendo así los odios entre las nacionalidades. Todo ello impide afirmar que el ciclo de guerras en los Balcanes y en el Cáucaso se halla cerrado” (p.168). La información detallada sobre el proceso de inmersión lingüística canadiense hace ver nítidamente la inadecuación de algunos paralelismos y el carácter falaz de muchas generalizaciones.

En el último capítulo de la obra, Santamaría traza un panorama de la actual situación del nacionalismo en un mundo globalizado, señalando que los actuales procesos económicos y tecnológicos cuestionan las bases de un mundo dividido en fronteras y “socavan los principios ideológicos de los nacionalismos con y sin estado. Unas fuerzas que paradójicamente pueden contribuir a reforzar estos mecanismos de identificación y solidaridad colectiva” (p. 169). El capítulo se cierra con una apretada síntesis (“¿Es posible superar los nacionalismos”), donde el autor señala, tal vez con

excesivo pesimismo, que "Las nuevas formas de identidad colectiva están por crear y hasta que no aparezca una fórmula alternativa al Estado-Nación, los nacionalismos continuarán dominando la escena política y cultural" (p. 180).

Como todo libro de interés, LN merece unos breves comentarios sobre aspectos laterales que en absoluto son obstáculo para coincidir en la orientación general del estudio:

1. Resulta curioso que en una aproximación tan crítica a los nacionalismos y, especialmente, a ciertas concepciones esencialistas del fenómeno, el autor use adjetivos como "norteamericano, francés, inglés" (p. 17), para adjetivar la aproximación cívica o política a la idea de nación, o de "alemán y eslavo" para la reflexión étnica o cultural. No existe una concepción alemana o inglesa de la idea de nación, si no, tal vez, una concepción, dominante o no, sobre la idea de nación en Alemania o Inglaterra.

2. Santamaría da breve cuenta de la obra de Peter Waldmann, que en su opinión es "uno de los análisis más sugerentes" del surgimiento de los nacionalismos étnicos en las sociedades industrializadas, concretamente en Irlanda del Norte, Cataluña, País Vasco y Quebec. Sostiene Waldmann que si la dirección del movimiento queda en manos de las nuevas clases medias emergentes (Cataluña, Quebec) el nacionalismo no recurre a la violencia para conseguir sus reivindicaciones; por el contrario, cuando sectores significativos de la clase obrera se integran y tienen un papel destacado en el movimiento nacionalista la resultante es la aparición de la violencia étnica, dado que la subcultura de la violencia es específica de "la clase baja". Si se trata de una mera descripción nada puede objetarse, pero Santamaría parece coincidir con esa posición y, si es así, uno no acaba de ver que esa subcultura de la violencia sea específica de la clase obrera (Waldmann: clase baja) ni que ésta tenga un papel "destacado" en los movimientos nacionalistas violentos realmente existentes.

3. Al narrar el estallido del PSUC en 1981 (pp. 140-141), Santamaría parece negar la existencia de una clase obrera autóctona, no sólo inmigrante, y se olvida tal vez de las causas internas y moral-políticas de lo que en principio no fue un estallido sino un cambio en la dirección del partido de los comunistas catalanes. Por cierto, si no ando muy errado, USC no confluyó en ERC en 1931 como afirma el autor (p. 105) sino en la formación del PSUC años más tarde.

4. Al hablar del País Vasco, da Santamaría algunas formulaciones peculiares: 1. Señala que entre 1983 y 1886 se suceden 27 atentados mortales de los GAL, "una guerra sucia, que no se había detenido desde la muerte de Franco" (p. 144), con organizaciones siniestras como el Batallón Vasco-Español y cuyas pistas "conducen al Ministerio del Interior". Ignoro las razones por las que el autor cree innecesario recordar que el gobierno del Estado era entonces un gobierno con mayoría parlamentaria del PSOE y cuya

política en este ámbito no parece que fuera solamente continuadora de la política seguida en la anterior etapa de la UCD. 2. ¿Por qué habla Santamaría de “los comunistas de IU-EB” (p. 146)? ¿Ignora acaso que IU no es una organización comunista? ¿Olvida tal vez que los miembros del PC de Euzkadi fueron los más reacios a la firma de los acuerdos de Lizarra y son opositores a la presencia actual de IU en el gobierno vasco? Tampoco es obvio que los diputados de IU-EB estuvieran al amparo del lendakari Ibarretxe en la anterior legislatura (p.148). Por otra parte, creo recordar que el proceso de Burgos no fue en 1968 (p. 143) sino en 1970 y no se ve porqué no es necesario citar entre las organizaciones pacifistas a grupos como Elkarri, aparte del Foro Ermua o iBasta ya! (p. 146).

5. El autor señala que la pax lingüística catalana se quebró en 1992 a raíz de la promulgación de los decretos de inmersión, “que significaron el cierre de la doble línea en castellano y catalán de la escuela pública” (p. 151). Nunca ha habido doble línea en la escuela pública catalana ni tampoco en algunas escuelas estrictamente privadas ni en privadas concertadas. Por cierto, sí que hay doble línea (impura) aconsejada en los primeros años de escolarización en Aula, una de las escuelas privadas sin apoyo público más visitadas por sectores ilustrados de la burguesía catalana, incluyendo miembros destacadísimos del actual gobierno de la Generalitat.

6. Santamaría parece atribuir el uso originario de la locución “Estado español”, que omite la voz “España”, a un efecto del pacto de silencio y olvido de la transición y a la ofensiva ideológica de los nacionalismos periféricos. No parece el caso. Las izquierdas comunistas, e incluso los sectores socialistas antifranquistas, eran muy reacios a usar el término en cuestión. El autor de esta reseña, por ejemplo, aparte de pensar con Cernuda, que España es ante todo una palabra, tiene como destacado gusto teatral esta obra de acto único de Sánchez Ferlosio, con dos personajes (Cazador, Ojeador) y con escena única situada en el camino entre Tordesillas y Roa: “Ojeador: ¡El águila bicéfala!. Cazador: ¡Pum!, ipum! Caen, como nevando, plumas negras desde lo alto de la tramoya, mientras, tras ellas, baja lentamente el Telón”

Sea como sea, la excelente tesis subyacente a los documentados análisis de Santamaría parece remitirnos a aquella única patria verdad por otra parteera que es la infancia (Rilke) o a aquel verso último de Machado en el exilio republicano: “Estos días azules y este sol de la infancia”.

4. Un sofisticado ontoepistemólogo en el país de las maravillas nacionalistas.

Carlos Ulises Moulines, *Manifiesto nacionalista (o hasta separatista, si me apuran)*. Barcelona, Edicions La Campana 2002 (Traducción catalana: Imma Falcó), 91 páginas.

Carlos Ulises Moulines, uno de los más destacados filósofos estructuralistas de la ciencia, catedrático de la facultad de Filosofía, teoría de la Ciencia y Estadística de la Universidad de Munich, y decano de la misma, publicó en la revista mexicana de filosofía *Dianoia*, en mayo de 2001, antes del tenebroso y oscuro 11 de setiembre, un artículo con el título del libro que comentamos. Seguramente el propio autor no adivinó entonces la edición de su trabajo en editorial catalana, ni la importancia otorgada a su ensayo en ámbitos no académicos sino más bien estrictamente políticos de orientación nacionalista.

Moulines, sorprendentemente, ha querido brindar con este *Manifiesto nacionalista* (Mn) un homenaje, sin duda sincero, al *Manifiesto comunista* de Marx y Engels. Por ello, inicia sus tres tesis recordando aquello de que un fantasma recorre las cancillerías de Europa y acaba su desarrollo con la esperanzada y anhelada interjección de unión de los oprimidos, pero, en este caso, ya no es el proletariado (y sectores sociales afines) los agentes de la emancipación deseada, sino que, en opinión del autor, el nuevo movimiento político que atemoriza a gobiernos, parlamentos, periodistas e intelectuales es el nacionalismo y el sujeto de la unión universal de los desfavorecidos ya no es la clase obrera sino las naciones humilladas y ofendidas de todo el mundo-mundial.

La doble tesis defendida por Ulises Moulines, posteriormente alumbradora de otra tercera, es que el “nacionalismo, como programa de defensa y desarrollo de las naciones, es una doctrina bien fundada tanto en el ámbito ontologicoepistemológico como en el axiológico” (p.9). Las naciones son entidades empíricas reales, no identificables de manera directa, perceptiva, sino por vía teórica, como muchas otras entidades de las ciencias más avanzadas; y su existencia es además positiva dado que es bueno que el universo sociocultural esté formado por la mayor diversidad posible de entidades. Por todo ello, concluye Moulines, desde un punto de vista estrictamente axiológico, un programa sociopolítico como el nacionalismo, que defiende la preservación y desarrollo de las naciones, debe ser valorado positivamente.

No es necesario aquí un apretado resumen del excelente desarrollo de su exposición, excelencia a la que Moulines nos tiene acostumbrados en sus numerosos y admirados trabajos, pero sí tal vez algunas consideraciones como las siguientes:

1. Moulines sostiene que la raíz psicológica del nacionalismo es una emoción fuerte y duradera en muchos seres humanos -el clásico y venerable "amor a la patria"-, que al igual que cualquier otra emoción fuerte y básica, si se canaliza con sensatez, puede resultar muy creativa. ¿Es natural, es inevitable esta emoción? Ulises parece contestar afirmativamente: tal emoción está vigente en "la inmensa mayoría de seres humanos" (p. 14). ¿Y cómo sabemos de esta naturalidad? ¿No es una conjetura muy contrastada que la inmensa mayoría de ciudadanos del mundo son bombardeados desde su más pronta infancia con cuentos y símbolos nacional-patrióticos de diverso calado y que, a pesar de ello, una inmensa minoría de ellos carecen de ese tipo de sentimiento o lo sitúan en un plano muy menor? ¿Somos o nos hacemos? ¿Sabemos por otra parte, con cierta precisión, los límites extensionales de esa emoción humana, demasiado humana?

2. Es cuestión lateral, que el autor no puede justificar por falta de espacio, pero el lector se queda algo sorprendido cuando Moulines sostiene (p.14) como subtesis que los atributos de racional o irracional no sirven de nada cuando se trata de comprender los asuntos humanos.

3. Apenas hay referencias históricas en el desarrollo de este Manifiesto (la unificación alemana, la disolución de la URSS, Israel-Palestina, Yugoslavia, básicamente), pero algunas de estos apuntes son extremadamente discutibles. Parece difícil convencerse con la aproximación del autor a la desintegración de Yugoslavia (pp.85-86), reflexión donde parece que el escenario internacional apenas cuente, donde la apuesta de grandes Estados por atizar falaz y sesgadamente vientos nacionalistas parece inexistente y donde todo el peso del desastre recae, casi sin matiz, en el hegemonismo serbio, que sin duda tiene un porcentaje altísimo de responsabilidad.

4. Cuando Moulines computa y clasifica los conflictos en base a datos de finales de los noventa coloca entre las disputas entre naciones dentro de un mismo Estado los casos de Perú y México (p. 41). Como no hay más indicaciones no parece fácil saber a qué se refiere el autor pero si con ello está apuntando a los casos de Sendero Luminoso o del Ejército Zapatista cuesta enormemente imaginar una traducción nacionalista de esos combates. Acaso la lucha de clases sea un concepto algo obsoleto para el gusto de Moulines.

5. Los nueve axiomas de la MEN -miniteoría de etnias y naciones- de Moulines parecen constituir un modelo teórico donde difícilmente encajan las etnias o las naciones (esto es, las etnias con programas políticos de preservación y desarrollo de su propia identidad" (p. 71)) realmente existentes. Aparte de que no se ve por qué, más allá de la definición arbitraria, una etnia que no ostente preocupación fundamental por el exclusivismo identitario y que tienda, por el contrario, a su contaminación por otras poblaciones tenga que ser menos nación que otras etnias más exclusivistas, no debería dejarse que el olvido habitara la realidad existente:

no hay etnias puras, si alguna vez las ha habido, sino complejas relaciones entre comunidades humanas de origen diverso, que nos remiten a orígenes diversos. ¿Cuántas etnias existen en la nación catalana, por ejemplo? ¿Es acaso entonces Catalunya dos o tres naciones a un tiempo?

6. El autor parece apuntar (p. 82) que lo que define a la doctrina política del nacionalismo es la siguiente banalidad (Moulines dixit): una comunidad que viva dentro de un Estado multinacional y desee abandonarlo por motivos diversos, debe tener el derecho de poder hacerlo. Si no ando muy errado la formulación anterior tiene que ver con la libre autodeterminación de los pueblos o con la libre determinación de la ciudadanía, y esto es un principio político que tradiciones nada nacionalistas, incluso antinacionalistas por internacionalistas, han defendido no sólo con la voz y la palabra, sino saliendo a calle cuando era tarea de la hora y manifestándose a cuerpo en un combate que no era estrictamente el suyo.

7. El ámbito en el que se sitúa la reflexión de Moulines parece olvidar la existencia de otros intereses sociopolíticos que en ocasiones se mezclan y ocultan con los programas puramente nacionalistas. No parecen ser las etnias o naciones un tipo de entidades homogéneas con intereses siempre idénticos y sin conflictos internos.

Por otra parte, algunas Estados nacionales, e incluso nacionalistas, parecen trasgredir con frecuencia la regla de oro que Moulines recomienda para el caso palestino: "tomar como punto de partida que, sean quienes sean los legítimos intereses de una nación, nunca podrán implicar la desaparición o sometimiento de otra nación" (p. 88). Según el autor, si judíos y árabes de Palestina hubiesen hecho caso de esta norma desde 1948, se hubieran ahorrado muchas muertes, destrucciones y sufrimientos. Cuesta ver situados al Estado de Israel y a la comunidad palestina en el mismo plano e igualmente no resulta fácil aceptar que la cuestión clave del conflicto sea el simple desconocimiento de esa norma áurea.

8. Moulines apenas somete a su enviable visión crítica a la necesidad de casi todas las naciones o etnias, incluida desde luego la hispánica y las naciones hegemónicas, de recrear y crear ficticiamente su pasado. Además, el viento de la crítica no parece airear este ámbito político. Si con él admitimos que la existencia del estalinismo no niega valor a un socialismo auténtico, lo hacemos por la admisión de la necesaria crítica y rectificación. No parece, en cambio, que esos giros y falsaciones hayan sido aceptados por muchas corrientes nacionalistas con prácticas políticas de poder nada envidiables.

Cabe finalmente señalar, que el lector tiene ante sí uno de los mejores excursos que se recuerdan sobre la propuesta de uso de los términos "gringos" y "Gringolandia" para designar los ciudadanos y el estado de Usamérica, que se ha colado una errata en la fecha de edición del estudio de Herder (1971 por 1791) y que la edición de este artículo, de la cual Moulines

no puede ser responsable, es sin duda singular. Al autor del trabajo se le presenta como Prof. Ulises Moulines (o como Prof. Dr), tal vez del alemán Professor, catedrático, y sin traducción alguna se añade a la portada "Seminar für Philosophie, Logik und Wissenschaftstheorie. Ludwig Maximilians-Universität München", probablemente para impresionar al lector o dar sensación de rigor y seriedad académicos. El subtítulo del subtítulo en portada -"Análisis de un hecho universal"- creo que también es cosecha propia de la edición.

Dado el estado de las cosas, los cuestionables logros obtenidos por nuestra generación en la era de las máquinas son tan peligrosas como una cuchilla de afeitar en manos de un niño de tres años. La posesión de unos medios de producción extraordinarios no ha aportado libertad, sino preocupaciones y hambrunas. Lo peor de todo es el desarrollo técnico que posibilita los medios para la destrucción de la vida humana, y los productos de laboratorio creados con tanto esfuerzo.

Albert Einstein

Ningún otro período de la historia ha sido más impregnado por las ciencias naturales, ni más dependiente de ellas, que el siglo XX. No obstante, ningún otro período, desde la retractación de Galileo, se ha sentido menos a gusto con ellas. Esta es la paradoja que los historiadores del siglo deben lidiar.

Erik Hobsbawm, *Historia del siglo XX*.

14. Política de la ciencia

1. La ciencia bajo el nazismo: compromiso y responsabilidad de los científicos.

John Cornwell, *Los científicos de Hitler. Ciencia, guerra y el pacto con el diablo*. Barcelona, Paidós, 2005, 485 páginas (traducción de Ramón Ibero).

Este ensayo de John Cornwell, director del proyecto Ciencia y Dimensión Humana del Jesus College de Cambridge, es una documentada investigación sobre el papel y la responsabilidad de los científicos en la planificación y prácticas militares, en la colaboración con gobiernos y poderes en investigaciones surgidas y sugeridas desde instancias externas a las propias comunidades científicas y, en definitiva, sobre su papel, resistente o no, frente al sistema de poder más despótico del siglo XX. Significativamente, y al igual que un reciente volumen de Charpak y Omnes, el libro se abre con una cita de Rabelais: "La ciencia sin conciencia es la ruina del alma".

Los científicos de Hitler está estructurado en tres grandes bloques de muy diferente extensión: el primero presenta la herencia científica de Hitler, con un apartado dedicado a la nueva física entre 1918 y 1933 o un magnífico capítulo centrado en la obra y vida de Fritz Haber, uno de los grandes químicos de todos los tiempos e inventor de los medios tecnológicos que permitieron usar gases en la Primera Guerra Mundial (saldo estimado: 1.300.000 muertos); el segundo, el grueso del volumen, está dedicado a los diversos desarrollos científicos bajo el nazismo, con especial atención a las ciencias físicas y a las tecnologías militares pero también con referencias a la matemática o la medicina, y finalmente, el último apartado presenta una breve síntesis de la ciencia desde la guerra fría hasta la denominada "guerra contra el terrorismo".

Cornwell señala (pp. 18-20) algunas de las grandes preguntas en torno a las que gira su investigación: después de estudiar la historia de la ciencia alemana en la primera mitad del siglo XX, ¿pueden extraerse conclusiones significativas acerca de la relación existente entre el saber científico y las buenas sociedades? ¿El cultivo o conocimiento de la ciencia hace a los seres humanos más racionales, más objetivos, más internacionalistas, menos apasionados, mejores si así queremos decirlos? ¿Puede afirmarse que la ciencia florece mejor y los descubrimientos de los científicos son utilizados de manera más responsable y ética en los régímenes democráticos que en los dictatoriales? ¿Podemos creer tal como sostuvo en *Alsos* Samuel Gouldsmit, el codescubridor del espín del electrón, que la razón por la que la ciencia alemana fracasó donde los americanos y británicos triunfaron es que la historia reciente, los hechos conocidos y contrastados demuestran que la ciencia bajo el nazismo, el fascismo o sistemas afines nunca será, con toda seguridad, igual que la ciencia bajo sistemas democráticos? ¿Pueden y deben

los científicos manifestar siempre sus opiniones y negarse a colaborar con gobiernos e intereses no democráticos o con instancias militares?

Algunos de estos interrogantes no son simples miradas críticas al pasado y algunas de las respuestas no sólo señalan a regímenes considerados autoritarios. Por ejemplo, James Hansen, que no es ningún "izquierdista paniaguado" sino el científico responsable de las investigaciones sobre el clima de la NASA y científico pionero en la divulgación de los riesgos que conlleva el calentamiento global de la atmósfera terrestre desde antes de 1988, ha denunciado recientemente que sus jefes de la NASA y el mismo gobierno democrático de Bush le quieren hacer callar, quieren censurar la información que recibe la ciudadanía sobre este crucial asunto. La respuesta de los dirigentes del organismo ha sido la siguiente: "No es cierto, es una invención. Hansen puede hablar pero no pude hacer política".

A las anteriores preguntas, pueden sumarse muchas otras que sin duda resultan decisivas para la comprensión de los grandes acontecimientos del pasado siglo. Por ejemplo, y sin poder ser exhaustivo: ¿qué relación existe, si la hubiera, entre ciencia, ideología y posición política? ¿Cómo llegó a cuajar, y con qué aportaciones, la idea de una "física alemana no judía", idea promovida no por ideólogos nazis trastornados y obnubilados sino por físicos premios Nobel como lo fueron Philipp Lenard y Johannes Stark? ¿Puede justificarse la actuación de científicos de la talla de Werner Heisenberg bajo el nazismo? ¿Por qué muchos científicos siguieron colaborando en el proyecto Manhattan cuando ya estaba claro que la Alemania de Hitler estaba vencida y no estaba en condiciones de elaborar de bombas y cuando, por otra parte, se empezaba a ver claro que el destinatario del poder atómico no era ya Alemania ni Japón sino la URSS? ¿Cómo es posible que un individuo de la categoría política y moral de Albert Speer aparezca ante nuestros ojos, al cabo de apenas cincuenta años, como una especie de opositor silencioso de Hitler? ¿Cómo explicar que una empresa como IG Farben pudiera beneficiarse sin apenas perjuicio posterior en el proceso desnazificación del trabajo esclavo de miles y miles de individuos que murieron (o "sobrevivieron") en el campo de exterminio de Auschwitz, empresa que si bien suscribió medidas de seguridad e higiene mantuvo fijo el límite del 5% de la plantilla para el número de obreros que podían hospitalizarse a causa de enfermedades laborales? Vencida Alemania, ¿cuál fue la colaboración de muchos de sus científicos con el creciente imperio americano? ¿Fue realmente Von Braun, que como es sabido colaboró con la NASA, un caso tan singular?

Pues bien, a muchas de estas preguntas, el lector hallará respuesta detallada y argumentada en este recomendable libro de John Cornwell. Dos ejemplos:

1. No es cierto que el sistema científico-tecnológico alemán bajo el nazismo fuera un desastre: consiguió desarrollos importantes entre los que

cabe citar los misiles V-2 construidos en Peenemünde, bajo la dirección de Werner von Braun.

2. Sin duda, algunas especialidades científicas degeneraron bajo la influencia de la ideología nazi y la opresión política, pero algunas otras simplemente se estancaron o incluso otras llegaron a florecer. Así, aunque se apuntó que las personas con estructura genética débil eran más propensas que otras, el nazismo admitió que el cáncer es una enfermedad ambiental, causada por el trabajo, el estilo de vida y la cultura, y promulgó restricciones en el uso del amianto y prohibiciones en el empleo de pesticidas y colorantes de carácter cancerígeno en los alimentos

Para los interesados en el tema, Cornwell ofrece, además, algunas novedades sobre la relación entre Bohr y Heisenberg, que parecen apuntar que este último, uno de los grandes de la mecánica cuántica, no fue sólo un científico alemán con fuerte señal identitaria y con muy escasa pulsión política.

El último capítulo del libro de Cornwell lleva por título "La ciencia vuelve a la guerra". Comenta el autor que ya se conoce el compromiso de la Administración Bush en favor de una nueva generación de armas nucleares, "con claras indicaciones de que tales armas a no serán contempladas como disuasorias sino como medios de uso preventivo frente a potencias nucleares y no nucleares" (p. 446); recuerda el caso de Norbert Wiener quien se negó en 1947 a proporcionar información sobre control remoto a una empresa aeronáutica estadounidense invocando la responsabilidad de los científicos en la fabricación de armas y señalando que proporcionar información no es un acto necesariamente inocente, y concluye Cornwell que en "la actualidad se necesitan urgentemente científicos que no sean sólo diestros practicantes de sus especialidades sino que además posean una elevada visión de la política y la ética, que estén preparados para cuestionar, demostrar, exponer y criticar las tendencias de la ciencia dominada por el Ejército" (p. 452). Para ello, y en la estela del inolvidable ejemplo de Joseph Rotblat, sugiere que para evitar la prostitución del saber científico y su mal uso, los científicos deben organizarse en agrupaciones en las que sean primero seres humanos y sólo después científicos. La sugerencia no permite réplica.

2. Con la gente

Silivo O. Funtowicz-Jerome R. Ravetz, *La ciencia posnormal. Ciencia con la gente* [CP], Icaria, Barcelona 2000. Presentación de Martí Boada. Prólogo a la edición española, Joan Martínez Alier. Prólogo a la edición argentina, Cecilia Hidalgo. 109 páginas.

Tal como Martí Boada apunta en su presentación (pp. 7-9), para los autores de esta propuesta de “ciencia posnormal” nuestra tradición cultural, estrictamente cultivada, no puede darnos un conocimiento suficiente que “dé las respuestas predictivas que demandan los problemas ambientales globales”. Para dar salida a la crisis ambiental existente, el ideal de racionalidad de la ciencia normal es no sólo insuficiente sino incluso, en muchos casos, inapropiado.

En la esquemática y usual visión de las tesis kuhnianas sobre la ciencia y su historia, se suele distinguir entre ciencia normal y ciencia revolucionaria o extraordinaria. En la visión del Kuhn de *La estructura*, los científicos realizan su labor dentro de una cosmovisión ontológica y metodológica que es aceptada sin discusión. Su labor, la tarea de las comunidades científicas, puede ser comparada a la de una compleja resolución de puzzles. Cuando, por razones varias, el marco en el que se mueven se resquebraja, cuando el paradigma entra en crisis, nos movemos en un terreno resbaladizo, en una situación de ciencia no-normal, extraordinaria o revolucionaria, hasta que, de nuevo, un exitoso paradigma sustituye al anterior y, con él, después del conflicto, la paz y un nuevo período de ciencia normal, esto es, de ciencia realizada bajo el paraguas protector de un paradigma consensuado.

Pues bien, los autores de esta CP sostienen que la actual situación científico-ambiental (aunque no sólo) exige un cambio de paradigma que permita un nuevo tipo de práctica científica, que ellos denominan “ciencia posnormal”. El subtítulo de su publicación es clara señal de uno de los atributos que la caracterizan: una ciencia, una práctica científico-tecnológica-cultural que además de perseguir el beneficio de la ciudadanía en su conjunto, no sólo de la ínfima minoría dominante, sea realizada con ella, con su participación activa. Ya no es suficiente una *Science for people*, sino que es urgente y necesaria una *science with people*.

Martínez Alier cita en su prólogo a la edición española alguno de los ejemplos conocidos de esta “ciencia posnormal”. Así, el caso de los cultivos transgénicos en 1999. Desconocemos por qué el debate no era muy intenso hasta ese momento, pero cuando la revista *The Ecologist* publicó su número especial sobre Monsanto (edición que la imprenta habitual, por “las suaves” presiones de la multinacional, se negó a imprimir), informando, entre otros asuntos, de la tecnología Terminator de la trasnacional (semillas manipuladas genéticamente para no reproducirse), el debate adquirió un auge muy

importante entre sectores amplios de la población, no sólo entre los miembros destacados de las comunidades científicas, consiguiendo su prohibición en Río Grande do Sul en Brasil y presionando fuertemente para que una normativa europea regulase su importación y etiquetado. La participación activa de la ciudadanía ha conseguido que se reconozca la existencia de incertidumbres respecto de los efectos de los cultivos transgénicos sobre el ambiente natural y sobre la salud humana. Con palabras de Martínez Alier, "Urgencia. Incertidumbre. Conflictos de valores. Son características de la "ciencia posnormal", que no es ciencia elitista, por encima de la gente; no es tampoco bienintencionada ciencia para el pueblo. Es, de hecho, ciencia con la gente" (p. 12).

De este modo, las incertidumbres éticas de la difusión planificada de organismos vivientes genéticamente manipulados a escala microbiológica derivan, apuntan los autores (p. 102), de nuestra ignorancia ecológica. No hay posibilidad de certeza predictiva en este campo. "El rango de las interacciones posibles entre los organismos y el ambiente es tan inmenso que escasamente puede ser clasificado y mucho menos cuantificado". No hay posibilidad pues de conseguir, como ha pretendido y pretende la ciencia normal, una anticipación certera de acontecimientos no deseados por sus importantes y nefastas consecuencias.

Otros ejemplos recientes, enmarcables dentro de lo que los autores llaman ciencia posnormal, serían el episodio de las "vacas locas", el asunto de la fiebre aftosa, las polémicas sobre incineradoras de residuos urbanos y producción de dioxinas, el debate sobre la inseguridad de los métodos de almacenamiento de residuos nucleares, la urgente discusión sobre la reducción de la emisión de gases con efecto invernadero, la polémica sobre cuánta biodiversidad silvestre y agrícola conservar en el mundo y dónde, o, como ha señalado recientemente Jeremy Rifkin, la propiedad del sistema electromagnético, hoy en manos de los gobiernos pero en el punto de mira de los sectores privados dominantes. Así, la fundación para el Progreso y la Libertad, vinculada al ex presidente de extrema derecha de la Cámara de Representantes estadounidense Newt Gingrich, instaba, en un informe de finales de los noventa, a que el espectro dejase de ser propiedad pública y pasara a manos privadas.

¿De qué se trata entonces, qué proponen los autores de esta CP? ¿Se trata de abandonar las ciencias de la tradición galileano-newtoniana? ¿Es cuestión, en definitiva, de dejar orillado el paradigma de la racionalidad occidental? En absoluto. La ciencia normal, en sentido kuhniano, es perfectamente válida para contrastar la validez o no de determinada conjeta, pero, en cambio, en su opinión, no nos vale para decidir si debemos usar o no la energía nuclear, para determinar el valor que debemos dar a la conservación de la biodiversidad o para pronunciarnos sobre si

resulta o no aceptable el uso de determinadas técnicas de manipulación genéticas.

¿Nos sirven entonces para ello los profesionales del sector, los técnicos en estas materias? Ójala, contestarían sin duda Funtowicz y Ravetz, pero los temas son demasiado urgentes y la incertidumbre tan importante que no podemos contar tan sólo con la opinión de los especialistas. No sabemos, por ejemplo, los riesgos probabilísticos de dañar la salud humana comiendo carne con hormonas y alimentada, además, con soja transgénica. Estas incertidumbres y la urgencia de las cuestiones nos trasladan al ámbito de la ciencia posnormal.

Tiene especial interés el punto de vista de la ciencia posnormal respecto a la unidad de la ciencia y a las divisiones académicas en especialidades. La unidad defendida por los autores no deriva primariamente de "un conocimiento básico compartido" sino de un "compromiso compartido con cierto tipo de enfoque tendente a resolver problemas políticos complejos" (p. 75). Para esta tipo de ciencia es impensable, e indeseable a un tiempo, el conocimiento dividido en especialidades temáticas cerradas y, prácticamente, incomunicadas. "Del mismo modo las divisiones netas de roles sociales entre los diversos tipos de investigación, incluso la división exacta entre la investigación y la defensa, son antitéticas con respecto a la problemática de la ciencia posnormal" (p. 75). El compromiso de la ciudadanía implicada con la resolución de un determinado problema científico-político les llevará, en opinión de Ravetz y Funtowicz, a adoptar cualquier forma de reflexión y acción que les resulte apropiada para su objetivo.

Se ha defendido, desde determinadas posiciones epistemológicas, la idea de que la ciencia es la búsqueda sin término, y sin interés (o con el interés del desinterés, de la pura curiosidad) de la verdad. Los autores argumentan que esa concepción pretende restringir el compromiso ético del científico sólo al ámbito del proceso y de la construcción de su producto, pero no, en cambio, a "su uso o abuso, no a las relaciones sociales de su producción. Esta actitud tradicional ha llevado a los científicos a atribuirse todas las consecuencias benéficas de las investigaciones y a endilgar culpa a la sociedad por cualquier daño que se produjese" (p. 76). La ciencia posnormal no proporciona tal protección.

Los autores tienen suficiente curriculum académico para defenderse fácilmente de posibles acusaciones de politicismo estrecho o "de marxismo trasnochado a lo Bernal". Silivo O. Funtowicz es epistemólogo y matemático y, actualmente, es asesor de la European Comissions Joint Research Centre (ISIS), en Varese (Italia). Jerome R. Ravetz es igualmente matemático y epistemólogo, fue profesor de Historia y Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Leeds y, en la actualidad, es investigador en The Research Methods Consultancy Ltd. de Londres.

Cabe indicar finalmente algunas notas marginales que no enturbian el interés de su propuesta. Cecilia Hidalgo, presentadora de la edición argentina, explica que Silvio Funtowicz partió hacia Inglaterra en 1981, pretendiendo continuar allí “los estudios que sobre Imre Lakatos y su filosofía dialéctica de las matemáticas había iniciado en Buenos Aires” (p. 17). No hay duda de que el término “dialéctica” sirve lo mismo para un cocido que para unos postres, pero, sin duda, el gran popperiano heterodoxo resucitará algo airado de su tumba si llegara a saber que alguien ha caracterizado como “dialéctica” la filosofía de la matemática que él defendió.

En segundo lugar, dada su brevedad, CP no puede llegar a ser un libro autocontenido. Los autores señalan como tarea básica del paradigma científico que defienden el manejo de incertidumbres y apuntan a que “ninguna ciencia empírica está libre de las incertidumbres; incluso las “constantes” básicas de la física tienen una historia de cambio y sus “valores aceptados” van de un punto a otro, cambiando frecuentemente en más de una “barra de error” con respecto a la estimación previa”(p. 63). Funtowicz y Ravetz nos remiten, con corrección, a un trabajo suyo de 1990, pero es muy posible que algún lector se quede con los ganas de aclarar e informarse con más detalle sobre este u otros puntos relacionados.

Finalmente, ignoro si ha hecho fortuna entre los sociólogos, filósofos y políticos de la ciencia la expresión “ciencia posnormal”, pero, si no fuera el caso, tal vez fuera conveniente buscar unas nuevas palabras para su planteamiento alternativo. “Ciencia posnormal” puede hacer pensar en una propuesta de racionalidad científica, distinta de la kuhniana ciencia normal, esto es, la práctica científica que Kuhn denomina ciencia revolucionaria, la ciencia realizada, sin demasiadas normas establecidas, en contextos de cambio de paradigma y de inexistencia de una cosmovisión ontológica y metodológica dominante y compartida. Empero no es eso, como queda dicho, a lo que los autores apuntan y hacia lo que pretenden hacernos mirar. La ciencia posnormal, señalan los autores, tiene “el rasgo paradójico de que en su actividad de resolución de problemas se invierte el dominio tradicional de los “hechos duros” sobre “los valores blandos”. En virtud de los altos niveles de incertidumbre que se aproximan a la ignorancia crasa en algunos caos, y a que lo que se pone en juego en las decisiones es muy extremo, podríamos incluso intercambiar los ejes de nuestro diagrama, haciendo de los valores la variable horizontal independiente” (p. 50). Si se quiere, una propuesta de nueva racionalidad científica en la que la política de la ciencia no sería una instancia posterior y externa a la “pura, estricta y no contaminada” actividad científica sino que estaría en el puesto de mando de esa misma actividad.

Así pues la tradicional distinción entre hechos y valores no sólo habría sido invertida, sino que, en la forma de actuar de los científicos posnormales, ambas categorías no podrían ni deberían ser separadas de forma realista. En

esta nueva forma de práctica científica ya no tendría sentido considerar, por ejemplo, los riesgos ambientales como simples “externalidades” de la actividad científico-técnica, empresa que algunos malintencionados tienen la, sin duda, insana costumbre de denominar “complejo tecno-científico”.

3. El Hoover-macartismo contra Einstein.

Fred Jerome, *El expediente Einstein*. Planeta, Barcelona 2002. Traducción de Juan Mari Madariaga, 502 páginas.

Ya es hora de que el pueblo americano sepa quién es ese Einstein [...] debería ser encarcelado

John Rankin (1945), congresista por Mississippi

El expediente Einstein (EE) disuelve convincentemente un tópico extendido. Se acepta generalmente que Albert Einstein ha sido sin duda uno de los grandes científicos de todos los tiempos, a altura no menor que Newton o Darwin; se ha señalado con acierto su inmensa aportación filosófica a las cosmovisiones de base científica del siglo XX; se han comentado detalladamente sus contribuciones como filósofo de la paz (entre nosotros, Francisco Fernández Buey), pero, en ocasiones, algunos autores, al aproximarse al Einstein más estrictamente político, sin dejar de reconocer su loable hacer y su notable interés por numerosos y justas causas, han señalado a un tiempo una cierta ingenuidad en sus actuaciones como personaje u hombre público. Pues bien, este ensayo, el excelente trabajo de Fred Jerome, nos da poderosos y bien trazados argumentos para discrepar de esa mirada, por otra parte ya cultivada por las propias autoridades usamericanas: incapaces de acabar con él o de intimidarlo, encontraron "otra forma de apagar su voz: después de su muerte, lo convirtieron en un santo inocente" (p.11). Cabe afirmar que la única parcela de la vida de Einstein que ha sido parcialmente silenciada por biógrafos, estudiosos, coleccionistas de cartas, productores de vídeos o por poderosos medios de comunicación, ha sido su tenaz, plural y nada marginal actividad política. Como Jerome recuerda, en 1949, cuando el macartismo, y el patriotismo más fanatizado, estaban convirtiéndose en ideología dominante y casi exclusiva de las instituciones usamericanas, Einstein tenía el coraje de escribir: "Die Fahn 'ist ein Symbol dafür /Das noch der Mensch ein Herdentier ist" (La bandera es un símbolo del hecho de que todavía la Humanidad sigue viviendo en hordas).

EE contiene, además, una certeza aproximación a una época especialmente siniestra de la historia reciente de EE.UU, no muy distante, por otra parte, de la fase en la que nos encontramos inmersos. Se nos habla con cuidado detalle de los años en que Hoover, en la cima del FBI, o el senador por Wisconsin, McCarthy, y otros "inquisidores del Congreso" (según la forma de decir de Einstein) arremetían contra todo aquello que consideraban, o aparentaban considerar, aliado, próximo o afín a posiciones socialistas o comunistas.

EE puede ser visto, igualmente, como un detallado comentario de texto del voluminoso informe de unas 1500 páginas que el FBI reunió desde 1932

-un año antes de que Einstein se instalara definitivamente en EEUU huyendo del nazismo- hasta 1955, y en el que figuran detalladas las 33 organizaciones, calificadas como subversivas por el FBI, a las que Einstein pertenecía, entre ellas el Comité Americano por la Libertad en España, así como su grado de participación en ellas. La misma Federal Bureau of Investigation lo ha hecho público recientemente y puede consultarse en <http://foia.fbi.gov/einstein.htm>. Entre las joyas que aquí pueden observarse, puede leerse un memorándum del FBI de la oficina de Newark, de finales del 1951 donde se asegura, sin explicación anexa alguna, que "Albert Einstein, científico y matemático, era un contacto de Vladimir Pravdin, antiguo agente del KGB..." (p. 369).

Curiosamente, el primer documento recogido es un largo escrito de 16 páginas de la Corporación de Mujeres Patrióticas que no tiene apenas desperdicio y que está en coherente armonía con otros papeles del expediente. Se pide en él que se prohíba la entrada de Einstein en EEUU porque el autor de " $E = mc^2$ " era líder del nuevo movimiento pacifista de Resistentes contra la Guerra y porque, además, "ni el propio Stalin pertenece a tantos grupos internacionales anarcocomunistas dedicados a promover esa "condición preliminar" de la revolución y la anarquía completa, como Albert Einstein" (p. 34). Por otra parte, la señora Frothingham, autora del informe, no tiene demasiados reparos en señalar que la teoría de la relatividad "no tiene mayor importancia que la respuesta al viejo enigma académico ¿cuántos ángeles caben en la punta de una aguja?" (p. 35).

Jerome señala en su prólogo algunas de las consideraciones que le mueven en su estudio. Admitiendo una no comprensión detallada de las teorías científicas descubiertas por Einstein, indica que para él lo más admirable del gran físico-filósofo del siglo XX es "que se negó a adecuarse a un molde. No usaba calcetines. Hablaba a los niños como si fueran adultos. Y también en política, cuando el pánico rojo de los años cincuenta silenció a una generación, Einstein siguió hablando claramente y en voz alta" (p. 11). Sin ocultar su perspectiva de análisis: "No me puse a escribir este libro sin punto de vista propio. Nací como lo que ahora se llama un "niño con papales rojos" y crecí en una familia con su propia ficha en el FBI. En la misma época en que la Oficina iba compilando el expediente Einstein, mi padre, uno de los dirigentes del partido comunista condenado en aplicación de la Ley Smith, pasó tres años en la penitenciaria federal de Lewisburg (Pennsylvania)...Sin embargo, he tratado de enfocar *El expediente Einstein* como un periodista, describiendo la atmósfera de la guerra fría en Estados Unidos y la convicción de Hoover de que tenía que tomar medidas extremas para salvar al país del comunismo" (p.16).

Además de todo ello, y no es pocas cosa, EE ayuda a entender una etapa nada fácil de la historia del partido comunista estadounidense. Un antiguo militante, Lester Rodney, en testimonio recogido por Jerome,

señalaba lo siguiente en una carta de 22 de enero de 2001 dirigida a *The Nation*: "Sí, eran unos ingenuos en lo que respecta al primer país del mundo que se proclamaba socialista y privilegiaba a la gente por encima de los beneficios; y sí, fueron lamentablemente tardos en reconocer que el estalinismo había convertido el sueño socialista en una pesadilla. Pero los comunistas estadounidenses, pese a sus pecados [...] defendían algo más humano que el capitalismo de los monopolios [...] y lucharon porfiada y eficazmente por la justicia social [...]" (p. 17).

De los muchos temas desarrollados a lo largo de los 20 capítulos del ensayo (la militante oposición de Einstein al auge del racismo a finales de los cuarenta (cap.6), el hostigamiento y vigilancia constante al que fueron sometidos escritores y artistas de izquierda, Einstein incluido (cap.7); su apoyo a Henry Wallace del Partido Progresista (p.176 y ss); la poblada lista de causas rojas en las que participó culpables todas ellas de defender derechos para toda la ciudadanía sin exclusión (cap.10); su oposición a la condena a muerte de los Rosenberg (pp.215-218), sus matizadas posiciones respecto de la Unión Soviética (cap. 12), el caso Shadowitz (p. 349 y s...), cabe aquí destacar los cuatro temas siguientes:

1. La interesante y detallada descripción que Jerome nos da de la participación de Einstein en el proyecto, construcción y lanzamiento de la primera bomba atómica, con un interesante análisis (cap. 4) de las razones que motivaron al FBI y al G-2 a apartar a Einstein del más importantes esfuerzo científico-militar del mundo en aquellos decisivos años de la Segunda Guerra Mundial. En opinión documentada de Jerome, el uso por parte del FBI de fuentes nazis y el pasado político militante de Einstein en organizaciones antifascistas son claves que explican la exclusión. Probablemente, el general Groves y el aparato militar del proyecto Manhattan sabían que, en caso de discrepancia, la opinión de Einstein podía ser decisiva. No hay que olvidar que cuando se supo a finales de 1944 que los nazis no iban a poder construir la bomba, Washington empezó a elaborar planes para utilizarla contra Japón. Varios científicos del proyecto protestaron y algunos pensaron abandonarlo, pero sólo uno, Joseph Rotblat, premio Nobel de la Paz en 1996, quien dirigió durante cuatro décadas la Conference Internacional Pugwash -el grupo antibelicista promovido originalmente por Einstein y Russell (de hecho, la firma del llamamiento en favor de esta organización fue el último acto político de Einstein antes de morir en abril de 1955)-, abandonó efectivamente el proyecto. Jerome apunta que "si Einstein hubiera estado allí, podríamos muy bien haber tenido un impacto mayor sobre sus colegas y sin duda habría influido sobre la opinión pública para oponerse a la utilización de la bomba, al menos contra poblaciones civiles" (pp.95-96). De hecho, Edward U. Condon, tras pasar diez semanas como lugarteniente de Oppenheimer en Los Álamos, dimitió por las severas

restricciones a las que se veían sometidos los científicos que vivían en un lugar rodeado de alambradas vigiladas.

Sobre el impacto de aquel primer lanzamiento de una arma de destrucción masiva, baste recordar que, un año más tarde, Einstein adquirió mil copias del libro de John Hersey, *Hiroshima*, para difundirlo entre sus amigos y colegas.

2. Cabe destacar, igualmente, la voluntad de modestia de alguien que podía caer sin duda en las redes de la soberbia exagerada. Cuenta Jerome que cuando Robeson, gran cantante de ópera y no menos importante defensor de los derechos civiles, y Brown fueron a visitarle, ante la ausencia momentánea del primero, Brown trató de manifestar su admiración hacia Einstein al señalar que realmente era un honor estar en presencia de tan gran hombre. Einstein, algo enojado, le respondió. "Pero si es usted quien ha venido con un gran hombre..." (p. 209).

3. Las acusaciones lunáticas contra Einstein, algunas de ellas incluidas en el expediente del FBI, constituyen la base del capítulo 14 del ensayo de Jerome. Cuando las cartas acusatorias llevaban remitente, la oficina de Hoover respondía con una nota de cordial agradecimiento: "Gracias por escribirnos, y háganos saber si consigue nuevas pruebas" (p. 276).

Cuatro de ellas debieron hacer sonar la alarma en el cuartel general del FBI, dado que fueron investigadas en profundidad, y dos de ellas fueron mencionadas en posteriores informes. En una de ellas puede leerse que la señora Lucy Apostolina escribió en 1948 al FBI sobre un robot eléctrico, inventado por Einstein, que podía leer y controlar la mente humana. El FBI de Washington ordenó a su oficina de New York que destinara un agente especial para entrevistar a la remitente y seis semanas después el agente neoyorquino informaba a la oficina central en los términos siguientes: "El propósito y finalidad de ese monstruoso invento del profesor Einstein consiste en permitir la comunicación a Alemania de todos los planes de las autoridades militares estadounidenses en caso de una guerra con aquel país" (p. 277).

4. La convicción socialista de Einstein netamente argumentada en repetidas ocasiones y, concretamente, en su contribución al número 1 de la *Monthly Review* de mayo 1949. Señalaba aquí el autor de "¿Por qué el socialismo?": "La anarquía económica de la sociedad capitalista tal como existe hoy es, en mi opinión, la verdadera fuente de todos los males. Vemos alzarse ante nosotros una inmensa comunidad de productores, cuyos miembros luchan sin cesar para despojarse unos a otros de los frutos del trabajo colectivo, no ya por la fuerza, sino con el apoyo total de unas reglas legalmente establecidas..."

Por lo demás, y en un curioso pero no arriesgado condicional contrafáctico, Jerome señala que, obviamente, no puede saberse a ciencia cierta lo que Einstein habría dicho o hecho, pero es muy probable que

hubiera compartido el horror ante la muerte de personas inocentes el 11 de setiembre de 2001, empero, la repugnancia ante ese acto, no le hubiera hecho indiferente a otras ofensas, y "estaría alarmado e irritado por el creciente recurso de Washington a los ataques militares en el extranjero [Afganistán] y a la represión en los propios Estados Unidos" (p.18). ¿Es necesario apuntar la probable opinión del autor "Fascismo y ciencia" ante la invasión inmoral, injusta, ilegítima e inmoral como la que e Imperio, y sus súbditos dóciles, realizan en tierras de Mesopotamia amparándose en la más abyecta y poblada colección de falsedades que recuerda la historia universal de la infamia?

Por lo demás, algunas erratas sin importancia ("En 1825, a la edad de 16 años, Einstein renunció..."(p. 44)), no restan mérito alguno ni la edición ni a la traducción de esta excelente aproximación de Fred Jerome al Einstein político y a una de las páginas oscuras de la historia del Imperio que ataca y contraataca. La división de las notas en dos grupos, las que acompañan y contextualizan la propia narración y las numerosas referencias a fuentes, situadas al final del volumen (pp. 405-467) es sin duda una buena elección. El subtítulo de la edición castellana -"El FBI contra el científico más famoso del siglo XX"- no aparece en la edición original y, digamos, es una torpe licencia publicitaria de la editorial planetaria.

Sea como sea, todo este poblado conjunto de disparates, censuras, persecuciones, falsedades, ¿con acaso asuntos de tiempos superados? El lector/a juzgará. Recientemente, Theodore Postol, reconocido físico del MIT que ya había denunciado como falsas declaraciones televisadas del Pentágono acerca de la eficacia destructiva de sus misiles Perriot con los Scud iraquíes, criticó el programa de defensa antimisiles de la Administración Bush. Un documento, que Postol colgó de Internet, contenía pruebas fehacientes de que las afirmaciones del Pentágono sobre los aciertos de sus misiles se habían basado en datos falsos y falsificados. El Pentágono no tuvo dudas: amenazó con retirar al MIT lucrativos contratos si no impedía a Postol que siguiera haciendo circular aquella información poco favorecedora para su imagen de poder inquietante e infalible. Es muy posible entonces, como apunta Jerome, que si Einstein "pudiera ver el mundo de hoy reconocería un montón de viejos fantasmas. En conjunto, las víctimas de la injusticia social no han cambiado mucho..."(p. 399).

4. Contra una nueva fase del expolio.

Martin Khor, *El saqueo del conocimiento. Propiedad intelectual, biodiversidad, tecnología y desarrollo sostenible*, Icaria editorial-Intermóvil Oxfam, Barcelona 2003, 107 páginas. Traducción de Clio Bugel.

El saqueo del conocimiento. Propiedad intelectual, biodiversidad, tecnología y desarrollo sostenible (SC) trata sobre algunos aspectos básicos de la relación entre derechos de propiedad intelectual, acuerdo sobre ADPIC (Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio) -TRIPS en inglés-, ambiente y desarrollo sostenible. Su autor, Martin Khor, es economista, fue profesor en la Universidad de Ciencias de Malasia, es director de la Red del Tercer Mundo y fue vicepresidente del grupo de expertos en derechos al desarrollo de la comisión de Derechos Humanos de la ONU y consultor del Foro Mundial.

SC consta de cinco capítulos. En el primero -"El debate internacional"- se nos ofrece un interesante resumen de las razones opositoras de numerosas organizaciones al establecimiento del acuerdo sobre TRIPS, dentro de la OMC, en 1994. En el segundo, se examina el conocimiento tradicional y los derechos de las comunidades locales, así como el modo en que estas comunidades se ven afectadas por el acuerdo sobre derechos de protección intelectual. El capítulo tercero trata de la relación entre el Acuerdo y el convenio sobre diversidad biológica. En el cuarto se analiza un aspecto específico del acuerdo: las consecuencias de su artículo 27.3 [b], "que cubre los derechos de propiedad intelectual sobre los organismos y procesos vivos, así como las variedades de plantas" (p.14). Finalmente, en el capítulo quinto, se examina la relación entre los derechos de propiedad intelectual, el TRIPS y la transferencia de tecnología.

¿Cuáles son las principales críticas vertidas por la comunidad no gubernamental ante el establecimiento de este acuerdo sobre derechos de propiedad intelectual? En primer lugar, que el régimen de protección de los derechos de propiedad que se establezca en cada país generará derechos oligopólicos para las organizaciones privadas de investigación y para las multinacionales. En segundo lugar, las cláusulas del acuerdo obligan "a los países miembros de la OMC a patentar ciertas formas de vida y procesos vivos" (p.11), provocando las correspondientes y justificadas inquietudes éticas y ambientales. En tercer lugar, "el acuerdo no reconoce el papel clave del conocimiento tradicional ni los derechos legítimos de los agricultores, los pueblos indígenas y las comunidades locales, que hasta ahora han sido los principales productores de conocimiento e innovación en cuanto al uso sostenible de los recursos biológicos (p. 11), con el agravante de que numerosas pruebas señalan que las instituciones privadas de investigación que han patentado materiales biológicos -así como el conocimiento relativo a

su uso- se han apropiado de ese conocimiento tradicional, así como de los derechos de los agricultores y las comunidades locales. Finalmente, las organizaciones indígenas temen que al permitir el TRIPS que materiales genéticos queden sujetos al régimen de protección de derechos de propiedad intelectual, "un puñado de empresas asuma el control sobre las semillas y las plantas" (p. 12), de ahí la adecuación del texto de Vandana Shiva que los editores han situado en la portada de este ensayo: "La semilla se ha convertido en centro y símbolo de libertad en la era de la manipulación y del monopolio de la diversidad. En este período de recolonización a través del libre comercio, ejerce el mismo papel que tuvo la rueca en tiempos de Gandhi".

Interesa aquí destacar algunas consideraciones sobre el TRIPS y el conocimiento tradicional. Ha ido en aumento en estas últimas décadas el reconocimiento de que este tipo de conocimiento que llamamos, con cierto aire altivo, conocimiento tradicional no es sólo conocimiento de interés sino que ha tenido y sigue teniendo un papel crucial en la vida y el desarrollo económico, cultural y social tanto de las sociedades tradicionales como de las modernas. Hoy se sabe, señala Khor, "que el conocimiento de las comunidades locales, agricultores y los pueblos indígenas acerca del uso de varias formas y tipos de recursos biológicos, así como sobre el modo de conservarlos, es esencial para el desarrollo futuro, e incluso la supervivencia, de la humanidad" (p.15), conocimientos, tecnologías y prácticas que, además, son ambientalmente inocuas. Por otra parte, según datos de 1997 de la Fundación Internacional para el Progreso Rural, el "80% de la población mundial depende del conocimiento indígena para sus necesidades de salud y la mitad, o incluso dos tercios de la población del planeta se alimenta gracias al conocimiento indígena sobre plantas, animales, insectos, microbios y sistemas de cultivo" (p. 17), además de que 2/3 de las especies de plantas del planeta -35.000 de las cuales tienen valor medicinal y son usadas por la medicina occidental- proceden de países "no desarrollados".

Pues bien, este conocimiento tradicional tal necesario para la humanidad toda se enfrenta actualmente a diversas amenazas denunciadas por Khor: 1^a. La amenaza que la deforestación o la construcción de rutas y represas significa para las tierras, los bosques y el habitat de los pueblos indígenas y comunidades locales. 2^a. El peligro que representa para el saber agrícola tradicional la conversión -debida a la llamada "revolución (o contrarrevolución) verde"- de sistemas de cultivo basados en la biodiversidad en monocultivos. 3^a. La aceleración en algunos países de la migración del campo a la ciudad.

Pero el "problema más completo para el futuro del conocimiento tradicional es la apropiación indebida .tanto en los hechos como en potencia, por parte de particulares, que lo toman de las comunidades locales y los pueblos indígenas que deberían ser sus legítimos propietarios" (p.19). El

sistema de innovación cooperativa y de distribución para las comunidades afronta el potente desafío del nuevo sistema de derechos sobre el conocimiento representado por el acuerdo sobre TRIPS "que ahora obliga a cada país miembro de la OMC a elegir el sistema de derechos que establecerá para los recursos biológicos. Si un país desea introducir una legislación con especial énfasis en los derechos de las comunidades locales, tendrá serios problemas en el caso de que otros países adopten regímenes de propiedad intelectual que faciliten la apropiación indebida de los derechos sobre el conocimiento de las comunidades locales del primero" (pp.19-20). Khor presenta una interesante síntesis de los puntos de vista críticos de las comunidades indígenas, respecto al acuerdo sobre TRIPS, en las páginas 29-36 de su ensayo, con especial énfasis en la necesidad de revisión del artículo 27.3 (b) del acuerdo que si bien admite que los países miembros excluyan del sistema de patentes plantas y animales, no excluye a los microorganismos, lo cual, señala Khor, "ha dado como resultado una confusión considerable. No queda claro por qué se establece tal distinción entre tres categorías de organismos" (p.72), y tampoco existe claridad sobre si la exclusión de plantas y animales se aplica sólo a los animales salvajes y a las plantas silvestres y si, por el contrario, la obligación de patentar microorganismos se aplica sólo a los modificados genéticamente o si se cubre también los microorganismos naturales. "dada esta falta de claridad -denuncia Khor- los países miembros pueden hacer uso de cierta flexibilidad a la hora de las interpretaciones y decretar las leyes relevantes" (p. 72). Vandana Shiva ha alegado que es igualmente un error solicitar patentes sobre los OMGs porque tal petición presupone la falsa concepción de que los genes producen los organismos y que, por tanto, quienes hacen genes transgénicos crean organismos. Eso es falso, apunta Shiva, porque los genes no generan organismos: las proteínas no están hechas de genes sino de un complejo sistema de producción química en el cual participan también otras proteínas.

En síntesis, hay buenas razones para que este ensayo de Khor no pase desapercibido por el crucial asunto que trata y por la corrección y solidez de sus posiciones. Aquí, la izquierda o las izquierdas reales tienen un nuevo, urgente y necesario ámbito de intervención. Cabe, si acaso, señalar que algunas formas de decir de Khor deberían permitir alguna modificación. Así, la expresión "países en desarrollo" para referirse a poblaciones del tercer o cuarto mundo que son explotadas sin contemplaciones y cuyo desarrollo global dificultamos son escasos miramientos. A estas alturas de la historia, se sabe que estos "países en desarrollo" son, realmente, poblaciones abocadas por el desarrollo desigual del Norte a la pobreza más injusta y a la más insufrible desesperación.

5. Ciencia y beneficios.

Jorge Riechmann, *Cultivos y alimentos transgénicos. Una guía crítica*. Los libros de la catarata, Madrid, 2000, 221 pp. Prólogo de Ramón Folch.

Carlos Amorín, *Las semillas de la muerte. Basura tóxica y subdesarrollo: el caso de Delta&Pine*. Los libros de la catarata, Madrid, 2000, 190 pp. Prólogo de Augusto Roa Bastos.

En el coloquio de una conferencia impartida por Manuel Sacristán en el Instituto Boscán de Barcelona (enero de 1981) con el título “La función de la ciencia en la sociedad contemporánea”, se preguntó al conferenciante por la posibilidad de que la filosofía o la ciencia “salieran más a la calle”, al alcance del ciudadano medio, contribuyendo con ello a crear una situación favorable para difundir una mayor racionalidad entre la población.

No había duda, en opinión de Sacristán: “a eso no se le puede contestar más que afirmativamente, sin ocultarse los grandes problemas que tiene”. Dar a conocer la filosofía es relativamente sencillo, pero difundir una información de calidad acerca de la física nuclear o de la ingeniería genética resultaba bastante más complicado. “Las personas con estudios, pero con otro tipo de estudios, no tenemos muchas veces buena información acerca de esas cosas. Es decir, sobre un reactor nuclear los que no somos físicos, toda la información que tenemos proviene de los físicos (...) No hay ninguna duda de que eso les da un poder muy especial a determinados científicos, con independencia de la mayor o menor situación del conocimiento popular”. Empero, la consideración anterior no restaba un átomo de verdad a la sugerencia. “Aquí hay un problema muy importante de información, que no lo resolvería todo porque hay además un problema de moral, de valores y social, pero que sólo así permitiría plantear el problema de valores. Es evidente”.

Jorge Riechmann (Madrid, 1962), matemático, poeta, ensayista, traductor, ecologista, profesor de filosofía moral, redactor de *mientras tanto*, responsable de biotecnologías en el departamento confederal de CC.OO., director del área de medio ambiente de la Fundación 1º de Mayo y un largo etcétera, ha tomado nota de la cuestión, se ha atrevido con el reto y lo ha hecho excelentemente. De hecho, *Cultivos y alimentos transgénicos. Una guía crítica* (CAT), que cuenta con un apretado e ilustrado prólogo filosófico de Ramón Folch, es una revisión a fondo y actualizada de una de sus anteriores publicaciones *Argumentos recombinantes (sobre cultivos y alimentos transgénicos)*, que constituyó, tanto en su edición en “Los libros de la catarata” como en las dos ediciones especiales realizadas por CC.OO., todo un acontecimiento cultural: no es nada frecuente que se distribuyan 9.000 ejemplares de un libro de estas características en nuestro país.

El autor señala en su presentación (p. 13) que, sin duda, la mercantilización creciente del acervo genético de la biosfera junto con la progresiva privatización del conocimiento científico “representan una de las mayores amenazadas a las puertas del siglo XXI”. Apenas puede concebirse una tecnología más funcional al sistema económico capitalista que la de la ingeniería genética. Sin que ello conlleve, desde el punto de vista del autor, la problematización de las técnicas de manipulación genética en sí mismas, sino más bien del contexto político, jurídico, económico, en el que se emplean y de los intereses a los que sirven. Con sus palabras: “*El problema no es “la biotecnología” en sí misma, sino “la biotecnología de las multinacionales*”: y una parte de ese problema es que la biotecnología de las multinacionales tiende a convertirse en toda la biotecnología”.

Sin duda, los cultivos transgénicos se han convertido en un tema de interés para amplios sectores de la ciudadanía. Si hace apenas tres o cuatro años, las grandes empresas del sector (Monsanto, Novartis, Astra-Zeneca, Bayer, AgrEvo) preveían que al cabo de apenas una década los principales cultivos comerciales del mundo serían transgénicos, la situación en este final de siglo no es tan obvia. El interés de las poblaciones, las numerosas movilizaciones populares, repetidos escándalos alimenticios, han provocado un meritorio giro en algunos gobiernos europeos. El de los transgénicos se ha convertido en un controvertido asunto público.

Por ejemplo. En las páginas de *El País* se han podido leer en estos últimos meses, entre otros, artículos o entrevistas de Xavier Pastor, Daniel Ramón Vidal, Enric Banda, Víctor de Lorenzo, Francisco García Olmedo, Jesús Mosterín. Este último (“¿Quién teme a los transgénicos?”) resumía así las razones esgrimidas por los no-partidarios: 1º. Porque representan un peligro para la salud humana; 2º. Porque hacen sufrir a algún animal sensible; o 3º. Porque disminuye la biodiversidad de la biosfera. Respecto del primer argumento, Mosterín señalaba que si bien las nuevas variedades de plantas trasngénicas podrían tener efectos patógenos, por lo que debían ser sometidas a las pruebas habituales de inocuidad, de hecho no se conocía caso alguno de planta modificada que hubiera supuesto un problema para la salud. Lo que sin duda había acarreado graves problemas era la ganadería *abusiva* (vacas locas, dioxinas de los pollos belgas, etc). Pero basarse en ello para argumentar en contra de los trasgénicos era confundir las cosas. En cuanto al segundo aspecto, desde el punto de vista de la ética de la compasión, no había límite alguno para la creación de nuevas variedades de plantas por ingeniería dado que carecen de sistema nervioso y, por tanto, no pueden sufrir. Finalmente, la biodiversidad de nuestro planeta, valor supremo desde una perspectva de ética ecológica en opinión de Mosterín, no sólo no se ve amenazada sino que encuentra un aliado en este tipo de alimentos. Puesto que los cultivos trasgénicos incrementan la productividad agrícola, mayor será la superficie que la humanidad puede destinar a conservar la

biodiversidad. De hecho, Mosterín señala que la extensión de estos cultivos ha coincidido con la reducción del suelo agrícola y con el incremento de los bosques en Estados Unidos.

Por otra parte, concluye, se han desmentido las informaciones en torno al incremento de la mortalidad de la mariposa monarca a causa del maíz transgénico. La mortalidad aumenta tanto si se les obliga a comer polen de maíz genérico como transgénico. Aún más: el número de mariposas monarca se ha incrementado durante los años en que se ha incrementado el cultivo de maíz transgénico.

Riechmann argumenta muy seriamente y con buenas y poderosas razones contra estas y otras muchas objeciones ampliando notablemente el horizonte de la discusión. El debate en torno a los transgénicos, la discusión en torno a las biotecnologías no es tan sólo una cuestión técnica, ya que, en su opinión, no se trata de que algunos activistas se encarguen de politizar la ciencia o la tecnología, sino que “son los mismos desarrollos tecnocientíficos los que ponen en juego la estructura y el destino de la polis democrática en la que queremos vivir”. La cuestión política de fondo es nada más, y nada menos, que preguntarse quién controlará la biodiversidad, los recursos genéticos, las fuerzas de la vida, y en beneficio de quién, es decir, el combate entre quienes están a favor y quienes estamos en contra de la creciente privatización de la vida y de los procesos vitales.

No hay en CAT enfrentamiento alguno ni oposición a la ciencia ni a sus prudentes avances. No hay irracionalismo, como no hay tampoco tecnocatastrofismo ni tecnofanatismo. El autor expone con claridad la enorme importancia de la contribución de sectores de la comunidad científica en los nuevos retos. No hay ningún tipo de control externo, sostiene Riechmann (p. 143), tal vez con demasiado optimismo y no tanto como descripción sino con intención de dar ánimo, que pueda suplir el autocontrol de los científicos y tecnólogos conscientes de su responsabilidad moral y social. Satanizar la ciencia y a los científicos es un camino seguro de derrota para el ecologismo. Se puede hacer política ecológica basándose en la racionalidad de las gentes, o en su ignorancia. Pero, en opinión del autor, “aunque lo segundo pueda proporcionar réditos a corto plazo, creo que a plazo largo y medio está condenado al fracaso” (p. 213).

No es posible dar cuenta brevemente de la variedad de las cuestiones planteadas ni de los argumentos esgrimidos. Citaré un caso como ejemplo. Se suele afirmar que no hay diferencias cualitativas entre las biotecnologías tradicionales y las nuevas. En su opinión (p. 59 y ss), la asimilación es incorrecta. Hay cuatro grandes clases de riesgos que motivan y justifican nuestra inquietud: 1. Riesgos sanitarios. Así, el potencial alergénico de los nuevos alimentos recombinantes o la difusión de nuevas infecciones a través de los xenotrasplantes. 2. Riesgos ecológicos, como la reducción de la diversidad silvestre o la contaminación de suelos o acuíferos por bacterias

manipuladas genéticamente para que expresen sustancias químicas. 3. Riesgos socio-políticos. Básicamente, el incremento de la desigualdad Norte-Sur como consecuencia de una tercera "revolución verde" basada en la ingeniería genética. 4. Riesgos para la naturaleza humana y para nuestra concepción del ser humano a través de la difusión creciente de ideologías y de prácticas eugenésicas o la misma postulación de nuevas "razas" de humanos para realizar trabajos específicos.

En opinión del autor, de la crónica de estos riesgos anunciados, tan sólo los del primer tipo se están teniendo en cuenta, "mientras que las otras tres grandes categorías de riesgos apenas se consideran, o no se tienen en cuenta en absoluto". De lo que Riechmann colige que sin oponerse por principio a las técnicas de manipulación genética, hay que denunciar unas relaciones de poder y propiedad y una organización del capítulo de investigación y desarrollo que nos vuelvan "estructuralmente incapaces de obrar con la prudencia que sería de rigor". Hay que alertar sobre los intentos de banalizar estas nuevas tecnologías. Kierkegaardianamente, apunta Riechmann, había que acercarnos a ellas con "temor y temblor", si bien sin concesiones al irracionalismo.

El autor de CAT ha tenido la gentileza, además, de ofrecer un excelente capítulo de documentada ciencia divulgativa (Capítulo II: "Algunos conceptos básicos de biología molecular") y una no menos interesante sección de política y sociología de la ciencia (Capítulo VI. "La privatización del conocimiento y de la vida" y capítulo VII "Ciencia, tecnología y democracia"). El lector encontrará finalmente una breve y actualizada bibliografía en castellano al final del libro (pp. 219-221).

El mismo Jorge Riechmann ha escrito el epílogo del segundo libro que nos ocupa. *Las semillas de la muerte* (SM), cuyo autor es Carlos Amorín (Montevideo, 1954), escritor y periodista, de tenaz y ejemplar compromiso con las capas más desprotegidas de la sociedad y con la defensa de los derechos humanos, cuyo ejercicio en tiempos agónicos para la libertad y la justicia fue causa de sus varios exilios: Chile en 1972, Argentina en 1973, Francia en 1976, regresó a Argentina en 1984 y a Uruguay en 1985. Actualmente es redactor del seminario *Brecha* de Montevideo desde 1986, donde escribe sobre temas ambientales y sociales.

La primera edición de SM apareció en Montevideo en septiembre de 1999, con el apoyo de la secretaría regional latinoamericana de UITA (Unión Internacional de Trabajadores de la Alimentación). La edición española cuenta con el citado epílogo de Riechmann, con un prólogo de Augusto Roa Bastos y con nueve breves anexos, entre ellos una declaración de CC.OO. sobre la seguridad agroalimentaria y biotecnológica y con una sucinta reflexión de la organización Amigos de la Tierra.

SM es una investigación periodística que denuncia con excelente información y poderosas argumentaciones el depósito de 660 toneladas de

semillas vencidas de algodón tratadas con agrotóxicos, que contenían además un organismo vivo producido artificialmente, en un pequeño campo (hectárea y media) de Rinconí (Paraguay). La narración de lo sucedido ocupa la primera sección del libro: "El crimen", la contaminación con más de cuatro toneladas de veneno arrojadas a cielo abierto, a menos de 200 metros de una escuela rural. Uno de los pobladores del lugar murió de inmediato y más de 600 personas resultaron intoxicadas.

Se relata en este apartado, con el adecuado detalle y con la no menos ajustada sensibilidad, la lucha de los pequeños campesinos de la comunidad afectada. Su dignidad merece ser conocida por el lector y debería ser reconocida. ¿Por qué no un Premio Príncipe de Asturias a la paz, a la concordia y a la justicia?

La segunda sección de SM, "Feudalismo y complicidad", narra la historia del algodón, del "oro blanco" en Latinoamérica. Si bien había precedentes en tiempos coloniales, fue desde el siglo XIX, después de la independencia, cuando se transformó en uno de los sectores básicos de la producción agrícola y de la exportación de Paraguay. El cultivo y la recolección fue fundamentalmente de carácter minifundista. Carlos Azorín relata en esta sección los problemas y reiteradas estafas a las que se vieron sometidos los pequeños campesinos. El algodón se cobró también otras víctimas. Varios proyectos permitieron la extensión del algodón que perjudicó a más de una docena de grupos étnicos. Como se señala en el informe de la UITA, "las últimas familias de aborígenes nómadas ayoreo fueron ubicadas en 1989 en la frontera con Bolivia; el constante desmonte de la selva los ha acorralado sin perspectiva de sobrevivencia alguna".

Finalmente, en la tercera sección ("Los depredadores"), se da cuenta de los agentes causantes de la tragedia. Paraguay, como otros países del Tercer Mundo, es objeto de una invasión de agrotóxicos -creados originariamente para la guerra del Vietnam y, posteriormente, a raíz de la revolución verde, usados para combatir plagas-, invasión que cuenta con el beneplácito implícito de importantes grupos económicos y de poderosas instancias gubernamentales. De los doce agrotóxicos más peligrosos (la "docena sucia"), tres de ellos (Parathion, Paraquat, Pentaclorofenol) se utilizan en Paraguay. Los proveedores de estas sustancias son Brasil y Argentina, "bases operativas" desde donde las transnacionales realizan sus incursiones... comerciales.

Delta&Pine Land, la empresa responsable de la tragedia, logró introducir las semillas en Paraguay en agosto de 1997 gracias a diversas irregularidades, con los consabidos socios locales tan ávidos de dinero como carentes de escrúpulos. La búsqueda interesada del "legítimo" penique les une. El eje de la política de esta empresa líder usamericana, fundada en 1915, es la amplificación de mercados, el lucro a cualquier precio moral y social, sin reparar en riesgos para las poblaciones. Recuérdese que, desde

marzo de 1988, Delta&Pine Land recibió definitivamente la propiedad de la patente de un nuevo resultado de la manipulación genética, conocido normalmente como "Tecnología Terminator".

La tragedia de Rinconí no es el único caso. Como apunta Gustavo Duch, director de Veterinarios sin Fronteras, en el primer anexo, en 1987, fue en el basurero de la ciudad de Goiania (Brasil), donde dos recuperadores de basura encontraron un tubo de metal abandonado en un solar. Lo rompieron a martillazos y descubrieron una piedra con luz blanca que ofrecieron en pequeños fragmentos a sus vecinos. Se trataba de cesio 137, material radioactivo. Se contaminaron 120 personas, de las que 7 murieron. La clínica que arrojó el tubo de metal sigue funcionando sin problemas. En 1984, en Bhopal (India), se produjo la fuga de una substancia (metil-isocianato) usada en la fabricación de plaguicidas 3.000 muertos; 400.000 víctimas que aún no han recibido compensación alguna de Union Carbide, empresa propietaria de la planta. No se ha determinado ningún responsable. En 1997, explotó un almacén de la multinacional Hoechst en Tananarive (Madagascar). Otro tanto ocurrió el 9 de diciembre del mismo año en otro depósito de plaguicidas en Surabaya (Indonesia). Finalmente, para no abrumar, el 3 de mayo de 1991 en Córdoba (México), la explosión de una fábrica de agrotóxicos causó una gran contaminación: 157 muertes y aumento zonal de cánceres y malformaciones.

Obsérvese: empresas del primer mundo, víctimas del tercero. En este mundo todo vale. Si en los países desarrollados la acción de las poblaciones, el combate ecologista, la conciencia de algunos sectores de la comunidad científica, la sensibilidad de fuerzas de izquierda han permitido reducir, por ejemplo, el impacto de los plaguicidas, para los desfavorecidos de la Tierra no hay protección. La política rige con doble criterio: las normas que regulan, aunque no siempre, estos productos en el mundo industrializado, no se aplican en el Sur. Pero ¿acaso existe un pesticida que sea peligroso en Alemania o Suiza y no lo sea en Madagascar o en Uruguay? La OMS estima que más de medio millón de personas sufren anualmente envenenamiento por inhalación o ingestión de pesticidas. De ellas sufren muerte unas 40.000. Algunas organizaciones ecologistas y muchos investigadores quintuplican las cifras: en gran parte de los países del Sur la información queda ocultada. El resto continúa siendo silencio.

Pero el Sur también existe. El prólogo, que con el título de "La simiente maldita", ha escrito Roa Bastos, el inolvidable autor de *Hijo de hombre*, para este trabajo finaliza con estas palabras:

"Es cierto pero hay, por el contrario, un perdedor, el de siempre, el pueblo agricultor para el que no existe aún la menor preocupación estatal, ninguna reparación moral y menos aún material que se le debe con la misma fuerza que exige a los legisladores y al gobierno la erradicación de estos cultivos de efectos mortales que parecen protegidos por la indiferencia

del estado y la de los líderes políticos, sólo preocupados por los beneficios de la repartija del poder”.

En toda regla general que se precie hay, por supuesto, excepciones y es posible que el “los” de los “líderes políticos” de Roa Bastos deba ser matizado con un “algunos” o con “en su mayor parte” pero, sea como sea, no deja de ser certera la descripción del autor de *Yo el Supremo*. Es muy difícil que en estas circunstancias las gentes puedan pensar que la ciencia es un aliado y no otro de los mecanismos que incrementa el poder de los Poderosos de siempre. Trabajos como los de Carlos Amorín nos alertan sobre la cara siniestra de las no menos siniestras relaciones entre la ciencia y el sistema de lucro y capital desenfrenados. En el sistema del libre beneficio, la empresa de la ciencia es algo más que la simple búsqueda desinteresada de la verdad.

6. Con razones excelentes

Jorge Riechmann y Joel Tickner (coords), *El principio de precaución. En medio ambiente y salud pública: de las definiciones a la práctica*. Icaria, Barcelona, 2002, 159 páginas.

Tal como señala Riechmann en su introducción al volumen -"Un principio para reorientar las relaciones de la humanidad con la biosfera"- nos encontramos ante un debate moral-político nada marginal. Consultoras multinacionales como Wirthlin Worldwide y Nichols-Dezenhall Communications Management Group sostienen que el principio de precaución representa al mismo tiempo una seria amenaza contra la ciencia rectamente entendida (es decir, entendida como la entienden los grupos de poder: como palanca decisiva para la obtención incontrolada de los mayores beneficios), el comercio mundial, la libertad de los consumidores y el progreso tecnológico. Empero, no sólo el poder multinacional es anti-precaución. Riechmann nos indica que en un artículo publicado por Henry I. Miller y Gregory Conko en la revista científica *Nature biotechnology* (19 abril 2001, pp.302-303) se sostiene que este principio, que para los autores no es sólo antitecnológico sino *liberticida*, trata acerca de cómo un minoritario y, por supuesto, violento grupo de radicales trasnochados quiere imponer su irracional forma de vida al resto de los pobladores de nuestro descuidado planeta.

Pero, ¿en qué consiste este principio de precaución que tanta alarma causa entre instancias del poder económico y científico-tecnológico? Si desde un enfoque productivista desaforado resulta comercializable cualquier producto mientras no se demuestre positivamente su nocividad (y 'demostrar' aquí suele significar la quimera de una demostración sin duda concebible), desde la óptica de los defensores de este principio moral-político "sólo deberían comercializarse productos de los que sepamos, con razonable certeza (no con una imposible certidumbre total), que no son nocivos" (p.8). Sólo en las situaciones en las que no dispusiéramos de alternativas, sería aceptable la distribución de productos potencialmente peligrosos siempre y cuando la comunidad ciudadana decidiera aceptar los riesgos de su uso.

En *El principio de precaución* se recogen, además de la introducción y epílogo de Riechmann, seis trabajos centrados en esta importante cuestión: las declaraciones de Wingspread (de enero de 1988) y de Lowell (diciembre de 2001); un excelente trabajo de Joel Tickner, el otro coordinador del volumen; una aportación de Greenpeace sobre el principio y la evaluación de riesgo; un trabajo colectivo sobre el principio en el ámbito de las ciencias ambientales y, finalmente, una propuesta procesual en seis etapas para la aplicación del principio debida a Tickner, Carolyn Raffensperger y Nancy Myers. En la sucinta y excelente aportación "El principio de precaución en las ciencias ambientales" se recogen tres ejemplos ilustrativos -los teléfonos

móviles en los aviones, plaguicidas en las escuelas y juguetes de PVC (pp.106-111)- que sin duda no deberían pasar desapercibidos al lector.

Estamos sin duda ante una batalla política de ideas y de hechos de enorme calado. El mismo Riechmann señala una posible estrategia de los grupos multinacionales y de sus intelectuales orgánicos: dado que es demasiado tarde para redefinir el principio de manera favorable a esas corporaciones industriales, los *think tanks* del capitalismo globalizado posiblemente recomiendan adherirse únicamente a un imposible enfoque precautorio *totalmente comprobado* en los hechos y poner el acento en la distinción entre interpretaciones razonables y lunáticas (esto es, extremistas o radicales en su abyecto lenguaje). Así, pues, se abre una línea de lectura “razonable” del principio acorde con el más irresponsable productivismo al servicio de los grandes poderes y su abultada cuenta de resultados. De nuevo aquí, como en tantas otras ocasiones, vale la pena no olvidar la sentencia del Tentetieso de *Alicia a través del espejo*: yo, el poder, fijo el verdadero y único sentido de las palabras. Como (casi) siempre, de nosotros depende que esta sentencia ‘irrefutable’ de los poderes sea falsada. Hay urgencia en ello, porque de lo que se trata no es de detener el bienestar de todos los humanos -y ‘todos’ debería remitir a todos- sino de evitar riesgos suicidas, nunca voluntariamente contraídos por las poblaciones afectadas.

Ni una mente humana sola, ni siquiera las deliberaciones de un comité pueden crear conocimientos científicos íntegros, porque cada análisis científico aislado da tan sólo resultados aproximados y contiene inevitablemente ciertos errores y omisiones. Los científicos llegan hasta la verdad mediante un proceso continuo de autocritica y corrección que remedia omisiones y enmienda errores. Claves en ese proceso son la exposición abierta de resultados, su divulgación generalizada en la comunidad científica, así como las críticas, enmiendas y verificaciones resultantes. Todo cuanto bloquee dicho proceso impedirá el acercamiento a la verdad. Lo peor de los métodos secretos en la ciencia es que los yerros cometidos en secreto perdurarán.

Barry Commoner, *Ciencia y supervivencia*.

XV. Software libre

1. Contra la apropiación privatista del software.

Pekka Himanen, *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información*. Barcelona, Destino 2002, 257 páginas. Prólogo de Linus Torvalds, epílogo de Manuel Castells. Traducción de Ferran Meler Ortí.

Si el lector del topo hojea (y ojea) este ensayo de Himanen y se topa con la sesgada y algo ingenua sección dedicada a los sucesos de Kosovo (pp.107-116) o con la fácil y típica descalificación de la alternativa comunista ("[...] como ha demostrado (sic) la historia, no llega a funcionar", p.81) o con el desarrollo dedicado al hackerismo capitalista (pp.73-77), en el que se reconoce neta y abiertamente que son casi legión los ejemplos de hackers inicialmente heterodoxos que, aunque haya sido temporalmente, han optado por integrarse en el capitalismo más rancio y tradicional, es muy probable que opte inmediatamente por cerrar el libro y usar su tiempo de ocio e instrucción en tareas más educativas, de mayor enjundia y con orientación más crítica. Pero, si obrando así, desestimáramos el asunto del hackerismo informático, sus valores y combates y su posible repercusión social y científica tal vez nos precipitáramos en exceso. Con Lennon, demos otra oportunidad a la paz y a la lectura. Veamos algunas buenas razones para obrar con mayor prudencia.

El buen hacer, la tenacidad y la excelente preparación del diputado Edgar David Villanueva Núñez consiguió que el congreso de representantes de la República peruana aprobara el proyecto de ley nº 1609 sobre uso de software libre en la administración pública. La respuesta de Microsoft y del Estado usamericano, curiosa y significativamente al unísono, no se hizo esperar. El presidente Toledo viajó a EE.UU. para reunirse con el todopoderoso presidente del consorcio informático con el objetivo aparente de pedir ayuda económica para programas sociales y educativos a la Gates Foundation. Mientras tanto, el embajador norteamericano en Perú, John R. Halton, dirigió el 17 de junio de 2002 una carta al "excelentísimo señor doctor Carlos Ferrero Costa, presidente del Congreso de la República peruana" cuyo tono abiertamente chantajista y de mandato no discutible no tiene desperdicio alguno y merece, sin atisbo de duda, incluirse en lugar destacado de los anales centrales de la abyección política. La directa referencia, por parte de una instancia institucional, a las inquietudes de "la compañía estadounidense Microsoft" parece corroborar la idea marxiana del Estado como Consejo de Administración unitario del conjunto de la clase empresarial.

De mi consideración:

Tengo el honor de dirigirme a usted con el propósito de expresarle nuestra preocupación sobre las recientes propuestas del Congreso de la República para restringir las compras por parte del gobierno peruano de

software de "código abierto" o "software libre". Considero importante enfatizar que nuestro gobierno no se opone al desarrollo de este tipo de software. Es más, nosotros apoyamos el libre mercado en el cual este tipo de software y el software de patente -tanto el que se fabrica localmente como aquel que proviene del exterior- pueden competir directamente para que el mejor producto cubra las necesidades de la forma más apropiada. Si se excluye de las licitaciones gubernamentales al software de patente, se estaría ocasionando un serio efecto en el crecimiento de los fabricantes peruanos de software - una industria que tiene la potencialidad de crear 15.000 nuevos puestos de trabajo en el Perú. Por consiguiente, *tal exclusión envía un mensaje confuso sobre el clima de inversiones a las compañías foráneas que desean atraer más empresas hacia el Perú.*

En consecuencia, le ruego considerar una legislación que ofrezca oportunidades para que tanto el software libre como el software de patente compitan en igualdad de condiciones.

Sírvase encontrar adjunta una ayuda-memoria de la compañía estadounidense Microsoft que trata sobre varias inquietudes existentes en referencia al software de código abierto.

El embajador usamericano en Perú apela educadamente a la competencia libre y directa entre el software libre y el de patente. El cinismo es notable. El dominio publicitario del monopolio informático es de tal magnitud que suele mayoritariamente creerse que el único tipo de ordenador existente es el PC, equipado con un chip de Intel (el binomio WinTel) y con un software indispensable, el Windows. La confusión ha llegado a no distinguir entre sistema operativo y aplicaciones. Windows 95, junto un conjunto de aplicaciones, normalmente conocidas como Office 97, fue presentado por algunos medios destacados como el nuevo sistema operativo Windows 97. Los disidentes informáticos, por el contrario, sostienen que no estamos forzosamente condenados a las infernales puertas de Gates (y sus afines). GNU/Linux es una versión libre, gratuita, estable, abierta y muy potente del sistema operativo Unix.

Esta línea de investigación y creación informática fue iniciada hace unos 20 años por Richard Stallman y la Free Software Foundation. Su objetivo declarado era construir un sistema operativo completamente libre denominado GNU. El trabajo ha sido completado recientemente gracias al esfuerzo de miles de programadores competentes de muchos y distantes países, que respondieron a la llamada del estudiante finés de informática Linus Torvalds, para contribuir sin ánimo de lucro a completar esa aspiración investigadora, para construir un sistema operativo libre, gratuito y abierto. El resultado es el sistema GNU/Linux, acompañado de un conjunto completo y gratuito de productos de base (paquetes ofimáticos, servidores Web, emuladores DOS, útiles GNU, etc). Torvalds publicó en 1991 en Internet no solo los archivos binarios del sistema, es decir, los ejecutables en código

máquina, sino las fuentes correspondientes. La única condición para participar en el proyecto era proporcionar nuevamente el trabajo realizado y su código fuente a la comunidad de programadores.

¿Cuáles son las posiciones éticas que subyacen a este movimiento informático defensor del software no propietario? ¿Qué es el software libre, quiénes son los hackers? El ensayo de Himanen aspira a responder a todos estos interrogantes.

Los hackers se autodefinen como individuos que se dedican a programar de forma entusiasta y que sostienen que poner en común la información constituyen un bien deseable, y “que además para ellos es un deber de naturaleza ética compartir su competencia y pericia elaborando software gratuito y facilitando el acceso a la información y a los recursos de computación siempre que ello sea posible” (p.9). Richard Stallman, un importante miembro fundador del movimiento hackerista, propone la siguiente definición de software libre: un programa puede considerarse software libre (free software, f.s.) si y sólo si todo usuario particular tiene los siguientes derechos:

1º Libertad para ejecutar cualquier programa, con cualquier propósito.

2º Libertad para estudiar su funcionamiento, y acaso para modificarlo, con la intención de adaptarlo a sus necesidades, lo que presupone tener acceso al código fuente del programa. Las modificaciones podrán ser usadas de forma privada, en el trabajo o en tiempo de ocio del usuario, sin tener que anunciar públicamente su existencia. Si su uso no es privado, deberán comunicarse, sin tener por ello que avisar a nadie en particular ni de ninguna forma determinada.

3º Libertad para redistribuir copias, gratuitas o mediante un canon determinado, lo que posibilita la ayuda a otros conciudadanos.

4º Libertad de perfeccionar el programa de tal manera que la comunidad pueda beneficiarse con estas mejoras. Para que esta libertad de modificación y de edición de versiones mejoradas tenga sentido, se debe tener acceso igualmente al código fuente.

La vindicación de estas libertades conlleva, por tanto, que no haya que pedir o pagar ningún permiso por ninguno de estos desarrollos. Un ciudadano debe tener libertad para distribuir copias de cualquier software, con o sin modificaciones, sea gratuitamente o pidiendo alguna remuneración por su distribución o asesoramiento. Para que estas libertades no sean meramente formales, deben ser irrevocables mientras no se realice nada incorrecto. Si la persona que consiguiera algún desarrollo tuviera el poder de revocar la licencia, sin haber dado motivo alguno para ello, no estaríamos propiamente ante una aplicación de software libre.

Pekka Himanen presenta la ética hacker como una nueva ética del trabajo que desafía la ética protestante del trabajo tal como Max Weber la expone en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. No sólo eso. Las

posiciones hackeristas representan además otra valoración del dinero -el otro componente destacado de la ética luterana- y, finalmente, una nética, una ética de la red que pasa básicamente por el desarrollo de la libertad de expresión y por el acceso de todos, sin excepción, a todas sus ramificaciones.

La ética hacker del trabajo está cercana a la vindicación epicúrea del placer y al auténtico espíritu científico: la búsqueda del conocimiento por mor al conocimiento. Himanen señala que los hackers programan por el interés intrínseco que para ellos representa los desafíos de la programación. La heterodoxia del hackerismo reside pues en su propuesta de un espíritu alternativo para la sociedad red que cuestione finalmente la ética protestante asociada al capitalismo tanto en su fase inicial como su etapa industrial. En este sentido, y sólo en este sentido, apunta Himanen, "cabe afirmar que todos los hackers son realmente crakers: porque intentan romper el cerrojo de la jaula de acero" (p. 32).

La segunda diferencia entre las ética luterana y se centra en la consideración del papel del dinero como motivación básica del comportamiento humano. Weber señaló que el bien supremo de la moral protestante era la acumulación monetaria. Por el contrario, la ética originaria del hacker hace hincapié en el libre acceso a la información, en neta coincidencia con el comunitarismo -o comunismo, si se prefiere- que Merton ha atribuido al verdadero espíritu científico: la idea de que el saber debe ser público, compartido, no privado, no propietario. Empero, en la axiología hackerista no hay una oposición frontal a la ambición monetaria, sino al procedimiento de hacerlo privando de información a los demás vía propiedad exclusiva y restringida de la misma.

Finalmente, tal como Himanen señala, "por encima de la ética hacker del trabajo y del dinero se halla el tercer plano significativo de la ética hacker, que cabe denominar la nética o ética de la red" (p. 103). La expresión alude a la relación que un sector de la comunidad hacker mantiene con las redes de nuestra sociedad red. Frente a una lógica de red exclusivista, estos sectores del movimiento defienden una red netamente inclusiva. Un ejemplo de ello sería una institución hacker en pleno corazón de Internet, la Interny Society. Su norma ética básica señala la no discriminación en el uso de Internet por motivos de raza, color, sexo, opinión, idioma, religión, propiedad, origen nacional o social. La sociedad apoya la difusión de internet entre todos aquellos que han sido dejados en la cuenta de la historia por el alocado y desaforado desarrollo empresarial o por gobiernos insensibles, tiránicos o subordinados.

El tercer aspecto esencial de la ética hacker es pues su actitud en relación a las redes o la nética, definida por los valores de la actividad y la preocupación responsable. En este contexto, como apunta Himanen, actividad implica "completa libertad de expresión en la acción, privacidad para proteger la creación de un estilo de vida individual, y rechazo de la receptividad pasiva

en favor del ejercicio activo de las propias pasiones" (pp.156-157). Preocupación responsable significa aquí ocuparse de los demás como un fin en sí mismo, intentando conseguir la meta de que todos participen de la red y se beneficien de ella.

Existen pues buenas razones para aproximarse críticamente a este movimiento informático con innegable punta de oposición respecto a poderosas instituciones del capitalismo informático realmente existente. El libro contiene, además del ensayo de Himanen, un curioso y sucinto prólogo del creador de Linux, Linus Torvalds, un documentado epílogo de Manuel Castells sobre el "Informacionalismo y la sociedad red" (pp.169-191) y una breve historia del hackerismo informático (pp.193-202). La excelente traducción de Meler Ortí sorteá con éxito los términos técnicos del argot hackerista, si bien, sorpresivamente, incluye en las notas del ensayo, además de las referencias, la versión castellana de largos textos de Platón, Crusoe o San Benito no incluidos en el original inglés, sin señalar en ocasiones, por otra parte, la paginación castellana de las referencias al texto de Max Weber.

2. Cooperación voluntaria.

Richard M. Stallman, *Software libre para una sociedad libre*. Traficantes de sueños, Madrid 2004. Introducción Lawrence Lessig; traductores principales Jaron Rowan, Diego Sanz Paratcha y Laura Trinidad, 317 páginas.

Una de las claves básicas del significado del movimiento del software libre fue señalada en el coloquio de una conferencia -recogida en el volumen con el título "Software libre: libertad y cooperación" (pp. 223-271) y, en mi opinión, su capítulo central- que Richard M. Stallman impartió en la New York University el 29 de mayo de 2001: Stallman, comentó el presentador del acto Ed Schonberg, "ha inyectado en una profesión, que es conocida entre el público general por su terminal ineptitud política, un nivel de debate político y moral que, creo, no tiene precedentes en nuestra profesión. Le debemos mucho por ello" (p.271). La historia de esta "inyección política" es, sucintamente, la siguiente.

Durante la década de los sesenta, el ámbito de la informática estaba dominada por los grandes ordenadores que se instalaban, básicamente, en las grandes empresas e instituciones gubernamentales. Sin duda, y con neta diferencia, IBM era la principal empresa fabricante. Durante estos años, cuando se adquiría un ordenador (el hardware), el software venía como acompañante; si, además, se contrataba el mantenimiento, se tenía acceso al catálogo del software que ofrecía la empresa fabricante de ordenadores, e, incluso, desde un punto de vista comercial, no era usual considerar los programas como un ámbito separado: el software solía distribuirse junto con su código fuente y sin restricciones prácticas. De hecho, grupos de usuarios participaban y, hasta cierto punto, organizaban estos intercambios.

Puede afirmarse, por tanto, que durante estos años el software era comunitario, al menos en el sentido de que los que tenían acceso a él podían disponer habitualmente del código fuente, estaban acostumbrados a compartirlo, a modificarlo y a compartir también estas modificaciones. Refiriéndose a la situación en el M.I.T., el mismo Stallman, que fue un hacker del mítico laboratorio de Inteligencia Artificial del Instituto, ha comentado que aunque no denominaban "software libre" a sus programas de aquel tiempo, ya que el término no existía, lo que realmente hacían era eso: cuando una persona de una Universidad, de una institución cultural o de servicios quería portar y usar un programa se le permitían con gusto y si ellos veían a alguien usando un programa interesante y poco conocido, se le solía pedir el código fuente para verlo, de manera que pudiera leerse, cambiarse o incluso "canibalizar" ciertas partes del mismo para crear un nuevo programa adaptado a sus propias necesidades. En síntesis: obraban en el secular sendero del espíritu científico cooperativo.

Pero el 30 de junio de 1969, IBM anunció que a comienzos de 1970 iba a empezar a vender parte del software por separado. Sus clientes ya no pudieron obtener, incluido en el precio del hardware, los programas que necesitaban para sus trabajos. Se hizo cada vez más habitual restringir escrupulosamente el acceso a aquellos y se limitaron tanto técnica como legalmente las posibilidades que tenían los usuarios para compartir, modificar o estudiar el software. En la década de los setenta, era usual, en cualquier ámbito informático, encontrarse con software propietario. Pues bien, una década más tarde apareció., de forma organizada y como reacción a esta situación, lo que hoy se conoce como movimiento del software libre. El papel de Stallman y de la Free Software Foundation (FSF), fundada con la finalidad de conseguir fondos para el desarrollo y proyección del software libre, ha sido esencial y ampliamente reconocido.

El concepto de software libre, o de programas libres o no propietarios, tal como fue concebido por Stallman, se caracteriza por la negación de una serie de restricciones aceptadas por el software privatista (pp. 59-60). Básicamente, defiende las cuatro libertades siguientes: 1. Libertad para ejecutar el programa en cualquier lugar, con cualquier propósito y para siempre. 2. Libertad para estudiarlo y adaptarlo a nuestras necesidades, lo que exige acceso al código fuente. 3. Libertad de redistribución. 4. Libertad para mejorar el programa y publicar esos resultados, lo que también demanda el código fuente.

Software libre para una sociedad libre es una magnífica introducción a los puntos nodales de este movimiento, a su kernel político-moral y a sus finalidades. Recoge una gran parte de los trabajos, conferencias e intervenciones de Stallman de estos últimos años sobre este movimiento y sobre el copyleft e incluye la versión castellana de la Licencia pública general GNU (GNU-GPL), de la Licencia pública general menor (GNU-LGPL) y de la licencia de documentación libre (pp. 283-317).

Acaso pueda señalarse críticamente que el libro presenta repeticiones, que algunas reflexiones aparecen reiteradamente en el volumen, que algunos conceptos no necesitan definición doble sin ganancia e incluso que algunos comentarios políticos de Stallman son ingenuos, netamente ingenuos. A las primeras críticas puede objetarse que lo señalado es casi inevitable en un libro de estas características (recopilación de trabajos no homogéneos) y respecto al reproche de ingenuidad habría que señalar que cuando uno lee reflexiones como la siguiente: "Si no queremos vivir en una jungla, debemos cambiar nuestras formas de comportarnos. Debemos empezar enviando el mensaje de que un buen ciudadano es aquel que colabora cuando es apropiado, no aquel que logra éxito cuando roba a los demás. Espero que el movimiento por el software libre pueda contribuir a esto: al menos en un área, reemplazaremos la jungla por un sistema más eficiente que anime y se base en la cooperación voluntaria" (p. 189), lo primero que le viene a uno

en mente es aceptar lo básico, lo correcto, lo esencial, lo deseable del planteamiento: si a esto se le quiere llamar “ingenuidad”, entonces lo mejor es que nos declaremos todos ingenuos.

Mientras tanto, al gigante Microsoft, la tenacidad de un informático coherente y amante de la cooperación y la consistencia del movimiento por él iniciado no le producen migraña pero sí algún que otro quebradero de cabeza. No es mucho, pero ¿se sabe de la existencia de muchos otros ejemplos similares? ¿No hay aquí puntas, aristas y motivaciones éticas que recuerdan otros personajes admirables y otros cruciales momentos de la historia de la ciencia?

Epílogo: Y ahora me voy

Y me voy sin haber recibido mi legado,
sin haber habitado mi casa,
sin haber cultivado mi huerto,
sin haber sentido el beso de la siembra y de la luz.

Me voy sin haber dado mi cosecha,
sin haber encendido mi lámpara,
sin haber repartido mi pan...

Me voy sin que me hayáis entregado mi hacienda.

Me voy sin haber aprendido más que a gritar y a maldecir,
a pisar bayas y flores...

me voy sin haber visto el amor,
con los labios amargos llenos de baba y de blasfemias,
y con los brazos rígidos y erguidos, y los puños cerrados,
pidiendo Justicia fuera del ataúd.

León Felipe: "Y ahora me voy"